Índice

Sinopsis

Este primer tomo de Radiaciones –título general que Jünger dio a los diarios escritos entre 1939 y 1948– abarca sus anotaciones comprendidas entre 1939 y 1943. En sus páginas, el escritor, oficial del ejército alemán, entomólogo y, sobre todo, infatigable observador de la naturaleza humana, registra desde la singular cotidianidad de las primeras escaramuzas bélicas hasta sus contactos con la intelectualidad parisina; desde sus lecturas y visitas a bibliotecas y museos a sus impresiones sobre escritores y artistas. Destacan en estos diarios su sombría reflexión acerca del destino humano y el dolor de tantos inocentes, así como su soterrado desprecio hacia los jerarcas nazis y la convicción de estar viviendo unos tiempos abocados al nihilismo y la destrucción total.

Compuesto por tres partes, la primera, «Jardines y carreteras», describe el avance alemán a través del territorio francés. En la segunda parte, «Primer diario de París», dedicado a la Ocupación, nos revela la vida cotidiana en un París agredido, que, sin embargo, sigue siendo alegre escenario de la vida bohemia, artística y mundana, donde pululan conocidos personajes que no vacilaron en codearse con el enemigo. El volumen se cierra con «Anotaciones del Cáucaso», las observaciones del autor sobre el frente oriental, convertido en un auténtico infierno de tinieblas.

RADIACIONES I

Diarios de la Segunda Guerra Mundial (1939-1943)

ERNST JÜNGER

Traducción de Andrés Sánchez Pascual



Nota introductoria

Los tres escritos de que consta este primer volumen de Radiaciones, a saber: Jardines y carreteras (primera edición, 1942), Primer diario de París (primera edición, 1949) y Anotaciones del Cáucaso (primera edición, 1949), así como los también tres de que se compone el volumen segundo: Segundo diario de París (primera edición, 1949), Hojas de Kirchhorst (primera edición, 1949) y La barraca del viñedo. Años de ocupación (primera edición, 1958) permiten echar una mirada excepcional a diez años decisivos de la historia europea de este siglo: desde los meses anteriores a la Segunda Guerra Mundial, pasando por la invasión alemana de Francia, la ocupación de París, los combates en el frente oriental, hasta la catástrofe alemana y los «años de ocupación».

Los ojos que nos permiten contemplar este panorama de la Segunda Guerra Mundial son y no son los mismos que en Tempestades de acero y en El bosquecillo[1] nos proporcionaron una visión exacta y objetiva de la estructura, del esqueleto de la Gran Guerra. Permanece la mirada estereoscópica, la doble vista; el alma ha cambiado. Dos frases famosas, una de Tempestades de acero y otra de Jardines y carreteras, muestran con toda nitidez el contraste. La primera dice así: «Crecidos en una era de seguridad, sentíamos todos un anhelo de cosas insólitas, de peligro grande. Y entonces la guerra nos arrebató como una borrachera. Partimos hacia el frente bajo una lluvia de flores, en una embriagada atmósfera de rosas y sangre. Ella, la guerra, era la que había de aportarnos aquello, las cosas grandes, fuertes, espléndidas. La guerra nos parecía un lance viril, un alegre concurso de tiro celebrado sobre floridas praderas en que la sangre era el rocío» (p. 5 de la edición citada de Tempestades de acero). La segunda, en cambio, reza: «En ciertas encrucijadas de nuestra juventud podrían aparecérsenos Belona y Atena — la primera con la promesa de enseñarnos el arte de guiar veinte regimientos al combate de manera que estuvieran en su puesto en el momento de la batalla, mientras que la segunda nos prometía el don de juntar veinte palabras de manera que formasen una frase perfecta. Y pudiera ser que eligiésemos el segundo de los laureles; este crece, más raro e invisible, en las pendientes rocosas» (p. 165 de este libro).

En julio de 1927 Jünger se trasladó con su familia de Leipzig a Berlín. En la capital del Reich vivió la agonía de la República de Weimar y se relacionó con los muy variopintos círculos, de la extrema izquierda a la extrema derecha, que entonces pululaban por las calles y cafés berlineses. Siguió con atención fascinada, en una mezcla de atracción y repulsa, el ascenso de Hitler. Sus «estudios callejeros» en Berlín son el trasfondo sobre el que escribe su inasible obra El trabajador, que aparece en 1932. Con su

característica habilidad, Jünger se cuida bien de preservar su libertad: ninguna de las enfrentadas fuerzas que se lo disputan es capaz de anexionárselo. Sin embargo, deja pronto muy clara cuál es suposición. Ya en 1927 había rechazado el ser diputado del Reichstag por las listas nacionalsocialistas. En 1933 vuelve a rechazar esa misma invitación, a pesar de las insistencias de Rudolf Hess y de Joseph Goebbels y de las esperanzas que el propio Hitler había puesto en él. Se niega a formar parte de la depurada Academia Alemana de Poesía. Más aún, en una durísima nota pública prohíbe a los nazis que hagan el menor uso de sus escritos. Pocos alemanes tuvieron entonces su coraje. Para que todo quedase más claro, en 1933 abandona Berlín y se retira a vivir a pequeñas ciudades alemanas. Reside primero en Goslar (1933-1936) y luego en Überlinger, junto al lago de Constanza (1936-1939); en abril de 1939 se traslada a una minúscula aldea, Kirchhorst, situada un poco al norte de Hannover, donde ha alquilado una vetusta y espaciosa casa parroquial, con jardín. No la dejará hasta 1948.

Jardines y carreteras*, el primer diario, comienza el 3 de abril de 1939, a los pocos días de la instalación de Jünger en la mencionada casa parroquial, y está escrito desde una posición muy clara: un antinazismo decidido y militante, desde la perspectiva de la acción espiritual. Por aquellas fechas está dando la última mano a su más famoso relato:* En los acantilados de mármol *(cuyo título inicial era* La reina de las serpientes)*, y día a día comenta en los apuntes su doble «trabajo»: en el jardín y en las cuartillas. Sin duda la mejor introducción a la lectura de* En los acantilados de mármol *son estas páginas, llenas de claves.*

Al estallar la guerra en septiembre de 1939, Jünger es nombrado capitán de la reserva e incorporado al ejército. «Todas las guerras comienzan con cursillos», es su humorístico comentario; durante dos meses es sometido a un severo entrenamiento. En esa época corrige las pruebas de imprenta de En los acantilados de mármol*, obra que aparece ese mismo año y que provoca en los círculos nazis una renovada cólera contra él. A mediados de noviembre, al mando de una compañía, es enviado al Muro Occidental, a orillas del Rin, donde permanece hasta mayo de 1940. Las abstractas y mecánicas casamatas de hierro y cemento provocan en él una repugnancia incluso física, y pronto se hace construir una barraca de cañas, barro y madera donde pasa sus días y sus noches. Es la época de la «Barraca de las Cañas»: un pobre oasis en medio del desierto.*

En mayo de 1940 el ejército alemán invade Francia. Las rápidas columnas de los blindados succionan tras de sí a las mal equipadas tropas de infantería. A pie o a lomos de su jamelgo «Justus» penetra Jünger en Francia al frente de su compañía; no llega a entrar en combate en ningún momento. En medio de la barbarie bélica cabalga un donquijotesco

caballero: se cuida de la catedral y de la biblioteca de Laon, en Montmirail pone todo su empeño en salvar el castillo de los Rochefoucauld y allí mismo muestra su respeto y simpatía por los infortunados prisioneros franceses. Sus idas y venidas por tierras francesas concluyen en Bourges; allí recibe la única condecoración que se le concede en esta guerra: la Cruz de Hierro de segunda clase, que durante aquellos años fue repartida por centenares de miles. Y la obtiene, no por una acción bélica, sino por haber rescatado dos cuerpos en el Muro Occidental. Jünger regresa con su compañía a Francia, en largas jornadas a pie; Jardines y carreteras concluye el 24 de julio de 1940, cuando su autor vuelve a pisar suelo alemán.

Esta obra se publicó en 1942 y provocó asombro e indignación entre los nazis. Ni Hitler ni el Partido, entonces en la cumbre de su gloria, son mencionados con una sola palabra. Tal silencio era clamoroso y pesaba más que los millares y millares de telegramas de felicitación enviados al Führer y a su pandilla de forajidos. Quien sí es mencionado es Kniébolo; se le aparece a Jünger en un sueño, «ofreciéndole bombones», «enclenque, melancólico y menesteroso de contacto» (véase p. 46 de este libro). Las poquísimas personas que entonces sabían o que intuyeron quién era en realidad «Kniébolo» seguramente se divirtieron mucho y a la vez se asustaron con esta peligrosísima osadía de Jünger.

Pero lo decisivo de este primer diario es la visión de la guerra desde una perspectiva nueva, la del sufrimiento. Ahora el soldado no es ya para Jünger, como lo era en Tempestades de acero, el hombre de acción, el lansquenete lanzado a dar muerte al adversario. Ahora el soldado no es el hombre que mata y que triunfa —o que sucumbe gloriosamente—, sino que es el individuo sometido a la disciplina, amenazado por la muerte, expuesto al dolor. Y el uniforme militar no es ya una distinción propia de señores, sino que encarna una obligación ética, es un manto con el que cubrir y proteger a los débiles y amenazados. Jardines y carreteras, uno de los libros más leídos por las tropas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial en las bibliotecas de campaña, enseñó a millares de soldados que también en aquellos años y en aquellas circunstancias era posible cuando menos la caballerosidad.

Acabada la campaña de Francia, los nazis se sienten dueños de Europa y se disponen a ajustar ciertas cuentas pendientes, también en el interior de Alemania. Uno de sus propósitos es deshacerse de Jünger. Por lo pronto lo envían, a comienzos de 1941, de guarnición a un mísero villorrio del norte de Francia, el lugar más inapropiado para una persona como él. Aquí comienza el segundo de los diarios reunidos en este volumen: Primer diario de París. En el mencionado villorrio Jünger sufre lo indecible y piensa en suicidarse o en desertar. En abril del mismo año su regimiento es

trasladado temporalmente a París para prestar servicio de guardia en diversos edificios oficiales. Esto lo salva de la autodestrucción y del asesinato indirecto que los nazis habían ideado para él. En cuanto a lo primero, Jünger conoce en París al pintor Werner Höll (1898-1984), cuyo trato lo reconcilia con la vida. «El trato con Höll me resulta beneficioso y me ha sustraído a aquellas peligrosas meditaciones en que me había hundido desde comienzos de este año» (véase p. 232 de este libro). Salvado interiormente, enseguida se produce la salvación externa. Dos lectores de Jünger, Clemens Podewils y Horst Grüninger, oficiales destinados en el Estado Mayor del comandante en jefe de las fuerzas de ocupación alemanas en Francia, se enteran de su estancia en París y de la situación en que se encuentra y hablan con el jefe del Estado Mayor, el coronel Speidel. Este conoce a Jünger a finales de mayo e interviene con celeridad. Reclama del Mando Supremo que Jünger sea trasladado a su Estado Mayor, en dependencia directa de él. Advertido de ello el mariscal Keitel, telefonea personalmente a Speidel a París y le dice lo siguiente: «Jünger es un hombre peligroso. Lo único que usted conseguirá, incorporándolo a su Estado Mayor, es perjudicarse». La conversación se hace tensa. Speidel insiste en su petición y, ante las repetidas admoniciones de Keitel, gana la partida con esta frase: Das nehme ich auf meine Kappe *[eso es asunto mío]. Jünger es destinado a París. A los pocos días el regimiento a que hasta entonces había pertenecido fue enviado al frente ruso y entró en combate aquel mismo verano. Ninguno de sus oficiales regresó con vida. Ese era el asesinato indirecto que los nazis tenían destinado a Jünger, al que sin duda habrían dedicado luego unos pomposos funerales oficiales.*

Instalado en París, Jünger tiene su despacho oficial en el Hotel Majestic, en la Avenue Kléber, sede de la Militärkommandantur, y su habitación privada en el cercano Hotel Raphäel. Depende directamente de Speidel, quien le encomienda llevar las actas de la planeada pero nunca realizada Operación León Marino (invasión de las islas Británicas), pero también otras actas secretas: las de la lucha por la hegemonía en Francia entre el comandante en jefe del Ejército y el Partido, actas que incluían el asunto de los fusilamientos de rehenes. Pero el propósito principal de Speidel al retener a Jünger junto a sí había sido el de proporcionarle tiempo libre para su trabajo creador. De este modo pudo sumergirse en el espíritu de la capital francesa; de ella recibió múltiples «radiaciones», que sin duda contribuyeron a enriquecer su personalidad. Un día se presentó en el despacho de Speidel un emisario de Goebbels con una extraña petición: la de que forzase a Jünger a eliminar de las futuras ediciones de Jardines y carreteras *la famosa mención del salmo 73. Speidel liquidó la cuestión con un despreciativo: «Yo no mando en el espíritu de mis oficiales». También Jünger se negó, como es natural, a tal supresión. A partir de aquel momento Goebbels impidió que Jünger publicase ni una sola línea*

más en Alemania por el sencillo procedimiento de negar cupo de papel a sus proyectadas ediciones. En 1945 los ingleses de ocupación en Alemania ratificaron la orden de Goebbels. Comentario de Jünger: «Los perseguidores se relevan, sí, pero siempre en las batidas a la caza».

El Primer diario de París *pertenece a la historia de esa ciudad, es una parte de su construcción espiritual. Una vez cumplidas sus obligaciones militares, Jünger se convierte a diario en un incansable paseante de las callejuelas y las avenidas parisinas. Cada uno de sus rincones le depara una idea o un sentimiento y, a la vez, adquiere de él un significado nuevo. Jünger trata también de entrar en contacto con sus habitantes, y no solo con los famosos —Picasso, Céline, Cocteau, Montherlant...—, sino también con los desconocidos, con el hombre y la muchacha de la calle o de la tienda. Casi siempre va vestido de paisano. En una ocasión ve por primera vez en una calle de París la estrella amarilla impuesta a los judíos; ese día va de uniforme y, rabioso por su impotencia, siente asco del traje que lleva. Cuando el comandante en jefe de las tropas alemanas en Francia, Otto von Stülpnagel, es destituido y viene a relevarlo un primo suyo, Carl-Heinrich von Stülpnagel, y Speidel es destinado a Rusia, el nuevo comandante en jefe sigue dispensando su protección a Jünger.*

El núcleo del Estado Mayor de París era decididamente antinazi, y en la llamada «Georgsrunde» se discutían con toda libertad materias que eran absolutamente tabú en cualquier otro sitio. La «Georgsrunde» era el círculo de íntimos que se reunía en el salón del Hotel George V, residencia de Speidel, de manera que la traducción inmediata de esa expresión sería: «peña del Hotel George V». Pero sus miembros le daban, además, otro significado: el de «círculo de San Jorge», santo patrón de los caballeros. De aquella «Georgsrunde» salieron múltiples iniciativas para oponerse al terror de las SS en Francia, y millares de franceses debieron su vida, sin que ellos lo supieran, a las conversaciones que allí se celebraban.

El 15 de octubre de 1942 es enviado Jünger por tres meses al Estado Mayor del Grupo de Ejércitos A en el frente ruso. Ese mismo día termina el Primer diario de París *y comienzan las* Anotaciones del Cáucaso, *el tercero de los diarios que componen este volumen. La iniciativa de tal viaje surgió el domingo 16 de agosto de 1942. Carl-Heinrich von Stülpnagel invitó a Jünger a pasar el fin de semana en su residencia de verano de Vaux-les-Cernay, cerca de Rambouillet. Jünger anota en su diario: «El general estuvo hablando de las ciudades rusas y dijo que para mí sería importante conocerlas, sobre todo con vistas a ciertas correcciones en la "figura del trabajador". Le repliqué que ya hacía tiempo que yo mismo me había prescrito como penitencia el hacer una visita a Nueva York, pero que también estaría de acuerdo con que se me enviase por una temporada al frente oriental» (véase la p. 349 de este libro).*

Jünger no fue a Rusia a luchar, sino a cumplir dos misiones: una espiritual y otra política. Por un lado, deseaba vivamente conocer el Cáucaso, la montaña a la que había estado encadenado Prometeo, y estudiar los efectos que sobre el pueblo ruso, sobre la sustancia rusa, habían causado las fuerzas descritas por él en El trabajador. Por otro lado, aunque de ello no se habla en los diarios, su viaje de inspección trataba de conocer el estado de ánimo del cuerpo de oficiales alemanes destinados en el frente oriental. Jünger estaba buscando un Sila que pudiera oponerse a Hitler, un simplista, enérgico y brutal «general del pueblo» capaz de enfrentarse al terrible simplificador que era el tirano. Con tristeza y resignación anota el 19 de diciembre de 1942: «De igual manera que en Almas muertas Chíchikov va peregrinando de propietario rural en propietario rural, así voy yo peregrinando de general en general y observo también su transformación en trabajadores. Es preciso abandonar la esperanza de que de esta capa puedan surgir figuras de rasgos silánicos o al menos napoleónicos. Son especialistas en el campo de la técnica del mando y cada uno de ellos es sustituible e intercambiable, como lo es cualquiera que trabaje en una máquina» (véase luego, p. 432). En cuanto a su estudio del efecto causado en el pueblo ruso por el abstracto terror político del sistema soviético, Jünger considera que este apenas ha afectado a la superficie. Sus observaciones sobre la sustancia rusa están llenas de simpatía. Jünger pensaba entonces que lo favorable para Alemania era apoyarse en sus vecinos orientales, y, sobre todo, en Rusia, como correspondía a la mejor tradición prusiana. En cambio, encuentra desencantado el país. Solo la camaradería entre los soldados, algunos juegos infantiles y las cimas del Cáucaso le permiten entrever algún rayo de luz en aquel infierno de tinieblas. Es también en esos momentos cuando adquiere algún color la negra prosa en que están escritas las Anotaciones del Cáucaso.

La estancia de Jünger en el flanco sur del frente ruso coincide con el cerco de Stalingrado, presente a diario en sus anotaciones. Esa batalla decisiva obliga a la evacuación del Cáucaso. Eso, y la muerte de su padre a principios de enero de 1943, obligan a Jünger a acortar su estancia en Rusia y a regresar precipitadamente a Alemania. Con las meditaciones sobre la muerte de su padre concluye este tercer diario.

Acerca de esta traducción. Está hecha sobre la definitiva versión alemana dada a estos textos por su autor y recogida en el tomo tercero de la edición de sus Obras en dieciocho volúmenes (Klett-Cotta, Stuttgart, 1979). En el amplio e importantísimo prólogo que antecede a estos diarios ya indica Jünger que «los manuscritos son más fuertes que el texto impreso» (véase luego, p. 27). Esto quiere decir dos cosas: que son más amplios, que contienen detalles que en el texto impreso no aparecen, y que la formulación es «más fuerte». Pero a continuación advierte: «No es en los

detalles donde está la exactitud»; y añade: «Lo que yo me propongo es comunicar al lector una idea de conjunto en su integridad». Al incorporar estos textos a la edición definitiva de sus Obras volvió Jünger a revisar sus versiones anteriores, incluso las ya publicadas; eliminó ciertos pasajes y agregó otros. En general, aparte de las mejoras puramente estilísticas, la revisión intenta que el texto quede más despegado todavía de la subjetividad individual. Ciertos encuentros eróticos, por ejemplo, quedan «sublimados», entendida esta palabra en sentido químico, en una breve sentencia.

Sin duda no estará de más indicar que Jünger sigue en estos diarios la máxima de Nietzsche, que dice que las cosas más importantes caminan silenciosamente, «con pies de paloma». La reconocida discreción de Jünger alcanza en estos textos su punto más alto. Cuando las frases, de puro transparentes, parezcan no decir demasiado, se puede estar seguro de que allí hay un abismo. Un ejemplo célebre: el 29 de abril de 1947, en París, merodeando por los muelles del Sena, Jünger medita en si, para ser libre en aquella situación, debe suicidarse o desertar. Solo la palabrita Ausgang *(«salida», que aquí tiene el significado de* exitus vitae*), repetida dos veces, señala al lector atento que Jünger está aquí hablando de su propia muerte. Tras angustiosa reflexión, que no deja la menor huella en la tersa prosa, el rechazo del suicidio se expresa en esta frase tan inaparente: «el camino de la libertad no es ese». Jünger decide «elevarse a través del sufrimiento: entonces se vuelve más comprensible el mundo». Por otro lado, aunque fueron escritos con vistas a una posible publicación futura, Jünger no redacta sus diarios solo para sí mismo ni tampoco solo para el lector; los escribe principalmente para Otro. El lector es un partícipe más de la contemplación del camino de la vida, pero sus ojos deberían estar dirigidos también, igual que los de Jünger, al sueño de la vida.*

Con la próxima publicación del segundo volumen de estos diarios podrá disponer el lector español de la versión completa de una de las obras más significativas de este siglo.

A.S.P.

Prólogo

1

En estas páginas se alude al diario de los siete marineros que en el año de 1633 invernaron en la pequeña isla de San Mauricio en el océano Glacial Ártico. Allí los había dejado, con su consentimiento, la Sociedad Holandesa de Groenlandia, a fin de realizar estudios sobre el invierno ártico y la astronomía polar. En el verano de 1634, cuando regresó la flota ballenera, se encontró el diario y siete cadáveres.

Al mismo tiempo que ocurría este episodio estaban representándose en otras partes de nuestro planeta ciertos actos del drama del gran debate sobre la cuestión del libre albedrío, debate que Lutero y Erasmo habían replanteado en nuevos términos y que tendía con apremio hacia una demarcación de las fronteras políticas y espaciales, tras haber conseguido ya esa delimitación en el campo de la teología. En el año de 1634 fue asesinado Wallenstein en Egger; tal asesinato representó un factor dilatorio. La muerte de Coligny en 1572 se nos aparece, en cambio, como una simplificación, como una aceleración hacia nuestra imagen de la realidad.

Juzgamos así porque vemos en el Estado unitario y en las formas perfectamente acuñadas de ese Estado la meta a que pretende llegar por pasos ingeniosos el *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo. De ahí que se nos aparezcan llenos de sentido los triunfos de Richelieu y de Cromwell, mientras que el fracaso de Wallenstein inaugura una era de poderes políticos de segundo y tercer rango.

¿Mas quién conoce las verdaderas magnitudes de la historia y la otra cara del medallón acuñado por la consciencia? ¿Quién sabe qué cosas perdió Francia en la Noche de San Bartolomé y cuáles otras fueron obstaculizadas por la mala estrella de Wallenstein? Pero todo esto no son sino especulaciones que uno urde junto a la chimenea o a que se entrega durante una noche en vela para pasar el tiempo. Sobreestimamos el significado de las piezas del ajedrez político y de cada uno de sus movimientos.

Cien años antes de que los hombres de la isla de San Mauricio llevasen su diario mientras iban muriendo de escorbuto, diseñaba Copérnico la nueva cosmografía. Con razón se estima que estas fechas tienen más peso que las fechas de la historia de los Estados y las guerras. Son también, sin comparación posible, más peligrosas. En el año de 1633 comparecía Galileo ante el tribunal que juzgaba a los

herejes. La frase *E pur si muove* que se le atribuye es una de las fórmulas de nuestro destino; se ve que la Razón se reservará la última palabra.

Entretanto se nos ha vuelto familiar la idea de que habitamos una bola que va volando con la velocidad de un proyectil por las profundidades del espacio hacia torbellinos cósmicos. En Rimbaud la marcha sobrepasa ya todo lo imaginable. Y todo espíritu anticopernicano, si sopesa con cuidado la situación, se dará cuenta de que es infinitamente más fácil el acelerar el movimiento que el regresar a una andadura más reposada. En eso estriba la ventaja de los nihilistas sobre todos los demás. En eso estriba también el enorme riesgo de las acciones teológicas que están abriéndose paso. Existe un determinado grado de velocidad para el cual todos los objetos quietos acaban transformándose en una amenaza y tomando la forma de proyectiles. En los cuentos árabes basta con pronunciar el nombre de Alá para que los demonios que vuelan por los aires queden abrasados como por el fuego de un astro.

2

Los siete marineros son ya figuras del mundo copernicano, uno de cuyos rasgos distintivos es también la nostalgia de los polos. Su diario es literatura nueva, de la cual puede decirse, hablando en términos muy generales, que su nota específica está en que el espíritu se aparta del objeto, en que el autor se separa del mundo. Esto conduce a una multitud de descubrimientos. De tal mundo forman parte la observación cada vez más cuidadosa, la consciencia fuerte, la soledad y, por fin, también el dolor.

Desde que se halló aquel primer diario en los cadáveres de los siete marineros han sido encontrados otros muchos diarios junto a personas muertas y publicados de manera póstuma. También personas vivas permiten que la gente eche un vistazo a sus anotaciones privadas; desde que se publicaron los *Dîners chez Magny* no hay ya en ello riesgo ninguno. Antes al contrario, el carácter de diario se convierte en un carácter específico de la literatura. Una de las razones de esto es también, aparte de otras muchas, la antes mencionada de la velocidad. La percepción, la multiplicidad de los tonos puede acrecentarse hasta el punto de constituir una amenaza para la forma; eso es algo que nuestra pintura ha sabido plasmar con mucha fidelidad. Frente a esto, en la literatura es el diario el mejor medio. Y, además, es el único diálogo posible que subsiste en el Estado total.

Incluso en la filosofía puede tornarse hasta tal punto

amenazadora la situación que el *opus* se aproxime al cuaderno de bitácora; algo de eso apunta por vez primera en *La voluntad de poder*. Son anotaciones tomadas durante el recorrido por mares donde se deja sentir la succión del Maelstrom y emergen monstruos a la superficie. Vemos cómo el timonel, mientras observa los instrumentos de a bordo, que poco a poco van poniéndose al rojo vivo, no olvida un solo instante el rumbo que sigue y el destino hacia el que navega. Investiga qué derroteros son posibles, las rutas extremas, donde luego naufragará la razón práctica. La captación espiritual de la catástrofe es más temible que los horrores reales del mundo del fuego. Esa captación es un riesgo que solo pueden correr los espíritus más osados, los capaces de soportar grandes cargas, de hacer frente a las dimensiones de los acontecimientos, bien que no a su peso. Quedar despedazado de ese modo fue el destino de Nietzsche, lapidar al cual es hoy de buen tono. Después de un terremoto la gente golpea a los sismógrafos. Pero si no queremos contarnos en el número de los primitivos, no podemos hacer expiar a los barómetros los tifones.

Poe, Melville, Hölderlin, Tocqueville, Dostoievski, Burckhardt, Nietzsche, Rimbaud, Conrad, a todos ellos se los encontrará conjurados con frecuencia en estas páginas como augures de las profundidades del Maelstrom a que hemos descendido. Entre esos espíritus están también Léon Bloy y Kierkegaard. La catástrofe fue prevista en todos sus detalles. Pero a menudo los textos eran jeroglíficos — hay así obras para las cuales no hemos madurado como lectores hasta hoy. Se asemejan a transparentes cuyos letreros son desvelados por el resplandor del mundo del fuego.

Y una vez más ha demostrado ser la Biblia el libro de los libros, profética también para nuestro tiempo; y no solo profética, sino asimismo consoladora en grado sumo y, por tal, el manual de todo saber, un manual que ha vuelto a hacer compañía a innumerables personas durante su paso por el mundo del horror. Al profundizar en la Biblia, no pocos habrán visto claramente que también se ha vuelto necesaria la exégesis en el sentido del siglo XX, de igual manera que se ha tornado precisa la nueva teología en sí. A lo largo de estas anotaciones aparecen apuntes para una exégesis de ese género. Han sido esbozados para uso personal, pero quizá proporcionen a este o a aquel lector una indicación sobre la metódica, sobre el modo como él mismo puede penetrar en ese campo. El impulso metodológico se lo debo ante todo a Léon Bloy, cuyos escritos también son citados con frecuencia en estas páginas; no quisiera dejar de llamar la atención de los alemanes jóvenes sobre este autor, aunque preveo una oposición fortísima. También yo hube de superar la misma aversión — hoy es preciso, con todo, tomar la verdad en los sitios donde se la encuentra.

Igual que la luz, tampoco la verdad cae siempre en el lugar agradable. En general hay un hilo literario que recorre el laberinto de estos diarios; ese hilo se funda en mi necesidad de gratitud espiritual, y esa necesidad sentida por mí puede a su vez resultar fecunda también para el lector.

3

Radiaciones — tal es el título dado a este sexteto de diarios, el primero de los cuales apareció ya durante la guerra, mientras que el último no fue publicado hasta bastante después de que callaran las armas. Aquí esas partes se encuentran reunidas ahora en un todo para dar la imagen de la catástrofe, que, cual una ola, va encrespándose poco a poco, rompe contra las rocas y luego refluye. La catástrofe golpea a cada uno de modo diferente, pero a todos los afecta al mismo tiempo.

Radiaciones — entiéndase por ese término, en primer lugar, la impresión que en el autor dejan el mundo y sus objetos, el fino enrejado de luz y de sombra formado por ellos. Los objetos son múltiples, a menudo contradictorios, están incluso polarizados, como ocurre con «Este y Oeste» y con muchas otras grandes cuestiones de nuestro mundo, las cuales son concordadas en nuestro interior.

Hay radiaciones claras y hay radiaciones oscuras. Completamente oscuras son las grandes zonas del terror que a partir del final de la Primera Guerra Mundial van penetrando en nuestro tiempo y propagándose de manera funesta. Hasta sobre la más pequeña de las alegrías arrojan su sombra esas zonas.

También recibimos radiaciones del ser humano, de nuestros prójimos y de quienes nos quedan lejos, de nuestros amigos y de nuestros enemigos. ¿Quién conoce las consecuencias de una mirada que nos rozó furtivamente, quién conoce el efecto de la plegaria que por nosotros rezó un desconocido? El horóscopo muestra la concentración de los rayos en el nacimiento, como si fueran las caras de un diamante. El primer movimiento de la vida después de la fecundación es una radiación sutilísima — la obertura de la individuación. En cada instante estamos envueltos en haces de luz que nos tocan, nos rodean, nos traspasan.

¿Quién conoce y quién mide los efectos que esas radiaciones causan en nuestro cuerpo, en nuestros sentidos, en nuestro espíritu — el orden, el equilibrio a que sin cesar estamos compelidos? Hasta la propia belleza se contradice a sí misma, como lo enseña la fatiga

subsiguiente al recorrido por museos donde se hallan reunidas obras maestras. Estamos así esforzándonos sin pausa en dirigir, en armonizar, en elevar al nivel de las imágenes las ondas de luz, los haces de rayos. No significa otra cosa vivir.

En el grado supremo del orden los rayos cósmicos y los rayos terrenales se hallan de tal manera entretejidos que súbitamente resplandecen diseños llenos de sentido. Es una señal de que la vida de los seres humanos, la vida de los pueblos se ha logrado. Símbolos de tales diseños son las flores; de ahí la palabra *cultura,* cultivo, y de ahí el papel que las flores desempeñan en las parábolas. Y de ahí también el hondo y a menudo conmovedor anhelo de obras de arte sentido por el pueblo. Ese anhelo tiene una razón de ser, pues vastos territorios pueden cristalizar si se logran diseños llenos de sentido, aunque su superficie no sea mayor que la palma de la mano. Así las cosas, ni siquiera el carácter masivo de la marcha hacia abajo puede causar angustia. Hay en la obra de arte una gigantesca fuerza de orientación.

4

Radiaciones — el autor capta luz, que luego se refleja en el lector. En este sentido lo que el autor realiza es un trabajo preliminar. Lo primero que ha de hacerse es armonizar la muchedumbre de las imágenes y luego valorarlas — es decir: dotarles, conforme a una clave secreta, de la luz que corresponde a su rango. Aquí luz significa sonido, significa vida que está oculta en las palabras. Esto sería entonces un curso de metafísica realizado entre parábolas: la ordenación de las cosas visibles de acuerdo con su rango invisible. Toda obra y toda sociedad deberían estar estructuradas según ese principio. Si procuramos hacerlo realidad en la palabra, en la frase, en el juego de las imágenes que la vida cotidiana trae consigo, entonces estamos entrenándonos en la más alta disciplina.

Una frase sin tacha causa desde luego efectos que van mucho más allá del placer que en sí misma proporciona. En la plasmación de una de esas frases está viva, aunque el lenguaje envejezca, una distribución de luz y sombra, un delicadísimo equilibrio que se extiende luego a las demás zonas. Porta en sí la fuerza con que el arquitecto estructura palacios, con que el juez sopesa los últimos matices de lo justo y lo injusto, con que el enfermo sabe encontrar en la crisis la puerta de la vida. Así que el escribir no deja de entrañar un riesgo muy alto, exige un examen y una reflexión más profundos que los que se necesitan para conducir regimientos al combate. Y si aún existieran anillos mágicos, estarían en los sitios donde la voluntad de creación vence esa resistencia.

El oficio, el ministerio de poeta es uno de los más excelsos de este mundo. A su alrededor se concentran los espíritus cuando él transustancia la Palabra; huelen que allí está haciéndose una ofrenda de sangre. No solo son vistas allí cosas futuras; también son conjuradas o proscritas. Los niveles inferiores de la dominación de la palabra, niveles oscuros todavía, son mágicos; y Goethe sabía lo que quería decir cuando escribió estos versos:

Könnt ich Magie von meinem Pfad entfernen,

Die Zaubersprüche ganz und gar verlernen

[Concédaseme que pueda alejar de mi senda la magia,

olvidar del todo las fórmulas mágicas]

Esas palabras encierran una alusión a un poder y a un sufrimiento de los que se ha tenido experiencia vital. También contienen esos dos versos una oración, como tantos otros de Goethe.

Pero si se quiere que la palabra sea eficaz, entonces en ella habrá de permanecer siempre la magia. Ahora bien, esta ha de ser soterrada en las profundidades, en la cripta. Encima de ella se alza la bóveda del lenguaje hacia una libertad nueva, que cambia y a la vez conserva la palabra. Y también el amor ha de aportar su contribución; él es el secreto de la maestría.

El efecto causado por tal cambio tendría que ser reconocible en el crecimiento de la vida, en el enriquecimiento del lenguaje. Si hemos de seguir usando la imagen de la radiación, entonces tendrían que multiplicarse los rayos salutíferos. La parte de la palabra que suscita el movimiento puro, ya sea de la voluntad o ya sea de los sentimientos, tendría que desaparecer en provecho de la otra parte, la que desvela el núcleo milagroso del lenguaje.

5

Mi autoría en la Segunda Guerra Mundial se limita a estos seis diarios, si exceptúo una correspondencia muy abundante y algunos escritos menores. Uno de estos es mi tratado *La paz,* cuya prehistoria va entretejida con la parte parisina de estas anotaciones. Seguramente las fechas podrán corregir varios errores, como el que asevera que ese llamamiento es fruto de la derrota. Hoy es preciso contar, desde luego, con la interpretación más vulgar y a menudo también con la más insidiosa. En mi trabajo he nadado siempre contra la corriente, jamás

he seguido la estela de ninguna de las fuerzas dominantes; así también en este caso. Antes por el contrario, la planificación de ese escrito coincide con la máxima extensión del frente alemán. Su finalidad es puramente personal; debía servir a mi propia formación — en cierto modo como entrenamiento en la justicia.

La inminencia de la catástrofe me puso en contacto con los hombres que planificaron el temible riesgo de abatir al coloso antes de que, acompañado de un séquito infinito, encontrase su meta en el abismo. No era solo que yo enjuiciase de modo diferente la situación, era también que me sentía hecho de una sustancia diferente de la de ellos, si exceptúo a espíritus amigos de las Musas como Hans Speidel y Carl-Heinrich von Stülpnagel. Pero ante todo yo estaba convencido de que, sin un Sila, todo ataque a la democracia plebiscitaria conduciría necesariamente a un reforzamiento ulterior de lo inferior; y eso fue también lo que ocurrió y lo que sigue ocurriendo.

Hay, sin embargo, ocasiones en las que no es lícito prestar atención al éxito; entonces se está desde luego fuera de la política. También de aquellos hombres es válido eso, y de ahí que ganasen moralmente donde fracasaron históricamente. Su sacrificio es de aquellos que no son coronados por la victoria, pero sí por la poesía.

Consideré un honor el contribuir a aquella acción con mis medios, y fue en aquel contexto donde mi escrito tomó la forma de un llamamiento a la juventud de Europa. Entretanto mi escrito influyó también en el pequeño grupo de hombres que estaban aguardando la consigna. Así fue como lo leyó Rommel antes de enviar su ultimátum. La bala certera que lo alcanzó el 17 de julio de 1944 en la carretera de Livaroth privó al plan de los únicos hombros a que cabía confiar el temible peso de la guerra exterior y de la guerra civil — del único hombre que poseía ingenuidad suficiente para dar la réplica a la temible simplicidad de los que iban a ser atacados. Fue un presagio inequívoco. En aquellos días aprendí más cosas que con la lectura de bibliotecas enteras de libros de historia, incluso más cosas que con la lectura de Shakespeare, en cuyo *Coriolano* me refugiaba a menudo. Solo breves alusiones a esto se encontrarán en estas páginas, pues su misión no es política, sino pedagógica, autodidáctica en un sentido superior: el autor permite al lector que comparta su evolución. También me estará permitido decir que ya entonces me hallaba cansado del caleidoscopio histórico-político y que no aguardaba ninguna mejora de su pura inversión. Dentro del ser humano es donde es menester que se desarrolle un nuevo fruto, no en los sistemas.

En este sentido mi escrito *La paz* se había convertido para mí en

algo perteneciente ya a la historia cuando en Alemania se extinguió la resistencia. Lo dediqué a mi hijo Ernstel, que entretanto había salido de la cárcel y caído como voluntario en las cercanías de Carrara. Su muerte estuvo ligada para mí a la misma amargura que sentía frente a mi autoría. Había previsto bien que descenderíamos a estratos donde ya no subsiste ningún mérito y donde solo el dolor conserva peso y valor. Pero el dolor nos eleva a otras regiones, a la patria verdadera. Allí no nos perjudicará el haber resistido aquí en una situación sin salida y en una posición perdida.

Entretanto *La paz* circula en ejemplares impresos y en copias hechas a mano. Tienen un destino propio tanto las balas como los libros. Al parecer se considera paradójico el que un guerrero hable de la paz. Frente a eso cabe decir que su firma es la única que otorga crédito a esa palabra. No en vano los antiguos hacían que a los tratados de paz asistiesen sus dioses nacionales de la guerra, representados por el sumo sacerdote.

Sea cual fuere el destino que esté reservado a ese pequeño escrito mío, yo le deseé lo mejor. La situación de entonces era parecida a la de los siete marineros en el mar Ártico, y cuando el ser humano se halla en un ambiente como ese se refugia fácilmente en el odio. Nunca ha sido ese el terreno donde yo me he movido, pero es posible que haya puesto mis ojos en una de esas estrellas que jamás se alcanzan en la vida. Tal cosa me haría aún más querido ese escrito, pues autoría es paternidad, y nuestro afecto va ante todo a aquellos hijos nuestros que no han tenido suerte.

6

El primero de estos seis diarios, *Jardines y carreteras,* describe el avance alemán a través del territorio francés y fue dado a conocer poco después de los hechos. Entonces me gustaba hacer uso de criptogramas para insinuar la situación a seres humanos, o a quienes deseaban seguir siéndolo; uno de esos mensajes cifrados es la mención del salmo 73. Hubo de pasar un año antes de que el cifrado arabesco se divulgase; y entonces el ministro de instrucción popular hizo depender de la supresión de ese pasaje la reedición del libro. Como rechacé tal exigencia, mi obra *Jardines y carreteras* fue incluida en el índice de los libros prohibidos, donde ha permanecido mucho tiempo.[1] En el Estado moderno las sucesivas autoridades modifican los argumentos de la violencia, pero no su práctica. Si uno se desvía un poco de la norma, está expuesto en todos los casos a peligros. Los perseguidores se relevan, sí, pero siempre en las batidas a la caza.

Encuentros con varias personas me llevaron a conocer que esta primera parte, publicada en traducción francesa con el título de *Routes et jardins,2*encontró pronto amigos también en Francia. La bella idea de la amistad entre Francia y Alemania ha quedado desprestigiada por culpa de fuerzas perversas, pero son muchas las cosas que dependen de que vuelva a recuperarse esa idea. El hecho de que en la guerra resultase imposible hacerla realidad forma parte de la tragedia de amigos suyos en ambos países, a los que vi sucumbir por ella.

Una vez comenzada la guerra, la única vía para bordear la catástrofe estaba en la inmediata conclusión de una paz con Francia, siguiendo el modelo de Bismarck al concluir la paz con Austria. El demonio de las masas prefirió triunfos fugaces y el enfriamiento del odio. También hablando en el plano de los principios era mejor que la clarificación de los conflictos llegase hasta las raíces. De lo que a la postre se trataba era de saber si el Estado nacional tenía aún futuro en el siglo XX o no lo tenía. Como era de prever, la cuestión ha quedado resuelta en favor de los imperios. En este aspecto Alemania ha perdido esta guerra junto a todos los Estados nacionales, de modo enteramente similar a como perdió la Primera Guerra Mundial en compañía de las monarquías. En consecuencia con eso yo consideré entonces lleno de sentido el que los alemanes nos apoyásemos en Rusia, mientras que hoy existe una relación complementaria no solo con Francia, sino con todos los Estados europeos.

Cabe prever que Alemania continuará siendo la que lleve la peor parte cada vez que se agrave la tensión entre el Este y el Oeste. Y esa tensión no disminuirá si las dos enormes potencias cuya aparición en el horizonte vio ya tan claramente Tocqueville se refuerzan cada vez más y atraen hacia sí como dos polos las potencias situadas en el campo intermedio. Esa evolución escindiría a Alemania en una parte atlántica y una parte continental, de igual modo que la Guerra de los Treinta Años la escindió en una mitad septentrional y una mitad meridional. Ese es el motivo por el que tenemos obligación precisamente nosotros los alemanes de contribuir a una solución pacífica; y, dada la actual situación de las cosas, tal aportación nuestra no puede ser más que espiritual.

7

Radiaciones. Por lo que se refiere a la forma, el autor es partidario tanto de la teoría ondulatoria como asimismo de la teoría corpuscular, lo que quiere decir que deben actuar tanto los pensamientos como las imágenes — y hacerlo coincidentemente: en el lenguaje las figuras lógicas se fusionan con los ideogramas del *style*

imagé.

Nosotros creemos que en la plasmación de un estilo nuevo está la sublime posibilidad de hacer soportable la vida. Solo caminando hacia delante se encontrará tal estilo. Las llamas han consumido las últimas ramas secas del romanticismo. Y asimismo ha quedado manifiesto el desconsolador vacío del clasicismo. La etapa museística es la etapa previa al mundo del fuego. Las pretensiones conservadoras, ya sea en el arte o en la política o en la religión, extienden cheques contra activos que ya no existen. Así Huysmans, santo padre de la Iglesia de los tropeles de creyentes a quienes el pánico empuja hoy hacia los altares.

Frente a esto el realismo promete menos, pero cumple más. El realismo renuncia a las especulaciones que no se rigen por el orden de la lógica y no paga con cheques contra fondos invisibles. Eso está bien — ¿pero hemos agotado los secretos de las cosas visibles? Toscos segmentos, relieves superficiales, eso es lo único que el positivismo y el naturalismo han ofrecido. Ahí puede haber un punto de partida. En las cosas visibles están todas las indicaciones relativas al plan invisible. Y en los diseños, en las muestras es donde es preciso demostrar que tal plan existe. A eso tienden los ensayos de fusionar el lenguaje jeroglífico con el lenguaje de la razón. En este sentido la obra literaria crea las estatuas que el espíritu coloca como ofrendas ante los templos aún invisibles.

En esta situación las miradas se vuelven al cristianismo. Pero lo que en él se ve es que los espíritus no son capaces de hacer frente ni siquiera a la ciencia del siglo XIX y a sus ideas, cuando de lo que se trata es de dar forma a las ideas de nuestro siglo. Esto podría cambiar, y hay ya enfrentamientos de cuyo desarrollo puede inferirse que a los poderes dominantes están surgiéndoles unos adversarios de un género nuevo.

8

Unas palabras todavía sobre la delimitación entre la esfera privada y la esfera de la autoría. Aquí habrá siempre fronteras que se prestarán a discusión. Por este motivo los manuscritos son más fuertes que el texto impreso. No es en los detalles donde está la exactitud. También se trata de cuestiones de gusto. Joyce, por ejemplo, en su *Ulises,* considera importante anotar todas las circunstancias del uso de un retrete.

De una serie de pasajes que aquí se publican sé bien, puesto que

conozco la crítica de hoy, que su materia dará ocasión a ataques. Esto vale en especial de las cosas horribles que menciono; y era fácil sucumbir a la tentación de suavizar el texto mediante retoques. No lo he hecho, pues lo que me propongo es comunicar al lector una idea del conjunto en su integridad. Hoy la única conversación posible es la que se desarrolla entre hombres que tienen esa idea del conjunto; si tal cosa ocurre, entonces pueden hallarse ciertamente en puntos muy alejados, sin que ello impida el diálogo.

El modo de llevar un diario, lo que quiere decir el modo de poner orden en el aflujo de hechos y pensamientos, forma parte del curso, de la misión que el autor se propone. Hay en eso un consuelo solitario del que se siente necesitado. En una situación en que son los técnicos quienes administran los Estados y los remodelan de acuerdo con sus ideas, están amenazadas de confiscación no solo las digresiones metafísicas y las consagradas a las Musas, lo está también la pura alegría de vivir. Quedaron atrás hace ya mucho los tiempos en que la propiedad era considerada un latrocinio. Del lujo forma parte también el modo propio de ser, el *ethos,* del que dice Heráclito que es el *daimon* del ser humano. La lucha por un modo propio de ser, la voluntad de salvaguardar un modo propio de ser es uno de los grandes, de los trágicos asuntos de nuestro tiempo.

También tocaré ese asunto, tras haber realizado muchos viajes de descubrimiento a los campos ardientes y helados del mundo del trabajo. La distancia que hoy ha conseguido el autor con respecto a su obra trae consigo el que pueda actuar en territorios y estratos que están muy alejados entre sí y que a menudo son distintos como lo son el positivo y el negativo de una fotografía. Y, sin embargo, solo ambos proporcionan la realidad. El mundo a cuyo nacimiento estamos asistiendo no será el calco de motivos y principios plasmados de una manera unitaria — surgirá del conflicto, como toda creación. Y una de las grandes delimitaciones es ante todo la que se traza entre el libre albedrío y la determinación. En nuestra cabeza, en nuestro pecho es donde están los circos en que, vestidos con los disfraces del tiempo, se enfrentan la Libertad y el Destino.

Jardines y carreteras

Kirchhorst, 3 de abril de 1939

Trabajado por primera vez en la casa nueva. *La reina de las serpientes* — quizá se me ocurra otro título mejor, para que no nos tomen por ofitas. Cuando me leo mentalmente lo que llevo escrito, paréceme que no capto la eficacia que en ello hay. Lo deduzco, por ejemplo, de que me parece incompleta una frase breve, cuando sé bien que es precisamente la frase escueta la que muchas veces suscita una impresión fuerte. La frase, tal como la escribe el autor, es distinta de la que es leída por el lector. Cuando tropiezo con anotaciones o cartas de las que ya no sé que las escribió mi pluma, la prosa se me aparece de mejor calidad, más llena de fuerza.

Por la tarde en el jardín. No resulta fatigoso remover su tierra: una arena de páramo, atravesada por vetas de humus. Dado que aún sigo habituado al suelo compacto de la viña de Überlingen, me ha divertido el sentir lo muy suelta que caía de la pala esta tierra de aquí.

Kirchhorst, 4 de abril de 1939

Trabajado mal, lo que era previsible por el modo como he soñado y dormido. No todos los días son jornadas de captura, mas para mí es jornada de caza cada día — quiero decir que me paso la mañana dando forma a frases y desechándolas, cual alfarero que rompe sus cacharros. De esa situación me doy cuenta muy pronto y en realidad podría salir a darme un paseo. Me quedo, no obstante, y eso me hace suponer que también este esfuerzo encierra un significado. Son pocas las cosas que hacemos en balde.

Por la tarde removido los bancales y sembrado rábanos y perifollos. Leído: Thornton Wilder: *El puente de San Luis Rey*. En un pasaje de este libro aduce su autor las señas características del aventurero auténtico — una de ellas es el don de saber entablar conversación con extraños. Eso podría ser efectivamente un signo de primer rango. Si pasamos revista a las personas que nos son conocidas, aparecerán muy pocas cuyo conocimiento no nos lo haya facilitado un tercero que actuó de intermediario. Las personas con que nos hemos relacionado directamente las hemos encontrado casi siempre en circunstancias inhabituales — en viajes, durante una fiesta o con ocasión de un infortunio. También en el terreno erótico lo que rige es el modo directo, el dirigir la palabra a una desconocida, por ejemplo, o el invitarla a bailar. Un rasgo aventurero es que en un sitio a oscuras, como puede ser un teatro, alargue un hombre su mano hacia

una mujer a quien no conoce. Esto es, por cierto, algo que sucede con más frecuencia de lo que suele pensarse. Un experto de ese modo de actuar lo ha sido Edmond, quien en una ocasión me dio una extensa conferencia sobre la táctica que debía seguirse. Y ahora me viene a la mente que también a él lo conocí sin intermediarios; me dirigió la palabra en el metro. Tal como corresponde a seres sociales, en casi todos los grupos humanos ingresamos tan solo si alguien nos introduce en ellos. El aventurero, que es un ser no social, se las arregla con el talento que le es propio. Como una aventura espiritual cabe considerar también la autoría, y con ello está relacionado el hecho de que cada uno de los autores disponga de un número de conocidos que se ha ganado dirigiéndoles directamente la palabra.

Se considera el conocimiento directo, a lo que parece, como una forma superior de establecer contacto. Los amantes tienen así la sensación de que el azar que los reunió fue extraordinario. También en las novelas se gusta de utilizar como introducción un suceso que pone en contacto a dos extraños.

Kirchhorst, 5 de abril de 1939

La reina de las serpientes. Las anotaciones que hoy he escrito sobre los mauritanos no me dejan satisfecho; en mi cabeza tiene esa Orden una vida más nítida que en lo redactado. Lo que es preciso describir es cómo en los momentos de descomposición, durante los cuales se acumula mucha materia apática, el racionalismo representa el principio decisivo. Y esto otro: cuando en torno a una doctrina de tecnicidad amoral se forman grupos, a ellos se asociarán, en virtud de la maldad que tales grupos encierran, fuerzas autóctonas, para hacer así realidad otra vez, enganchando un nuevo tiro al carruaje, el viejo poder, la nostalgia del cual permanece viva siempre, desde luego, en el fondo de los corazones de las fuerzas autóctonas. De esa manera es como se trasluce hoy en Rusia el imperio zarista. Lo mismo ocurre con el personaje del guardabosque mayor en mi libro: el nihilismo encuentra su señor en figuras como él. Por cierto que en la relación de Piotr Stepánovich Verjovenski con Stavroguin aparece invertida la situación: aquí es el técnico el que, sabedor de su carencia de fuerza legítima, trata de aliarse con el autóctono.

En la descripción de proyectos de esta índole lo mejor es entregarse por completo a la fantasía creadora, pero tampoco puede causar daño ninguno el construirlos mentalmente en todos sus detalles. Lo que hay que evitar es que la narración adquiera un carácter puramente alegórico. Sin relacionarse con ningún tiempo, ha de poder vivir desde sí misma, y aun es bueno que queden en ella

pasajes oscuros que ni siquiera el autor es capaz de aclarar. Tales pasajes son a menudo, y yo he tenido experiencia de ello, gérmenes de ulterior fecundidad. Así, cuando en una noche de tempestad en el Harz soñé con el guardabosque mayor, su carácter seguía estando oscuro para mí: hoy veo, sin embargo, que los rasgos que entonces anoté están llenos de sentido, en un marco más amplio.

Por la tarde en el pantano. Muy cerca de donde me hallaba ha salido volando de una estrecha zanja una parejita de patos y ha trazado un amplio círculo a mi alrededor. El macho con librea nupcial, el rizo en el obispillo —ese rizo le daba un toque de tipo insolente— y el cuello con reflejos metálicos de un verde sedoso. Muy bellos los lugares en que ese color va pasando gradualmente a un negro suntuoso y tenuísimo; tal negro es un verde elevado a la máxima potencia. Me lo imagino como ese polvo de hacer tinta que, una vez disuelto, produce grandes cantidades de una tintura admirablemente verde. Luego en el jardín. Sembrado guisantes, lechugas, cebollas, zanahorias. Los guisantes, plantados en hileras de un gris verdoso mate, cómo refulgían en los oscuros surcos. Lo muy extraño, más aún, casi mágico que es el trabajar en bancales se me ha vuelto evidente cuando he pensado, mientras miraba los guisantes, que enseguida iba a cubrirlos con tierra.

Cuando escarbamos en el suelo con las manos, la tierra transmite a estas una mutación; las hace más secas, las enflaquece y, en mi opinión, las torna más espirituales. En el suelo las manos experimentan una purificación. Mover los dedos en el terreno blando, mullido, recalentado por el sol y la fermentación — eso, qué sensación tan grata produce.

En el correo una carta de Elisabeth Brock, de Zúrich; me escribe que una de sus alumnas, para un ejercicio sobre el tema *Description exacte d'un objecte,* le ha entregado la descripción de una langosta cocida, que, según me dice, habría hecho mis delicias. He de conceder que en sí misma la idea me parece lograda: una pieza maestra de lucimiento.

Kirchhorst, 7 de abril de 1939

Mientras trabajaba se me ha ocurrido que quizá estoy pasándome de la raya en eso de eliminar la *e* muda en las palabras. Desde luego que para la frase no es lo mismo el que en ella se diga *erfreuen* [alegrar] o el que se diga *erfreun.* Creo, no obstante, pues también lo he observado en mí, que el lector lee o deja de leer la *e* muda de las terminaciones según que lo necesite o no lo necesite. En especial me

parece que hay que proceder con cautela en aquellos sitios donde la eliminación de esa vocal otorga al término un carácter inhabitual o lindante con la poesía. Lo mismo cabe decir de la inversión del orden de las palabras dentro de la frase por motivos de equilibrio, de exacta distribución de los pesos — también en esto tiene la poesía más libertad que la prosa. La labor rítmica realizada en la prosa no habrá de dejar tras de sí rastro ninguno; hacer ese esfuerzo es algo que merece la pena tanto más cuanto menos se lo perciba. Esto responde a una ley general, que dice que la mano ordenadora ha de borrar al final, y esa es su última tarea, las señales visibles de su trabajo.

Creo además que he de evitar el uso demasiado frecuente de la partícula *jenes* [aquel]. «Brillaban sus ojos con aquel fulgor que el uso de la belladona proporciona.» La acción específica de ese pronombre o adjetivo demostrativo consiste en que apela a la connivencia o a los conocimientos del lector. La mencionada partícula puede causar un fuerte efecto precisamente cuando es inhabitual lo que se afirma o es raro el hecho de que está hablándose. Pero en esto, como en cualquier género de lisonja, rige el principio de economía.

Por la mañana en la pequeña iglesia; el camposanto adosado a ella linda con mi jardín. Es una iglesia muy bella. Sermón de Viernes Santo sobre Cristo y los dos ladrones que le hicieron compañía en la cruz. El tono sacral recubre como un barniz delgado, desconchado, el sermón. Entre los protestantes esto resulta todavía más audible que en los países meridionales, donde la gente no se halla remitida a «la sola fe». En Noruega, oyendo sermones, tuve la impresión de estar asistiendo a espectáculos en que por cuerdas imaginarias se ascendía a las alturas.

Por la tarde visita a mi nuevo vecino; café y pasteles. Hemos dado una vuelta por la granja y la casa. Luego ordenado la biblioteca con la ayuda de Perpetua y Louise;[1] a los libros no les ha sentado nada bien el traslado, por desgracia. Las únicas encuadernaciones que se mantienen a lo largo de los siglos son las viejas y buenas encuadernaciones en pergamino.

Kirchhorst, 8 de abril de 1939

Proseguido la ordenación de la biblioteca. He colocado manuales también en las estanterías de la parte alta. Luego he estado removiendo la tierra del jardín en un sitio donde es de color castaño claro; al cortarla con la pala brilla como el cobre.

Attagenus, el escarabajo de las pieles, que suele ser para mí el

nuncio de la primavera, ha aparecido tarde este año; ha estado haciendo una revisión de mis papeles. Este granujilla, que es del tamaño de un grano de arroz, tiene unas graciosas antenitas claviformes y lleva dos manchas blancuzcas, de color de tiza, en su negro tórax. Las motas blancas se repiten también en sus oscuros élitros. Se desarrolla en las ranuras de las ventanas y en las rendijas de los pisos de madera, y el calor de la habitación hace que aparezca antes, como si se hallara en una estufa. Sin embargo, cuando el animalillo revolotea en el círculo luminoso de la lámpara y luego cruza la hoja de un manuscrito como si estuviera atravesando un campo de cultivo, es como un reencuentro. También me parece, cuando lo contemplo, que es más grande la habitación y que hay en ella más vida.

Kirchhorst, 9 de abril de 1939

Por los campos, en cuya planicie se alzan, repetidos, bosquecillos oscuros. En los caminos los abedules no han echado hojas todavía. A lo largo de las zanjas, candelillas en flor, que han sido polinizadas por abejas y por moscas amarillas. Grandes masas compactas de puestas de rana, parecidas a budín de tapioca, con su núcleo negro ya muy desarrollado, depositadas encima de las plantas acuáticas. También en todos los sitios, sonando desde las profundidades, el canto cristalino de los sapos. La primavera tiene también una cara ambigua, un hechizo fresco y delicado, con juegos eróticos en el hielo que se derrite.

Desde siempre me ha conmovido, precisamente en las ranas, lo que en ellas hay de semejanza con los humanos, por ejemplo cuando en el agua parecen estar de pie con las ancas despatarradas. Esa similitud vuelve a perderse, sin embargo, en ramas más altas y de conformación mucho más acabada del árbol de la Naturaleza; da la impresión de ser como una primera acometida de esta en dirección a lo humano, acometida que luego se renueva con una imperiosidad cada vez mayor. A esto es sin duda a lo que se debe asimismo el que consideremos cómicas a las ranas, igual que a los monos. También en la cópula el macho aferra a la hembra con los brazos, a la manera humana.

El ser humano exhibe, en correspondencia con eso, rasgos ambiguos. Es una sensación que experimento sobre todo cuando, con la cabeza muy echada hacia atrás, ofrece a la vista la zona de la barbilla y el cuello. Quedan siempre de ese modo algunos sitios donde la Naturaleza ha obrado con mucha incuria al cortarnos los trajes animales.

Me acuerdo de que cuando era niño sentía un gran placer al ver ranas. Un mediodía, al volver del parvulario, vi detrás de los cristales de una tienda de peces unas grandes ranas, moteadas de manchas verdes y negras. Me dejó asombrado el que fuera posible comprar unas criaturas tan magníficas como aquellas, y un poco desconcertado, pero a la vez empujado por unas enormes ganas de adquirir uno de aquellos pilluelos, entré en la tienda. Por desgracia llegó luego mi abuelo y me sacó de allí. En aquella ocasión he de haber saboreado algo del sentimiento que hubo en poseer un esclavo — estoy refiriéndome a un sentimiento correspondiente a tiempos remotos, anterior a la época romana, anterior incluso a la época de Alejandro. «Este ser humano me pertenece a mí, es propiedad mía, es posesión mía segura y completa; cómo me gusta jugar con él.» Ahí se esconde, diría yo, una de las más hondas relaciones posibles. Pero también, desde el otro lado: «Yo soy esclavo tuyo» — ¿no es posible imaginarse esa frase pronunciada con un tono que aún no ha sabido encontrar ninguno de nuestros historiadores? Tales cosas forman parte de la infancia de nuestra especie, de aquel oscuro y espléndido país de fábula que Heródoto vio todavía con sus propios ojos. Eso es lo que otorga a sus libros el rango incomparable que poseen.

Al leer por encima estos apuntes noto que arriba, en la frase tercera del primer párrafo, me desagrada la expresión *blühende Kätzchen* [candelillas en flor]. Y sin duda está justificado ese malestar, pues en la citada expresión se esconde un pleonasmo, que voy a dejar ahí para que sirva de advertencia. Digna de elogio, en cambio, la manera como se ha hecho visible ese pleonasmo — por un malestar estético *a priori,* que luego ha podido ser justificado también con argumentos lógicos.

Kirchhorst, 10 de abril de 1939

La reina de las serpientes. En la descripción de los acantilados de mármol poner cuidado de que no acabe saliendo una pintura fastuosa, al estilo de la Isola Bella en *Titán,* por ejemplo. El autor de esa obra trata de comunicar la impresión de la belleza emborrachando con palabras al lector. La acción suprema de lo bello no reside, empero, en el arrobamiento; lo bello nos cautiva con un hechizo mágico. Así es como puede despertar en nosotros un placer que es más hondo que la embriaguez, la cual, a fin de cuentas, empuja hacia el vacío y es incapaz de enfrentarse a las figuras. La impresión más honda que a la consciencia le es posible la alcanzamos, por el contrario, en el hechizo mágico, el cual, en vez de cerrarnos los ojos, nos los dilata. En presencia de la belleza la observación debe intensificarse; hay un estado psíquico en que el tiempo comienza a transcurrir más lento y

en que los colores brillan con más intensidad, como en un espacio sin aire. La descripción de lo bello presupone mesura, distancia, y una mirada aguda; con simples tartamudeos no se consigue nada. De ahí que sean impropios de la descripción vocablos como «indescriptible». De igual manera es también una señal de impotencia el desenfreno en los superlativos. Siempre hay, claro está, determinados niveles donde la forma es incapaz de hacer frente a la plenitud o al ardor, y se rompe. Se trata de zonas que quedan fuera de las palabras; también se modifican entonces los medios. Así es como siguen avanzando más y más las melodías puras, portando un peso más leve todavía.

Considero que en el famoso cuadro *El hechizo del amor* se ha acertado a expresar muy bien la esencia del amor — especialmente porque también comunica la impresión del susto que nos embarga momentos antes de retirar el velo.

Modelos de los acantilados de mármol: la pendiente rocosa junto al faro de Mondello, que escalé en compañía del Magister. Además, el camino que lleva de Corfú a Canoni; el valle de Rodino en la isla de Rodas; la vista hacia Corcula desde el monasterio de Suttomonte; el camino de tierra que conduce de Gletschermühle a Sipplingen junto al lago de Constanza. Los nidos de halcones y búhos en las escarpadas paredes de la hendidura del canal de Corinto. La Acrópolis; el modo como emergen del suelo en Río de Janeiro las rocas, haciéndonos pensar en orquídeas y serpientes. El autor de libros está obligado a viajar mucho para tener experiencia de las cosas que ofrece la Naturaleza. Pero luego las imágenes han de mezclarse y tornarse fluidas, cual miel extraída de muchas flores. Únicamente de los *elementos* del recuerdo afluye sustento al espíritu.

Por la tarde, con buen sol, en el pantano, y allí, en las charcas, a la caza de variedades de hidrofílidos de pequeño tamaño. Mientras estaba entregado a esa labor, una gran araña ha resbalado de los juncos y ha ido a caer en la oscura superficie de la turbera junto a la que me encontraba agachado — su color era de un gris aterciopelado profundo, con un cuerpo ribeteado de un blanco un poco sucio, como de fieltro. En estos días de primavera centellean a la redonda, a la dura luz del sol, los brotes de los abedules y los tallos de los brezos, de manera que se tiene la impresión de un lavado reciente. Sin duda lo que resulta inhabitual es el contraste entre la vegetación todavía invernal y la luz, que es ya casi veraniega.

Kirchhorst, 11 de abril de 1939

Sembrado puerros, espinacas, rábanos blancos. También he visto

cómo germinaban los guisantes — me ha producido un gran alivio, pues casi tengo la idea fija de que nada va a crecer. En mi descargo he de decir que todas las cosas a que hoy nos entregamos contradicen a un crecimiento como ese, el cual ocurre durante la noche y sin nuestra colaboración. Nos falta ante todo *una* virtud, a la que podemos denominar «el arte de recibir regalos». En esto es preciso seguir siendo niños, la fortuna acude entonces por sí sola. Incluso creo haber observado que el dinero —no me refiero al dinero abstracto, sino al concreto, el de las herencias, el de los obsequios y el de las ganancias — tiene predilección por unos receptores enteramente determinados. Esto no es tan raro como parece, pues todos los que hacen regalos darán preferencia a quienes saben también recibirlos. De ahí que todos hagamos obsequios a los niños.

Esta circunstancia interviene en el reparto de las herencias y constituye la razón oculta de las querellas que en tales casos surgen. A los padres les gustaría que sus hijos llegasen a ser personas de provecho, y, no obstante, dedican siempre su cariño a los que son más niños. De ahí que con facilidad propendan a beneficiar al hijo más joven y siembren con ello la semilla de las disputas entre hermanos. De ese modo se enoja, como Caín en otro tiempo, el que ha llegado a ser un hombre de provecho.

Kirchhorst, 12 de abril de 1939

Sueño. Oía un relato en estilo de crónica o tenía el sentimiento de que ante mis ojos abrían la portada de una antigua crónica titulada: *El suplicio del trago sueco.* Llevándolo sobre sus espaldas, la mujer está sacando al hombre, que ha sufrido graves lesiones, de en medio de la multitud congregada alrededor de aquel suceso. Por desgracia surge una insignificante disputa entre ella y uno de los centinelas, y el suplicio se repite, esta vez con resultado de muerte. El frío mecanismo de la fuerza bruta; el ser humano cae en ese mecanismo como en un engranaje, se escapa, vuelve a ser atrapado y perece. Ocurría la escena en una plaza de mercado; la totalidad de los edificios, de los trajes y también de los rostros de la gente, en el estilo exacto de la época; el trago era lo único que se administraba con una moderna boca de incendios, de esas que hay en nuestras calles y tienen de cobre el tubo de salida.

Significativo también el despertar. Yo iba ascendiendo desde las profundidades del dormir como a través de un remolino y mucho antes de llegar arriba oía en la superficie el ulular de la sirena de un automóvil que pasaba por la ancha calle. Hallándome aún en lo hondo reconocía aquel sonido y lo clasificaba, aunque lo hacía desde fuera,

como alguien que viviera en otros mundos y, sin embargo, no fuera ajeno a este. En el instante en que yo llegaba arriba saltó la consciencia como si fuera un resorte y quedó restablecida la causalidad.

Kirchhorst, 13 de abril de 1939

Viaje en bicicleta a Burgdorf, uno de esos antiguos villorrios de la Baja Sajonia resecos cual si se hubiera estado ahumándolos durante mucho tiempo. Comprado al jardinero la planta llamada «corazones», por la que siento un gran cariño. Para aclararme que es preciso darle un riego abundante me ha dicho que había que «abrevarla». Casi siempre oímos hablar mejor a los artesanos que a las personas cultas; estas manejan con demasiada incuria las palabras, cual si fueran fichas de juego. Así, hace poco he recibido de un desconocido un poema en que se hace el elogio de «los sonidos de la campana de buzo en las profundidades» — un buen ejemplo de una imagen nacida del vacío del concepto.

Junto al camino una bruja joven de cabellos rojos. De las brujas hay una raza clara y una raza oscura — sorprendente el modo como en ambas está vivo el espíritu del fuego. Cabría opinar que lo que de por sí acercaba en otro tiempo las brujas a la hoguera era también un rasgo íntimo, quizá de naturaleza horoscópica. Asimismo se ha modernizado el modo de aojar el ganado; así, hace poco he leído que se había condenado a una vieja que había arrojado a establos ajenos paja contaminada con el virus de la glosopeda.

Kirchhorst, 14 de abril de 1939

Utilizado por primera vez el microscopio en la casa nueva. Cuando me hallaba en el jardín cortando una gruesa rama de haya llena de enormes agujeros, encima de la leña ha quedado un animalito negro, con reflejos de un verde metálico y provisto de largos pelos: *Xestobium plumbeum.* La única variedad de él que he encontrado en mi colección ha sido una con élitros de color pardo rojizo; es un ejemplar que se me quedó prendido en la red en el Bosque de Harli, en unas hierbas que crecían bajo unas viejas hayas. La captura de animales que viven en la madera es un arte que posee características propias.

Kirchhorst, 16 de abril de 1939

La reina de las serpientes. Pienso dar a este *capriccio* otro título: *En los acantilados de mármol.* En él se expresa acaso todavía mejor esa unidad de belleza, altura y peligro que tengo en la mente.

Mirando por la ventana mientras trabajaba en esto he visto pasar a buena marcha por la carretera, en dirección este, cañones y más cañones, casi como en las guerras en los días previos a una gran batalla. Durante estas semanas los alemanes han entrado en Bohemia, en Moravia, en Memel, y los italianos, en Abisinia. Todos los signos indican que en breve habrá guerra; de ahí que obre bien contando con que habré de suspender el trabajo. Y esto en un momento en que tengo la sensación de que están aclarándose un poco las cosas y en que ha crecido mucho para mí el valor del tiempo. En todo caso la pluma habrá de tomarse entonces un completo descanso, si exceptuamos el diario. Será preciso traspasar el trabajo a los ojos, pues no han de faltar espectáculos.

Kirchhorst, 18 de abril de 1939

En el jardín he dado mayor profundidad a los caminos. Los gusanos que quedan seccionados en trozos por la pala al cortar la tierra y que se retuercen bailoteando — en tales estampas el dolor nos afecta tan solo un instante, como con un punzón cáustico. Resulta comprensible que se haga del gusano el símbolo del dolor y que se compare con un gusano al hombre que sufre indefenso. Está en primer lugar la posición, completamente a ras de suelo, una posición en la que se encarna lo inferior y en la que no se disfruta, como en el caso de las serpientes, ni de una marcha rápida ni de escamas ni de armas. Está en segundo lugar la piel desnuda, carente de pelo, falta de toda protección, y está además la ceguera, y está sobre todo la contorsión, que hace que el cuerpo entero se convierta en espejo de la sensación que se experimenta.

Siempre que vemos a un gusano retorcerse, con nuestra conmiseración se mezcla también la repugnancia; algo parecido nos ocurre con el cerdo, al cual es afín el gusano en el modo de sufrir. Supongo que así es como se paga una existencia desprovista de preocupaciones — el gusano vive en la tierra grasa como si estuviera en el país de Jauja, y el cerdo se ha dejado degradar a la condición de glotón grasiento, un giro para el cual cabe presuponer que hubo, si no consentimiento, sí idoneidad. En contraste con esto hay animales a los que vemos sufrir con mucha nobleza.

En otros gusanos que viven de la depredación, como es el caso de los poliquetos, errantes y, en especial, de los quetognatos del género *Sagitta,* existen especies dotadas de una gran belleza, que a menudo he admirado a orillas del mar. Aquí vemos cómo lo que otorga nobleza no es el parentesco de sangre, sino el modo de vivir. La estirpe de los gusanos está llena de misterio; tendrían que interpretarla unos ojos

que supieran leer la escritura de imágenes, la pictografía — muchas cosas que están inactivas en ellos pertenecen en nosotros a la esfera de lo sexual.

Sobre la bajeza del dolor, esta otra observación todavía: ¿no ocurrirá también en los humanos que los más burdos tormentos les tocan siempre a personas muy determinadas? ¿No ocurrirá algo así como que las atrocidades se orientan fácilmente hacia tipos humanos que mantienen una relación especial con la materia grosera, corporal, del sufrimiento? Así como hay mujeres que incitan abiertamente a la lascivia, así hay también comportamientos que provocan a las personas brutales a perpetrar actos de brutalidad. *Esa* clase de angustia y de dolor se encontrará con frecuencia en gente que se halla enteramente poseída por el ansia de deleites gruesos, opulentos. Por ejemplo, corren mucho peligro esas personas a las que el pueblo llama «sanguijuelas», chupadores de sangre; y las prostitutas atraen a los destripadores. Siempre ocurre que es el puro miedo el que provoca los horrores. Así, quien emprende la huida incita ya con ella misma a la persecución; y el hombre que trama maldades se halla al acecho de su víctima — cuando advierta en esta signos de angustia caerá la última barrera. De ahí que sea importante el conservar la presencia de ánimo en los encuentros sospechosos; por ejemplo, cuando alguien nos dirige la palabra en el bosque. En nuestra condición de humanos disponemos de sellos de soberanía que son difíciles de romper si no los estropeamos nosotros mismos; aun los animales sienten el sortilegio de tales sellos. Lo único que se precisa es saber, como el romano Mario, que somos invulnerables.

Kirchhorst, 21 de abril de 1939

El nombre del bosquecillo que queda detrás de nuestra casa es *Fillekuhle;* seguramente sirvió en otro tiempo como sitio donde enterrar las reses muertas, ya que *fillen* es un verbo hoy en desuso cuyo significado es «despellejar», «arrancar la piel». Quizá pueda emplearse ese término cuando en *Los acantilados de mármol* haya que describir la barraca del desollador. Por cierto, aunque hace ya mucho tiempo que no se entierra nada en ese bosquecillo, flota en él también un vaho de lugar siniestro. Del domicilio, de la imagen del lugar donde se asienta el ser humano, forma parte casi siempre un sitio como ese, que en la mayor parte de los casos está colocado en los límites de la vista.

Acabado: las *Cartas* de Erasmo, un regalo que me hizo el astrónomo Lindemann. Muchas de estas epístolas, especialmente las de la juventud, están empapadas de un concentrado aroma

ciceroniano, y eso es algo que a mí me molesta siempre en las cartas. El fuego retórico no consigue hacernos entrar en calor, y el vano gusto de hablar destruye el elemento comunicativo, el cual ha de formar siempre el núcleo de las cartas. No deja de ser nunca molesto, para quien recibe cartas escritas de esa manera, el notar que el autor se ejercita en pasos de esgrima a costa nuestra. Pero también aparecen más tarde en estas cartas descripciones muy bellas, como las que se refieren a Tomás Moro; en el hogar de este elogia Erasmo una especie de felicidad otorgada por el destino, una felicidad que redunda en beneficio de todos los que vivieron en aquella casa. En el encuentro de Erasmo con Lutero se pone de manifiesto la diferencia que hay entre los espíritus que viven dentro del orden y los espíritus que viven fuera de él, los espíritus extraordinarios. Erasmo mismo ha sabido expresar bien esto en un pasaje de una carta dirigida a Cesario, que dice: «He llegado hasta el límite, he llegado hasta la orilla del mar, por así decirlo; ¿me hago infiel a mí mismo si no quiero saltar dentro de las olas?». El acceso a los elementos es, pues, algo que le está vedado a Erasmo. Está también la diferencia entre dos espíritus, uno de los cuales es en última instancia un espíritu crítico, en tanto el otro es en última instancia un espíritu que no tiene reparos. Mirando a esos dos luchadores cae uno en la cuenta de que también es equivocado el pasaje en que Nietzsche lamenta que no se llegase espontáneamente a una sublimación de la Iglesia, a su volatilización. También el sistema de la historia, para subsistir, se consume una y otra vez en el fuego, igual que el cosmos. De manera muy parecida, hay ocasiones en que deseo que hubiera proseguido hasta el día de hoy la serie de los reyes de Francia; viviríamos entonces en un rococó muy sutil y tendríamos, en vez de la técnica, una bien acabada *chinoiserie.* Pero el *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo, no consiente el trabajo de filigrana más que en aquellos sitios donde titubea un poco — de igual manera que en general debemos también las cosas más finas a instantes en que el *Weltgeist* ha estado olvidadizo.

Las buenas enseñanzas que Erasmo imparte a Lutero son de tal índole que el hombre de acción ha de despreciarlas forzosamente. Ahora bien, cuando alguien vive entre papeles necesita poseer también espíritu de zorro para subsistir en una época como la que le tocó vivir a Erasmo. Esto es algo que queda bien destacado en el dibujo hecho por Durero, pero que está expresado con más acierto todavía en el medallón acuñado por Metsys; en él se ve cómo ese espíritu de zorro va emparejado con la fortaleza. Es totalmente imposible dejar de reconocer los rasgos de un poder espiritual soberano. Vista a esta luz, Europa era entonces más pequeña que ahora y sus capitales se hallaban más cerca entre sí que en nuestros

días, cuando en pocas horas la sobrevolamos en avión.

Kirchhorst, 22 de abril de 1939

Entre otras cartas una de un tal señor Reynier: *«Donner tout Stendhal pour une seule poésie de Hölderlin. Donneriez-vous une bouteille de Chambertin pour un civet de lièvre? On a besoin de Stendhal comme on a besoin de Hölderlin. Dans l'ordre des nourritures il n'y a pas plus d'hiérarchie que dans une vue que le regard découvre d'une montagne».* [Dar Stendhal entero por una sola poesía de Hölderlin. ¿Daría usted una botella de Chambertin por un encebollado de liebre? Tenemos necesidad tanto de Stendhal como de Hölderlin. En el orden de los alimentos no hay ya jerarquía, como no la hay en las vistas que la mirada descubre en una montaña.]

Este fragmento de la carta del señor Reynier se encuentra entre otras observaciones suyas acerca de mi obra *El corazón aventurero,* del cual ha leído el remitente, por lo que veo, la primera versión. Se refiere a la comparación valorativa entre Stendhal y Hölderlin que puede encontrarse en la primera versión de ese libro mío y pone en claro los extravíos que hay en empresas de ese género. Ciertamente, mientras conserva viveza en nosotros la voluntad, nos inclinamos a contraponer de ese modo las grandezas de los autores; y también hay en ese juicio mío un poco del estado de ánimo subsiguiente a una guerra perdida. De ahí que en la segunda versión de *El corazón aventurero,* aparecida hace aproximadamente un año, no haya recogido ya tal juicio.

En aquella época fue ese pasaje uno de los que más gustaron de mi libro; se lo consideró un buen golpe de florete. Hay así siempre espíritus que refuerzan lo que en nosotros es más débil, con tal de que coincidamos con ellos en la polémica; y por desgracia esos espíritus son mucho más frecuentes que los capaces de dar un buen juicio, que vaya al fondo del asunto.

Kirchhorst, 25 de abril de 1939

En el correo mi cartilla militar, enviada por la comandancia de Celle; por ella veo que el Estado me tiene inscrito en sus listas con el grado de alférez en situación de disponible. En estas semanas la política trae a la memoria la época que precedió inmediatamente a la Gran Guerra, la guerra del catorce. Lo que, sin embargo, resulta nuevo es la enorme emotividad de las masas, que contrasta cada vez más con el temible incremento de los medios de combate. Supongo, empero, que ambas cosas tienen su origen en la misma raíz y que en esto

cuentan mucho las apariencias. Hay un único factor que es terrible en todos los tiempos y que nunca deja de serlo — el ser humano; las armas son únicamente miembros que le han sido adosados y sentimientos a los que se ha otorgado forma.

Además, una tarjeta postal de mi hermano Friedrich Georg, que llegará aquí a finales de esta semana.

Por la mañana, primera ocasión en que ha hecho buen tiempo después de varios días, he estado meditando en el jardín unas veces sobre mi trabajo en *Los acantilados de mármol* y otras sobre la plaga de topos. Con el jardín ocurre lo mismo que con la vida en general, en la que por cada ventaja nos toca también una desgracia. Cuando el suelo está bien mullido, también se reseca con más facilidad; quien en las zonas tropicales cosecha el diez por uno ha de soportar nueve plagas. Estamos hechos para ganancias exiguas y con ellas hemos de contentarnos.

Kirchhorst, 26 de abril de 1939

Arreglado el jardín para que no haga mal papel a los ojos de mi hermano. Sembrado otra vez guisantes de esos que llevan el bonito nombre de «sables ingleses»; para protegerlos de los gorriones los he recubierto con cortinas viejas. Una vez más he salido a la caza de hidrofílidos en el pantano, pues quiero fijar en papel de celofán algunas variedades para estudiar su parte inferior. Los sitios en que ha sido alisada con palas la costra de esta tierra de páramo. Sobre la grasa turba, como sobre una era negra, el brezo y la planta llamada «rocío de sol», y también gramíneas en flor y retoños jóvenes de abedul. En los márgenes un arbusto parecido al brezo, con unas flores de color rosa todavía sin abrir; se trata seguramente de la calmia, importada de Canadá. En la planicie llena de vida, dedicadas a sus cacerías, las cicindelas, que unas veces tienen reflejos de un verde sedoso y otras son de un color un poco más mate, más como de musgo. Un ejemplar que he atrapado más por diversión que por otra cosa ha resultado ser una variedad denominada *connata* — las dos manchas blancas que lleva en el caparazón se reúnen en el centro para formar un nudo.

Los acantilados de mármol. Aún no se me ha ocurrido un buen nombre para el personaje del hermano; al principio lo llamé Profundus, pero esas tres sílabas pesan demasiado dentro de la frase. Por eso he puesto provisionalmente Félix, pero es una palabra que causa un efecto muy incoloro. Tal vez me decida a llamarlo Otto u Otho; este nombre, por las vocales que tiene, puede encajar bien en

cualquier giro.

Kirchhorst, 28 de abril de 1939

Noche agitada. Primero se me aparecía Kniébolo,[2] al que encontraba enclenque y melancólico y menesteroso de contacto. Me ofrecía bombones envueltos en magnífico papel dorado; me decía que le habían regalado cantidades enormes para el día de su santo. Luego veía una imagen de la carrera de la vida, en forma de jardín para saltos. Había en él laberintos, y zonas repetidas a la inversa, como en la imagen de un espejo, y muchas vallas, que solo podían atravesarse en *una* dirección; también había puertas que daban al campo.

Luego veía refulgir una fluorescencia nueva — de oro y azul. Yo agitaba dentro de una copa de oro cristales y bolitas, que unas veces resplandecían con un color de oro puro y otras brillaban con un azul luminoso; mientras yo movía el recipiente, de su fondo ascendía un tenue trueno.

En un grupo de artesanos ilustres me presentaba como grabador de sílabas.

A las doce del mediodía en la habitación de Perpetua, cerca del aparato de radio. Perpetua, Louise y la gorda Hanne estaban sentadas en sillas, mientras que yo me tendí en un sofá, casi como si estuviéramos en el país de los mauritanos. Luego plantado patatas; para abrir los surcos se usan en esta región un rastro ancho y una azada de dientes largos. Al rastro ancho lo llaman *Tod,* pronúnciese *Toch,* palabra que está relacionada seguramente con el verbo *ziehen* [sacar, extraer]. Trasplantado malvarrosas. Charla con el vidriero; al verlo he pensado, y es la primera vez que esto me ha ocurrido en mi vida: «Ese es el aspecto que a ti te gustaría tener más adelante», pues reunía con los signos de la vejez una agradable forma de infantilidad. Mi pequeño hijo Alexander, que llama «tío» a todo el mundo: los niños saben aún que todos los hombres somos hermanos.

Aquí llaman *Dössel* a la recia viga de la puerta del granero.

Kirchhorst, 29 de abril de 1939

Anoche, antes de quedarme dormido, estuve meditando largo tiempo sobre el color azul que la noche anterior había visto en sueños dentro de una copa. Quería darle un nombre, y la dificultad de encontrar ni siquiera por aproximación algo con que compararlo me hizo caer en la cuenta de la clase de visión que yo había tenido. Había morado allende el mundo de los colores.

En el sueño de esta noche escuchaba una conversación entre campesinos que hablaban acerca de esta región. «En verano es menester atrocidar —es decir, aterrorizar— el pantano.» Con ello se refería el hombre que hablaba, me he dado cuenta enseguida, a que había que rasgar la tierra bien hondo con un arado puntiagudo.

Me he despertado hacia las cuatro y hasta las cinco y media he estado escuchando las campanadas del reloj de la torre de la iglesia. Creemos estar despiertos, cuando en realidad nos hallamos casi siempre en una especie de duermevela lúcida — en esos momentos nos interesamos por el acto de dormir.

Enviado de París, por Hercule, el último número del *Crapouillot,* que está dedicado a: *Les bas-fonds de Paris;* trae ilustraciones gráficas y descripciones de los lupanares, así como un pequeño vocabulario de la jerga que en tales lugares se utiliza. En él encuentro que para decir «llorar» usan *chialer,* que en realidad significa *chier des yeux* [cagar por los ojos]. Anoto esto como ejemplo de hasta qué punto puede enmerdarse el lenguaje. A menudo un vocablo tiene tantos sinónimos cuantos son los niveles sociales que existen.

Al atardecer recogido a Friedrich Georg del autobús.

Kirchhorst, 30 de abril de 1939

Las catedrales vistas cual fósiles encerrados en nuestras ciudades como en sedimentos tardíos. De sus dimensiones no se nos ocurre extraer, sin embargo, consecuencias sobre la fuerza vital que en otros tiempos estuvo coordinada con ellas y les dio forma. Aquello que estuvo vivo dentro de esas conchas multicolores y que las creó es algo que nos queda más lejano que los amonites del Cretáceo; y más fácil que reconstruir su figura nos resulta reconstruir, a partir del hueso de un saurio encontrado en una cantera de pizarra, la imagen del animal de que ese hueso formó parte. También puede decirse que los seres humanos de hoy ven esas obras como ven los sordos las formas de violines y trompetas.

Por la tarde con mi hermano en el pantano; el calor era sofocante. Charlas sobre la distinción entre el nihilismo y la anarquía. Friedrich Georg ve la diferencia también en la circunstancia de que el nihilismo puede hacer suyas formas de orden muy extensas. Quizá podría establecerse, de manera muy general, la tesis de que el orden visible se ve precisado a crecer en idéntica medida en que va perdiéndose la armonía interior. Así es como aumenta el número de médicos en la misma proporción en que se pierde la capacidad curativa.

A última hora del día una tormenta, que ha venido del pantano y descargado pedrisco.

Kirchhorst, 1 de mayo de 1939

El granizo ha causado serios destrozos en las plantas; así, a nuestro pequeño almendro le ha despojado de sus flores; por la mañana yacían bajo él en el suelo como una camisita de color rosa.

Primer mes en este nuevo lugar. Lo que me gusta especialmente en esta vivienda es su falta de confort, el cual ha llegado a hacérseme

repulsivo en los pequeños chalés de nueva planta. El edificio está construido como una granja campesina de la Baja Sajonia; la parte propiamente habitada linda directamente con el gran granero y los establos, que con el tiempo me propongo poblar de animales.

Kirchhorst, 3 de mayo de 1939

Paseo en bicicleta a Burgdorf, con Friedrich Georg. Junto al camino las flores del diente de león, el *Leontodon,* de un amarillo brillante. Está bien elegido el nombre de esta planta, que es de naturaleza solar, como también lo es el león. En las aldeas las recias encinas, que cabe ver como los últimos árboles del dios germánico Donar. A menudo es como si me cayeran escamas de los ojos; entonces las granjas de los campesinos se hallan ahí abiertas, en su antiguo esplendor pagano. Miro en lo más íntimo e inviolable de la vieja patria y abrigo la creencia de que así, completamente abiertas, veremos en la muerte las puertas de la casa del padre, y que la era brillará iluminada por una luz solemne.

Se había roto el muelle del sillín de la bicicleta de Friedrich Georg y por ese motivo en Burgdorf hemos entrado en la fragua de un joven herrero. El pequeño taller, que olía a hierro, estaba atestado de objetos que habían quedado desprovistos de significación, atestado sobre todo de bicicletas desmontadas que en los rincones se cubrían de polvo y herrumbre. De las paredes colgaban otros objetos, cual ofrendas en el templo de Vulcano. Si alguien contempla desinteresadamente, como lo he hecho yo, uno de estos sitios, el trabajo humano cobra a menudo un sentido prodigioso.

Kirchhorst, 4 de mayo de 1939

Tenía la sensación de que mi habitación de trabajo quedaba demasiado en el centro de la casa y por ello he instalado en el desván, con la ayuda de Perpetua y de Louise, una celda de eremita. Desde siempre me han gustado los desvanes llenos de polvo; en ellos teje uno sus sueños como si morase en el reino del olvido.

En las habitaciones deshabitadas se acumula, así me lo parece a mí, una sustancia, un humus espiritual, del cual extrae abundante sustento la capacidad imaginativa. Así, cuando en Überlingen dormía en el sótano afluían a mí los sueños en cantidades enormes. Ese influjo adquirió dimensiones monstruosas en una ocasión en que, cuando la guerra del catorce, me alojé en Douchy en un abrigo vacío, que estaba situado en el jardín. Lo abandoné tras la primera noche. Seguramente guardan también relación con esto las historias que hablan de

huéspedes que pasaron una noche en polvorientos aposentos de viejos castillos y en ellos vieron cosas propias de fantasmas. Esa fuerza extraña se desgasta en las habitaciones que hemos estado habitando largo tiempo; tales habitaciones se parecen a un suelo cultivado de antiguo. También es comprensible que entre el pueblo se otorgue una significación mántica a la primera noche pasada en una casa nueva y a los sueños tenidos esa noche.

Kirchhorst, 6 de mayo de 1939

Sobre el dolor. Cuando revise este trabajo mío habrá que añadir un capítulo sobre la amargura. La amargura del envejecimiento, especialmente en las mujeres; la amargura de los desengaños, la sentida por las injusticias y por los fallos irreparables; la amargura, en fin, de la muerte, a la que nadie escapa. La amargura no se aposenta en nosotros hasta la segunda mitad de la vida, cuando, con las arrugas del rostro, se pone de relieve el carácter ineludible de las líneas del destino. La amargura delata también una especie de inocencia perdida.

Kirchhorst, 9 de mayo de 1939

Plantado coles y apios, con un tiempo que sigue fresco y húmedo.

La humedad como elemento vital. El aflujo de los humores en los goces muy intensos: la saliva de que se nos llena la boca a la vista de los buenos bocados, las secreciones y el hervor de la sangre en el juego amoroso. Estamos asentados en humores. También el sudor y las lágrimas significan que la vida está activa en regiones hondas de la salud. Mal le van las cosas a quien es ya incapaz de transpirar y llorar. Luego lo húmedo en lo espiritual, como lo que de jugoso, de musgoso, de frescor de bosque hay en las poesías. Y sobre todo lo que en ellas hay de fontanal, de sobreabundancia de imágenes y palabras, en cuyo cauce van flotando las partículas sólidas.

La humedad que hay en Rubens, especialmente en los sitios donde la carne se tiñe de rosa. Insuperable resulta en ellos todo lo que allí es goce de vivir. En los pueblos latinos el elemento húmedo está más escondido, a menudo se halla como encerrado en las valvas de una concha. Con ello está relacionado el hambre o, por mejor decir, la sed de sangre nórdica que sienten esos pueblos.

Opuesta a lo húmedo, la cualidad de lo seco. El dulzor, el aroma. El giro de Nietzsche hacia lo seco, hacia el desierto, hacia los dorados dátiles con llagas a punto de reventar, su giro de Wagner a Bizet. La

intensa vida que nace de los riegos. Oasis. Cisternas. Harenes. Taraceas.

Kirchhorst, 10 de mayo de 1939

Sembrado en los bancales remolachas, rabanitos y judías, y en los semilleros coles rizadas y colinabos. De la col rizada he sembrado, además de la variedad corriente, otra que es de un color rojo oscuro, con reflejos casi negros — lo he hecho por puro placer de los ojos. Asimismo quiero cultivar con rodrigones habas de las llamadas de España, por sus flores encarnadas. También las gallinas deberían ser de una raza que alegrase los ojos. Es la única manera de que prospere también el lado económico. Es preciso que sintamos ganas de acudir a visitar varias veces al día las plantas y los animales, para deleitarnos con su vista; también es preciso verlos mentalmente por la noche, antes de quedarnos dormidos.

Una vez que ha conquistado a *una* mujer, el varón se torna más audaz también con las otras; el éxito se extiende enseguida a la totalidad del sexo.

Kirchhorst, 14 de mayo de 1939

En la tarde de hoy domingo ha venido a visitarme uno de mis lectores, un cabo de veintitrés años que está cumpliendo el servicio militar en Braunschweig. Hemos estado tomando café debajo de las hayas y luego hemos caminado hacia la zona del pantano. Me llama la atención el hecho de que todas las personas que he llegado a conocer de esta manera sufrieran más o menos, sin que fuera posible prestarles ayuda. Nuestro tiempo guarda semejanza con un desfiladero estrecho y funesto por el que se compele a pasar a los seres humanos. Sobre todo tengo la impresión, y eso ya por meras razones fisonómicas, de que todas estas personas viven casi enteramente dentro de la esfera de la consciencia y se ocupan de modo exagerado en pensar en la situación en que se encuentran. Ofrecen síntomas de eso que se llama «miedo al examen»; también están completamente en vela, y resulta extraño que tenga en ellas un desarrollo tan débil la voluntad de suerte y también la voluntad de recorrer caminos no transitados. En estos casos se tiene siempre la impresión de estar hablando con corredores de fondo o, y esto resulta más angustioso todavía, con corredoras de fondo. ¿Qué será lo que el *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo, tendrá reservado hoy para sus soñadores y durmientes?

Kirchhorst, 15 de mayo de 1939

La azucena de color oscuro que se alza cual una pequeña palmera junto a la linde del macizo de los crisantemos. Con una torsión audaz lanza lejos de sí, como hace una bailarina con su ropa, los verticilos de sus estrechas hojas. En esa planta veo yo y gozo yo el sentimiento de bienestar que a ella le producen su suelo y su crecimiento. También su fuerza está condensada y encerrada en ella tan prodigiosamente como en una estatua. La prisa le resulta ajena; sabe que alcanzará la madurez en el momento oportuno.

Kirchhorst, 17 de mayo de 1939

Desde que habito en el desván ocurre a menudo que no veo a Friedrich Georg hasta la hora del mediodía. Hoy después de comer hemos estado hablando del *style imagé,* que es rechazado por Marmontel. De las cosas que sobre este asunto ha dicho Friedrich Georg he encontrado especialmente atinada su idea de que la escritura de imágenes y la escritura de conceptos no son los dos únicos estilos que cabe distinguir en el lenguaje — hay también una tercera manera de escribir, el estilo inspirado.

Luego hemos hablado de Brueghel y del cuadro del Bosco *El hijo pródigo.* Cuando hace años fue subastado, contemplamos con detenimiento ese cuadro, que ha dejado en nosotros una fuerte impresión. El hijo que tiene ya blancos los cabellos, al que le han arrebatado absolutamente todo, sus bienes, su cuerpo, su alma. Se ve claro que ya no llegará a su casa; en esto la dureza del pintor sobrepasa a la del texto de la Biblia. En el fondo del cuadro el ventorrillo, representado como una destartalada caseta de embaucadores e impostores; en la parte delantera del ventorrillo un borracho meando, mientras una puta deja colgar sus tetas por la ventana. Ya hace mucho que aquella gente se ha olvidado del hombre que allí se dejó su herencia, su honor, su salud. El daño penetró hasta los tuétanos. Especialmente terrible resulta el que en este cuadro se concentre en la perspectiva de un único instante la totalidad de una vida equivocada. En la captación de esas cosas ningún otro arte llega a donde llega la pintura.

Plantado tomates después de la puesta del sol. Si se asientan las matas en una papilla hecha de agua, turba abonada y tierra, las plantas prenden bien y no se marchitan. Es una receta que me recomendó Belz, el corredor de comercio de Überlingen. En la escuela de nuestra vida tenemos así muchos maestros, y a algunos les debemos únicamente un hecho aislado.

Kirchhorst, 19 de mayo de 1939

Hoy nos ha recogido con su automóvil mi cuñado y hemos pasado el día por la zona de Lippe y en las cercanías del Mar de Steinhude. En Rehburg hemos dado una lenta vuelta a nuestra antigua casa y hemos visto la ventana de la parte alta del edificio detrás de la cual habitamos tantos años Friedrich Georg y yo, hasta que estalló la guerra. También hemos visto el balcón-mirador situado delante de la habitación en la que, cuando estaban de viaje nuestros padres, celebrábamos en grupo de cuatro nuestras primeras fiestas galantes. Qué lejos quedan ya todas esas cosas.

En los árboles, cuyas dimensiones conservaba yo bien claras en la memoria aun después de tantos años, me ha llamado la atención el hecho de que hayan crecido tan poco los tilos y las acacias globulares, y en cambio lo hayan hecho mucho más todos los troncos de los árboles frutales y de las hayas; el árbol que más ha crecido es un sauce llorón que plantamos junto a un estanque hacia 1912 —era entonces nada más que una ramita—, y que entretanto ha alcanzado un desarrollo gigantesco. En tales diferencias seguramente interviene mucho también la calidad del terreno. Que el tiempo de ahora es diferente del de entonces lo he notado sobre todo en las distancias; todas ellas eran en mi recuerdo trayectos que se recorrían a pie. Ahora en el automóvil íbamos volando de un sitio a otro en pocos minutos. Pero ha habido muchos momentos en que me he sentido del todo en aquel tiempo viejo, que ahora se halla inserto cual un laberinto en lo nuevo.

Al mediodía en Bad Rehburg, en el hotel de Tegtmeyer, que era del mismo curso que Friedrich Georg. Mientras tomábamos una copa hemos estado intercambiando recuerdos. Era magnífica la seguridad con que a veces se levantaba Tegtmeyer en medio de la charla para ir a atender a otros clientes, y cómo luego regresaba con una sonrisa que era como un quitarse la máscara. En él hemos encontrado un rasgo que sin duda le hubiese caído bien a un clérigo protestante, pero que a un hostelero tampoco le venía mal. Además, por debajo de *cada uno* de los estamentos profesionales hay un cimiento sacral.

Tomado luego el café en el palacete de Matte, en la tabernilla instalada en la torre, desde donde se domina con la vista el paisaje originario, el protopaisaje, con sus aguas, sus terrenos pantanosos y sus turberas — la selva que atravesó Germánico. Hay en ese paisaje mucha melancolía y también mucha amargura.

Luego en Stadthagen, donde hemos visto, sumergidos en el agua sulfurosa de una fuente volcánica, unos ramos de flores que estaban allí desde hacía muchos años, sin que se hubieran alterado ni su forma

ni su color — un espectáculo que me ha parecido mágico y también un poco repulsivo. Así podría acaso conservar un tirano las cabezas de sus enemigos muertos, para solazarse una y otra vez con su vista al deambular por los jardines. Hemos regresado a Kirchhorst por la autopista. Hoy ha sido la primera vez que he viajado por ella y me ha dejado asombrado su alto grado de técnica — *machina machinarum.*

En el correo, entre otras cosas, un álbum de reproducciones de pinturas de Toulouse-Lautrec, con una tarjeta postal de René Janin. Para gozar de los colores de esos cuadros se precisaría ser un experto en los encantos de las flores a punto de ajarse. También hay en ellos satanismo, como queda especialmente claro en el cuadro del lupanar, del infierno de los placeres, de color granate, titulado *Au salon.* En otros sitios ese mismo color resplandece con un aspecto positivo, como ocurre en el *Mail-coach* que pasa corriendo con el chasis al rojo vivo, mientras el suelo echa chispas al ser golpeado por las herraduras de los caballos de pura sangre. No cabe duda de que se seguirá gozando todavía por mucho tiempo con tales cuadros; al contemplarlos se nota, sin embargo, que la imagen del siglo XIX que nosotros tenemos es todavía muy borrosa.

Kirchhorst, 26 de mayo de 1939

Destemplanza, realmente inmotivada en unos días en que todas las cosas han estado floreciendo de un modo muy bello. Las grandes plantas de codesos, o, por su nombre popular alemán, «lluvias de oro», que con tanta magnificencia brillan en el jardín, son la prueba de que no faltan las riquezas. Tampoco he trabajado mal estos días, mañana tras mañana, en *Los acantilados de mármol,* donde he acabado la descripción del padre Phyllobius: espero haber evitado en ella los clichés católicos.

Por la tarde en Burgdorf, donde siempre me encuentro a gusto. Algo de cosa seca indestructible tiene en sí esta ciudad, algo que parece ser capaz en su sustancia de plantar cara a todos los extravíos de la historia. Tampoco hay en ella, desde luego, el menor soplo de altivez ni de altos vuelos. Cuando veo sus viejos edificios se apodera de mí la esperanza de que el género humano no va a ser exterminado tan pronto. Con tardanza, pero con mucha fuerza, comienza a hacérseme claro lo que significa constancia y solidez en la vida.

En el camposanto, que se hallaba en plena floración. También me causa siempre deleite la estampa de niños jugando en un camposanto mientras sus madres se atarean en las tumbas. En una de estas la planta llamada «corazones con lágrimas» o «corazones de María», que

cuando echa flores resulta muy apropiada para las sepulturas. Un leve viento hacía que las rojas flores con lágrimas se columpiasen cual medallones. Estuve meditando sobre la losa de mi propia tumba, en la que desearía únicamente el nombre y las dos fechas; reflexionar sobre ello me resultaba agradable.

En el camino de vuelta, cerca de Beinhorn, he hecho un alto en un pequeño calvero y me he sentado al sol en el tronco de una encina, entre helechos a medio desenrollar, cuyos brotes estaban cubiertos todavía de un terciopelo de color gris. Allí me he sentido un poco mejor y me he procurado el goce de la caza sutil,[3] algo que he hecho ya muy a menudo cuando he estado del mismo temple que ahora. Ya en el camino había salido volando a mi encuentro el pequeño coleóptero llamado *Magdalis armiger,* que debe su nombre a los dos aguijones que lleva en el protórax. Después he descubierto, debajo de la corteza de la encina, el minúsculo *Laemophloeus duplicatus;* al mirarlo más tarde con el microscopio no solo lo he identificado gracias a las dos rayas que adornan su cabeza y su protórax, sino que he reconocido incluso, con mucha claridad, la estrecha línea central, que en raras ocasiones puede verse. De la madera llena de hongos de la encina he extraído además un *Scolytus intricatus* — un macho, como lo probaban los dos finos pinceles de pelo que llevaba enhiestos en la frente. Habría que mencionar todavía, para terminar, el *Litargus* moteado, al que no llegué a conocer hasta el verano pasado en el Bosque del Monasterio entre Überlingen y Birnau. Ahora se me aparece ya con frecuencia, que es lo que suele ocurrir en estos casos — pues uno llega a conocer no solo a los animales, sino que aprende sobre todo a mirar en el gran jeroglífico que es la Naturaleza.

Kirchhorst, 27 de mayo de 1939

Mejoría progresiva. De manera provisional he sustituido en *En los acantilados de mármol* el término «víbora cobriza» por el de «víbora lanceolada», lo que desde el punto de vista zoológico resulta más impreciso. También consiento en que en los acantilados de mármol habiten buitres. Finalmente he de informarme a fondo sobre razas de perros de gran tamaño, para que quede suficientemente bien el combate de los ojeadores. En la refriega entre los perros y las serpientes lo que yo tengo en la cabeza es la confrontación entre la sangre y una de sus quintaesencias, el veneno.

Por la tarde con Friedrich Georg en Moormühle, donde al tiempo que tomábamos café hemos estado estudiando a los conductores de los automóviles; luego hemos ido hacia Hessel y por estrechos senderos nos hemos adentrado en los bosques que rodean a Kolshorn. Nos ha

alegrado ver en un cruce de caminos un viejo poste indicador hecho de madera de encina; era como una de esas figuras saturnianas que le gustan a Kubin. Ha sido en ese lugar donde este año he oído por primera vez, en las copas de las encinas, los claros campanillazos de las oropéndolas.

Mientras marchábamos en las bicicletas ha ido explicándome Friedrich Georg, quien raras veces suele hablar de su trabajo, el plan de un escrito en que ahora anda ocupado y que lleva por título *Las ilusiones de la técnica.* Hablando de ello ha dicho que la cojera de Wieland y de Hefesto es un defecto típico. Luego ha hablado de la clase de fuego que Prometeo robó a los dioses. En el curso de la conversación hemos ido a parar a la orgía de Dmitri Karamázov, que es una pieza maestra y a la vez terrorífica del placer eslavo. Tras ella se alza simbólicamente el parricidio. Durante esa charla iba volando por delante de nosotros, en el cálido abetal, una tórtola común, de grácil figura, con su característica mancha listada en los lados del cuello.

Estercolado todavía en el jardín, ya tarde, las coles, los apios y los tomates. También aquí rige mi pequeño proverbio, que dice que solo con el paso de los años logra uno tener mano segura para las especias.

Kirchhorst, 29 de mayo de 1939

Para los días de Pentecostés nos ha llegado una visita de Goslar: el maestro Lindemann. Conversaciones sobre horóscopos, sobre hierbas, sobre jardines, sobre medicamentos. Una vez que lo hemos llevado al autobús nos hemos dedicado a recolectar en el jardín flores de ortiga muerta, una planta que aquí crece con abundancia en el jardín y que Lindemann nos había recomendado como té. A mi lado se encuentra la cosecha, un plato hondo lleno de pétalos blancos con delicadas tonalidades verdes; cada uno exhibe cuatro minúsculos puntitos negros.

Kirchhorst, 1 de junio de 1939

La vieja encina caída cerca de Grosshorst. A ella acudimos en las tardes de bochorno y allí nos dedicamos a la caza sutil. El gran capricornio de las encinas, un coleóptero de color negro aterciopelado, con bandas de jeroglíficos de un amarillo asimismo aterciopelado. En el ardor de la cópula este cerambícido va dando tumbos por la recalentada corteza, ebrio de celo y de sol; luego, una vez desapareado, se queda quieto un instante, como si hubiera perdido el juicio, y por fin se aleja con vuelo rápido. Luego el rojo *Phymatodes,*

de color púrpura sucio, con el cual no me había tropezado hasta ahora más que una sola vez, en 1915, cerca de Saint-Léger. Además los bupréstidos, cuyo más bello representante es la *Chrysobothris.* De colores metálicos y con hoyuelos dorados, al abrir sus élitros aparece por debajo de ellos un segundo par de alas, semejante a una ropa interior de seda de un verde brillante. Y otros muchos.

Kirchhorst, 4 de junio de 1939

En el jardín reina una gran sequía, de ahí que caminemos por él con cubos y regaderas una vez que se ha puesto el sol. Después de semejante campaña de riego no queda tiempo para las dos horas de trabajo que al atardecer suelo dedicar a ordenar papeles y escribir cartas. Pero no está mal empleado ese tiempo. En el otoño pienso soterrar turba y hojas para que el suelo retenga mejor el agua.

Por la mañana en la iglesia, donde predicaba el nuevo pastor llegado de Isernhagen. Por la tarde en Fillekuhle; en el camino hacia allá ha vuelto Friedrich Georg a darme una conferencia sobre *Las ilusiones de la técnica.* Al atardecer he leído, en galeradas enviadas de Zúrich por Herbert Steiner, tres poemas de mi hermano; de ellos el que más me ha gustado ha sido el titulado *La madre,* sobre todo por la fuerza que encierra. Friedrich Georg ha dicho que hoy ya no consigue escribir esa clase de versos, esos versos en que los elementos se hallan en movimiento, y que esto se debe a que ahora su lenguaje está orientado con más intensidad a la descripción de lo inmóvil. Luego, charlas sobre el cuadro titulado *El hechizo del amor,* sobre Rimbaud, sobre Rodin, sobre el Erecteón de la Acrópolis. La cercanía de Friedrich Georg representa un gran consuelo para mí desde los días de la infancia.

Kirchhorst, 5 de junio de 1939

Con un calor tremendo he estado cavando el bancal de las patatas para que así se mustien antes las malas hierbas. Encuentro, con todo, que aquí estos días calurosos resultan mucho menos agotadores que los días de bochorno junto al lago de Constanza, al que en pleno verano se veía brillar casi siempre bajo una cúpula cristalina. Casi me parece que esta clase de calor de aquí es estimulante.

Chateaubriand. Luis XVIII escribe a Decazes sobre los libros de Chateaubriand, que los lee *«un peu en diagonale».*

Villèle opina sobre Chateaubriand lo siguiente:

«No estoy celoso, él tiene mucho más ingenio que yo. Pero mi

juicio es mejor que el suyo, y no es el ingenio el que da órdenes al juicio, sino al revés».

Esta observación presupone ya, de todas maneras, ingenio.

Al atardecer he servido un sorbete de hojas de acacia; su aroma oriental ha hecho que Friedrich Georg manifestase su complacencia; ha añadido que tal vez pudiera mejorarse enfriándolo.

Kirchhorst, 10 de junio de 1939

Con un fuerte calor hemos estado desmochando el alto sauce que se alza delante de los membrilleros y los ciruelos, a los que privaba de luz y de aire. Es un consejo que me dio mi vecino Colshorn, quien ahora está agonizando. Hemos estado hablando sobre el grado en que estará relacionado el destino de Colshorn con el destino del árbol. Luego hemos charlado sobre el mandarín de Diderot, al que se describe en una circunstancia similar. Se trata, creo, de que la manera como se comete en París un parricidio mantiene una armonía precisa con el hecho de que el mandarín en China se levante de la cama con el pie derecho o con el izquierdo. En su mecánica espiritual es un pensamiento muy propio del siglo XVIII, pero también resulta instructivo con respecto al hechizo que encierran las ideas estrafalarias.

Fragancia exquisita de la madera pelada y de la corteza del sauce, del cual emana con el calor un refrescante olor a carne de pepino fresco.

Kirchhorst, 11 de junio de 1939

Otra vez en la encina de Grosshorst. En el caluroso campo charla sobre la manera como el darwinismo vuelve a dibujar la creación como con una punta de acero. Friedrich Georg: «En el darwinismo los animales se parecen a flores artificiales, imitadas con chapa de cinc». La superioridad con que Schopenhauer, en sus reflexiones sobre la anatomía comparada, invalidó tales intentos antes incluso de que surgiesen, por así decirlo —los invalidó al menos para las buenas cabezas—, nunca dejará de ser una página de gloria para los alemanes. De la mecánica del espíritu forma parte, sin embargo, el que doctrinas como el darvinismo hayan de ser recorridas en toda su extensión y produzcan así frutos, pues dentro de su marco no dejan de ser verdaderas. Ciertamente en los niveles inferiores, empíricos, la verdad resulta más fatigosa, va ligada a un movimiento mayor. También aquí cabe aducir el dicho de que quien no tenga cabeza, que

tenga pies.

A la hora del café se ha presentado en casa, acompañado de su esposa y su hijo, un catedrático de universidad finlandés, que me traía de Oslo recuerdos del Magister. En opinión de este catedrático Polonia se desmoronará este otoño, cosa que a mí me parece dudosa. En este visitante se me ha mostrado con mucha claridad la situación del científico especializado, del hombre que cultiva una sola ciencia; es una situación expuesta a grandes peligros. La situación de esa clase de científicos se ha vuelto similar a la del obrero que está detrás de una máquina. El ser humano se ha colocado fuera de la obra, se ha salido de ella; esta se ha vuelto autónoma, y ahora aquel deviene cada vez más sustituible y prescindible. Se lo puede cambiar como se cambia una parte de una máquina, y también los resultados a que el hombre llega y aun sus conocimientos han nacido fuera de él; más que intervenir en los acontecimientos, lo que esos resultados y conocimientos hacen es orquestarlos. A medida que va desapareciendo la originalidad del ser humano desaparece también su imprescindibilidad; con ello desaparece asimismo el respeto a él. En cambio resulta enorme la seguridad que todavía tenía un hombre como Paul Gerhardt en medio de las persecuciones.

Kirchhorst, 15 de junio de 1939

Acabado: Spengler: *Sobre la historia universal del segundo milenio antes de Cristo,* uno de sus últimos escritos, en que manejó los hilos con mucha incuria. Sin embargo, con sus errores este autor es más importante que sus adversarios con sus verdades. El secreto de su lenguaje está en que posee corazón y está a la altura de las grandes catástrofes. Hay en su prosa un impulso que la lleva hacia las tapias que hay que saltar.

Kirchhorst, 18 de junio de 1939

Sábado/domingo visita de Edmond y de Arnolt Bronnen, que ha transcurrido de modo agradable. Edmond tenía consigo a su hijo, el cual guarda un gran parecido con su difunta madre. La misma forma suave y nocturna de abrir los ojos, como las lechuzas; unos párpados pesados, emplumados con plumas blancas. Para poder hacer tales observaciones es preciso, desde luego, haber llegado a cierta edad — es preciso ver las generaciones.

En el correo una carta de Storch, que en Brasil se pasa doce horas al día secando plátanos delante de un horno al rojo vivo en compañía de un negro y por la noche escribe en sus diarios. Me dice que hasta él

mismo se asombra de su capacidad de trabajo. Realmente existen reservas de naturaleza desconocida. Es verdadero el dicho de que a quien Dios le da un oficio, también le otorga fuerzas para desempeñarlo. Eso mismo es válido para las situaciones de penuria.

Kirchhorst, 21 de junio de 1939

Los acantilados de mármol. El trabajo va progresando con lentitud a causa de que me esfuerzo mucho en cincelar completamente el texto en cada una de sus frases, aunque si tratase con más descuido ciertas partes sería tal vez la misma la impresión que produciría. Para ello me falta, sin embargo, *nonchalance.* Lo descuidado me da, al contrario, doble trabajo, pues lo aplico sobre pasajes que han quedado ya acabados. Esto se halla en contradicción con las reglas de la economía. Mientras realizo esa labor pienso en la estatuilla que vi en un convento de Bahía: el fondo había sido dorado y sobre él se había aplicado la pintura, y no al revés.

El *opus* contiene un todo que no consiste en la suma de sus partes. Ese todo se asemeja a unos raíles que conducen al lector como en un vuelo por encima de todas las desigualdades e imperfecciones del plan. Provoca en él el entusiasmo de leer, un obsequio precioso.

Kirchhorst, 25 de junio de 1939

A tomar café el Dr. Ostern, que ha llegado de Rodas. Hemos estado hablando sobre el camino de la playa de Irlanda y sobre el valle de Rodino, que en mi recuerdo sigue vivo en todo su frescor. En opinión del Dr. Ostern fue ese el lugar donde estuvo la escuela de retórica. Luego sobre Creta, donde me gustaría vivir el próximo verano; me la ha recomendado.

En el correo los *Diarios* de Gide, de 1889-1939, regalo de Hercule.

Kirchhorst, 3 de julio de 1939

El jardín comienza a rendir buenas cosechas. También van quedando ya libres algunos bancales, para la segunda siembra.

En el sueño veía una escuadrilla de aviones de combate que volaba sobre un paisaje muerto; al tercer disparo de una batería de defensa antiaérea caía ardiendo al suelo uno de ellos. El espectáculo acontecía en el seno de un mundo enteramente mecanizado; yo lo observaba con una satisfacción maligna. La impresión producida era más significativa, más penetrante que en la guerra del catorce, dado que la racionalidad de los acontecimientos había aumentado. Nada era

episódico — los aviones se movían como piezas cargadas de electricidad por encima de un mundo que también se hallaba lleno de tensión. Lo que hacía el proyectil que daba en el blanco era provocar el contacto mortal.

Luego extensos campos, por los que corrían máquinas cosechadoras; personal que se cuidase de ellas no se veía ninguno. Únicamente por una rastrojera estaban pasando un gran rastrillo, del cual tiraban, cual si fueran tiros de caballos, unos esclavos de color ocre; un vigilante de tamaño gigantesco los guiaba. Golpeaba a los esclavos hasta que estos prorrumpían en gritos y caían a tierra, luego los golpeaba hasta que dejaban de gritar. Había en aquella operación un juego de compensaciones entre el ejercicio estúpido de la fuerza bruta y los sufrimientos estúpidos que hacía que yo me desesperase.

Por el día, estando en el jardín, me ha venido otra vez a la cabeza, de repente, ese sueño. Ha sido en ese momento cuando lo he visto como una advertencia; he cobrado consciencia de la responsabilidad que tales visiones comportan.

Kirchhorst, 4 de julio de 1939

Por la tarde se ha parado brevemente en casa el Dr. Gerstberger, que venía de Fischerhude, donde vive en casa de la señora Rilke. A gente entendida en la materia he oído decir que es uno de nuestros mejores músicos. Es algo sobre lo que carezco de un juicio propio, pero me resulta evidente. Desde fuera puede uno darse cuenta muy bien de si alguien sobresale en su especialidad — a condición de captar en él *aquella* parte indivisa, unida a las demás, que posee. En el centro de gravedad pesamos también el peso oculto. Hemos charlado sobre Wagner, Verdi, Bizet.

En el jardín, junto a las vallas, han florecido arvejas, nacidas sin duda de semillas desperdigadas. Colores magníficos — un delicado rojo salmón, un amarillo crema, un violeta, aplicados a pincel sobre un fondo húmedo, por así decirlo.

Kirchhorst, 7 de julio de 1939

Acabado: Léon Bloy: *La femme pauvre.* El máximo escollo de las novelas está en la tentación de intercalar reflexiones en la acción, y son precisamente los autores más inteligentes los que con toda seguridad sucumben a ella. También en este libro de Bloy hay desparramado material suficiente para formar un tomo de ensayos.

Bloy es un cristal en que el diamante y la mierda van juntos, son

gemelos. La palabra que él usa con más frecuencia: *ordure* [basura], Marchenoir, el protagonista, dice de sí mismo que entrará en el Paraíso llevando una corona tejida con excrementos humanos. La señora Chapuis no es buena más que como trapo para limpiar las zanjas de muertos de un hospital de leprosos. En un jardín de París que Bloy describe reina tal hedor que en él se sentiría acosado de manía persecutoria un derviche de piernas flacas como sables convertido en desollador de camellos muertos de peste. La señora Poulot tiene bajo su camisa negra un busto que se parece a un pedazo de carne de ternera arrastrado por la basura y que ha sido abandonado por una jauría de perros, tras haberse meado rápidamente en él. Y así sucesivamente.

Pero luego se encuentran también entre esas cosas unas sentencias tan perfectas y atinadas como esta: *«La fête de l'homme, c'est de voir mourir ce qui ne paraît pas mortel».*

En la página 169 un ejemplo de imagen que debe evitarse: *«La ligne impérieuse du nez aquilin, done les ailes battaient continuellment».*

Kirchhorst, 9 de julio de 1939

Los acantilados de mármol. Es curioso cómo pierdo de vista el conjunto del libro mientras trabajo en él. También cuando se borda un tejido el único sitio que se contempla a la luz es aquel donde entra la aguja; el resto permanece tapado.

El «empaquetado» de las frases, cuyas partes me son casi siempre familiares de inmediato. Sin embargo, me da trabajo empaquetarlas como en una caja — con la mejor economía imaginable. En la frase ideal es preciso que cada una de las palabras posea aquella porción de peso y acento que en justicia le corresponde.

Kirchhorst, 17 de julio de 1939

Del 13 al 15 de julio ha estado aquí de visita Nigrinus, que ahora realiza estudios de etnología en Hamburgo. Hemos recorrido en bicicleta los calurosos pinares que rodean a Kolshorn y allí hemos charlado sobre máscaras, sobre armas, sobre pesca, sobre las islas de los Mares del Sur y sobre la vida en la Edad de Piedra; entre los paraísos perdidos posee esa vida un alto rango. Si tomamos como criterio el movimiento cada vez más rápido, entonces la modernidad comienza ya con la aparición de los metales. Es también ahí, en ese momento, donde está el corte que separa la fábula del mito. Me ha alegrado que Nigrinus cultive estos asuntos; sin embargo, me ha

hablado de sus ganas de una guerra próxima.

Lo que me ha llamado la atención en él ha sido el cambio en su fisonomía. Cuando dentro de nosotros sentimos el fuego de la vida, se nos quedan grabadas unas señales que se parecen a heridas de quemaduras — es sobre todo en las mejillas, allí donde los niños suelen tener los hoyuelos, donde se forman unas marcas como si en tales sitios hubiera ardido pólvora negra. Los ojos, antes parecidos a pulidos espejos, adquieren luego agudeza, pero también perdura en ellos la mirada de animales que se han visto obligados a atravesar de un salto aros en llamas. A menudo ocurre que el ser humano sale de esos aros aturdido, como he podido ver en la Princesa.

Luego ha llegado, el 15 de julio, Carl Schmitt; sin embargo, Nigrinus y él apenas se han visto. Lo que en C.S. me ha llamado desde siempre la atención es la buena factura y el orden de sus pensamientos; producen la impresión de un poder que está ahí presente, de un poder presencial. Cuando bebe se torna todavía más despierto, está sentado inmóvil, con un tinte rojo en la cara, cual un ídolo.

Entre otros muchos asuntos hemos charlado también acerca del emperador Andrónico, cuyo conocimiento debo a Bloy. Tras haber gobernado tiránicamente muchos años, fue derrocado y dejado en manos del populacho de Bizancio; este estuvo torturándolo a muerte muchos días, pero procurando ansiosamente conservar su vida y su consciencia, igual que se protege una luz de una corriente de aire demasiado fuerte. Los oprimidos arreglaban sus cuentas con el caído como lo haría un enjambre de insectos. Las últimas palabras de Andrónico: «Dios mío, ¿por qué permites que sigan pisoteando sin fin un tallo que ya está roto?». Luego pudo verse cómo se llevaba una mano a la boca, sin duda para chupar la sangre que allí brotaba de una herida.[4]

Lo adorable de Carl Schmitt, lo que incita a quererlo, es que aún es capaz de asombrarse, pese a haber sobrepasado los cincuenta. La mayoría de las personas, y ello ocurre muy pronto en la vida, acoge un hecho nuevo tan solo en la medida en que guarda relación con su sistema o con sus intereses. Falta el gusto por los fenómenos en sí mismos o por su diversidad — falta el *eros* con que el espíritu acoge una impresión nueva como se acoge un grano de semilla.

Kirchhorst, 18 de julio de 1939

Durante la epidemia de cólera que hubo en Hamburgo se usaba

en Alemania el adjetivo «hamburgués» como un insulto. Por aquellos días mi padre vio en Hannover cómo dos golfillos iban gritando detrás de un viajero: «¡Hamburgués, hamburgués!». Este hecho lo impresionó mucho.

El extraño descontento que sentimos al recordar ciertas vivencias. Quisiéramos volver a gozarlas; es como si en su momento hubiéramos olvidado lo más importante. Seguramente eso es un indicio de que existe una Vivencia absoluta, que en las vivencias empíricas no saboreamos nunca del todo.

La idea de que existen en el paisaje de nuestra vida entradas de cuevas que están ocultas cuando brilla la luz del día. En ellas penetramos a la hora del crepúsculo y entonces nos quedamos embelesados, «perdidos para el mundo», como le ocurrió al monje de Heisterbach. Así pasa con el *inferno,* así pasa con la locura, con la magia, con la muerte. Resulta terrible ver desaparecer de ese modo en lo invisible a las personas que nos son más próximas y están a nuestro lado.

Cuando la voz humana invoca el eco, tiene un sonido que es peculiar únicamente de esa circunstancia.

Kirchhorst, 19 de julio de 1939

Después de tomar el baño, y mientras paseamos distraídamente, charla sobre la constelación que domina estos años. Los seres humanos viven como animales en un agua turbia y no saben cuál es su posición. Unos ojos dotados de mayor capacidad de penetración los verían, en cambio, como algo bien ordenado, como escuadrones en el campo de batalla. Para el mecanismo de la historia seguramente resulta esencial ese deficiente conocimiento de las cosas, que va acompañado de una ceguera para los peligros reales y, en consecuencia, de una especie de coraje fatídico. Existen, empero, señales de tal fuerza que gracias a ellas puede hacerse visible de golpe la situación. Esas señales flamean como bengalas lanzadas al aire en la oscura zona avanzada del frente.

El baño: un charco en un viejo agujero de arcilla situado junto al camino que lleva a Lohne. El redondo espejo de agua tiene como marco grises hojas de llantén acuático que llegan casi hasta el centro; sobre su superficie trazan sus figuras los tábanos. Profunda y quieta es el agua, y del fondo de arcilla ascienden burbujas de cieno y frescos remolinos. El ganado que pasta por estos lugares ha pisoteado las orillas, dejando allí hondas señales, y en el cañaveral toman el sol los caballitos del diablo y las libélulas — sus colores son el rojo, el azul

ceniza, el negro y el verde, todos ellos reticulados; también los hay de color pálido con bandas oscuras en las alas; los cuerpos parecen estar tallados en finas cañas de bambú de color claro. De las granjas llegan aquí volando las golondrinas, que se mojan el pecho para cazar efímeras. Este charco es un pequeño orificio de agua al que cañaverales y altos juncos enmarcan cual si fueran pestañas, pero que también alberga peces en sus profundidades y del cual es huésped la cigüeña que tiene su nido en Neuwarmbüchen, y que ensarta las ranas con su pico. También aquí gobierna Neptuno mediante sus servidores, mediante las ondinas y los espíritus que habitan en las fuentes. De ahí también la total confortación que este elemento nos procura.

Kirchhorst, 23 de julio de 1939

Con Friedrich Georg, que ayer acabó su trabajo sobre la técnica, en el zoo; como era domingo costaban menos las entradas. Resulta agobiante la visión de las masas, pero no es lícito olvidar que se las mira con los fríos ojos de la estadística. La persona singular es siempre más importante de lo que parece dentro de ese marco. A menudo se asemeja a un grano que por falta de agua se ha quedado seco del todo y ha perdido su prestancia; pero en lo hondo, allá dentro, reposa el germen verde. Ante todo es preciso tener en cuenta que al hombre hay que dejarlo que nazca primero *dentro de sí.*

Entre los animales el pluvial egipcio, llamado también «guardián de los cocodrilos», un ave del tamaño de un estornino, que se mueve mucho y en el que se da una muy grata combinación de los colores gris y rosa. Aunque queden exterminados todos los animales de la Tierra, cosa que a menudo temo en horas sombrías, subsistirán, no obstante, en su intangibilidad. Reposan en el Creador, y lo único que se extirpa es su apariencia. Lo único que la destrucción hace es quitar la sombra de las imágenes.

Kirchhorst, 28 de julio de 1939

A última hora de la tarde he terminado de escribir *En los acantilados de mármol.* A mi parecer el texto ha salido tal como me lo había imaginado — a excepción de algunos pasajes en que el espíritu estaba demasiado tenso, de modo que el lenguaje quedaba sometido a presión y se tornaba cristalino; en esos pasajes el texto se asemeja a un río que arrastra témpanos de hielo. Lo que he pretendido es que el lenguaje desembocara en una prosa carente de vibraciones y de torceduras, en una prosa dotada de una gran solidez. Es preciso que las frases hagan su entrada en la consciencia del lector igual que hacen su entrada en el circo los luchadores. Pero esto no depende de

la voluntad.

Kirchhorst, 9 de agosto de 1939

Bogo ha estado aquí varios días de visita; sigue conservando su antigua seguridad de espíritu, que a menudo me parece maníaca. Lo que en él resulta sorprendente es la unión entre un intelecto agudo y siempre despierto y una persona caprichosa, que en algunos momentos roza la extravagancia. En este aspecto Bogo muestra rasgos de personaje de Hoffmann; en otros recuerda a los inteligentes kantianos que podían verse hace cien años. Es de Silesia y, por tanto, natural de una de las regiones que me son desconocidas; pero en él están vivas también cosas completamente extrañas, propias de un Tamerlán; eso es algo que se hace visible asimismo en su fisonomía. De ahí también, sin duda, su modo de pensar, que abarca vastos espacios, y sus rasgos de crueldad abstracta. Junto a esas cosas posee igualmente cordialidad y yo conservo en la memoria muchas noches agradables que pasamos bebiendo *punch*. En una ocasión en que acudí a visitarlo a uno de sus domicilios berlineses lo encontré en su biblioteca absorto en el estudio de un gran mapa del Reich que él mismo había trazado. Delante de la ventana había esparcido comida para los pájaros y desde aquel lugar partían unos artísticos cordones de semillas que pasaban junto a las estanterías y atraían hasta el fondo de la habitación a los pinzones y a los picos, así que estaba allí sentado como si se encontrara dentro de una pajarera. Hay en Bogo dos cosas que merecen gran estima — de un lado, su insobornable sentido de la jerarquía espiritual, y de otro, su capacidad teológica.

Entretanto he seguido pasando a limpio *Los acantilados de mármol*. El *ajuste* de las frases — es como entablillarlas. Hoy he tomado la resolución de apartarme en muchos casos de la regla que ordena que cuando son varios los sujetos el verbo ha de ir también en plural. Esta regla estará de sobra cuando quepa considerar los varios sujetos como *un* concepto y cuando se los pueda poner, por así decirlo, entre paréntesis: «(Sal y pan) a la cara color da». Se trata en estos casos de conflictos fronterizos entre el contenido lógico y el contenido gramatical del lenguaje; son numerosos los conflictos de ese género. Habrá que actuar de modo similar cuando lo que se pretende con la enumeración de varios sujetos es reforzar retóricamente una unidad: «¡El hombre, el marido, el padre *es* el aquí mencionado!». En esta frase el carácter de sujeto va pasando de un nombre a otro, y al último se le entrega el cetro que gobierna la frase. También cabría pensar en bolas de billar, en las que la fuerza del golpe se transmite de una a otra. Y no cabe duda de que una de las raíces de la gramática se sale de la pura mecánica.

Kirchhorst, 10 de agosto de 1939

En Lohne a la busca de setas, pero lo único que hemos encontrado ha sido un pequeño número de champiñones en los prados y un solo ejemplar de *Boletus castaneus* en el pinar. A la vista de una paloma muerta conversación sobre la Paloma que vive en todas las palomas y que no será hecha trizas por ningún azor. Luego sobre la Idea platónica, esa fuente inagotable de diálogos y distinciones a lo largo de milenios.

De un modo muy leve comienza ya a anunciarse el otoño, y con tal motivo he vuelto a la deliciosa costumbre de quedarme a veces por la mañana media hora leyendo en la cama. Así he leído hoy *La diosa siria,* un texto de Luciano de cuya autenticidad se duda, y probablemente con razón. En aquellos tiempos perduraban todavía muchas cosas del policromo y temible reino mágico de Heródoto. Así, un romano ilustrado, que conocía ya a los cristianos, podía ver a la vez los dos grandes falos plantados delante del templo en que estaba el miembro viril, en bronce, de Combabus. Dos veces al año subía a uno de aquellos falos, por motivos mánticos, una persona, que trepaba a él como se trepa a una palmera y allí permanecía siete días en lo alto, en una especie de nido de cigüeña. Las genuinas circunstancias de esto se las calla el autor, a la manera de Heródoto, pero de manera muy poco lucianesca.

Kirchhorst, 12 de agosto de 1939

Esta mañana he acabado de pasar a limpio el texto de *En los acantilados de mármol*; he puesto la fecha en el original y luego lo he guardado en el archivador. Por la tarde, en el pequeño café de Burgdorf donde a veces nos sentamos, he estado repasando los personajes con Friedrich Georg, que ha sido el primer lector del libro. En esa charla los personajes han desarrollado ya algunos rasgos en los que yo no había pensado al escribir el texto y que, sin embargo, me han parecido evidentes. Así es como las obras van emancipándose de su autor y continúan creciendo en lugares que él no conoce. Mas para que eso ocurra es necesario que en el lenguaje queden cosas informes, quede sustancia primordial; si no es así, pronto se marchitan los personajes. Han de llevar tierra consigo.

También hemos pasado revista a los auspicios políticos y Friedrich Georg ha expresado su opinión con las siguientes palabras:

—O te prohíben el libro en las dos primeras semanas, o no te lo prohibirán nunca.

Kirchhorst, 16 de agosto de 1939

Sueños de ascensores, desagradables como casi todos los sueños que tienen como asunto la técnica. Además, escaleras, escaleras carentes de barandilla, o interrumpidas, bajo cuyos peldaños rotos aparecía el abismo. El mundo como una arquitectura confusa.

Hay días en que se presenta tan poderoso el desorden del mundo que uno desespera de llegar a domeñarlo nunca. Entonces me dedico a ordenar la mesa de escribir, o la ropa blanca, o las herramientas del jardín, pero en el fondo lo hago a disgusto. Seguramente en ese sentimiento se expresa también la intuición de que todas las cosas creadas y coleccionadas por nosotros perecerán. Lo mejor sería pasar tales días en la cama y sobre todo no comenzar en ellos nada nuevo.

En el correo una novela portuguesa de Guedes de Armorim: *Aldeia das águias,* con una dedicatoria de su autor que no he logrado descifrar.

Kirchhorst, 19 de agosto de 1939

Dos días en Hamburgo. Aunque uno haga visitas frecuentes a las grandes ciudades, siempre resulta llamativo el crecimiento de su carácter automático. Es notable cómo se expande en igual medida también lo letárgico, lo ausente, lo distraído. Tales rasgos puede uno leerlos en la cara de cada una de las personas, en el modo de circular de las masas y en la manera como en los automóviles van sentados al volante los conductores. Casi parece como si la cantidad de consciencia que encuentra su expresión en las *formas* se hubiera perdido para los seres.

No cabe duda de que la técnica posee factores inhibitorios — así ocurre con la pura geometría de las formas, con los cuadrados, los círculos, los óvalos y las rectas; en las autopistas habría que apartarse de estas últimas, para evitar que los conductores se duerman. Lo mismo cabe decir de los ritmos propios de la técnica — de sus compases rápidos, rugientes o cantarines, de sus cambios de marcha, que se suceden de modo regular, de sus fugaces decursos y, en general, de la poderosa canción de cuna de su monotonía. Estas cosas operan especialmente en los sitios donde la técnica habla en toda su pureza a la capacidad intuitiva — como ocurre en la propaganda. Tanto por el neto patrón blanquinegro de sus formas cuanto por su repetición monótona la propaganda se revela como uno de los géneros de la técnica. Los espectadores que salen en tromba de un cine se asemejan a una masa de durmientes que acabaran de despertarse, y

cuando entramos en los locales llenos de música mecánica es fácil que se nos transmita un poco de la atmósfera que reina en un fumadero de opio.

La mejor descripción de la situación completamente mecanizada es la que aparece en el cuento de E.A. Poe titulado *Un descenso al Maelstrom*; con razón dijeron los Goncourt en sus diarios, y ello bien pronto, que Poe era el primer autor del siglo XX. En el citado relato se pone muy bien de manifiesto el distinto comportamiento de los dos hermanos que allí aparecen; uno de ellos, cegado por la terrible visión del mecanismo, se mueve con reflejos inconscientes, en tanto el otro adopta una conducta guiada por los pensamientos y los sentimientos y sobrevive. En este personaje interviene también la responsabilidad que está comenzando a recaer en las minorías selectas, en las élites, que a cada día que pasa se tornan más pequeñas.

Kirchhorst, 26 de agosto de 1939

A las nueve de la mañana, cuando me hallaba muy cómodo en el lecho estudiando a Heráclito, me ha subido Louise la orden de movilización; dice que el 30 de agosto he de presentarme en Celle. La he recibido sin mucha sorpresa, pues la imagen de la guerra iba perfilándose con rasgos cada vez más netos a cada mes que pasaba, a cada semana que transcurría.

Por la tarde en Hannover, donde aún tenía que solucionar varios asuntos y comprar ciertas cosas. Por ejemplo, alcanfor para mis colecciones.

Kirchhorst, 28 de agosto de 1939

Continúa la movilización en todos los países. Aún habría tiempo para el *deus ex machina*. Ahora bien, ¿qué es lo que este podría aportarnos? Es tal la acumulación de cosas en litigio que el único que puede rematar el trabajo es el Fuego.

Kirchhorst, 30 de agosto de 1939

Partida. Arriba, no sin ironía, he estado mirándome en el espejo, con mi uniforme de alférez. De todos modos, algo similar estará ocurriéndoles hoy en Europa a muchos hombres que en ningún momento se imaginaron que volverían a prestar servicio militar. En lo que a mí se refiere atribuyo tal cosa también al Cáncer que hay en mi horóscopo, el cual me traslada no pocas veces, andando hacia atrás, a situaciones vividas anteriormente; y, a menudo, con ganancia.

En el momento en que bajaba la escalera han entregado abajo, en el vestíbulo, un telegrama; venía firmado por Brauchitsch y traía la notificación de mi ascenso a capitán. Lo he tomado como una señal de que Ares no me ha vuelto la espalda en el intervalo.

Delante de la casa he parado uno de los automóviles que se dirigían a Celle; sus dueños eran dos comerciantes de Hamburgo que regresaban de París, donde han dejado interrumpidos sus negocios. Presentación al comandante del batallón de reserva en el gigantesco Cuartel del Páramo, al que afluían las masas de los movilizados. En la comida he conocido a los oficiales; casi todos llevaban condecoraciones de la guerra del catorce y entre ellos había algunos magistrados de la Audiencia Territorial. En la ciudad, para comprar piezas del equipo. Me he instalado de manera provisional en el hotel Sandkrug.

Celle, 31 de agosto de 1939

Más compras. Es preciso habituarse al uniforme. Por la noche oí, medio en sueños, voces de radio de las que creí sacar en limpio que se había alcanzado un entendimiento con Polonia. Me quedé dormido pensando en cómo pasaría el otoño en Kirchhorst.

Celle, 1 de septiembre de 1939

En el desayuno me ha preguntado el camarero, poniendo una cara muy expresiva, si había oído los noticiarios. Según ellos hemos entrado en Polonia. A lo largo del día, mientras iba de un lado a otro para resolver mis asuntos, he ido enterándome de las demás novedades, que confirmaban el estallido de la guerra, también con Francia e Inglaterra. Por la noche breves comunicados, órdenes, oscurecimiento de la ciudad.

A las diez he acudido a pie al puente del castillo, para una cita que allí tenía. La vieja ciudad del páramo se hallaba en tinieblas y los seres humanos se movían cual fantasmas con un mínimo de luz. Bañado en un pálido resplandor azul, el castillo se alzaba como si fuese el viejo palacio de una ciudad de fábula. Montadas en sus bicicletas, las personas se deslizaban en la oscuridad como danzarines ingrávidos. Y de vez en cuando subía, del foso que rodea el parque del castillo, el chasquido causado por una pesada carpa. También a nosotros nos lanza a veces el placer, igual que les ocurre a esos animales, a un elemento extraño, más ligero.

Pasando junto a un banco en el que estaban sentadas dos viejas

señoras he oído decir a una de ellas:

—Has de pensar que todo esto es también cosa de la Providencia.

Luego en el café. Uno penetra en la luz, en la música, en el tintineo de los vasos como si penetrara en fiestas secretas y en cuevas de duendes. A ello se agregan luego, una vez más, las voces de la radio, que anuncian bombardeos y lanzan amenazas contra los seres humanos.

Celle, 2 de septiembre de 1939

La hermosa travesía del Jardín Inglés para acudir al cuartel, pasando por delante del monumento a la reina Karoline Mathilde y junto a los criaderos de gusanos de seda y de abejas. La verde superficie de césped, con los primeros fríos otoñales, por la que a veces pasan urracas. Luego estanques; hay muchos sitios donde su superficie se pone a temblar por efecto de los blandos golpes de las aletas de los peces; en sus orillas aparecen cisnes, así como patos de abigarrados colores.

En esta zona, en la cual es donde se realiza el crecimiento propiamente dicho, las plantas llegan a adquirir, por así decirlo, consciencia de que lo son y su única obligación en lo sucesivo es madurar. Esto es algo que luego se pone de relieve en su perfil — en su magnificencia tranquila, en su seguridad y, a menudo, en el cuño metálico de su forma de vida. En el fruto predomina la plasticidad, como predominaron antes en la flor el color y el perfume, y esta circunstancia adquiere ahora figura en la totalidad de la planta. Es muy bello, por ejemplo, sobre todo en los plátanos y en los castaños, el modo como comienza a hincharse la hoja en su comienzo, antes de apartarse de la rama.

Blankenburg, 6 de septiembre de 1939

Tras haber pasado un breve permiso en casa me encuentro ahora en Blankenburg, donde estoy participando en un cursillo. Todas las guerras comienzan con cursillos. En Kirchhorst, adonde llegué a hora tardía, encontré a la pequeña comunidad doméstica reunida en su caverna iluminada. Los frutos van madurando bien en el jardín. También progresa la viña y lo hace de un modo sorprendente para aquel norteño rincón pantanoso; aunque, ciertamente, si prospera es gracias al calor producido por una pared de ladrillo que, cual si fuera un acolchado, conserva cada uno de los rayos del sol.

El ambiente en los permisos tiene algo de *Paradise lost*, de Paraíso

perdido, por cuanto las circunstancias en que hemos vivido a diario nos son otorgadas en ellos como excepción. Tras una ausencia un poco prolongada el personaje del que regresa adquiere un aire de fantasma, de aparecido. A la Vida le gusta tapar los huecos. Desde los tiempos de Agamenón es esto asunto de la tragedia; de ella percibimos ya un soplo cuando tornamos a ver un jardín que hemos abandonado. Sin nosotros florecen y maduran las flores y los frutos.

Blankenburg, 10 de septiembre de 1939

Domingo, que se ha ido casi por entero en la lectura de las pruebas de *En los acantilados de mármol.* Que Ares es hostil a las Musas es algo que puedo ya notar por el esfuerzo que me cuesta atinar exactamente con el giro adecuado. Pero de nada sirve someter la voluntad a una tensión todavía mayor — demasiado ligeros, demasiado ingrávidos le resultan a ella los pesos que hay que pesar en la prosa.

Notable, por otra parte, el modo en que he acabado este trabajo «dentro de plazo». Existen seguramente instancias que se cuidan de que cada cual aporte a los guisos preparados por el Tiempo la especia que le toca aportar. Casi siempre me resulta penoso percatarme de tal cosa, de igual modo que no nos gusta darnos cuenta de los hilos a que están sujetas las marionetas en la representación. Tiene tanta fuerza el poder de la libertad que nos es suficiente soñar con ella.

La relación que hay entre la libertad y el destino es como la que hay entre la fuerza centrífuga y la gravitación — así como es el juego de compensaciones de fuerzas opuestas lo que ordena la órbita de los planetas, así también la posición propiamente humana, la posición erguida, se debe a una circunstancia similar.

Blankenburg, 12 de septiembre de 1939

Avanza lentamente el otoño. Conocer esta ciudad de Blankenburg ha representado para mí conocer una de las perlas urbanas de la región del Harz; es una ciudad que en muchos aspectos me resulta mucho más habitable que Goslar, la cual es más ruda, menos sosegada. El aire es aquí más suave y el suelo es más cálido, como lo delata ya por sí sola la vegetación. Grupos de castaños de Indias invaden las superficies de césped, las cuales engalanan de verde la ciudad con anillos y cintas y llegan hasta las estribaciones de los montes. En macizos de figura redonda y alargada está plantado con profusión el cañacoro o caña de la India; sus flores son de color rojo

de fuego o también de color amarillo y púrpura como la llama y sobresalen por encima de los tallos, que exhiben un verde suntuoso. La opulencia de esta flor va unida a una forma rigurosa, que parece tallada en bronce. De ahí que sea propia de parques donde se aúnan el buen gusto y la abundancia. También son un ornato de los cultivos tropicales, de los jardines que aparecen en *Pablo y Virginia.*

Blankenburg, 17 de septiembre de 1939

Segundo domingo que paso en Blankenburg, jornada lluviosa. A las seis en punto de la mañana me despierta un carillón de voz argentina; casi siempre permanezco luego una media hora sentado ante el pequeño escritorio de mi habitación de hotel.

El servicio diario, que se desarrolla en las estribaciones de los montes, en los campos de tiro y también en el picadero, tiene de agradable que cura las dolencias pequeñas — así, por ejemplo, está haciendo desaparecer también una conjuntivitis que en los dos últimos años me ha causado frecuentes molestias y que contraje al sumergirme en el agua salada del mar en busca de peces. Cabe comparar la enfermedad con una capa malsana que se mantiene en lo hondo de nuestras aguas profundas. Entonces es bueno secar de vez en cuando el manantial — esto puede hacerse entrando en contacto con los elementos o realizando un gran esfuerzo. Es lo que hace el horno de que habla Heráclito. Celsus, que no apreciaba para nada las operaciones quirúrgicas, me expresaba a veces su asombro por el hecho de que algunos pacientes se restableciesen efectivamente después de una de esas intervenciones; lo atribuía al cambio de humor provocado por la incisión.

Cuando vamos a parar a una ciudad nueva para nosotros, al principio las muchachas y las mujeres pasan flotando a nuestro lado como si fueran apariciones de un sueño. ¿A qué se debe que luego nuestros pensamientos se orienten a una sola, la cual con frecuencia no es precisamente la más bella? Una mirada especial tal vez, una sonrisa que salta como una chispa, y ya quedamos hechizados.

Blankenburg, 20 de septiembre de 1939

Tarde triste de lluvia; los cigarrillos son lo único que brilla en la oscuridad de las calles. Esta mañana, cuando me dirigía a pie hacia el campo de tiro, se ha desplomado delante de mí una vieja; cayó de bruces mientras caminaba, como si la hubiera alcanzado un disparo. La llevé al jardín de una taberna y allí se recobró enseguida. Así es como los nadadores se sumergen un instante en las aguas del mar

cuando hay fuerte oleaje.

Blankenburg, 21 de septiembre de 1939

Sueños de que estaba condenado a muerte. La situación completamente desesperada que en tales sueños aparece supera en mucho la realidad de la vida — el réprobo, el hombre que ha perdido su salvación, es el personaje primordial que subyace a tales sueños. Asimismo son significativos los sueños de exámenes. La vida se transforma en un examen que jamás aprobaremos. Qué feliz se siente uno al despertar. Se trata sin duda de un resplandor anticipado de la Luz eterna.

Blankenburg, 25 de septiembre de 1939

Visita de una lectora de mis libros a quien no conocía. Las conversaciones con personas que desde hace mucho tiempo vienen ocupándose en mis trabajos se desarrollan, por así decirlo, en habitaciones que yo he tapizado con papeles pintados y decorado con cuadros. Durante la charla observaciones muy agudas — así, por ejemplo, sobre la responsabilidad, la cual envuelve como una red cada uno de nuestro pasos, pero que es despojada de su fuerza por la *désinvolture.* Si esto no ocurre tropezamos efectivamente en briznas de paja.

También hemos hablado sobre los platos que se sirven en la mesa de la Vida; la mayoría de los humanos solo alcanza a disfrutar de un pequeño número de tales guisos y a veces ni siquiera llega a verlos. Así, existen variedades de tréboles cuyo cáliz es tan hondo que a su néctar no pueda llegar más que una determinada especie de abejas.

Hablando en general paréceme que las mujeres van teniendo cada vez más inteligencia y aun que está trastrocándose su relación con el nivel de la inteligencia masculina. Este fenómeno es uno de los caracteres del trabajo y, desde luego, en general da que pensar, pero, en cambio, resulta agradable en ciertos casos particulares. Se trata en el fondo de una demolición que se lleva a cabo en el interior de la mujer; se consumen átomos en forma de movimiento.

Blankenburg, 26 de septiembre de 1939

La suma del trabajo reposa sobre los campos como una manta que los cubre. Hoy, yendo en coche a lo largo del Harz hacia la comandancia general, he visto en un campo de remolachas a una esbelta mujer que, enfundada en unos pantalones azules y cubierta la cabeza con un pañuelo encarnado, se hallaba de pie junto a un silo.

Me ha saludado alzando la mano y ese gesto se me ha aparecido como si, encontrándome en lo hondo del mar, sometido a una presión enorme, viese de lejos a un camarada que me señalase el camino hacia arriba, hacia la luz. Así es como uno oye, en el concierto a menudo demoníaco de las tempestades, la voz de la Patria, y no puede errar si la sigue.

Una vez más me percato de que el Harz es un conjunto de montañas mágicas. Y también están llenas de misterio las líneas de colinas que lo rodean. En el interior reposan los viejos santuarios y los lugares para las ofrendas; se hallan circundados por los castillos fuertes que se alzan en los salientes de los montes; y luego vienen por fin, en los bordes donde comienza el llano, las residencias de los príncipes y las altas catedrales, construcciones cristalizadas, por así decirlo. Sería preciso, empero, abarcar con una sola mirada y de manera intemporal los agrupamientos de este género. La fuerza primordial reside cual oro macizo en las montañas mismas. A esto se agregan los asentamientos humanos; un poco de aquel brillo secreto se transmite a los edificios que en ellos hay. El riquísimo círculo de ciudades, castillos, catedrales es únicamente, sin embargo, una parábola de la sobreabundancia e inagotabilidad de la Tierra misma. Así, las piedras que se tallan para construir edificios no son otra cosa que moneda extraída del tesoro de lingotes de oro; por mandato de los príncipes se acuña esa moneda, pero luego el Tiempo vuelve a fundirla y la devuelve, desprovista de forma, a la sobreabundancia en que estriba la riqueza de la Tierra.

Blankenburg, 29 de septiembre de 1939

En los valles del Harz con el objeto de señalizar carreteras para las unidades motorizadas que en estos días regresan de Polonia. En una de esas hondonadas, en el camino que lleva de Hohegeiss a Rothesütte, se ha alzado del arroyo un ratonero, que llevaba en sus garras una culebra. En el tranquilo valle boscoso he captado con tal nitidez los detalles de esa imagen, divisada por mí un solo instante al pasar a toda velocidad —parecía una miniatura en un mundo inmóvil—, que he visto brillar incluso el plateado borde de las escamas en el oscuro vientre de bronce de la serpiente. Agua, Luz y Tierra viven llenos de frescor y sin dolor alguno en tales imágenes, como ocurría en los viejos tiempos heroicos; entonces el aedo las veía de manera directa, inmediata, y sin que estuvieran enturbiadas por los conceptos.

Blankenburg, 4 de octubre de 1939

Ejercicios a caballo desde Blankenburg hasta el campo de

maniobras de Halberstadt, pasando junto al Monje de Cristal; realizados en un estado de ausencia que contrastaba fuertemente con el riguroso encuadramiento de la persona en los ejercicios. Así he visto como en sueños un campo de color gris, y la paja que en él se hallaba extendida me ha parecido arrojada allí por las olas de lo Ilimitado. Por el contrario, un verde prado con rosales arbustivos, en el cual flameaban las zarzarrosas, se me ha metido prácticamente en los ojos. Las cosas aparecían como a través de una lente que unas veces permitiese verlas con mucha nitidez y otras las difuminase.

No vivimos del todo en el mundo, tampoco vivimos del todo en nuestro cuerpo — un día, sin embargo, serán sumadas las partes que hacen que estemos dentro y fuera.

Halberstadt, 5 de octubre de 1939

Repentina orden de traslado a Halberstadt. Cuando llegamos a una población desconocida a hora tardía y fatigados, y tal vez incluso bajo la lluvia, perdemos la capacidad de ver las cosas con sus colores. Se nos aparecen grises, más aún, como si de ellas no tuviéramos nada que esperar. En tales casos uno debería irse inmediatamente a descansar.

Al despertarnos, en cambio, se nos ofrecen henchidos de una fuerza nueva no solo los colores, sino también las formas. Recuerdo que una mañana vi cómo unos rectángulos que estaban tejidos en la muestra de una cortina se me presentaban dotados de una significación ética que hasta entonces me había sido desconocida. En tales momentos las cosas revientan de contenido — se ponen a hablar tan pronto la mirada se dirige a ellas.

El despertar es desagradable cuando ocurre antes de que nos hayamos recuperado, cuando ocurre, por ejemplo, dos horas después de la medianoche. Es un momento especialmente incoloro; se parece al punto muerto que precede al nuevo movimiento del péndulo. De ahí que Napoleón elogiase «el coraje de las dos de la madrugada». También en los monasterios y eremitorios de Tebaida era temida esa hora; ciertas formas de melancolía amenazan en ella con especial fuerza. Con razón se consideraba pecado esa forma de tristeza, pues abría las puertas a las potencias malignas. En eso consiste en general la dolencia de las melancolías; crean sitios débiles, parecidos al que creó en el cuerpo de Sigfrido la hoja de tilo. Cuando estamos en posesión de todas nuestras fuerzas somos casi invulnerables; los proyectiles mismos no encuentran el camino hacia nosotros más que siguiendo unas determinadas trayectorias que, por así decirlo, están

canalizadas. En Islandia las madres palpaban el cuerpo de los guerreros antes del combate y por lo que sentían se daban cuenta de los lugares que no estaban inmunizados.

Kirchborst, 8 de octubre de 1939

Nuevo traslado, esta vez a Bothfeld; agregado al 73.º Regimiento, al que me incorporaré mañana. Hasta ese momento paso aquí las horas en la granja y el jardín y también en compañía de Perpetua. Los árboles tienen ya hermosos y pesados frutos.

Sobre astrología. En el curso de nuestra vida encontramos siempre a la mujer, única, que nos lanza fuera de las órbitas que nos estaban prescritas y nos compele a acompañarla, tanto si queremos como si no queremos. En contraste con ese encuentro, los demás se consumen rápidamente, como cometas o meteoros, en sus propias llamas; y todas las demás cosas que Eros nos trae en lo sucesivo hállanse sometidas al influjo de esa única mujer, de nuestra Dueña. De ahí también que en el fondo no dependa de nuestra voluntad la fidelidad; hay en su esencia más inercia que virtud y así es como actúa en nosotros. Esto es algo que se ve también en los divorciados, que en sus pensamientos están siempre girando el uno en torno al otro — la compulsión del gran encuentro sigue actuando hasta en las formas del odio.

Bothfeld, 10 de octubre de 1939

En el páramo de Vahrenwald. Las zanjas llenas de agua las cruzamos al trote, de modo que las altas y afiladas cañas de los cañaverales rozan la silla de montar. Espléndido frescor matinal de las primeras horas del día; en él los ojos cogen al vuelo las gotas de agua que salpican y las ven brillar en la fría luz del sol.

La guerra se parece a Leviatán, del cual lo único que asoma por encima de las aguas son unas pocas escamas o una aleta — la materia es demasiado compacta como para que la mirada pueda articularla y ello hace que la sensación que se produce sea la de irrealidad. Los seres humanos sienten cómo cerca de ellos se mueven grandes masas, pero no captan ni la dirección que llevan ni la meta a que se dirigen; también barruntan quizá que dentro de la cáscara de estos días hay escondidas otras cosas — espectáculos de índole nueva y desconocida. Y así ocurre también que los humanos quedan al descubierto, sin protección, porque no conocen el camino que sigue el Destino.

Kirchhorst, 17 de octubre de 1939

Dos o tres veces por semana voy en bicicleta de Bothfeld a

Kirchhorst. Me llama la atención el hecho de que ese camino se me haga más corto a medida que lo recorro más veces — seguramente se debe a que el espíritu articula la ruta y la segmenta en un determinado número de trayectos breves, así que luego uno cree también que recorre el conjunto con más rapidez.

Belsen, 3 de noviembre de 1939

En el campo de maniobras de Bergen acabo de tomar el mando de la segunda compañía del 287.º Regimiento; oigo decir que desde aquí nos pondremos en movimiento con destino desconocido y que eso ocurrirá ya pasado mañana.

La despedida de Perpetua — en una de esas abarrotadas habitaciones burguesas de 1905, que ahora han acabado también por volverse acogedoras. Eso que llamamos «romanticismo» existe en todos los tiempos, se parece a la sombra que sigue a la aguja del reloj, la cual va marcando implacablemente las horas. El reloj que hacía tictac tictac, algo que de ordinario no puedo soportar cuando duermo. En esta ocasión ese ruido mantenía en vela mi consciencia, así que esta disfrutaba de la duermevela desde su propia perspectiva. Así fue alargándose sin fin la noche, en un tiempo que parecía estar siendo medido por delicadas balanzas.

La idea de que cada ser humano es un universo. A menudo ocurre que tras haber estado conviviendo años y años con las personas que más cerca nos quedan —nuestros padres, nuestros hermanos, nuestras mujeres—, se nos revelan en ellas honduras que desconocíamos. Para percatarnos de esto es preciso, de todos modos, que también nosotros cambiemos — entonces también descubrimos acaso tesoros en esas masas que son las grandes ciudades y que nos parecen tan inanes, igual que se descubren tesoros en las minas desconocidas de Perú. Quien fuera capaz de sacar a la luz tales tesoros reproduciría en formas supremas la movilización.

Cerca de Greffern, 11 de noviembre de 1939

A las dos de la madrugada del 6 de noviembre partimos de Bergen. El confuso ajetreo que suele haber en las operaciones de embarcar las tropas en el tren me causó la impresión de un renacimiento de las cosas de la guerra del catorce. También sentí con toda claridad un escalofrío, un rayo que procedía de un gélido trabajo de demonios; esto ocurrió especialmente al escuchar el estrépito de los martillos y las cadenas, estrépito que atravesaba cortante el aire helado. El aliento, que formaba nubecillas blancas, como de algodón,

ante la boca de los seres humanos, ante las narices de los animales. En un determinado momento los caballos se asustan de una cocina de campaña y esparcen chispas a su alrededor; con toda diligencia se forma un pequeño grupo negro que desengancha los caballos y se unce él mismo al carro — hormigas ocupadas en salvar sus bienes y sus simbiontes. Lo mucho que de instinto hay en la vida lo vemos de un modo más nítido en tales instantes.

Pensamiento: los pálidos enjambres de efímeras con cuyos cuerpos engrasa los ejes el Mecánico del universo. Esos enjambres se estrellan contra el frío hierro.

En el compartimiento del vagón del tren, al cual me ha traído dos mantas Rehm, que es mi nuevo ordenanza. Tiene buena planta, la que corresponde a un hombre al término de una instrucción rigurosa y severa. Cuando le dirijo la palabra, su mentón, que se pone a buscar el nudo de la corbata, se le llena de arrugas y su rostro adquiere rasgos de petrificación. Los dedos medios de sus dos manos apuntan perpendiculares al suelo, las palmas de las manos están completamente planas, no forman esos nidos de golondrinas que aparecen cuando la disciplina pierde su frescor. En las veinticuatro horas siguientes Rehm acude a intervalos regulares a mi compartimiento a traer café, comida caliente y pan. También aparecen en él el brigada y el jefe de la «unidad de compañía»; ambos me dejan una buena impresión. La «unidad de compañía», un órgano que en la guerra del catorce era desconocido, facilita agradablemente la ejecución de las órdenes.

En el mismo compartimiento viaja también Spinelli, mi mano derecha; es el único oficial en toda la compañía. Posee un aplomo magnífico, un poco americano, esa seguridad que tienen en las películas los jóvenes antes de lanzarse a aventuras que dan que pensar, pero que ellos son capaces de afrontar perfectamente. Lo veo tomar una serie de disposiciones relativas unas a su sección y otras a su comodidad personal; es evidente que en esa tarea se siente en su elemento propio. Pero ante todo me resulta agradable.

Durmiendo, desayunando, charlando, leyendo: así es como cruzamos Alemania en dirección oeste. De vez en cuando se distribuye comida y también de vez en cuando aparecen en las ventanillas muchachas que ofrecen té o café. Así llegamos a Pforzheim a la noche siguiente, hacia las dos de la madrugada.

Por encima de los raíles del ferrocarril refulge la delgada hoz de la luna, también Orión. Mientras aguardamos órdenes se me ocurre de

súbito, en forma de cristal de hielo, por así decirlo, un pensamiento inesperado: aunque los mundos de estrellas fijas que quedan más allá de los espacios habitados se hallen a una distancia imposible de medir — en el instante de la muerte nosotros llegamos rapidísimamente allende esos mundos. En segundos salva nuestro espíritu las distancias de años-luz, esas distancias cuyo abismo le causa terror. Viajes inauditos están aguardando al espíritu. Las aventuras en la Tierra no son más que símbolos de la Aventura última, la más grande — se desarrollan en las antesalas y en los cinturones de rompientes de la Majestad oscura, terrible.

Por fin llega nuestra orden y de acuerdo con ella emprendemos la marcha hacia Höfen an der Enz, adonde arribamos por la mañana. La compañía queda alojada en domicilios particulares y en granjas; yo me instalo con Spinelli en una hermosa propiedad situada en la falda de la colina y allí la señora Commerell nos sirve un desayuno. Muy fatigados nos tumbamos en las blandas camas; de ellas nos saca al cabo de una hora un ordenanza. Spinelli debe conducir inmediatamente un destacamento avanzado al *Westwall,* el Muro Occidental, llamado también Línea Sigfrido; a mí se me asigna el mando de las tres compañías de fusileros que esta misma noche habrán de cruzar a pie la Selva Negra. En impartir órdenes y adoptar preparativos se me pasa el tiempo, así que hasta última hora de la tarde no hallo ocasión de reposar un rato. Uno va tomando así el sueño a pellizcos. Cena en casa de los Commerell: truchas cocidas; el arte de la cocinera ha sabido darles un tono azul claro y las ha preparado de tal manera que parecen estar ondulando en el agua mientras nadan con las aletas tiesas. Después, frente a un vaso de borgoña, nos sentamos en el sofá; charla con el dueño de la casa, sobre hongos, y, más en concreto, sobre la variedad llamada «estrellita de tierra» y sobre especies subterráneas que se forman en las entrelazadas raíces de ciertos árboles. Siempre es muy hermoso que un hombre domine de manera perfecta, además de su oficio, otro campo de su predilección — ello da una idea de las enormes riquezas de este mundo. «La fortuna heredada me ha obligado a realizar estudios especialmente cuidadosos» — así dice más o menos un pasaje de Poe.

Rehm me despierta después de medianoche; abajo encuentro panes y un termo lleno de café. Partimos a las dos. Nada más salir del pueblo, en dirección a Dobel, cuestas empinadas. Aunque se han tomado todas las precauciones, especialmente la de atornillar crampones a las herraduras de los caballos, y aunque se han distribuido comandos para empujar los carros, las bestias, que están acostumbradas únicamente al terreno llano, comienzan enseguida a sudar. A pesar del tibio viento del sur, el *Föhn,* el favonio que sopla en

los valles, los animales jadean y desprenden nubes de vapor. Ordeno hacer alto con frecuencia, cubrirlos con mantas y darles de beber de cuando en cuando; en esta última operación se ha de tener cuidado de echar en el agua un poco de paja cortada, para que no sacien su sed con demasiada precipitación. En las paradas es preciso que los conductores se apeen y que sus ayudantes coloquen grandes calzas en las ruedas, para que los carros no rueden hacia atrás y fatiguen inútilmente a las bestias. La noche pasa entre detenciones y avances. Cerca de Herrenalb comienza a clarear el día — en aquel lugar hay unas rocas que ascienden verticales cual altos y grises tubos de órgano y que están coronadas por un bosque de hayas de color cobrizo. Mando que la tropa se escalone para protegerse de los aviones y que queden libres las ametralladoras.

Ha llegado entretanto el momento de que me ocupe de los alojamientos; también hay que organizar en ellos una defensa antiaérea. De ahí que me adelante con mi caballo hacia Gernsbach. Por el camino me alcanza con su automóvil el jefe de la división, general Vierow; me presento a él y así es como lo conozco. Me manifiesta su descontento por el estado en que se encuentran los caballos, pero luego se vuelve más tratable y menciona que en Wünsdorf él estaba al mando de la compañía de instrucción cuando yo me hallaba allí en la comisión de reglamentos. Es evidente que en esta ocasión vivo del tesoro acumulado de los méritos; de todos modos, si es posible, prefiero hacer un nuevo acopio de ellos. En nuestra condición de aprendices no nos es lícito envejecer, hemos de tener siempre dieciséis años.

En Gernsbach la jornada transcurre igual que la precedente. Me alojo, en compañía de Rehm, en casa de un médico. Tengo la impresión de que a su esposa, una mujer muy agradable, la he visto ya en alguna ocasión anterior — más que su persona es su modo de moverse lo que seguramente provoca en mí esa sensación. Después, a pesar de la fatiga, no duermo bien, sueño muchas cosas. Oía una voz que gritaba: «La Nada celebra su baile de máscaras», y yo respondía: «Poneos colorete». Al despertarme veo que se ha hecho muy tarde; a Rehm, que debía despertarme, lo encuentro sumido en un sueño profundo, respirando pesadamente, como si estuviera narcotizado.

En el momento de partir se forma en las angostas callejuelas del pueblo un atasco que nos hace perder mucho tiempo. En nuestra marcha pasamos por Lichtental, Malchbach, Neuweier; nos dirigimos a Steinbach, una población situada en la llanura del Rin. Aquí comienzan ya a despertarse los colores — son especialmente brillantes en las mazorcas de maíz que vemos colgar amarillas y rojas, bajo los

saledizos de las casas, de los delicados filamentos de sus caperuzas invertidas. Su visión infunde un sentimiento de abundancia, como aquellas espigas de cereal que vio Gulliver en el país de los gigantes. Junto a las mazorcas de maíz se secan también las hojas del tabaco, reunidas en manojos grises.

En Steinbach tuve el tiempo justo de comer, luego seguí adelante en coche hasta el *Westwall,* el Muro Occidental, para hacerme cargo de mi sector. Está oscureciendo y antes de que dé con mi fortín, en cuya glorieta me recibe el capitán Zink, comienza a llover. Sentados a una mesa sobre la que caen gotas de lluvia me hace entrega de un sistema de fortificaciones cuya potencia de fuego es tal que con ella podría detenerse a toda una división lanzada al ataque.

Después de medianoche llega la tropa, que viene completamente mojada. Los guías conducen a los pelotones hacia las obras fortificadas que les están asignadas. Yo me meto, junto con la unidad de compañía, en nuestro fortín, que contiene veinte camastros, y como aquí no resulta fácil coger el sueño me queda tiempo para examinar con detenimiento el nuevo medio que me rodea. Este ambiente de aquí es más frío, menos acogedor que el que reinaba en los lugares equivalentes a este en la guerra del catorce — una primera razón de ello es que entonces los alojamientos estaban hechos de madera y tierra, mientras que ahora esos materiales han sido sustituidos por el hierro y el hormigón. La arquitectura es amazacotada, aplastada, como si estuviera pensada para tortugas; también las pesadas puertas de acero, que cierran herméticamente, producen la sensación de que uno se halla encerrado en una especie de caja fuerte. El estilo es tenebroso, subterráneo, y en él se aúnan elementos de la fragua de Vulcano y toscos elementos de los Cíclopes. Al lado mismo de la entrada hay un caldero lleno de un líquido calizo, seguramente para las quemaduras producidas por los gases de las armas. El aire es caliente, viscoso, y deja en las paredes un vapor húmedo; huele a caucho, a fuego de hulla y a herrumbre. Se vicia con rapidez, y por ello cada uno de los centinelas que son relevados ha de dar vueltas todavía durante un cuarto de hora a la manivela de un gran ventilador que hace entrar aire fresco a través de un filtro. En los intervalos se oye murmurar en sueños a los hombres dormidos, también se oyen los ruidos de las llamadas en el tablero junto al cual está sentado el telefonista de guardia. Cuando llaman de alguna de las tres secciones que están bajo mi mando y que llevan los nombres de «Klara», «Lila» y «Limburg», el telefonista responde: «Aquí puesto de mando Frigorífico». También la gran casamata que está bajo mis órdenes, y que en realidad se llama «Alcázar», se identifica, cuando llama, con el nombre de «Oronja»; el batallón, con el de «Crepúsculo»; y el

regimiento, con el de «Adonis». Esta jerga no encaja mal con la arquitectura. A lo dicho se añade que yo soy nuevo en este regimiento. Las tareas que me están asignadas me son presentadas en forma de charada, y lo primero que he de hacer es componer el texto con las sílabas que en ella aparecen.

Cerca de Greffern, 15 de noviembre de 1939

Los franceses se dejan ver al descubierto sin que nosotros disparemos contra ellos; también ellos actúan de igual manera con nosotros. Por entre las fortificaciones y las trincheras aran sus campos y recogen su cosecha de remolacha los campesinos. Por la carretera que va a Rastatt y que pasa al lado mismo de mi fortín circulan los automóviles — tal vez lleven dentro a unos viajantes de comercio o a una parejita de enamorados. Esta yuxtaposición y entrecruzamiento de los círculos recuerda la óptica que rige en los sueños y es característica de nuestro tiempo, cuyos rasgos peligrosos más bien refuerza. Los distintos espacios y sus ambientes propios se superponen, como ocurre en las películas.

Al atardecer he estado como invitado en la «Villa Faisán Dorado», donde se aloja Spinelli con su unidad de sección. Se ha servido sopa, asado, verduras y hasta budín; también ha habido cerveza y vino. De manera que nos hemos dado un muy grato banquete en la pequeña barraca de madera, en cuyas desnudas paredes la única decoración heráldica que había era una fila de cascos de acero colocados sobre una repisa. Spinelli es de esas personas que saben descubrir al primer vistazo todos los recursos aprovechables de un ambiente nuevo.

Cerca de Greffern, 18 de noviembre de 1939

Desde anteayer inundaciones. El Rin fluye a gran velocidad. La corriente arrastra consigo maderas, botellas, bidones, animales muertos. En los sitios donde el agua llega hasta las alambradas, se acumula formando cinturones una pequeña planta acuática en cuya superficie, de un color verde pálido, forma burbujas plateadas la espuma. Es la azolla americana, un helecho flotante que aquí en nuestro país se ha desarrollado mucho en estado silvestre. Es la primera vez que en Alemania la veo de esa manera.

De vez en cuando pasan corriente abajo también pontones y grandes pedazos de puentes; estos objetos atraen hacia sí un nutrido fuego desde ambas orillas del río. Se nota que no son las armas lo que en esta zona escasea. En tierra sí está permitido dejarse ver tranquilamente; por el contrario, el agua y el aire son tabú.

Varios de nuestros fortines situados más allá del dique contra las inundaciones están ya casi aislados y como el agua continúe subiendo corren peligro de quedar inundados. De ahí que ya tenga preparadas balsas neumáticas y canoas hinchables. También los zapadores están construyendo pasarelas; estas tienen el inconveniente de resultar visibles desde la otra orilla. De ahí que sean camufladas con cañas. Aprovecho la ocasión para encargar madera serradiza al Depósito de Zapadores, pues tengo el propósito de hacerme construir una barraca que me sirva de ermita. Es preciso instalarse.

Cerca de Greffern, 22 de noviembre de 1939

Las aguas han alcanzado su máximo nivel y ahora están bajando. En mis recorridos por la posición veo muchas aves; por ejemplo, la garza, que pesca en un banco de guijarros cerca del puesto aduanero de Greffern. A la hora del crepúsculo son tantos los faisanes que salen de la zona de los alisos que algunos prados parecen una granja avícola bien nutrida. El martín pescador. Cuando uno ve a este pequeño animal salir volando rutilante de entre los amarillentos cañaverales siente la tentación de preguntarse por qué en este paisaje tan desolado la Naturaleza ha ornamentado a esa ave como una piedra preciosa. Los científicos demuestran que existen supérstites de la época glacial — quizá queden también algunos de la época de las fábulas.

Karlsruhe, 28 de noviembre de 1939

Desde hace unos días me encuentro en Karlsruhe participando en un cursillo; estoy alojado en un hotel próximo a la estación, el Reichshof. Tras el período pasado en el fortín resulta muy agradable, constituye un gran goce el dormir en una cama de verdad. En una ciudad que yo organizaba ordenaba lo siguiente: «que de las velas de varios colores que hay en los templos podían encenderse en los duelos todas, menos las de color rojo».

La época de Hesíodo, antes de que los dioses ocultasen el sustento a los hombres, es el paraíso cristiano. Los primeros seres humanos vivían en la abundancia, vivían en los elementos, y a ellos regresamos después de la muerte. Por el contrario la economía, la moral, la técnica, la industria se han alejado de los elementos y, situadas por encima de ellos, se nutren más o menos de su sustancia. Al hecho de vivir en los elementos es a lo que debe el sol el poder prodigar sus calores a lo largo de los eones, en medio de la frialdad de los espacios siderales. Por cierto que es un recurso a los elementos lo que hay en *cada* milagro. Y también en cada una de las curaciones.

Karlsruhe, 2 de diciembre de 1939

En el momento de salir a la plaza un amanecer esplendoroso. Nubes doradas sobre un fondo verde. Por la parte del oeste la bóveda celeste fría, de un color verde pálido. Aún se yerguen silenciosos y vacíos los grandes edificios. A esta luz parecen más altos, más nítidos, también se muestra con mayor relieve su condición espectral — la cualidad de no haber sido construidos exclusivamente para seres humanos.

Por la noche oscurecimiento de la ciudad. Minúsculas fuentes de luz iluminan los escaparates de las tiendas, y los objetos allí ofrecidos fosforecen. Su visión hace pensar en alhajas preciosas — seguramente eso se debe a que lo que uno cree percibir en tales objetos no es tanto bienes cuanto la Idea de bienes.

Comenzado: las *Cartas* de Hebbel, una lectura que, junto a sus diarios, me ha reconfortado y fortalecido ya varias veces en mi vida. El saber que ya en otro tiempo estuvo alguien en esta galera y que se comportó en ella con dignidad es algo que siempre nos hace bien.

Cerca de Greffern, 4 de diciembre de 1939

De nuevo en mi sector. Al atardecer ha llegado el gran saco de dormir encargado para mí por Spinelli; está recubierto de seda roja, así que ahora cuando estoy acostado en el fortín parezco un mandarín en traje de ceremonia.

Cerca de Greffern, 8 de diciembre de 1939

Al atardecer los hombres han sacado de las alambradas situadas en la orilla misma del Rin a un rapazuelo de unos quince años que había quedado atrapado en ellas como un zorzal en una red. Me lo han traído con la ropa hecha jirones; ha contado que se había escapado de Pforzheim «para ver las fortificaciones». El muchacho me ha parecido un alma de Dios, así que he dicho que le diesen de comer en nuestra cantina y le proporcionasen un camastro en el fortín. Luego han venido dos policías a recogerlo; se han mostrado con él mucho menos amables que nosotros los soldados, pues le han registrado los bolsillos y desabrochado los tirantes del pantalón. Cuando se retiraban con él, uno de los policías se ha vuelto todavía hacia mí y me ha dicho:

—Buen granuja es este. Menudo golfo.

Los policías son gente experta en lo peor que hay en nosotros. De ahí que casi siempre acaben teniendo razón.

Barraca de las cañas, 17 de diciembre de 1939

Me ha llenado de consternación la noticia del fallecimiento del Dr. Ostern. Nuestro tiempo no produce ya, o no forma ya, gente como él. Kubin me ha enviado desde Zwickledt un pequeño volumen de cuentos.

Por la noche ligera nevada. Me he instalado en mi nueva barraca, que desprende un agradable olor a madera recién cortada. Las paredes están reforzadas con fajina y el techo es de cañas; tras haber estado tanto tiempo contemplando el hormigón del fortín, estos materiales resultan muy cálidos y gratos de ver.

Barraca de las cañas, 25 de diciembre de 1939

En la tarde de ayer, día de Nochebuena, lo primero fue la ronda por todos los fortines de mi sector; luego vino la cena con la unidad de compañía — faisanes, bien munidos en el depósito de las municiones, el cual hace también las veces de cámara de caza.

Hoy por la mañana paseo por las orillas del Schwarzbach, sobre la

escarcha, recordando Navidades anteriores. Una sola cosa hay que jamás nos abandona — el temple vital. Desde nuestro primer instante consciente sigue siendo el mismo, como una melodía que siempre retorna y cuyos compases continúan sonando mientras se hunde la nave.

De un chopo salió volando un ave rapaz, se dejó caer luego en un campo de cultivo y empezó a alejarse cojeando, con unos saltos que, a la vez que torpes, eran de una rigidez heráldica. Fui siguiéndola y por ese motivo quiso cruzar volando el Schwarzbach, pero mientras lo hacía cayó al agua y luego consiguió, con mucho esfuerzo, salir a la orilla. Al acercarme a ella vi que tenía rota por un proyectil el ala izquierda; gota a gota caía sobre la nieve su sangre, de color minio. El ave me miraba fijamente con sus ojos amarillos; era una mirada derecha, audaz, que no había perdido nada de su fuerza. Largo tiempo estuve contemplando aquella ave y luego, sin llegar a tocarla, la dejé sola entre la maleza.

Pensamiento: «Quizá salga bien de esta porque no la has tocado».

Luego delante de un crucifijo. De la corona de espinas pendía fría la escarcha, en largos hilos de plata. También los ojos tenían puestas unas pestañas de plata, que temblaban levemente cuando soplaba el viento.

Barraca de las cañas, 26 de diciembre de 1939

Lo que yo espero de la egiptología es sobre todo que aclare el paso de las imágenes a las letras — ahí es donde está el eje de la diferencia entre el viejo y el nuevo mundo. Si Heródoto es en esto la fuente de máximo rango es porque en él están vivos *ambos* mundos. Griegos y persas. César y Cleopatra. Occidente y Oriente. La disputa de los iconoclastas de Bizancio. Los chinos como integrantes del viejo mundo. Napoleón contando las ventanas. En las letras hay una tendencia inmanente a retornar a las imágenes, como se ve en su giro hacia lo ornamental. En estos intentos adquieren las letras una cierta rigidez, como se observa en las mezquitas — se parecen a alguien contando sueños inventados.

En este momento se encuentra a mi lado en la barraca de las cañas mi gatita. Su aliento se eleva bien visible, cual una nubecilla, en el frío aire y se mezcla con el mío; luego ella y yo volvemos a inspirarlo, en cierto modo como espíritu vital; es como si a ambos nos diera vida *una* fuente. Mientras me hallo observando esto la gatita da un salto hacia donde estoy, se sube a la mesa y con su pata me quita

de la mano la pluma y la tira al suelo. ¡Pequeña aduladora!

Barraca de las cañas, 27 de diciembre de 1939

La helada, las nieblas y el viento en calma han hecho que aparezcan como por arte de magia formaciones de escarcha en una cantidad tal que nunca antes había visto yo tantas. Árboles y arbustos están cristalizados hasta sus puntas más finas; parecen ramas que hubieran sido puestas en esa solución que queda después de cristalizar una sal, lo que se llama «aguas madres». Quietas y prodigiosas, delicadamente congeladas aparecían hoy por la mañana todas las plantas cuando me dirigía a pie hacia la fortificación «Alcázar». De una niebla espesa, húmeda de nieve, emergían, a veces difíciles de distinguir, cual blancos adornos trazados a buril sobre planchas grises, las plantas. Pero luego los ojos, como si estuvieran dotados de un arte nuevo de ver, las captaban súbitamente en su totalidad. Así que las leyes del mundo de los cristales parecían haberse traspuesto también a la imagen del paisaje en su conjunto. Pero también en las formas más pequeñas dejaban su impronta esas leyes — así, por la mañana se habían depositado todavía sobre la nieve helada pequeñas bolas de granizo y formaban un diseño sobre un fondo cristalino, un velo irisado tejido con estrellitas.

Negras y sin vida discurrían las aguas de los arroyos por aquel mundo de claridades. La visión de esas aguas me ha traído a la memoria un viejo proyecto mío, el de escribir un texto con el título *Negro y blanco.* Esto es mucho más difícil que hacer alguna aportación sobre los colores, de ahí que también se me aparezca ese estudio como una obra maestra para la cual me falta todavía la herramienta.

Kirchhorst, 1 de enero de 1940

De permiso en Kirchhorst. El desván muestra ya el sello de lo inhabitado; qué pronto emigra el espíritu de lo habitado. Ayer, día de Año Viejo, se presentó en casa Martin von Katte. Estuvo contando detalles de la campaña de Polonia que en otros tiempos me hubieran cautivado; pero nuestra capacidad de absorber acontecimientos es limitada. Además, desde siempre me han parecido de escasa importancia histórica todas las cosas de más allá del Vístula que he leído o de las que he oído hablar, como si aconteciesen en países nebulosos en los que quedan desdibujados los perfiles. Jamás he conseguido imaginarme el palacio de Atila, si exceptuamos lo caótico.

Barraca de las cañas, 4 de enero de 1940

De vuelta del permiso, al que un telegrama ha puesto fin a los dos días. En el preciso momento en que me hallaba contemplando una hermosa *Sternocera* de Yibuti, Perpetua me llevó la noticia a mi ermita. Después la encontré triste en la cocina.

Como lectura para el viaje, el libro de Brousson sobre Anatole France. En la página 16 aparece la conocida cita de La Bruyère: «Un poco más de azúcar en la orina y el librepensador va a misa». De hecho comenzamos a tener fe cuando las cosas empeoran para nosotros. Pero en esos momentos captamos también olores, colores, sonidos a los que de ordinario no tenemos acceso.

Barraca de las cañas, 5 de enero de 1940

La hora del café en la barraca de las cañas; durante ella escribo lo que llevo retrasado en los diarios. Encima de un vaso vacío de color azul de esos que se emplean para beber ginebra está una vela de cera procedente de los páramos de Luneburgo; al derretirse ha ido recubriendo de hilos amarillos el vaso. En torno a la llama azul tiembla una aureola amarilla, un finísimo polvo de luz en el que se desvanece la materia.

Como sahumerio he venido utilizando hasta ahora una agradable y suave marca de palo de sándalo, primero de color verde y luego de color amarillo; finalmente he empleado unas varillas negras que vienen de Japón y en cuyas blancas cenizas aparece en letras oscuras una sentencia. Cuando uno se halla en lugares tétricos y húmedos y tiene además de vecinos a las ratas, cobra afición a estas ciencias.

Las notas específicas de las obras fortificadas no resaltan con nitidez mientras uno habita dentro de ellas. A mí no se me hicieron claras hasta ayer, cuando estuve revisando el fortín número catorce, que está situado en las proximidades del puesto aduanero de Greffern y del que se había ausentado su guarnición. Una vez que conseguí abrir con grandes dificultades la enorme puerta de acero y descendí a la cripta de hormigón, me encontré solo entre las ametralladoras, los ventiladores, las granadas de mano y las municiones, y contuve la respiración. De vez en cuando caía del techo una gota de agua o sonaba, con distintas señales, el teléfono de la fortificación. Solo allí me percaté de que aquel lugar era la morada de cíclopes expertos en trabajar el hierro y a los que les falta el ojo interior — eso mismo ocurre en los museos, donde a menudo nosotros vemos el sentido de los objetos con más nitidez que quienes los fabricaron y utilizaron hace mucho tiempo. Cual si estuviera en el interior de las pirámides o en las profundidades de las catacumbas, me encontré así confrontado

al *Zeitgeist,* el Espíritu del Tiempo, al que vi como un ídolo; lo vi enteramente desprovisto de la móvil aureola de los refinamientos técnicos y comprendí la enorme fortaleza que encerraba en sí.

Por cierto que la forma aplastada, atortujada, de estas construcciones recuerda las arquitecturas aztecas, y ello no solo en lo externo. Lo que en estas últimas era el sol, eso es aquí el intelecto, y ambas cosas están relacionadas con la sangre, con el poder de la muerte.

Barraca de las cañas, 6 de enero de 1940

En un número de la revista *Corona* que me he traído de Kirchhorst he leído una novela corta, *Bartleby,* de Herman Melville, el cual murió en Nueva York en 1891. También en ella se describe, lo mismo que en *Oblomov,* un carácter puramente pasivo, pero el asunto está tan bien llevado que en ningún momento decae el interés. De las dotes que un autor puede poseer, el talento narrativo y fabulador no es, ciertamente, el supremo; sin embargo, ese talento incrementa la eficacia de todas las demás capacidades, igual que la salud acrecienta todas las manifestaciones externas de la vida.

Acabado: la *Teogonía* de Hesíodo. Esta imagen poderosa: cómo Urano desciende en la noche y estrecha a la Tierra, cómo Cronos le corta los genitales con una hoz de afilados dientes y los arroja luego por detrás. De las gotas de sangre que en la trayectoria de caída salpican sobre la tierra nacen Erinias, Ninfas, Gigantes; las partes pudendas mismas caen en el mar y de su blanca carne, arrastrada por las olas, sale Afrodita.

Estas son generaciones espontáneas diferentes de los pequeños infusorios que admirábamos en el Instituto Zoológico de Leipzig.

Baden-Oos, 8 de enero de 1940

A las cinco de la madrugada nos relevaron y en la oscuridad emprendimos la marcha hacia Baden-Oos, atravesando campos de cultivo y bosques. En el momento de iniciar la marcha dolores de estómago, que luego han ido remitiendo. En mi condición de infante dispongo de uno de los mejores medicamentos: la prolongada marcha a pie.

La posición de Greffern, con sus quebraderos de cabeza oficiales y privados, forma ahora parte del pasado, como un período que recordaremos. Hoy el mero sobrevivir representa ya un mérito. En esta zona erizada de fortines apenas se ha disparado un solo tiro, excepto

contra los aviones y también contra los numerosos faisanes y liebres que acudían a sus escondrijos y madrigueras en las alambradas, en las cuales se entretejen ya altos matorrales. Pero reinaban allí ciertos usos y costumbres divertidos. Así, el sargento Köhler fue obsequiado con una ráfaga de balas cuando se disponía a trepar a un árbol. Y en el sector vecino al nuestro hubo asimismo heridos porque los hombres exhibieron un muñeco de paja disfrazado de Chamberlain. En el ejército de tierra el número de fallecidos en accidentes de circulación es varias veces superior al de caídos bajo el fuego enemigo. Por cierto que uno de los primeros muertos fue un sargento de la compañía de propaganda, caído al lado de su micrófono.

A medianoche llegamos a un cuartel situado en Baden-Oos; allí, a causa del frío, he dormido vestido en el lecho de campaña. En los sueños ocurre a menudo que los personajes se nos aparecen más puros y nítidos que durante el día; así es como se me ha presentado aquí el tipo de la *Impertinente*. Ocurría la escena en una pequeña tienda de comestibles en la que yo había entrado a comprar un pato asado. Junto a la vendedora se encontraban dos, tres viejas, una de las cuales se puso a toquetear indiscretamente el ave, a pesar de que se lo prohibí varias veces. En apariencia lo hacía para darme consejos sobre el modo de cocinar y servir un bocado tan exquisito como aquel — pero en realidad para chupetearse los dedos; así fue arrebatándole poco a poco al asado la apetitosa capa tostada que lo cubría. Al final aquel ser —un ser flaco, que se movía mucho y estaba provisto de unos grandes ojos escrutadores, como una mosca— introducía todavía su dedo índice torcido en la rabadilla del ave, extraía un pedacito de tripa y se lo zampaba. Luego desaparecía a toda prisa y dejaba encima del mostrador el pato, raído y deslustrado. Solo en aquel momento se ponían las otras mujeres a echar pestes de la desaparecida; de sus palabras deducía yo que poseía poderes maléficos. Así que no solamente quedaba estropeada mi comida, sino que además me sentía agobiado por el presentimiento de que aquel encuentro iba a tener consecuencias nefastas.

Ettlingen, 9 de enero de 1940

Marcha nocturna hasta Ettlingen, con lluvia y granizo y por resbaladizos caminos helados. El hielo se adhería a los cascos, a las riendas, a los capotes, y depositaba encima de ellos una película de cristal. En la fría niebla los aisladores de los cables de alta tensión se hallaban anegados en unas luces azules, espumosas. Casi de lo único de que están llenas noches como esta es del estrépito producido por los innumerables pasos dados con botas de suelas claveteadas — es la calderilla de la guerra, una suma de fatigas y sufrimientos

desconocidos que en la batalla aparece en forma de capital.

Wössingen, 10 de enero de 1940

A hora muy temprana salida hacia Wössingen, pasando por Durlach, con sus viñedos de brillos rojizos; en Wössingen alojado en la casa parroquial protestante. Durante la marcha hacía un frío seco; no recuerdo haber sentido nunca un frío tan intenso, si exceptuamos el del invierno de 1928 a 1929. Al recorrer la columna vi por primera vez una oreja congelada — el pabellón tenía un ribete blanco, como si se le hubiera adherido un aro de carne de pescado. Como cumple a un jefe que presta atención a las cosas, fui yo el primero en descubrir el daño, antes que los hombres que marchaban junto al afectado y antes incluso que este mismo; ordené que se lo llevaran en una motocicleta para que lo atendieran los médicos.

Por la noche, y en compañía del teniente coronel Vogler, estuve charlando todavía un ratito con la esposa y la hija del párroco, el cual se hallaba de viaje. Sin embargo, en toda la casa se notaba su influjo, como si fuera un poder que estuviera allí presente. Dos son las clases de disciplina que existen — una actúa de fuera adentro como un corrosivo, endureciendo al ser humano, la otra irradia desde el núcleo hacia fuera, como una luz, y lo convierte en un hombre sin miedo, pero no por ello lo priva de su dulzura. Para la primera necesitamos siempre maestros que nos la enseñen; la segunda, en cambio, crece a menudo dentro de nosotros como una semilla.

Los libros de la parroquia, que se conservan desde 1690. En uno de ellos se cuenta el hecho curioso de una criada que había estado llevando faldas durante cuarenta años y luego dejó embarazada a otra criada; a partir de entonces llevó vida de hombre y alcanzó una edad avanzada.

Divertido informe sobre uno de mis predecesores, que pasó aquí un invierno comportándose como una especie de Falstaff. Es un tipo humano que las guerras producirán siempre, y siempre serán los mismos los personajes de su entorno: criados taimados y ladrones, pavitontas bien entradas en carnes, muchachas de costumbres relajadas; y nunca faltan las francachelas y los juegos de cartas.

Flehingen, 11 de enero de 1940

Bajo una helada tremenda marchamos a Flehingen y Sickingen, dos poblaciones donde está previsto que permanezcamos algún tiempo; en un acceso de mal humor provocado por los alojamientos

nuestro comandante ha rebautizado a esas poblaciones con los nombres de Flöhingen [lugar de pulgas] y Stinkingen [lugar hediondo]. En los sitios donde los carros de la impedimenta no conseguían subir las montañas nevadas, la columna de marcha se descomponía en pelotones que empujaban los vehículos. En Flehingen estoy alojado en casa del párroco católico, con el que he mantenido una larga conversación por la noche.

Flehingen, 14 de enero de 1940

Un domingo frío, que he pasado en la cama aquejado de gripe. Leído: *El escudo de Heracles,* atribuido a Hesíodo. Los poemas sobre escudos representan miniaturas del universo, tal como estaba vivo en la mente de los antiguos. La mirada cae sobre la Creación desde una altura de águila, por así decirlo; esa mirada empequeñece los objetos hasta dimensiones minúsculas y, sin embargo, los ve con una nitidez enorme. Eso es lo que explica que en un espacio reducidísimo aparezca una gran variedad de cosas, lo cual se atribuye a las artes de los herreros divinos. En correspondencia con eso, la expresión y la exposición adquieren carácter metálico; el lenguaje describe la Creación como si estuviera repujada en bronce, con una concentración y nitidez supremas.

Luego la Biblia, en la traducción de Henne, prestada por mi anfitrión. Extraño que la época de Moisés produzca la impresión de ser anterior a la época de Jacob y José — seguramente se debe a la acción fosilizadora de la Ley. El efecto separador causado por la Ley, que sin duda fue posible gracias únicamente a iniciaciones adquiridas en Egipto y al conocimiento de antiquísimas artes de momificación, endurece la Vida, que se convierte en Serpiente de Bronce. En cambio en las historias que tratan de José aparecen todas las circunstancias de la vida en toda su extensión y con una claridad suprema. El sentido de la protohistoria, de la historia primordial, en cuanto tal, es ese: exponer la Vida en su significación intemporal, mientras que la historia la describe en su decurso temporal. De ahí que la protohistoria sea siempre *la* historia que más próxima nos queda, sea la historia del ser humano en sí.

Flehingen, 15 de enero de 1940

Ayunado. Durante la noche intensos acosos espirituales; también fiebre, debida a las marchas. Pero a hora temprana me he incorporado al servicio y he partido con los demás. Mientras dura la marcha ordeno siempre que los hombres canten; eso le viene bien a la tropa y me viene bien a mí. Todas las cosas rítmicas son armas contra el

tiempo; y contra él es contra quien luchamos en el fondo. El ser humano lucha siempre contra el poder del tiempo.

Por la tarde, en Bretten, reunión de oficiales en el puesto de mando del regimiento; el coronel me ha informado de que recuperaré el tiempo de permiso que no pude disfrutar en su momento y de que a la vuelta habré de encargarme de la instrucción de las unidades de choque de nuestro regimiento.

Kirchhorst, 18 de enero de 1940

Otra vez en Kirchhorst, desde ayer. Perpetua está mimándome de acuerdo con las reglas del arte de la buena ama de casa. Está bien provista la cocina y, por si fuera poco, ha llegado un envío de caracoles, mandado por el restaurante El Lucio de Überlingen, en recuerdo de las meriendas de caracoles que allí celebré en otros tiempos, acompañado por Friedrich Georg y por Metzger; la última de ellas fue un Miércoles de Ceniza. Los caracoles están guisados todavía a la manera del bueno de Feuchti, quien hace dos años, durante el carnaval, cayó al suelo fulminado por un infarto, mientras montaba guardia, disfrazado de eunuco, delante del Cenador del Champán; de ese modo nos fue arrebatado uno de los pocos maestros que todavía sabían qué quiere decir «cocinar». Las gentes de Suabia son expertas, en usar graciosos diminutivos para todas las cosas, y así Feuchti le dijo a su hermana, cuando esta lo encontró tendido en el suelo, que había sufrido un «infartito» — esa fue su despedida; pero su espíritu continúa vivo en las recetas de cocina que nos ha dejado.

Ha vuelto a bajar la temperatura, así que me quedo en casa, entregado a la lectura de las anotaciones de los Goncourt sobre Gavarni, de *El cofrecillo del tesoro* de Hebbel, y de la historia del príncipe japonés Genji. También me he ocupado ya un poco de mis colecciones de insectos; mientras lo hacía se me ha ocurrido la idea de describir alguna vez, en lo futuro, el género *Sternocera,* describirlo tanto según las reglas de la sistemática cuanto a la manera en que lo haría un joyero. Piezas de lucimiento de la Naturaleza.

Hace ya varios días que están heladas las cañerías del agua — ahora tampoco funciona la bomba del lavadero. A las siete de la tarde el termómetro que he colocado en la ventana del cuarto de baño marcaba ya veinte grados bajo cero. Parece que este año está teniendo un comienzo extraordinario también por lo que se refiere a los elementos.

Kirchhorst, 25 de enero de 1940

Lectura: Hasper: *Sobre las enfermedades de los países tropicales,* Leipzig, 1831 — una obra que desde hace mucho tiempo se encuentra entre mis libros. Antaño me gustaba comprar volúmenes de este género. Contiene buenas descripciones de la vida en las zonas de pantanos; habla, por ejemplo, de partes de la costa de Guinea, según la descripción hecha por Lind. Grandes extensiones boscosas anegadas, embarradas, donde miríadas de insectos apagan las luces con sus alas y donde el concierto de las alimañas inferiores no deja dormir. El aire es un aire viciado, espeso, y tan lleno se halla de olores pútridos que las antorchas corren peligro de apagarse. Hasta la voz humana pierde allí su timbre natural.

«Es preciso agradecer especialmente a los capitanes de mar de las Indias Orientales el que no permitan que en sus barcos, después de las comidas, la botella de vino haga la ronda más de seis veces, y eso como máximo.»

Los movimientos de las epidemias se asemejan a expediciones militares de seres demoníacos. «Once años estuvo esta enfermedad causando estragos enormes en Indostán y el Decán y se llevó por delante un sinnúmero de seres humanos..., luego, en octubre de 1821, giró hacia el oeste y llegó hasta Shiraz, en Persia, donde en el plazo de ocho semanas se llevó por delante a cerca de sesenta mil personas, y a continuación apareció también en Basora, Bagdad, Mascate y Alepo, en Siria.»

Esta ráfaga de viento, que en Europa es mencionada por vez primera en 1822, en un número del *Asiatic Journal*, procedía, a lo que parece, de corrientes de aire sobrecalentado que mataban a las personas que en ellas caían, fulminándolas como un rayo. Se sospechaba que en ciertos grupos de rocas había unos como focos en los cuales los rayos solares calentaban tanto el aire que este podía destruir los pulmones. En las Indias Orientales esa ráfaga de viento es llamada *La,* palabra que, al parecer, significa lo mismo que el vocablo persa *Loh* y que el alemán *Lohe* [llamarada].

De viaje, 29/30 de enero de 1940

Viaje de regreso. Al salir esta vez de casa tuve el sentimiento de que me encaminaba hacia cosas extrañas, hacia cosas desconocidas, próximas, que ninguna fantasía es capaz de adivinar. En el momento en que el tren hacía su entrada en la estación, Perpetua se echó a llorar; luego bajó rápidamente la oscura escalera mientras yo iniciaba lentamente mi viaje.

En Northeim vi la puesta del sol, una incandescencia pálida en el cielo gris, por encima de la bruma de la nieve. En estos páramos grises los colores refulgen de un modo misterioso, cual si fueran un principio diferente y superior. A menudo parecen inflamarse en sus átomos, tal como se ve en las perlas, en el nácar y en los ópalos. El gris se enciende en ellos dándoles una profundidad de irisaciones — no la profundidad del espacio, sino la profundidad del hechizo que hace aflorar a la superficie los tesoros escondidos en la materia. Lo que hace que las perlas sean preciosas es ese simbolismo: hay sitios en los que nos percatamos de que un pedacito de materia del tamaño de un guisante tiene un valor inestimable.

Karlsruhe. De dos a cuatro de la madrugada en la sala de espera; lectura de las *Consolaciones* de Boecio. Las masas en los gigantescos andenes — soldados de permiso, empleados de los ferrocarriles, obreros del primer turno, y también gente borracha, y mujeres solas, todos ellos grises, apáticos, pasivos, como si estuvieran soñando. Cuando alguno de ellos se ríe produce una sensación muy extraña.

En la casa parroquial me he enterado de que la tropa salió ayer hacia los fortines. Un corto sueño en la fría habitación y luego viaje en tren hasta Rastatt. En los compartimientos de no fumadores hay siempre menos gente — un ascetismo de rango inferior proporciona así espacio a los seres humanos. Cuando vivimos como santos, lo infinito se coordina con nosotros.

Barraca de las cañas, 31 de enero de 1940

Tras una corta parada en la casa parroquial de Stollhofen vuelvo a ocupar con la tropa la antigua posición en el arco del Schwarzbach, así que he vuelto a instalarme en la barraca de las cañas.

Barraca de las cañas, 2 de febrero de 1940

Sueño. Metido hasta medio cuerpo en una corriente de agua, mantenía apartado de mí, sirviéndome de dos débiles varitas, una alimaña en la que el cuerpo de una rata iba unido a una cabeza de serpiente y a una cola también de serpiente. Podía mantener en suspenso aquella alimaña de modo que la corriente no la arrastrase hacia mí, pero de vez en cuando se separaban de ella unos pequeños parásitos negros que, palpando con las patas, se deslizaban muy cerca de mí. De esta situación venía a librarme un sonoro bastonazo que alguien daba en el agua por encima de mi hombro y que acababa con aquella alimaña, la cual era arrastrada panza arriba por las aguas. El

bastonazo procedía de un campesino que estaba sentado a mis espaldas sobre la hierba de la orilla; iba en mangas de camisa y me saludaba con la cabeza. En vez de darle las gracias, me alejaba de él después de gritarle:

—*Don't disturb me!*

Al despertarme me he percatado de que la figura es auténtica, pues en la vida me ha ocurrido a menudo que el interés que sentía por la situación en que me encontraba era tan ardiente que me hacía olvidar lo repulsivo de los adversarios que tal situación comportaba.

Esto me trae a la memoria a mi hermano Physicus, que en una ocasión me contó lo siguiente: soñaba que en una pelea un tiro le arrebataba la vida, pero la curiosidad por el desenlace de aquel combate no lo dejaba tranquilo ni aun en la muerte. Ahora bien, como le faltaban los instrumentos de los sentidos para mirar, se colocaba en espíritu detrás de uno de los supervivientes y sirviéndose de aquel hombre como de unas gafas miraba a través de él.

Sobre la *désinvolture*. Aquí cabría mencionar asimismo la palabra *gracious,* para la que también nos falta a los alemanes un equivalente. La combinación de poder y gracia es tan rara entre nosotros que no ha podido producir palabras propias para designarla; y, en el fondo, lo que en el curso de la historia universal nos ha hecho perder a menudo las simpatías de la gente ha sido esa bronquedad nuestra. De ahí que algunas excepciones que también ha habido —por ejemplo, algunos Hohenstaufen— permanezcan vivas en el recuerdo como seres mágicos.

Los hombres me han traído a primera hora de la mañana un corzo que se había lesionado de mala manera al quedar prendido en las alambradas. Por lo que parecía, el animal no sentía el menor miedo al verse en medio de nosotros, mientras iba tiñendo de rojo la nieve con su sangre; me ha sorprendido el sosiego y aun la inteligencia con que parecía sufrir. Luego he tenido que atender una llamada telefónica en la barraca de las cañas y cuando he vuelto a salir el corzo pendía de una pértiga en el aire y ya le habían extraído las vísceras. Al pedirle explicaciones al telefonista me ha respondido:

—Si lo hubiéramos dejado escapar, otros lo habrían cogido y degollado. Así tenemos algo también nosotros.

Me ha parecido tan acertado dialécticamente ese «también», referido a unos matarifes imaginarios, que no le he dado mayor importancia al asunto.

Por la tarde, sobre una espesa capa de nieve, a Stollhofen. Por el lado derecho he oído, por vez primera en esta guerra, un tiroteo que me ha hecho pensar en ponerme a cubierto. El fuego dirigido contra un único fortín suena en la vastedad del paisaje de una manera muy precisa, casi puntillista. Es posible distinguir varias cadencias — las rápidas, fluidas, de un grupo de ametralladoras, y, entremedias, más lento, más intenso y ronco, el tiro de las armas de máximo calibre, capaces de romper los blindajes. A cierta distancia apenas si se presta atención al suceso, es como si fuera un accidente de tráfico.

Barraca de las cañas, 3 de febrero de 1940

Por la mañana en Stollhofen, para ver al alcalde y pedirle que mande abrir la garita del guarda del dique del Rin; tras la redistribución de las líneas esa garita queda ahora dentro de mi sector. Al regreso ha pasado volando a mi lado un pájaro desconocido para mí; tenía un cuello delgado y una larga cola. El hecho de que algunos animales se nos aparezcan absurdos, como me ha ocurrido a mí con este, se debe a una deformación perspectivista y es un indicio de la distancia que separa nuestro punto de vista del punto de vista del Creador.

Así, paréceme también que las constelaciones, tal como las vemos nosotros, forman figuras excéntricas, y que hay en el universo sitios donde la armonía de los mundos se hace visible en su orden supremo.

Barraca de las cañas, 4 de febrero de 1940

Ayer por la noche me achispé por vez primera como bebedor solista en esta barraca; la causa, una botella de Affentaler Klosterrebberg, cosecha de 1921, que se dejaba beber con gran facilidad. Fue una de esas cogorzas excelentes, de las que uno se despierta más sano, más alegre. Además, durante toda la noche la borrachera estuvo haciendo desfilar ante mí una serie de cuadros divertidos, con fondo de colores; era una cosa muy ligera y muy agradable. Entendidos en estas artes lo son únicamente los vinos, pero no todos, sino solo los más puros, los mejores, y aun estos mismos se parecen a llaves que no logran abrir a todo el mundo. De esos vinos recuerdo todavía un Parempuyre que me bebí con papá; pero del que sobre todo me acuerdo es de un ligero vino blanco del país que nos

ayudó a pasar una noche en Carcasona y que nos alegró hasta los tuétanos. Cuando quise encargar un barril, me dijeron que aquel vino perdía su aroma tan pronto como se lo alejaba, aunque fuera poco, del suelo que lo producía. Un vino como ese se parece a un hallazgo, a un amigo, es preciso esforzarse por conseguirlo cuando uno alcanza una edad en que ya no bebe cualquier cosa.

Barraca de las cañas, 7 de febrero de 1940

Continúa el deshielo. Por la tarde, en el sector vecino al nuestro por la izquierda, violento intercambio de disparos de ametralladora, en tres tonos de la escala; se ha recrudecido varias veces. Algunas balas perdidas han venido a caer cerca de Greffern, en nuestro flanco izquierdo. Ya es hora de que haga tapar con fajina los caminos de enlace, que están convertidos en barrizales. También a mi cabaña de cañas le vendría bien un cinturón de sacos terreros.

Por las noches se eleva frecuentemente en la otra orilla del río un globo cautivo; va provisto de una luz que parece una estrella roja. Cuando los franceses lo recogen, a veces iluminan la barquilla desde el suelo; los centinelas de nuestra obra fortificada «Alcázar» han oído también el ruido de la cuerda con que lo bajan. Ayer y hoy los franceses han estado camuflando con grandes pantallas de cañas la orilla boscosa que queda frente a nosotros. Son muchos los signos indicadores de que pronto concluirá el idilio en este sector.

Leído: *Ludwig Devrient,* de Altmann, un regalo que me hizo por Navidad mi hermano Physicus; el libro contiene muchos detalles, nuevos para mí, sobre Hoffmann y sobre las francachelas que se celebraban en casa de Lutter y de Wegener. Durante unos breves años floreció allí uno de los escasos grupos de que puede decirse que han poseído una cultura de la embriaguez, ya que por lo general el arquetipo de los lugares donde nuestros bebedores se dedican a empinar el codo hay que buscarlo más bien en la bodega de Auerbach. Ese es también seguramente el motivo de que el disoluto Grabbe no frecuentase aquel grupo.

Hay en este libro observaciones importantes sobre la esencia misma de la embriaguez — por ejemplo, una de Hoffmann, que dice que el vino no *crea* ideas en el bebedor, sino que lo único que hace es favorecer los movimientos de las ideas. Hoffmann compara la fantasía con una rueda de molino, que se mueve más aprisa cuando crece el río — cuando el bebedor vierte vino en la maquinaria, esta gira más rápida, más chispeante. Esto coincide también con mi propia experiencia — la embriaguez no suma, la embriaguez multiplica. Y en

el caso de los decimales llega incluso a dividir.

Al tratar del arte de hablar en el teatro hace el autor la atinada observación de que puede existir un sentido más alto del lenguaje, cuando la palabra se alza por encima de su propia significación y pasa a ser portadora del afecto. Yo, sin embargo, a ese sentido de la palabra lo llamaría *más profundo* — el lenguaje desciende a la pura significación fónica, al alfabeto de la pasión. Frente a esto el lenguaje posee también una esfera más elevada, en la cual se tornan asimismo confusas las palabras — se diluyen en puro éter. En los grados extremos de lo sensible y de lo espiritual las palabras se volatilizan. Lo único que con ellas aprehendemos es la posición media: son la moneda que tiene valor entre los seres humanos.

Excelente es también una observación acerca de la expresión más intensa de las pasiones, cuando los tonos se invierten; así, por ejemplo, cuando lo atroz halla su expresión en una alegría descompuesta. A esto responde entonces el comportamiento del público, el cual no aplaude ruidosamente la representación, como en otros momentos, sino que, silencioso e inmóvil, queda hechizado. Si nos atenemos a los relatos que se nos han transmitido, parece que la fuerza que poseyó Devrient es de las que se manifiestan muy raramente.

Sobre el estilo: «Pero también ocurría que el exagerado juego de sus dedos atraía sobre Devrient numerosas críticas». En esta frase la impresión de torpeza viene provocada por una sobrecarga, pues la sensación de lo impreciso se refiere tanto a la oración principal como a la subordinada; esa doble iluminación hace que la lógica quede a media luz.

En la cita de la traducción de Terencio que aparece en la página 186:

Y así, sorbiendo un vasito tras otro,

pasará agradablemente el día para mí,

le falta a la frase en gerundio la guía del sujeto gramatical. Descubrir un fallo como ese es difícil, pero en un buen texto no debiera aparecer.

También se elogiaba en Devrient el que supiese decir realmente para sí los «apartes» y no los dirigiera a los espectadores. Esto es efectivamente algo característico no solo del actor de teatro, sino de todo artista de raza. Las palabras y las obras son diálogos y monólogos

que el oyente escucha como si espiase. El papel del público es distinto del que parece en la apariencia grosera — lo único que el público proporciona es la ocasión de que se desplieguen las fuerzas artísticas y no es ni por asomo su destinatario. Sin embargo, su papel es importante; por ejemplo, en su calidad de testigo.

Barraca de las cañas, 12 de febrero de 1940

Hace un momento, cuando, tendido en el camastro, estaba mirando fijamente el techo de cañas, me ha venido a las mientes el día que pasé en Segesta en compañía del Magister. Lo que los griegos fueron no lo adiviné mirando las columnas de aquel templo — lo vi a través de las columnas, en las nubes, hallándome de pie en la escalinata.

Así es también como hay que leer la prosa: como a través de los barrotes de una reja.

Barraca de las cañas, 13 de febrero de 1940

En las horas de la madrugada hace frío en la barraca de las cañas. A pesar de que me meto en el saco de dormir y de que me echo encima tres mantas y el capote, poco a poco el frío va abriéndose paso a tientas hacia mi cuerpo y llega hasta los pulsos; tras un rato de inquieto sopor enciendo entonces la vela que está en una repisa de la pared. Su luz cae sobre el techo, formado por varias capas de esas largas cañas amarillas que aquí crecen en las hondonadas húmedas y a orillas de los estanques. Sus pajas largas, nudosas, son utilizadas para tantas cosas en la posición que son ellas las que le dan su sello o su atmósfera. Tales pajas proporcionan sobre todo el material para camuflar las carreteras y los caminos de aproximación; las largas pantallas que se llaman «paredes españolas» los tapan y a la vez los hacen visibles. También las orillas del Rin están protegidas en ambos lados con esas cortinas de cañas. Y, finalmente, estos esbeltos tallos sirven para cubrir las paredes y los techos de todas las construcciones que no están dedicadas puramente a los combates, como es el caso de los fortines — cubren así las letrinas, los puestos de centinelas, las barracas donde la tropa se lava su ropa, se guisa su comida y se limpia sus armas; parecidas a nidos o a cenadores, estas barracas se hallan descuidadamente adosadas al hormigón de las obras fortificadas. En este paisaje invernal a los fortines y alambradas les es inmanente una pesadez de acero; en cambio las franjas y barracas amarillas proporcionan a ese mismo paisaje un toque especial de libertad. Así podrían estar poblados mundos donde habitasen aves dotadas de inteligencia.

Al lado de la vela se halla a mano un libro, en el que antes de dormirme leo todavía un poco; casi siempre es la Biblia, y, en estos días, Boecio. Otros libros, entre ellos los reglamentos de tiro y de combate, se hallan apilados en una repisa de madera que recorre la pared cerca del techo de cañas. Inmediatamente encima de mi yacija están colgados de unos clavos la pistola, la máscara antigás y los prismáticos. Aparte de eso, el único adorno que exhiben las toscas paredes es un mapa de la posición. Hay que mencionar también la mesa, cubierta con abundancia de mapas y papeles, y además un banco adosado a la pared, y el teléfono, y mi maleta, y el hornillo, que se encuentra en un rincón chamuscado por el fuego. Junto al hornillo, puestas a secar, pequeñas estacas de renuevos de alisos que he hecho cortar en las orillas del Schwarzbach. La madera de aliso es brillante, con nudos claros, y desprende un olor que trae a la memoria horas calurosas de verano pasadas en las ciénagas.

Poco antes de las ocho de la mañana entra Rehm y enciende el fuego. Luego llena de agua el cazo y, mientras me lavo y afeito, va pasándome los objetos que preciso; pone mucha atención en ello y siempre me los entrega un instante antes de que los necesite, como si estuviera participando en un rito solemne. Entretanto rompe a hervir el agua que queda en el cazo y que sirve para hacer una infusión de té. Viene luego el desayuno, con panecillos y mantequilla traídos de la aldea de Greffern; a él siguen los primeros quehaceres del día.

Leo los partes entregados por el oficial y el suboficial de servicio en la posición; entretanto se presentan, solicitando mi autorización para irse, los hombres con permiso y los destacamentos de trabajo. Al lado de mi barraca de cañas hay otra construcción similar a la mía; en ella se entrega a su labor el jefe de la unidad de compañía cuando por la mañana regresa de su fortín. Al mediodía se presenta aquí el brigada, que viene de Stollhofen y trae las órdenes y la carpeta de las firmas.

Mientras yo estoy desayunando Rehm retira la pantalla de camuflaje colocada delante de la ventanilla de la barraca; al igual que tantas otras veces en mi vida, miro por ella hacia los cables y pinchos de las alambradas; estas son, junto a los explosivos y la metralla, uno de los símbolos de nuestro tiempo. Por encima de las alambradas brilla en el fondo el cimborrio de la torre de la iglesia de Stollhofen, y si me acerco mucho a los cristales, inclinándome, mis ojos ven al mismo tiempo la iglesia de Schwarzach, que queda a nuestras espaldas como una enorme formación rocosa de color castaño. Para una aldea tan pequeña como Schwarzach parece desmesurado tal templo, pero la explicación está en que se lo ha conservado como testigo de un

monasterio que allí hubo y que fue derruido hace mucho tiempo. A veces, cuando tengo algún asunto que resolver en Schwarzach, subo hasta lo alto de la torre por un revuelto desván y un maraña de escaleras. La batería que vigila nuestro sector ha instalado allí un puesto de observación. En aquel lugar el ambiente es muy agradable: un hornillo eléctrico caldea la habitación del torrero, en las paredes cuelgan tablas de tiro, planes de fuego y gráficos, y en los días claros puede distinguirse, mirando por la tronera, la catedral de Estrasburgo.

Casi siempre son ya las diez o las diez y pico de la mañana cuando comienza mi ronda por los puestos. Tras haber revisado el fortín de reserva empiezo la ronda por el acceso al Puente del Elefante, situado en nuestro flanco derecho. Los centinelas y los jefes de puesto me dan el parte tal como está prescrito, y a veces penetro con un determinado propósito en alguna de las obras fortificadas. Así, unas veces investigo si las granadas de mano están en el sitio que les corresponde, otras si las puertas cierran herméticamente, o si las armas apuntan a los blancos señalados, o si los libros de los fortines se llevan al día tal como manda el reglamento. De esta forma llego, pasando por los fortines de los jefes de sección, hasta la casamata III, que tiene dos torretas, y desde allí sigo hasta el poderoso fuerte blindado «Alcázar», situado casi en nuestro flanco izquierdo. Mientras voy haciendo la ronda se me presentan los jefes de las secciones de zapadores y de trabajadores asignadas a mi sector, y también los dos suboficiales que tienen como misión especial el acondicionamiento de la posición y la vigilancia del enemigo.

La otra orilla del río es muy boscosa y por eso es poco lo que se ve de los franceses, a excepción de un puesto avanzado al que hemos bautizado con el nombre de «Gran Camuflaje». Es una construcción cuya forma y cuya fortaleza no tenemos claras, pues se halla oculta por espesas esteras de paja y ramas de abeto. En todo caso tiene una buena guarnición, como puede deducirse de los centinelas, que se dejan ver despreocupadamente; también se alzan en remolinos, por encima de sus verdes muros, nubes de humo de tabaco.

Finalmente, y a poder ser al mediodía, suelo presentarme en la cocina, que está emplazada en el puesto aduanero de Greffern. Allí es preciso controlar la conservación, calidad, preparación y cantidad de los alimentos, lo que me lleva a poner muchos reparos.

Luego emprendo el camino de vuelta; lo hago pasando por la trinchera «Toledo», que parte del «Alcázar» y atraviesa extensos campos de cultivo hasta llegar al puesto de mando de combate. El sendero está en pésimas condiciones, pues una parte de él atraviesa

prados anegados en los que es preciso ir adivinando la pista con botas de agua. A mí, sin embargo, es esta parte de la ronda la que más me gusta y considero de mi propiedad la media hora que empleo en recorrerla. Es el único momento del día que puedo disfrutar en completa soledad y que guarda semejanza con la vida que he llevado en los últimos años. Así que son también esos minutos los que dedico a repensar mis proyectos interrumpidos.

Por la variedad de su vegetación este trayecto invita a realizar pequeños ejercicios espirituales; en ellos uno clasifica los pensamientos y luego los aventa. El mencionado trayecto pasa junto a unos viejos sauces cuyos huecos troncos se hallan medio ocultos por el amarillento cañaveral y de vez en cuando desemboca en campos de maíz y de tabaco en los que aún no se ha recogido la cosecha. Las plantaciones de maíz y tabaco alternan con las matas altas y resecas del topinambo, llamado por el pueblo «patata de aguardiente»; sus bulbosas raíces de dedos estirados se utilizan como forraje para el ganado. A ese mismo fin sirven también los pesados nabos, de los que sobresale por encima del suelo una cuarta parte que el sol tiñe de rojo. Lo primero que de ellos se recolecta son las hojas verdes, y en el mismo sitio y lugar se forman con ellas pequeños montones que luego van gastándose en el invierno a medida que se necesitan.

También me detengo a veces a observar con unos buenos prismáticos que tengo los animales en los desiertos campos. El avefría revolotea chillando alrededor de los bordes de las zonas anegadas, en cuyos islotes montan guardia oscuras bandadas de cornejas. En la maraña de las alambradas y otros obstáculos, cuyas varias filas forman un laberinto a lo largo de la línea del frente y en las que se entrelazan yerbajos secos, han hecho sus nidos las perdices y los faisanes, que salen volando del pie mismo del caminante. Es preciosa la estampa del faisán macho, que asciende como un juguete, en el brillo de sus bronces multicolores, con una cola larga a la que el viento hace ondular. También acuden los corzos a la espesura de alisos del lecho del Schwarzbach, mientras en las desnudas copas de los olmos tienen sus atalayas las aves rapaces. Parecen acechar sobre todo a los topos, a los que las aguas subterráneas, que aquí no están a mucha profundidad, obligan a cavar sus galerías casi a flor de tierra. De ahí que los topos estén tan baratos que las aves se limitan a picotear sus entrañas, mientras se ve brillar sobre los huérfanos montículos los pequeños y rojos costillares despreciados.

Regreso al puesto de mando cruzando, de los varios puentes que salvan el Schwarzbach, el de en medio. A esa hora Rehm suele estar atisbando mi llegada, y cuando abro la puerta de la barraca ya está

humeando la sopa encima de la mesa. Lo normal es que haya fideos, o granos de avena, o repollo, o colinabos, o arroz; si hay suerte aparecen lentejas, o *gulasch,* o una rodaja de carne. Al jefe de la unidad de compañía, cuyo oficio en la vida civil es el de guardabosque mayor, le he dado permiso para que cace en nuestro sector, y por ello a veces cuelga también en nuestro depósito de armas un poco de caza, que reservamos para celebrar pequeñas fiestas.

La tarde está dedicada casi siempre a pequeños asuntos del servicio y a la guerra de papel. En ocasiones la barraca de las cañas se transforma también en un tribunal y a la luz de las velas se realizan allí interrogatorios minuciosos. Las faltas son siempre las mismas: llegar tarde de los permisos, ausentarse sin permiso para ir a tomar unas copas en las tabernillas de los pueblos vecinos o a reunirse con chicas, e infringir el reglamento de guardias. La guerra de nervios coloca al ser humano en un estado de cautividad en el que el mero transcurrir del tiempo es sentido ya como un dolor. El individuo, al intentar escapar de ese estado, fácilmente se causa lesiones.

También yo me dedico a la holganza algunas tardes, mientras bebo un buen café que me envían mis amigos en porciones finamente molidas. En el alféizar de la pequeña ventana los pinzones, los herrerillos comunes y los pardillos picotean las migajas del pastel, y entre los pájaros una ratita de color de hierro va comiéndose lo que le dejan. Esa ratita tiene su morada en las paredes de la barraca, entre las tablas y el refuerzo de cañas que las recubre; cada vez que entra en su nido sus crías la saludan con agudos y jubilosos silbidos. En otras partes de ese mismo sitio hacen su vida los topos, a los que Rehm llama «marmotas» — los topos cavan y mueven cosas y arman un ruido que parece sobrepasar con mucho las capacidades de unos animales tan chicos.

Va acercándose así la agradable hora en que con la cena llega a la línea avanzada del frente también el correo. Asimismo se presenta a esa hora, de vuelta del baño, el grupo al que le ha tocado ese día ir a tomarlo en Schwarzach — los hombres llegan casi siempre un poco achispados, pero esa pequeña cogorza es legal, pues por orden de la compañía se ha de visitar una taberna después del baño caliente, para prevenir resfriados.

A la hora de la cena Rehm coloca encima de la mesa velas de cera que desprenden un grato perfume. Sigue luego una prolongada dedicación a los libros, pues aparte de la correspondencia es la lectura la única de las ocupaciones habituales en la vida civil que aquí es posible seguir practicando. En las primeras semanas solía tomar té a

esta hora, pero he hecho la experiencia de que, cuando se vive tan cerca de la tierra, viene mejor el vino tinto. Así es como he llegado a conocer el borgoña alemán, un vino contra el cual, lo mismo que contra el caviar alemán, alimentaba un prejuicio que ha demostrado estar carente de toda justificación. En sus mejores añadas y sus mejores cepas ese vino desarrolla una espirituosidad caprichosa que viñedos más meridionales son incapaces de conseguir.

También estas horas son, naturalmente, horas de servicio, como *todas* las horas del día, y mi ocio se asemeja al de una araña en su tela. Tan pronto como se produce un contacto o una observación en un punto cualquiera, ya está zumbando el teléfono. Hacia las once de la noche llegan los hombres de las distintas secciones que vienen a traer el parte, y sobre las doce se envía al batallón el parte de la mañana.

Así acaba la jornada, si es que no sigue entonces todavía una última ronda nocturna por el sector.

Acabado: Boecio: *Consolaciones,* que empecé a leer, rodeado de borrachos, en la estación de Karlsruhe. La cumbre de esta obra es la coordinación que establece entre el libre albedrío y la providencia divina — Boecio sitúa el libre albedrío en el tiempo y la providencia, en la eternidad. Puesto que nosotros vivimos en *ambos,* tanto en el tiempo como en la eternidad, actuamos con completa libertad en nuestras acciones, pero a la vez esas acciones están predeterminadas en cada uno de sus detalles. Y así el hombre que actúa está sujeto a dos cualidades, una de las cuales es infinitamente superior a la otra. En el marco superior podemos movernos como queramos, y, sin embargo, permanecemos sin salir de él. En todas las cosas está a la vez de manera prodigiosa, como una especia, la eternidad.

Esta concepción es uno de los puntos extremos, uno de los cabos a que puede llegar el pensar humano. Kant vuelve a trazar en el plano lógico esa distinción teológica; su verdad, que tritura todas las cosas, es por tanto una repetición de la verdad sin más. En el fondo no hay verdades nuevas — aquí «nuevo» es un adjetivo contradictorio.

En la lectura de las *Consolaciones* me han llamado la atención ciertas analogías con Tolstói — en especial con el notable prólogo que sirve de introducción a *Guerra y paz.* En ese prólogo investiga Tolstói el hecho de que el ser humano, en cuanto individuo, adopta sus decisiones con entera libertad, y, sin embargo, esas decisiones desembocan en una estadística fija. Así, el número de suicidios permanece casi idéntico en el transcurso de los años, lo único que

cambia son los motivos. Cuanto mayor es el número de decisiones libres sumadas, tanto más desaparece el resultado del libre albedrío. Esto permite sacar la conclusión, a la inversa, de que en el libre albedrío del individuo se esconde un factor desconocido que se torna visible en las decisiones de la especie. Según Tolstói, el libre albedrío que se nos otorga es tanto menor cuanto más decisivo es el lugar en que actuamos.

Por cierto que yo creo que las «consolaciones» de Boecio no pueden disminuir de ninguna manera el dolor. Hemos de apurarlo hasta el final. Pero mientras que en los círculos inferiores de la vida el dolor posee una fuerza caótica, cuando entra en contacto con el ser elevado y noble adquiere figura. La consolación instala el dolor en una jaula de oro, o, mejor dicho: lo coloca en un altar que posee un valor más elevado que todos los daños que una breve vida humana puede padecer.

Así es como sigue operando todavía hoy la consolación que Boecio se administró a sí mismo; y esa actuación en el tiempo es tan solo el reflejo de la ganancia superior tan bellamente prometida por este verso:

Besiegte Erde schenkt uns die Sterne.

[La Tierra vencida nos regala las estrellas.]

Barraca de las cañas, 14 de febrero de 1940

Por la noche veinte grados bajo cero. Aunque me he acostado vestido debajo de las mantas y tenía bajado hasta las orejas el *baschlik,* el gorro caucasiano de pura lana, a las cuatro de la mañana me he levantado tiritando y he encendido fuego en mi barraca.

Antes había estado en una tienda magnífica en la cual podían comprarse preciosidades marinas como carey, corales y nácar, igual que puede hacerse en muchos comercios de la Chioja de Nápoles. Había entrado en la sección paleontológica, donde había unas vitrinas de cristal que encerraban fósiles escogidos, obras de arte de la Naturaleza — eones, millones de años habían estado cincelándolas. Había allí piezas prodigiosas — por ejemplo, sobre un terciopelo azul aparecían trilobites de oro puro, y a su lado había peces hechos de minerales verdes y violetas; conchas de alargadas costillas resplandecían con un brillo irisado. Cerca de mí se hallaba el príncipe Pignatelli, que estaba eligiendo losas de mármol para su casa de la

ciudad. Las escogía del mismo color que tienen los zócalos de las columnas de bronce de Bernini en la basílica de San Pedro y quería que todas ellas tuviesen el veteado de cuarzo de los brazos ramificados de los crinoideos.

Mientras él ponía juntas sus losas como si fueran un dominó, yo sopesaba en mi mano un delgado calamar que se parecía a una flecha de mármol del color de la rosa de té. Lo extraordinario de aquella pieza estaba en que se veían conservadas en la piedra las manchas de color rojo púrpura con que el animal juega mientras está vivo y que se vuelven pálidas cuando muere; también se conservaba el iris verde de sus grandes ojos. Pero yo dudaba y no sabía si debía preferir a aquella pieza el blindado caparazón de un cocodrilo que estaba fosilizado en un jade de color verde pálido. Estaba tan extraordinariamente lograda aquella fosilización que cada una de sus escamas se movía como si estuviera sujeta a una charnela, y cuando se alzaba el caparazón sonaba un tintineo argentino.

No sabía por qué decidirme, y en ese momento me ha despertado el frío. Y cuando he estado sentado ante mi hornillo como Cenicienta al regreso del baile, me he dicho a mí mismo: «Estas fiestas las celebras día tras día, y solo de vez en cuando un despertar súbito te permite echarles un vistazo». Y he añadido: «Nuestras riquezas son enormes, pues moran en los átomos. A nuestras profundidades, a las galerías de nuestras minas descendemos por pozos, por así decirlo».

Barraca de las cañas, 15 de febrero de 1940

En la pared de la barraca de cañas, junto al hornillo, mientras reviso el libro de partes: una forma gris, tan tersa como una piel de asno, compuesta de un cuello de serpiente abombado y encorvado en su extremidad cortada y de una cabeza de serpiente que por encima de las quijadas armadas de dientes se transforma gradualmente en un cráneo humano. La mencionada forma está medio fijada a la pared por un recio clavo en el comienzo de la nuca y también medio pegada a ella por una arandela. Del cuello y asimismo del mentón pende una orla de aletas; se adivina que a ese cuello lo ha sustentado un cuerpo extraño y desconocido.



Puesto que una cosa como esa no la había visto nunca tan de cerca, ni tan clara, ni estando tan despierto, inmediatamente la dibujo con breves trazos en mi cuaderno de partes, que tengo a mano; al hacerlo tropiezo con detalles delicados, llenos de sentido, que se escapan a mi poco ejercitado lápiz. También me llaman la atención ciertos rasgos de sufrimiento — rasgos mecánicos, obtusos, perdidamente ensimismados, como son propios de tales seres.

Luego me acerco y todo aquello se transforma en un trapo de lana gris que está colgado de un clavo junto al hornillo y que sirve para limpiar los platos.

Barraca de las cañas, 22 de febrero de 1940

Ayer por la noche, víspera de nuestro relevo, hubo tiros por primera vez en nuestro sector. Primero oí, medio en sueños, disparos sueltos e impactos aislados, que me parecieron sospechosamente próximos; luego, al telefonear a los jefes de sección, me enteré de que se trataba de tiro de hostigamiento en el arco de Greffern.

Inmediatamente después me comunicó el jefe de la gran casamata «Elefante» que los franceses estaban disparando contra él y me pidió permiso para responder; se lo di y fijé la respuesta en cien disparos. Con ello empezó el concierto en todo el sector; al principio lo seguí en sueños y luego cada vez más despierto, hasta que me pareció que había llegado el momento de salir del pijama y levantarme de la cálida yacija. Acababa de vestirme cuando sonó otra vez el teléfono; del flanco izquierdo me comunicaban que el fusilero Walter, del puesto 3, estaba herido de una bala en la cabeza.

Rápidamente me puse en camino, acompañado del jefe de la unidad de compañía y de un camillero. Era noche de luna llena y las vastas hondonadas inundadas estaban cubiertas de una blanca capa de hielo sobre la cual se podía caminar; el hielo refulgía a la luz de la luna. Delante del dique de las inundaciones vi brillar los fogonazos de las piezas que disparaban desde nuestras obras fortificadas y también oía las detonaciones secas que llegaban de la otra orilla del río. Lo que más asombro me causó fue que una ráfaga que llegaba de la parte derecha cogió de flanco el dique y, dejando unas trayectorias luminosas, vino a caer en las proximidades de la fortificación «Alcázar». Esto me hizo ver que los franceses habían estudiado muy bien nuestro sector. Es un género de atención que solo se hace visible en los resultados.

En el fortín «Limburg» encontré tendido en un camastro al herido, al cual ya habían vendado. La venda estaba empapada de sangre, también estaba inundada de sangre la guerrera. Otro reguero de sangre descendía por el brazo hasta las botas. El herido yacía inmóvil, de cara a la pared; ofrecía una estampa horrorosa, como si lo acabaran de sacar de una tina de tintorero. Ordené que no lo molestasen hasta que llegase la ambulancia. Esta mañana el médico que lo vendó me ha dicho que hay esperanzas de que se salve. La gran hemorragia se debía a que la bala le había seccionado la temporal.

Ordené concentrar nuestro fuego en el sitio desde donde habían herido a nuestro fusilero y luego recorrí las obras fortificadas; pude ver que la tropa estaba bravamente al pie de sus armas. Tras haber dado parte de lo ocurrido regresé a mi barraca hacia las cuatro de la madrugada.

Karlsruhe, 24 de febrero de 1940

En la noche del 22 de febrero dejamos la posición y pernoctamos en Rastatt, uno de los puntos cruciales de este frente del Alto Rin. A la noche siguiente continuamos la marcha hasta Karlsruhe; en ambas ocasiones hemos caminado iluminados por una luna llena que hacía refulgir las copas de los árboles de la Selva Negra. En noches como estas son notables los colores — son colores lunares, presentimientos de colores, por así decirlo. No se los ve más que si se los busca. Así hay muchas cosas en el mundo que solo se perciben cuando se tiene conocimiento de ellas. Y hay otras que nunca vemos.

Aquí nos hemos alojado en el Cuartel Forstner; yo ocupo una cómoda vivienda al lado de mi compañía.

Karlsruhe, 25 de febrero de 1940

El ansioso escudriñamiento de lo suprasensible y el andar buscando signos visibles procedentes de esa esfera son actos que delatan adeptos de rango inferior — desconocedores del poder espiritual que anima como éter todas las cosas. En este aspecto se llevan la palma los espiritistas. Cuando alguien, como hacen ellos, comienza por aguzar hasta el extremo los sentidos, aguardando visitas de lo suprasensible, se asemeja a un físico que pretendiera estudiar la llama en un espacio sin aire.

Solo si se está firmísimamente seguro de esas cosas se preocupa uno por ellas.

La fe es, como el oxígeno, un añadido. De ahí que los milagros no le ocurran a todo el mundo ni ocurran en todos los sitios. La zarza ardiente.

Karlsruhe, 28 de febrero de 1940

Para muchas cosas de esta vida se necesitan catalizadores — así, cuando uno quiere conocer a chicas de costumbres livianas necesita un compinche de poco precio.

Esta tarde he oído por primera vez mi propia voz, registrada en un disco de cera. Poseía, y esto me ha dejado asombrado, el deje propio de esos empedernidos y pazguatos hannoveranos de mediana edad que desde siempre me han resultado desagradables. Qué poco nos conocemos a nosotros mismos.

Por la tarde ha llegado, sin que yo lo aguardase, el nuevo volumen de poemas de Friedrich Georg; se titula *El Misuri* e inmediatamente lo he leído y releído, con un creciente deleite. Otra vez —y en este caso más intensa que en su *Taurus*— la impresión de una gran fuerza, que nada es capaz de inhibir. El espíritu de la patria tiene aquí una continuación recta, derecha como un rayo de luz. Me parece favorable, en el sentido de una curación progresiva, el giro de lo seco a lo húmedo — de la ardiente peña en que juegan las serpientes a la gran corriente. Encierra una gran belleza el hecho de que, no obstante eso, el metro no se relaje, sino que se torne más riguroso, aunque también más secreto, más oculto-cristalino.

Karlsruhe, 1 de marzo de 1940

Hace un tiempo un poco más cálido, pero en los bosques la nieve continúa alta y la helada sigue bien aferrada al suelo. Incluso vuelve a helar por las noches. El invierno que hemos tenido hace sentir con más fuerza la nostalgia de la primavera, como ocurrió en el invierno de 1928 a 1929, al final del cual emprendí mi viaje a Marsella y a las Baleares.

Al volver de los ejercicios de tiro iba cabalgando por un antiguo encinar de la Hardt y pensaba, medio ausente: «Este sería un buen sitio para un pito negro». Y justo en ese instante, como si mi pensamiento lo hubiera alumbrado, he visto por segunda vez en mi vida ese pájaro; con su píleo carmesí, salió volando en vuelo ondulado de la seca copa de un árbol. Me ha parecido una creación propia, un milagro — similar al que hace que en los sueños se nos acerquen las cosas en que pensamos. Y, sin embargo, son ya numerosas las veces que esto me ha ocurrido en mi vida — con flores, con animales y también con personas. Esto es asimismo uno de los grados superiores y uno de los atractivos inauditos que hay en la caza de insectos; todo el aparato erudito no es más que un asidero para ello. Siempre que de nosotros se apodera con fuerza el sentimiento de la armonía, a él se agregan mágicamente los detalles, como la última pincelada.

Esto es lo que ocurre sobre todo con el instante de la felicidad. Las cosas se hallan acordadas, el mundo está en un acorde. Ahora

bien, de nosotros depende el que queramos pronunciar el «Ábrete, Sésamo» que da acceso a la sobreabundancia.

Karlsruhe, 10 de marzo de 1940

Para la ciencia de las fortificaciones eróticas: evítese sobre todo aquella maldita clase de fuertes en los que caen enseguida, al primer asalto, los baluartes exteriores, pero permanece inexpugnable la ciudadela.

La pasada noche he soñado con un acontecimiento completamente absurdo; oía una voz que decía:

—¿Cómo podría ocurrir tal cosa, a no ser para que sirviera de lección?

Esto es correcto, por cuanto el cosmos está organizado, en una de sus perspectivas, de manera puramente pedagógica.

Iffezheim, 17 de marzo de 1940

En Iffezheim, como jefe de la compañía de reserva. Se han terminado las hermosas jornadas de Karlsruhe, donde he vivido como cuadra al soldado en los períodos de descanso. En mi calidad de guía de un transporte pude hacer alto toda una jornada en Kirchhorst y allí estuve con Perpetua, con los niños y con Friedrich Georg. Qué preciosos son estos breves reencuentros — son como la confirmación de que uno sigue vivo en el corazón de sus seres más queridos.

Luego estancia en Friburgo, una de esas perlas urbanas apropiadas para entregarse en ellas a los sueños. En la hostería El Halcón dediqué un silencioso brindis, con un vaso en la mano, a la memoria de Erasmo — un espíritu al que en tiempos de seguridad fácilmente se subestima. Por cierto que estoy empezando a hacerme amigo del vino tinto alemán; me parece que abre unas galerías muy refinadas, muy secretas, a la fantasía. La camarera de esta pequeña hostería alemánica, donde estuve comiendo en dos ocasiones — una criatura cuya proximidad me resultaba agradable. Las mujeres notan también eso, sin que se necesite ni una palabra ni una mirada. Al final de la comida le quitó de la mano la botella al camarero que iba a retirar el servicio — un gesto muy bello, muy ajustado a su condición:

—Este servicio me lo reservo para mí.

Barraca del Auwald, 28 de marzo de 1940

Desde hace dos días ocupo mi nuevo puesto de mando, una barraca de madera en medio de la despejada zona del Auwald que rodea tanto el cauce actual del Rin como los entrelazados brazos del cauce viejo, delante de Iffezheim. Senderos elevados llevan a los fortines de combate situados en las orillas del Rin.

Por las noches sigue haciendo frío, pero en las charcas del bosque cantan ya los sapos. De los bosquecillos de alisos llega el ronroneo áspero, automático, de los faisanes machos y en los cañaverales se escucha el revoloteo de los patos y el grito chillón, como de trompeta, de las pollas de agua. También hay grises garzas que pescan en los bancos de arena. Muy cerca de mi barraca una liebre hembra tiene en su nido dos crías, a las que cubre con hojas cuando sopla fuerte el viento.

Nada más llegar a Iffezheim una gripe me ha obligado a guardar cama. He recurrido a una intensa cura de sudor. Mucho es también lo que han contribuido a sanarme los buenos cuidados del Dr. Eiermann y de su esposa, en cuya casa estoy alojado. La enfermedad es una pregunta dirigida a nuestra vitalidad; damos respuesta a ella intensificando los signos de vida, como son los humores, la temperatura de la sangre y la energía del espíritu; esta última se vuelve tropical cuando tenemos fiebre. También son importantes los esfuerzos laberínticos que realizamos durante nuestros sueños febriles; a tientas vamos abriéndonos así paso hacia los escondidos tesoros de la salud. Lo que en el fondo ocurre es una prueba a que es sometido el corazón.

Lectura durante la convalecencia: Moltke: *Conversaciones,* obra que acaba de aparecer en Hamburgo. Lo que en este espíritu destaca ante todo es la parsimonia, visible también fisonómicamente en sus delgados labios. Si comparamos la vieja caballería con un cristal muy rico, de muchas ramificaciones, entonces aquí han quedado fundidos, evitados, todos los adornos. Intactos han permanecido, empero, todos los ejes principales y los ejes de dirección; y así ocurre que este hombre sobrio se halla envuelto en un resplandor místico. Qué delicada es, por ejemplo, la compasión que siente por el enemigo vencido, por Napoleón, por Benedek. En la escala del rango absoluto Moltke se halla por encima de Bismarck; ciertamente este estaba hecho de un metal más rico, pero también más mezclado. Bismarck se encontraba más cerca del Espíritu del Tiempo y podía pagar a sus adversarios con la misma moneda, mientras que solo en el ejército y en la vieja unión feudal resultaba ya posible una espada de metal puro.

Luego he estado hojeando los volúmenes de *Atlantis,* una revista que ha tenido algunos años muy logrados y que a mí me recuerda el viejo, sólido *Pfennig-Magazin* que leí en Noruega en casa de Celsus, hallándome también con fiebre.

De un artículo sobre China he sacado algunas sentencias que me han gustado:

«Si uno mantiene cerrada la boca, sus dichos llegan a hacerse proverbiales.»

«A la rana de una fuente no puedes hablarle del océano.»

«Si te pones a cabalgar un tigre, ya no podrás bajarte.»

Finalmente he leído el último libro de Henry de Montherlant, que ha hecho grandes progresos. A Montherlant lo considero, lo mismo que a T.E. Lawrence, a Saint-Exupéry, a Quinton, miembro de la muy reducida pero excelsa caballería que surgió de la guerra del catorce. Hasta que no se enfrían las brasas no emergen del negro líquido del carbón los diamantes.

Barraca del Auwald, 29 de marzo de 1940

En la mañana de este día, en que he celebrado mi cuadragésimo quinto cumpleaños, ha brillado un hermoso sol en el despejado bosquecillo de chopos. Rehm ha sido, como siempre, el primero en entrar en la barraca a felicitarme y ha dejado encima de la mesa unas flores y unas naranjas. Luego me he vestido y delante de la ventana abierta he leído el salmo 73.

Después de desayunar he ido debajo de los chopos, donde el corneta ha tocado la señal de bienvenida mientras la unidad de compañía me aguardaba en posición de firmes. Su jefe, el suboficial Fasbinder, me ha hecho entrega de una botella de vino tinto; un ramo de violetas estaba atado a su cuello. Luego han acudido Spinelli y el brigada; el primero me ha felicitado en nombre de los oficiales y el segundo, en nombre de la compañía. Me han hecho entrega de un abrecartas de marfil.

Luego, como de costumbre, he recorrido a pie la posición; al regreso me he encontrado con el coronel, los médicos y los jefes de los sectores vecinos, que me han obsequiado con licores, cigarrillos y bombones. El correo ha traído cartas y paquetes, así que mi barraca ofrecía un verdadero aspecto de fiesta. Lo que más me ha alegrado ha sido un cuaderno para llevar diarios, con encuadernación de piel

granulada; lo ha preparado para mí una de mis lectoras y lleva como emblema un cocuyo rojo, uno de los animales de mi escudo secreto.

Así ha ido acercándose alegremente el mediodía. A la hora del café pensaba cortar en compañía de Spinelli el gran pastel que de Baden-Baden me ha enviado el teniente coronel Vogler y estaba a punto de descolgar el teléfono para llamarle cuando en el Auwald ha resonado el tableteo de una ametralladora superpesada. Inmediatamente después han pedido del puesto 47 un camillero; de ahí que haya mandado que me trajeran una bicicleta para ir a ver lo que estaba pasando.

En el puesto 47 está emplazado un cañón de defensa protegido por un blindaje demasiado débil; ya lo han perforado hace pocos días unas balas certeras, que además han dejado huellas en el parapeto o escudo protector. He encontrado al jefe del puesto, el suboficial Neumann II, acompañado de sus hombres, en el sitio libre que queda detrás del fortín, y me ha informado de lo sucedido.

Los hechos son los siguientes. Poco después del mediodía han llegado del cercano puesto de observación artillera un brigada y un cabo, ambos novatos en este lugar. El brigada ha manifestado su deseo de hacer una fotografía del muro delantero del fortín, que está sembrado de impactos de balas; sin prestar oídos a las advertencias del suboficial ha saltado el montículo de tierra que protege el fortín y, seguido por el cabo, ha empezado a bajar hacia la orilla del Rin. En ese mismo instante ha empezado a disparar una ametralladora desde la otra orilla del río, desde la obra fortificada «Rin Rojo», donde se alojan unos tipos muy fieros, y nuestros dos artilleros han quedado tendidos en el verde talud, que es visible desde lejos. Uno de ellos ha llamado pidiendo auxilio, al otro no se le ha oído decir nada.

Tras haber hecho un reconocimiento del terreno he decidido rescatarlos yo mismo, pero no era posible hacerlo, desde luego, por el camino que ellos habían tomado. Para acceder a los cuerpos era preciso cortar, por el contrario, a la izquierda del fortín, una espesa alambrada que allí hay; había que actuar de tal manera que el trabajo quedase camuflado por una franja de hierba seca que crece entre los árboles de la orilla del río.

Entretanto ha acudido también Spinelli y los dos hemos ido siguiendo a los hombres que, a rastras, cortaban la alambrada para abrir en ella un pasillo; media hora larga se ha tardado en abrir el camino. Entre los árboles colgaban todavía algunas esteras hechas de cañas amarillas, que cerraban deficientemente el paso a las miradas de

los franceses de la otra orilla; luego, para llegar hasta los cuerpos que estaban tendidos en el talud, era preciso recorrer unos quince pasos al descubierto. La fortificación «Rin Rojo» queda a unos cuatrocientos pasos de distancia.

De acuerdo con Spinelli, el cual no es solamente un hábil viajante de especias, sino también un bravo alférez y un excelente auxiliar mío, he tomado la decisión de que fuéramos nosotros dos los que intentásemos ejecutar aquella tarea; me sentía animado a llevarla a cabo. También Spinelli estaba de buen humor y ha caminado con buen paso hasta el final de la zona camuflada. En el momento en que me disponía a seguirlo ha aparecido en la parte de atrás del pasillo el alférez Erichson, de la cuarta compañía, y me ha rogado con insistencia que le permitiera participar en la operación — su argumento era que «nunca había intervenido en una cosa como aquella». A mí me ha parecido, sin embargo, que ya éramos suficientes y le he encomendado la misión de cubrir el rescate de los cuerpos manteniendo apuntado su cañón contra la tronera de la casamata francesa. Luego he avanzado rápidamente, acompañado de Spinelli, hacia el verde talud. Allí he visto tendido en el suelo al cabo; lo he agarrado y lo he encontrado todavía caliente. Sus miembros, sin embargo, estaban ya un poco rígidos. A su lado yacía el brigada; me ha gritado que las balas le habían causado un ligero rasguño, pero que no tenía ninguna otra herida. Le he ordenado, en consecuencia, que cogiese al muerto por la cabeza; Spinelli lo agarraría por las piernas y yo por el cinturón.

En este orden hemos dado algunos pasos y entonces nos hemos visto envueltos en los silbidos y detonaciones de una ráfaga disparada por el arma superpesada de la casamata francesa. Las balas producían chasquidos al atravesar la espesa alameda, se estrellaban contra el fortín, chirriaban al dar en la alambrada y abrían surcos en el verde terreno. Nos hemos tirado al suelo; yo quedé tumbado, debajo de la alambrada, en un surco muy poco profundo, parecido a esos que suelen hacer las gallinas al escarbar, y sentía junto a mi cabeza las piernas del muerto. He notado el choque de una nueva bala certera que le ha dado en el brazo derecho destrozándoselo. Los franceses no cesaban de disparar contra nosotros; el polvo de la tierra levantada por los proyectiles nos caía en el pelo y a nuestro alrededor empezaba a oler a chispas de metal.

Por cierto que, mientras duraba aquello, Spinelli me ha pedido que encogiese mi rodilla izquierda, pues quedaba demasiado al descubierto. He apreciado ese consejo tanto más cuanto que, en realidad, él se había acercado a la orilla del río con menor cobertura

que yo. En ese momento Erichson ha hecho funcionar su arma y con su fuego de represalia ha paralizado el tiro de los franceses. Aún hemos permanecido un buen rato aplastados contra el suelo; por fin, al abrigo de las esteras, hemos regresado a rastras por el pasillo abierto en la alambrada.

Me disponía a ordenar que pusiesen en funcionamiento el cañón cuando hemos descubierto que una bala de la ráfaga disparada contra nosotros había penetrado por la tronera e ido a dar en el freno de retroceso del arma, averiándola. Hemos permanecido de pie detrás del muro blindado mientras una nueva granizada de proyectiles levantaba una nube de polvo en la parte delantera de la obra fortificada vecina. En la hombrera del alférez médico ha caído un pedacito de plomo derretido; se ha quedado allí pegado, parecido a la insignia de un capitán médico, y eso ha dado ocasión a numerosas felicitaciones bromistas.

Acompañados por el jefe de la batería del muerto, hemos ido a recogerlo luego, a la hora del crepúsculo. He estado presente cuando el capitán médico ha ordenado que le quitasen la ropa para poder observar las heridas y he visto la que le había causado en el brazo la bala a que me he referido antes; de esa herida ya no había brotado sangre. También he visto en su cuerpo otras muchas heridas; de una de ellas ha caído al suelo una bala de cobre. Pero el proyectil que tuvo que causarle inmediatamente la muerte era uno de máximo calibre que le había acertado en la parte de atrás de la cabeza; le había levantado la tapa de los sesos abriendo en ella un surco de un palmo de hondo.

Una vez más, como en tantas otras ocasiones en lugares como este, he observado la irritación provocada por la vista del caído. Esa irritación se hacía ostensible no solo en quienes lo desvestían y se hacían cargo de sus objetos personales, sino también en quienes lo contemplaban. Es un rasgo profundo, en el que se revela una oculta relación de culpabilidad.

Así es como ha acabado un día de cumpleaños que se me quedará para siempre en la memoria.

Barraca del Auwald, 7 de abril de 1940

El hornillo de cinc que yo encendía en la barraca de las cañas estaba fabricado con un metal muy pobre. Pero el fuego elevaba el color de aquel hornillo hasta el nivel de un rojo muy bello, transparente.

Así es también como ocultan las cosas, y como oculta la Vida, cualidades que en el trajín cotidiano permanecen cerradas para nosotros, pero que quedan al descubierto cuando trascendemos a otros niveles, a otros grados o tiempos.

La Vida tiene así sus milagros primaverales y florales, insospechados para quienes conocen únicamente las hojas. Esa potencia superior puede desplegarse también en determinados miembros, partes y estratos — en la librea de gala de los machos de aves e insectos, en el seno de la mujer, el cual, según Novalis, es la encarnación del pecho elevado a un estado misterioso, en la auténtica aristocracia, en la cual refulge un pueblo en una manifestación noble, y en el poeta, en el cual florece el lenguaje.

En el ser humano reposan también cualidades que solo la muerte desplegará. Entonces la metamorfosis no ocurrirá ya en determinados estratos, sino en la plenitud.

Oh vosotros, los grandes aventureros — esa será vuestra última y máxima aventura.

Barraca del Auwald, 8 de abril de 1940

Por la mañana he recorrido a pie, como de costumbre, la posición, que aquí es mucho menos extensa que en Greffern. El hermoso, solitario camino de vuelta por detrás del flanco izquierdo, siguiendo el sendero elevado que cruza el cauce viejo del Rin. Allí suelo entretenerme en disparar con mi pistola sobre los numerosos recipientes depositados entre la maleza por la corriente. Las botellas saltan en pedazos y se hunden con rapidez, los bidones van sumergiéndose lentamente, como si titubeasen.

Luego encima del dique del cauce viejo, desde donde he estado contemplando largo tiempo la Yburg. Construcciones como esa, que parecen levantadas sobre conos truncados, impresionan de manera especial a quien las mira. Rodolphe ha pintado construcciones parecidas en el cuadro *La Atlántida,* que colgaba en mi habitación de Goslar. La impresión que producen se debe a que la fantasía ve esas construcciones como si estuvieran allí en representación del monte desmochado. Todo el poder de la roca primitiva opera también allí, en la obra arquitectónica.

En los sitios donde las construcciones mismas tienen forma de cono truncado ocurre algo muy similar. La punta parece sustituida por un casquete mágico. Al mirarlas barruntamos la reserva de fuerza

material a la que no se ha dado forma y, con ello, la cercanía de un poder inmediato. En nuestras torres puntiagudas, por el contrario, la totalidad de la materia ha sido íntegramente convertida en moneda, así es que la impresión dominante es la del esfuerzo espiritual, la de la audacia espiritual. La corriente puede escapar al éter. En el cuadro de Brueghel que representa la torre de Babel vemos ambas cosas: en el primer plano, el temible coloso, y en el fondo, envuelta en nieblas verdes, una ciudad gótica. Como en muchas otras obras suyas, también en ese cuadro se entrecruzan la magia y la mística. Igual que Heródoto, Brueghel ve dos mundos.

Mientras me hallaba así inmerso en la contemplación de aquella ladera de la Selva Negra, del amarillo cañaveral que hay en la orilla del cauce viejo del río ha salido dando saltos un veloz animal; tenía una piel manchada de color gris tostado desteñido, negra era la punta de su rabo, y ha corrido como loco por los campos. Más tarde he llamado por teléfono al jefe de la sección derecha, que en la vida civil es guardabosque mayor, para preguntarle por aquel animal y me ha dicho que se trataba de un turón. Me agrada usar así mi compañía, como si fuera un diccionario.

También hoy por la mañana han vuelto los franceses de la casamata «Rin Rojo» a hacer una serie de disparos sobre nuestra posición, sin ningún motivo; y como todavía se la tengo guardada desde el día de mi cumpleaños, he ordenado que por la tarde se disparasen doscientas cincuenta balas trazadoras y perforantes contra su tronera. Yo estaba sentado con Spinelli junto al anteojo de tijera y Erichson manejaba el arma. He dirigido los disparos, como flechas al rojo vivo, contra la torreta, y luego los he enfilado contra la tronera; allí saltaban en pedazos, produciendo chispas fosforescentes en medio de una densa humareda blanca. Después de que Erichson agotase el cargador, largo tiempo ha estado saliendo humo por la tronera francesa, como si dentro de la torreta estuvieran asando algo a fuego lento; también por la parte de arriba, por la abertura del periscopio, ha estado saliendo un vapor amarillento, como si procediese de la cazoleta de una pipa de fumar de gran tamaño.

Nada más abrir fuego nosotros, hemos visto que la guarnición francesa intentaba retirar su arma; pero en vano, parecía clavada. Luego esa misma guarnición ha estado peinando desde otro sitio la orilla del río con su pieza superpesada. El tiempo era agradable y los hombres, que estos últimos días han estado aburriéndose, se han despabilado, así que voy a repetir estas cosas con frecuencia.

Barraca del Auwald, 10 de abril de 1940

En Rastatt, de testigo en la causa de un fusilero acusado de haberse ausentado sin permiso. El consejo de guerra se ha celebrado en uno de los hermosos salones del viejo castillo y el acontecimiento se me ha presentado en su conjunto con mucha intensidad. Muy atento, y al mismo tiempo inmerso profundamente en el sueño de la vida, he visto actuar a los jueces, a los testigos, a la guardia, al escribiente y a mí mismo.

Esos espacios se me presentan, cuando me hallo en el mencionado estado de ánimo, como celdillas de una colmena enorme, antiquísima; nosotros nos agitamos dentro de esas celdillas igual que se agitaron en ellas los hombres de Egipto, de China, de Babilonia, hace muchos milenios. Esa inmutabilidad, esa condición como de insecto, me ha proporcionado un poco de confianza y serenidad, pues pensaba: «En todo esto hay una ley que es más honda que las culturas; y aunque estas queden desgarradas, el tejido volverá siempre a recomponerse». También el acusado ha sacado provecho de ese optimismo mío, pues mi testimonio le ha sido más favorable de lo que, tomando las cosas con rigor, debiera haber sido.

Al atardecer, mientras tomaba el té en mi barraca del Auwald, no he podido dejar de reírme de esta idea estrafalaria que se me ha ocurrido: «La presencia de mujeres hermosas hace que nosotros seamos, en última instancia, más parecidos todavía a todos los hombres que han existido antes. Mientras en la Tierra vivan mujeres hermosas no puede ser que las cosas carezcan completamente de sentido». Luego han surgido del fondo de mi memoria animales marinos que en otro tiempo vi más allá de las Azores — un pez de color gris azulado con bandas claras parecido a una anguila o a una serpiente, la «carabela portuguesa» de color rojo fuego, peces voladores del color de los pavos reales y con unas filas de gotas de agua en el cuerpo que al caer como perlas de los bordes de sus aletas dejaban señales en la superficie del mar. Todos esos animales han desfilado ante mí como flores que caen al abismo o como los cuadros que pueden verse en los comedores de Pompeya, pero sobre un fondo de lapislázuli. Y, sin embargo, todos estos tesoros se asemejan únicamente a fragmentos de esas joyas que el azar saca de cámaras de cristal, son tan solo el reflejo de las invisibles riquezas que viven en las profundidades. De ahí que, cuando los asimos con nuestras manos, a menudo se coagulen en el acto, formando una gelatina coloreada o una espuma multicolor.

Necesariamente ha de haber en el fondo unas riquezas inmensas allí donde tales joyas están entregadas descuidadamente a la destrucción. Conocemos las monedas y no conocemos la *Moneda.* Así conocemos también la vida y no conocemos la *Vida.* Caminamos a tientas, guiados por nuestras abstracciones.

Al mar no lo conoce nadie que no haya visto a Neptuno.

Barraca del Auwald, 14 de abril de 1940

A primera hora de la mañana me han despertado las ametralladoras que disparaban desde la casamata «Rin Rojo» — la nueva ametralladora emplazada en la tronera superior de esa obra blindada francesa y la ametralladora superpesada que nos dispara de flanco por el lado derecho. He llamado por teléfono a Erichson y le he ordenado que abriese fuego. Luego, tras haberme vestido a toda prisa, he atravesado en bicicleta el Auwald hacia la primera línea de nuestro sector.

Poco antes de llegar al puesto me he visto envuelto en una ráfaga de proyectiles que se estrellaban contra los troncos de los chopos y he buscado apresuradamente la trinchera de enlace. Spinelli, que ya se encontraba allí y que estaba con la guarnición detrás de la pared de hormigón del fortín, me ha guiado por señas. He mandado que apuntasen los fusiles ametralladores contra las troneras francesas y los he puesto en manos de tiradores escogidos. Luego, con el fin de procurarme todavía un buen apuntador, he ido a pie adonde se hallaba Erichson; en su puesto de combate he encontrado al camillero, el cual estaba ocupado en vendar a Erichson, que sangraba abundantemente por el cuello; a tres fusileros que habían sido heridos por la metralla les había dado ya una tintura de yodo. Todos ellos estaban como aturdidos, cual peces sacados bruscamente del agua.

Me han contado que un proyectil certero ha penetrado por la tronera y se ha desintegrado en el interior entre fuertes detonaciones y rayos de fuego. Otras balas han ido a dar en el cañón de la ametralladora y han cortado la mira telescópica, que estaba encima de la mesa. Por suerte era leve la herida de Erichson, así que he podido regresar enseguida al puesto que constituye nuestro punto crucial.

Las ráfagas seguían barriendo el bosque, donde me ha venido muy bien la trinchera de comunicación. No está acabada del todo y por ello algunos tramos he tenido que salvarlos a saltos. Es algo muy bueno el hacer cálculos en los trayectos que es preciso recorrer al descubierto. Antes de que el cuerpo salte, el espíritu realiza siempre


un preciso cálculo de probabilidades.

Spinelli tenía ya todo montado delante del puesto. Una vez más me he acercado a los anteojos de tijera y he enfocado la tronera francesa, por cuya rendija asomaba la boca de un fusil nuevo y de mayor calibre que el que allí había antes de la última vez que fumigamos aquel sitio. A los apuntadores les he insistido bien en que de ellos dependía que el tiroteo tuviera o no tuviera una réplica seria; luego he dado la orden de abrir fuego. En aquel mismo instante, como por arte de magia, han alzado el vuelo en la parte francesa, saliendo de los árboles que asoman por encima de la cúpula de la casamata, dos urracas de brillante plumaje; sus colores, un blanco muy intenso y un verde metálico.

Luego nuestros fusiles han empezado a tabletear y las ardientes ráfagas se han concentrado en el fondo de la tronera francesa. A veces los proyectiles iban un poco altos y cortaban ramas de unos chopos que se alzan en el patio interior de la obra fortificada, o bien resbalaban y los impactos arrancaban polvo del hormigón del muro y caían al Rin levantando salpicaduras. Otras balas han desgarrado la bandera francesa, la «tricolor», que ondea al lado de la torreta.

He visto cómo en el lado francés el fusil de la tronera replicaba inmediatamente a nuestro fuego, pero al poco tiempo han cesado las vibraciones de la boca del arma, que estaba envuelta en un leve vapor. Lo había previsto, pues el fuego prolongado inmoviliza el arma como lo haría una tenaza, y los sirvientes no se atreven a retirarla mientras duran los disparos. De esta manera se la puede partir en dos pedazos sin esfuerzo.

Acabado este interludio he ido a pie a tomar el desayuno y luego, como todos los domingos, he marchado a Iffezheim, a casa del Dr. Eiermann, a comer lucio y beber vino tinto del Mosela. La mañana era limpia, clara, de colores brillantes; además, cuando hay fuego, regresa al cuerpo la consciencia, partes de la cual se hallan siempre fuera de él. En momentos de crisis reclamamos todas las cantidades que se nos adeudan.

Por la noche me he enterado de que el pedazo de metralla del tamaño de una perra chica que ha herido a Erichson ha penetrado profundamente en la carne. Las heridas en el cuello son siempre muy molestas, pues por él pasan como por un istmo las vías vitales.

En escaramuzas de este género uno se siente mucho mejor si está detrás de un fusil en una posición de tiro al aire libre que no si está junto al puesto de fuego dentro de un fortín. Las minúsculas rendijas y

troneras por las que los ojos del defensor espían el terreno desde el interior de sólidas obras fortificadas son como imanes que atraen hacia sí las masas de fuego de todos los puntos de los alrededores. De esta manera los hombres quedan sometidos a una presión muy fuerte, cual si estuvieran dentro de campanas de inmersión a gran profundidad en el mar. Las obras fortificadas son los mamuts de la defensiva, pero quizá por eso mismo están amenazadas de extinción, ya que la idea de la defensa encuentra en ellas una expresión demasiado pura.

Friedrichstal, 16 de abril de 1940

Ayer por la tarde penetró en el valle del Rin el *Föhn,* el favonio, un viento tibio que viene del sur; esta vez, sin embargo, no me ha deprimido, como suele hacer, sino que me ha reanimado y puesto de buen humor. En el aire claro el Auwald se me ha aparecido con unas vestiduras regias — transparente, rutilante como una esmeralda, joven la hierba y esbeltos los claros troncos de los chopos; hay en ellos una gracia encantadora y su gran altura impregna de orgullo a quien bajo ellos pasea. En las copas todavía desnudas de los árboles entregábanse a sus juegos las primeras golondrinas, por parejas salían volando los patos de los cañaverales que rodean las tranquilas charcas, y la focha común se sumergía silenciosamente en sus profundidades.

Sobre las once de la noche nos relevaron y a pie, bajo una resplandeciente luna llena, marchamos hasta Baden-Oos, donde hemos pernoctado en un cuartel. Al amanecer hemos subido a un tren que nos ha conducido hasta Bruchsal y desde allí hemos ido llegando, bajo una lluvia torrencial, a nuestros alojamientos, que están repartidos por varios pueblos pequeños. Dos compañías, la mía y otra, han quedado acantonadas en Friedrichstal, uno de los principales centros productores de tabaco de la región de Baden. Me ha correspondido alojarme en el piso alto de un pequeño chalé que pertenece a un fabricante de cigarros puros; desde mi habitación se disfruta de una hermosa perspectiva sobre la Hardt.

Dedicados al descanso y a la instrucción, aquí pasaremos algunas semanas.

Friedrichstal, 20 de abril de 1940

Por la mañana en el bosque. Mientras separaba las liminillas de un trozo de corteza del tronco de un castaño he divisado bajo ella un micetófago que hasta el momento desconocía — un animal alargado en forma ovalada, de color castaño oscuro, con un brillo violeta, unas

franjas dentadas y unas motas de pelo dorado en forma de estrella. Esto es como encontrar un tesoro mientras uno está cavando.

El estudio de los insectos es uno de los goces que aumentan con el paso del tiempo. Ese conocimiento de las especies que se adquiere en treinta, cuarenta y aun sesenta años de observación se parece a una pirámide en cuya punta está siempre el nuevo hallazgo. Es evidente que el hallazgo singular adquiere más valor a medida que aumenta la experiencia.

También podría pensarse en un crucigrama, en el que la diversión aumenta con el número de casillas que hemos logrado llenar. Por esta razón es seguro que fue muy grata la vida de hombres como Rösel, Dohrn, Fabre, Reitter, Seitz y Ganglbauer. Ahora bien, si se nos ha deparado un hermoso campo de cultivo de la felicidad, entonces hemos de evitar canas al aire como las que echa el joven botánico que aparece en el cuento de Hoffmann *Datura fastuosa.*

Por la tarde en mi habitación, entregado a ensueños — he observado, y esto es algo que me ha ocurrido ya varias veces, que en determinadas condiciones una habitación cerrada como esta se convierte en una *camera oscura.* En el techo o en la pared vemos con gran nitidez a las personas que cruzan por la calle. ¿Por qué habrá siempre un goce maligno en la contemplación de tales siluetas de sombras?

Por la noche luna llena, hermosa y refulgente. Cuando en el suelo se dibujan, alumbradas por esa luz, las siluetas de setos, vallas, cenadores y otras figuras, de nosotros se apodera a veces un estado de ánimo en el que se combinan el arrobo y el miedo. En muchas ocasiones me he preguntado a qué se deberá ese estado de ánimo y mi opinión es que en esa obra de las sombras las formas se desvelan y a la vez se espiritualizan. Ingresan en un orden superior, el de la indestructibilidad, que es inmanente al trazado de sus líneas. Las cosas actúan con su marca matemática, actúan de una manera más inmaterial y al mismo tiempo más poderosa. Con temor penetramos en ese enrejado de sombras, y mientras lo cruzamos parece como si estuviéramos dotados de una fuerza propia de espíritus nocturnos. Pero simultáneamente contenemos el aliento — si en ese momento sonara un conjuro mágico, seríamos desterrados de modo irresistible a la materia.

Casanova. Los historiadores que se dedican a verificar las cosas

que dice son desde luego muy aburridos. Las fuentes de primer rango brotan aquí, no de los documentos oficiales de Venecia, París o Viena, sino de sus *Memorias*. No es probando sus mentiras como ponemos al descubierto al ser humano — al contrario, por su forma de mentir se pone *él* al descubierto.

Casanova como comediante. Hijo de comediantes, compañero de comediantes. Su figura, sus encajes, sus diamantes, sus tabaqueras, sus joyas. Pregunta al Papa si le está permitido decorar con diamantes la Orden de la Espuela de Oro que se le ha concedido. Cuando Bernis le encomienda una misión oficial, la ejecuta como comediante, no como diplomático. En el banquete de Colonia se alza con el triunfo sobre el bueno de Ketteler, quien como actor era probablemente superior a Casanova en sustancia. Rasgos similares intervienen en el duelo con Branicki, fuente inagotable de la vanidad de Casanova. En Polonia, como en todos los sitios donde permanece una larga temporada, la opinión que de él se tiene empeora con el paso de los días. Casanova mismo menciona ese hecho, pero en su recuerdo esa circunstancia no arroja ninguna sombra posterior sobre sus triunfos. He ahí un rasgo peculiar del comediante; a este le basta con deslumbrar y brillar por una noche. No puede decirse, sin embargo, que Casanova invierta el axioma que reza «ser más que aparentar» — y no puede decirse porque para él significan lo mismo, de una manera especial, el ser y el aparentar. Casanova es un comediante de raza; de ahí que para él sean reales los triunfos del escenario.

Por cierto — ¿qué es lo que Casanova puede ocultar con sus mentiras? ¿Acaso que él, el gran artista en el terreno de las mujeres, no poseyó más que a hembras de segundo rango? Todas ellas, incluida Henriette, son cómicas, aventureras y damas de poca categoría; ninguna pasa de eso. Por lo que a la selección se refiere, son otros los *amatores* —Byron, por poner un caso— de los que debemos tomar ejemplo. Es notable el hecho de que el *chevalier* Casanova pase de puntillas sobre los asuntos relativos a Manon Baletti. Pero esta fue sin duda la mujer que mayor espacio ocupó en su vida — es cierto que *detrás* de las bambalinas; y de esas cosas no se habla.

¿Cómo se explica la atracción que ejerce sobre nosotros este veneciano tan lleno de defectos? ¿Por qué norma se guía nuestra memoria para seleccionar a alguien de entre la enorme muchedumbre de personas que vivieron y sobresalieron en otros tiempos? ¿Por qué continúa siéndonos familiar un vagabundo como Villon, mientras que han sido relegadas al olvido muchísimas personas honorables que en su época tenían un nombre? Sin duda esto ha de deberse a la medida de fuerza vital indivisa que en esos hombres hay y que asciende como

savia desde las raíces a sus hechos y a sus obras — una fuerza en la que, allende todos los méritos y allende toda la moral, nos reconocemos a nosotros mismos, ya que es nuestra herencia común.

Friedrichstal, 23 de abril de 1940

Me encuentro resfriado, en ese estadio desagradable de la enfermedad que no quiere desaparecer. Además, esta mañana me he caído del caballo, que en el campo de maniobras se metió en un hoyo; tuve la suerte de ir a dar de cabeza a un suelo blando. De todos modos me he quedado aturdido unos momentos, y ese aturdimiento continuaba mientras los hombres me sacudían el polvo del uniforme; me hallaba en medio de ellos como un objeto. Por la noche, en el correo, noticias desagradables.

Por la tarde en el castillo de Bruchsal, para ver su famosa escalinata; por desgracia no he podido hacerme con una buena foto de ella. Esta escalinata del palacio de Bruchsal es, junto a la del castillo de Meissen, que parece tallada como una espira en una piedra maciza, la más bella de las vistas por mí. La sorpresa provocada por una construcción como esta sería mayor todavía si no hubiéramos visto antes, acá y allá, reproducciones suyas — pero la impresión *prima vista* es un placer reservado a los contemporáneos.

Cuando ayunamos para curarnos actuamos como un señor que por algún tiempo exonerase del servicio a su cocinero con el propósito de echar a la calle a un huésped no invitado. El ayuno es un gran medicamento; procura no solo salud, procura también ocio y poder espiritual.

Friedrichstal, 28 de abril de 1940

En la Hardt, donde se ha conservado un soplo de la antiquísima soledad de los bosques. Tempestad, con rayos y sol; además, cerca y lejos, la algarabía de los picos. Mientras me hallaba tumbado en el musgo de un encinar, un pito negro ha pasado rozándome el pecho y luego se ha encaramado, volando en espiral, a un viejo tronco. No acaba de gustarme este animal; hay en él una desproporción sobre todo entre el delgado cuello y la gruesa cabeza. Cuando vuela, sus alas rígidas emiten un silbido parecido al de una trompeta; su voz, semejante a una risotada, es más quejumbrosa que la del pito real. El nombre popular que se le da en Alemania, «gallina de fuego», está bien elegido.

A continuación de horas como esas me resulta muy difícil el ocuparme todavía en los asuntos del servicio; me pongo a soñar, es como si hubiera de adaptar los ojos a una distancia diferente. Es magnífica la soledad de los bosques, se parece a la entrada en aposentos solemnes.

Encima de mi mesa florece dentro de un jarrón un ramo de corazones de María — también esta planta es uno de mis test. Mido la alegría que siento al contemplarla y me parece que nunca ha sido mayor. Ante un ramo florido como ese, qué insuficientes son todos nuestros sistemas. Son explicaciones de la escasez — pero ¿quién explica la abundancia?

Friedrichstal, 8 de mayo de 1940

Maniobras de todo el regimiento; se han desarrollado a lo largo de la Hardt, hasta Teutsch-Neureuth, y he participado en ellas como juez de arbitraje. La mañana era fresca y clara; en el bosque los cascos de los caballos pasaban rozando los islotes de muguete en flor. Tras un breve combate por el lindero del bosque ha llegado el «Alto todo el mundo». El general ha basado su comentario crítico en el principio de que la decisión de esta guerra hay que aguardarla únicamente de un ataque seguido de movimiento, y ello en el Oeste.

También en los ejercicios de instrucción de la compañía nos lanzamos al ataque contra objetivos lejanos; los ejercicios acabarán con una revista a mediados de mes. Además, dos días por semana dirijo la instrucción de tropas de choque; para componerlas envía cada compañía un pelotón escogido. O bien practicamos, en una pequeña obra forticada, su toma con armas cargadas con fuego real, o bien ensayamos en el bosque un ataque envolvente a fortines y casamatas.

Friedrichstal, 10 de mayo de 1940

Durante la noche sueños de escuadrillas de aviones que sobrevolaban la casa. Por la mañana me he enterado en el campo de tiro de que ha habido efectivamente mucho movimiento en el aire la noche pasada. Eran transportes que volaban en dirección a Holanda y Bélgica. La guerra entra seguramente con esto en su fase crítica, aunque no resulte posible calcular el tiempo que durará.

Por la tarde hemos estado cabalgando largo tiempo por los hermosos bosques con el coronel y al atardecer nos hemos parado en Graben a comer espárragos. Durante nuestro paseo a caballo han acudido en varias ocasiones oficiales y ordenanzas en motocicletas a

traer mensajes — por uno de ellos quedaban cancelados todos los permisos. Nos encontramos ahora en estado de alerta.

A disgusto nos vamos de Friedrichstal, con cuyos habitantes hemos llegado a anudar una buena amistad. Descienden de hugonotes de sangre valona y llevan apellidos como Lacroix, Borel, Gorenflo — deformación de *coeur-en-fleurs.* Llegaron aquí hacia 1720 y trajeron consigo el cultivo del tabaco; hoy suministran a toda la región de Baden plantas jóvenes, cuyos viveros recubiertos de papel aceitado se ven por todas partes. De esta manera le sacan a la tierra un beneficio del diez por uno. Bien es verdad que ese cultivo exige también muchos cuidados y esfuerzos, y, como dice un refrán de esta región, los habitantes de Friedrichstal duermen de rodillas y lo único que meten en la cama es la cabeza.

Pero son gente adinerada, y alegre, y dispuesta siempre a divertirse, y no reparan en gastos.

Friedrichstal, 14 de mayo de 1940

Orden de marcha para esta noche, con destino desconocido. Anteayer organicé, con el tiempo justo, una fiesta de la compañía, a la que invitamos a las personas en cuyas casas hemos estado alojados. Hubo espárragos de Graben, café, vino, pasteles, y luego baile, en el que participó también una orquestina llegada de Karlsruhe. En mi calidad de comandante de la plaza hube de prolongar varias veces la hora de retreta; hacia el amanecer la gente estaba muy animada tanto en el salón como en los pasillos — difícilmente podía representar un hombre como yo, viejo jefe de unidades de choque, el papel de guardián de la moral.

He sacado la impresión de que con esa fiesta ha salido beneficiado el espíritu de nuestra pequeña unidad. En su mayoría los hombres que la componen son de Magdeburgo, y como tales, en mi sentir, están más cerca de los sajones que de los bajosajones. Son gente más animada, más sociable, diestra en el manejo de la ametralladora y habituada a los trabajos duros. Un grito que en varias ocasiones les he oído, cuando había que enfrentarse a tareas difíciles o desagradables, me ha gustado tanto que lo he adoptado como grito de guerra y como contraseña de nuestra compañía — es el grito *Ran wecke!,* que propiamente es *Ran welche!,* es decir: «echar aquí una mano». Esas son las palabras que gritan los capataces en los campos de remolacha de Magdeburgo cuando apremia el trabajo.

Para que los hombres lleguen a constituir una buena tropa es

preciso que a la mera instrucción se añada una cosa más, a saber: una relación de hombre a hombre, ella es la que pone en conexión los átomos. Para ello se necesita siempre algún tiempo, es preciso que los hombres hayan tejido primero juntos una cierta tela vital, que hayan reunido una provisión común de penas y alegrías. Es menester sentar las bases de una historia común.

Despedida de la Hardt, entre la algarabía de las voces de los picos y los cuclillos, acompañados por el canto de un ruiseñor badense, delicado y dotado de una voz como la de la cantante Jenny Lind. El hondo, musgoso abetal entre el Foso de los Ciervos y Linkenheim. El fino, seco crujido de las piñas, de las que el calor del sol hace saltar los piñones. Y luego el colmenar escondido en el sotobosque, que sirve para fecundar a las reinas.

Speyer, 15 de mayo de 1940

Al anochecer, muy animados, hemos cruzado Graben. Los habitantes de Friedrichstal nos cubrieron de flores a los hombres y a los caballos y luego nos dieron escolta hasta la Hardt. De mala gana nos hemos separado de estas buenas gentes; nos han mimado. Luego se ha hecho de noche. Nubes de abejorros zumbaban sobre los caminos del bosque o giraban alrededor de los ya casi pelados manzanos que había junto a la carretera. En estas ocasiones surge casi siempre un pequeño contratiempo que nos aflige y esta vez era un catarro lo que a mí me atormentaba; de ahí que lleve conmigo pastillas de Ems. Tras una buena marcha hemos llegado a Speyer con las primeras luces del alba.

Weidenthal, 16 de mayo de 1940

Marcha nocturna de Speyer a Weidenthal. Mientras estábamos cruzando Neustadt an der Hardt las sirenas anunciaron un ataque de la aviación enemiga; por fortuna no han arrojado bombas, lo que nos hubiese causado molestias en aquellas estrechas calles.

La marcha ha sido agotadora. Siempre que es preciso realizar tales esfuerzos aparecen talentos ocultos, desconocidos hasta ese momento; esto ha ocurrido con el primer pelotón que marchaba detrás de mí, donde los hombres han ido contando muchos chistes. Hacia las siete de la mañana hemos llegado a nuestros alojamientos. Tras dormir un buen rato he ido a la oficina de correos y he enviado a Kirchhorst mis manuscritos y diarios. Lo único que llevo ahora conmigo es el cuadernillo en que escribo esto. Acompañado de los dos oficiales de mi compañía, Keunecke y Spinelli, he celebrado un

magnífico festín de despedida en casa del alcalde, donde estamos alojados los tres. La alcaldesa nos ha preparado la ensalada en la mesa.

Kaulbach, 17 de mayo de 1940

Otra larga marcha nocturna a través de los montes de la Hardt; hemos llegado hasta Kaulbach, cruzando Hochspeyer, Kaiserslautern y Otterberg. En Kaiserslautern, durante un atasco, le he preguntado a un centinela de la defensa antiaérea por el camino. Era un hombre mayor y seguramente ha pedido luego informes sobre mí a la tropa, pues al poco rato ha llegado corriendo y se me ha presentado como lector de mis obras. Traía consigo una botella de un excelente vino del Palatinado y me ha alargado un vaso lleno; durante el tramo de camino en que ha ido escoltándome no ha permitido que el vaso permaneciera vacío un solo instante. Este encuentro en las tinieblas tenía en sí un algo peculiar, fantasmal. Yo sentía que, en mi calidad de autor, siempre me hallo en todas partes, incluso en la oscuridad, como en mi propia casa.

Luego un alto en un hayedo; en la linde las ramas de los árboles bajaban hasta el suelo y formaban una especie de tiendas bajo las cuales hemos desayunado. Pasado Otterberg un caballo muerto al borde del camino — es la primera baja. Alojamiento en Kaulbach, donde hemos dormido en una granja de campesinos hasta bien entrada la tarde; con un pequeño festín hemos celebrado luego el cumpleaños de Keunecke.

Vamos marchando, por tanto, en dirección oeste, a través del Palatinado, y nos dirigimos o bien hacia la gran batalla o bien hacia alguna de las operaciones proyectadas. Cuanto más avanzamos, más crece también la posibilidad de que nos desviemos hacia la izquierda. Los sentimientos que experimento son casi los mismos que experimenté en 1914, cuando temía que no me dejasen ningún combate para mí.

Grumbach, 18 de mayo de 1940

Por Lauterecken a Grumbach, ciudad que está graciosamente encajonada entre laderas plantadas de árboles frutales. Con los dos oficiales de mi compañía me he alojado en casa del párroco.

Nuestra jornada se regula ahora de la manera siguiente: emprendemos la marcha al caer la oscuridad y estamos en las carreteras hasta por la mañana. Luego, hasta la tarde, dormimos,

comemos, limpiamos los fusiles y revisamos los pies, hasta que llega la nueva orden de marcha.

Me encuentro alojado en una pequeña habitación que queda directamente bajo el tejado y que ofrece unas hermosas vistas sobre los prados y los castaños en flor. En el mobiliario me llama la atención una vieja y usada mesa-lavabo; tiene una placa de mármol negro en la que hay, junto a unas ramas de coral, una concha fosilizada del tamaño de un huevo de gallina; su fino cuerpo pulimentado tiene las costillas de la parte superior parecidas a agujas y el cierre parecido a una dentadura. Más tarde, durante la cena, me he enterado de que nadie había observado hasta ahora ese pequeño fenómeno, aunque la mesa se encuentra en la casa desde hace decenios.

Idar, 19 de mayo de 1940

Diana a medianoche. Luego el párroco nos ha recibido todavía, para tomar una taza de café, en su cuarto de trabajo, donde estaba preparando la homilía para este domingo. En los últimos meses he vivido mucho en casas parroquiales, lo cual me ha permitido adquirir un sentido para captar la diferencia de atmósfera que reina en las casas parroquiales protestantes y en las católicas. Eso es algo que no se aprende en los libros de historia. Entre los protestantes tiene uno la sensación de partículas pequeñísimas que son mantenidas en suspenso por un esfuerzo magnético. Es también la diferencia que hay entre la aristocracia antigua y la que se debe al propio trabajo. Pensamientos sobre la inevitabilidad de la Reforma. Es preciso esforzarse por captarla en su unidad — así como, en un coche, se ha de poner la segunda marcha cuando la cuesta se hace más empinada. El motor se torna más ético. No hay nada que se oponga a que, en el transcurso ulterior de los acontecimientos, se llegue otra vez a una sola Iglesia, a una sola organización de la Cristiandad.

Marcha a través de Wolfstein, Oberjeckenbach y el antiguo campo de maniobras de Baumholder, con sus barracones muertos; luego, pasando por Bollenbach, hasta Idar-Oberstein. Aquí íbamos a vivaquear primero cerca de Tiefenstein, pero por la tarde hemos sido acantonados en la pequeña ciudad en que ahora nos encontramos. Al comenzar la marcha uno de los caballos ha coceado en la ingle al alférez Wanckel; hemos tenido que enviarlo al hospital.

Aquí nos hemos alojado en la casa de un industrial, situada en la parte alta de la colina; su propietario ha demostrado ser un experto en artes curativas y me ha preparado una buena compresa para combatir mi catarro. Durante la cena conversación sobre las piedras finas cuyo

comercio y elaboración están en auge en este lugar. Ya los romanos explotaban aquí minas de ágata y nuestro anfitrión nos ha dicho que de aquella época se han conservado apellidos romanos. Al entrar en la ciudad había visto yo efectivamente el rótulo de la tienda de un tal César, que, para que nada faltase, llevaba además Julio de primer nombre.

Idar, 20 de mayo de 1940

Jornada de descanso en Idar. Por la mañana en el Pabellón de Artes y Oficios, una especie de museo del comercio donde se exponen piedras finas para dar y tomar. Me ha gustado especialmente un gran bloque de amatista tallado en forma de copa; en él estaban engastadas unas ágatas, cuyos magníficos ojos refulgían en la nieve violeta del cristal. Al mismo tiempo he sentido esa angustia peculiar que suele inspirarnos la cercanía del mundo de las piedras, con sus grutas, cavernas y minas, donde el espíritu yace encadenado en una belleza fría, como si unos conjuros mágicos lo hubieran encerrado allí a gran profundidad.

Durante todo el día se ha escuchado por encima de este cerrado valle el zumbido de aviones; son seguramente transportes. Por la noche hemos bebido en la terraza, a la luz de la luna llena, un ponche de fresas.

Bescheid, 21 de mayo de 1940

Han venido a despertarme a las tres de la madrugada, lo que me ha permitido echar un breve vistazo a un sueño un tanto rebuscado —en él mantenía una conversación sobre el estilo de Casiodoro con un caballeresco cazador de la Alta Edad Media, que era un fino conocedor de los autores antiguos. En la conversación no me producía ninguna incomodidad el hecho de que yo fuese en primer lugar un contemporáneo de Casiodoro, en segundo lugar un contemporáneo del cazador, y, por fin, un hombre del siglo XX. Miraba como a través de un cristal en el que se reuniesen tres colores. A pesar de lo temprano de la hora me he despertado muy dichoso; sabía que el humus de donde brota para mí la palabra seguía conservando muchas posibilidades inagotadas.

En el delicioso frescor de la mañana hemos cruzado el valle de Idar; los molinos de ágata están enclavados en sus verdes tierras, ruinosos y ensimismados cual si fueran lugares de residencia de alquimistas o venecianos. Al verlos se intuye que aquí el trabajo manual se ha elevado hasta un nivel muy alto, mágico. Junto a

muchos de esos molinos hallábanse amontonadas las grises masas redondas de ágata, del tamaño de una cabeza de niño. Molinos de piedras preciosas. En los sitios donde los tesoros son enormes, desaparece su relación con el dinero; los tesoros ingresan en un orden superior de preciosidad.

Luego, bajo un calor creciente, a través de los bosques del Hunsrück; por encima de ellos pasaban volando hacia el oeste escuadrillas y más escuadrillas de aviones. Al mediodía hacemos alto en Talling; allí una campesina ha apagado mi sed con un vaso de suero de leche de vaca. Cuando finalmente se han asignado los alojamientos a las compañías, después de una ardua marcha, a la mía le ha tocado la pequeña aldea llamada *Bescheid*, que está asentada en lo alto de un cerro. Lo primero que hemos hecho ha sido descargar los equipajes, pues era preciso dejar en el valle los carros del convoy; y para animar un poco a la tropa nos hemos echado a las espaldas, yo y mis dos oficiales, tres mochilas cargadas hasta arriba. Envueltos en densas nubes de polvo sudábamos a mares por aquellos empinados y serpenteantes senderos. Pero tal vez era esa marcha el mejor remedio contra mi catarro, pues cuando hemos llegado a lo alto he sentido un alivio en el pecho. He pernoctado en una pequeña casa cuyas habitaciones estaban todas adornadas con grabados en cobre. Por los cuadros se conoce el valor de un mobiliario; ellos son los sellos del gusto.

Welschbillig, 22 de mayo de 1940

Una vez más me han despertado muy temprano; a continuación marcha a lo largo del valle del Mosela; hemos atravesado Fell y Longuich, caminando al pie de los extensos viñedos, que están labrados con sumo cuidado. Al contemplarlos tenía la impresión de una cosa perfecta en su forma, de una cosa bien acabada; la visión de los puentes, de los edificios y de las personas de pie delante de las casas reforzaba aún más esa impresión. Además, nombres como Dezem y Quint. Me han venido a las mientes los hermosos versos de Ausonio. Si dejamos de lado el Tirol del Sur, es aquí donde está nuestro rincón más latino. La elección de los lugares donde se asentaban los romanos no dependía del azar. Somos los humanos unos seres dotados de raíces invisibles y capaces de vivir en todas partes, pero solo el lugar apropiado nos permite desarrollarnos bien y prosperar.

La temperatura era sofocante, hacía bochorno; esta vez hay menos enfermos de los pies que del estómago; a esa dolencia se añaden vómitos, hemorragias nasales, dolores de cabeza y malestar

general. Tras haber parado a mediodía, a pleno sol, en una cantera de piedra cerca de Ehrang, he sentido dolores en la nuca y he subido a mi buen caballo Justus, que avanzaba a trancas y barrancas.

Durante la marcha hemos ido recibiendo noticias, por medio de los altavoces instalados en los pueblos y pequeñas ciudades, de los enormes éxitos de nuestra ofensiva; no han dejado de causarme una gran sorpresa, pues centenares de experiencias habían hecho que para mí se convirtiera en una especie de dogma la tremenda tenacidad de los frentes. Esta guerra se aparta en todos sus detalles del esquema de la anterior; habré de dejar de guiarme por esta última.

Alojamiento en Welschbillig. Me han asignado la casa de un labrador, que está construida sobre cimientos romanos. He echado una cabezada y luego mi anfitrión me ha enviado con Rehm una fuente repleta de patatas asadas y carne de vacuno en conserva; era tal la cantidad que hubiera bastado para dejar ahítos a tres leñadores. La relación del anfitrión, del dueño de la casa, con el soldado que se aloja en su domicilio es una relación especial, por cuanto se la puede considerar, y en esto se parece al sagrado derecho de asilo, como una forma de hospitalidad que viene practicándose desde los tiempos más remotos y que se otorga a todo el mundo sin ninguna discriminación. El guerrero tiene derecho a ser huésped de todos los hogares y este es uno de los más bellos privilegios que le concede el estamento a que pertenece. Únicamente con el perseguido, con el sufriente, comparte el guerrero ese privilegio.

Lintgen, 23 de mayo de 1940

Partida como de costumbre. Mientras eran cargadas las armas he cogido al vuelo la respuesta que un suboficial le daba a un conductor que refunfuñaba:

—Pues yo preferiría…

—¡Cierra la boca! Yo preferiría tener aquí una piscina.

En Echternach hemos cruzado la frontera de Luxemburgo; he ordenado que el instante de cruzarla quedase marcado por el grito *Ran wecke!* La primera casa junto a la frontera se hallaba en ruinas, debido a la voladura de los obstáculos del puente. Las persianas de las ventanas estaban bajadas. Al otro lado del pueblo, que estaba muy limpio, nuevos embudos junto a la carretera abiertos por los impactos de las granadas; seguramente aquí se ha hecho saltar por los aires una barrera. Atravesamos Altrier. Alto de mediodía en una pequeña

granja, donde charlo un rato con su propietario, que es guarda de caza. Me ha llamado la atención en este hombre, como en casi todos los luxemburgueses, lo escogido de su lenguaje. Sin duda se debe a que cuando hablan con nosotros no utilizan el dialecto de Luxemburgo, que es el que usan de ordinario, sino un alemán académico. Se tiene así la impresión de que la palabra ha ido precedida de una reflexión y de un esmerado esfuerzo — y, en correspondencia con eso, que se dirige a personas atentas, reflexivas.

Marcha a buen paso hasta Lintgen, donde estoy alojado en casa de un panadero. El pueblo se halla atestado de soldados y de refugiados. También en casa de mi maestro panadero me he encontrado con un luxemburgués expulsado de sus tierras. Mientras cenaba he estado hablando con una mujer de cincuenta años que, si no he oído mal el nombre, había vivido hasta ahora en Düttweiler; por esa población es por donde habían alcanzado la frontera francesa nuestras vanguardias. Durante los combates allí librados la mujer se había refugiado en el sótano de su casa y en aquel lugar había pasado varios días, mientras su jardín quedaba devastado por las granadas. Una de estas había arrancado el mirador de esquina de su casa, otra había abatido el viejo manzano. La metralla había dejado el tejado como un colador, las gallinas yacían en el patio con la cabeza arrancada, los cerdos se habían escapado a toda prisa de la destruida cochiquera; la cama que había instalado en el sótano se bamboleaba. Esta rústica persona, que ni en sus sueños más hondos se había imaginado nunca algo así, ha estado contándome todas estas cosas con jovialidad, casi riendo, o, mejor dicho, con un profundo alborozo interior que me ha impresionado vivamente. Por cierto que ella hubiera querido permanecer allí, pero nuestras tropas habían hecho evacuar la población.

Por unos soldados que han estado de permiso me he enterado durante la marcha de que han sido bombardeadas las fábricas de Missburg, que quedan muy cerca de Kirchhorst. Al oírlo he pensado en Perpetua, en los niños, en mis colecciones y manuscritos que están allí depositados en el desván, sin que yo sea digno de la lámpara de Nigromontanus.[5] Es efectivamente la guerra total; mientras dure estaremos amenazados en cada uno de los puntos de la existencia.

Rambruch, 24 de mayo de 1940

Atravesamos Rollingen y Reckingen; el punto a que nos dirigíamos era Hemstert, en Bélgica. Pero en Säul ha aparecido el comandante de nuestro regimiento con la orden de que nos desviásemos hacia la derecha y fuésemos a Rambruch — se trata

evidentemente de un movimiento impuesto por las operaciones.

Alto de mediodía en un prado cercano a Ospern. Como siempre, el rancho estaba preparado con absoluta puntualidad, y, además, muy bien guisado, ya que nuestros cocineros trabajan sin descanso día y noche. En el momento de reemprender la marcha he ordenado que fueran a buscar al fusilero Rumke, de la cocina, y que lo trajeran ante mí; a continuación lo he ascendido a cabo, con el argumento de que el puré de lentejas había vuelto a estar exquisito. Era un argumento que por experiencia reciente todo el mundo veía claro, así que ha suscitado grandes muestras de aprobación.

Atravesando el agradable paisaje de prados de Luxemburgo hemos marchado hasta Rambruch, donde me he alojado en un pequeño café. Su propietario es un hombre grueso, jovial, tendrá unos treinta años y es de tipo flamenco. Si existieran solo hombres como él, no habría guerras en este mundo, pero sí, en cambio, ininterrumpidas francachelas.

—Muchachos, ¿vosotros no beberéis agua, verdad?

Ese ha sido su saludo a cuatro obreros jóvenes que han entrado en el local, mientras se ponía a llenar jarras de cerveza.

Neufchâteau, 25 de mayo de 1940

Por la mañana, salida en dirección a Martelange. En esta ciudad estaba destruido el puente, también estaban destruidas muchas casas, seguramente a consecuencia de voladuras. Acá y allá se veía a los labradores trabajar otra vez en los campos. Eso que compele al ser humano a ponerse a trabajar infatigablemente en medio de la aniquilación, ¿qué es, confianza o un instinto de insecto? Mientras escribo estas palabras se alza dentro de mí esta curiosa réplica: «También tú llevas tu diario».

Bolanges, Fauvillers, Vitry. En este trayecto huellas de combates entre patrullas de reconocimiento; tales huellas son muy fáciles de abarcar con la mirada, es como si hubiesen sido preparadas para un paseo de instrucción táctica. En los bordes de la carretera montoncitos de casquillos de bala y, junto a ellos, tumbas; luego, huellas de carros blindados que se habían desplegado por los campos, uno de ellos estaba allí incendiado; finalmente, una barrera de carretera, también con tumbas, y, sobre estas, cascos de acero belgas.

Alto de mediodía en Traimont. El propietario de una casita en cuyo pozo había ordenado abastecernos de agua me ha invitado a una

tacita de café. Un campesino de setenta y seis años — por cierto que decía *septante-six* y no *soixante-seize*. Ha visto ya tres guerras, es dueño de tres hectáreas de tierra y tiene además un hijo, una nuera y siete nietos. A los pequeños, unos niños muy confiados, les he dado unas monedas para su *tirelire* [hucha].

En Neufchâteau hemos plantado las tiendas en las afueras de la ciudad. Esta produce una impresión de anarquía. La inmensa mayoría de sus habitantes ha huido, las casas están vacías, el mobiliario se halla revuelto. Para mantener el orden he organizado patrullas nocturnas y una vez más le he recalcado a la tropa que ningún grado de destrucción puede justificar abusos en asuntos de propiedad. Para ilustrar lo dicho he ordenado que el cajero de nuestra compañía tasase, en presencia de la tropa formada, el importe de la paja que había mandado tomar de un pajar vecino para nuestras tiendas y que en el acto pagase al contado su precio a la propietaria.

El adentrarse en zonas como esta trae siempre consigo un relajamiento de la disciplina — eso se ha notado también en la distribución habitual de las órdenes, en la cual ha surgido una discusión entre los oficiales a propósito de no sé qué asunto relativo a los caballos. Tenía yo curiosidad por ver qué actitud tomaría el comandante. Se ha limitado a decir:

—Señores, sigamos siendo caballeros, pues de lo contrario no llegaremos muy lejos.

Esta breve frase ha causado un efecto saludable, ha servido para que la gente despertase, por así decirlo.

Sobre las dos de la madrugada disparos de las baterías antiaéreas, pero no han caído bombas. A lo largo del día, como siempre, únicamente aviones alemanes.

Givonne, 26 de mayo de 1940

A las cinco de la madrugada salida hacia Bertrix y Fays-les-Veneurs. De nuevo grandes destrucciones. Los habitantes parecen haber huido a toda prisa. A menudo aparecen casas que, vistas desde fuera, presentan un aspecto agradable, habitable; mirando por las ventanas, los ojos descubren, por el contrario, el sello del abandono y de un desorden extremo. En los prados, de los que llegan los tristes mugidos de las vacas, estas tienen hinchadas, repletas de leche, las ubres. Lo único que se mueve son las tropas que pasan por las carreteras; aparte de ellas, el paisaje —un paisaje muerto, deshabitado

de seres humanos— ofrece un aspecto fantasmal. A poco de iniciar la marcha ha pasado junto a nosotros el general y nos hemos enterado de que hoy mismo debemos llegar a Givonne, y no a Bouillon, adonde habíamos enviado a los hombres encargados de preparar los alojamientos. Es la segunda vez que hay cambios de este género en nuestra marcha.

En el Bosque de Fays-les-Veneurs nos hemos cruzado con una columna de más de cuatro mil prisioneros; casi todos ellos eran hombres de color y han desfilado a nuestro lado como si se tratara de una exhibición de trajes típicos. Mezclados con ellos había también algunos europeos, casi todos con condecoraciones de la guerra del catorce y el pelo ya cano. Después de aguantar un chaparrón nos hemos parado al mediodía en un húmedo prado.

Durante toda la tarde hemos atravesado, subiendo y bajando montes, los extensos bosques de las Ardenas. Cruzamos luego la frontera francesa — como en ese momento me hallaba yo al mando del regimiento, por ausencia del comandante, he enviado recado con un enlace a Spinelli, que venía detrás, para que en el momento de pasar la frontera gritasen los hombres un *Ran wecke!* Una y otra vez, junto al camino, automóviles incendiados, aviones derribados, tumbas, enseres domésticos. Los coches de los fugitivos parecen barcos; se ven sus restos en los sitios donde naufragaron. También caballos muertos — en el momento en que pasábamos junto a uno completamente cubierto de moscas ha dicho un enlace:

—Ese está ya cociéndose por dentro.

Una frase muy certera para expresar el estado en que se encontraba aquel caballo.

A través de este caos están ya tendidos unos recios cables de los que cuelgan acá y allá pequeños carteles que amenazan con la muerte a todo el que los estropee. Son los cordones nerviosos del ejército. Una de las veces que hemos hecho alto he estado examinando una pequeña obra fortificada; estaba bien emplazada en un recodo de la carretera y seguramente tenía como misión detener los carros blindados. Aún asomaban por las troneras los gráciles cañones; a su alrededor había, esparcidos por el suelo, muchos cartuchos. Luego he estado en las posiciones que rodeaban la obra fortificada, hasta que de repente me ha quitado las ganas de proseguir mis estudios el pensamiento de que pudiera haber minas colocadas delante de las posiciones.

Atravesamos Bouillon, dominado por una vieja fortaleza en lo alto

de un cerro. Dentro de la ciudad casas en ruinas, calles arrasadas, sobre todo alrededor del viejo puente que está en el centro. Junto a nosotros pasaban soldados con botellas de vino; he enviado a Rehm con la bicicleta a que averiguase dónde estaba la fuente de aquello y ha vuelto con unas cuantas botellas de borgoña. Me ha contado que ha estado en un almacén del ejército francés en cuyo sótano se encontraba un grupo bastante achispado. En general las rutas por las que avanzan los ejércitos tienen una orla de botellas de champán, burdeos y borgoña. A cada paso he contado una botella por lo menos, y eso prescindiendo de los lugares de acampada, que ofrecen el mismo aspecto que si allí hubiesen llovido botellas del cielo. Sin duda esto forma ya parte de la tradición de las campañas en Francia. Cada invasión de ejércitos germanos ha ido acompañada de unos grandes tragos de vino, como los que practicaban los dioses en los *Edda;* no hay reservas capaces de hacerles frente.

Nos quedamos en Givonne, donde nos hemos alojado multitudinariamente en el castillo. En la ciudad grandes devastaciones; a menudo lo único que queda en los sitios donde antes estuvieron las casas son unos embudos gigantescos, llenos de agua amarillenta. En el parque del castillo tumbas recientes de unos soldados alemanes de sanidad; los habían matado allí unas bombas de aviación. El automóvil del propietario del castillo se encuentra volcado, con las ruedas al aire, en el estanque del parque. He dormido en el suelo, en la habitación de los niños; junto a mí había una estantería llena de libros y antes de quedarme dormido estuve hojeando todavía un poco en los cuadernos escolares.

Boulzicourt, 27 de mayo de 1940

A las ocho iniciamos la marcha. Por todos lados ese silencio de muerte que ya me llamó la atención en Bélgica. Las gentes han evacuado el paisaje y lo único que en él se ve son los soldados que avanzan por las carreteras con sus caballos y carros.

Todavía por la mañana hemos entrado en Sedán; las bombas de aviación han aplastado grandes edificios, a otros les han arrancado las fachadas, de manera que, como en los cortes transversales de los planos arquitectónicos, se veía el interior de las habitaciones y de los lujosos salones, así como escaleras de caracol suspendidas en el aire. En una callejuela lateral que hemos cruzado parecía haber mucha animación. Había allí soldados que asomaban la cabeza por entre las desnudas vigas de los tejados, otros estaban colgados de las ventanas con medio cuerpo fuera. Bajaban botellas de champán, atadas a los cordones de las persianas. Al pasar yo por allí montado en mi caballo

he atrapado una de las botellas, como un pez que se escapa con el cebo: Château-neuf-du-Pape, cosecha de 1937.

Hemos salido de Sedán por la carretera que conduce a Donchery; en ella he visto retoños de los famosos chopos, también he visto olmos. A mano derecha yacía en el polvo un magnífico gato de Angora, negro, con rayas de color castaño aterciopelado, pero aplanado como una alfombra; me he inclinado sobre el caballo para verlo mejor y en ese momento ha subido hasta mí un tufo de carroña. En los jardines peonías encarnadas y entre ellas conejos que mordisqueaban las lechugas. Una corta parada, por fortuna cerca de un almacén repleto de botas y mantas, donde he podido completar nuestras deficitarias existencias. El cabo de cocina de mi compañía, que durante algún tiempo ha ido marchando a mi lado, me ha contado que su abuelo había pasado por aquella ciudad en 1870, su padre lo había hecho en 1914, y ahora le tocaba a él cruzarla en 1940.

No muy lejos de la famosísima casita estaba de pie junto al camino el general; ha saludado a la compañía y al presentarme a él, según pasaba a su lado en mi caballo, me ha preguntado qué tal me iba.

—Bien, gracias, mi general. ¿Nos cabe la esperanza de entrar en combate?

—Ya entrarán, ya entrarán — en Saint-Quentin.

Continuamos atravesando estos paisajes asombrosos. Ni en las aldeas ni en las ciudades hay un solo hogar del que brote humo, ni niño alguno ni ser vivo de ninguna clase que se nos cruce en el camino. A menudo he aplastado mi rostro contra los cristales de las ventanas y he visto en las habitaciones mesas servidas, con platos y con vasos, pero sin comensales — la estampa de comidas interrumpidas bruscamente. En las iglesias están todavía en los altares los objetos de culto, fabricados en plata y en oro, y en los palacios parece haberse quedado dormida la Vida, como en el castillo de la Bella Durmiente del Bosque — todo muerto, muerto, muerto. Es notable el hecho de que en las ciudades las aceras estén orladas de largas hileras de asientos, desde simples taburetes de cocina hasta lujosos sillones rojos y dorados — pero todos ellos están vacíos, cual si los ocupasen fantasmas. Por cierto que al único habitante que he encontrado le he preguntado qué había sucedido — me ha contado que aparecieron unos militares con camiones para evacuar a la gente en un plazo brevísimo, pero el alcalde estaba borracho y el desorden había sido extraordinario. Estas palabras me han dado un poco de

consuelo, pues he comprendido que estas estampas que me deprimen están en la naturaleza de los acontecimientos y no son achacables únicamente a nosotros los alemanes. Las cosas están hechas de tal manera que el *nomos* desaparece de la casa que ha sido abandonada; ni los lares ni los penates permanecen en ella. En todo caso, al contemplar estas cosas aprende uno a estimar la labor poderosa, casi invisible, que efectúa la familia.

El conjunto se presenta como una enorme antesala de la Muerte y al atravesarla he sentido un profundo escalofrío. En una etapa anterior de mi evolución espiritual me sumergía a menudo en visiones de un mundo completamente muerto, vacío de seres humanos, y no voy a negar que aquellos oscuros ensueños me procuraban placer. Aquella idea la veo aquí hecha realidad y me inclino a creer que el espíritu quedaría muy pronto trastornado aunque faltasen los soldados — ya en estos días he sentido cómo el espectáculo de la aniquilación sacaba de quicio al espíritu.

Durante la marcha he charlado de vez en cuando con el suboficial de nuestra compañía encargado del armamento, el cabo armero, que hacía unas observaciones muy atinadas. Al descubrir que yo no era insensible a ellas, a menudo se ha adelantado con su bicicleta y luego ha regresado para traerme, por así decirlo, las imágenes que había cogido al vuelo. Ha dicho, por ejemplo, que resulta extraño que lo primero que se encuentra destruido sean precisamente los instrumentos de música, sean de la clase que sean — un indicio de que el carácter de Marte es hostil a las Musas; si no recuerdo mal, esto es algo que se encuentra ya apuntado en un gran cuadro de Rubens dedicado a este asunto y titulado *Marte y las Musas*. Los espejos, en cambio, me decía el suboficial armero, estaban casi siempre intactos — la explicación que de ello daba es que se necesitan para afeitarse; pero seguramente eso tiene también otras causas. Es propio de la demonología el que, a pesar de la celeridad del avance, siempre haya gente que se tome tiempo para exponer en las ventanas de las casas deshabitadas objetos absurdos — pájaros disecados, sombreros de copa, bustos de Napoleón III, maniquíes de costurera y otras cosas por el estilo.

Junto al camino aviones destruidos; uno de ellos, a la salida de Sedán, había caído sobre el tejado de una casa y lo abrazaba con sus alas. Al caer no solo había calcinado la casa, sino que había chamuscado en un amplio círculo, dejándolas secas y descoloridas, las hojas verdes de los árboles de los alrededores. En un bosquecillo tanques, de los que salía un olor a cadáveres.

A primera hora de la tarde en Boulzicourt, donde nos alojamos. Reunión de mandos en un jardín; he encontrado más pronunciados los rostros de los oficiales, sus fisonomías parecían estar fundidas en un metal acrisolado. Cuando a la vuelta he atravesado, a la hora del crepúsculo, la plaza mayor, que está en ruinas, me he visto envuelto en una especie de baile de máscaras. Soldados con chisteras, con sombreros de paja, con gorras de ferroviarios y con cascos coloniales giraban en corro montados en motocicletas y en automóviles sin neumáticos, que a duras penas habían conseguido poner en marcha. A lo anterior se añadían las casas con los postigos de las ventanas destrozados, y las puertas con avisos como «Cadáveres en el sótano» o «Cuidado, minas» — escritos probablemente por gente que quería reservarse para sí sola aquellos alojamientos. Había además allí una carnicería en cuyos tajos y bancos se amontonaban grandes cantidades de carne; por las encarnadas rejas de la puerta salía un hedor espantoso.

He venido a mi alojamiento cruzando un pequeño puente y caminando al lado de caballos muertos. También había en los jardines otros animales muertos, como un gran perro dogo cuya piel amarilla se había hinchado con el sol de este caluroso día.

En mi habitación me he bebido todavía la botella de Châteauneuf-du-Pape; mientras lo hacía pensaba en Burckhardt, cuyo vino predilecto era precisamente este. Puede decirse que los temores de Burckhardt se han cumplido. He estado hojeando también unos papeles que el propietario de la casa juntó apresuradamente, según muestran todos los indicios, y de los que luego se olvidó con las prisas; entre ellos se encontraba su contrato matrimonial.

Doumely, 28 de mayo de 1940

Una vez levantado, paseo por los jardines, donde correteaban los conejos, en tanto las gallinas se habían alejado ya un poco hacia los campos. Parecían intimidadas y se quedaban detrás de los primeros setos de los prados. Luego desayuno y, hacia las diez, partida. Había dos caballos que cojeaban, así que he dejado atrás un carro de pertrechos; el jefe del convoy se ha quedado muy asombrado, pues le parecía totalmente incomprensible mi orden.

En nuestro avance pasamos por Villers-sur-Mont, Poix-Terron, Montigny-sur-Vence, siempre con la compañía de las mismas imágenes. Casas vacías, desoladas, caballos muertos, y en los prados reses solitarias mugiendo. Alto de mediodía en La Lobbe. Hemos colocado una mesa en medio de la carretera y allí hemos acompañado

con una botella de borgoña el caldo preparado con las gallinas cogidas en Boulzicourt.

Por la noche, en Doumely, me alojo en una casa en avanzado estado de ruina. He dormido en la cama, pero sin desvestirme; las alforjas me han servido de almohada.

Bucy-les-Pierreponts, 29 de mayo de 1940

A hora temprana, partida; apenas tuve cinco horas de descanso, que además, como suele ocurrir, quedaron reducidas a la mitad por causa de la recepción de órdenes, el reparto del rancho y otros varios asuntos del servicio. Por si fuera poco, hoy hemos vuelto a dejar atrás un buen trecho de terreno, en realidad hemos recorrido noventa kilómetros, con un largo descanso.

Hemos atravesado Porcien, Wadimont, Fraillicourt. Esta es la zona donde estuve en 1915; sus casas, construidas con blanca piedra gredosa, tienen a menudo en las ventanas y en las puertas una bonita cenefa de finos ladrillos rojos. Bajo el revoque de las paredes, deslavado por el paso de los años, aparecen todavía señales y letreros de la época en que estuvimos ocupando estas tierras. Al ver aquello he experimentado un sentimiento extraño — como si aquellos avisos y letreros brillasen iluminados por rayos X.

Ya en Adon, la primera población que hoy hemos cruzado, tumbas recientes en la plaza; allí estaba anteayer una cocina de campaña repartiendo a plena luz el rancho, lo que ocasionó que dejara caer sus bombas un avión que por allí pasaba. Treinta y dos muertos. Aún quedaban dispersos por el suelo jirones de los uniformes.

La marcha ha resultado muy fatigosa, pero los hombres se han portado bien. Que otros rindan lo mismo en los combates — pero lo que es extraordinario es el modo como los hombres, tras una pesada marcha, y sin haber tenido el menor descanso, aceptan la orden de ponerse otra vez en camino sin una palabra de protesta y ni siquiera de decepción. Silenciosos y modestos prosiguen la marcha hasta el límite de las fuerzas humanas.

Por la tarde en Bucy-les-Pierreponts, uno de los típicos villorrios de greda de esta zona, en cuyo único pozo conservado han estado haciendo cola muchas horas, para sacar agua, los cocineros y los conductores. En la plaza del pueblo dos carros de combate, uno ligero alemán y uno pesado francés; este último de nombre «Athos», seguramente lo habrá bautizado así un lector de *Los tres mosqueteros.*

Me he introducido penosamente en él y una vez más he vuelto a comprobar que yo no me siento a gusto dentro de esos artilugios con olor a aceite, gasolina y caucho.

Paseo por los jardines, en los que correteaban gallinas, conejos, cerdos. Había también, esparcidos por los bancales, cadáveres de animales. Allí he estado comiendo guisantes tiernos y zanahorias y he arrancado unos rábanos encarnados. Otros dos caballos de baja, por lo que he tenido que dejar atrás otro carro.

Al atardecer han atravesado el lugar más de mil franceses prisioneros. He conversado con algunos y me han contado que para ellos la guerra ha durado tan solo diez minutos; en ese tiempo, como ha dicho un alsaciano, los «avió» un regimiento blindado alemán.

Landifay, 30 de mayo de 1940

A medianoche nos reparten las órdenes. Poco después diana y marcha; hemos atravesado Ebouleau, Marle, Le-Hérie-la-Viéville. En Marle hemos pasado por delante de un gigantesco almacén de vinos; estaban repartiendo sus existencias a la tropa. He ordenado que vaciasen para nosotros dos barrilitos de tinto; además he conseguido una botella de coñac.

Animales muertos: sobre todo caballos, con cuerpos muy hinchados y unos órganos sexuales enormes al descubierto. Sobre su piel tirante juguetean moscas azules, verdes y doradas, también hay avispas que roen su piel. Mueren de agotamiento; cuando por delante de ellos pasan otros caballos, se los ve incorporarse trabajosamente sobre las manos y estirar el cuello, cual si fueran a pasar revista por última vez. Además, perros muertos, atropellados por los coches o muertos de hambre atados a sus cadenas; vacas, gallinas, corderos, muchos conejos y gatos. Algunas veces he tenido también la impresión de que del interior de edificios abandonados salían gritos de animales allí encerrados.

En Landifay me alojo en una casa vacía.

Landifay, 31 de mayo de 1940

Jornada de descanso en Landifay. Durante la noche he soñado que seguía marchando.

Por la tarde me he dado un paseo por las granjas abandonadas y los campos vecinos. Hacía viento y bochorno. He observado que cuando uno se halla en completa soledad, alejado de la tropa, aparece

muy pronto un sentimiento de miedo. En las casas abandonadas he estado leyendo cartas, contemplando cuadros; parecían documentos de una cultura pretérita.

En el castillo han aterrizado unos aviadores; llegaban a preparar los alojamientos para una sección de Estado Mayor. Un comandante con el que he estado charlando me ha dicho que vienen de Boulogne. Le he escuchado detalles que a un viejo conocedor de la batalla de material como yo le resultan asombrosos. Las grandes barreras de entonces, como el Somme, Verdún y Flandes, se han grabado tan firmemente en la memoria que uno tiende con mucha facilidad a considerar que las posiciones fortificadas son inexpugnables. Entretanto parece haber ocurrido que, en la eterna competición entre el fuego y el movimiento, es otra vez el fuego el que ha quedado retrasado, hasta el punto de que las unidades rápidas han operado a menudo muy por delante de la infantería. Así, por ejemplo, en una ocasión este comandante, que le llevaba de ventaja a su propia infantería unas dos jornadas de marcha, se alojó en un castillo, y la dueña, que seguramente no sabía cómo eran los uniformes alemanes, le dijo que ya estaban preparadas las habitaciones — más tarde se aclaró que para quien ya estaban preparadas era para una sección de Estado Mayor inglesa que había anunciado su llegada para aquel mismo día. Estas cosas se parecen a las que ocurrían en la Guerra de los Siete Años.

Gercy, 1 de junio de 1940

Por la noche muchos sueños, como si en las viviendas abandonadas morase una materia en la que comienza a proliferar la vegetación onírica. Me parecía estar viendo el núcleo o el esqueleto de esta guerra.

Segunda jornada de descanso en Landifay. Por la mañana revista completa de la tropa, luego un paseo hacia una obra fortificada avanzada instalada en una granja. En el vacío patio un pavo, gallinas, patos de un plumaje metálico y con un pico de color rojo con una excrecencia córnea. En los graneros lana, cebada, maíz y trigo. En el comedor estaba servido un gran banquete sobre blancos manteles de lino y con muchos y variados vasos. Aún quedaban en los platos restos de gallinas y gansos, que ya empezaban a oler mal; y entre las semivacías botellas de vino aparecían también botellas llenas de aceite de oliva y otras llenas de medicamentos para animales, de los usados por los veterinarios; seguramente los apresurados bebedores habían esperado encontrar allí licores.

El primer sitio en que he entrado ha sido el gallinero, en busca de huevos; y como si la soledad me hubiera embriagado he cometido luego muchas tonterías. Así, por ejemplo, he subido a un elevado depósito de agua. En uno de los pasillos he visto un gran extintor de incendios de color rojo, y como en mi vida nunca había visto funcionar uno de esos aparatos lo he tirado al suelo y he conseguido sacar de él un blanco rayo espumoso. Pero de repente, cuando me hallaba entregado a esos quehaceres, he sentido repugnancia y me he vuelto al pueblo. Aquí he ordenado hacer limpieza en los alojamientos; también hemos matado un toro. En el preciso momento en que todo se hallaba preparado para empezar a comer ha llegado la orden de emprender la marcha.

Caminata nocturna que nos lleva a Gercy, donde no hemos encontrado sino muy escasos habitantes. Nos han asignado alojamiento a los tres, a los dos oficiales de mi compañía y a mí, en una casa propiedad de una vieja señora, que nos ha recibido como si de nosotros hubiera que aguardar lo peor.

Gercy, 2 de junio de 1940

Conversación con la vieja señora, que tiene setenta años. Me ha contado que cuando nos acercábamos había estallado el pánico. Mientras en las cercanías de Gercy se libraba un pequeño combate, su hija se había metido en un automóvil con sus hijos y había escapado a toda prisa, cuando ya las balas silbaban en torno al coche. La anciana va mustiándose como una planta a la que alguien hubiera tronchado las raíces. La he consolado y a los ordenanzas, que son muy serviciales, les he dicho que la liberasen de todo trabajo, incluso del de la cocina.

En la iglesia, que está abandonada. Pero el *aumônier,* el sacristán, sigue tocando las campanas. En la sacristía una pequeña reserva de vino de misa. Pero, al parecer, unas almas sedientas han creído que el vino hacía justicia al precepto canónico: *Vinum sacramentale debet esse de gemine vitis et non corruptum* [el vino para el sacramento será de zumo de vid y no llevará agua].

Por la noche en la casa donde se aloja nuestro coronel. Allí he estado hojeando una obra en muchos volúmenes, con reproducciones de los cuadros del Louvre; mientras lo hacía pensaba en la conversación que sobre el destino de esas colecciones mantuvieron hace setenta años Nietzsche y Burckhardt.

Gercy, 3 de junio de 1940

Segunda jornada de descanso en Gercy, a la que quizá seguirán otras. Tras las operaciones en el norte las tropas blindadas estarán preparándose seguramente para el asalto a París. También nuestra división tomará parte en él, mas por desgracia considero posible, dadas las nuevas e inesperadas velocidades de las ofensivas, que nosotros no lleguemos a enfrentarnos a tropas armadas, a no ser que el avance quede atascado en la zona del Marne. A mi parecer lo más preocupante para nuestros adversarios es que no vemos ni un solo avión suyo.

Charlo mucho con la vieja señora, Madame Robeau, quien me dice que desde que estamos en su casa puede ya conciliar el sueño.

Gercy, 4 de junio de 1940

Paseo a caballo por los campos y prados, donde las hierbas, que no han sido segadas, están llenas de savia — hemos pasado por encima de macizos de compuestas de color amarillo oro, de margaritas que rozaban con sus cabezuelas el vientre de los caballos y de luminosos tréboles tan encarnados como solo los he visto en las laderas de los montes de Sicilia.

Por la tarde reunión de oficiales en la casa donde se aloja el coronel Köchling; parece que nuestra estancia aquí no durará ya mucho. Al atardecer he vuelto a dar un paseo por las casas abandonadas; en el momento en que abría la puerta de una habitación me he dado de bruces con un gran perro negro, que me ha mirado fijamente con ojos ardientes. Rápidamente me he metido en otra habitación que quedaba al lado y allí he visto encima de un sofá un perro dogo de color amarillo y en el suelo un grifón blanco, que se ha puesto a ladrarme furiosamente. Parece ser el local donde se reúnen los perros que han quedado huérfanos.

Las flores en los jardines — un lirio de color violeta pálido con unas escobillas amarillas para el polen en el sépalo, que provocan una impresión erótica. Ha de ser extraordinario el goce de las abejas y abejorros que allí chupan. Por cierto que es posible que estén equivocadas todas nuestras teorías sobre los animales que viven en comunidad y que sea goce lo que nosotros vemos como trabajo. Luego los últimos corazones y las últimas peonías; también el phlox, que al atardecer desprende un olor narcotizante. A esas horas se despiertan también sus colores y a su alrededor giran enjambres de insectos. El phlox, o «llama», es poco aparente cuando está aislado, pero en cambio resulta opulento cuando forma grandes macizos — es el salto hegeliano de la cantidad a la cualidad.

Gercy, 5 de junio de 1940

Por la mañana hemos vuelto a dar un paseo a caballo por los hermosos campos, queríamos comentar las nuevas experiencias en los combates de ofensiva. Ahora se puede progresar tal como lo soñamos en 1918. La Picardía con sus suaves pendientes, con sus pueblos anegados en huertos de árboles frutales, con sus caminos para el ganado bordeados de chopos — cuántas veces me ha embelesado ya a mí este paisaje. Aquí se intuye de manera elemental que se está en Francia; y esa es la razón de que jamás puedan perderse para la patria los valles y las colinas.

Todos los días hablo mucho tiempo con mi anfitriona, para hacer ejercicios de francés, y siempre aprendo algo en esas conversaciones. Así, por ejemplo, las abejas se dicen *les abeilles,* pero si se habla descuidadamente se llaman: *les mouches.*

Por la noche cena en la casa donde se aloja el coronel. A la hora de los postres se ha presentado un enlace del regimiento con la orden de que estemos listos para partir dentro de una hora. Parece que la nueva ofensiva ha comenzado esta mañana; aquí no habíamos oído nada de tal cosa. Escribo estas palabras mientras Rehm se dedica a hacer el equipaje.

Toulis, 6 de junio de 1940

Marchamos hasta Toulis, adonde llegamos a las cuatro de la madrugada. Allí nos acomodamos en una granja de grandes dimensiones; los hombres en los desvanes, los caballos al aire libre, los carros y cocinas en el patio. Yo dormí en una cama, pero usé como almohada las alforjas; la habitación era estrecha y había sido completamente saqueada. En la pared colgaba un gran retrato de señora, una fotografía de los tiempos de Flaubert — conservaba todavía una densa sustancia erótica. Antes de quedarme dormido iluminé desde la cama a aquella encorsetada beldad con mi linterna de bolsillo y sentí envidia de nuestros abuelos. Ellos cortaron las primeras flores de la descomposición.

La marcha nocturna nos hizo pasar a menudo junto a cadáveres de animales. Por vez primera nos dirigíamos hacia el fuego, que se oía a no mucha distancia — los impactos eran pesados, martilleantes. A mano derecha grupos de proyectores, y en medio de sus luces bengalas amarillas, seguramente inglesas, que se balanceaban largo tiempo en el aire.

Dado que podemos entrar en combate en cualquier momento, por la tarde, bajo un fuerte sol, he estado haciendo prácticas de tiro con las pistolas ametralladoras, acompañado de mis jefes de sección; he sacado una buena impresión de su potencia de fuego. Delante de un montón de paja he mandado colocar una larga hilera de botellas de vino vacías, que aquí no escasean ciertamente, y luego hemos disparado sobre ellas; cada breve ráfaga hacía añicos una de las botellas. El ejercicio ha tenido consecuencias funestas para una vieja y gorda rata que estaba escondida allí en la paja y que de repente ha salido de su escondite con el hocico ensangrentado; Rehm la ha rematado de un botellazo.

Durante la vuelta conversación con un viejo francés que ha visto ya la tercera guerra, pues todavía consigue acordarse de la de 1870; entonces tenía cinco años. Casado, tres hijas. Al preguntarle yo si eran guapas, ha respondido con mucha ecuanimidad, moviendo la mano:

—*Comme ci, comme ça.*

Por cierto que en este encuentro he sentido la dignidad que una vida larga y dedicada al trabajo confiere al ser humano.

Mucho calor. En la iglesia. En una de sus naves laterales, sentadas sobre paja, un grupo de mujeres vetustas sorbiendo sopa con bocas desdentadas de unos cuencos redondos que les llevaba una muchacha joven; esta se ha sentado más tarde en uno de los bancos y se ha puesto a rezar.

Luego en el cementerio. Dos hombres estaban cavando una tumba — para un anciano. Es el tercer refugiado que ha fallecido en los últimos días. Removían un suelo de muertos, cultivado de antiguo; uno de ellos ha sacado a la luz un cráneo.

Característico de las guerras y en general de las catástrofes fatales: ese balanceo que unas veces nos presenta como completamente imposible el que entremos en combate y otras lo presenta como seguro. Así permanecemos en la incertidumbre, hasta que por fin llega el fuego. Esto es, sin embargo, algo que estaba ya predeterminado desde mucho tiempo atrás en los cálculos de los generales. Es una parábola de la situación vital en general. No eludimos los casos serios.

Pensamientos durante mi marcha nocturna a caballo de ayer — sobre la maquinaria de la Muerte: las bombas de los aviones en

picado, los lanzallamas, las diversas clases de gases tóxicos, en suma, sobre ese tremendo arsenal de aniquilación que se despliega amenazador ante el ser humano. Todas estas cosas son únicamente teatro, son puro decorado que cambia con los tiempos y que no era menor, por ejemplo, en la época de Tito. Tampoco entre los primitivos se está libre de esas preocupaciones; uno puede toparse allí con tribus muy expertas en torturas rebuscadas. Los horrores de la aniquilación se presentan siempre con un sinnúmero de detalles técnicos, como en las antiguas pinturas del infierno.

Eternamente idéntica permanece, en cambio, la distancia absoluta que nos separa de la muerte. Basta un paso para recorrerla; y si estamos decididos a osar ese paso, entonces todas las demás cosas forman parte del mundo de la representación o de la tentación. Las imágenes con que las cosas nos salen al encuentro en ese camino son reflejos de nuestra debilidad — cambian con los tiempos en que hemos nacido.

Laon, 7 de junio de 1940

La noche la pasamos todavía en Toulis, seguramente porque la ofensiva alemana que estaba desarrollándose delante de nuestro sector había encontrado resistencia. Los franceses se defienden en las alturas del canal Aisne-Oise; en la tarde de ayer la 25.ª División consiguió avanzar, sin embargo, hasta los bosquecillos que quedan al sur de Sancy. Por el momento nuestra 96.ª División sigue donde está, pero en cualquier momento puede entrar en combate.

Hacia el mediodía hemos salido hacia Laon; la ciudad, alzada en lo alto de una colina, se divisa desde lejos. Yo estuve en Laon algún tiempo en 1917; perdura en mi recuerdo como una ciudadela avanzada del espíritu latino y no creo que este sentimiento mío me engañe. La atmósfera que flota en torno a los santuarios antiquísimos es algo que se huele.

Junto al camino, una vez más, caballos muertos; dos flotaban en la charca que se había formado en el fondo de un embudo gigantesco abierto por una granada. También había junto al camino tanques destruidos por proyectiles. Grandes ruinas en las entradas de las poblaciones y en los barrios periféricos. Paisajes de barricadas.

Calor asfixiante, incluso en la ciudad. He mandado que los hombres dispusieran los fusiles en pabellones y he enviado a los encargados de los alojamientos al barrio que nos ha sido asignado. Durante un momento de descanso, mientras, acompañado de Spinelli,

me hallaba sentado en un cómodo sillón de barbero que habíamos sacado a la calle del local de un *coiffeur,* ha pasado en su coche por delante de nosotros el general y me ha gritado que hoy hemos conquistado Soissons y cruzado el canal del Aisne por tres puntos.

Alojamiento en las afueras de la ciudad; me he instalado con los dos oficiales de mi compañía en un chalé que dispone de un extenso jardín y una espaciosa terraza. Como aún quedan en la ciudad bodegas grávidas de vino, he enviado un vehículo, que pronto ha regresado con una carga de botellas y barriles de tinto. Para estos menesteres es preciso escoger cabezas que tengan inventiva, las cuales, por cierto, no tardan en hacerse notar. Las otras, las que carecen de ingenio, vuelven, en vez de con vino, con *vinaigre,* y en lugar de traer latas de conserva se traen botes de pintura. Luego he ordenado que sacrificasen una ternera, ya que la carne que nos habían repartido olía mal. En los huertos estaba pastando una manada de reses y desde la terraza he señalado la que debía ser sacrificada. La abundancia de carne es desde siempre uno de los signos de una victoria reciente.

Muchos hombres de la compañía se han procurado bicicletas, no solo bicicletas de caballero, sino también tándems, bicicletas de señoras y pequeñas motocicletas. Al coronel estas cosas lo horrorizan, como también le parece una atrocidad que los hombres decoren los vehículos con símbolos grotescos. Así que muy astutamente se ha puesto al acecho junto a una fuente y, sin la menor vacilación, ha enviado al calabozo a un hombre que marchaba junto a la columna tocado con un casco colonial.

Mientras escribo estas líneas estoy sentado en la terraza y degusto licores como Cointreau y Fine Champagne, que hemos encontrado en el bar de la casa — antes, claro está, nos hemos dado una buena ducha en el cuarto de baño. Desde el Chemin des Dames, que no queda muy lejos de aquí —dista una pequeña marcha a pie—, nos llegan los ruidos provocados por los juegos de las artillerías; es una lenta acumulación de impactos, parecida a montañas que se derrumbasen. Las artillerías están manteniendo entre ellas una charla terrible. Si uno la oye tal como yo la oigo *hoy,* sabe que entre los seres humanos se interpone una frontera de la palabra, y ello aunque hablasen con lenguas de ángeles. Entonces se alzan estas voces de metal y de fuego, pensadas para infundir miedo — y los corazones, ciertamente, son escrudiñados a fondo.

Laon, 8 de junio de 1940

Por la noche leído todavía en un libro de Bernanos — el primero

de los publicados por él desde que se marchó a Suramérica. El libro lo había encontrado aquí en la casa y antes de quedarme dormido estuve reflexionando sobre la situación de este espíritu, una situación que también contiene realmente rasgos de parábola. Antes de emprender mi viaje a París, Steiner me había insistido mucho en que fuera a visitar a Bernanos; quizá lo que me llevó a no hacer esa visita fue la celebridad de este autor, pues desde siempre el conocimiento que menos me ha seducido, de entre los que uno puede aspirar a tener, es el conocimiento de las celebridades. A lo que parece, cuando nos hacemos un nombre sufrimos una pérdida proporcional de calidad — en concreto, de esa calidad que cabría calificar de «calidad de vecino». En la misma medida en que los seres humanos se tornan importantes para la masa, en esa misma medida pierden también su valor de prójimos. Esto es algo que se ve sobre todo en las mujeres: cuánto más generosa y abundante en dones puede ser para nosotros la primera mujer con que tropezamos que no aquellas estrellas que aparecen en las portadas de todas las revistas.

En plena noche me despertaron unas bombas que no caían muy lejos. Quise bajar al sótano, pero no encontré mis botas. Así que renuncié a ello y pronto volví a quedarme dormido.

Por la tarde, acompañado de Spinelli, he hecho una incursión en los calurosos jardines situados en la ladera de la colina. Rosas, peonías blancas, jazmín. Hemos entrado en varias casas, algunas de las cuales habían sido dañadas por proyectiles. En una de ellas podía verse, a través de la pared del comedor, una muñeca de seda; el trono en que se hallaba negligentemente sentada era un aparador que colgaba sobre el abismo. De un armario de ropa blanca me he llevado una toalla, pues no tenía ninguna. Por lo que se refiere a las requisas, existen unos límites muy precisos que intento dejar claros a los hombres. Por ejemplo, a un soldado le está permitido apropiarse de una cuchara si la suya se ha perdido — en determinadas circunstancias le es lícito apropiarse incluso de una cuchara de plata, si es que por casualidad se le viene a las manos, pero si al lado de la cuchara de plata hay otra de aluminio, entonces en ningún caso se quedará con la primera. Hemos alcanzado el muro de la ciudadela por un sitio donde están talladas en la piedra las fechas de 1598 y 1498.

Rehm había recogido para la cena las primeras patatas y las primeras cerezas del huerto. Antes me había dedicado yo a satisfacer mi vieja pasión de comer guisantes verdes directamente de la planta. Me parece que al comer guisantes verdes come uno un extracto de las fuerzas más finas de la Naturaleza.

Laon, 10 de junio de 1940

Ayer, mientras los demás batallones de nuestro regimiento se dirigían hacia Soissons, el nuestro quedó separado por breve tiempo del IX Ejército, con gran pesar por nuestra parte; fue acantonado en Laon con la misión de garantizar el orden en esta ciudad hasta la llegada de otras unidades. Y dentro de esa misión se me confió a mí el cuidar de la parte alta de la ciudad, en especial de la ciudadela, el museo y la catedral.

En aquella zona reina aún un poco de anarquía, sobre todo por la noche. Es cierto que casi todos sus habitantes la han abandonado, pero en esos lugares queda siempre una cierta cantidad de gente de desecho que fácilmente se mezcla con los malos elementos que existen en todos los ejércitos. De ahí que haya ordenado que las estrechas callejuelas sean patrulladas por numerosas rondas y piquetes, los cuales arrestan a toda persona que es encontrada dentro de las casas sin autorización, y también a los borrachos y sospechosos; los encierran en las casamatas de la ciudadela y luego, al mediodía, voy yo mismo a clasificarlos.

La ciudadela es una obra fortificada, levantada en lo alto, que viene de tiempos antiguos, pero que hoy carece de todo valor para la guerra. De hecho el único servicio que últimamente prestaba era el de servir de alojamiento a la tropa; es indescriptible el estado en que he encontrado tanto el gran patio como los fosos, las casamatas y las oficinas. Había allí montones de piezas de equipo, armas desparramadas por el suelo, muebles, automóviles, barriles llenos de vino, cajas repletas de latas de conserva; parecían los restos de navíos hundidos que el mar hubiera arrojado a la playa, o lo que quedaría de un mercadillo sobre el que hubiera soplado un vendaval.

He instalado un pelotón de guardia en el museo, que contiene una modesta colección provinciana. En él he visto un retrato pintado por Greuze, algunos cuadros de los hermanos Lenain, que son naturales de Laon, y una hermosa copia de una obra de Rubens por Delacroix. Me ha gustado especialmente un bodegón, obsequio de la ciudad a Napoleón III — melocotones y áster iluminados por un resplandeciente rayo de sol, y luego un lirio, cuyo color azul claro brilla de un modo muy refinado en la oscuridad de la sombra. De una manera prodigiosa están equilibrados en este cuadro el ardor y el frescor. He ordenado hacer un inventario. Faltaban tres telas; un cofre que había contenido monedas estaba vacío.

Por último, para cuidar de la catedral he instalado allí una

guardia que comprende: un observador en la torre, que vigila la llegada de los aviones, dos centinelas en el pórtico principal, y una patrulla en el interior; esta última cumple las funciones del sacristán y se ocupa de que los visitantes se comporten como es debido. Ayer hice ya una visita fugaz al edificio y hoy por la mañana me he demorado largo tiempo en su elevada nave, que, igual que el primer día, me ha parecido magnífica. Lo que me ha impresionado especialmente ha sido el sencillo trazado de las líneas — el modo tan puro, por ejemplo, como las columnas sustentadoras abren sus hojas en los capiteles. Aquí se presiente la fuerza enorme de unos siglos que aún están por nacer, una fuerza que se enconde en el capullo.

Cuando estuve en lo alto de la torre, desde la cual abarcaba con la mirada las vías de los trenes, las carreteras atestadas de vehículos que por ellas rodaban, los aeródromos a los que llegaban y de los que salían los aviones, cuando estuve allí comprendí la unidad existente entre aquel tiempo antiguo y este tiempo nuestro de ahora. Sentí que era *esa unidad* sobre todo lo que en modo alguno debía permitir que se me escapase y me juré no olvidar nunca en lo venidero lo que debo a los antepasados.

Las figuras monstruosas que desde las alturas otean los campos como espiándolos. Unas imitan claramente el mundo zoológico, son remedos, por ejemplo, del murciélago, del lince, del lobo, del gato; abajo, a la izquierda del gran pórtico principal, hay incluso una figura que imita la forma del hipopótamo, y hasta la posición de las orejas de ese animal está allí reproducida con toda exactitud. En otras figuras, así en las cabezas de los malos frailes, encuentran expresión rasgos propios de una fisonómica transcendental. Pero los monstruos que causan una impresión más extraña son aquellos que proceden puramente de los reinos de los demonios; en ellos se plasma en piedra una experiencia ya extinguida y en ellos pueden nuestros ojos deleitarse con espanto. Sentimos que no es posible inventar esas cosas libremente. Pensé en la Acrópolis — y cómo en ella tales imágenes se enterraban a gran profundidad, bajo los cimientos. ¡Qué diferencia con estos enjambres, con estos tropeles de espíritus expuestos al aire y al viento! Y qué extraño resulta también el ver pacer allá abajo los ganados a través de los bosques de columnas de la torre. Hoy he intuido que estas catedrales son obras, obras de la Vida, obras que quedan lejos de las muertas normas del mundo museístico. El pensamiento de que este templo se halla bajo mi protección ha contribuido también a que intuyera lo dicho; y como si se hubiera vuelto muy pequeño, lo he estrechado contra mi pecho.

Resido, acompañado de mis dos oficiales, en la Rue du Cloître, en

el barrio de la gente importante, toda la cual ha huido precipitadamente dejando abandonadas sus lujosas mansiones. En estas tropezamos con un grado de disfrute de la vida que hace ya mucho tiempo es desconocido en Alemania. En verdad nosotros somos los *sans-culottes,* unos vencedores que sí llevamos calzones, pero unos calzones hechos de fibra de madera, y que miramos medio asombrados los tesoros que todavía quedan en este mundo — por ejemplo, la bodega del dueño de la mansión en que me hospedo, de mi desconocido anfitrión; hay en ella una colección de vinos de Borgoña ordenada en armarios y en estantes que cubren las paredes hasta el techo. No cabe duda de que sería una locura no aprovechar estas cosas tan buenas; de ahí que ayer celebrásemos los tres, a la luz de unas velas, una sesión de cata de vinos; el primer premio se lo llevó un delicado Clos Vougeot, y el segundo, un Chambertin. También era excelente un Beaune cosecha 1934, que tenía este hermoso lema: *J'aime à vieillir.*

Por la noche un tiempo de bochorno. Otra vez bombas en las cercanías, crepitaciones — mientras leía en la cama oía zumbar el avión sobre los tejados como un insecto peligroso. Prosigo mi lectura del libro de Bernanos. Las discusiones del tipo de las que aquí se mantienen con Maurras me son conocidas de sobras por el nacionalismo alemán — es bueno que sea a los ejércitos adonde vayan a desembocar todas esas cosas, como los anónimos aguaceros diurnos y nocturnos cuya fuerza mueve en el valle los molinos. Por mucha que sea la razón que alguien pueda tener en una polémica, no deja nunca de resultarme penoso el polemismo en un espíritu tan destacado como Bernanos. Uno adquiere un mérito por cada una de las observaciones polémicas que se guarda para sí, y eso tanto más cuanto más ingeniosa sea la observación.

En los intervalos leo a Maupassant, del que he encontrado un pequeño volumen de una edición barata en la mesilla de noche que está junto a mi lecho; el mencionado tomito se hallaba allí entre cajas llenas de bombones y también de objetos de uso completamente íntimo. Maupassant es uno de los autores que aprendo a estimar cada vez más — en él la fuerza individual está equilibrada todavía por eso que pre-encontramos en nosotros como herencia. Existe una clase de ligereza que encubre lo difícil y aun inimitable del trabajo, y eso hace que en un primer momento la subestimemos. Solo el original nos proporciona una idea exacta. En la lectura he visto claramente la perfecta elegancia de una expresión tan sencilla como *nous faisons* — veía refulgir esa expresión en la frase como un pez que saltara bruscamente del agua. Son insuperables las *pointes,* las ingeniosas frases finales; arrojan un último destello que vuelve a iluminar el

contenido de la narración, proporcionan, por así decirlo, su fórmula.

Vuelvo a Bernanos: teme que los Estados modernos no se desarrollen ya de acuerdo con las medidas y reglas de lo humano, sino que se presenten como una especie de insectos gigantescos. A primera vista esta preocupación parece justificada, pero en el fondo se trata de un fenómeno histórico que se repite siempre y que en sí es de un rango secundario — lo que él hace es dar respuesta a una perturbación más honda y quizá también curarla. La historia del hombre se desvía hacia lo mecánico o también hacia lo demoníaco, pero regresa a las normas, formándose así un nuevo equilibrio. El secreto de esto está en que el sufrimiento genera fuerzas superiores, curativas.

Meditado sobre palabras como *beaucoup*. Para expresar una relación tan sencilla como esa resultan un poco forzadas, en el fondo, esas expresiones — probablemente aparecieron en determinados grupos, quizá de cazadores o pescadores, y luego se introdujeron en el vocabulario común. Incluso en nuestros días siguen pasando a él expresiones procedentes de grupos estudiantiles y de otros; se las reconoce por su aroma especial. Por cierto que *viel,* nuestra palabrita alemana para decir «mucho», tiene en casi todos los idiomas unos sinónimos demasiado fuertes.

Laon, 11 de junio de 1940

De nuevo en la catedral. Esta vez he estado primero en las criptas, que se prolongan en lo hondo con bosques subterráneos de columnas y acaban perdiéndose en cavernas. Luego, en las escaleras de caracol de las torres laterales y en las tribunas, desde lo alto de las cuales descubre la vista secretos y más secretos. En este recorrido me ha impresionado ante todo la implacable solidez de la obra, que hace impensable una ejecución mejor que la que tiene. A ello se añade la temible fuerza del plan, que, hallándose él mismo casi fuera del tiempo, somete a servidumbre a generaciones enteras. En una de las tribunas encontré un diminuto murciélago reseco; me lo he guardado como recuerdo. Una vez más en las torres, para realizar estudios de demonología.

En el camino de vuelta se me vino a la cabeza que aún había de escribir una carta a Friedrich Georg y que carecía de pluma para hacerlo. De ahí que estuviera buscando una papelería; como no me fue posible encontrar ninguna, encaminé mis pasos hacia la Audiencia, que tiene su sede en unos edificios góticos arrimados a la catedral.

Crucé el vestíbulo y la antesala y fui a dar luego al gran salón de vistas, donde vi, colocados sobre el tapete verde de la mesa de los jueces, los birretes de estos; era como si se tratara de una breve pausa. Me senté en el sillón del presidente y estuve estudiando las actas de un juicio que había quedado interrumpido bruscamente. Pero allí no encontré ninguna pluma, así que en mi búsqueda fui entrando sucesivamente en las habitaciones destinadas a los bomberos, a los secretarios, a los abogados y a los jueces. Por fin penetré también en el despacho del presidente y allí me senté a su escritorio y recobré un poco el aliento, pues aún necesitaba descansar de mi subida a las torres. Abrí los cajones, en los que encontré un gran número de documentos, cartas, instancias. También vi que un cargo tan elevado como este arruina los nervios, así lo confirmaban los muchos tubitos y cajitas llenos de medicamentos que allí había. Pero sobre todo descubrí, en una pequeña caja, las plumas cuya búsqueda me había llevado a aquel lugar. Habría podido abandonar, por tanto, el edificio, si un exceso de curiosidad no me hubiera empujado a echar un vistazo todavía a los pisos altos. En ellos encontré aposentos que habían estado habitados; en uno de ellos requisé, en virtud de los derechos que como soldado me corresponden, una esponja de goma de la que andaba necesitado. Más arriba todavía, en los desvanes, estaban almacenados, metidos en bolsas azules, montones de actas amarillentas, que seguramente llevaban allí mucho tiempo. Saqué un legajo; contenía pleitos de los años sesenta del siglo pasado relativos a inmuebles y me enfrasqué en su lectura hasta que la oscuridad del crepúsculo hizo que las letras empezaran a volverse borrosas.

Luego, casi ya de noche, y para controlar las patrullas, realicé una ronda acompañado de Spinelli; he visto que a él la zona de la aniquilación le produce un efecto enteramente diferente del que suscita en mí. Atravesamos patios donde los gatos formaban grupos silenciosos — temibles y solemnes. Las tiendas, sobre todo las carnicerías, exhalaban olores de putrefacción. La travesía por aquellos edificios muertos era al principio excitante, luego fatigosa, y al final angustiosa. Entramos en un café donde todavía estaban los vasos, medio llenos, encima de las mesas de mármol y con el taco dimos un golpe a la única bola de billar que quedaba sobre el paño verde. Luego hicimos funcionar las máquinas automáticas.

Tras muchas vueltas y revueltas fuimos a parar a un enorme edificio donde había salas llenas de ficheros; se trataba del registro catastral, como podía verse por los planos y dibujos. Luego estuvimos en la gendarmería; órdenes de arresto, pasaportes, y una máquina de escribir en la que una carta había quedado interrumpida a la mitad de una palabra.

Ya era de noche, pero todavía entramos en la biblioteca municipal a través de un portal destrozado. Recorrimos las salas, en las que de vez en cuando iluminaba libros con mi linterna de bolsillo — por ejemplo, una edición de los *Monumenti antichi* de un valor incalculable. Ella sola llenaba todo un armario. Parte en el suelo y parte en una larga mesa había una colección de autógrafos ordenada en unos treinta gruesos volúmenes. Al azar abrí uno de ellos. Contenía cartas de célebres botánicos del siglo XVIII, algunas de las cuales estaban escritas con una letra muy fina y grácil. De un segundo legajo extraje un escrito del zar Alejandro I, también páginas escritas por Eugène de Beauharnais y por Antommarchi, el médico personal de Napoleón. Abandoné aquel lugar con la sensación de haber estado en la cuevas de Sésamo y regresé a mi alojamiento.

Después de medianoche, una vez más, bombas sobre la ciudad.

Laon, 12 de junio de 1940

Por la mañana me han traído setecientos prisioneros para que los acomode en la ciudadela y los tenga allí vigilados. Revisté aquella abigarrada columna formada por hombres procedentes de muchas armas y regimientos y ordené que de la masa saliese uno solo, un sargento que tenía cara de inteligente. Le asigné como intérprete un alsaciano y le encargué que nombrase a seis jefes de sección; cada uno de estos debía rodearse a su vez de diez cabos; y, finalmente, cada uno de los cabos debía elegir diez hombres. Entretanto yo fui repartiendo arriba los alojamientos, señalándolos con un trozo de tiza.

Y así quedó articulada y alojada en media hora toda aquella masa. Al enterarme de que muchos de ellos llevaban bastante tiempo sin comer nada, pedí cocineros y vi cómo se adelantaba una docena de hombres. Ordené que inmediatamente se pusieran a trabajar en las cocinas, donde quedaban muchas provisiones. Pero antes pregunté:

—¿Quién sabe cómo se prepara un lenguado *à la meunière?*

Se presentó un muchacho bajito, con cara de granuja, Arthur, que había sido ordenanza en casinos de oficiales en Marruecos.

—Eso no es difícil, *mon capitaine.*

Además de él se presentó otro hombre, una persona de aire calmoso, agradable, Monsieur Albert. A este último lo nombré cocinero personal mío y como ayudante le asigné a Arthur.

Las medidas que se imponía tomar eran las siguientes, por este

orden: instalación de un puesto de guardia en la salida, distribución y aposentamiento de los prisioneros, rancho, construcción de letrinas y reglamento de policía. Aparte de esto dejé en paz a aquellas buenas gentes y les transmitía mis órdenes por mediación de sus jefes, los cuales eran, por así decirlo, el punto en que se apoyaba la palanca con que los movía.

Más tarde me di cuenta de que la presencia de aquellas setecientas personas no me había causado ninguna inquietud, a pesar de que a mi lado no había más que un centinela, más bien simbólico. Cuánto más terrible me había parecido aquel único francés que una mañana de niebla de 1917 lanzó contra mí una granada de mano en el Bosque de Le Prête. Esto me ha sido muy instructivo y me ha reafirmado en mi decisión de no rendirme jamás, decisión a la que ya permanecí fiel en la guerra del catorce. Toda rendición de armas es también un acto irreparable, que afecta a la fuerza primordial del combatiente. Y así, yo estoy convencido de que también queda afectado su lenguaje. Esto es algo que puede verse con especial claridad en las guerras civiles; en ellas la prosa del bando derrotado pierde enseguida su vigor. Me atengo en esto a la frase de Napoleón: «¡Dejarse matar!», claro está que esto es algo que únicamente vale para los humanos que saben qué es lo que se ventila en la Tierra.

Una vez resueltos esos asuntos he vuelto a la biblioteca para echar otro vistazo a la colección de autógrafos; hoy me ha parecido mucho más importante todavía. En sus gruesos volúmenes se acumulan numerosos documentos, desde pergaminos carolingios en cuyas enrevesadas rúbricas ponía el soberano su firma con un trazo, hasta autógrafos de contemporáneos nuestros; desde cartas y decretos de los Capetos y breves de Luis XV hasta el «Louis» con que firmaba su nieto y que parece extrañamente tímido. En el tomo primero encontré un escrito de Lotario, del año 972 si no recuerdo mal, y en el último dos cartas del mariscal Foch dirigidas a Berthault, presidente de la Audiencia de la ciudad de Laon. Según la mala costumbre de los bibliotecarios franceses, estas dos cartas habían sido prendidas en 1920 con un alfiler que había dejado grandes manchas de herrumbre en el papel y que yo me permití retirar. En aquel tranquilo lugar estuve hurgando cual abeja en trébol marchito hasta que llegaron las sombras del crepúsculo. Ha sido una clase, con ilustraciones de primer rango, sobre la fama y la decadencia — en el polvo de los laureles.

Sobre el valor: no es posible poner precio a tales tesoros — únicamente cuando se está totalmente derrotado se los abandona. Y desde luego puedo decir que, mientras estuve dando vueltas en mis manos a aquellas hojas, apenas se me vino a la cabeza que en dinero

valían millones; seguramente eso se debió a que yo era quizá el único en aquella ciudad que captaba el sentido que encerraban. Por un instante pensé en hacer trasladar al museo aquellos documentos, y también los elzevirios que había visto, y confiarlos allí a los centinelas; pero me pareció demasiado grande la responsabilidad aun del mero traslado, así que los dejé donde estaban, sin cerradura ni cerrojo.

Una vez más en la ciudadela, donde me han presentado a un joven de una columna de panaderos al que habían encontrado durmiendo en una de las casas destruidas. También me enseñaron un puñado de calderilla — monedas de níquel agujereadas, sin valor ninguno. Como aquel asunto podía tomar un giro peligroso, y a mí me parecía una chiquillada más que otra cosa, me decidí a soltar al mozalbete, sobre todo porque tenía un rostro sin arrugas y limpio de toda malicia. En casos como este es preciso estudiar la fisonomía; ella es el pasaporte principal y más seguro que nos ha procurado la Naturaleza.

El día había sido muy caluroso; por ello, acompañado de Spinelli, y con el fin de observar el habitual ataque de los aviones, pasé una parte de la noche en unas hamacas que nos habíamos hecho llevar al terrado de la ciudadela. Pero justo esta noche pasada no ha habido ataque aéreo.

Antes de quedarme dormido estuve meditando una vez más en las disposiciones que por el día había adoptado, sobre todo en las concernientes a los prisioneros. El que estas me saliesen tan bien debíase seguramente a un momento de buen humor, dado sobre todo que estoy perdiendo cada vez más el sentido para todas las cuestiones prácticas. Con todo, también en ellas hay un goce espiritual. En ciertas encrucijadas de nuestra juventud podrían aparecérsenos Belona y Atena — la primera con la promesa de enseñarnos el arte de guiar veinte regimientos al combate de manera que estuvieran en su puesto en el momento de la batalla, mientras que la segunda nos prometía el don de juntar veinte palabras de manera que formasen una frase perfecta. Y pudiera ser que escogiésemos el segundo de los laureles; este crece, más raro e invisible, en las pendientes rocosas.

Laon, 13 de junio de 1940

Por la mañana ronda por la ciudadela — especialmente por los subterráneos abovedados, donde revoloteaban los murciélagos. Allí tropecé con una placa de mármol dedicada al comandante que en 1870 se voló a sí mismo con el polvorín — recordé vagamente haber leído algo sobre aquello.

Por la tarde estuve poniendo orden en la bodega de nuestro anfitrión — otro trabajo *pour le roi de Prusse,* puesto que seguramente se cuenta ya por días el tiempo que permaneceremos aquí. El dueño de esta casa es un enamorado de los vinos de Borgoña, de los que posee más de treinta variedades; solo de Beaune, por ejemplo, tiene seis. Para este menester de ordenar la bodega había elegido entre los prisioneros franceses a un camarero que en otros tiempos trabajó en los cafés de Montmartre y que posee buenos conocimientos sobre la materia. Mientras él iba colocando otra vez en sus sitios las botellas que bebedores apresurados habían sacado de los estantes y yo realizaba un inventario, charlamos un poco acerca de vinos, de ostras, de aperitivos, y de la *bouillabaisse.* En cuestiones de paladar mi interlocutor poseía mucha experiencia, y también en las relativas a mujeres, a las que clasificaba por provincias. Así, hizo una comparación entre las marsellesas y las parisinas — según él las mujeres de Marsella no son tan frías y además salen mucho más

baratas. Como despedida le permití que eligiese una botella para sí; escogió un viejo Pommard, cuyo tapón de corcho estaba ya medio podrido.

Me metí temprano en la cama, pero estuve leyendo hasta más allá de las doce. En primer lugar acabé el estudio de Crépet sobre Baudelaire, que me parece un modelo de este género de investigaciones. El estudio se divide en una biografía, una parte documental y anecdótica, y un apéndice que contiene cartas a Baudelaire y sobre Baudelaire. De esta manera el hombre es presentado en su aura.

Detalles: la carta de Victor Hugo en que proclama que el arte es el servidor del progreso. Frente a esto, excelente la observación de Baudelaire sobre Hugo en una carta de 1864: «Ese poeta en el que Dios, por un espíritu de mixtificación impenetrable, ha amalgamado la tontería con la genialidad». Esa es efectivamente una de las amalgamas más funestas que puede haber, aunque con toda seguridad es también una llave para conseguir grandes éxitos, para conquistar popularidad. Libros como *Los miserables* se parecen a puentes de barcas tendidos para las masas. Ciertamente hay otros espíritus que pierden la curiosidad de ocuparse con una Musa que ha alumbrado tales hijos. Esto me trae a la memoria una conversación que tuve con Janin en 1938, a continuación de la tarde que pasamos en casa de Gide — parece que a los extranjeros nos faltan ciertas premisas para poder comprender la enorme estima en que los franceses tienen a Hugo. Además, aún no está fijado el juicio sobre él, como tampoco lo está sobre la mayoría de los grandes personajes del siglo XIX, empezando por Napoleón.

En 1866 un tal Pechmeja escribió a Baudelaire una carta desde Bucarest. En ella elogia, entre otros, el poema *Elévation* y dice que «si las letras que concurren a formar versos de este género se tejiesen para hacer muestras con ellas, aparecerían dibujos como los de las alfombras persas o los chales indios».

Luego estuve todavía hojeando un poco una biografía de Gauguin, en cuya figura apuntan ya muchas de las cosas que vendrían después, sobre todo en la mezcla de nerviosismo y brutalidad. De repente hacen aparición allí tipos sin ropa.

Me hallaba profundamente dormido cuando sobre la una de la madrugada fui despertado de repente por una violenta presión de aire. Escuadrillas de aviones enemigos estaban volando en círculo sobre la ciudad y lanzando bombas. Los impactos seguidos sonaban unas veces

cerca y otras lejos y en ocasiones eran interrumpidos por explosiones aisladas de una potencia temible, que se enseñoreaba de la noche. Luego los aeroplanos pasaban zumbando muy cerca de los tejados. El ataque duró seguramente dos horas y durante ellas me quedé dormido varias veces; otras veces permanecía sentado en la cama, apoyado en los brazos. La ciudad se hallaba en completo silencio, como si estuviera muerta; solo abajo, en el despacho, un reloj señalaba los cuartos de hora con un alegre carillón.

Laon, 14 de junio de 1940

Por la mañana he inspeccionado los nuevos puestos de guardia que he instalado en el arsenal y en otros sitios. Al borde de los caminos, vehículos volcados y animales muertos. A la entrada de la fábrica de filtros de gas un camión había aplastado de tal manera un perro o un gato que lo único que allí quedaba era una gran mancha roja. Yo no habría sospechado que fueran los restos de un ser vivo si no hubiera visto seis cuerpos no nacidos, seis embriones, que en forma de hexágono contorneaban aquella mancha oscura. Eran como unas bolas de gelatina cuya lisa membrana vitelina les había permitido esquivar el paso de las ruedas y eran lo único que allí conservaba forma en medio del aplastamiento. Tuve la impresión de que había en aquello una preocupación solícita que seguía ejerciendo su poder, aunque solo fuera en el armazón mecánico — la solicitud de la Gran Madre de la vida, de la cual son trasuntos las madres de los seres animales y humanos. Como tantas otras veces en ocasiones anteriores, también aquí me pareció oír esta pregunta: «¿Por qué te es mostrado a ti este espectáculo?».

Siempre he sido sensible a las desgracias — mas, para mi desdicha, a las que no están de moda. A mí me parece, sin embargo, que esto, el no estar de moda, es uno de los atributos por los que es posible reconocer las desgracias auténticas.

Laon, 15 de junio de 1940

Por la mañana en el arsenal, donde he revisado los puestos de guardia; luego, bajo la guía de Keunecke, he estado disparando con plomo sobre botellas lanzadas al aire. En el arsenal hay grandes reservas de muchas cosas; así he encontrado, por ejemplo, un alargado almacén repleto de especias y he mandado que me llenasen una cesta para Monsieur Albert. En otro almacén he tropezado con un montón de objetos extraños, donde predominaban las navajas de bolsillo, las cuchillas de afeitar, las llaves, los portafolios y las libretas de apuntes.

De ello he deducido que por allí habían pasado muchos prisioneros a los que habían obligado a desprenderse de tales objetos. He descubierto, entre otras cosas, el detallado diario de un capitán francés y me he quedado con él. Incluso grafológicamente constituye un ejemplo de cómo se puede pasar de una agradable seguridad a una situación incierta. Al comienzo está escrito con una limpia letra a tinta y al final aparecen anotaciones apresuradamente garrapateadas con lápiz normal y, en las últimas páginas, con lápiz encarnado.

Essommes, 16 de junio de 1940

Me llegó por sorpresa una orden de que me dirigiese con mi compañía a Château-Thierry. Hemos hecho el viaje en camiones, pasando por Soissons.

Antes de partir de Laon ordené que se hiciese limpieza en los domicilios donde habíamos estado alojados; en ellos había ido formándose una especie de ambiente de comodidad entre ruinas, como en Moscú bajo Napoleón. Luego despedí a Arthur, a causa de su comportamiento excesivamente marroquí. Pidió hablar conmigo y me rogó que le permitiera seguir con nosotros, pues prefería, dijo, servirme a mí que *de faire ce qu'on appelle des traveaux de pisse.* No obstante, mandé que lo llevasen a la ciudadela con los demás prisioneros, pues, inexplicablemente, siempre estaba ya borracho después del desayuno, y por las noches, como una urraca, tenía llenos de objetos robados los bolsillos. En cambio conservamos a Monsieur Albert.

Las carreteras, los pueblos y las ciudades que hemos atravesado, completamente destruidos; la ruta, bordeada de vehículos incendiados. Entre ellos, tanques achicharrados. Caballos muertos, ruinas, tumbas. De los frondosos bosquecillos salía olor a cadáveres. En muchos lugares había monumentos conmemorativos de la guerra de 1870 y de la del catorce; con frecuencia estaban destruidos por proyectiles.

En medio de esos mundos de ruinas van retumbando por las carreteras y por los reconstruidos puentes las pesadas ruedas de interminables columnas motorizadas que avanzan hacia el oeste. Cañones, baterías antiaéreas, municiones, tanques, ambulancias, reflectores, compañías de protección contra los gases, así como vehículos cuya forma y cuyo significado nadie conoce. El ambiente que domina es el de gente que ha pasado varias noches sin dormir, pero hay también una consciencia de superioridad invencible. Los capós de los vehículos pesados llevan extrañas mascotas: toscos

zapatos de madera, cascos de acero tomados al enemigo, máscaras antigás de ojos saltones, elegantes muñecas a las que el viento de la marcha levanta hasta la cabeza sus faldas de seda rosa. El vehículo de una unidad de asalto llevaba como mascota una calavera; la cortada tapa de los sesos, que castañeteaba ligeramente, indicaba que aquel cráneo había sido tomado de un gabinete de anatomía. En las plazas de Soissons, cubiertas de escombros y de tejas, estaban plantados maniquíes de tiendas de confección. Parecían hacer señas con las manos y charlar entre sí. Un policía de gorra colorada levantaba las faldas a una muchacha campesina.

La ciudad ha sufrido mucho a causa de los bombardeos y por ese motivo he continuado hasta Essommes, a orillas del Marne, que queda a unos veinte minutos de camino. También en Essommes reina una confusión indescriptible, en las calles hay barricadas y en los jardines, soledad. Nos hemos alojado en el castillo; antes de nuestro ataque estaba ocupado por cazadores de montaña — esparcidos por el parque hay muebles y delante de la entrada está tirado un perro muerto. En un rincón se hallan amontonadas minas francesas de esas que se colocan bajo tierra y explosionan en cuanto alguien pisa sobre ellas; un letrero recomienda prudencia. En las habitaciones se han instalado ya conejos, y en el piso superior da un salto y escapa un gato de Angora.

Tras la llegada, y una vez instalada la tropa, recorro los huertos; en ellos florecen las primeras azucenas y va madurando la cosecha. En la parte alta de la ladera de la colina, solo en un pequeño huertecito, a pleno sol. Fresas, grosellas de tres colores, frambuesas encarnadas y blancas. Entre las fresas una variedad pequeña, de color casi negro, increíblemente dulce. Unos soldados llevan barriles de vino y sacos de café que han encontrado en las barricadas; habían sido utilizados como material de relleno. El valor de los bienes baja cuando de lo que se trata es de salvar la vida.

Por la noche, y todavía en este momento, una sensación extraña, como de borrachera. Estoy repleto de imágenes, como un recipiente que rebosara. Se me escapan.

Essommes, 17 de junio de 1940

Por la mañana he ordenado que Monsieur Albert sacrificase cuatro patos que aún erraban por el parque y luego he ido en bicicleta a Château-Thierry a recibir órdenes del general Schellbach, que está allí alojado en el Convento Azul. Mientras andaba buscando este edificio he atravesado barrios desolados, donde caballos muertos

obstruían el paso. A lo largo de la calle principal se extendía un revoltijo de vehículos que habían colisionado entre sí. Veo todas estas cosas como un gran mosaico y apenas presto atención a los pequeños e innumerables detalles que allí están escondidos como en un jeroglífico. Así, por ejemplo, mientras redactaba una orden para un enlace dejé mi guardamapas encima de un carro blindado del que solo quedaba el chasis. Hasta que no me marché de allí no reparé en que, mientras escribía, mis ojos habían rozado aquella masa de hierro que se parecía a una parrilla enteramente quemada por el fuego. En aquel horroroso *grill* no faltaba ni siquiera carne. De manera casi automática capto así imágenes cuyo significado no se me hace evidente, gracias a un proceso misterioso, hasta pasados varios minutos, o incluso varias horas.

Para poner orden en el castillo y en el parque que lo rodea me llevé un centenar de prisioneros de un campo donde estaban encerrados. Se quejaban de tener hambre; de ahí que hiciera traer vino de las bodegas y recoger frutas en los huertos y les prometiese obsequiarlos con una cena antes de devolverlos al campo. Una vez que cada uno se bebió su vaso de vino, aquellos hombres restablecieron el orden en el castillo y en el parque cual si fueran un enjambre de genios de Aladino. Entretanto Monsieur Albert se dedicaba a cocinar los patos; los rellenaba con aceitunas, de las que habíamos descubierto un bote en la cocina.

Por la tarde el castillo estaba completamente limpio. Pero en el preciso momento en que esperábamos poder sentarnos a comer llegó la orden de partir. Debíamos ir a Montmirail y desempeñar allí una misión similar a la que habíamos tenido en Laon. Esto hizo que no pudiera cumplir la promesa que les había hecho a los prisioneros, pues en aquel instante se empezaba a servir la sopa. Ordené que les repartiesen los patos; ciertamente, esto, más que una comida, fue un gesto simbólico.

Montmirail, 18 de junio de 1940

Una vez más ha vuelto a llenarme de asombro el comportamiento de mis hombres en el momento de emprender la marcha. Habían estado trabajando todo el día y tenían la esperanza de descansar; pese a ello, ni uno solo torció el gesto cuando llegó la orden de partida. La virtud de estos hombres consiste en su perfecta comprensión de lo necesario.

Por fortuna conseguí evitarles la marcha a pie, por cuanto fui metiéndolos por pelotones en vehículos de munición que iban vacíos.

En Montmirail volvimos a reunirnos. Cerca de la entrada de esta ciudad me paré junto a un carro blindado del que estaba saliendo a la luz en aquel momento su conductor; era un hombre bajo y delgado e iba vestido con un conjunto empapado de aceite. Lo enredé en una conversación de la cual saqué la impresión de que, en tipos como él, Vulcano y sus caracteres de trabajo impregnaban ya fuertemente las figuras marciales. Ese fue también el asunto de nuestra charla — la combustibilidad. Hasta entonces aquel conductor había «conducido» ocho ataques y había visto ya arder cerca varios carros — a veces, decía, era posible salir de ellos, así lo había conseguido hacer recientemente uno de sus camaradas, el cual, desde luego, se dejó la mayor parte de la piel en el interior del carro. Hace ya mucho tiempo que viene ocupándome la cuestión del fuego; apunta a cambios profundos entre los combatientes.

Me he instalado en el magnífico castillo de Montmirail, que desgraciadamente ha sufrido algunos destrozos; aquí vivo solo, acompañado de Spinelli y algunos ordenanzas. En el parque habían caído bombas que destrozaron una serie de ventanas, y un pabellón situado a la derecha de la puerta principal había ardido. Los habitantes del castillo, y seguramente también soldados, han estado viviendo durante los últimos días en los sótanos, cavados a gran profundidad en la greda; así lo delata un conjunto de toscas colchonetas que en ellos hemos visto. Montmirail es el castillo de La Rochefoucauld, y para mí, que desde hace mucho tiempo tengo como uno de mis libros de cabecera también sus *Máximas,* es un acto de gratitud espiritual el salvar lo que se pueda salvar. De ahí que inmediatamente ordenase que el castillo fuese puesto bajo vigilancia y se comenzase a hacer limpieza en él. Lo único que a menudo importa, cuando se trata de cosas de este valor, es preservarlas durante unos cuantos días críticos.

Por la mañana atravesó el pueblo una columna de más de diez mil prisioneros franceses. Apenas iba vigilada, solamente de vez en cuando aparecían algunos centinelas que la acompañaban con la bayoneta calada y que eran como perros de pastor. Yo tenía la impresión de que aquellas masas cansadas y exhaustas avanzaban por su propio impulso hacia un destino desconocido. En aquel momento me encontraba en la escuela y como allí tenía a mi disposición, para las labores de limpieza, un centenar de belgas y franceses, les ordené que de un almacén que habíamos requisado trajesen cajas de bizcochos y de latas de carne, y empecé a repartirlas. También ordené que distribuyesen mosto, pero los prisioneros caminaban tan apretujados que apenas uno de cada veinte recibía algo.

Hasta ese momento no había conocido yo el sufrimiento de grandes masas en un espacio reducido; uno siente que ya no puede reconocer a la persona singular. También nota ese rasgo mecánico y vertiginoso que es peculiar de las catástrofes. Nosotros estábamos de pie detrás de la verja del patio de la escuela y desde allí arrojábamos bizcochos y latas de carne o bien los distribuíamos entre una densa masa de manos que se alargaban hacia nosotros a través de los barrotes de la verja. En ese detalle precisamente había algo desconcertante. Los que venían detrás seguían empujando, en tanto los de delante se atropellaban unos a otros cada vez que un bizcocho caía al suelo. Para llegar también a los que iban al otro lado de la columna ordené lanzar los botes de carne por el aire, trazando un arco, pero aquello era tan solo una gota de agua sobre una piedra ardiente. Más de una docena de veces intenté hacer llegar una lata a un viejo que marchaba lentamente renqueando — pero todas las latas desaparecieron en una confusión de manos, hasta que lo vi desaparecer en la corriente. Luego encargué a la guardia que me metiese en el patio a un muchacho muy joven que por allí pasaba, para darle de comer — pero, en vez de capturar al que yo había señalado, cogió a otro distinto, que, de todos modos, también llevaba dos días sin probar bocado. En medio de todo aquello resonaban las voces de un pregonero que Spinelli había apostado encima de la pared; solicitaba un sastre, pues nuestra ropa blanca está necesitada de alguien que la remiende. Así fueron pasando aquellos hombres por delante de nosotros, como una imagen de la oscura corriente del destino; contemplar aquel espectáculo desde detrás de la segura verja del patio de la escuela resultaba extraño, excitante e instructivo. Casi todos ellos estaban ya completamente embotados y no hacían sino dos preguntas — si se les daría de comer y si se había concluido la paz. Ordené que les gritasen que Pétain había ofrecido un armisticio, a lo que ellos replicaban una y otra vez con la misma desesperada pregunta de si ya había sido «firmado». El gran bien que es la paz podía verse allí con los ojos.

Al final de la columna, cuyo desfile había durado casi dos horas, vi un grupo de oficiales de pelo blanco, que portaban condecoraciones de la guerra del catorce. También ellos iban hacia delante con paso cansino, arrastrando los pies y mirando el polvo del camino, con la cabeza baja. Su visión me conmovió; mandé que abriesen la puerta y que los hiciesen entrar en el patio. Allí los invité a comer y a pasar la noche. Los puse primero en manos del barbero y a poco los vi, recuperados, sentados a una larga mesa que estaba en el patio, cerca de la cocina. Teníamos una sopa excelente, también carne y vino en abundancia, y sobre todo nuestros hombres se comportaron con una

cortesía tan natural que aquel agasajo salió muy bien. Se veía que aquellos hombres agotados se sentían ahora como durmientes cuando una pesadilla toma un giro favorable. Aún estaban como aturdidos por la derrota. Les pregunté si podían darme alguna razón de aquel hundimiento súbito y oí que lo atribuían a los ataques de nuestros bombarderos en picado. Tales ataques, decían, habían producido trastornos desde el primer momento en las comunicaciones, en los avituallamientos y en la transmisión de las órdenes; luego nuestras armas rápidas habían cortado como un soplete sus ejércitos. Ellos me hicieron por su parte la pregunta de si podía yo expresar en una fórmula nuestro éxito — contesté que en él veía una victoria del Trabajador, pero tuve la impresión de que no captaron mi respuesta en el sentido que yo le daba. No conocen los años que nosotros hemos vivido a partir de 1918 ni las enseñanzas que hemos acumulado en crisoles ardientes.

Por la noche, una vez que conseguimos poner en orden la pequeña cocina del castillo, me senté con Spinelli en el salón redondo; la vista que desde él se tiene es extraordinaria. El paisaje se parece a un escenario adelantado; el patio de butacas estaría formado por el césped del parque, césped que por ambos lados está cerrado por altos muros arbóreos. Estas franjas boscosas limitan también, como si fueran bambalinas, el fondo del escenario, cortando una suave pendiente de verdes prados y bosquecillos. En medio se halla, como si fuera el proscenio, un valle invisible, del que sobresale el campanario de la iglesia de un pueblo. Una suave ondulación del terreno cierra el horizonte. De esta manera el parque y su prolongación producen el efecto de un contorno arquitectónico logrado en todas sus partes, cuya perfección consiste en estar limitado. He visto en mi vida panoramas más impresionantes, más soberbios, pero jamás he contemplado ninguno que estuviera tan bien acabado, tan bien redondeado como este.

A hora tardía damos todavía un paseo por el parque, bajando hacia el valle. En una granja de campesinos tropezamos con un clérigo acompañado de su hermana y de un grupo de mujeres y niños. Habían atravesado el campo de batalla. Luego se habían precipitado sobre ellos aviones con sirenas ululantes, pero habían vuelto a alejarse sin arrojar bombas, porque, como decía la hermana, «habían visto que entre ellos estaba un sacerdote». Tanto el cura como su hermana se encontraban todavía muy nerviosos, aunque ya habían pasado varios días desde los hechos; cuando se dirigían a nosotros no paraban de hablar. Estaban en un estado que he podido observar con frecuencia en la confusión de estas semanas; con expresión muy certera el pueblo lo describe como «haber perdido un tornillo».

Mientras escribo estas líneas me hallo sentado, avanzada ya la noche, al escritorio de la duquesa, cuyos cajones, algunos de ellos forzados, están repletos de libros con dedicatorias de autores conocidos. Al hojear uno de los libros cae al suelo una carta de uno de los hijos de la duquesa, François, de unos quince años de edad; la carta está fechada en 1934 y es muy simpática. Por ella veo que quien la escribió quería ser aviador; ahora tiene ya edad para poder serlo.

Por lo que se refiere al castillo, he conseguido ponerlo en orden antes de que llegase la noche; excepto los cristales de las ventanas, todo en él se halla en buenas condiciones.

Montmirail, 19 de junio de 1940

He dormido en el ala donde está la capilla, en una habitación contigua a esta, y allí he soñado con Carl Schmitt. Han sido unos sueños muy agitados: Carl Schmitt se caía en una estación de ferrocarril y se lesionaba; llorando lo cogía yo en mis brazos. En todo aquello había una circunstancia notable, que en el momento de despertarme aún tenía yo muy clara, pero que ahora trato en vano de recordar.

Estoy aquí sentado, a primeras horas de la mañana, con la mirada puesta en la entrada y en el edificio de la puerta principal, que todavía sigue humeando. De los cristales rotos de las ventanas por las que contemplo este cuadro, el cristal del centro ha saltado del marco de tal manera que el trozo que ha quedado fijo a la masilla dibuja una silueta exacta de la reina Victoria. Incluso su boca un poco altanera está señalada por una delicada raja del cristal.

Después de darles de desayunar he enviado a Laon, en un vehículo de municiones vacío, a los oficiales franceses prisioneros; en la escuela se habían recuperado. Antes he ordenado que les sirviesen como despedida un vaso de vino. Cuando iban a subir al camión, el más viejo de todos, un comandante, me ha dado las gracias en nombre del grupo por la acogida que se les había dispensado en Montmirail.

De vuelta al castillo he descubierto en el jardín de otra escuela un cedro magnífico; sus agujas eran de un color azul cera y el tronco tenía unas finas estrías de color gris canela. Nunca antes había visto un cedro tan hermoso como este, ni en Mainau, donde crecen ejemplares gigantescos, ni tampoco en los bosques montañosos del archipiélago canario.

Al mediodía otra vez en el gran salón, con su perspectiva

prodigiosa; a mi parecer, esta actúa directamente sobre el lenguaje y sobre el orden de los pensamientos. Antes del almuerzo me ha ocurrido algo que me ha causado una intensa emoción. Había bajado al parque y, con el fin de llevarme un recuerdo de estos días, me puse a buscar trozos de metralla en los blancos embudos que se abrían en el césped y que habían sido causados por las bombas. Pero en el primero de esos embudos fui sorprendido por un hallazgo de un género muy superior — a saber, la magnífica fosilización de una concha de caracol que la explosión había arrancado de las profundidades del suelo de greda. Sopesé en mi mano aquella concha como si fuera un obsequio personal: tenía forma cónica, era casi tan larga como un antebrazo, su espira era abombada y el ápice estaba astillado. La rotura permitía ver la hélice y la circunvalación interior, cuyo brillo de nácar estaba bien conservado. En estos hermosos días pasados aquí ha estado acompañándome como una sombra la cercanía de la aniquilación y por ello he comprendido inmediatamente la enseñanza que se me daba: el Mont-Mirail fue en otro tiempo un arrecife en un mar de greda y en él reposa indestructible lo milagroso, de lo cual este castillo con sus jardines no es más que una figuración, un símil fugitivo, de igual manera que también es un símil de lo milagroso esta concha de caracol.

Había también en aquel hallazgo un toque de alquimia — de la piedra filosofal que metamorfosea las cosas por un milagro que acontece en nuestro interior. Y por eso, aunque se me invitase a elegir, para llevármelo como recuerdo, uno de los antiguos cuadros, libros o tesoros de este castillo, nada me habría parecido más deseable que esta concha de caracol. Es preciso que alcancemos el estado adecuado a las riquezas de la Tierra, un estado en el cual se cambian en oro todas las cosas que son tocadas por nuestra mano.

A la hora de la puesta del sol hemos vuelto a hacer una excursión al valle, armados con escopetas de caza. Esta vez nos hemos extraviado y hemos ido a parar a una granja de enormes dimensiones; había en ella abundancia de animales, pero no se veía ninguna persona. Al registrar los establos en busca de huevos hemos oído cantos en una de las habitaciones y hemos descubierto, junto al fuego de la cocina, un oscuro gnomo que estaba completamente borracho. Encima de una mesa había varias botellas vacías y semivacías que aquel hombre se llevaba de vez en cuando a la boca tambaleándose. Nos ha recibido con gritos de júbilo y ha sacado de debajo de su camisa, que formaba un grueso bulto por encima del pantalón, billetes de banco, que luego ha hecho revolotear por el suelo. Si no hemos interpretado mal sus tartajeos de borracho, su patrona lo había dejado solo en la granja para que ordeñase las vacas. Cuando le hemos

preguntado si había mantequilla, nos ha dicho que la de aquí no es buena porque las mujeres son muy sucias — *moi, je suis prope,* decía alabándose, mientras nos mostraba sus sucios andrajos y bailoteaba en corro bamboleándose. Luego se ha enseñoreado de él, a lo que parecía, una embriaguez de felicidad, ha puesto las manos en la chimenea, en las sillas, en las mesas, incluso en las paredes, y ha dicho:

—Esto es mío, y esto también, y esto también y esto también.

Finalmente nos ha mostrado su andrajosa gorra y ha añadido, en una progresión que no me ha parecido nada mal:

—*También* esto es mío, todo es mío.

Luego, blandiendo un largo cuchillo y mirando alrededor con ojos temerosos:

—La patrona no está aquí, aguardad, voy a matar para vosotros una oca, pero no la hembra, porque ahora tiene crías, sino el macho, que ese sí que sabe bien. Ahora todo es mío.

Aquello ha acabado por parecernos siniestro y hemos abandonado el lugar. El gnomo ha ido persiguiéndonos algún tiempo y gritándonos que volviésemos; lo veíamos agarrar gallinas y tirarlas al aire, de modo que los pobres animales huían de allí cacareando.

De vuelta al castillo pasamos, en las cercanías del terraplén del ferrocarril, por un prado en el que una compañía de soldados ametralladores franceses había abandonado sus vehículos. Entre el equipaje esparcido por el suelo encontré camisas, de las que ahora ando muy necesitado.

Hemos dado fin a la jornada bebiéndonos una botella de Aloxe-Corton; la hemos vaciado sentados frente a la chimenea del gran salón, mientras ardía en ella un tronco de abedul que hemos encontrado en los morillos. El fuego iluminaba de un modo muy bello la vieja placa de hierro del fondo de la chimenea, destacando la escena que en ella está representada, «Heracles en el aposento de Ónfale». Mientras bebíamos hemos estado comentando si formará parte del destino de este lugar el ver desfilar ejércitos y el albergar una y otra vez a oficiales prusianos; esto último ha ocurrido en 1814, en 1870, en 1914, y vuelve ahora a suceder una vez más.

Spinelli estaba de un humor excelente; había encendido todas las velas de la gran araña del salón, de la cual caían al suelo gotas

amarillas de cera. Cuando yo me he marchado, él ha seguido allí, en compañía de una botella de champán. Puedo estudiar en Spinelli la nueva inteligencia, una inteligencia precisa, siempre despierta — para él no existen dificultades técnicas ni en lo que se refiere a los transportes ni en lo que respecta a los alojamientos. Su jornada más hermosa fue el día en que, en Laon, pudimos escuchar otra vez la radio. Hace observaciones excelentes sobre todo lo que es concreto y también hay en él rasgos caballerescos, agradables, que yo trato de cultivar y que le he visto desplegar hoy en el encuentro con los oficiales franceses.

Me fui tarde a la cama y allí estuve hojeando todavía algunos papeles a la luz de una vela; primero un álbum sobre Goya, luego un artículo ilustrado sobre Marie Laurencin y su pintura de máscaras de color rosa. Al hojear este artículo, pensamientos sobre la pérdida de la individualidad. En los cuadros de esta pintora la individualidad se disuelve, por así decirlo, en jugo de frambuesas. Finalmente me llamó la atención, en el número de septiembre de 1924 de la *Revue de l'Art,* un cuadro del pintor suizo Heinrich Füssli titulado *El sueño de una noche de verano.* Esta pintura delata no solo el conocimiento de los viejos maestros y la lectura de Cazotte, sino al mismo tiempo una visión directa de las cavernas de la realidad, traspuesta luego al gusto de la época. De ahí que me pareciese extraño el que se me hubiera escapado hasta este momento el nombre de tal pintor.

Luego sueños. El día había sido hermoso y también abundante en imágenes grandes y pequeñas, como un tapiz. Tampoco había sido fatigoso. Yo intuía un poco del *perpetuum mobile* del espíritu, al que únicamente el tiempo pone barreras. La concha de caracol sobre todo me había puesto alegre.

Romilly-sur-Seine, 20 de junio de 1940

Al mediodía despedida del *mons mirabilis.* Viajamos hasta Romilly, atravesando Sézanne y Saint-Just-Sauvage. Junto al camino un sinnúmero de caballos muertos, enganchados todavía a carros de munición y cocinas de campaña. Horriblemente hinchados los cadáveres, con unos órganos sexuales tumefactos, parecidos a trompetas. Los labios, entreabiertos en una expresión de sufrimiento, permiten ver los grandes y blancos dientes. Se forman así unas máscaras extrañas — como si fueran rostros de demonios que estuviesen hechos con los restos de la vida pasada.

Luego muertos. Primero uno solo, en un campo a mano izquierda; lo cubría de tal manera una lona de tienda de campaña que lo único

que de él se veía era el antebrazo. Apuntaba hacia arriba y la mano estaba entreabierta, como si agarrase el mango de un violín. Luego, a la derecha, delante de un bosquecillo, todo un campo de cadáveres. Se trataba seguramente de una unidad francesa que había tomado posiciones a lo largo de la carretera y que luego había intentado ponerse a cubierto entre los árboles; el fuego hubo de aniquilarlos mientras daban ese breve salto. La cara y las manos de aquellos muertos se hallaban ya hinchadas y ennegrecidas; una especie de harina fina, el polvo de la carretera, las cubría. El espectáculo era tétrico, como surgido de los pensamientos nocturnos de un espíritu dotado de una fuerza enorme.

Y también, una vez más, tanques, que en los puntos cruciales, por ejemplo en el interior de las poblaciones, estaban retorcidos como ovillos; junto a ellos, a veces, tumbas, y encima de las cruces cascos con gafas. Luego, por vez primera durante este avance nuestro, grupos de fugitivos que volvían a sus casas. Se veían carretas de dos ruedas que llevaban un cargamento de camas; encima de las camas iban sentados niños pequeños y se bamboleaban jaulas con gallinas; también pasó a nuestro lado un autobús, así como un tractor que tiraba de una fila de carromatos. Entremedias iban grupos de personas montadas en bicicletas, y mucha gente que caminaba a pie. Se veían matrimonios de más de setenta años que avanzaban lentamente, y madres que en los brazos llevaban criaturas en pañales y daban la mano a niños que ya tenían que cargar con cestitos.

Al poco tiempo llegamos a Romilly, donde las calles están ya atestadas de población civil y reina un gran barullo. Aquí he encontrado a mi batallón y a mi tercera sección.

Romilly-sur-Seine, 21 de junio de 1940

Alojamiento en una casita próxima a la escuela y a unos grandes molinos movidos por vapor. Por la mañana me he enterado por un enlace de que por fin nos reintegraremos a nuestra unidad y de que en el transcurso del día nos transportarán hasta ella en camiones. Nadie podría estar más contento que yo de que acaben así nuestras correrías en el barullo de este avance por tierras de Francia. Desde hace catorce días estamos separados de nuestra unidad y ha habido veces en que parecía que éramos sencillamente triturados por el gran remolino succionante que el ataque de los blindados iba dejando tras de sí. Es casi seguro que no podemos albergar esperanza ninguna de que esta campaña nos proporcione todavía a nosotros un combate reñido; y si como soldado lo lamento, lo celebro, sin embargo, por los que sufren.

Para enterarme de detalles más concretos, a la comandancia local, donde me he encontrado con un caos horroroso. Por un lado me hablaba el alcalde de una pequeña aldea; tendría seguramente setenta años y la expresión de su rostro era de una racionalidad rigurosa. Su fisonomía me ha hecho ver claramente que en Francia la Revolución recogió y llevó más lejos todavía ciertos procesos iniciados por la Reforma. El alcalde me preguntaba cómo podría desembarazarse de los cadáveres de más de cincuenta caballos que apestaban el aire de su término municipal. La respuesta que le he dado ha sido encogerme de hombros, pero entonces me ha dicho que aquello era muy peligroso *pour la santé publique.* Todavía estaba escuchándolo cuando ha llegado una mujer que quería que yo le explicase lo que podía hacerse contra una manada de perros asilvestrados que se han congregado alrededor de su casa. Y así he escuchado todavía otras cosas, y peores que las relatadas. Me he alejado de aquel lugar, pues hace ya mucho tiempo que aprendí que uno no puede arreglar todo. Es preciso ceñir nuestra mirada al terreno del que somos responsables. En lo que se refiere a los auxilios prácticos, la persona singular está limitada, lo mismo que un bote salvavidas tiene solo un determinado número de plazas. Hay situaciones, sin embargo, en que la mera presencia de una autoridad causa efectos saludables; su solo estar allí hace que se cierren las rendijas por las que se escapa la ciega materia de los elementos. En esos instantes se hace visible como *tal* el *mysterium* que es inmanente a todo oficio.

Bourges, 22 de junio de 1940

Como nuestra partida de Romilly-sur-Seine se retrasaba, me instalé en otra casa, donde la cama era mejor. Por cierto que estoy ya cansado de andar entrando en lugares abandonados y sucios. Y así, cuando por la tarde adquirí un par de calcetines en una tienda que acababa de abrir otra vez, ocurrió que la mera posibilidad de poder comprar algo suscitaba en mí un sentimiento agradable. También el vendedor parecía experimentar sentimientos parecidos, y de ese modo hemos redescubierto, por así decirlo, el intercambio de dinero por mercancías.

Al mediodía subimos a los vehículos en la plaza mayor. El jefe de la columna que nos transportaba era un alférez llamado Backhaus, que me gustó, un chico valiente, al que un accidente le había dejado una profunda cicatriz en el cuello y en una de las orejas; de esta lo único que le quedaba era un pequeño resto, parecido a una delgada media luna. El alférez hizo el elogio de sus conductores, que, decía, habían permanecido sentados al volante dos días seguidos, y más tiempo aún, sin apearse, para cuidar el motor. Al preguntarle yo si cada noche

acampaba en un castillo diferente, golpeó con la mano su vehículo y me respondió:

—Este es mi *château.*

A medida que aumentaba el barullo en las carreteras o en los accesos a los puentes lo veía caer en una especie de embriaguez; cuanto más crecía el trabajo, mejor lo resolvía. Son hombres impávidos, centauros extraños, sin historia, provistos de recias fuerzas para actuar en el siglo en que han nacido.

Atravesamos Sens, con su hermosa catedral, luego Allant, que era una ciudad en ruinas, más tarde Toucy, y así llegamos a Châtillon, donde encontramos volado el gran puente del río. De ahí que nos detuviéramos bastante tiempo en aquel lugar y luego cruzásemos el río por un pontón de barcas. Estuve hablando, antes de cruzar el río, con refugiados parisinos; las operaciones militares los habían sorprendido mientras se hallaban en balnearios o en sus casas de campo y ahora intentaban regresar a pie a la gran ciudad. Estaban amontonados a la entrada del puente, así que me llevé con nuestra columna a algunos de ellos. Unos iban vestidos con ropas muy ligeras, otros con atavíos a la moda; todo ello, mezclado con nuestros uniformes grises, daba a aquella travesía un aire como de «regreso del baile de máscaras». Yo iba entre dos muchachas jóvenes, guapa la una y fea la otra, y mientras charlábamos les señalé a nuestro bravo cocinero Monsieur Albert, que viene acompañándonos desde Laon. La fea dijo:

—Pues esa sería una buena plaza para mí.

A lo que la guapa replicó:

—Para ti tal vez, pero no para mí.

En la otra orilla tuvimos que aguardar a que llegasen nuestros coches y durante aquella pausa estuvimos bebiendo un vaso de vino delante de un restaurante medio destruido que se hallaba al lado del puente. Allí estaba sentado también un rentista de París que poseía una casa de campo en Châtillon; aquel hombre estuvo contándome cómo la infantería colonial francesa había saqueado a fondo su casa de campo antes de retirarse; lo relataba con gran calma.

Luego seguimos hasta Gien — allí vi, como en un cuadro ligeramente borroso, torres medievales en el fondo, y delante de ellas un decorado enteramente quemado, todavía humeante, con cadáveres de personas, caballos y animales domésticos. A la salida de la

población estaba tendido el cadáver de un cerdo, alargado, blancuzco, hinchado como una crisálida gigantesca. Numerosos carros de asalto estaban tirados, fuera de combate, junto a las carreteras y a lo largo de los setos en los campos. En este lugar han tenido que chocar de frente dos grandes unidades blindadas — una confrontación en la que, suplementariamente, arde hasta quedar reducida a cenizas una ciudad de tamaño mediano. Esto suscita la impresión de una catástrofe técnica de dimensiones inauditas.

El campo alrededor estaba, por el contrario, absolutamente intacto; por ejemplo, los bosques y tierras de labor que se extendían a los lados de una prodigiosa avenida de castaños, derecha como una vela, por entre cuyos recios troncos pasamos. Prisioneros casi sin escolta, y luego, otra vez, columnas de gentes que regresaban a sus casas, con muchos niños pequeños, cansados, que eran llevados de la mano.

Así llegamos hasta Bourges, donde nos apeamos de los vehículos y pernoctamos en la primera granja con que topamos. En la cocina de la abandonada casa del dueño me puse a charlar con Keunecke y Spinelli, y tanto nos dejamos arrastrar por la conversación que en un abrir y cerrar de ojos vaciamos una botella de champán y tres de vino de Borgoña; nosotros mismos nos quedamos luego asombrados de lo que habíamos bebido.

Bourges, 23 de junio de 1940

Por la mañana, para recoger órdenes, en la comandancia, donde me he encontrado con una muchacha a la que ayer pretendió violar un borracho, amenazándola con un cuchillo. Era alsaciana, una criaturita valiente y decidida; había sido citada como testigo, pues el tipo había sido detenido inmediatamente. Le he preguntado en broma si el agresor había logrado su propósito, y, poniéndose en pie, me ha replicado:

—Claro que no, antes tendría que haberme acuchillado.

También hemos vuelto a ver aquí a nuestro coronel y por él nos hemos enterado de que algunas partes de nuestro regimiento han intervenido todavía en combates en los últimos días. Entre otras, la Quinta Compañía, cuyo jefe, el teniente Schrapel, que ya estaba herido en un brazo, no consintió que se le privase de ir personalmente al frente de sus tropas y fue alcanzado por una ráfaga de proyectiles que le atravesó el pecho. Entretanto han quedado interrumpidas las operaciones; en el fuego nos hemos zambullido, por tanto, únicamente

con nuestras vanguardias, y los demás hemos tenido que contentarnos con el trabajo de la retaguardia. Me dicen que eso les ha ocurrido generalmente a todas las unidades de infantería, a no ser que tuvieran que combatir en los accesos a los puentes. Las experiencias de esta campaña producirán seguramente cambios importantes en los ejércitos del mundo.

En la ciudad reina la confusión; además de la población propia están alojados en ella no solo nuestras tropas y muchos prisioneros de guerra, sino también cuarenta mil refugiados. Al mediodía pasaba yo casualmente por delante de la estación de ferrocarril, donde había apostado centinelas, y he visto ante la puerta una enorme aglomeración de gente. Eran refugiados que querían utilizar el primer enlace ferroviario con Orleans y París. Aunque el tren estaba ya aguardando en los andenes y había plazas suficientes para todos, la aglomeración que había allí resultaba peligrosa. Se oía llorar a niños en el suelo, mientras otros se balanceaban en cochecitos encajonados entre la muchedumbre; aquellos cochecitos estaban cargados además con maletas y máscaras antigás. También había ancianos, y madres que daban de mamar a niños de teta. Otras mujeres habían entrado ya en el andén y desde allí gritaban llamando a sus hijos perdidos entre el gentío.

Con el fin de poner orden lo primero que he hecho ha sido mandar a la guardia que despejase un pequeño espacio, luego me he subido a una carreta volcada que allí había y he dicho que quedarían excluidos de subir al tren todos los que se adelantasen a empujones. Luego he ido señalando a las familias con niños, a las que he dejado pasar en primer lugar. Pero se ha presentado la dificultad de que cada vez que eso ocurría había verdaderas ristras de gente que intentaban agregarse, mientras otras personas me dirigían la palabra hablándome una docena al mismo tiempo. He visto que el gesto mío de levantar en alto a un niño calmaba a la muchedumbre y por ello lo he repetido de vez en cuando; al cabo de dos horas hemos dejado instalado a todo el mundo en los vagones. Una vez más he recorrido de la cabeza a la cola el tren, donde las parisinas volvían ya a pintarse los labios, y he oído cómo una de ellas, que evidentemente me tomaba por una especie de portero de la estación, decía:

—*C’est celui qui a dit: doucement.*

Cuando me iba me he tropezado con el oficial de Estado Mayor que había logrado que volviesen a funcionar las comunicaciones y que, como si fuera un pequeño dios, adivinaba ya que toda aquella gente iba a pasar una mala noche, pues aún no estaba reparado el

puente de Orleans. Se me ha presentado como lector de mis libros y me ha dicho que está destinado a un puesto donde se conoce la guerra sobre todo por su lado nocturno. Me ha invitado a cenar mañana en el hotel Boule d'Or.

Por la tarde reunión de oficiales, para analizar la situación; una vez acabada, el coronel me ha retenido a mí y también al comandante. Me ha hecho entrega de la pequeña cinta blanca y negra con pasador de plata, a la vez que me informaba de que me ha sido concedida la Cruz de Hierro por la recuperación del artillero herido en el frente del Alto Rin.

Esto me ha traído a la memoria el episodio de Iffezheim, que ya había casi olvidado en el torbellino de erupciones de las últimas semanas. Enseguida he pensado en Spinelli y me ha venido al recuerdo el cuidado que en aquella ocasión tuvo de mi rodilla. Como los dos habíamos compartido aquel paseo, me parecía equitativo que también compartiéramos la condecoración. Así se lo he expuesto al coronel y por la tarde he tenido la alegría de ver a Spinelli con la Cruz.

Por cierto que con este motivo he visto de un modo especialmente claro la distancia que hay para mí entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Entonces las más altas condecoraciones por abatir a adversarios, hoy la pequeña cinta por un paseo para recoger a un herido. También es notable la distancia a que he quedado del fuego. Tiene razón Heráclito: nadie cruza dos veces el mismo río. Lo que en ese cambio hay de misterioso es que responde a modificaciones en nuestro interior — somos *nosotros* los que nos formamos el mundo, y *lo que* nosotros vivimos no está sujeto al azar. Es nuestro estado interior el que atrae y selecciona las cosas: el mundo es como lo hemos creado *nosotros.* Cada uno de nosotros es capaz, por tanto, de transformar el mundo — ese es el enorme significado que le ha sido conferido al ser humano. Y de ahí que sea también tan importante el que trabajemos en nosotros.

No es el rey el que otorga la recompensa más alta, es el aedo. De ahí que para mí esa recompensa, también por lo que se refiere a aquella primera guerra, no esté en la estrella de Federico el Grande; está en el poema *A mi hermano Ernst.*

Por la noche en un pequeño bar, donde he adquirido dos botellas de Veuve Cliquot. Me he permitido la broma de contarles a los

hombres que allí estaban sentados que aquella era mi ración ordinaria para cenar; me han mirado como si fuera un animal prodigioso. A este propósito me he enterado por boca de Monsieur Albert, mientras me preparaba la mesa, de que a las copas puntiagudas las llaman aquí *flûtes à Champagne* — una expresión que no conocía y que me ha divertido. Por cierto que los grupos de alegres bebedores usan también otras copas que se llaman *à pompette;* estas en lugar de pie tienen un anillo, así que no se las puede poner encima de la mesa sino boca abajo — es decir, hay que haber apurado antes su contenido.

Bourges, 24 de junio de 1940

Esta mañana he vuelto a dejar pasar como por una esclusa a mujeres y niños en la estación. Me había informado de la hora a que salía el tren, ya que ese hecho exige la presencia allí de una autoridad. Esta vez las cosas han marchado mejor; también me había llevado una gigantesca caja de galletas para los pequeños. Luego he ido a revistar los diversos puestos de centinelas en la ciudad; mientras lo hacía me ha llamado la atención el carácter acentuadamente latino de la muchedumbre, sobre todo en los barrios de las afueras.

Por la noche con Steinitz en el hotel Boule d'Or. Una inteligencia precisa, de buena calidad. Hay en todos los asuntos de la práctica un cierto número de seres humanos que forman la pequeña y bien diseñada ruedecita que da impulso y trabajo a la obra. En Steinitz he encontrado también, bien acuñado, uno de los caracteres propios de esta categoría de personas — a saber, una cierta ironía al impartir órdenes.

Pensamientos sobre el mando: no hay genios desconocidos. Cada uno de los humanos encuentra en la vida el puesto que le resulta adecuado. Nacemos exactamente con el potencial social que haremos realidad. Esto es algo que puede estudiarse en los barcos: en el momento de zarpar para una travesía la sociedad se recompone, por así decirlo, y siempre aparecen individuos que se empeñan en hacer creíbles y reales unas exigencias superiores a las suyas habituales. De esa manera se lleva a cabo una nueva medición del espacio social, pero a los tres días está ya restablecido el orden antiguo, el que viene de nacimiento. Un viaje por mar merece la pena aunque solo sea por contemplar ese espectáculo.

Sobre las diez de la noche se ha conocido la conclusión del armisticio; esto ha hecho que desapareciera de las mesas el vino de Borgoña y apareciera en grandes cantidades el champán.

Bourges, 25 de junio de 1940

La casa en que estoy alojado resulta agradable por cuanto su fachada da a un jardín y además es difícil de encontrar. Se halla a orillas del Yèvre, un riachuelo tranquilo, con numerosos brazos, en el fondo del cual brillan las plantas acuáticas y al que proporcionan sombra árboles que dejan pender sobre él su ramaje. Delante del mirador de la casa verdea una pequeña extensión de césped; rodéanla espesos arbustos y un talud de lirios la separa del agua. Una vieja columna se alza en el centro del césped, un rosal trepador de flores de color rojo claro rodea su piedra gris; hay además un gran guindo cargado de frutos prodigiosos. Como nadie los recoge, el exceso de maduración los hace reventar. También en los bancales las fresas de las cuatro estaciones se colorean de negro y caen del tallo; queda allí el blanco sépalo, que se parece a una bandejita de tarta. En este tranquilo jardín, que está como enmarcado por una selva virgen, tomo al mediodía un baño de sol mientras leo, y por la noche, después de cenar, recorro en barca el riachuelo, en el cual juguetean las truchas. Allí coloca también Monsieur Albert sus cañas de pescar.

Esta sombreada soledad, en la que Naturaleza y arte de vivir se equilibran de un modo tan bello, se extiende al borde de la Avenue Jaurès, que recorro a menudo en mi camino hacia el servicio, pero nunca sin dejar de recrear mis ojos en dos hermosos plátanos inusitadamente recios; plátanos de tales dimensiones no los he visto más que en la isla de Cos, en la de Rodas y en Esmirna. Un árbol como ese es el más bello símbolo de la actitud que por su puro existir hace presentes el poder y la dignidad; no cabe duda de que el plátano es un árbol que merece ser engalanado con cadenas de oro y que su cuidado se encomiende a guardianes especiales, como puede leerse en Heródoto.

También es notable la diferente manera como uno ve las plantas y árboles *conocidos* según los lugares en que se encuentran. Se trata de cambios de peso en los átomos, que escapan a la descripción: los cambios de aire, de agua y de tierra intervienen en la vida y el flujo de las savias. Presentimos así la cualidad inalienable, el sabor de los elementos del suelo patrio; eso es algo que solo en los poemas puede quedar reflejado para la memoria.

Por lo que a mí hace, muchas de esas cosas las leo también en los insectos, en sus formas nuevas y en el modo como cambia la relación entre las especies. Por cierto que hoy he estado ordenando algunas capturas que hice durante el avance; por ejemplo, la *Leptinotarsa* o escarabajo de la patata, que con sus larvas de un color rojo chillón se

comía, cual si fuera una sarna roedora, las matas de las patatas en los abandonados huertos de Essommes. No se me ha escapado el carácter paradójico de estas ocupaciones mías en medio de la catástrofe, pero al mismo tiempo me han parecido sedantes — en ellas se acusa una reserva de estabilidad y aun de temple civilizado. Además, desde 1914 he aprendido a trabajar en el ámbito del peligro. En los tiempos que corren es preciso disponer de una calma de salamandra si uno quiere alcanzar sus objetivos. Esto se aplica especialmente a la lectura y a su continuidad a través de fases buenas y de fases malas; si uno acarrea cada día unos cuantos ladrillos, al cabo de sesenta u ochenta años puede llegar a vivir en un palacio.

Siempre he considerado que mi afición a las cazas sutiles era algo lleno de sentido para mí; en cambio mis amigos, con la excepción de mi hermano Friedrich Georg, la han tomado por un rincón remoto, hoffmannesco, de mi mundo. Es cierto que a la persona singular le queda casi siempre oscura la razón de por qué se dedica a tales menesteres. A mí me parece, empero, que el alfabeto no me basta. Siento necesidad de una escritura que se asemeje a la egipcia o también a la china con sus centenares de miles de ideogramas; de ahí que haya adoptado esta escritura de los insectos, con la que participo en el festín de enteras celdillas de la colmena de la erudición acumulada en dos siglos, las cuales han sido llenadas de miel para que yo disfrute de ella. Esa es mi actitud en general con respecto a las ciencias del siglo XIX; son andamios en los que hago lo que me place. De ese modo alcanzo una serie de puntos, de tipos, de multicolores incrustaciones que recubren el mundo cual nudos de una red. Uno realiza así en las cosas cortes más sutiles que con las palabras; pero lo lujoso de este método está en que únicamente puede ser utilizado para goce propio y rehúye ser comunicado a otros. Yo, desde luego, no logro ver esa actividad mía como un extravío. Lo mismo me ocurre con mis sueños — en ellos no me alejo de mi esfera propia, sino que la profundizo y amplío.

Llevamos puestos los siglos delante de nuestros ojos como filtros que se interponen entre nosotros y las cosas; esos filtros son los que confieren a estas últimas su colorido. Me estará permitido decir que el siglo XX es el que crea para mí la iluminación propia, y eso hasta en las profundidades de los sueños. Luego viene el siglo XIX, y después el XVIII.

Al ver los muertos de las afueras de Montmirail tuve el sentimiento de que me faltaban esos filtros — es decir, la imagen quedaba fuera del marco de la historia. Allí vi lo absoluto, la estructura esencial, e intuí la presencia de poderes de los cuales lo

único que conocemos, desde hace ya mucho tiempo, son solo sus nombres abstractos — esos poderes no son eternos, pero su dominio perdurará mientras exista el tiempo. Allí en Montmirail sentí su temible triunfo.

Lo absoluto se expresó allí también en el hecho de que por primera vez en mi vida estuviera saciada mi sed de imágenes. Más que eso — había visto más cosas que las que deseaba ver; me parecía al espectador de una obra teatral que toma un rumbo desconocido, al caminante por un paisaje riquísimo que de repente, una vez franqueado un angosto desfiladero, se vuelve simple y horrible. En tales ocasiones se apodera de nosotros un sentimiento de impotencia; nos percatamos de que fallan nuestros medios históricos, filosóficos, morales, de los cuales estábamos tan orgullosos, y de que hemos menester otras armas.

Un pensamiento que se nos escapa se parece a un pez que se suelta del anzuelo. No deberíamos perseguirlo; sigue alimentándose en las profundidades y regresa luego con más peso.

Bourges, 26 de junio de 1940

Al atardecer una visita, que se ha hecho anunciar cautelosamente por Monsieur Albert — un hombre joven, que me ha escudriñado con miradas interrogadoras. Era el hermano de la dueña de esta casa que ocupo y me ha parecido posible que llevase el uniforme del ejército francés no hace muchos días todavía. Me ha explicado que era ingeniero, que se dirigía a Sens para poner en funcionamiento unas fábricas destruidas en aquella ciudad, y que aprovechaba su paso por Bourges para preguntarme si le permitía llevarse un retrato de su hermana que estaba en el dormitorio. Tenía un buen porte, pero parecía sufrir mucho; lo he leído en sus ojos.

De ahí que inmediatamente lo haya conducido al piso de arriba, y como viera que contemplaba los pasillos con ojos tristes e inquisitivos, he hecho como si le hubiera entendido mal, y aunque me había indicado la habitación del ala izquierda lo he llevado por el ala derecha, a través de todo el piso. De esa manera ha tenido ocasión de ver la propiedad sin violencia ninguna. Luego ha descolgado de un clavo el retrato de su hermana y yo le he hecho entrega de un pequeño anillo de oro, un anillo de sello, que recordaba haber visto, y cuya pareja llevaba él puesta en un dedo. También le he animado a que diga a su hermana que vuelva, a fin de que no pierda de vista una posesión tan hermosa como esta — me ha preguntado, y su mirada

volvía a ser interrogadora, si eso era posible. La lengua francesa dispone para tales ocasiones de unos giros hermosos y fijos, por lo que he podido limitarme a contestar que yo no veía en ello nada *inconvénient.*

Luego se ha retirado con prisa y, a lo que me ha parecido, un poco más calmado que cuando llegó. La visita de este hombre me ha llevado a pensar sobre cuestiones de la propiedad y en especial sobre cuestiones de la felicidad y la infelicidad. Qué son los bienes que nos rodean — en el instante en que todo se desploma regresamos apresuradamente a nuestro rico domicilio y lo único que de él nos llevamos es un pequeño cuadro. También me ha parecido haber visto un poco el fondo del alma de este hombre y haber leído allí ciertas cosas de las que tengo conocimiento por propia experiencia. En los momentos críticos en que nuestra patria yace por tierra aprendemos a conocer la fuente más honda del dolor, de la cual no son sino minúsculas venas de agua todos los sufrimientos individuales que nos afligen.

Por la noche se ha celebrado delante de la catedral un gran desfile con antorchas del Cuerpo de Ejército en el que hemos estado encuadrados durante el avance. He participado en el desfile en medio del grupo de los nuevos condecorados con la Cruz de Hierro. Los viejos pilares y ojivas de la catedral brillaban con el rojo resplandor de las antorchas y con los rayos de los reflectores; por desgracia el gran pórtico, con su famosa escena del Juicio Final, que me hubiera gustado ver, seguía tapado por un ancho cinturón de sacos terreros.

Una y otra vez he tropezado en mi vida con instantes en los que el teatro del mundo y el teatro de la realidad coincidían en mi consciencia — instantes que me nutren de historia e impiden que me deslice enteramente en la contemplación. En esos momentos los seres humanos parecen estar cargados de magnetismo — así hoy he tenido la impresión de que la banda de música no tocaba, sino que era tocada. Ciertamente era el esfuerzo humano el que levantaba los palillos de los tambores e incluso la batuta del director, pero eso no tenía más que un significado secundario. Yo intuía los hilos que mueven el juego de las marionetas. A veces los seres humanos nos reunimos para formar constelaciones de esa índole y luego nos dispersamos, como cartas que se dejan de lado una vez terminado el juego.

Bourges, 27 de junio de 1940

A la hora del almuerzo he recibido la visita de Madame Cécile, a quien conocí junto al tren de París al proporcionarle una información que me pidió. Monsieur Albert había comprado en la ciudad muchas y muy variadas cosas buenas, a las que ha añadido un dedal de Hospices de Beaune. También hemos tocado unas cuantas veces la *flûte à Champagne.* Madame Cécile es una mujer de mucho *charme,* pero casi carente de individualidad; no obstante, quien es sincero prefiere eso a lo contrario. Está divorciada, tiene dos hijos que se encuentran en casa de la abuela y de los que habla con agrado, más o menos como lo haría una jardinera refiriéndose a su jardín:

—Cuando hace calor les pongo un traje de baño y los dejo que jueguen; y por la noche les doy una ducha con agua que haya estado expuesta al sol. Tienen unos cuerpos muy hermosos.

A continuación en el jardín, donde me he hecho instruir sobre los nombres franceses de las flores; por ejemplo, sobre el de la *Federnelke* [clavellina de plumas], que en francés se dice *oeillet de poète,* sobre el de la *Judenkirsche* [alquejenje], que aquí se llama *amour en cage,* y sobre el del *Löwenzahn* [diente de león], cuyo nombre francés es *pissenlit* y resulta un poco rústico. Luego he ido a la cocina a hablar con Monsieur Albert, pues me había parecido que hoy no había servido la mesa tan contento como otras veces. Cuando le he preguntado, me ha mirado enseguida a los ojos y ha dicho:

—Por lo que a usted se refiere, *mon capitaine,* no lo olvidaré nunca en mi vida. Y si alguna vez pasa usted por mi pueblo, encontrará allí la mejor comida que yo haya preparado nunca.

A hora avanzada ha llegado Rehm con dos cartas de Perpetua.

Bourges, 28 de junio de 1940

Al mediodía hemos almorzado en el Palais Bourbon. En el salón comedor, un poco destartalado, cuelga un gobelino al que el paso de los siglos ha puesto amarillento, pero que sigue siendo maravilloso; representa a Ónfale con sus hijos. Este género de la alta artesanía tiene de único y lujoso lo siguiente: los vestidos son a la vez *materia prima* de la figura y trabajo realizado. Es decir: mientras que de ordinario el fondo del cuadro no apoya sino de manera limitada la impresión producida, aquí ese fondo se convierte él mismo en imagen, por cuanto el tejido del tapiz se identifica con el tejido de los vestidos representados. Y así las personas emergen de la profundidad corporal y saltan del marco con una vida que sería completamente inalcanzable de otro modo. Se parecen a mariposas pintadas que estuvieran

provistas de alas de verdad. De ahí que los asuntos que se recomiendan para este arte sean aquellos en los que se puede representar un gran número de figuras ataviadas con ropajes muy lujosos.

Por la tarde visita de Madame Cécile; me ha dado una hora de clase de francés. Distinciones — primero en el jardín, entre *le châtaignier* y *le marronnier.* Luego, durante la cena, entre *goûter* y *déguster.* Finalmente a orillas del río, junto a la pequeña isla donde están colocadas las cañas para pescar truchas, entre *pêcher* y *pécher,* con ilustraciones.

Bourges, 29 de junio de 1940

Carreras de caballos detrás del Arsenal y en el campo de maniobras. Después, en el palacio, almuerzo, preparado por el señor Cambut, del restaurante Escargot d'Or. Comenzó con el animal de su escudo, el caracol común o de viña, que estaba excelentemente condimentado con hierbas aromáticas, y terminó con una ensalada de frutas aromatizada con licores finos. Todo esto acompañado de constantes descargas de los tapones de Veuve Cliquot.

Tras las rudas fatigas de las marchas nos hemos sumergido aquí en un baño tibio y vivimos como normandos que hubieran invadido un país de vino. Aunque solo sea por tener una visión completa de la guerra, estoy contento de que se me haya otorgado también el contemplarla desde otro lado diferente — desde el lado del movimiento en un espacio abierto, cosa que no conseguimos en 1918.

Bourges, 30 de junio de 1940

Paseo dominguero por el cementerio de Saint-Lazare. Hasta en estos lugares me llama la atención la escasa relación que los latinos tienen con la Naturaleza, y cómo se les ha otorgado, en cambio, una relación intensa con la sociedad. Este paseo de hoy me ha recordado un paseo que di en otro tiempo por el cementerio de Montparnasse, por el que deambulé como si fuera una necrópolis, y también el que di por el cementerio de Palermo, con su fasto marmóreo.

He pasado la tarde redactando un escrito: *Denuncias contra desconocidos,* otro trabajo *pour le roi de Prusse,* o sea, inútil. En todos los ejércitos ha de contarse con abusos; es cosa que no tiene mayor importancia, con tal de que jamás se pierda la *medida* del honor. Esto vale también para la vida del individuo, vale para todos nosotros: el ser humano puede cometer faltas, a condición de que se conserve en él

el germen, la célula de la vida justa. Si esto ocurre, sanará por sí solo. El castigo ha de apoyar ese proceso y ha de hacerlo mediante el dolor — este es no tanto el sentido pedagógico del castigo cuanto su sentido trascendental. En los casos graves será la muerte la última posibilidad de curación.

Bourges, 1 de julio de 1940

Madame Cécile. En el jardín charla sobre la buena cocina; por ejemplo, sobre la sopa de cebolla y la manera como se la come los días de diario y como se la come los domingos. Luego sobre la empanada de conejo de monte: antes de recubrirla de masa y de meterla en el horno para que se tueste por encima, se practican en ella con el dedo pulgar unos agujeros y se los rellena de coñac viejo. Finalmente sobre las «alondras al canapé». Donde los alemanes decimos *bräunen* [tostar] emplean los franceses una expresión más elegante: *dorer*. En general la distinta manera de asir con las palabras los significados — las palabras son como pinzas que cogen los mismos objetos, pero que divergen en su forma. A menudo se adopta también, en expresiones un poco raras, la misma solución en los distintos idiomas; así hoy me ha llamado la atención este hecho en la palabra *la culbute,* que los alemanes decimos *der Purzelbaum* [la voltereta].

Luego conversación sobre su marido divorciado. Cuando uno puede contemplar a los varones a través de la óptica femenina, aparecen a una luz diferente, a una luz que ciertamente no incide sobre ellos con un rayo derecho, pero que en cambio hace visible también su parte posterior, la otra cara. Propiamente nos vemos unos a otros *en face.* Cómodamente sentado en el soleado jardín, he co-disfrutado un poco la superioridad secreta, gatuna, con que una criaturita como esta contempla en su campo de visión a los varones. En estos gabinetes no somos a menudo sino una fuente de diversión en aquellos puntos donde más fuertes nos sentimos.

Bourges, 2 de julio de 1940

Ultimo día en Bourges. Por la mañana, con Spinelli, en tiendas de anticuarios a la busca de grabados y de láminas coloreadas; no hemos encontrado nada especial. Por la tarde Madame Cécile, que se ha quedado también a cenar y que como despedida me ha hecho entrega de una carta que no deberé abrir hasta mañana.

He oído decir que emprenderemos una marcha a pie hasta Zweibrücken y que allí subiremos al tren el 25 de julio para viajar hasta Bergen; luego nos darán permiso por tiempo indefinido. Mucho

antes de lo que nadie hubiera imaginado habría acabado así esta campaña.

Les Tallans, 3 de julio de 1940

Marcha a pie hasta la región de Henrichemont, donde hemos pernoctado en la alejada granja Les Tallans. Por el camino fui cabalgando junto a Hilbrecht, al que me gusta oírle contar cosas y en el que he descubierto un tipo especial de soldado.

—La primera vez que oí: «Cargar con bala y poner el seguro» experimenté los mismos sentimientos que un confirmando delante del altar.

Una vez que llegamos a Les Tallans vacié media botella de vino y luego dormí dos horas en mi cuarto; el piso de la habitación era de losas de piedra; a pesar del calor que llegaba de los campos, la habitación estaba muy fresca, y no había en ella mucha luz. En esta vieja granja, en la que se conservan todavía intactas algunas partes desde el siglo XIV, el tiempo fluye más despacio, a mi parecer — así, la casa se caldea únicamente con el calor del fuego de la chimenea y para el alumbrado se utilizan exclusivamente velas de cera. El cajón de mi mesilla de noche lo encontré forrado con un periódico de 1875.

Con el sol ya bastante bajo me di un paseo por los campos — nos hallamos aquí en el antiguo condado de Berry, que a mí me agrada mucho. Es notable el modo como cultivan aquí la tierra: grandes pastizales, escasos campos de labor — todo ello cercado por altos setos, por encima de los cuales asoman recias encinas, manzanos, chopos, y castaños con sus ristras de flores blancas. Los caminos discurren bajo la sombra de los árboles, y se asemejan a espesos emparrados; pero desde lo alto de los cerros se disfruta de una perspectiva abierta. De este modo ofrece esta zona al mismo tiempo un lado despejado y un lado laberíntico.

Parassy, 4 de julio de 1940

Poco después de la medianoche nos reunimos en la cocina de Les Tallans a tomar café; nos hacían compañía la dueña de la granja, la cocinera y una maestra. Las tres mujeres estaban sentadas en la placa elevada de la chimenea y de repente comenzó a arder, echando llamas, la leña carbonizada que estaba apoyada en los morillos; ello dio ocasión a toda clase de bromas. Estábamos de ese humor que a veces es peculiar de estas horas; existe una especie de borrachera matutina.

En ese estado de ánimo estuvimos charlando sobre las *bassinoires:* son unos utensilios anchos, redondos, parecidos a sartenes, fabricados en cobre rojo, en los cuales se colocan las brasas. Tienen unas tapaderas agujereadas, cuyo diseño es con frecuencia muy variado. Disponen de un largo mango de madera y con ellos se caldean las camas antes de irse a dormir; pero han dejado de usarse, pues precisan servidumbre. La dueña de la granja hizo el elogio de aquellos utensilios y con ese motivo empezamos a discutir, un poco rabelaisianamente, sobre las ventajas de los diferentes modos de calentar las camas; al final se llevó el premio «la esclava circasiana de dieciséis años».

Luego marcha hasta Parassy, donde he pernoctado en la casita de un obrero. Aquí se ha despedido de nosotros el teniente coronel Vogler. Lo sucede en el mando de nuestro batallón el comandante Dr. Otto.

Granja Les Cadoux, 5 de julio de 1940

A la una de la madrugada me ha despertado el dueño de la casa donde me alojaba:

—Ha sonado el despertador.

Al principio marcha nocturna, luego diurna. Hacía mucho bochorno cuando sobre el mediodía hemos cruzado el río Loira por el gran pontón de barcas construido cerca de Bonny.

Alojamiento en la pequeña granja Les Cadoux. Sus dueños habían regresado a ella poco tiempo antes y estaban muy contentos de hallarse otra vez en su hogar. Aunque durante su ausencia habían perdido muchas cabezas de ganado y gran cantidad de enseres domésticos, los encontré muy alegres, más aún, llenos de una serenidad interior que me ha impresionado vivamente. En esa calma intuía yo como unas nuevas nupcias de aquellas personas con el suelo de sus antepasados, el recuerdo de aquel acto sagrado que fue la primera toma de posesión de la tierra. En ese estado conviértense en fuente de alegría todos los trabajos, todos los quehaceres — en ellos se descubre lo que es único, lo que está lleno de significado para todos los tiempos y recubre con su tejido la vida cotidiana; por detrás de los dolores brilla de súbito la Vida con una profundidad nueva y dichosa.

Maison La Fumée, 6 de julio de 1940

Despertado a las cuatro de la madrugada. Marchado bajo un calor creciente hasta Mézilles, donde hemos hecho el alto del mediodía

encima de un cerro pelado. El pozo de la pequeña granja en que he hecho llenar las cacerolas tiene más de cincuenta metros de profundidad y ha sido perforado a través de la marga. Con un bochorno cada vez mayor hemos llegado al atardecer a la zona de Toucy y aquí nos hemos quedado en la granja que arriba va indicada. Los hombres se han comportado como verdaderos soldados de infantería, es decir, seguían andando hasta que caían al suelo agotados. Unas veces en un sitio y otras veces en otro salía de las filas un hombre, pero no por ello disminuía la velocidad de la marcha. También yo estaba realmente extenuado.

En el momento en que llegábamos a la granja descargaba un buen aguacero. Luego me ha producido una gran alegría el ver, como todos los años, azucenas de la Virgen; en el jardincillo de la granja florecía una hermosa mata de esa planta. Acerca de ella he estado charlando con la dueña y me ha contado que de sus flores y hojas se extrae, metiéndolas en alcohol, un remedio prodigioso para detener las hemorragias.

Esta mujer como carácter: baja, delgada, sumamente enérgica, ojos agudos de ave de presa, mentón estrecho. Se mostraba muy superior a su marido; este perdió enseguida la cabeza al ver el gentío que como un chaparrón se le venía sobre la casa. Ella, en cambio, por poner un ejemplo, se ha preocupado inmediatamente de que fueran llevados a otro sitio los caballos, que ya habían empezado a mordisquear las coles y otras plantas de su huertecillo; para ello me dijo que la humedad perjudicaba a las bestias. Ella misma fue con los soldados a enseñarles dónde estaban las cuadras y el heno; pero antes se había preocupado de que a mí me fueran servidos unos huevos y un vaso de vino, pues sospechaba que era yo el que decidía si llovía o brillaba el sol. He estado luego reflexionando sobre este tipo humano y sobre el hecho de que tan gran dispendio de voluntad lo único que consiga sea asegurarse un modesto puestecito en la vida.

La Tuilerie, 7 de julio de 1940

Despertado otra vez a las dos de la madrugada. Para lo que queda de camino hasta Alemania he sido nombrado jefe del destacamento avanzado cuya misión es preparar los alojamientos, así es que me he adelantado en coche, pasando por Aillant, Senan, Joigny, Bussy, hasta la zona de Dixmont y he dispuesto alojamientos para nuestro batallón en La Tuilerie.

Aquí estoy instalado en una confortable casita llamada «Clos des Roses», cuyo propietario vive a medias como funcionario jubilado de

la policía y a medias como labrador. En su hogar disfruto, acompañado de Rehm, de eso que los soldados llaman, desde que existen las guerras y las marchas, «un buen alojamiento». Ciertamente es preciso saber alumbrar primero los manantiales de la abundancia; de ahí que a nuestra llegada hiciera que se me presentaran los niños y entregase a cada uno un obsequio para su hucha. Y así ha habido más tarde huevos fritos, conejo, judías verdes, patatas con aceite y vinagre, y queso; también han acudido los niños uno detrás de otro, como hormigas, trayendo cositas para después de comer; así Léone, la hijita, ha acarreado ron para el café que antes nos había servido su hermanito. Una y otra vez se encuentran de este modo casas a las que la llegada de un soldado pone en un estado de excitación dadivosa, cual si se hubiera sentado a la mesa el insaciable Heracles en persona.

En mi habitación vuelvo a encontrar el mismo suelo que ya me llamó la atención en Montmirail; rojas baldosas de ladrillo, cuya forma es igual que la de las celdillas de los panales y a las que se les ha dado un barniz reluciente. Este enlosado es fresco, sencillo, su racionalidad entra por los ojos.

Por la tarde paseo por los campos y junto a los cerros, en cuyas laderas había grandes superficies de escabiosas de color lila, con algunas plantas aisladas de amor de hortelano de color amarillo oro; todo ello formaba un dibujo muy propio del verano. A lo anterior se agregaba el ondulado zumbido de los abejorros y de los cárabos dorados. La visión de las escabiosas sigue produciendo en mí un efecto que cabría calificar de electrizante: cuando era niño creía que quien cortaba una flor de esa planta atraía una tempestad.

Al borde de los caminos y en la propia ciudad había grandes montones de pedernales, que parecían salir de la marga para husmear; aquí se utilizan en la construcción de las casas. A la luz del sol esas piedras relucen con tonos rojos de cornalina, con tonos rosados, con tonos grises de nube; son como montones de piedras preciosas en el país de los tesoros.

La Tuilerie, 8 de julio de 1940

En sueños tenía una discusión con el coronel Von Taysen. Él estaba sentado a su escritorio y me hacía entrega, una vez que nos dijimos todo lo que teníamos que decirnos, de un voluminoso cartapacio. Yo me lo llevaba a casa para estudiarlo y lo encontraba lleno de atestados, interrogatorios y dictámenes. Se trataba de un asunto de honor, cuyo origen estaba en lo siguiente: en un «juego de guerra» sobre la batalla de Salamina habían surgido disputas porque el

conjunto de los oficiales se puso de parte de los persas, mientras que el nuevo comandante defendió a los griegos. En los interrogatorios yo leía con asombro una serie de importantes alegaciones en las que se aseveraba que los griegos eran representantes de principios inferiores y derrocadores de órdenes y dinastías antiguas; también había hermosas descripciones de la vida que se hacía en las guarniciones de Babel, Sardes, Ecbatana.

Todo aquello no era, sin embargo, otra cosa que un panorama, un arabesco, por así decirlo, de mis relaciones espirituales con Taysen. En general es notable el modo como se me aparecen en los sueños personas a quienes conozco — también aquellas con las que he sido injusto y en las que siempre pienso con una cierta perplejidad cuando me vienen a la memoria. Cuando he soñado con ellas desaparece ese sentimiento, es como si me hubieran perdonado.

Paisy-Cosdon, 9 de julio de 1940

Otra vez me adelanto a la tropa; por Dixmont y Villeneuve, a Paisy-Cosdon. En el automóvil me ha llamado la atención la manera como los faros reflejan la carretera. En su figura parabólica de metal liso se reproducen con gran nitidez los objetos, por ejemplo las casas y los árboles, que luego van disminuyendo, girando sobre una curva. Son así llevados de manera continua hacia el punto cero y desaparecen en la nada. El conjunto se asemeja a un aparatito destinado a explicar filosofemas indios; he de consultar a mi hermano Physicus sobre la teoría de ese aparatito.

Por la tarde baño en un arroyo estrecho, bordeado de altos cañaverales, donde corría un agua rápida, helada, de un color gris verde lechoso. Luego, bajo un sol tórrido, he estado meditando en la sucesión que se da en las creaciones de un autor. El *opus* es comparable a una casa a cuya entrada se llega por una carretera pública. Las obras tempranas se apoyan en los modelos aceptados y solo con el paso de los años va formándose un estilo propio. El autor conduce al lector hasta su mundo haciéndolo atravesar una serie de estancias que cambian poco a poco.

Por la noche conversación con el dueño de la casa en que me alojo, un viejo obrero que en la guerra del catorce estuvo frente a mí en la acción de Regniéville, cuando atacamos. Ha dicho:

—Allí tuvimos que dejar parte de la piel.

Durante esta charla ha vuelto a llamarme la atención la diferencia

que hay entre el término francés *hommes* y el alemán *Menschen.* Es notable el sentimiento de comunidad, de camaradería, que la Gran Guerra ha dejado en cuantos en ella combatieron, con independencia de cuál sea su idioma. Es el signo de reconocimiento de una importante intervención.

Villechétif, 10 de julio de 1940

Por Troyes a Villechétif. En Troyes grandes destrucciones. Los arrabales de la parte oeste han sido reducidos a cenizas, y lo que queda de las paredes se parece a un conjunto de celdillas que dibujasen muestras en el terreno. Por la tarde paseo hacia la parte de Belly; en pleno bosque he tropezado con una pequeña tumba cuya cruz tenía colocada en su extremo superior una lata de conservas. A lo que parece, el ser humano tiende por instinto a poner un remate a las tumbas; la primera vez que tuve esta idea fue cuando vi en los cementerios mahometanos turbantes de piedra.

En un carro blindado destruido he encontrado cartas, cartas de amor dirigidas a soldados, y también documentos secretos que incluían descripciones sobre el modo de colocar minas.

Dienville, 11 de julio de 1940

Por Piney y Brévonnes, en coche, a Dienville, que está ya atestado de gente. El milagro de conseguir alojar aquí todavía un batallón más y una compañía de sanidad lo he logrado visitando a los comandantes y rogándoles que se apretasen un poco para hacernos sitio.

En lo último en que piensa el hombre honrado es en sí mismo — y así ha ocurrido que por la tarde era yo el único que aún no tenía alojamiento; de ahí que me haya producido auténtica alegría el descubrir en una callejuela lateral una habitacioncita a la que, al parecer, aún no le habían salido novios. La gorda dueña de la casa me la ha mostrado muy afablemente, pero al final ha dicho que, para que todo quedase claro, aún tenía que mencionar una insignificancia, a saber: que en aquella habitación había fallecido pocas semanas antes su marido de una enfermedad contagiosa. He renunciado a la habitacioncita y preferido seguir buscando, como seguramente habrán hecho antes que yo muchos otros — pues en tales habitaciones uno mora no solo con el cuerpo, sino también con la fantasía.

Finalmente he dado con una casita que, abandonada por sus habitantes, ofrecía el aspecto de una cueva de ladrones. Ayudado por dos valientes damas del vecindario, una madre y su hija, y por dos

ordenanzas, he logrado poner otra vez en condiciones aquel montón de ruinas y he hecho que alguien me prestase un poco de ropa de cama. Al parecer había ido yo a parar a un rincón de la ciudad de costumbres un poco livianas, pues aún se ha presentado una tercera vecina a prestar ayuda; robusta y elástica como las hermosas mujeres que aparecen en Villon, se ha puesto a mencionar todo tipo de coquetos temores — era realmente una de esas mujeres que provocan a los hombres. Así ha preguntado, antes de subir al desván con dos ordenanzas, si allá arriba no se la comerían, y cuando por fin se ha despedido ha comentado que el mobiliario de la casa estaba completo y lo único que faltaba era la mujer. Poco después ha vuelto a entrar corriendo, un poco sofocada, y me ha preguntado:

—*Capitaine,* ¿entre ustedes está realmente permitido levantar las faldas a las mujeres?

—Desde luego que sí — si ellas están de acuerdo.

—Ah, gracias, eso era lo que quería saber.

Y ha vuelto a salir corriendo. Siempre se encuentran tipos humanos cuyo gusto concuerda con el desorden.

Por la tarde en la iglesia, donde estaba celebrándose un funeral. El cura era un hombre de edad avanzada, de compostura muy digna, tenía un rostro bien tallado: una mezcla de figura campesina, aristocrática y clerical. Vestimenta: una capa pluvial negra bordada con cardos de plata, y un birrete negro con una borla roja encima. Ha dado dos veces la vuelta al ataúd, primero incensándolo y luego rociándolo con agua bendita. Los monaguillos llevaban un roquete blanco con un fajín negro; entre canto y canto se cruzaban a veces entre ellos sonrisas pícaras. Fiel a mi costumbre de acompañar en cualquier país del mundo a muertos desconocidos, me he sumado al cortejo fúnebre.

Después, en el jardín del castillo, paseo por las orillas del río Aube. El agua era rápida, fría, de un hermoso color verde, casi como en la parte alta del Inn. El efecto causado por las aguas coloreadas llega a ser mágico cuando corren por un lecho blanco de cantos relucientes. Allí he estado meditando sobre mi misión, sobre viajes, pero especialmente sobre el efecto que he de alcanzar con la palabra. Hace un año todavía me parecía que lo más alto era la alquimia, el influjo invisible sobre fuerzas y cosas por medio de fórmulas mágicas, por medio del encantamiento. Pero me parece que mejor aún que eso es que las palabras, como si fueran alas, nos lleven a aquellas zonas en

cuyo éter ingrávido no se tiene ya precisión de alas. Alguna vez nos desprenderemos también de estas envolturas multicolores.

Vaux-sur-Blaise, 12 de julio de 1940

Tras haber comido todavía en mi cueva de ladrones me he dirigido en coche a Vaux-sur-Blaise, atravesando Chaumesnil, Soulaines, Doulevant y Dommartin. En el ayuntamiento de Vaux-sur-Blaise he tropezado con unos excelentes funcionarios, exactos en su modo de indicarme dónde había posibilidades de encontrar alojamientos y, en general, en su manera de ayudarnos a solventar las tareas propias del destacamento avanzado. También el *maire,* que el día anterior me había acompañado en mi caminata por Dienville, era un hombre muy ágil, pese a tener setenta y dos años y estar enfermo. He descubierto aquí entre los alcaldes un tipo humano que me agrada — capaz de afrontar también situaciones delicadas y dotado de un sentido innato para el bien público.

Una vez realizada la distribución de los alojamientos para la tropa, me he instalado en casa del párroco, el cual me ha servido en la cena un buen vino de Anjou — el color del vino era amarillo tostado, como el de la variedad oscura del ámbar, y su sabor era agradable. Mientras cenábamos hemos estado hablando de su colega de Dienville: lo conocía, y el elogio que de él ha hecho ha venido a confirmar la impresión que yo había sacado de sus rasgos fisonómicos. Después hemos charlado sobre el simbolismo de los entierros; en este punto mi anfitrión ha empezado a abandonar su anterior reserva y de vez en cuando movía la cabeza al tiempo que decía afablemente: *Tiens, tiens, tiens.* Me ha explicado que los cardos que yo había visto en la capa pluvial del cura de Dienville eran un adorno debido a un gusto individual, pero, que, sin embargo, el cardo posee categoría de símbolo en el orden cristiano.

También este párroco y su ama de llaves habían huido, como lo había hecho todo el mundo en aquel pueblo; les habían contado que los alemanes fusilaban a los curas. Su relato de aquella huida ha sido muy instructivo para mí, pues daba explicación de los numerosos automóviles quemados que yo había visto a lo largo de las carreteras. Habían partido a primera hora de la mañana; el párroco iba en un gran carro de los que se emplean para recoger las cosechas y el ama de llaves se instaló en un automóvil que ya estaba averiado y que era remolcado por el carro. Las carreteras se encontraban atestadas de tropas que marchaban y de habitantes que huían. Antes de llegar a Dommartin resonaron unos gritos de espanto:

—Que vienen — *les voilà!*

Aparecieron nueve stukas a gran altura, que se lanzaron en picado sobre ellos ululando con sus sirenas, disparando sus ametralladoras y arrojando bombas. Todo el mundo saltó de los vehículos y se puso a cubierto en la cuneta. Las explosiones de las bombas levantaban el piso de la carretera. El párroco se pone otra vez en pie y oye que le gritan:

—Tírese al suelo, que vuelven.

—Pero esto me era imposible, pues oía los gritos de los heridos y de los moribundos, a los que era preciso dar la absolución. Eran demasiados y por ello les impartí la absolución general.

En aquel instante llegó el segundo ataque y el párroco fue derribado por un casco de metralla que le atravesó el muslo. También comenzó a arder el automóvil, así que el ama de llaves sufrió quemaduras a consecuencia de una llamarada que de él salió. Al párroco se lo llevaron en unas parihuelas; de su brazo colgaba la bolsa donde iban los tesoros de la iglesia. El ama de llaves perdió su rastro, continuó hasta la Côte-d'Or y finalmente fue internada en un hospital militar alemán, donde le curaron la piel, que le colgaba a tiras de los pies. La mujer regresó más tarde a Vaux, adonde entretanto había vuelto también Totó — el perro, que había desaparecido después de la explosión y que posteriormente fue capturado en los bosques. Hacía solo unos días que el párroco había salido del hospital, y, teniendo en cuenta las cosas que le habían ocurrido, me ha dejado asombrado su buen humor. Sabía montones de chistes y de anécdotas, con los que sazonaba la conversación. He aquí algunos. Al ofrecerle yo un cigarrillo, lo ha rechazado y ha contado lo siguiente:

El Papa ofrece a un cardenal una toma de rapé.

—Doy las gracias a Su Santidad, pero no tengo ese defecto.

—Si fuera un defecto, lo tendría.

O, para ilustrar el incremento de los adulterios en las zonas rurales:

Un hombre duro de oído ve cómo el pregonero del pueblo está anunciando algo y le pregunta al vecino qué ha dicho. Este, un guasón, le responde:

—Que todos los cornudos se presenten hoy por la tarde en la

mairie.

A lo que el duro de oído replica:

—Pues recógeme al pasar.

Sobre la diferencia entre la cocina francesa y la cocina suiza:

En la mesa de un hotel en Ginebra. El suizo:

—Come usted mucho pan.

El francés:

—¡Y usted come mucho de todo!

Madame Louise, que así se llama el ama de llaves, no se había recuperado aún del fuerte choque nervioso que había sufrido; hablaba sin parar, no soportaba ver un fusil ni oír un avión, y hasta la campanilla de la puerta la sobresaltaba. Le he gastado una broma diciéndole que, perteneciendo ella en cierto modo al clero, no debía tener tanto miedo.

—Sí, pero como aquí soy muy útil, no le hago falta todavía al buen Dios.

Así ha transcurrido muy agradablemente la velada, entre bromas de todas clases.

Claire-Fontaine, 13 de julio de 1940

Por la mañana paseo, primero hasta una fundición cercana, donde he estado contemplando el raudo girar de una gigantesca rueda hidráulica de hierro, luego hasta Domblain. Aquí me he tomado un descanso en una ermita, en cuyos muros corroídos por la acción del tiempo se transparentaban, bajo los desconchados de la cal, unos frescos muy antiguos. El techo estaba en muy malas condiciones, a punto de derrumbarse; palomas y gorriones revoloteaban ya en el coro. Mi caminata me ha llevado por campos de labor que estaban devastados por la dorífora o escarabajo de la patata. He visto grandes cantidades de larvas, pero pocos individuos adultos. Cuando se los toca expelen un líquido amarillo por las articulaciones — parece que los pájaros desdeñan este animal, igual que rechazan muchos crisomélidos. Por cierto que el mencionado líquido amarillo es el color básico de la paleta; los colores de este insecto van del amarillo claro al gris casi negro — la Naturaleza aplica unas veces una capa ligera y

otras una capa espesa.

Al mediodía en casa del párroco, para degustar una *jardinière* preparada por Madame Louise: guisantes, patatas, judías verdes, cordero. Luego despedida; el párroco ha comentado que los seres humanos nos vemos obligados a separarnos apenas hemos comenzado a conocernos y estimarnos. Esto me ha gustado: en los alojamientos yo voy un poco a la captura de personas.

Por Morancourt y Joinville, a Pancey, uno de los villorrios más chicos y míseros que he visto en mi vida, con destrucciones que vienen de la guerra del catorce y con casas abandonadas, pues los habitantes han dejado sencillamente en la estacada sus posesiones, cosa que puede comprenderse muy bien. Aunque he ampliado hasta Effincourt la búsqueda de alojamientos, todo lo que he podido lograr ha sido una especie de vivac mejorado. He regresado en coche a Thonnant y en esta población me he alojado en una casa situada junto a la carretera, que me ha sido ofrecida por una amable mujer nada más preguntarle. Molestias de estómago; en la casa me han preparado un té, y al preguntar por una bolsa de agua caliente me han traído una plancha envuelta en un trozo de franela.

Vivo junto a la carretera y en un lugar poco seguro; no obstante, también en esta ocasión he seguido mi vieja afición de no cerrar la puerta del dormitorio. No se debe excluir a la diosa Fortuna. Bien es verdad que lo único que la realidad trae son borrachos y atracadores.

Claire-Fontaine, 14 de julio de 1940

Por la mañana he intentado todavía mejorar un poco los alojamientos y luego me he dado un paseo a pie por los áridos campos del Alto Marne. Pobreza, granjas abandonadas, suciedad.

La dueña de la casa en que aquí estoy alojado echa de menos a su marido. Ella se quedó en el pueblo hasta que cayeron bombas cerca de su domicilio; entonces se introdujo a rastras, con los dos hijos de su criada, en una tubería del alcantarillado que pasa por debajo de la calle y que me he hecho enseñar por ella. Más tarde emprendió una huida salvaje, como toda la gente de por aquí, y antes de regresar ha corrido sin rumbo por mil sitios. En la conversación responde con giros melancólicos; por ejemplo, cuando le he preguntado si tenía hijos me ha contestado:

—No. ¿Para qué? ¿Para verlos llegar a resultados como este?

Al lamentar yo que nuestra presencia en su casa le ocasionara trabajo, ha dicho:

—El trabajo es lo único que ahuyenta los pensamientos.

También a ella, como a todos los franceses con que he hablado hasta ahora, la he encontrado muy descontenta con el gobierno y con la política que había seguido. Realmente la ceguera del gobierno francés ha sido asombrosa, como lo muestra, por ejemplo, la

reducción de la semana laboral poco antes del gran enfrentamiento bélico. Quien desea llevar tan buena vida ha de mantenerse alejado de las armas. También el miedo que los franceses nos tienen a los alemanes me ha parecido siempre una cosa notable; nos lo tenían ya antes de que empezáramos a armarnos de nuevo, nos lo tenían ya poco después de la guerra del catorce, cuando su superioridad material era enorme. Por tales signos se dejan sentir ya las decisiones, antes de que se hayan tomado. Además, el miedo corresponde a lo que en la Naturaleza son los mínimos del barómetro: atrae las tempestades.

Neueville-les-Vaucouleurs, 15 de julio de 1940

Por la mañana, pasando por Houdelaincourt, Montigny, Vaucouleurs, a Neueville-les-Vaucouleurs, donde he encontrado alojamientos un poco mejores. Aquí me he alojado en casa de un empleado jubilado de los Ferrocarriles del Norte, que, como tantos otros, una vez concluido su tiempo de servicio, se ha retirado a su pueblo natal. Por desgracia se dan cita en mi habitación las moscas de todas las cuadras de los alrededores.

En la cama, muy agradable, como suelen ser todas, he estado leyendo, en una traducción francesa, una obra de Conan Doyle, *El carbunclo azul*. Lo apasionante de este tipo de descripciones está en los detalles de la caza del ser humano y en el refinamiento de la batida.

Neueville-les-Vaucouleurs, 16 de julio de 1940

La marcha de nuestra División ha sufrido un retraso de un día por culpa de un atasco producido en las carreteras cerca de Nancy. De ahí que volviese con el coche a Pancey y al mediodía estuviese otra vez en Neueville.

Por la tarde realicé una excursión a Domrémy, ya que estamos tan cerca. La población está rodeada de tumbas recientes; entre ellas vi una de un alférez llamado Jacob Reiners, que a la edad de veintitrés años cayó muerto allí, junto al camino que lleva a Greux, el día 26 de junio.

Vi la casa de la Doncella, con la simple cámara, y también la habitación donde nació. Todo me pareció muy bien conservado, con mucha sencillez, sin los añadidos museísticos que encontré más tarde en la pequeña iglesia. En esta leí en un cuadro esta bella frase: *Vitam pro fide dedit* [dio su vida por la fe] — me parece que solo en latín pueden decirse las cosas con una brevedad tan expresiva.

Entré en un pequeño local a tomar café, pero la dueña me recibió enseguida con la frase habitual:

—*Ah, mon pauvre monsieur, tout est pillé!*

Seguimos, pues, con el coche hasta Neufchâteau. La vieja ciudad, de calles estrechas, mostraba las huellas de las bombas que habían caído sobre ella; también se veían a lo largo de los edificios regueros de impactos de balas. Era evidente que los blindados habían cruzado la ciudad combatiendo. En las calles la Vida parecía paralizada, como si tuviera cortados los tendones; aún no se había recuperado. Después de tales catástrofes es en los campos donde primero se vuelve a trabajar, más tarde vienen las comunicaciones, el comercio, los oficios. Pero lo primero de todo que el ser humano hace es comenzar otra vez a jugar; así lo he visto en los niños. Un oficial que participó en la entrada de los alemanes en París me ha contado que la primera persona con que tropezaron en las desiertas calles fue un viejo pescador que estaba pacíficamente sentado a orillas del Sena.

Luego visitamos todavía el elevado castillo feudal de Bourlemont, que se encuentra en medio de un parque magnífico; álzanse en él grupos de fornidos árboles cuyo ramaje llega hasta el suelo, parecen arrecifes o islas en un mar verde. Desde la balaustrada estuve contemplando el paisaje, con sus colinas y sus oscuros bosquecillos; me pareció un paisaje cerrado, lleno de un misterio frío, sin duda el suelo apto para que en él pueda alcanzar la virginidad sus niveles supremos, inexpugnables.

Tras regresar a Neueville estuve charlando todavía con mis anfitriones. La mujer resulta notable por la yuxtaposición que en ella se da de rasgos bondadosos, atentos, en su propio círculo, y una dureza y ceguera grandes frente a todo lo que le es extraño; esto se delata en algunas de sus ingenuas manifestaciones. Así, me contó que antes de la llegada de los alemanes habían estado en aquella zona tropas negras, las cuales vivaqueaban en los húmedos bosques. Yo pregunté:

—¿Pero vivirían en tiendas?

Ella lo negó y dijo:

—*C'est des sauvages. Ils vivent comme ça.*

A propósito de la manera de preparar el infeliz conejo que se vio obligada a servirme de comida explicó:

—Les arranco los ojos para que se desangren mejor.

Todas estas cosas las decía en un tono cortés y aun amable.

Antes de dormirme leí una segunda historia de Doyle: *El pulgar del ingeniero.* El tormento de un hombre que es arrojado a la cámara de una prensa hidráulica tiene su modelo en *El pozo y el péndulo,* de E.A. Poe, cuya obra representa la corriente principal y originaria de la cual se ramifican los géneros de lo peligroso-fantástico. Por cierto que en su imagen del péndulo se oculta un *mysterium* cuyo sentido no captará nadie que no haya tenido experiencias personales de ciertos hechos.

Gondreville, 17 de julio de 1940

Por la tarde me adelanté con el coche hasta Gondreville. Por el camino estuvieron ocupándome pensamientos, o, por mejor decir, formas previas de pensamientos, de los que el espíritu no puede rendirse cuenta. Es como si la sustancia del pensamiento fuera precedida de una sustancia diferente, más fina; esta, por así decirlo, reblandece por erosión la materia y hace que pueda ser dividida de maneras nuevas. El espíritu juega así, medio en sueños, con las cosas, las palpa con las antenas, ya que no puede verlas todavía. La luz va precedida de la oscuridad.

Toul, que atravesamos a gran velocidad, se encontraba en gran parte destruida. Una de las torres de la catedral parecía haber recibido el impacto de un proyectil certero y estaba medio derruida. También había ardido el gran techo del templo.

En Gondreville encontré alojamiento en casa del alcalde, o, mejor dicho, de su sustituto. Es un villorrio lorenés como los que ya me llamaron la atención durante la guerra del catorce. Cuando se llega del este es en ellos donde por vez primera se tropieza con una arquitectura adaptada al sol; la impresión que se obtiene es similar a la que se recibe cuando desde el norte se viaja al Tirol del Sur. Las fachadas, que carecen de revoque y en las que no hay ventanas, están recocidas; las tejas de los terrados, las cuales son de color gris, rosa o rojo pálido, están salpicadas de líquenes descoloridos; en los aguijones esos líquenes están todavía, a menudo, frescos y dorados. El conjunto se halla inmerso en una gama de colores que a plena luz del sol adquiere una saturación de luces abigarradas; es semejante a esos metales cuya fuerza luminosa no se manifiesta en todo su esplendor hasta que no se ponen al rojo vivo.

Al atardecer, caminando por los jardines, vi que en la oscuridad

cruzaba velozmente mi camino un oscuro animal que aleteaba con unas alas de color claro en su parte delantera, en la cabeza. Hasta que no hubo desaparecido en un granero no caí en la cuenta de que había sido un gato negro que llevaba entre sus dientes una paloma negra de alas blancas. Había visto uno de esos jeroglíficos en que el placer y el dolor están inscritos el uno en el otro hasta el punto de resultar casi indiscernibles, y que son tan frecuentes en la vida. Nuestro modo de separar las líneas del placer y el dolor es tanto más nítido y ajustado cuanto más alto nos encontramos, cuanto mayor es la luz que nos rodea.

Salonnes, 18 de julio de 1940

Por la mañana paseo por los prados de las orillas del Mosela; en los tranquilos brazos de aguas quietas podía observarse una exuberante vegetación pantanosa y acuática. El camino pasaba junto a un lavadero de forma alargada donde, entre risas y ruidos, se hallaban trabajando en el agua unas mujeres. Estaban arrodilladas en unos cajones abiertos por detrás, agitaban las piezas de ropa en el agua corriente, las enjabonaban sobre el borde de piedra blanca y luego, antes de enjuagarlas, las golpeaban largo tiempo con una palmeta plana. La ropa blanca, que entre nosotros se lava en el interior de la casa, aquí sigue dando ocasión a actos públicos; los lavaderos son instituciones públicas.

Al mediodía la alcaldesa me ha servido un pollo para comer, luego he ido en el coche, pasando por Nancy, a la pequeña localidad de Salonnes, donde me he alojado en casa de un ferroviario. Aquí hemos tropezado con las primeras avanzadillas de la lengua alemana; el pueblo era alemán antes de la guerra del catorce. En el estrecho camposanto que rodea la iglesia hemos visto una fila de tumbas recientes. Uno de los cascos de acero que estaban colocados encima de las tumbas tenía en la zona de la frente cinco pequeños agujeros de bala y en la parte de arriba una raja larga y ancha que lo partía.

Edelingen, 19 de julio de 1940

Por Château-Salins, Mörchingen y Baronville, a Adelange, que ya luce en las nuevas placas de las calles y carreteras su nombre de Edelingen. Aquí la lengua alemana no es solo la predominante, sino que es la única que se habla. Me alojo en casa del alcalde.

Al atardecer me he dado todavía un paseo por los campos; su tierra pesada, de un color pardo rojizo, contiene a menudo conchas en forma de cuerno de la abundancia, o, mejor dicho, de lámpara de

tumba romana. He encontrado una que aún estaba cerrada. La mitad derecha de este fósil está más desarrollada que la izquierda; ahora bien, esa irregularidad no solo es compensada, sino que incluso queda elevada a la categoría de adorno por el hecho de que la otra parte, más ancha, está bellamente articulada por un pliegue. Así es como están ya prefiguradas en la Naturaleza, en el modo como crecen las cosas, todas las medidas que pueden ser inventadas por el arte del hombre. Nuestra libertad consiste en descubrir lo pre-formado — cuando creamos, lo que hacemos es adentrarnos en la Creación. Lo más alto que de este modo podemos alcanzar es un presentimiento de la medida inmutable de la belleza — a la manera como en el mar Egeo la mirada adivina en el fondo, bajo el juego de las olas, las urnas y estatuas antiguas. Esto mismo es válido también de nuestra vida — una vida está lograda cuando al menos presentimos, y hacemos presentir, lo que mora en ella desde la eternidad.

En mi oscura habitación he seguido meditando sobre el significado que las conchas y los caracoles tuvieron en la arquitectura del Barroco. La tendencia de esos animales a la torsión y a la asimetría expresa la aspiración que ya en la Naturaleza hay hacia formas nuevas. De igual manera, en la arquitectura la rocalla apunta a gérmenes de lo voluble, de lo individual, de la fantasía. Habría que estudiar cómo esas cosas se expanden.

Por cierto que a todas esas conchas les es consustancial también lo contrario, como a todo lo que vemos simbólicamente — una tendencia a la duración, al endurecimiento matemático, a la fosilización. Es especialmente en la evolución de los jardines donde se ve cómo ambas tendencias influyen la una en la otra. Pero es sobre todo en la predilección por los espejos donde hay un movimiento directo de compensación — esa predilección se basa en la inteligencia de que la simetría corre peligro y en la voluntad de restablecerla mediante una imagen virtual, reflejada en un espejo.

En el lenguaje secreto de los diseños con que hoy empezamos a construir nuestros edificios se insinúan épocas prolongadas, regulares, que seguirán a los disturbios. Eso es algo que cabe inferir también del hecho de que los planes vinculen crecientes cantidades de trabajo; de ese modo también el tiempo venidero se integra en la construcción.

Edelingen, 20 de julio de 1940

Habremos de pasar varios días aún en este villorrio. Dentro de las casas se tiene la sensación de que la polilla y las moscas carcomen el

mobiliario y lo reducen a polvo, y fuera de ellas, el de que todas las cosas acabarán sumergidas bajo el estiércol. Por la calle del pueblo corren regatos de color pardo, que de vez en cuando forman espejos resplandecientes. Son muchas las casas que están destruidas y quemadas, y junto a los caminos se acumula material de guerra abandonado. En medio de todo esto los seres humanos viven y trabajan en una especie de sopor y en una atmósfera casi intemporal, o así me lo parece; todo lo que aquí se ve podría ser también un cuadro de la Guerra de los Treinta Años.

El dueño de la casa en que me alojo tiene sesenta años, es delgado, su nariz es larga, afilada y un poco torcida, casi siempre está melancólicamente ausente, y, sin embargo, su mirada es maliciosa. Fisonómicamente me recuerda a un pájaro, pero no a un pájaro vivo. Hay rostros que pertenecen a un tipo del que tenemos un presentimiento, pero no un conocimiento. Si se quiere obtener una idea de tales caracteres es preciso estudiar los faunos de las techumbres de las grandes catedrales.

Por la mañana ha estado en la casa una mujer de unos treinta años; solicitaba ayuda para desenterrar a su marido, que cayó cerca de aquí cinco minutos antes del cese de las hostilidades. Se ha entregado a un exceso de dolor que desfiguraba su rostro y que mi anfitrión ha calificado de inadmisible. La mujer decía, por ejemplo, que ella misma iba a escarbar el suelo con sus manos para sacar al muerto y ver todavía algo de él. Aquí no son raros estos casos, pues las obras fortificadas francesas estaban defendidas en parte por gente del país. De esta manera se aprende a conocer también el efecto indirecto de los disparos, que es un efecto que de ordinario escapa a quien aprieta el gatillo. La bala hiere a muchos; vemos caer el pájaro y nos alegramos al contemplar cómo se esparcen las plumas, pero lo que no vemos son ni los huevos, ni las crías ni la hembra que están en el nido al que nunca regresará el pájaro muerto.

Al atardecer me he dado todavía un paseo hasta Buschdorf para hacer una visita a Spinelli. Siguiendo mi costumbre, también allí he entrado en el camposanto; como es habitual en las aldeas lorenesas, el cementerio rodea en forma de herradura la iglesia. En ese camposanto he descubierto una gran rareza — un osario empotrado, en forma de gruta, en el muro. Seguramente contendría más de mil doscientas calaveras, y la parte alta del montón estaba coronada por un friso de huesos; también había, en el sitio que quedaba delante, largos fémures y redondas pelvis. La impresión general era la de un banco de pálidos huesos con un poco de verdín, en el cual se hubiera engastado un mosaico de oscuras cuencas de ojos. El diseño de aquel mosaico me ha

desconcertado; yo tenía el sentimiento de que un suave oleaje rompía contra aquel arrecife de la Muerte. Lo que de allí brotaba era: «Todos nosotros hemos estado vivos». Es una lástima que hoy la gente rehúya estas instructivas descripciones, la gran pompa de la Muerte, para la que todavía se tenía sensibilidad en el Barroco. Aquella gruta estaba cerrada por una verja de madera y por una tapia baja de piedra; en esta última había una oquedad en forma de pila, seguramente para el agua bendita.

En Edelingen he hablado de esto con mi anfitrión, quien, como era de esperar, se ha mostrado muy excitado con la charla. Por él me he enterado de que antiguamente se enterraba en Buschdorf a los muertos de toda la comarca; de ahí que la carretera que lleva de Edelingen a Buschdorf siga llamándose todavía Camino de los Muertos. Un sepulturero que arregló aquellos lugares llevó luego los huesos viejos al osario y los colocó unos encima de otros. El montón de calaveras llegaba antiguamente hasta el techo mismo de la gruta; mi anfitrión había alcanzado todavía a verlo así, cuando era niño. Pero como las capas de abajo van pudriéndose, la altura del montón baja. La gente conocía las calaveras, podía «señalar con el dedo a sus abuelos», pues todo el mundo sabía quién reposaba en las tumbas.

Edelingen, 21 de julio de 1940

Lluvias torrenciales; pero como me aburría demasiado en mi habitación llena de moscas he salido a practicar un poco la caza sutil. En un destrozado campo de patatas he vuelto a estudiar una vez más la dorífora, el escarabajo de la patata — cuando el sol está en lo alto este animal se anima, escala las matas hasta llegar a las puntas y emprende un veloz vuelo. Lo he visto formar enjambres como las abejas y ese espectáculo me ha hecho pensar que es dudoso que exista en Europa ninguna zona que a la larga pueda escapar a su invasión. También he vuelto a buscar conchas, pero entre los muchos millares que he visto no he encontrado ninguna tan perfecta como la que el otro día descubrí al primer vistazo.

Al atardecer el correo; entre otras cosas, una confesión importante. Aunque no se responda a esos escritos, por el mero hecho de leerlos se cumple una misión.

Cuando me encuentro con los hombres en la calle del pueblo charlamos a veces sobre las últimas semanas y los últimos meses. En esas conversaciones me causan siempre asombro las diferencias que aparecen en la percepción de las cosas. Por ejemplo, alguien pretende

haber visto muertos en sitios donde no los hubo, y cosas parecidas. A menudo tales fantasías se deben a que la gente repite en forma directa las cosas oídas — no dice, por ejemplo: «Un artillero me contó que en tal sitio saltó por los aires un depósito de municiones», sino que afirma: «En tal sitio saltó por los aires un depósito de municiones». En el intercambio de recuerdos va formándose luego una variante; en unos puntos los hechos reales son redibujados, en otros son reconstruidos.

Esta forma de captar la realidad es importante, pues las cosas afluyen a nosotros con una superficie sin desbastar y en fragmentos, y a menudo son como lava que arrastra tierra y piedras. Al reflexionar sobre las cosas el espíritu intenta captar la totalidad que está encerrada en las partes, la figura llena de sentido. Se puede lograr eso por abreviación; se retira del crisol lo contingente, como si fuera espuma. También los añadidos pueden aclarar, por otro lado, el cuadro; eso es lo que ocurre con las anécdotas bien inventadas, que son historia *in nuce.*

Edelingen, 22 de julio de 1940

En esta zona se encuentra con especial frecuencia entre los exvotos de las iglesias la representación del martirio de san Erasmo. El santo yace atado en el suelo y tiene un pequeño corte por debajo del esternón; un buen trozo de sus intestinos, pintados con un chillón color rojo, está ya enrollado en un torno. Los dos sayones que manejan la máquina aparecen, a izquierda y derecha de ella, en actitud firme, como después de haber ejecutado bien una tarea — en general el conjunto parece una pieza de lucimiento. Mi anfitrión me ha contado que esos cuadros fueron colocados en sus sitios hace ya mucho tiempo, con ocasión de una epidemia de cólera que asoló el país.

Rehm, que viene haciéndome compañía desde hace tres trimestres, tiene una dificultad al hablar; consiste en que, cuando se le dirige la palabra, se pone a buscar trabajosamente la respuesta, mientras contrae ligeramente el rostro deformándolo. Pero lo único que le causa dificultad es la primera palabra; el resto de la frase sigue luego sin esfuerzo.

Hasta hoy no había yo caído en la cuenta, y eso porque me lo ha dicho Spinelli, de que se trata de un defecto de pronunciación — hasta ahora lo tenía por una peculiaridad de Rehm. Esto es algo característico de mi trato con los seres humanos, también en el terreno moral.

Lectura: Stifter: *El cóndor*. Es un trabajo primerizo, influido todavía por Jean Paul. Sin embargo, ya están cortados los tallos silvestres, algo que también en la prosa favorece la aparición del fruto. El bello pasaje que un autor sacrifica en razón del conjunto no se pierde; acrecienta la armonía invisible.

Edelingen, 23 de julio de 1940

Como siempre después de las guerras, ocurren accidentes por culpa de la munición que todavía queda por todas partes. Así, hace unos días, cinco obreros se divertían en el bosque que queda más allá de Buschdorf lanzando granadas de mano que allí habían descubierto en una fortificación abandonada. Seguramente un trozo de metralla fue a caer en una gran cantidad de sustancias explosivas, sin duda un montón de minas francesas de tierra. Se produjo un fogonazo que tumbó los árboles en un amplio círculo, sacudió las aldeas de los alrededores y destrozó a los hombres.

Ayer estaban jugando tres niños en la aldea vecina con pólvora en tabletas, que se encuentra en todos los emplazamientos de artillería. Habían visto que sus padres encendían el fuego con esas tabletas y llenaron con ellas un hornillo de hierro que habían descubierto en el bosque. Al prenderle fuego, surgió una llamarada gigantesca que les causó quemaduras mortales.

En esta zona de fortificaciones es preciso moverse con especial cuidado, pues por todas partes están enterradas minas de tierra. Ares ha diseminado a cada paso su juguete rojo.

Waldgassen, 24 de julio de 1940

Pasando por Falkenberg, Sankt Avold y Lauterbach, marcha hasta Waldgassen, donde está la estación en que subiremos al tren. Hemos atravesado la Línea Maginot y cruzado su zona delantera, con sus pueblos vacíos de seres humanos, en cuyos abandonados jardines brillaban a lo lejos las candelarias en medio de las flores violetas de los cardos. Ante la puerta de un establo estaba tendido en el suelo un macho cabrío muerto; se hallaba completamente reseco y tenía en la piel unos agujeros por los que se le veían las costillas; parecían los barrotes de una jaula. Último de los innumerables cadáveres de animales que hemos visto, enseñaba los dientes como si nos dijese adiós con una sonrisa.

En la frontera. Desfile ante el coronel con los músicos al frente. En Waldgassen hemos encontrado a los primeros habitantes que

volvían a instalarse en sus casas, en sus jardines. Que todos puedan regresar así a su tierra natal.

Primer diario de París

Sars-Poteries, 18 de febrero de 1941

Antes de las primeras luces del alba llegada al descargadero de la estación de Avesnes, donde fui despertado mientras dormía profundamente. Pude así contemplar un instante un bello sueño: yo era un niño y era al mismo tiempo un adulto, y viajaba de Wunstorf a Rehburg, siguiendo el viejo camino de la escuela, que siempre recorríamos en el pequeño tren de cercanías. En Winzlar me apeaba y continuaba a pie, siguiendo las vías del ferrocarril. Era de noche, pues, por el sitio donde quedaba la casa de mis padres veía ascender en la oscuridad proyectiles que dejaban un trazo luminoso. Pero al mismo tiempo era de día; a mano izquierda los campos estaban iluminados por el sol. Junto a uno de aquellos campos, que estaba cubierto de un espeso sembrado verde, veía a mi madre, que estaba aguardándome; era una mujer joven, maravillosa. Yo me sentaba a su lado y cuando me cansaba ella tiraba de aquel campo como si fuera una manta verde y nos cubría con él.

El cuadro visto en este sueño me ha llenado de dicha y ha estado proporcionándome calor mucho tiempo, mientras de pie en la fría rampa de descarga dirigía las operaciones.

Marcha a pie hasta Sars-Poteries; acantonamiento en esta ciudad. A mí me ha tocado alojarme en casa de dos viejas señoras, una de las cuales tiene ochenta y dos años y ha visto ya tres guerras. Su cena, a la que he podido contribuir con un poco de salchichón, era más que escasa y en lo esencial consistía en tres grandes patatas que, puestas sobre la placa del hogar, eran cubiertas con una tapadera de barro. Este pequeño aparato se llama *etouffoir,* sin duda porque los alimentos son «asfixiados» dentro de él, al cortar el aire.

Sars-Poteries, 20 de febrero de 1941

Paseo por las cercanías de la estación, donde en una *poterie,* una alfarería, he preguntado de dónde viene el barro que da nombre y renombre a esta ciudad. Un poco por encima de la vía férrea he llegado a las hoyas de donde sacan el barro; están excavadas en una tierra arenosa que es de color pardo y de color blanco muy bello. Tenía esperanzas de encontrar allí fósiles, pero no he descubierto ninguno. Una antigua zanja abandonada tenía en el fondo unos agujeros de agua y en otro tiempo ha estado seguramente anegada, pues he encontrado unos sauces que crecían allá abajo y que, hasta la

altura de un hombre, estaban recubiertos de una pelusa de finas raicillas. Estas salían como musgo del tronco y de las ramas — un bello ejemplo de cómo en las plantas cada una de las partes puede generar todavía una parte diferente. En la totalidad de la casa mora aún la fuerza vital indivisa. Nosotros los humanos hemos perdido ese arte y en los sitios donde en nuestros cultivos, en nuestras, culturas, brillan las hojas y las flores, nunca más se verán las raíces. Sin embargo, cuando aumentan las amenazas, emitimos en el sacrificio unos órganos diferentes y más espirituales, unas raíces que se aferran a lo invisible — a costa, ciertamente, de la vida de personas singulares. De ahí brota luego para todos nosotros una prosperidad nueva.

Mientras volvía a casa ha caído una fuerte granizada; el campo ha quedado salpicado de pedrisco. Pero en los jardines he visto avellanos y torviscos ya florecidos; sus flores, semejantes a lilas acolchadas, cubrían las desnudas ramas; también he visto, en rincones abrigados, grupos de rompenieves, que, tras el duro invierno que hemos pasado, me han parecido muy precoces. Aquí se llaman *fleurs de Saint-Joseph,* cuya festividad se celebra el día 19 de marzo.

Sars-Poteries, 21 de febrero de 1941

En el sueño matinal me encontraba en una pequeña farmacia, donde compraba toda clase de cosas; en ese momento me ha despertado Rehm. Antes de abrir los ojos eché todavía una rápida mirada a una bolsa de papel en la que estaba escrito: «Gomas de Braunschweig». Cómo se nos ocurren tales cosas es algo que nunca deja de provocar extrañeza.

Lectura: *Reine,* de Julius Lermina, un libro que me ha prestado mi anfitriona, la dueña de la casa en que me hospedo, y que describe de manera muy divertida, en el estilo de *Los tres mosqueteros,* las facciones de 1815. En ese libro se encuentran pasajes que superan el nivel de la novela de entretenimiento; por ejemplo, el siguiente: «En todo conspirador se encuentra también un rasgo infantil». He ahí un juicio que puedo corroborar por propia experiencia.

Sars-Poteries, 22 de febrero de 1941

Durante las horas de la mañana, en un estado de sopor, meditado sobre libros exóticos. Por ejemplo, sobre *Los secretos del mar Rojo,* de Henry de Monfreid, una obra en la cual palpita un fulgor de corales, de nácares y de la deliciosa respiración del mar. También sobre *Le jardin des supplices,* de Mirbeau. Este jardín, con sus caminos

recubiertos de polvo de ladrillo rojo, está copiosamente plantado de verde y de grandes macizos de peonías resplandecientes. Su exuberancia la extrae de los innumerables cadáveres de los culis que lo crearon en un criminal trabajo de esclavos y que se pudrieron anónimamente en su suelo. El libro de Mirbeau tiene el mérito de mostrar netamente separadas la belleza y la crueldad del mundo — fuerzas cuya combinación y cuya mezcla nos hacen pensar en los engendros marinos en los que el brillo de los colores recubre con un velo irisado los temibles filos de sus armas. En esa íntima compenetración de infiernos y paraísos, en la cual no pueden los ojos descifrar los detalles del placer y del dolor, al igual que tampoco pueden descifrar la multicolor maraña de una isla de selva virgen, nuestro planeta ofrece al espíritu un espectáculo de un género inaudito.

Luego he estado meditando sobre Wagner, que se me ha aparecido a una luz nueva, llena de significado para nuestros días. He creído captar el error de Baudelaire, el cual poseía, sin embargo, una relación verdadera con las cosas antiguas, eternas. Pensamientos sobre el poderoso espíritu de comediante que otorga una respiración artificial a tiempos difuntos, a culturas muertas, de modo que se mueven cual si fueran cadáveres convocados por una fórmula mágica. Un mago de gran categoría que con sangre de verdad hace conjuros junto a las puertas del Averno. Las cosas adquieren unos colores en los que ni aun los ojos más agudos distinguirán la verdad del engaño. El comediante ingresa en la realidad, se convierte en personaje histórico, consigue triunfos y laureles que tienen el mismo verdor que los auténticos. De qué sirve refutarlo, discutir con él — llega porque ha llegado su tiempo. Únicamente en eso consiste su culpa, que está fundada en algo más hondo que la persona. El arte como estufa de los tiempos pretéritos — deambulamos por él como por invernaderos o por salones donde florecen palmeras. No es posible criticar eso, pues son demasiado poderosos, son demasiado temibles los horrores de la catástrofe, de manera que resulta muy comprensible la voluntad de salvar aunque solo sea una sombra. Frente a esto, Nietzsche, que no puede vivir más que en tormentas de hielo. Son los modelos que nuestra juventud, como Heracles, vio en la encrucijada.

El caso Nietzsche-Wagner trae al recuerdo aquellos barómetros en forma de casitas de las que vemos salir, según el tiempo, figuras distintas. Una está fuera y anuncia el tiempo; su profecía es correcta, pero intempestiva. Otra corresponde al clima reinante, aunque ya son perceptibles los vientos de la catástrofe — de ahí que permanezca en lo seguro, fuera de la luz suprema. Y, sin embargo, la tablita a que ha fijado aquellas figuras quien decide el tiempo es una y la misma.

Saint-Michel, 24 de febrero de 1941

Adiós a Sars-Poteries y en especial a mi virgen de ochenta y dos años, a la que muy temprano he ido a dar las gracias a su lecho. Luego marcha hasta los nuevos acantonamientos en Saint-Michel — al principio bajo una ligera helada, luego bajo una nieve húmeda. El lugar es inhóspito, con muchas casas destruidas o abandonadas; de las aguas del riachuelo que lo atraviesa sobresale un carro blindado. Ya están formándose mitos: se dice que el conductor se arrojó con él por el pretil del puente para sustraer ese botín a los alemanes. En las casas que han vuelto a ser ocupadas por quienes vivían antes en ellas, la gente ha atado en las puertas tiras de tela blanca para indicar su presencia. Los habitantes de Saint-Michel ofrecen un aspecto más mísero, más famélico todavía que los de Sars-Poteries. Enjambres de niños con piernas desnudas, azules por el frío, acechan junto a las cocinas de campaña. En las casas se oye correr a las ratas; desde las ventanas vacías miran fijamente los gatos.

Vivo, acompañado de Rehm, en casa de una mujer cuyo esposo está prisionero en Alemania. Contará unos cuarenta años, pero está todavía de buen ver, muestra una gran vitalidad, es hospitalaria, y le gusta hablar de su marido, del que se ocupa activamente. Yo la tendría, sin embargo, por accesible; está llena de esa viveza que provocan las experiencias recientes e intensas. A menudo habitan juntas en un mismo corazón todas esas cosas, pues el mundo moral no es susceptible de cálculo y tampoco es susceptible de una división tan completa como el mundo físico. En correspondencia con eso, tampoco los más de los varones se comportan como Otelo, cosa que a mí antes me resultaba incomprensible, sino que saben perdonar, sobre todo en los matrimonios antiguos.

Saint-Michel, 27 de febrero de 1941

Como siempre, en las horas de la mañana, vívidas imágenes contempladas en sueños. Yo participaba en una reunión que se divertía haciendo imitaciones de políticos fallecidos o caídos en el olvido, y además sin ninguna preparación, sino según el humor del momento. Unas veces este y otras veces aquel se levantaba de su asiento y provocaba carcajadas con su mímica y sus gestos. De este modo veía a un hombre fuerte, corpulento, que gesticulaba como Bismarck y que era muy aplaudido. Me llamaba la atención el que fuesen ciertos gestos insignificantes los que produjesen en medida muy especial sorpresa y risa. De esto deducía yo que aquellos hombres eran contemporáneos de Bismarck, si no colaboradores suyos. También se veía a supervivientes de pequeños círculos olvidados

aplaudir ruidosamente determinadas figuras cuyo humor solo a ellos les resultaba comprensible.

Aquella asamblea, mirada superficialmente, daba la impresión de estar compuesta de esos altos funcionarios del Estado o de esos generales ya retirados a los que se ve en sus clubs deleitarse con anécdotas o con detalles biográficos completamente olvidados. Por debajo de aquello había todavía otra nota — la del espectáculo de la historia humana que ha perdido su amargura y provoca hilaridad. Brillaba allí un rasgo de infantilismo que no raras veces nos sorprende en dignatarios viejos, retirados. También un poco del *plaudite, amici,* si se entiende esa expresión con ironía y con autoironía.

Saint-Michel, 1 de marzo de 1941

Durante los dos últimos días ha habido un considerable aumento de la temperatura; primero, aguaceros; luego ha brillado el sol. Bajo el cálido soplo la nieve ha desaparecido en un abrir y cerrar de ojos, las aguas han subido de nivel y los árboles han resplandecido con el cambio de colores que es peculiar de los comienzos de la primavera.

Animales: la gran *Timarcha,* que ayer vi arrastrarse bajo la lluvia por un suelo todavía duro; se trataba de un ejemplar macho, como lo mostraban sus anchos tarsos. En mi imaginación este crisomélido va ligado a la llegada de los primeros días cálidos. Me llamaba la atención, ya en mi infancia, como uno de los primeros puntos de vida en las zonas pantanosas, todavía sin vegetación, de Rehburg — iluminado por el sol de febrero o de marzo, era como un relámpago azul. En Argelia y en Marruecos he visto la *Timarcha,* en sus variedades de gran tamaño, ya en el mes de diciembre, y su aparición iba siempre entretejida con ese estado de ánimo especialmente melancólico que se apodera de mí en esta época del año y que vuelve a ceder con el verde de los árboles.

Luego, yendo en bicicleta por la carretera que lleva a Hirson, la rueda pasó muy cerca de una salamandra — una hembra, reconocible por su monte de Venus, muy hinchado en este tiempo, que cierra como una delicada colina el abdomen moteado de manchas blancas y como iluminado por un almagre mate. Llevé a aquella pequeña señora, que se contorsionaba muy graciosamente entre mis dedos, a un prado húmedo y con ello le salvé la vida. La visión de los animales me ha proporcionado ya innumerables veces una fuerza nueva, como si fueran una fuente de vida.

Saint-Michel, 7 de marzo de 1941

Ayer, acompañado de Rehm, estuve en casa de la tía de Madame Richardet, quien me había invitado a cenar. Estuvimos hablando del *coup de foudre,* el «rayo», el «flechazo», una forma de amor que debe evitarse.

Por la mañana ejercicios sobre el terreno en la zona de la granja La Butte. Mientras participaba en ellos meditaciones sobre un tema: «mundos» — reflejarían las circunstancias humanas en otros espacios, para que se las pudiera ver mejor. Cabría pensar en bolas pulimentadas, que reflejasen el espectáculo en dimensiones más pequeñas, más nítidas y más profundas — en ópalos velados, por ejemplo, o en cristal de roca. El conjunto podría desarrollarse en un gran edificio recorrido desde los sótanos hasta los desvanes.

Saint-Michel, 27 de marzo de 1941

En Charleville, como testigo en un consejo de guerra. He aprovechado la ocasión para comprar libros: novelas de Gide y diversos trabajos sobre Rimbaud, que nació precisamente en Charleville. Un pequeño grupo de poetas cultiva allí su memoria, según me ha contado el librero. En el viaje de vuelta he leído en *Si le grain ne meurt* el hermoso pasaje sobre el caleidoscopio.

París, 6 de abril de 1941

Sábado y domingo en París. Por la noche, en compañía del teniente coronel Andois, en la Rôtisserie de la Reine Pédauque, cerca de la estación de Saint-Lazare, y luego en el Tabarin. Aquí, una revista con mujeres desnudas, ante un patio de butacas repleto de oficiales o funcionarios del ejército de ocupación, y con continuas detonaciones de botellas de champán. Los cuerpos de las chicas, bien desarrollados, excepto los pies, deformados por el calzado. Quizá también, más allá de eso: el pie, mano degradada. Los espectáculos de este género están sintonizados con el mecanismo del instinto — la *pointe* es infalible, aunque siempre es la misma. También destaca mucho aquí lo que hay de «gallo» en la raza gala. *Les poules.*

Luego en el Monte Cristo, donde la gente se arrellana en unos cojines bajos. Copas de plata, fruteros y botellas refulgían en la oscuridad como en una capilla ortodoxa; de dar compañía se cuidaban unas muchachas jóvenes, casi todas hijas de emigrantes rusos nacidas ya en Francia, que parloteaban en varios idiomas. Estuve sentado junto a una criaturita de pequeña estatura, melancólica, veinte años, y entre las nieblas del champán mantuve con ella conversaciones sobre Pushkin, sobre Aksákov, sobre Andréiev; había sido amiga del hijo de

este último.

Hoy domingo lluvia ininterrumpida. Por dos veces he ido a la iglesia de la Madeleine, cuyos escalones estaban salpicados de hojas de boj; a mediodía y por la noche en el restaurante Prunier. La ciudad es como un jardín conocido de antiguo, que ahora está abandonado, pero en el que uno reconoce, sin embargo, los caminos y los senderos. Es notable el estado de conservación, helenístico, por así decirlo; seguramente intervienen en eso artes especiales de la superintendencia. Chocantes las placas blancas de señalización con que el ejército ha cubierto la ciudad — incisiones en un conjunto orgánico antiguo.

Saint-Michel, 12 de abril de 1941

Nuevos planes, nuevos proyectos. «Aún no es demasiado tarde.» Por la noche se me aparecía una hermosa mujer; dulcemente me besaba muchas veces en los ojos, que yo mantenía cerrados. Más tarde, en un lugar de mala nota, cuya puerta rodeada de alambre de espino había yo abierto; allí una fea mujer vieja cantaba canciones obscenas y, cuando me volvía la espalda, se levantaba la falda.

La noche anterior, en un viaje a través del Tíbet. Las casas, habitaciones y muebles no me parecían ya completamente originales; podía notarse ya un influjo de formas extrañas, pero el cambio era leve. Yo cruzaba las casas sin observar habitantes, pero sentía su presencia en habitaciones en que no entraba. Este sueño era perverso, en la medida en que yo, como ser demoníaco que era, resultaba invisible. Como antagonistas míos aparecían unos oficiales zaristas, nos veíamos y reconocíamos de lejos — había una jerarquía de la visibilidad.

Saint-Michel, 13 de abril de 1941

Paseo de Pascua. Las tierras pardas, no sembradas todavía, parecen desnudas, pero en ciertos sitios están recubiertas por una fina, baja floración de ortigas, apenas visible, de un color casi ultravioleta; los abejorros pastan sobre ella como sobre telas de araña vistas en sueños.

Los pequeños senderos del campo, con huellas de los carros que por ellos pasan. También estos senderos poseen una vertiente norte y una vertiente sur; en ellas las plantas son distintas no solo por su forma de crecer, sino por la especie.

París, 24 de abril de 1941

Madrugado para el embarque hacia París. Mi regimiento ha sido destinado a aquella ciudad para realizar allí servicios como tropa de guardia.

El momento de despertarme me sorprendió en uno de esos sueños que se asemejan a cuadros vivientes, a grupos dispuestos en una determinada forma y que están cargados de tensión. En esos sueños goza el soñante de vistas de primera categoría, pues unas veces se sumerge en el interior de los personajes, en su querer y sufrir, y otras emerge fuera de los elementos de los personajes y los ve insertos en un cuadro inmóvil. Contrastan así la plenitud de contenido y la falta de movimiento; las acciones están sometidas a la jurisdicción del significado y esa traba provoca un sentimiento de vértigo que a menudo se convierte en una pesadilla.

Así, yo veía a José en una habitación cuyo mobiliario recordaba una clínica; estaba acompañado por el famoso médico, por la mujer de este, por mí mismo y por cuatro enfermeros. José, atacado de la enfermedad de la rabia, había clavado sus dientes en el cuello de la esposa del médico con el fin de contagiarle su mal, y no cabía duda de que había logrado su propósito. Yo veía a su víctima, a la que dos enfermeros mantenían sujeta en una cama, y veía la herida del mordisco, en cuyos labios rojos comenzaba a formarse una ligera capa de pus. El famoso médico se hallaba a punto de poner una inyección a su mujer, la cual estaba ya casi loca, y, mientras examinaba el líquido en la jeringuilla de cristal, su mirada rozaba también a José: una mirada grave, dolorida, pero con un dominio completo de la pasión. Sujeto por dos enfermeros, también José se hallaba tendido en una cama; se encontraba a medias en ese estado de sopor que sigue a un ataque de rabia y a medias en un estado de júbilo victorioso porque hubiese tenido éxito su atentado. Yo rodeaba con mis dos manos el robusto cuello de José, lo tenía cogido de tal manera que le hacía caricias parecidas a esos palmoteos con que acariciamos los flancos de un caballo; pero también podía estrangularlo inmediatamente si hacía el menor gesto de librarse.

La pequeña habitación en que sufríamos estaba cargada de radiaciones hasta tal punto que yo captaba su interior como un texto leído en un libro. La enormidad del ataque de José consistía en que este, más allá de la relación de infidelidad que durante largos años había mantenido con la mujer del famoso médico, quería ahora desposarse con ella en la muerte; y yo veía en los ojos del marido que este comprendía toda la gravedad de la acción. Sin embargo, aunque el médico se sentía picado por una víbora, no perdía la serenidad — no se salía de su terreno de médico, y en ese terreno la acción de José

era precisamente un síntoma de la rabia; frente a eso la respuesta adecuada era la voluntad de curarlo. El hecho de que este maestro, a pesar del oleaje de la voluntad, persistiese en su benevolencia, me parecía algo grande y prodigioso.

Y, sin embargo, en aquel conflicto yo me sentía de parte de José; le daba palmadas en su ancha nuca como se golpetea a un buen caballo al que vemos cruzar volando impetuosamente metas adornadas con guirnaldas. Desde luego yo sentía que en José lo moral estaba completamente indiferenciado, pero a mí me parecía uno de aquellos príncipes antiguos que se llevaban consigo al reino de la muerte todas las cosas que su corazón había amado en vida: el oro, las armas, los esclavos, las mujeres. En aquel cuerpo, en el que ya estaba hurgando la Muerte, yo presentía el gran poder de la Vida.

Pero luego yo era también un espectador del cuadro en su conjunto; en su quietud aquel cuadro estaba tejido de sentido y de contrasentido y yo lo veía como el diseño de un tapiz.

Adiós a Saint-Michel: pero quizá volvamos a este lugar. En mi memoria quedarán los suaves prados con sus setos de espino albar, en cuya maleza todavía desnuda de hojas podía ver las verdes bolitas del muérdago y los oscuros nidos de las urracas. En el viejo follaje florecían ya la tormentilla o sietenrama y la violeta, y reverdecía la ortiga. La tierra es ondulada; acá y allá están escondidas en ella grandes casas de labor con establos y graneros. De su profundidad emergen como espejos los blancos tejados de pizarra. Pensamiento a la vista de estas granjas: los antiguos tiempos mágicos han desaparecido, pero siempre nos han quedado las claves para traerlos a nuestra presencia. Luego llegan, no obstante, períodos en los que el ser humano pierde hasta el recuerdo del bien y del mal. En esos períodos no sabe cuál es la fuente de su infelicidad.

Al mediodía en Laon; pasamos al pie de la antigua ciudad por la parte baja. Con un sentimiento de alegría volví a ver la catedral; desde lejos sus torres caladas producen un efecto especialmente fuerte. Creemos aprehender la estructura nuclear de la obra, los pilares y soportes del edificio, lo espiritual de su plano. Al pasar en coche junto al edificio se ofrece a los ojos una multitud de cambios calidoscópicos, como si la catedral girase suavemente sobre su eje, con música de carillón.

Llegamos muy tarde a París y a continuación marchamos por calles oscuras y desiertas hasta el Fuerte de Vincennes, donde estará

acantonada la tropa. Tras dar una vuelta por los alojamientos me metí a primeras horas de la mañana en una habitación del Hotel Moderne, junto a la Porte de Vincennes. A la luz del amanecer, mirada a las grandes columnas de la Place de la Nation. Detrás de ellas, borrosa, la torre Eiffel. Lo inmenso se torna más inmenso todavía cuando aparece en plural, generalizado.

Vincennes, 27 de abril de 1941

El primer domingo en París. Entretanto me he mudado a un piso que tiene una hermosa vista sobre el *donjon,* la torre del homenaje, del Fuerte. Intensa melancolía. Por la tarde en el zoo de Vincennes. Jirafas que devoraban, seleccionándolas con sus lenguas largas y puntiagudas, hojas secas de acacia de un elevado comedero. Osos negros de América del Norte, una manada de guepardos, muflones de Córcega que se exhibían en los acantilados de una enorme roca. Lo poderoso de esas máscaras: hablan, pero nosotros no comprendemos ya lo divino de ellas.

Vincennes, 28 de abril de 1941

Paseo por las calles y callejuelas de Vincennes. Detalles: junto a una animada calle, un hombre que con una delgada hoz segaba la hierba de un terraplén de ferrocarril y la apretaba en su saco, seguramente para los conejos. En la otra mano tenía un cestillo donde recogía pequeños caracoles que encontraba mientras ejecutaba aquella labor. En el ámbito de jurisdicción de las grandes urbes nos salen con frecuencia al encuentro tales imágenes de economía china — recuerdan las hierbas y plantas que vemos crecer en las rendijas de las paredes.

Vincennes, 29 de abril de 1941

Hôtel de Ville y muelles del Sena; estudiado los puestos. *Tristitia.* Buscado salidas: las únicas que se ofrecían eran dudosas. Notre-Dame, sus demonios, más bestiales que los de Laon. Estas imágenes ideales contemplan fijamente con una mirada llena de saber los tejados de la gran urbe y al mismo tiempo ven reinos cuyo conocimiento ha desaparecido. El conocimiento, desde luego: ¿pero también la existencia?

En el restaurante Prunier, Rue Duphot. El saloncito del primer piso es fresco y alegre, su atmósfera es de aguamarina, invita a saborear frutos de mar. La iglesia redonda tan próxima, junto a cuyo muro verdea una higuera. Luego la Madeleine — una iglesia, a pesar

de todo. Boulevard des Capucines. La *Blitzmädchen,* la muchacha alemana que presta servicios de telefonista, que ya anteayer me llamó la atención en la Place de l'Étoile; una alta obotrita de cabellos flotantes. El extraño sentimiento que se experimenta cuando dos personas empiezan a fijarse la una en la otra, a orientarse la una hacia la otra. Somos nosotros quienes alumbramos las personas con que trabamos conocimiento; un nuevo ser humano es como un germen que surge en las profundidades de nuestro interior. Una imagen extraña ha irrumpido dentro de nosotros; si ha dejado huella, entonces es como una pequeña herida, un dolor leve. Las mujeres, qué bien conocen ese efecto, que luego no cesa de aumentar, cada vez que se repite el encuentro.

Telefoneado a Schlumberger; no está en París, como no está aquí casi ninguno de mis viejos conocidos.

Buscando, en el trayecto que lleva del Pont Neuf al Pont des Arts, la salida a que antes he aludido, he comprendido de súbito con toda claridad que únicamente dentro de nosotros está lo laberíntico de la situación. De ahí que sería perjudicial el empleo de la violencia, destruiría muros, cámaras de nosotros mismos — el camino que lleva a la libertad no es ese. Las horas vienen reguladas desde el interior del reloj. Si movemos las agujas, modificamos las cifras, pero no la marcha del destino. Desertemos adonde desertemos, con nosotros llevamos nuestro uniforme congénito; y ni siquiera en el suicidio logramos escapar de él. Es preciso que nos elevemos, que nos elevemos también a través del sufrimiento; entonces se vuelve más comprensible el mundo.

Vincennes, 1 de mayo de 1941

Sacré-Cœur. El Chevalier de la Barre, que, muy joven, fue ajusticiado de un modo atroz porque no había saludado al pasar una procesión. Hace poco he leído su historia en Voltaire. Aquí se alza su estatua, junto al poste del tormento, como altar de la masonería, dentro del recinto sagrado de la iglesia. La elección del lugar otorga al monumento un regusto dialéctico que perturba la simpatía que nos inspira el destino del infortunado. Allí lo dejamos, de pie con el índice alzado.

Luego Place des Ternes. Muguete, del que he comprado un ramito, para festejar la jornada de hoy; seguramente ha sido también ella la culpable del encuentro con Renée, una joven dependienta de unos grandes almacenes. Esta ciudad trae uniones de este género casi sin esfuerzo alguno por nuestra parte; se nota que está fundada sobre

un altar de Venus. Es algo que está en el agua y en el aire. Ahora percibo estas cosas con una claridad tanto mayor cuanto que el primer año y medio de la guerra he vivido recluido, alojado en cuarteles, en casas de campesinos, en casamatas. En largos períodos de ascetismo, durante los cuales sojuzgamos incluso los pensamientos, recibimos un anticipo del sabor que tendrá la sabiduría de la vejez, la serenidad.

Cenado, luego en el cine; allí le he tocado el pecho a Renée. Una caliente montaña de hielo, una colina en primavera, en la que están encerradas miríadas de gérmenes de vida, de anémonas blancas, por ejemplo.

Durante el noticiario la sala ha estado iluminada, para evitar manifestaciones. Fueron proyectadas nuestras ofensivas en África, en Serbia y en Grecia. La mera vista de los medios de destrucción provocaba gritos de miedo. El automatismo de esos medios, el deslizamiento de las escamas de acero en los tanques, el modo como eran devoradas en el fuego las cintas de brillantes proyectiles. Los aros, las charnelas, las rendijas para mirar, las articulaciones blindadas, el arsenal de formas de vida que se endurecen como crustáceos, tortugas, cocodrilos e insectos — ya el Bosco vio todas estas cosas.

Cuestión digna de estudio: las vías por las que la propaganda pasa a convertirse en terrorismo. Precisamente sus comienzos han ofrecido muchas cosas que se olvidarán. El poder camina con patas de gato; astuto y sutil.

Nos hemos despedido junto a la Ópera, seguramente para no vernos nunca más.

Vincennes, 3 de mayo de 1941

Place des Ternes, al sol, en la terraza de la Brasserie Lorraine. Estos son los instantes en que aspiro un poco de aire, como alguien que está ahogándose. Frente a mí una muchacha en rojo y azul, que reunía una belleza perfecta con un alto grado de frialdad. Una flor de hielo: quien la deshiela, destruye la forma.

Cuando apago la luz me hace feliz el pensar que ahora estaré a solas ocho, nueve horas. Busco la soledad como una cueva. También me gusta despertarme algunas veces, para disfrutar de ella.

Vincennes, 7 de mayo de 1941

Otra vez en la Place des Ternes, en la terraza de la Brasserie

Lorraine; es un lugar agradable, que me atrae. Allí, al sol, suelo beber una taza de té y comer unos cuantos delgadísimos sándwiches, casi obleas, que están dedicados al recuerdo de la desaparecida abundancia. Luego, por los Champs-Élysées, a la Rue Duphot. Siempre me alegra ver en su entrada la higuera que está delante de la pequeña iglesia.

La roca de pórfido. También las plantas y los animales han de diferenciarse de todas las cosas que hay en la Tierra.

Vincennes, 10 de mayo de 1941

Jardin des Plantes. Un ciclamor, llamado asimismo árbol de Judas, en plena floración. Las flores habían brotado también del tronco y lo habían hecho en tal cantidad que brillaban desde lejos en grupos compactos, semejantes a formaciones de coral o a racimos de abejas de color rosa.

Los grandes gatos negros o ambarinos a los que se ve dormitar en los escaparates de las tiendas. Y luego las paulownias, que florecen, todavía sin hojas, en las avenidas, o en grandes grupos en las plazas. Su delicado velo violeta transforma como por encanto la piedra de color gris argentado. Amatista sobre piel de elefante.

Vincennes, 11 de mayo de 1941

Iba, como de costumbre, a la Place des Ternes. En la Bastilla me entraron ganas de apearme del vehículo. Allí me he visto, única persona vestida de uniforme, rodeado por una muchedumbre de millares de parisinos, y además, en la festividad de la Doncella de Orleans. A pesar de todo, me ha procurado un cierto placer el deambular por allí sumido en mis meditaciones, de modo similar a como en sueños paseamos por un polvorín llevando en la mano una vela encendida. Por la noche me he enterado de que en la Place de la Concorde ha habido algunos disturbios.

Vincennes, 12 de mayo de 1941

Nos sentaban con los pies desnudos alrededor del fuego y nos empujaban hasta muy cerca de él, de manera que veía cómo la piel se ponía primero roja y luego se apergaminaba y saltaba. Más tarde nos azotaban los pies con unos látigos que, en vez de tiras de cuero, llevaban un haz de víboras. Estas hundían sus dientes en la carne herida y yo sentía sus mordiscos como un alivio, comparados con el dolor del fuego.

¿En qué galeras nos asaltan tales imágenes?

Vincennes, 17 de mayo de 1941

Por la noche estuve largo tiempo, a oscuras, sintiendo un ahogo en el pecho; iba pesando uno a uno los segundos. Luego, mañana horrorosa en el patio del cuartel de Vincennes. Estaba allí como alguien que siente una gran sed: durante un descanso me la ha apagado el espumoso frescor de las umbelíferas blancas que crecen junto al talud del Fuerte. Cuando veo el modo tan callado como estas flores se desperezan a la luz del sol, su deleite me parece de una hondura infinita. Siento que me hablan con frases y palabras dulces y consoladoras y siempre me embarga el dolor de que ninguno de esos sonidos llegue a mis oídos. Uno es llamado, y, sin embargo, no sabe adónde.

Al mediodía ha llegado el coronel con un capitán llamado Höll, que va a hacerme un retrato y que se quedará aquí algún tiempo. Al atardecer he estado con él en la zona de la Madeleine y he comprado algunos regalos para Perpetua. En la tienda de un negro, conversaciones sobre la nuez de cola y sobre el ron blanco. Toda la tarde ha sido extraña y me ha confirmado en mi opinión de que somos *nosotros* los que como directores de orquesta dirigimos las vivencias; el mundo nos proporciona los instrumentos. Estamos cargados de una determinada especie de fuerza; entonces se ponen en marcha los objetos adecuados. Así, por ejemplo, somos viriles y entonces aparecen las mujeres. O somos infantiles y entonces afluyen a nosotros los regalos. Y si somos piadosos...

París, 20/21 de mayo de 1941

Al mediodía relevé con mi compañía la guardia principal del Hotel Continental. Previamente relevo en la Avenue de Wagram. Ordené ejecutar los movimientos que habíamos estado ensayando todo un mes y luego desfilar a paso de parada ante la tumba del Soldado Desconocido. También pasamos por delante del monumento a Clemenceau, el cual previó bien estas cosas. Lo saludé con una pequeña inclinación de cabeza, como entre augures.

La noche ha sido muy movida y en ocasiones hasta turbulenta, pues me han traído más de cuarenta personas, arrestadas por las patrullas en las calles o en los cafés y hoteles. La mayoría eran borrachos, o soldados sin el debido permiso, que habían sido pillados en los pequeños *hôtels de passe;* también traían a las prostitutas que en esos lugares les hacían pasar el tiempo. Tras un breve interrogatorio

anotaba los nombres de todos en el gran libro-registro del cuerpo de guardia y luego mandaba que los encerrasen en unos pequeños calabozos, parecidos a casetas de baño, que han sido instalados en gran número en el primer piso. Los hombres que habían dormido acompañados eran previamente «saneados». Por la mañana se distribuyó el desayuno y luego toda aquella tropa fue llevada a presencia de un juez disciplinario que celebraba las vistas en el mismo edificio. Con una carga de gente que había sido pescada en Montmartre llegó también una putilla de dieciocho años que para saludar se puso firme, igual que los soldados. Era una criatura muy divertida y como además disponía de *bon moral* le ordené que se sentase con nosotros en el cuerpo de guardia y nos diese conversación; en aquel tétrico lugar la he tenido, pues, como un canario.

Vincennes, 24 de mayo de 1941

Por la mañana en el Hotel Continental, como vocal de un consejo de guerra. Tres casos. Primero un conductor que se había emborrachado y había derribado con su vehículo un farol de gas. Poco antes, dijo, «había visto que algo se movía rápidamente por la calzada». Cuatro semanas de arresto mayor. Preguntado si tenía alguna observación que hacer a la sentencia:

—Estoy sorprendido de que se me haya condenado a una pena tan leve.

Luego otro conductor; se había peleado en un bar con cuatro sargentos de marina y había opuesto resistencia pasiva al ser arrestado. Cuarenta y tres días de prisión. Durante el interrogatorio de los testigos uno de los sargentos de marina, para ilustrar la sobriedad de uno de sus camaradas, dijo:

—Baja a tierra pocas veces.

También establecía una distinción entre una gran borrachera: «Gran viaje», y un sencillo achispamiento: «Pequeño viaje».

Finalmente un cabo que en la entrada a la estación del metro Jean Jaurès se había lanzado, como si estuviera atacado de rabia, sobre varios transeúntes y había estado repartiendo golpes con su bayoneta hasta que fue detenido por una patrulla. Aplazamiento del caso por incomparecencia, debida probablemente a miedo, de algunos de los afectados.

En este último caso la embriaguez en que se encontraba en el momento de los hechos el encausado ha tenido también su reflejo en

la vista oral. El interrogatorio hubo de recomponer con girones y fragmentos lo ocurrido, de modo que han quedado muchas lagunas. También resultaban instructivas las diferencias que aparecían entre las declaraciones de los testigos franceses y la traducción de esas declaraciones al alemán hecha por una intérprete: podía verse así a un ser humano desempeñando el papel de un órgano de los sentidos, un órgano receptor y transmisor, y podían notarse igualmente las muchas cosas que en ese trayecto cambian, se pierden.

Por la noche en el Hotel Ritz con el conde Podewils; aunque hace ya años que me carteo con él y con su esposa, lo he visto hoy por primera vez. Ha traído consigo al teniente Grüninger, que me recuerda a personajes de la obra *Ardinghello*. También se presentó Höll. A última hora apareció todavía por un instante el coronel Speidel, jefe de Estado Mayor del comandante en jefe.

Vincennes, 25 de mayo de 1941

La visita matutina. Dos amigos, vestidos con trajes de seda, están de pie delante de una mesa de nácar y marfil. Han abierto una carpeta que contiene grabados coloreados y miran con sus *lorgnons,* con sus impertinentes, las láminas. La habitación está llena de color, es suntuosa, alegre; me llama especialmente la atención la rica marquetería de la mesa. Pero en esta hay también algo insólito. La miro con más detenimiento y entonces descubro que debajo de ella se esconde una mujer que está allí de rodillas. El pesado vestido de seda, el rostro delicadamente polvoreado, el sombrero de plumas multicolores hállanse de tal modo fundidos con el diseño del mueble que la mujer allí escondida recuerda una de esas mariposas a las que resulta imposible distinguir de las flores en que están posadas. Y es en ese momento cuando se me hace clara también la atmósfera de horror que había en el fondo de la alegría de aquella habitación iluminada por un resplandor matinal y descubro la imagen escondida, cuyas líneas habían quedado congeladas por el miedo. Lo que está en el fondo de la imagen es algo que dormitaba ya en su título: pues no se trata solo del visitante, sino al mismo tiempo de la visitante, de su esposa, demasiado bella y demasiado cercana.

Vincennes, 26 de mayo de 1941

Por la tarde en el estudio de Höll, en el quinto piso de un inmueble de la Rue de Montreuil. Allí hemos vaciado entre los tres algunos vasos, primero a la salud de Madeleine, su modelo, y luego en honor de un magnífico arcoíris que apareció sobre los techos de Vincennes cual una doble puerta de la felicidad.

Conversaciones, que tuvieron como punto de partida la profesión de aquella muchacha, el oficio de *entraîneuse,* es decir, una mujer que ha de llevar clientes a un local nocturno. En ese menester resultan superfinas, bien que no la belleza, sí ciertamente la cultura, la buena crianza y, desde luego, la bondad. Sin embargo, es preciso alimentar a la madre, que está enferma, y cosas por el estilo. Lo que en estos tipos humanos me conmueve siempre, y también en este caso, es la amalgama de liviandad y melancolía. Así es como se camina hacia el abismo en barcos adornados con guirnaldas de flores. La inflación, que arruina esas existencias burguesas, reclama que se la estudie más de cerca; ella es a la postre la conclusión de un proceso de empobrecimiento, de un proceso de reducción de índole universal. El dinero esconde en sí uno de los más grandes misterios. Cuando pongo encima de la mesa una moneda y recibo a cambio un pedazo de pan acontece un acto en el que se refleja no solo el orden del Estado, sino también el orden del universo. La numismática entendida en un sentido superior sería el estudio de hasta qué punto ese saber encuentra su expresión en los símbolos acuñados en las monedas.

El trato con Höll me resulta beneficioso y me ha sustraído a aquellas peligrosas meditaciones en que me había hundido desde comienzos de este año. En el mes de febrero tuve una depresión durante la cual me negué a tomar alimentos toda una semana y estuve viviendo, en todos los aspectos, del capital de mi pasado. Mi situación es la de un hombre que vive en el desierto entre un demonio y un cadáver. El demonio lo incita a la acción; el cadáver, a la simpatía. Ya varias veces en mi vida ha sido el hombre amigo de las Musas quien ha acudido a auxiliarme en mis crisis. Ese hombre sigue repartiendo regalos que saca de las riquezas del mundo.

París, 29 de mayo de 1941

Al torrente de cosas repugnantes que me agobian ha venido a sumarse la orden de que me encargue de supervisar el fusilamiento de un soldado que ha sido condenado a muerte por deserción. En el primer momento tuve intención de darme de baja por enfermedad, pero me pareció un recurso demasiado fácil. También pensé: quizá sea mejor que estés allí *tú* y no otro cualquiera. De hecho he podido disponer algunas cosas de un modo más humano que como estaban previstas.

En el fondo fue una curiosidad superior lo que me decidió. Yo había visto ya morir a muchos seres humanos, pero a ninguno en un momento fijado de antemano. Esta situación que hoy nos amenaza a todos y cada uno de nosotros y que ensombrece nuestra existencia,

¿cómo se presenta? ¿Y cómo se comporta en ella la gente?

He revisado, pues, el sumario, que concluye con la condena a muerte. Se trata de un cabo que abandonó su unidad y desapareció en la ciudad, donde lo hospedaba una francesa. Unas veces se movía con traje de paisano y otras con uniforme de oficial de marina, y se dedicaba a hacer negocios. Parece que poco a poco fue creyéndose demasiado seguro y no solo daba ocasiones de celos a su amante, sino que además le pegaba. La amante se vengó denunciándolo a la policía francesa, la cual lo entregó a las autoridades alemanas.

Ayer fui, en compañía del juez, al lugar previsto, un bosquecillo próximo a Robinson. En un claro, el fresno; su tronco, astillado por las balas de anteriores ejecuciones. Son visibles dos series de impactos —una superior de los disparos a la cabeza y otra inferior de los disparos al corazón. Unas cuantas moscas de color azul oscuro reposaban en el cerne, envueltas en las finas fibras de la corteza reventada. Eran la orquestación del sentimiento con que puse el pie en aquel lugar: no es posible mantener tan limpios los lugares de ejecución que no haya en ellos alguna cosa que recuerde el desolladero.

Hoy hemos acudido a ese bosquecillo. En el coche iban también el capitán médico y el teniente que manda el pelotón de ejecución. Durante el viaje conversaciones caracterizadas por una cierta familiaridad y confianza, «como entre compañeros de fatigas».

Al llegar al claro del bosque encontramos ya allí el pelotón encargado de la ejecución. Forma una especie de pasillo delante del fresno. Durante el viaje ha estado lloviendo, pero ahora luce el sol; las gotas de agua brillan en la hierba verde. Aguardamos un rato, hasta poco antes de las cinco; un automóvil llega entonces por el estrecho camino del bosque. Vemos apearse al condenado; lo acompañan dos carceleros y un capellán. Detrás viene todavía un camión; transporta al pelotón de enterramiento, así como un ataúd, que se ha encargado tal como ordena el reglamento: «de tamaño corriente y de la calidad más barata».

El hombre es conducido hacia el pasillo; en ese momento se apodera de mí una sensación de ahogo, como si de repente me resultase difícil respirar. Lo sitúan delante del juez militar, que está de pie a mi lado: veo que el condenado lleva esposadas las manos a la espalda. Viste un pantalón gris de buena tela, una camisa de seda gris y una guerrera abierta, que le han echado sobre los hombros. Se mantiene erguido, es un hombre de buena presencia y su rostro luce esas facciones agradables que atraen a las mujeres.

Se da lectura a la sentencia. Con una atención suma, tensa, sigue el condenado todo lo que ocurre; yo tengo, sin embargo, la impresión de que se le escapa el texto. Sus ojos están dilatados, fijos, son grandes, ávidos, como si el cuerpo pendiese de ellos; la boca carnosa se mueve como si silabease. Su mirada cae sobre mí y se detiene un segundo en mi rostro con una tensión penetrante, indagadora. Veo que la emoción da a aquel hombre una apariencia crespa, floreciente, casi infantil.

Una mosca diminuta juguetea junto a su mejilla izquierda y se posa varias veces en su oreja; el condenado alza los hombros y sacude la cabeza. La lectura de la sentencia dura un minuto escaso, pero el tiempo se me hace extraordinariamente largo. El péndulo se mueve pesadamente, sus oscilaciones parecen más largas. Luego los dos carceleros conducen al condenado al fresno; lo acompaña el capellán. En ese instante se acrecienta todavía más la pesadez; es algo trastornante, como si se soltasen grandes pesos. Recuerdo que he de preguntarle si desea que le venden los ojos. El capellán responde que sí por él, mientras los carceleros lo atan al fresno con dos cuerdas blancas. El capellán le hace todavía algunas preguntas en voz baja; oigo que responde a ellas con un «sí». Luego el condenado besa un pequeño crucifijo de plata que le es presentado, en tanto el médico le prende en la camisa, a la altura del corazón, un cartoncillo rojo del tamaño de un naipe.

Entretanto, a una señal del teniente, los soldados del pelotón se han alineado; están detrás del capellán, que aún tapa con su cuerpo el del condenado. Después el capellán da un paso atrás, tras haberle rozado una vez más el cuerpo con su mano, de arriba abajo. Siguen las voces de mando y ellas hacen que yo emerja otra vez a la consciencia. Quisiera desviar los ojos, pero me obligo a mirar a aquel sitio y capto el instante en el que, con la descarga, aparecen cinco agujeros oscuros en el cartón, como si sobre él cayesen gotas de rocío. El hombre alcanzado por las balas sigue de pie contra el árbol; en sus facciones se refleja una sorpresa inmensa. Veo abrirse y cerrarse su boca, como si quisiera articular vocales o decir todavía algo con gran esfuerzo. Este hecho tiene en sí algo que desconcierta, y otra vez vuelve a hacerse muy lento el tiempo. También parece que ahora el hombre se ha vuelto muy peligroso. Por fin se le doblan las rodillas. Le desatan las cuerdas y en ese momento la palidez de la muerte recubre su rostro de repente; es como si sobre él se hubiera vertido un cubo de cal. El médico se acerca un momento y anuncia:

—Este hombre está muerto.

Uno de los carceleros le quita las esposas y con un trapo limpia la sangre que ha manchado el brillante metal. El cadáver es introducido en el ataúd; yo aseguraría que la pequeña mosca jugueteaba por encima de él en un rayo de sol.

Viaje de vuelta, durante el cual sufro un nuevo acceso de depresión, más fuerte que el de antes. El capitán médico me explica que los gestos del moribundo no fueron otra cosa que reflejos nerviosos, sin significación ninguna. Él no ha visto lo que yo sí he contemplado con una evidencia atroz.

Vincennes, 30 de mayo de 1941

Al mediodía almuerzo en el Hotel Ritz, con el coronel Speidel, Grüninger, Clemens Podewils. Grüninger, que es desde hace mucho tiempo uno de mis lectores, y seguramente también uno de mis alumnos, más inteligentes, opina que yo estoy mejor resguardado aquí en París que no en las otras tareas que desempeño. Y, efectivamente, es muy posible que esta ciudad tenga escondidos para mí no solo dones especiales, sino también manantiales de trabajo y de eficacia. París sigue siendo, en un sentido casi más importante que antes, una capital, símbolo y baluarte de unas excelsas formas de vida heredadas de antiguo, y también de ideas vinculantes, cosas todas ellas de las que ahora andan especialmente escasas las naciones. Quizá obre bien aprovechando la posibilidad de establecerme aquí. Se me ha presentado sin que yo hiciera nada de mi parte.

A última hora de la tarde han venido a hacerme una visita las dos hermanas que conocí en Noisy, cuando estuve alojado en esa población. Hemos estado charlando los tres. La mayor está a punto de divorciarse de su marido, que ha dilapidado la dote que ella aportó al matrimonio. Habla de los defectos de su marido y de su querella contra él con la seguridad peculiar de los latinos y con unos giros que parecen propios de un notario experimentado. Se nota que no hay en esto problemas insolubles. A lo que parece, está poseída por una hostilidad grande, no contra los varones, pero sí contra el matrimonio, y a su manera procura introducir en la vida a su hermana menor, que produce la misma impresión que una amazona. Notable el contraste entre la dignidad pedagógica y la materia epicúrea.

Vincennes, 3 de junio de 1941

Por la tarde en la pequeña pastelería Ladurée, en la Rue Royale, para despedirme de la amazona. La chaqueta de cuero de color rojo, con la cartera verde colgada de una larga correa; la peca encima de la

comisura izquierda de su boca, comisura que, cuando la muchacha sonríe, se alza de un modo nervioso, simpático, dejando al descubierto el incisivo. Dieciocho años cumplirá el próximo sábado.

De todo lo que en otro tiempo se llamaba «tren de vida», del lujo inmediato que se manifiesta en un varón y en su ambiente, lo único que hoy queda es la compañía de una mujer hermosa; solo ella nos proporciona aún un sentimiento de aquel estado desaparecido.

Las grandes ciudades no solo especializan los placeres, sino que además configuran unas categorías singulares para cosas que de ordinario se disfrutan únicamente de manera aislada y especializada. Así, en Barcelona me llamó la atención el hecho de que existieran tiendas especiales para toda clase de salazones. Las pastelerías especializadas, las tiendas de antigüedades donde únicamente se compran encuadernaciones del siglo XVIII, o donde se adquiere solo vajilla rusa de plata.

Lectura: Anatole France: *Sur la pierre blanche.* Alejandría — los pensamientos han perdido todo revestimiento orgánico, de ahí que permitan un trazado más claro, más matemático. El estilo ha sido filtrado a través de todos los sedimentos del escepticismo; por esa vía se la ha proporcionado la claridad del agua esterilizada. Esa prosa se lee a doble velocidad — y eso ya por el simple hecho de que en ella cada palabra está en su sitio lógico. Ese es un defecto, ese es su mérito.

Montgé, 8 de junio de 1941

Adiós a mi pequeño piso de Vincennes. En la pared del dormitorio cuelga una fotografía del propietario, que está huido; desde el primer momento me resultó desagradable aquella fotografía. Las facciones tenían un aire crispado, roto, punzante; mostraban los signos propios de un espíritu descontento, lo cual se reflejaba también en la composición de la biblioteca. Varias veces, sobre todo por las noches, pensé en quitar de allí aquel retrato y lo único que me impidió hacerlo fue el temor de introducir cambios en la manera como estaba dispuesto el mobiliario. Ahora me ha parecido descubrir un rasgo nuevo en el rostro de este desconocido e involuntario anfitrión mío — había en él algo diferente, que se transparentaba y sonreía como por debajo de una máscara, un brillo de entendimiento, de simpatía. Esto me ha parecido extraño — casi como una recompensa por haberme comportado como un ser humano aquí, en este piso, y, por otro lado, quizá como un signo de que desde mí mismo había conseguido adentrarme, atravesando la superficie individual, hasta aquello en que

todos estamos unidos y nos comprendemos: hasta el dolor, hasta el sufrimiento que se halla en el fondo de todo.

En la tarde del 5 de junio emprendimos la marcha. Las muchachas de Montreuil y de Vincennes formaron calle en dos filas delante de las puertas del Fuerte, como hicieran en otro tiempo las beldades de Babilonia cuando las tropas de Alejandro Magno abandonaron aquella ciudad. También Höll se despidió allí de mí. El trato con artistas de vida libre, ligera, ha sido siempre para mí muy fructífero, más fructífero que el trato con cualquier otro género de personas.

Atravesamos el Bosque de Vincennes y luego por Nogent, Chelles, Le Pin, Messy, Vinantes, fuimos hasta Montgé, donde he permanecido tres días con mi compañía. Se dice que el nombre de esta localidad deriva de Mons Jupiter. Aquí me alojo en casa de un matrimonio apellidado Patrouix; tanto el hombre como la mujer son gente entrada en años, pero aún siguen frescos y vivaces. Él es ingeniero y durante la semana se ocupa de sus asuntos en París. La mujer se cuida de la casa, así como del gran jardín, que produce abundantes frutas y hortalizas y está regado por siete fuentes. Charlando con ella de flores y de frutas me he dado cuenta de que es una diletante en el mejor sentido de la palabra. Esto es algo que tiene también su expresión en el hecho de que regala de buena gana parte de lo mucho que recoge, pero jamás lo vende. El señor Patrouix es catalán, nacido en Perpiñán. Hemos hablado de su idioma materno y me ha contado que es, de todas las lenguas vivas, la que más cerca está del latín.

Para llegar a viejo, dice el señor Patrouix, es preciso trabajar; los únicos que se mueren pronto son los holgazanes. Yo opino que para llegar a viejo es necesario permanecer joven.

Villers-Cotterets, 9 de junio de 1941

Bajo una intensa lluvia marcha hasta Villers-Cotterets, atravesando los grandes bosques, que exhalaban vapores húmedos. En esta ciudad me he calentado un poco en la chimenea de la casa del médico en la cual me alojo. Mientras comíamos he estado charlando con él; luego ha tenido que salir porque lo llamaron para atender un caso urgente y me ha dejado a su hija para que me haga compañía. Está casada con un cirujano, y la he encontrado muy leída y muy experta en muchos asuntos; hemos estado hablando sobre Marruecos y sobre las Baleares, y luego sobre Rimbaud y sobre Mallarmé, en especial sobre la primera estrofa del poema *Brise marine*. Aquí en

Francia el conocimiento de la literatura sigue teniendo como punto de referencia el conjunto de ella, su totalidad armónica, mientras que entre nosotros, entre los alemanes, ese conocimiento se refiere en el mejor de los casos a las individualidades, a los miembros de la totalidad, que, además, son separados según las corrientes políticas. Algo parecido ocurre en materia de pintura; en París he visto a gente muy sencilla detenerse un momento delante de los escaparates de las tiendas de arte y expresar juicios muy sensatos sobre los cuadros allí expuestos. No cabe duda de que el talento literario va ligado al talento para la pintura; pero lo que resulta notable es que el sentido de la plástica esté tan poco desarrollado en un pueblo tan musical como el alemán.

Soissons, 10 de junio de 1941

Hemos proseguido la marcha hasta Soissons, donde he dormido en el Hotel du Lion Rouge. Las fachadas de las casas están sembradas de impactos de balas — a veces no está claro si son de esta guerra o de la otra. Quizá muy pronto las imágenes de estas dos guerras se confundan para la memoria en una única imagen.

Nouvion-le-Comte, 11 de junio de 1941

Agotadora marcha hasta Nouvion-le-Comte. A mano derecha, en una altura, las enormes ruinas de Coucy-le-Château. Alto del mediodía en la fábrica de cristales de Saint-Gobain. Por causa del mal tiempo comimos dentro del edificio, rodeados de montañas de placas y barras de cristal; en esta ocasión he visto con mucha claridad el carácter estéril de esta materia. Pese a lo agotado que estaba, al atardecer he acudido todavía a las orillas del Serre a practicar un poco la caza sutil. Estas distracciones son como un baño que elimina el polvo del servicio; en ellas hay libertad.

También el día 12 de junio lo hemos pasado en esta ciudad, como jornada de descanso; todo el tiempo ha estado lloviendo. Escrito cartas, puesto al día los diarios, trabajado. Al atardecer un ligero achispamiento con burdeos blanco, mientras leía *Pour saluer Melville,* de Giono. Cuando nos hallamos de ese temple somos más receptivos para los libros. También introducimos en ellos más cosas; improvisamos sobre el texto de los libros como sobre las teclas de un piano.

Saint-Algis, 13 de junio de 1941

Marcha y, además, maniobras del regimiento en el Bois de

Berjaumont. Hasta cerca de las once de la noche no hemos llegado a nuestros alojamientos en Saint-Algis. Aquí he estado sentado todavía una hora en torno a la chimenea, rodeado por la familia de esta casa en que me hospedo, bebiendo sidra y comiendo queso y pan. Hemos charlado agradablemente; al final la mujer ha preparado todavía café y nos ha ofrecido terrones de azúcar y una copita de aguardiente.

Me ha gustado sobre todo el dueño, un hombre de cincuenta y seis años, que ha estado sentado a la mesa con el mismo chaleco con que había estado trabajando en el campo. Me he preguntado cómo es posible que se haya conservado hasta nuestros días un ser tan sencillo, tan bondadoso y tan infantil — quizá únicamente porque es al mismo tiempo un ser que desarma completamente a todo el mundo. En su rostro, y especialmente en la mirada de sus ojos azules, había no solo una serenidad interior, sino también un rasgo sumamente noble; uno podía creer sin más que se hallaba en compañía de un vasallo de tiempos antiguos. Esto me lo han hecho sentir sobre todo varias de las preguntas que con gran delicadeza me ha dirigido. Por ejemplo:

—*Vous avez aussi une dame?*

Los ojos le han brillado al ver que yo estaba en posesión de ese bien y también de algunos otros.

Saint-Michel, 14 de junio de 1941

Por la mañana he bebido todavía un café con los dueños de la casa y luego hemos marchado hasta Origny, para realizar allí unos ejercicios de combate. Durante la reunión final de los oficiales para enjuiciar las maniobras, reunión que se ha celebrado a pleno sol en lo alto de un cerro, me ha tomado aparte el general Schede y me ha dicho confidencialmente que se ha solicitado para mí un destino en el Estado Mayor del comandante en jefe. He visto que Speidel había pensado en mí. Esta época se parece a un objeto candente cuya temperatura no es posible rebajar, pero que puede soportarse por más tiempo pasándolo de una mano a la otra. Además, la situación en que me encuentro recuerda la de un hombre que estuviera en posesión de una gran cantidad de monedas de oro, pero al que le pidieran únicamente calderilla; en vano hurgaría en sus bolsillos buscándola. En varias ocasiones, sobre todo en Dielmissen, y también durante la primera mitad de mi estancia en París, he caído en rápidos del río, pero siempre he conservado, pese a todo, el aliento mínimo necesario para nadar o al menos para mantenerme a flote. Hace ya muchos años que preví esto; las formas en que se ha presentado han sido lo único que me ha resultado nuevo.

Por la tarde hemos regresado a nuestro viejo Saint-Michel. Madame Richardet me ha saludado con tanta alegría que me ha conmovido; decía que en el intervalo el tiempo había transcurrido con mucha lentitud. Tras haber ordeñado las vacas ha venido, como de costumbre, *ma tante* y me ha preguntado si en París había sufrido el *coup de foudre*. Luego, con la misma cordial familiaridad de otros tiempos, y acompañados por Rehm, nos hemos bebido una botella de vino.

Lectura de las cartas; entre ellas, una de Höll, escrita desde la Rue de Montreuil, en la que recuerda el arcoíris que allí vimos. Trae una posdata de Germaine, en la que esta expresa su esperanza de volver a ver a los dos capitanes que se le han aparecido en un momento crucial de su vida. En general he de decir que mi estancia en París ha resultado fecunda también porque me ha deparado un gran número de encuentros. Los seres humanos albergan todavía muchas semillas que pueden volver a germinar tan pronto como se tornen más suaves las condiciones atmosféricas y recuperen temperaturas humanas.

Luego hermosas cartas de Perpetua. De la del 10 de junio transcribo lo siguiente:

«Ayer noche he vuelto a tener un sueño extraño. Con la ayuda del joven Meyer y de Lahmann capturaba a un atracador que por la noche había entrado en casa y se había escondido en nuestro armario; en ese preciso momento subías tú la escalera. Al escuchar voces de hombre ponías esa cara que sueles poner cuando te tropiezas con cosas desagradables; yo te señalaba el ladrón y entonces tú te echabas a reír. Y después de haberme estado contemplando un largo rato me decías: “Te acordarás seguramente de mi observación sobre Hölderlin, en aquel pasaje en que dice que el miedo, que mantiene a todos los sentidos en una tensión extrema, confiere a la expresión del ser humano un demonismo extraño. Pero si el ser humano se libera del miedo, también se desarrugan sus facciones y sobre ellas se extiende una dichosa serenidad. Esto es lo que a ti te ocurre en este momento y me gustas más que nunca”.»

Escribo estas líneas sentado a la misma mesa semicircular en la que tantas veces he estado leyendo y trabajando. Entre las cartas, diarios, revistas y manuscritos se alza un jarrón con unas peonías que Madame Richardet ha cortado para mí en el jardín. De las flores completamente abiertas cae de vez en cuando sobre la mesa un pétalo, de color rojo oscuro o de color violeta pálido, de manera que el

desorden de las cosas queda acrecentado y al mismo tiempo abolido por un segundo desorden, el de los colores.

Por cierto que de ordinario transcribo a limpio mis apuntes al día siguiente; sin embargo, no los fecho por el momento en que los transcribo, sino por el día en que ocurrieron los hechos. Sucede, empero, que ambas fechas se superponen un poco; es una de esas inexactitudes que trae consigo la perspectiva y que yo no investigo con demasiado rigor. Antes por el contrario, lo que acabo de decir sobre las flores se aplica también a esto.

Saint-Michel, 17 de junio de 1941

El sábado pasado, en las proximidades del arroyo Gland, donde había organizado un poco de deporte para los hombres — por primera vez en este año. Yo practiqué un poco entretanto la caza sutil en las orillas del citado arroyo, que ya están cubiertas de un hermoso follaje. En un hongo que crece sobre un árbol, hongo donde ya antes de nuestra estancia en París había encontrado una *Orchesia* de color pardo rojizo, capturé esta vez un ejemplar de una especie afín, con manchas de color naranja; un poco más allá encontré una variedad de eucnémido en el viejo tocón de un aliso. También ha vuelto a impresionarme el espectáculo de los oscuros estafilínidos, los cuales son de ordinario muy poco aparentes. Empujados por un ardor vital supremo, danzan a la clara luz del sol por encima de las costras frescas del cieno de la orilla, con el abdomen levantado; parecen llamas negras. Los destellos de su coraza permiten comprender lo muy noble que es, a pesar de todo, el color negro.

He vuelto a pensar en mi trabajo sobre lo negro y lo blanco. Hace ya mucho tiempo que viene pareciéndome que aún he de adquirir antes los medios para poder comenzarlo.

Para quien sigue haciendo preguntas más profundas. Un adolescente acudió en otro tiempo a un viejo eremita y le pidió una regla para vivir de acuerdo con ella. El eremita le dio esta respuesta:

—Aspira a lo alcanzable.

El adolescente le dio las gracias y le preguntó si sería una inmodestia el pedirle todavía una segunda frase, como viático suplementario para el camino. Entonces el eremita agregó este otro consejo al primero:

—Aspira a lo inalcanzable.

Al atardecer, en el jardín de Madame Richardet. Una abeja que sobrevolaba un altramuz de color rosa se ha quedado colgada del labio inferior de la flor, la cual se ha curvado placenteramente bajo el peso. De ese modo ha quedado al descubierto una segunda vaina, muy delgada, que en su extremo era de un color rojo muy oscuro y en la que estaban contenidos los estambres. La abeja comenzó su festín por esta parte, por el extremo donde el color invitaba al contacto.

Más tarde he estado largo tiempo delante de un lirio de color violeta, que tenía una corona tripartita; el acceso a sus cálices atraviesa un vellón dorado y conduce a un abismo de color amatista.

Oh, flores, ¿quién os ha ideado?

Bien entrada la noche ha llegado todavía Höll, en coche, a hacerme una visita. Dado que el sargento de mi compañía celebraba hoy su cumpleaños, me he llevado a Höll adonde estaban reunidos los suboficiales. Se celebraba allí un suculento banquete; sobre las dos de la madrugada hemos sellado nuestra amistad fraternal bebiendo.

Höll se ha traído la foto tomada en la Rue de Montreuil. El retrato y también la vista han salido muy bien, pero faltaba el arcoíris. La lente sin vida de la cámara fotográfica no capta lo esencial y milagroso.

Saint-Michel, 18 de junio de 1941

En el sueño me hallaba sentado con mi padre a una mesa ricamente servida, ya acabada la comida, en compañía de otras personas. Mi padre estaba de buen humor y nos explicaba en qué medida todos los gestos del varón, sean cuales sean, encierran un significado erótico cuando habla con una mujer. En cierto modo ponía al desnudo el esqueleto de los gestos, los cuales producían por tal motivo una impresión cínica, pero esa impresión quedaba atenuada por la asombrosa erudición de que hacía gala mi padre. Así, a propósito de los gestos mediante los cuales los varones quieren indicar que están bien provistos, mencionaba las dos poesías anticatonianas de Juvenal.

Antes de que los comensales se dispersasen le fue pasada a mi padre una copa en la cual unas fresas silvestres de color rojo brillaban

encima de un redondo montón de hielo blanco. Le oía hacer una observación que por desgracia no recuerdo, pero que, más bien que encerrar un sentido profundo, contenía una broma.

París, 24 de junio de 1941

Muy temprano salida hacia París. En la Rue de la Bovette me dieron un caluroso abrazo de despedida tanto Madame Richardet como su *tante,* la cual ha vuelto a prevenirme contra el *coup de foudre.*

Una vez más Laon con su catedral, por la que siento más cariño que por ninguna otra. Los lugares donde comienzan a verdear en los bosques las primeras matas de castaños señalan una frontera entre dos climas. Poco antes de llegar a la metrópolis grandes árboles cargados de unas guindas enormes, prodigiosas, que, a punto de madurar, brillaban con colores coralinos. Esto excede los límites del arte de la jardinería y penetra en el mundo de las piedras preciosas y de las joyas — como aquellos árboles que vio Aladino en la cueva de la lámpara maravillosa.

Desde hace tres días estamos en guerra también con Rusia — resulta extraño lo poco que me ha impresionado esa noticia. Pero es que en estos tiempos está limitada nuestra capacidad de asimilar hechos, a no ser que los alojemos en un cierto vacío.

París, 25 de junio de 1941

De nuevo en la terraza de la Brasserie Lorraine en la Place des Ternes. Vuelvo a ver el reloj en el que tantas veces han estado fijos mis ojos.

Siempre que me coloco frente a una tropa formada, como ocurrió el pasado lunes al despedirme de mi compañía, noto en mí una tendencia a desviarme del eje central de la formación; es un rasgo indicativo del hombre observador y del predominio de las inclinaciones contemplativas.

Por la noche, con Ziegler, en el restaurante Drouant, a cenar bullabesa. He estado aguardándolo en la Avenue de l'Opéra, delante de una tienda de tapices, armas y adornos saharianos. Entre estos últimos había pesados aros de plata para llevar en los brazos y en los pies, que estaban provistos de cerraduras y de pinchos — ornamentos usuales en los países donde existen esclavos y harenes.

Luego en el Café de la Paix. Análisis de la situación, que va perfilándose con creciente claridad.

París, 26 de junio de 1941

Hacia el amanecer sueños de terremotos — veía cómo eran tragadas las casas. El espectáculo producía desconcierto, como un Maelstrom, y amenazaba con provocar un vértigo en el que podía perderse la capacidad de juicio. Al principio hacía esfuerzos por ofrecer resistencia, pero luego me arrojaba en el remolino de la aniquilación, que parecía un pozo rotante. El salto iba asociado a un placer que acompañaba al horror y lo vencía, como si el cuerpo se disolviese en una maligna música de átomos. Cual una bandera que se hunde en las aguas, también había en aquello aflicción.

Una segunda charla con Ziegler sobre la situación, en el Hotel Ambassador. También hemos hablado sobre la «segunda vista», que es hereditaria en la familia de su esposa. Entre otras cosas, esta vio el incendio del dirigible Zeppelin tres horas antes de que lo anunciase la radio. Existen ciertamente fuentes extrañas de que se alimenta nuestra

inteligencia, pues la mujer de Ziegler ha visto también a Kniébolo tendido en el suelo, con el rostro cubierto de sangre.

París, 27 de junio de 1941

Mientras comía bromeaba con una hermosa criatura de tres años, a la que había tomado mucho cariño. Pensamiento: era uno de tus hijos no engendrados y no nacidos.

Al atardecer, con las dos hermanas, en Montmartre, que seguía incandescente como un cráter. Ambas se complementan para formar una especie de centaura, un ser doble de naturaleza corporal-espiritual.

Medio dormido me he adentrado mucho en las profundidades del espíritu de la lengua — se me han vuelto especialmente claros los siguientes grupos de consonantes: *m-n, m-s, m-j,* en los que se expresa lo excelso, lo viril y lo magistral.

París, 5 de julio de 1941

Morris, a quien conocí en la Place d'Anvers y que ahora tiene sesenta y seis años, sigue vivaz y activo de espíritu. Ha pasado su vida sirviendo de guía a los ingleses, norteamericanos y escandinavos ricos en esta ciudad, de la cual posee un conocimiento profundo en todas sus dimensiones. También es grande su experiencia en asuntos subterráneos, en los vicios de los ricos y poderosos. En su rostro han quedado impresas marcas demoníacas, como les ocurre a todos los que han transitado por esas zonas. Mientras comíamos juntos en un local del Boulevard de Rochechouart me ha dado una conferencia sobre la técnica del acercamiento erótico. Su mirada para distinguir de las otras a las mujeres comprables con dinero es casi infalible — también este es un rasgo de bajeza. En el fondo de este hombre he encontrado, a pesar de todas las devastaciones, algo agradable, amable. Al mismo tiempo tenía una sensación de escalofrío al ver la soledad de una existencia que, después de tantos años empleados como él lo ha hecho en este barrio de la gran ciudad, no tiene ahora otro sostén que sí misma.

París, 12 de julio de 1941

Paseo con Madame Scrittore hasta la Place du Tertre, frente a la vieja *mairie.* En las proximidades del Sacré-Cœur le enseñé una planta de candelaria que florecía en la rendija de una desnuda pared; dijo de

ella que había brotado en aquel lugar *par collaboration du Saint-Esprit.* Conversación sobre el marido, que es un buen esposo y un mal amante. En tales casos las mujeres suelen consolarse.

—Yo he llevado siempre una segunda vida.

Me he preguntado por el motivo de estas confidencias; seguramente está en la soledad en que viven así, uno al lado del otro, los seres humanos y que encierra algo de espantoso.

En esas situaciones los maridos viven como sobre precipicios que se hallan descuidadamente cubiertos de flores y en cuyo fondo están ocultos serpientes y pequeños esqueletos. Pero ¿por qué? A la postre, únicamente porque inspiran miedo y desconfianza. Si el entendimiento entre los seres humanos fuera perfecto, divino, nuestros prójimos desplegarían entonces sus secretos ante nosotros sin el menor recelo, como hacen los niños.

Hemos cenado los dos en una taberna de la Place d'Anvers. Allí me he permitido el placer de hacer a mi acompañante diversas preguntas sobre detalles de la historia de Francia; por ejemplo, sobre el significado heráldico de la flor de lis. En la mesa de al lado estaba sentado un matrimonio francés; era sin duda «gente que huele finamente a cultura», como dicen los chinos, y nuestra conversación los ponía más y más nervioso. Varias veces ha ocurrido que solo a duras penas ha conseguido el marido evitar que su esposa se entrometiese en nuestra charla para proporcionarme mejores informaciones.

París, 14 de julio de 1941

Día de la Bastilla. Las calles estaban muy animadas. Cuando al atardecer iba caminando por la Place des Ternes he sentido que alguien me tocaba la mano. Un hombre que llevaba un violín bajo su brazo izquierdo me ha dado al pasar un fuerte apretón de manos, al tiempo que me miraba en silencio, pero con cordialidad. Este encuentro ha tenido en sí algo peculiarmente reconfortante y ha mejorado de inmediato mi estado de ánimo, que antes había sido melancólico.

La ciudad como amiga; sus calles, sus plazas como lugares obsequiosos en los que somos sorprendidos por regalos. Me causa una alegría especial el espectáculo de las parejas de enamorados; caminan estrechamente entrelazados y de vez en cuando vemos cómo se inclinan el uno hacia el otro y se besan.

París, 19 de julio de 1941

Por la tarde, con Speidel, en el Mercado de las Pulgas; durante varias horas he estado moviéndome entre aquel tumulto en el mismo estado de ánimo con que se lee *Aladino y la lámpara maravillosa.* Es un lugar donde Oriente y Occidente se mezclan y unen de un modo extraño.

La impresión de lo fabuloso es provocada sin duda por el hecho de ver metales, piedras, cuadros, tejidos, antiguallas, extendidos en medio de trastos viejos. En tenderetes de baratillo se encuentran joyas y entre baratijas amontonadas aparecen piezas únicas y valiosas.

Este es el lugar donde cambian de dueño objetos que durante años, durante decenios y siglos han estado llevando una vida soñolienta en las familias y en los hogares. Afluyen de las habitaciones, de los desvanes, de los trasteros, y traen consigo recuerdos anónimos. El mercado entero está así repleto de irradiaciones de los lares.

París, 8 de octubre de 1941

Mi traslado a París ha hecho que surgiese una laguna en estas anotaciones. Pero de ella tienen más culpa todavía los acontecimientos de Rusia, que comenzaron por aquella época y provocaron una especie de parálisis espiritual, y seguramente no solo en mí. Parece que esta guerra nos lleva hacia abajo por unos escalones que están trazados según las reglas de una dramaturgia desconocida. Estas son cosas que ciertamente solo pueden barruntarse, pues quienes viven los acontecimientos los perciben ante todo en su carácter anárquico. Los torbellinos están demasiado cerca, son demasiado violentos, y no hay en ninguna parte, ni siquiera en esta vieja isla, puntos de seguridad. Los brazos de la marea penetran en las lagunas.

Al mediodía, con el coronel Speidel, a almorzar en casa del embajador De Brinon, en la esquina de la Rue Rude y la Avenue Foch. Se dice que el palacete en que nos ha recibido pertenece a su esposa judía, pero ello no le ha impedido burlarse de los *youpins* durante la comida. En esta casa he conocido a Sacha Guitry; lo he encontrado agradable, aunque en él lo mímico tiene mucho más peso que lo artístico. Dispone de una individualidad tropical, tal como me imagino la de Dumas padre. En su dedo meñique refulgía un enorme anillo de sello, en cuya placa de oro estaban repujadas a gran tamaño las letras S.G. Con él he charlado acerca de Mirbeau, de quien me ha contado que falleció en sus brazos, mientras le susurraba al oído:

—Ne collaborez jamais!

He tomado nota de esta frase para incorporarla a mi colección de últimas palabras. Mirbeau pensaba en las comedias escritas en colaboración, pues entonces no tenía ese término el sabor a putrefacción que hoy tiene.

En la mesa he estado sentado al lado de la actriz Arletty, a la que precisamente en estos días se puede contemplar en la película *Madame Sans-Gêne.* Para hacerla reír basta con pronunciar la palabra *cocu;* difícilmente, por tanto, cesará su hilaridad en este país. En un florero orquídeas, lisas, rígidas, con un labio que se abría en trémulas antenas. Su color: un refulgente blanco de porcelana, esmaltado seguramente en las selvas vírgenes para atraer los ojos de los insectos. Impudicia e inocencia están prodigiosamente reunidas en esta flor.

Pouilly, borgoña, champán, un dedal de cada uno. Con motivo de este almuerzo habían sido apostados en los alrededores unos veinte policías.

París, 11 de octubre de 1941

Por la tarde en el Monte Carlo, con Nebel; he estado examinando con él la cuestión de la caja fuerte. Nebel acababa de llegar de permiso y me ha contado que en Alemania está difundiéndose bajo mano una novela de Thomas Mann titulada: *Una jornada en la vida del viejo Goethe.*

Después en la casa del consejero de embajada Schleier, en el Boulevard Suchet. Conversaciones con Drieu La Rochelle, redactor jefe de la *Nouvelle Revue Française;* hemos hablado sobre todo de Malraux, figura que sigo desde que hace años fue a parar a mis manos su novela *La condition humaine.* Desde entonces lo tengo por uno de los escasos observadores que poseen ojos para ver el paisaje de guerra civil del siglo XX.

Por la noche en la habitación de Speidel, que acababa de hablar por teléfono con el subjefe del Estado Mayor General, encargado de los suministros. Ya ha nevado en la zona central del frente del Este.

París, 13 de octubre de 1941

La mañana ha sido fresca, pero al mediodía he podido pasar una hora agradable en Las Tullerías. Es imposible aburrirse al sol; uno se baña en la fuente del tiempo. Luego en los muelles del Sena, donde he adquirido un ejemplar bien conservado de la gran *Tentación de san*

Antonio, de Callot. En ese mismo puesto he estado contemplando un dibujo coloreado, con el conocido motivo del pájaro al que se pretende atraer de nuevo a la jaula. La parejita que, medio agotada, medio despertándose otra vez, se reclinaba en un sofá de estilo burgués, vestía unas ropas muy delgadas, pegadas al cuerpo; a través de ellas no se transparentaban, ciertamente, los detalles de la anatomía, pero estos parecían estar dibujados en la tela, como vaciados de conchas y amonites. En este género lo que ante todo importa es tender un lazo a la fantasía; es el arte de lo capcioso.

Museo serpentológico — primero en una sección de zoología empírica, luego en obras de arte y colecciones etnográficas. Finalmente la Serpiente como símbolo de poder mágico y cultual. El conjunto, situado en un paisaje meridional, entre jardines laberínticos y grupos de rocas, lleno de resplandecientes sinuosidades. Unas escaleras de mármol conducen hacia arriba y en sus escalones reposan a la luz los cuerpos de las serpientes, cuerpos negros, cuerpos multicolores, cuerpos metálicos. El acceso es peligroso y los únicos que lo encuentran son los iniciados. Al fondo, junto a unas grutas, unos edificios, entre ellos unos baños y un templo dedicado a Esculapio.

En cuanto poder primordial la Serpiente es una *Gestalt,* una Figura, una Idea platónica. Las imágenes, tanto las de la vida como las del espíritu, avanzan hacia la Idea, pero en ningún momento la alcanzan. Así ocurre en los gusanos, en los peces de cuerpo redondeado, en los reptiles, en los saurios, o en los dragones chinos y en los seres fabulosos de todo género.

Para la «Casa» lo que importaría sería dar al mundo una disposición arquitectónica — desde los oscuros sótanos hasta los observatorios. Importantes las escaleras, con sus encuentros. La vida se desarrolla en las habitaciones, cámaras y salones — se la ve en sus detalles como en cuadros pintados con colores brillantes vistos en sueños. La gente se mueve como en un escenario, pero al mismo tiempo como espectadores. *Pilgrim's progress.* El manuscrito habría de ser a medias una serie de indicaciones escénicas. Entre ellas, indicaciones acústicas — gritos que simplifican considerablemente las relaciones vitales. *On tue les nôtres.* «Están sonsacando a los niños.» Tendría que recorrerse paso a paso la totalidad del perímetro humano; para ello se necesitaría desde luego tener una edad avanzada y experiencias mayores todavía.

Aposentos singulares: la cámara de las decisiones irrevocables, como Idea platónica de todo tribunal. La oficina de descasamiento. Para los avanzados, que no precisan ya escaleras, ascensores. Un gabinete de espejos.

París, 14 de octubre de 1941

Por la noche con Speidel en el Hotel George V. Estaba allí Sieburg; a este se lo ve dominar con grata ligereza todas las armas del periodista internacional; lo hace además, y esto es muy importante, con una consciencia clara de que posee ese dominio. Esa consciencia refuerza sus talentos, les otorga presencialidad. En cuanto a su horóscopo, cabría inferir un Júpiter mediano y un sol bueno — el contorno del rostro, como es usual en estos aspectos, se aleja del óvalo y se aproxima a la redondez. Esa impresión queda acentuada aún más por los cabellos, que se apartan de manera radial.

Sieburg tiene por irremediable la derrota de Francia, pero, en cambio, sigue creyendo en un largo predominio de este país en los asuntos del gusto y de la cultura.

París, 15 de octubre de 1941

Al mediodía, con Speidel, a almorzar en casa de Sacha Guitry, en la Avenue Elisée-Reclus. Delante de la casa, en terrenos pertenecientes a la ciudad, se alza el busto de su padre, el actor Lucien Guitry, y en el jardín hay un torso femenino de Rodin, que se estira hacia arriba en un remolino de supremo placer.

A modo de saludo Guitry me ha hecho entrega de una carpeta que contenía tres cartas manuscritas, una de Mirbeau, una de Léon Bloy y una de Debussy — los tres autores de que hablamos en nuestro primer encuentro; me ha rogado que las incorpore a mi colección. Especialmente hermoso es el billete de Bloy, con observaciones personales y su letra monumental.

Hemos estado viendo luego libros y manuscritos, entre los cuales está el de *L'éducation sentimentale,* de Flaubert. En una obra de Bergson me ha mostrado la dedicatoria: «A Sacha Guitry, un admirateur», y ha dicho que aquel *un,* en contraste, por ejemplo, con el *son,* era de una delicadeza extrema. El cofre de viaje de Molière, con todas las primeras ediciones de sus obras; Napoleón con los mariscales del Imperio, fundidos en cinc. Y varias cosas más.

En el dormitorio. Por encima de la cama hay en la pared una abertura semejante a esas que existen en los comedores adonde se

llevan los platos directamente desde la cocina. Aquel orificio conduce al lecho de su esposa.

Uno de los invitados dice:

—Pero resulta un poco estrecho para usted, maestro.

La grácil dueña de la casa le imparte rápidamente una lección:

—Una no es en vano Madame Guitry.

Una colega suya llega con retraso del teatro. Antes de saludarla, Guitry me susurra:

—La mujer más bella de París — hace veinte años.

En la mesa. La ensalada se sirve en una vajilla de plata; el helado, en una vajilla de oro macizo que perteneció a Sarah Bernhardt. Una vez más ha vuelto a asombrarme la individualidad tropical de este hombre, sobre todo cuando cuenta anécdotas; en ellas desempeñan un papel especial sus encuentros con reyes. Además, imita los gestos de los diversos personajes de que habla, con lo cual las palabras adquieren mayor realce. Desde el punto de vista teatral causa un efecto excelente la forma que tiene de manejar sus grandes gafas de concha mientras habla.

Es evidente que, dados estos talentos, es el marido el que consume la totalidad de las reservas de personalidad que puede poseer un matrimonio. Sin embargo, ha quedado mejorada la primera impresión que saqué de él, pues se trata, sin ningún género de duda, de una persona que posee corazón, que tiene un poco de aquella dadivosa *materia prima* que constituye el fundamento del carácter. También es cierto que, bajo el hechizo de una individualidad como esta, disfrutamos de nosotros mismos — y esa complacencia es lo que crea el clima en que tal individualidad puede expandirse.

París, 18 de octubre de 1941

Al mediodía almorzado en el Hotel Ritz con Carl Schmitt, quien anteayer pronunció una conferencia sobre el significado que tiene en el derecho internacional la diferencia entre la tierra firme y el mar. También se han agregado al almuerzo el coronel Speidel, Grüninger y el conde Podewils. Conversación sobre las controversias científicas y literarias en esta época. Carl Schmitt comparó su propia situación con la del capitán blanco dominado por esclavos negros que aparece en el *Benito Cereño* de Melville. A este propósito citó la siguiente frase:

Non possum scribere contra eum, qui potest proscribere

[No puedo escribir contra quien puede proscribir]

Al Trocadéro, siguiendo la orilla derecha del Sena. En ese paseo hemos estado pasando revista a la situación. Carl Schmitt ve su significado en el hecho de que ciertos estratos comienzan a desprenderse de la sustancia humana y quedan congelados por debajo de la zona del libre albedrío — a la manera como los animales son máscaras caídas de la imagen del hombre. El ser humano está expeliendo de sí un nuevo orden zoológico — el auténtico peligro de lo que está ocurriendo es que quedemos envueltos en ello.

Por mi parte he agregado que este endurecimiento está ya descrito en el Antiguo Testamento, como lo delata el símbolo de la Serpiente de Bronce. Lo que hoy es la técnica, eso era entonces la Ley.

Por fin, todavía, examinado cráneos y máscaras en el Musée de l'Homme.

París, 19 de octubre de 1941

Con Grüninger y Carl Schmitt en Port Royal. Allí he vuelto a encontrar encima de los libros de Pascal el pequeño nido de pájaros que ya me divirtió la primera vez que visité aquel sitio. Incluso en la decadencia de estos lugares sigue habiendo más vida que en su preparado museístico. Hemos cortado una hoja del nogal de Pascal, que está a punto de secarse. Luego almuerzo en el Moulin de Bicherel y parada en Rambouillet y en Chartres, cuya catedral veía por primera vez. Faltaban, sin embargo, las vidrieras de colores y, por tanto, una de las dimensiones del edificio.

París, 21 de octubre de 1941

La Doctoresse ha venido a visitarme al Hotel Majestic para hablar del asunto de la caja fuerte. Se trata de cartas que en 1936 escribí desde Suiza a Josef Breitbach y que han sido secuestradas, junto con otros documentos, en la cámara acorazada de un banco, aunque todavía no han sido revisadas. En ellas se mencionan otras cartas, como las que escribí a Valeriu Marcu. Intento con mucha cautela apoderarme de esos objetos a través de la sección de divisas del comandante en jefe.

Mis anotaciones personales y mis diarios los conservo en el

Majestic bajo llave. Dado que, por encargo de Speidel, he de elaborar tanto las actas de la operación «León marino» como también la lucha por la hegemonía en Francia entre el comandante en jefe y el partido nazi, ha sido instalado en mi habitación un armario especial de acero. Es claro que tales blindajes son únicamente símbolos de la inviolabilidad de la persona. Si esa inviolabilidad se torna problemática, entonces saltan las cerraduras más fuertes.

París, 22 de octubre de 1941

Paseo con una modista del sur, llegada de la frontera española, que ha acudido a verme para pedirme noticias de un camarada suyo. Me he permitido el placer de comprarle, en una tienda de modas próxima a la Ópera, un sombrero, un modelito del tamaño de un nido de colibrí, con una pluma verde en lo alto. Notable el modo como la criaturita pareció crecer, cambiar con ese nuevo adorno, el modo como se pavoneaba con él, cual un soldado que acabase de recibir una condecoración. Aquello no era tampoco, desde luego, algo destinado a cubrir la cabeza, sino que era un objeto decorativo.

Hemos paseado charlando tranquilamente por las callejuelas en penumbra que rodean la iglesia de la Madeleine. Morris me había llamado la atención sobre ese barrio. Lo que me anima a esta clase de encuentros es una intensa curiosidad de escuchar lo que dicen personas desconocidas, de encontrar la entrada de jardines ajenos o de pasillos de casas que de ordinario están cerradas. Así, en este caso he podido echar una mirada al pueblo natal de esta modista — *a noste,* como se dice allá en el sur, con sus bosques de castaños, sus castañares, en los que hay setas y palomas torcaces.

El lobo que irrumpe en el aprisco descuartiza dos o tres de los corderos que allí están encerrados. Algunos centenares se matan unos a otros pisoteándose.

París, 23 de octubre de 1941

Conversación con la Doctoresse en la Crémaillère. Es médica y posee una inteligencia sutil, precisa, mercurial. Primero hemos hablado del asunto de la caja fuerte, luego de gramática y de conocidos comunes, como Hercule.

Acabado: Huysmans: *À vau-l'eau,* que adquirí en la tienda de Berès, en una bella edición, con una dedicatoria del autor a su amigo Rafaëlli, si es que he descifrado bien la letra.

Fromentin,[1] el protagonista del libro, es un Des Esseintes burgués.

El ambiente del libro es el de un gran asco por la falsificación causada por la civilización — en cada página aparecen percepciones y juicios que presuponen una dolencia estomacal nerviosa. Al leer este libro me ha venido otra vez a la cabeza el pensamiento de que ciertas dolencias son como cristales de aumento que nos capacitan para aprehender con ojos más agudos las realidades que están en correspondencia con ellas — cabría clasificar según ese principio la literatura decadentista.

Desde aquella época hemos seguido descendiendo y se han vuelto preciosas las cosas que a Fromentin le producen náuseas en el libro — la carne coriácea de las tascas, el tintorro de color azul, la bazofia en general.

Huysmans representa uno de esos puntos donde la gente comienza a hundirse en la carestía. De ahí que tenga su renacimiento hoy.

París, 25 de octubre de 1941

Al mediodía, con Ina Seidel, a almorzar en el restaurante Prunier. Estaba preocupada por su yerno, al que Hess tenía empleado como consejero astrológico y que ha sido arrestado. Esto me ha sorprendido, por cuanto yo opinaba que el vuelo de Hess a Inglaterra se había realizado con el conocimiento de Kniébolo y tal vez incluso por encargo suyo. Pero a esto podría objetarse que, con el redescubrimiento de la razón de Estado, se ha vuelto objetivamente peligroso también el tener conocimiento de ciertos secretos, lo mismo que ocurría en otros tiempos. Y no cabe duda de que eso es lo que acontece en este caso. Al mismo tiempo este golpe de audacia da una imagen del espíritu de juego de azar que rige las cosas. El retorno de las formas del Estado absoluto, pero sin aristocracia, quiero decir: sin distancia interior, posibilita unas catástrofes de cuyas dimensiones no poseemos todavía ninguna noción, pero que sí son barruntadas en un sentimiento de miedo que ensombrece incluso los triunfos.

También a Ina Seidel le he oído decir, como se lo he oído decir ya varias veces a mujeres inteligentes, que en determinadas figuras e imágenes de mis libros llevo la precisión del lenguaje a tocar el fondo tabú, de manera que surge la impresión de un peligro inminente. Siempre deberíamos prestar oídos a esas advertencias, aunque luego tengamos que seguir nuestras propias leyes. Es posible que, como los átomos, también las palabras contengan un núcleo en torno al cual vibran y que no es lícito tocar si no queremos liberar fuerzas que no tienen nombre.

París, 2 de noviembre de 1941

Cuando los seres humanos combaten en niveles espirituales incorporan la muerte a su estrategia. Adquieren así una especie de invulnerabilidad; de ahí que los asuste poco el pensamiento de que el enemigo procura privarles del cuerpo. En cambio tiene suma importancia el que la muerte ocurra de manera adecuada, en un combate que brille como un símbolo y en el que ellos aparezcan erguidos como buenos testigos. A veces esos hombres despiertan tal vez la impresión de que retroceden ante la muerte — en eso se asemejan, sin embargo, al general que retrasa el dar la señal de ataque hasta que la hora es propicia. Hay diferentes modos de alcanzar la victoria.

El enemigo intuye esto a su manera obtusa, y de ahí su cólera terrible, devastadora, en los sitios donde le sale al encuentro el espíritu auténtico. De ahí también sus esfuerzos por abatirlo en combates de las líneas avanzadas, por sobornarlo, por atraerlo a caminos errados. En esos combates hay instantes en los que queda completamente borrado lo casual, lo histórico de la enemistad, y lo que resalta es aquello por lo que se lucha en nuestra Tierra desde el principio. Entonces se invierten de una manera extraña los papeles y parece que el miedo pasa a estar en el lado del agresor — parece que este trata por todos los medios de sobornar a su víctima, de hacerla desistir de la muerte, esa muerte que él habrá necesariamente de causarle. Un triunfo horrendo se mezcla entonces a la carnicería. Hay en la historia situaciones en que los seres humanos empuñan la muerte como un bastón de mando. Eso es lo que ocurre en el proceso contra los Templarios, cuando, inesperadamente, el gran maestre pone al descubierto la verdadera relación existente entre él y los jueces — como un navío que deja caer su camuflaje y se ofrece con sus banderas y cañones a la asombrada mirada del enemigo. El gran maestre fue quemado aquella misma tarde y ya por la noche hubo que poner guardias en el lugar de la pira para que el pueblo no se llevase reliquias. Hasta el polvo causa angustia a los tiranos; también él ha de desaparecer.

París, 5 de noviembre de 1941

Jueces de delitos de sangre. Cuando caminan por los pasillos, cuando hacen su entrada en ellos, tienen un comportamiento de autómatas, la primitiva dignidad de títeres siniestros. Son danzarines que bailan alrededor del tótem.

«Lo que no me mata me hace más fuerte»; y lo que me mata, inmensamente fuerte.

En la historia las ideas no se propagan en línea recta. Por sí mismas desarrollan las fuerzas que les son contrarias, de igual modo que la pesa del reloj, cuando baja, mueve no solo las agujas, sino también al mismo tiempo la pesa contraria.

Con esto se restablece el equilibrio; se evita que las formas correspondientes a las ideas crezcan hasta alcanzar proporciones monstruosas o permanezcan fijas en ellas. Esto representa en el reino del libre albedrío el mismo corte que en la zoología cercena las exuberancias de la evolución.

Roland, que ha regresado de Rusia, me cuenta el espantoso mecanismo con que allí se mata a los prisioneros. Con el pretexto de medirlos y pesarlos se les ordena que se quiten la ropa y se los lleva al «aparato medidor», el cual acciona en realidad el fusil de aire comprimido que les dispara un tiro en la nuca.

París, 10 de noviembre de 1941

En todos los tiempos existen dos doctrinas acerca de la procedencia del hombre; una busca ese origen arriba, otra lo busca abajo. Ambas son verdaderas; el ser humano se clasifica a sí mismo según que se incline por la una o por la otra.

París, 11 de noviembre de 1941

A propósito de las enfermedades. En su modo de actuar sobre la fantasía hay diferencias que no corren paralelas a las diferencias de su peligrosidad. Yo, por ejemplo, tengo tendencia a preocuparme menos por las afecciones de los pulmones o del corazón que por las dolencias del estómago, del hígado, del abdomen en general. Parece que hay cualidades del morir, incluso desde el puro punto de vista de la carne. La llama está reservada a los incrédulos; de ahí que vaya en aumento tanto la cremación de cadáveres cuanto la muerte de seres vivos en las llamas.

París, 12 de noviembre de 1941

También la historia está formada de átomos y no es posible imaginar cambiado uno solo de ellos sin que cambie también el curso entero de las cosas. Este tendría que ofrecer un aspecto

completamente diferente si Marat, por ejemplo, no hubiese llevado ese nombre, sino el de Barat, o si hubiese estado sentado a la mesa de escribir, y no en el baño, en el momento en que la vengadora entraba en su casa. Son precisamente los atentados los que a menudo provocan cambios enormes, y, sin embargo, en el fondo dependen de muchísimas casualidades, como bien puede estudiarse en el atentado de Sarajevo.

Si miramos hacia atrás en el tiempo no podemos imaginar ninguna piedrecita en un lugar distinto. ¿Cabría sacar de ahí conclusiones también para el futuro — en el sentido, por ejemplo, de que el espíritu es capaz de encontrar comprensible tal coherencia tan solo si ve también envueltas ineluctablemente en ella todas las cosas futuras? ¿O es el presente el que produce un cambio en ese conglomerado que es el tiempo, al monumentalizar, al petrificar lo que toca? El futuro es líquido; el pasado, sólido. El conjunto se asemeja también a un juego de cartas: es preciso distinguir entre las cartas que ya han sido jugadas y aquellas que todavía están por jugar.

Estas son consideraciones hechas dentro del mosaico — pero hay que ver, como lo hace Boecio, las piedrecitas del azar dentro de la imagen superior, la cual perdura inmutable en su sentido. Lo propiamente moral queda fuera del tiempo.

Por la tarde leído en las cartas de despedida del conde Estienne d'Orve, pasado por las armas después de un juicio sumarísimo; me las ha proporcionado su defensor. Son una lectura de gran categoría; he experimentado el sentimiento de tener entre mis manos un documento que durará.

París, 13 de noviembre de 1941

Las diferencias entre la curva moral y la curva de la salud: a menudo nos hallamos deprimidos aunque nuestro estado físico sea bueno, y también sucede con frecuencia lo contrario. Tenemos marea alta cuando ambas fuerzas, la moral y la salud, alcanzan simultáneamente su máxima potencia.

Es bueno que caiga en tales días una fecha importante, un encuentro decisivo.

Por la noche en el Hotel George V. Le he llevado al coronel Speidel las *Máximas* de René Quinton. Me ha pedido que escribiera

alguna frase y he escogido la siguiente: *La récompense des hommes, c'est d'estimer leurs chefs.* Bajo la égida de Speidel hemos formado aquí, en el interior de la máquina militar, una especie de célula de color, una especie de caballería espiritual, que celebra sus sesiones en el vientre de Leviatán e intenta preservar la mirada, el corazón, para los débiles e indefensos.

Conversación con Grüninger sobre la obediencia del soldado y sobre la relación de esa obediencia con la monarquía absoluta e incluso todavía con la monarquía constitucional. Esa virtud sigue actuando también más tarde, como un instinto, pero ahora ese instinto perjudica a quien lo tiene, pues lo convierte en instrumento de fuerzas carentes de conciencia. Ese instinto entra en conflicto ante todo con el honor, que es el segundo pilar de la caballería. El honor es una virtud más delicada y por ello es el primero en ser destruido; lo que luego queda es una especie de autómata, un servidor que no tiene un señor auténtico, y, a la postre, un rufián.

En tales épocas los caracteres mejores naufragan y las inteligencias más agudas se pasan a la política. En caso de suerte se encuentra un general de viejo tronco patricio que se ríe de quienes pretenden impartirle órdenes y los envía adonde corresponde, a la *pourriture.*

París, 14 de noviembre de 1941

Por la mañana visita del Dr. Göpel, que me ha traído de Lille saludos de Carlo Schmid. Luego, con Grüninger, en la colección de estampas del Louvre, donde hemos estado mirando bellas y antiguas imágenes de flores y serpientes.

La hora del crepúsculo — la noche se anuncia como una marea que envía por delante sus primeras olas con un murmullo que todavía resulta casi imperceptible. Es la hora en que aprestan sus alas las lechuzas y salen a la calle los leprosos.

A los seres humanos no debemos pedirles más que aquello que les resulta adecuado — por ejemplo, a las mujeres, amor, pero no justicia.

París, 15 de noviembre de 1941

Invitado a la fiesta de cumpleaños de Jacqueline, la modista meridional, Quai Louis-Blériot. Una estrecha escalera de servicio conducía al quinto piso, a una confusión de pequeñas mansardas que

recordaba el telar de un teatro. Allí la vivienda — un dormitorio minúsculo, ocupado casi enteramente por una de esas grandes camas que aquí se usan, y además, como en los barcos pequeños, una cocina más minúscula todavía; en esta preparaba el banquete para la fiesta la amiga de Jacqueline, Jeannette, una persona alta, delgada, un poco demoníaca, que ha hecho salir de allí, como por arte de magia, siete platos distintos. Y, además, burdeos, chianti, café con ron.

En un rincón estaba colgada una de esas maderas a las que han quedado firmemente adheridas las vueltas de una poderosa enredadera y con las cuales se fabrican bastones en Alemania los oficiales carpinteros. También esta madera estaba trabajada, y lo estaba de tal modo que la enredadera había tomado la forma de una serpiente enrollada al bastón. Estaban bien logradas las proporciones del cuerpo, tal como las acuña el juego de los músculos; esto se debía también seguramente al hecho de que en la planta actúan fuerzas de ese mismo género. También era muy natural el color, con manchas negras y amarillas oscuras, como en las especies que viven en los pantanos.

Tomando ocasión de aquella madera, charla sobre las serpientes en general. La amiga contó que una vez, cuando era niña, *a noste,* en el Bearn, se hallaba sentada en el jardín con su madre, la cual estaba dando de mamar a su hermana pequeña. Dado que el olor de la leche atrae a las serpientes, dijo, de un seto vecino había salido una culebra gigantesca y lentamente, sin que nadie lo notara, se había acercado a la silla y las había asustado. Entonces llegó el padre y mató al animal.

Aquella mujer narraba el suceso de un modo muy gráfico, a la manera mítica.

París, 16 de noviembre de 1941

A propósito del diario. Es claro que siempre se relaciona únicamente con un determinado estrato de acontecimientos que suceden en la esfera espiritual y en la esfera física. Lo que en lo más íntimo de nosotros nos ocupa, eso es algo que se sustrae a la comunicación y aun casi a nuestra percepción.

Existen aquí temas que continúan tejiendo misteriosamente su tejido a lo largo de los años; por ejemplo, el tema de la situación sin salida, de que está lleno nuestro tiempo. La situación sin salida recuerda la grandiosa imagen de la ola de la vida que aparece en la pintura asiática y también en el Maelstrom de que habla E.A. Poe. Esa situación es, con todo, enormemente instructiva, pues donde ya no se

ofrece ninguna salida, ninguna esperanza, nos vemos forzados a quedarnos quietos. La perspectiva cambia.

Sin embargo, es notable lo siguiente: en lo más hondo de mí estoy animado de confianza. Por entre la espuma de las olas y por entre los jirones de las nubes brilla la estrella del destino. Y con esto no me refiero únicamente a mi persona, sino que hablo en general. En estas semanas hemos pasado el punto cero.

Los esfuerzos mediante los cuales intentamos plantar cara al tiempo y cobrar fuerzas están demasiado escondidos, acontecen en el fondo de pozos de mina. Así el decisivo sueño que tuve a la altura de Patmos, cuando viajaba hacia Rodas. Nuestra vida se asemeja a un espejo en el cual se dibujan, aunque borrosas y brumosas, cosas llenas de sentido. Un día penetramos en eso que se refleja en el espejo y entonces alcanzamos la perfección. Y ya en nuestra vida se perfila el grado de perfección que soportaremos.

Durante el descanso de mediodía, en la sección de ventas del gabinete de estampas, donde había encargado algunas reproducciones de láminas agotadas, entre ellas la hermosa figura de una cobra erguida y con el cuello hinchado. La vendedora, una muchacha delgada y muy morena, como de treinta años, me ha dicho que siempre tiene boca abajo ese grabado. Todavía mientras lo envolvía se despidió de él con un: *Sale bête!*

Era divertida también en otros aspectos. Cuando hice una observación que al parecer le resultó insólita, primero se quedó desconcertada un instante, luego me examinó de arriba abajo y al final dijo, con tono de aprobación:

—*Ah, bon!*

Durante esa breve visita he estado hojeando la gran carpeta con grabados de obras de Poussin. Hace ya años que tengo colgado encima de mi escritorio, en una reproducción inglesa, su *Heracles en la encrucijada,* pero hasta hoy no había reparado en el poderoso, regio sentido del espacio de este maestro. Es la monarquía absoluta.

París, 19 de noviembre de 1941

Por la tarde en casa de la Doctoresse, a cuyo piso se sube por una escalera de color amatista. Se asciende a través de una penumbra violeta, como por la hélice de un caracol marino. En estas casas que tienen siglos también el tiempo coopera a la construcción. Hay en

ellas pequeños hundimientos, desviaciones y curvaturas de las vigas que transforman las proporciones de un modo que a ningún arquitecto se le hubiera ocurrido. La Doctoresse aseguró que las familias que han alquilado esas viviendas no las dejan nunca; fallecen en ellas.

Luego hemos ido a pie a cenar a la Place Saint-Michel. Agujas, servidas sobre hielo y algas marinas, cuyos filamentos se extendían sobre el plato. El color de esta planta era extraordinario, pues a primera vista parecía negro, pero si se lo miraba con más detenimiento era verde, un verde de malaquita, mate y oscuro, pero sin la dureza mineral de la malaquita, un color lleno de la preciosidad de la vida. Al lado las conchas de las ostras, con estrías verdes e incrustaciones de nácar, en medio de los reflejos de la plata, de la porcelana, del cristal.

París, 21 de noviembre de 1941

A última hora de la tarde he estado como una media hora en casa de Weber, donde la Doctoresse me ha informado sobre la apertura de la caja fuerte. También ha hablado luego de un médico que toma fotografías de moribundos para estudiar y fijar las agonías provocadas por las diferentes enfermedades — una idea que he encontrado muy aguda y a la vez repugnante. Para estos espíritus no existe ya tabú ninguno.

París, 23 de noviembre de 1941

Almuerzo con los Morand, en su casa de la Avenue Charles-Floquet. Allí he encontrado también a Gaston Gallimard y a Jean Cocteau.

Morand es un autor que describe una especie de confort mundial. En uno de sus libros he visto que compara un transatlántico con un Leviatán que estuviera enteramente perfumado con colonia Chypre. Su libro sobre Londres tiene mucho mérito, describe una ciudad como si fuera una gran casa. Si los ingleses construyeran pirámides, tendrían que añadir ese libro al mobiliario de las cámaras de los muertos.

Cocteau: simpático y al mismo tiempo sufriente, como el habitante de un infierno especial, pero confortable.

Con las mujeres inteligentes resulta muy difícil salvar la distancia que separa del cuerpo — es como si su espíritu siempre despierto las equipase con un cinturón que hace que el deseo se vaya a pique. Hay demasiada claridad a su alrededor. Quizá los primeros que penetran

allí son quienes no poseen una orientación erótica clara. En esta partida de ajedrez eso podría ser una de las jugadas destinadas a que quede asegurada la perduración de la especie.

A los subordinados se les puede pedir consejo sobre el asunto, pero no en lo referente al *ethos* que subyace al asunto.

Más sagrada que la vida ha de ser para nosotros la dignidad del ser humano.

La edad del humanitarismo es la edad en que se han vuelto raros los seres humanos.

En los sepulcros es donde se encuentran como en su casa los verdaderos guías del mundo.

Cuando alguien está cercado y no le queda salida ninguna, debe darse a conocer como un navío de guerra que iza su bandera.

Si nos decidimos por determinados grupos vitales como el Estado Mayor prusiano, por ejemplo, nos abrimos círculos de intelección elevados, pero nos excluimos de los más elevados de todos.

París, 25 de noviembre de 1941

Paso a veces el descanso del mediodía en el pequeño cementerio que hay junto al Trocadéro. En varias lápidas sepulcrales ha crecido musgo, que ha embellecido así con un terciopelo verde los nombres y las frases allí grabados. Con frecuencia ocurre que, antes de hundirse en el abismo anónimo y sin orillas, es en la imagen que de ellas queda y en su recuerdo donde las cosas resplandecen con más belleza todavía.

Casi siempre me queda después de esas caminatas una media hora libre, que paso en mi habitación tomando café y leyendo libros o contemplando reproducciones de cuadros. Así, hoy, la serie de Memling *El cortejo de las diez mil vírgenes.* Estas pinturas nos dan una idea de la transfiguración a que puede acceder el ser humano y también de las cosas que el artista ha de percibir de él.

Lectura: *Fumée d'opium* de Boissière, un libro que Cocteau me recomendó y que me ha enviado; luego, la extraña historia de la isla de Juan Fernández, regalo del doctor Best.

París, 26 de noviembre de 1941

Por la tarde en la Rue de Tournon, con sus tiendas de grabados y sus librerías. En la librería de viejo de Lechevalier, con quien me carteo desde hace años, contemplado libros antiguos de entomología, entre ellos una obra de Swammerdam.

Cenado, con Nebel y con Poupet, en la Brasserie Lorraine. Cuando Poupet quiere referirse a algo insignificante, como, por ejemplo, un libro que mete mucho ruido, dice:

—*Cela n'existe pas.*

Le gusta trabajar en la cama y luego, cuando se despierta por la mañana, prosigue allí mismo su labor. Duerme rodeado de libros, que están esparcidos encima de la cama, y cuando, dormido, da vueltas, lo hace de tal manera que no los toca.

París, 29 de noviembre de 1941

Por la tarde, en el apartamento de la condesa Podewils, he encontrado a Grüninger, que ha regresado de los Pirineos. Me ha contado que había soñado conmigo y que en el sueño me preguntaba si debía describir unas ruinas cubiertas de hiedra; yo aprobaba su propósito, pero, de todos modos, añadía:

—Eso es lo que a usted le conviene; yo, por el contrario, voy a representar un elefante.

Esta frase mía le fastidiaba, pues era algo así como relegarlo a esferas románticas.

A última hora de la tarde, con la Doctoresse, en el Gran Guignol, para quitarle su *cafard,* su morriña. El espectáculo no me ha parecido tan divertido como antes de la guerra; seguramente se debe también a que lo horroroso ocupa en el mundo de hoy el lugar de lo cotidiano, lo que hace que su representación pierda el carácter de lo extraordinario.

Montmartre — oscuro, brumoso, y cercado por numerosas barreras de policías y soldados, pues se había cometido allí un atentado.

París, 30 de noviembre de 1941

Las conversaciones entre varones deberían desarrollarse igual que las de los dioses, como charlas entre seres invulnerables. El combate con ideas ha de asemejarse a un combate con espadas espirituales, que cortan la materia sin esfuerzo y sin causar dolor; y el goce resulta tanto más puro cuanto más preciso es el golpe que se recibe. En tales acciones bélicas del espíritu es preciso ser inmunes a las heridas.

París, 3 de diciembre de 1941

Por la tarde en la librería de viejo de Lechevalier en la Rue de Tournon. Mientras contemplaba grabados y libros sobre insectos con ilustraciones en colores se ha apoderado de mí un sentimiento de asco, como si la cercanía de cadáveres estorbase el goce. Hay crímenes que afectan al mundo en su estructura total, en su estructura llena de sentido; entonces ni siquiera la persona amiga de las Musas puede seguir dedicada a la belleza, sino que ha de consagrarse a la libertad.[2] Lo terrible hoy es, empero, que en ninguna de las facciones encuentra uno libertad y que es preciso combatir en solitario. En cambio, son dignos de envidia los jornaleros de esta guerra, que caen honradamente en un limitado pedazo de terreno. Se integran en el todo, sin embargo.

Después en casa de Charmille, en la Rue de Bellechasse. Es una calle tranquila, y, cuando uno atraviesa la caja de la escalera, el tiempo queda atrás, en antepatios a media luz. Esto otorga un sentimiento de seguridad: «Nadie sabe mi nombre ni conoce este refugio».

Voyage autour de ma chambre, en el viejo sillón, que se parece a la alfombra voladora que aparece en *Las mil y una noches.* Casi siempre charlamos sobre palabras y su significado, y a veces también consultamos libros. La biblioteca es especialmente rica en obras de teología y en glosarios.

Charmille. Lo que aprecio en ella: el sentido de la libertad, legible en el abombamiento de su frente. Entre los seres humanos hay una sal de la Tierra que impide en todo momento que la historia se hunda completamente en una sorda coacción. Hay personas singulares que saben por instinto qué es la libertad, aunque hubieran nacido en medio de policías y presos. Siempre encuentra uno personas que son de la estirpe del halcón o del águila, es posible reconocerlas aun detrás de las rejas de la cárcel.

He tenido que llegar a la edad que ahora tengo para encontrar goce en el encuentro espiritual con mujeres; Kubin, el viejo mago, me lo había predicho. En este cambio hay algo que me turba, precisamente porque estaba satisfecho con mi trayectoria; me parezco a un artillero que ve cómo su proyectil sigue la ruta prescrita, pero luego se aparta de ella y se dirige hacia un estrato que no tiene límites. El artillero no conocía las leyes que rigen en la estratosfera.

A esto se añade que mi hambre de seres humanos está aumentando mucho. Solo en los presidios se torna claro el valor que se esconde en los compañeros. Con la sola condición de no perder a los seres humanos, uno puede renunciar a todo.

Acabado de leer, a altas horas de la noche, en el Hotel Raphael: *Fumée d'opium,* de Boissière. Este libro, que se publicó en 1888, ha sido para mí una mina de hallazgos. No solo describe la vida en los pantanos y selvas anamitas, sino también ascensos espirituales. En los sueños provocados por el opio se alza cual una bóveda, por encima de las zonas de las fiebres y los trópicos, un mundo diferente, cristalino; hasta la crueldad misma pierde su horror cuando se la contempla desde las alturas de ese otro mundo. Pues en él no hay dolor. Quizá la cualidad suprema del opio sea esa: vivificar de tal manera la propia fuerza creadora del espíritu, la fantasía, que esta se edifique castillos encantados en cuyas almenas no provoca miedo la pérdida de los reinos pantanosos y brumosos. El alma se crea a sí misma gradas para pasar por ellas a la muerte.

París, 4 de diciembre de 1941

Bajo una espesa niebla, en el Palais Royal. He devuelto a Cocteau el libro de Boissière. Cocteau vive allí, en la Rue de Montpensier, precisamente en la casa donde Rastignac recibía a la señora de Nucingen. Estaba reunido con otras personas; de los muebles de su casa me ha llamado la atención un encerado del que se servía para ilustrar con rápidos trazos de tiza la conversación.

La vislumbre del peligro la he tenido especialmente a la vuelta, cuando en las viejas callejuelas que rodean el Palais Royal se abrían puertas que daban a patios de luces rojas, veladas. ¿Quién sabe las cosas que se cuecen en esas cocinas, quién conoce los planes en que están trabajando los lémures? Uno atraviesa esa zona con la máscara puesta, y, si desapareciese la niebla, los seres que se mueven dentro de ella me reconocerían, lo cual tendría consecuencias funestas.

L'homme qui dort, c'est l'homme diminué. Uno de los errores de Rivarol.

París, 7 de diciembre de 1941

Por la tarde en el Instituto Alemán. Allí, entre otros, Merline, alto, huesudo, recio, un poco pesado, pero vivaz en la discusión, o, mejor dicho, en el monólogo. Cuando habla tiene la mirada fija propia de los maníacos, una mirada que parece brillar desde el fondo de cavernas. Son unos ojos que ya no miran ni a derecha ni a izquierda; se tiene la impresión de que este hombre camina hacia una meta desconocida.

—Siempre tengo la muerte a mi lado.

Mientras pronuncia estas palabras señala con el dedo a un punto situado junto a su butaca, como si allí estuviera un perrito.

Ha manifestado su extrañeza, su asombro, por el hecho de que nosotros los soldados no fusilemos, no ahorquemos, no exterminemos a los judíos — por el hecho de que alguien que tiene a su disposición una bayoneta no haga un uso ilimitado de ella.

—Si los bolcheviques estuvieran en París, les enseñarían a ustedes lo que hay que hacer, les mostrarían cómo se peina la población, barrio por barrio, casa por casa. Si yo tuviera la bayoneta, sabría lo que tendría que hacer.

El oírle despotricar durante dos horas en ese tono me ha resultado instructivo, pues en sus palabras se transparentaba la fuerza monstruosa del nihilismo. Estos hombres oyen solamente *una* melodía, pero esta es enormemente penetrante. Se parecen a máquinas de hierro que prosiguen su camino hasta que alguien las destroza.

Notable el modo como estos espíritus hablan de la ciencia, de la biología, por ejemplo. La aplican como si fueran hombres de la Edad de Piedra; para ellos se convierte en un puro medio de matar a otros.

La dicha de estos hombres no está en tener una idea. Ya han tenido muchas — su afán los empuja hacia bastiones desde donde poder abrir fuego contra grandes masas humanas y difundir el terror. Una vez que han conseguido eso, detienen el trabajo espiritual, cualesquiera que hayan sido las tesis con que han trepado a aquellos bastiones. Entonces se entregan al goce de matar; y esa pulsión de asesinar muchedumbres era lo que desde el principio los compelía de una manera sorda y confusa a seguir adelante.

En tiempos en los cuales era posible todavía poner a prueba la fe, tales naturalezas eran reconocidas pronto. Ahora avanzan bajo el capuchón de las ideas. Estas son ideas cualesquiera, y eso puede verse ya en el hecho de que, una vez alcanzadas las metas, se tiran las ideas como si fueran harapos.

Hoy se ha dado a conocer la declaración de guerra del Japón. Quizá vaya a ser 1942 el año en que más seres humanos vayan al mismo tiempo al Hades.

París, 8 de diciembre de 1941

Al atardecer paseo por las desiertas calles de la ciudad. A causa de los atentados la población es obligada a recluirse en sus domicilios desde primeras horas de la noche. Todo yacía muerto en la niebla, lo único que se oía era el canto de los aparatos de radio que salía de las casas y los parloteos de los niños; era como caminar por entre jaulas de pájaros.

En el marco de mi trabajo sobre la lucha entre el ejército y el partido nazi por lograr el predominio en Francia estoy traduciendo las cartas de despedida de los rehenes franceses que fueron fusilados en Nantes. Esas cartas han caído en mis manos junto con las actas y quiero ponerlas a buen recaudo, pues de lo contrario tal vez se perderían. Su lectura me ha reconfortado. En el instante en que se le anuncia la muerte, el ser humano parece sustraerse de la voluntad ciega y darse cuenta de que el amor es la más íntima de las relaciones. Además del amor es quizá la muerte la única benefactora que hay en este mundo.

En sueños sentía cómo Dorotea, regresando de remotos tiempos de la infancia, se me acercaba volando y me palpaba con las suaves y delgadas puntas de sus dedos. Al principio seguía el contorno de mis manos, dedo a dedo, especialmente en el nacimiento de las uñas. Luego recorría partes del rostro, los párpados, los ángulos de los ojos, los pómulos.

Era algo muy agradable, característico de ese ser y de su concepción. Practicaba en mí un arte finísimo de medición; casi parecía que desease cambiarme, pues movía los dedos como sobre una pasta, como sobre una masa fina.

Luego regresaba a las manos, pero esta vez parecía equivocarse, pues, pasando por el dorso de ellas, prolongaba sus trazos más allá de donde acababan. Por el magnetismo del contacto yo notaba, empero,

que lo que ella acariciaba ahora era la mano espiritual, cuyos dedos son un poco más largos que los corporales.

Para despedirse colocaba su mano encima de mi frente y susurraba:

—Pobre amigo mío, se ha acabado la libertad.

Estuve mucho tiempo despierto en la oscuridad, tan triste como acaso no haya vuelto a estarlo desde los días de Vincennes.

París, 9 de diciembre de 1941

Los japoneses atacan con mucha decisión; quizá porque para ellos lo más precioso es el tiempo. Al pensar en esto me sorprendo a veces confundiendo las alianzas; hay momentos en que me asalta el espejismo de que es a nosotros a quienes han declarado la guerra. Es algo inextricable, como serpientes en un saco.

París, 10 de diciembre de 1941

Inundación. Me encontraba en medio de un grupo de personas del siglo XIX, excursionistas, que a causa del barro se concentraban sobre encinas derribadas. Simultáneamente grandes masas de serpientes se esforzaban por llegar a aquellas islas todavía secas. Los hombres golpeaban a los animales con sus bastones y los lanzaban al aire para alejarlos de allí, pero lo hacían de tal manera que estos, medio destrozados, pero todavía capaces de morder, volvían a caer entre la multitud. Esto provocaba el pánico y la gente se arrojaba al barro. También a mí me alcanzaba uno de aquellos cadáveres vivientes y me asestaba un mordisco. Yo pensaba: si la canalla dejase en paz a estos animales, todos estaríamos seguros.

En las cartas de los rehenes franceses fusilados, que estoy traduciendo como documentos para tiempos futuros, me llama la atención el hecho de que las dos palabras más frecuentes sean «coraje» y «amor». Quizá aparezca todavía más veces la palabra «adiós». Parece que en esas situaciones el ser humano nota en su corazón una capacidad de bendecir y una sobreabundancia de riquezas y comprende que el papel que le es propio es el de víctima sacrificada, el de dispensador de dones.

Kirchborst, 24 de diciembre de 1941

De permiso en Kirchhorst. Aquí casi no siento ganas de escribir

anotaciones — una buena señal de la fuerza de gravedad que me otorga Perpetua. Para qué el monólogo. Visitantes, entre otros Carl Schmitt. Ha pasado aquí dos días.

Por la noche sueños en el estilo del Bosco: una muchedumbre de seres humanos desnudos, entre los que había víctimas y verdugos. En primer plano una mujer de maravillosa belleza, a la que uno de los verdugos cortaba de un tajo la cabeza, que caía al suelo. Yo veía cómo el tronco se mantenía en pie un rato todavía, antes de derrumbarse — incluso decapitada parecía deseable aquella mujer.

Otros esbirros se llevaban a espaldas a las víctimas, para degollarlas tranquilamente en algún lugar — veía que les habían sujetado las mandíbulas con trozos de tela, para que el mentón no dificultase el golpe.

En el jardín los patos. Se aparean en los charcos que la lluvia ha formado en la hierba. Luego la hembra se coloca delante del macho y bate las alas, dándose importancia — formas primitivas de la coquetería.

En el tren, 2 de enero de 1942

A medianoche partida hacia París. Antes en la plaza de San Esteban, en Hannover, cenado con Ernstel y Perpetua. Observando de perfil al muchacho he descubierto que su rostro ha adquirido un aire de nobleza, pero también de sufrimiento. En estos tiempos de ahora una cosa comporta la otra. Este año será sumamente peligroso; nunca sabe uno si no será esa la última vez que ve a los suyos. De este modo actúa en cada despedida la confianza de volver a verse en un mundo superior.

En el compartimiento conversación con un alférez que venía de Rusia. Su batallón ha perdido un tercio de sus efectivos humanos por culpa de las congelaciones, las cuales han obligado en muchos casos a hacer amputaciones. En el primer momento la carne se pone blanca, después adquiere un color negro. Conversaciones como esta son ahora corrientes en todas partes. Se dice que hay hospitales militares dedicados solo a cuidar a los soldados que tienen congelados los órganos genitales; también corren peligro los ojos. Al Fuego se agrega la Helada, con sus malvadas tijeras.

París, 4 de enero de 1942

Almorzado en el restaurante Ladurée, en compañía de Nebel y de la Doctoresse. Luego hemos pasado la tarde charlando en el Hotel Wagram. Tengo la impresión de que ya no es posible permanecer por más tiempo, como lo ordenaría la prudencia, dentro del marco de la situación. Uno es compelido hacia delante, como en el acto de nacer. Lo es, por ejemplo, por las recensiones de *En los acantilados de mármol* aparecidas en periódicos suizos.

Me ha llamado la atención la eufonía de las dos vocales *ei* en la palabra *bleiben* [permanecer]; por cierto que esa misma eufonía se expresa también, con otras vocales, en las palabras *manere, manoir.* Se hace menester redescubrir en este sentido el lenguaje.

Grüninger, que había estado conversando con un teólogo:

—El Mal aparece siempre primero como Lucifer, luego se metamorfosea en Diablo y acaba mostrándose como Satanás. Es la progresión que va del Portador de la Luz al Disgregador y luego al Aniquilador, o, en el reino de las vocales, los tres sonidos: U, I, A.

París, 5 de enero de 1942

En la hora libre del mediodía adquirido papel para el manuscrito de *La paz*. Comenzado a trazar el plan básico. Examinado también la seguridad de la caja fuerte.

París, 6 de enero de 1942

Stavroguin. La náusea que siente frente al poder; no lo tienta ningún dominio en condiciones corruptas. Frente a esto, Piotr Stepánovich, que viene de abajo y que sin duda comprende que solo en esas condiciones le resulta a él posible el poder. Así es también como el hombre vil se alegra de ver caer en la deshonra a la mujer magnífica apetecida por él, pues solo entonces le resulta alcanzable.

Esto es algo que, *post festum,* se muestra en el modo de gobernar. En los sitios donde domina la canalla se notará que esta practica la infamia más allá de lo necesario e incluso contra las reglas del arte de la política. Se celebra la infamia como si se celebrase una misa, pues el *mysterium* del poder del populacho se esconde, en su fondo más profundo, en ella.

Leído en el manuscrito de la traducción francesa de *Jardines y carreteras* realizada por Maurice Betz. Para traducir *freilich* he visto que pone *il est vraie,* lo cual no me parece acertado del todo en este caso. *Freilich* puede preceder a una restricción de lo que se dice y puede insinuar también un reforzamiento. Probablemente la traducción más aproximada sería algo así como: «Mi opinión viene a ser que…», o: «Si examinamos bien el asunto encontramos que…». Podría decirse que el carácter propio de *freilich* es el de subrayar lo que se dice, también el de poner las cartas boca arriba, pero a esto se añade algo más, a saber: una nota de conjura, una especie de aquiescencia alegre, que se le atribuye subrepticiamente al lector. Se le roba el consenso.

Por la noche en el Hotel George V. Estaban presentes Nebel, Grüninger, el conde Podewils, Heller y Maggi Drescher, una joven escultora. Nebel ha recitado el poema sobre Harmodio y Aristogitón, pues la conversación había tocado el tema de su magnífica escultura que está en el Museo Nazionale; luego ha recitado versos de Safo, de Sófocles, de Homero. En esto le beneficia la extraordinaria memoria de que dispone, de modo que se tiene la impresión de que él mismo está colaborando directamente al nacimiento de los versos. Así es

como hay que hacer citas: por conjuros…

París, 7 de enero de 1942

Por la tarde en casa de Poupet, en la Rue Garancière. Me siento tan como en mi hogar en estas callejuelas que rodean la zona de Saint-Sulpice, con sus tiendas de antigüedades, sus librerías y sus viejos talleres, que es como si llevara viviendo ya quinientos años en ellas.

En el momento en que entraba en el edificio me acordé de que había traspasado por primera vez su umbral en el verano de 1938; entonces llegaba del Jardín de Luxemburgo, hoy venía de la Rue de Tournon. El círculo de los años transcurridos se cerraba así como en la hebilla de un cinturón.

Al entrar en el piso de Poupet traté de comunicarle ese sentimiento, un sentimiento que se apodera de mí con frecuencia cuando veo cosas y personas que conozco de mucho tiempo atrás — ese enriquecimiento que les viene de tiempos ya desaparecidos y que se nos hace claro cuando volvemos a verlas, como la pesca que se saca de la red. Y aunque resulta difícil expresar bien esto en un idioma extranjero, tuve la impresión de que Poupet me comprendía.

Charmille. Hemos hablado de Proust; Poupet me ha regalado una carta de él. Luego hemos charlado sobre conocidos comunes, de los que tiene una visión muy precisa. También sobre el influjo de Eros en la conformación del cuerpo. A este propósito hemos comentado la palabra *souplesse,* que, igual que *désinvolture,* posee rasgos intraducibles a otro idioma.

La primera carta de Perpetua. Tal como yo lo había sentido muy bien, una vez que me acompañaron a la estación estuvieron hablando los dos todavía largo tiempo de mí, mientras volvían por las calles a oscuras. Me dice que tal vez compre una casa para nosotros cerca de Uelzen; esa zona, situada en el corazón de los páramos, sería la apropiada para la vida solitaria a que aspiramos.

También una carta de Wolfgang, el tercero de los cuatro hermanos que somos que es llamado a filas. Ahora es cabo y tiene a su cargo un campo de prisioneros en Züllichau: estos no lo pasarán mal allí. Como dato curioso me escribe lo siguiente:

«Ayer realicé, por motivos del servicio, un viaje a Sorau, en la zona de Lausitz, donde tenía que dejar en el hospital militar a un prisionero. Allí tuve que hacer también una visita al manicomio. Me salió al paso una mujer cuya única manía consiste en murmurar

ininterrumpidamente: *Heil Hitler*. No cabe duda de que es una locura muy propia de este tiempo».

Una prudencia exagerada resulta peligrosa, y eso incluso desde el punto de vista táctico. A quien más nítidamente se oye es a quien disimula la voz. Por cierto que, así como existe un instinto aristocrático para descubrir a quien no forma parte del propio medio, así existe también un instinto jacobino para lo mismo. Hay grados de finura y también de tosquedad que son inimitables. Y, a la postre, ¿qué es la prudencia sin la Providencia?

París, 9 de enero de 1942

A última hora de la tarde bebido todavía una botella de Beaune en la habitación de Weinstock, quien parte para Angers. En Weinstock, igual que en Nebel y también en Friedrich Georg, observo la potente acción educativa que lo griego ejerce todavía hoy sobre lo alemán. La lengua, la historia, el arte y la filosofía de Grecia continuarán siendo indispensables en los sitios donde se pretenda formar élites.

Pensado de nuevo muy intensamente sobre *En los acantilados de mármol*. Es un libro abierto, inconcluso; se prolonga en los acontecimientos. Por otro lado, estos reobran sobre el libro y lo transforman. En ese sentido se asemeja a una elipse con dos focos; en uno está el autor y en el otro, los hechos. Entre los dos se tejen hilos, como ocurre en la división de la célula. El libro puede intervenir así en el destino, pero tambien es posible que determine el destino del autor. Esto apunta a que, cuando fue escrito, estuvo trabajándose, además de en el terreno del lenguaje, en otros terrenos distintos —quizá en aquellos donde actúan los medios del sueño.

París, 10 de enero de 1942

Té en casa de la Doctoresse. Al atardecer hemos ido a pie a un pequeño bar situado en un bajo de la Rue de Montpensier para reunirnos allí con Poupet y con Cocteau. Cocteau ha estado amable, doliente, irónico, delicado. Se quejaba de que la gente sabotease sus obras teatrales, lanzase bombas lacrimógenas al escenario, soltase ratas en la sala.

De las anécdotas que ha contado me ha parecido estupenda la de un malicioso cochero por el que se hizo conducir a casa una noche, bajo una lluvia torrencial, a la salida del teatro. Cocteau estudiaba entonces bachillerato. Desconocedor de la cantidad habitual a que

ascendían las propinas, dio muy poco dinero y luego se dirigió hacia la puerta de su casa; delante de ella estaba bajo la lluvia una familia amiga de sus padres, pues la cerradura de la puerta era difícil de abrir. Cuando Cocteau saludó a aquella familia, el cochero le gritó desde el coche:

—Ay, qué propina — ¿y si yo contase de dónde te he traído?

En el Hotel Raphael he estado todavía leyendo. Acabado la novela de la condesa Podewils y a continuación empezado *Confesión,* de Kanne, un escrito significativo que me ha hecho llegar Carl Schmitt, que es quien lo ha editado. La experiencia de Kanne en la oración. Siente cuándo sus oraciones «penetran». La minúscula rueda de su destino se mueve entonces en conformidad con la marcha del universo.

Despertado a las cinco. Había soñado que mi padre había muerto. Luego estuve pensando mucho rato en Perpetua.

Por la mañana ha venido a verme Maurice Betz con su traducción. Hemos estado examinando una serie de pasajes dudosos y ajustando algunos términos un poco raros, sobre todo nombres de animales y de plantas. En estos casos lo mejor es recurrir al latín, al sistema de Linneo — es decir, tomar del concepto, de lo lógico, el metro para esclarecer lo que en la intuición, en la poesía, aparece diferenciado.

París, 13 de enero de 1942

Festejado un cumpleaños en el Hotel Raphael. En esta ocasión he visto claro por primera vez que las personas que aquí viven son de fiar. Hoy una cosa como esa es posible únicamente si es un círculo íntimo e invisible el que ejecuta la selección. Un malicioso chiste que Phillipps hizo sobre Kniébolo dio la señal para una conversación franca. La constricción, la prudencia separan hoy a los seres humanos como los separarían unas máscaras; cuando estas caen, se expande una alegría enorme. Luego tuve una conversación seria con Merz y con Hattingen, en el curso de la cual les expuse los rasgos básicos de mi escrito sobre la paz.

Conversación con Luther sobre espionaje. Me ha dicho que había sido difícil encontrar ingleses para esta tarea, pero que antes de la guerra había conseguido reclutar para ella a un hombre de buena familia; a ese hombre le había sido proporcionada una emisora de onda corta y con ella sigue enviando todavía hoy, desde Londres, noticias sobre las condiciones atmosféricas. Estas noticias, dijo Luther,

son muy importantes para los ataques aéreos. Recientemente este inglés recogió además en su domicilio a un agente nuestro que al aterrizar con el paracaídas se había roto una pierna; tuvo que esconderlo y cuidarlo en su casa durante varias semanas. La primera vez que el agente salió a la calle fue detenido y más tarde fusilado, pero no delató a quien lo había tenido en su casa.

Son cosas de naturaleza casi demoníaca, sobre todo si se piensa en la terrible soledad de tales personas en medio de una población de millones. De ahí que yo no pueda confiar detalles ni siquiera a estas páginas.

París, 14 de enero de 1942

Charmille. Hay conversaciones que cabe calificar de fumar opio a dúo. Para ello se necesita que la charla prosiga su marcha con ligereza, sin esfuerzo, tal como se ve, en el mundo físico, en los números que ejecutan los acróbatas. Por cierto que Charmille alaba en mi conversación lo que con frecuencia se suele criticar en ella, a saber: que casi siempre estoy pensando también en otras cosas y que replico con retraso a una buena observación de mi interlocutor, a menudo después de varias frases, una vez que aquella observación ha penetrado profundamente dentro de mí.

París, 15 de enero de 1942

En el correo una carta de Flor de Fuego, con una observación sobre *El hipopótamo*, el cuento que aparece en la segunda versión de mi obra *El corazón aventurero.* Dice lo siguiente:

«Opino que la Princesa que aparece en ese relato está un poco influida por *La caída de la Casa Usher.* Pero en *El hipopótamo* se indica el camino que lleva a la curación. Eso está bien. Poe mostró únicamente la caída».

Ese cuento lo concebí en un sueño, antes de una visita a Kubin, y entonces era efectivamente muy fuerte el anhelo que yo sentía de salir del abismo del Maelstrom. Es preciso considerar tales cosas también como un pronóstico, pues los personajes inventados inician el baile del destino, lo bailan por anticipado, unas veces sonrientes y otras con una expresión de espanto; y la poesía es historia invisible, es historia no vivida todavía, e incluso su correctivo.

Además, una carta de Perpetua, que entretanto ha ido a ver la casa situada en Bevensen. Durante el viaje estuvo charlando de política con el chófer que la llevaba; este puso fin a la conversación

con estas palabras, que la divirtieron mucho:

—Nada de pertenecer a una asociación cuyo presidente tiene piojos.

Por cierto que uno de los encantos de Perpetua es que sabe mantener una conversación en todas las capas de la sociedad. Todo el mundo se siente a gusto a su mesa.

París, 17 de enero de 1942

En el sueño contemplaba insectos en casa de Emmerich Reitter, en Paskau. Me enseñaba una caja llena de ejemplares del género *Sternocera,* pero todos ellos tenían una forma ancha y aplastada, y no la forma cilindrácea que es típica de ese insecto. Yo reconocía *prima vista,* sin embargo, que pertenecían al género *Sternocera.* Me gustan estas anomalías en las que, pese a todo, perdura el tipo. Son los aventureros viajes de la Idea por los archipiélagos de la Materia.

Por la tarde ha pasado Charmille a recogerme para ir a tomar un baño. Espectáculo magnífico en la piscina: el de un pez grande, prodigioso, al que veía flotar en el agua verde, rodeado de burbujas de aire que parecían perlas. Veía aquello desde arriba y, como suele ocurrir con las cosas mágicas, a tamaño reducido.

París, 18 de enero de 1942

Dormido mal la noche pasada, con largas interrupciones en vela. Durante ellas pensaba en Carus, mi hijo imaginario.

A última hora de la tarde he visto a Armand, que quiere pasar a la clandestinidad. Hemos cenado en la Brasserie Lorraine, luego de haber subido por la Rue du Faubourg-Saint-Honoré, donde siempre me encuentro cómodo. Me ha preguntado si me gustaría conocer a su amigo Donoso y le he dicho que no. Luego, a propósito de una observación mía sobre los dos países, ha dicho:

—*Ah! Pour ça, je voudrais vous embrasser bien fort!*

Nos hemos despedido en la Avenue de Wagram.

Luego me he puesto el uniforme y he ido al George V. Allí estaban Speidel, Sieburg, Grüninger y Röhricht; este último es ahora el jefe del Estado Mayor del I Ejército. Después de la Primera Guerra Mundial él y yo conversábamos en Hannover sobre Rimbaud y sobre asuntos parecidos. Luego ha aparecido el coronel Gerlach, que ha regresado

del frente del Este para ocupar aquí el puesto de subjefe del Estado Mayor, encargado de la intendencia. En sus conversaciones quiero estudiar la aguda causticidad de la gente de Potsdam.

En estas ocasiones las conversaciones son siempre las mismas, unas veces más decididas y otras menos, como en las antecámaras de lo ineluctable. Siempre me hacen pensar en Bennigsen y en el zar Pablo. Gerlach en particular estaba bien informado de la falta de ropa de invierno en el Este. Esa falta de ropa allí en el Este, lo mismo que el fusilamiento de rehenes aquí en el Oeste, será uno de los grandes temas de futuras investigaciones sobre la historia de la guerra o sobre la justicia de guerra.

Sobre la óptica. Por la tarde en el Raphael, al levantar los ojos del libro que estaba leyendo, los fijé en un reloj redondo que está colgado en la pared. Cuando aparté la vista del reloj, la imagen conservada en la retina se dibujaba como un círculo claro sobre la tapicería de la pared. Fijé luego los ojos en una parte de la pared que quedaba más cerca que aquella en que estaba colgado el reloj; y aquí la imagen parecía ser mucho más pequeña que este. Pero si movía los ojos y acercaba la vista al reloj, entonces la imagen se igualaba, se fundía con él. Y, finalmente, si proyectaba la mirada a un punto más alejado, tenía la impresión de que la imagen conservada por la retina se agrandaba.

Es un hermoso ejemplo del cambio psíquico a que sometemos nuestras impresiones objetivas según las distancias. A igual esfuerzo de la retina agrandamos un objeto conocido que nos parece más lejano y lo empequeñecemos si nos parece más próximo. El cuento de E.A. Poe *La esfinge* se basa en esa regla.

Ahora, cuando me despierto por la noche en el Raphael, cosa que me ocurre con bastante frecuencia, percibo en el entarimado el insecto que lleva por nombre «reloj de la muerte». Este insecto da unos golpes más fuertes y más lentos que el que yo oía a menudo en la madera muerta de la farmacia de mi padre — golpes más significativos. Probablemente esas sombrías señales proceden de un anóbido de color oscuro y de gran tamaño del que encontré un ejemplar el pasado verano en la escalera; ese ejemplar se halla ahora en Kirchhorst, en mi colección. No me fue posible clasificarlo; seguramente se trata de una variedad importada.

La enorme lejanía de la vida que anuncian esos sonidos —

procedentes, sin embargo, de un ser que se agita muy cerca de mí en la madera seca. Esa lejanía, comparada con otras, resulta, empero, próxima y familiar. Navegamos en el mismo barco.

París, 20 de enero de 1942

A última hora de la tarde visita al doctor Weber en el Palais Rothschild. Posee un excelente conocimiento de todos los territorios ocupados y también de los países neutrales, ya que actúa en todas partes para hacer compras clandestinas de oro. Le he rogado que en Zúrich visite a Brock, por el asunto de los periódicos suizos. Puede serme útil también en otras ocasiones. Me gusta conversar con él, y ello ya por la simple razón de que es paisano mío y un representante típico del bajosajón seco. Al ver personas como esta nota uno que el mundo no va a perecer tan pronto.

Por cierto que resulta instructivo el ver ahora dedicado a asuntos europeos y mundiales aquel surtido de espíritus que acudieron, por ejemplo, a la extraña reunión de nacional-revolucionarios que se celebró en Eichhof en la casa de Kreitz. Uno se da así cuenta de lo que está escondido en germen en las personas; por ejemplo, el tirano en el pequeño contable, o el asesino de multitudes en el ridículo fanfarrón. El espectáculo es raro, pues para que esos gérmenes se desarrollen se precisan circunstancias fuera de lo común. Extraño es también el reencontrar a ciertos espíritus fracasados, a ciertos literatos cuyos confusos parloteos nocturnos recordamos, desempeñando ahora el papel de dueños, de dominadores, a los que se obedece antes incluso de que abran la boca. Hay ocasiones en que los sueños que llegan a hacerse realidad son precisamente los más desvanecidos. Pero Sancho Panza, cuando fue gobernador de la ínsula Barataria, al menos no se tomaba en serio — eso es lo que en él nos gusta.

En su comunicado de ayer los rusos han difundido la noticia de que, al sacarles las botas a unos prisioneros alemanes, con ellas les habían arrancado también los pies.

Son perlas de la propaganda que llega del infierno del hielo.

París, 21 de enero de 1942

Visita a Charmille, en su casa de la Rue de Bellechasse.

El reloj avanza más rápido durante estas charlas, como ocurría en otros tiempos en las selvas vírgenes. Para que ese efecto se produzca son precisos distintos factores — belleza, comprensión espiritual

completa, y cercanía del peligro. Luego intento retardar mediante la reflexión el paso de las horas. La reflexión frena las ruedecillas del tiempo.

Decir: «Encuentro una persona» es lo mismo que decir: «Descubro el Ganges, Arabia, el Himalaya, el Amazonas». Deambulo por sus secretos y por sus vastas extensiones y regreso de allí cargado de tesoros; de ese modo me transformo y me instruyo. En este sentido, sobre todo en él, estamos modelados también por nuestros prójimos, por nuestros hermanos, amigos, mujeres. Queda en nosotros el aire de otros climas — y es tan fuerte que en ciertos encuentros experimento este sentimiento: «Ese tiene que haber conocido a fulano y a mengano». De igual modo que el orfebre graba su sello en las joyas, así también el contacto con un ser humano imprime en nosotros una señal.

París, 24 de enero de 1942

En Fontainebleau, a visitar a Röhricht, jefe del Estado Mayor del I Ejército. Vive en la mansión de las Dolly Sisters; pasé la noche en aquella casa. Mirada retrospectiva a los viejos tiempos, recuerdos de la Escuela de Equitación de Hannover, de Fritsch, de Seeckt, del viejo Hindenburg — entonces vivíamos en la yema de Leviatán. El suelo del comedor es de losas de mármol con un veteado verde, y, según la vieja costumbre, sin alfombra, para poder tirarles a los perros huesos y pedazos de carne. Conversación junto a la chimenea, primero sobre Mommsen y sobre Spengler, luego sobre la evolución de la campaña militar. Esta charla ha vuelto a hacerme ver con claridad los estragos ocasionados por Burckhardt con su libro *La historia del Renacimiento en Italia* — sobre todo por los impulsos que, a través de Nietzsche, irradiaron a la capa culta. Teoremas de las ciencias naturales han reforzado luego esos estragos. No deja de ser notable esta mutación de la visión pura en voluntad, en activismo apasionado.

A la complicación corresponde la simplificación — la pesa y la contrapesa del reloj del destino. Así como hay una segunda religiosidad, así hay también una segunda brutalidad, más descolorida y más nerviosa que la primera.

En estas conversaciones no ahorro esfuerzos — en ellas es preciso ver no tanto el individuo cuanto los centenares de miles que están detrás de él.

Por la mañana el alférez Rahmelow estuvo enseñándome todavía el castillo.

Charmille. Sobre sueños de vuelos. Ha contado que con frecuencia

se imagina estar volando y ha ilustrado sus palabras con un gracioso movimiento de ambos brazos. Pero ha añadido que en esos sueños tiene también el sentimiento de estar trabada por un peso que cuelga de su cuerpo. Según ella, lo que impulsa a volar es siempre una persecución y una especie de angustia. Esto mismo podría aplicarse a muchas situaciones, también a la de hoy.

El género de vuelo que Charmille había descrito con sus brazos no era tanto el de un pájaro cuanto el de un delicado saurio; o, mejor, había en él algo de ambos. Así es como yo me imagino el delicado remar de las alas de la *Archaeopteryx*.

París, 25 de enero de 1942

Por la tarde en el Teatro de la Madeleine, donde se daba una comedia de Sacha Guitry. Calurosos aplausos. *C'est tout à fait Sacha.* El gusto de la gran urbe es perspectivista y se deleita con las transformaciones, con las confusiones, con las identidades inesperadas, como en un gabinete de espejos. Las complicaciones son tan embrolladas que cuando uno llega a la escalera las ha olvidado ya. Resultaba, en efecto, indiferente saber quién era quién. Son tantos los cambios de perspectiva que eso es lo único que queda.

En el *foyer* un retrato de la Duse; me parece que solo en los últimos años me he vuelto yo sensible a esta clase de belleza. Como si fuera una segunda virtud, la espiritualidad la rodea con un círculo protector que es difícil de atravesar. Seguramente la razón de eso está en que en tales seres sentimos algo que está emparentado con nosotros, que es hermano nuestro; interviene así también el incesto. Nos resulta más fácil acercarnos a Afrodita que a Atenea. Cuando Paris entregó la manzana, su acto expresaba el apetito natural del pastor, del guerrero; esto trajo consigo grandes placeres y grandes sufrimientos. Si Paris hubiera sido un varón más maduro, habría reparado quizá en que el abrazo amoroso puede proporcionar también poder y conocimientos.

Antes de apagar la luz, como siempre, lectura de la Biblia, en la que he llegado ya al final del Pentateuco. Allí he leído esta terrible maldición, que me ha hecho pensar en Rusia: «El cielo que está sobre tu cabeza será de bronce, y la tierra que está bajo tus pies será de hierro».

Mi cuñado Kurt se lamenta en una carta de que tiene casi congeladas la nariz y las orejas. Dice que han de llevar a rastras a los camaradas jóvenes, que tienen helados los pies. Y eso que él había

partido con una gran columna de camiones. En su último comunicado los rusos aseveran que los combates de esta última semana nos han costado diecisiete mil muertos y unos cuantos centenares de prisioneros. Y uno preferiría estar entre los muertos.

París, 27 de enero de 1942

Una carta de Flor de Fuego; me habla en ella de su lectura de *Jardines y carreteras* y comenta los pasajes que le han llamado la atención. Por ejemplo, el siguiente: «Así es como hay que leer la prosa: como a través de los barrotes de una reja». Una amiga suya ha hecho esta observación sobre esa frase de mi libro: «A los leones hay que verlos dentro de la jaula».

Es extraño que tales imágenes den lugar con frecuencia a pensamientos que son enteramente distintos de los que el autor pretendía. Yo quería decir, en efecto, que las palabras forman una reja que permite echar una mirada a lo inexpresable. Las palabras cincelan el engarce de la piedra, esta permanece invisible. Con todo, adopto también la imagen del león. Uno de los defectos, pero también una de las ventajas del *style imagé* es su prismaticidad.

París, 28 de enero de 1942

Cuando leemos, el texto nos guía, pero también coopera siempre al efecto nuestro propio modo de sentir y pensar, como una aureola que otorga brillo a la luz ajena.

Con ocasión de ciertas frases e imágenes se presenta en mi consciencia una gran muchedumbre de pensamientos. Me ocupo entonces del primero y hago que los demás aguarden en la antecámara, pero de vez en cuando abro la puerta para ver si siguen allí fuera. Al mismo tiempo, sin embargo, continúo también leyendo.

Cuando leo experimento siempre el sentimiento de que son cosas mías, más aún, cosas esencialmente mías las que allí están tratándose. También ese sentimiento debe provocarlo el autor. Este escribe como ser humano que mueve la pluma por el ser humano. En ese sentido se obsequia primero a sí mismo y luego a los demás.

En el correo una carta de Schlichter con nuevos dibujos para *Las mil y una noches*. En especial está maravillosamente lograda una imagen de la Ciudad de Latón. La aflicción que se siente ante la muerte y ante la magnificencia. La visión del citado dibujo de Schlichter ha despertado en mí el ardiente deseo de poseer esa hoja —

me gustaría tenerla como pareja de la otra lámina de Schlichter, *La Atlántida antes de su hundimiento,* que cuelga desde hace años en mi despacho. El cuento de la Ciudad de Latón —mi padre me aguzó muy pronto los ojos para ver su encanto— es uno de los más bellos de ese libro prodigioso, y el emir Musa es un espíritu profundo. Conoce la melancolía que se siente ante las ruinas, el amargo orgullo que se experimenta ante el hundimiento de las cosas; esa melancolía y ese orgullo forman entre nosotros el núcleo de los afanes arqueológicos, pero Musa los sintió de un modo más puro, más contemplativo.

París, 29 de enero de 1942

Escrito a Schlichter a propósito del dibujo de la Ciudad de Latón. Con este motivo me han venido a la memoria también otros cuentos de *Las mil y una noches,* sobre todo el de la Peri Banu; es un cuento que desde siempre se me ha aparecido como la descripción de la gran aventura amorosa, por la cual se renuncia con gusto al poder real hereditario. Es hermoso ver cómo desaparece el joven príncipe en el reino de la Peri Banu cual si desapareciera en un mundo más espiritual. En esa colección de cuentos es este príncipe, junto con Musa, uno de los príncipes de los viejos reinos indogermánicos, príncipes muy superiores a los déspotas orientales y que también a nosotros nos resultan comprensibles. Muy bella es, ya en el comienzo mismo, la competición de tiro con arco; el arco es un símbolo de la vida y en el príncipe Achmed adquiere una tensión metafísica. De ahí que la flecha que él dispara vuele de un modo incomparable, hacia lo desconocido, más lejos que las demás.

El castillo de la Peri Banu es el monte de Venus traspuesto a lo espiritual; donde la llama visible consume, la invisible otorga dones.

París, 30 de enero de 1942

En el correo, entre otras cartas, una de Friedrich Georg; en ella cita, a propósito de *Jardines y carreteras,* esta frase de Quintiliano: *Ratio pedum in oratione est multo quam in versu difficilior* [El ritmo es mucho más difícil en la prosa que en el verso]. Toca aquí mi hermano un problema que me ha tenido ocupado sobre todo en los últimos años — el problema de cómo dar a la prosa una andadura nueva, un movimiento nuevo, que reúna poder y ligereza. Es preciso abrir con llaves nuevas la gran herencia que ahí está escondida.

París, 1 de febrero de 1942

Por la mañana he recibido la visita de Nebel, que ha venido a

verme por causa del incidente que ha tenido en su centro de escucha. Desde luego no podrá decir que no estaba avisado. Primero se hizo sospechoso con su ensayo sobre los hombres-insectos que le publicó Suhrkamp, y ahora ha dado ocasión a una denuncia directa. En la fiesta de Nochevieja estuvieron haciendo burlas del «guardabosque mayor» en los pasillos. Ahora Nebel tiene que desaparecer en un rincón de provincias y yo lamento mucho que se vaya de esta ciudad un espíritu tan brillante como él.

Por la tarde en casa de Madame Boudot-Lamotte, donde Cocteau leía su nueva comedia *Renaud et Armide.* Se trata de una intriga mágica; la voz de Cocteau, que reúne eufonía espiritual y ductilidad, está magníficamente dotada para recitar ese texto. Especialmente bien lograda estuvo la cantinela con que la maga Armide envuelve a Renaud, que está preso en su hechizo — tenía una fuerza a la vez ligera e irresistible. Allí iba devanándose de husos invisibles *un file, file, file* que se repetía una y otra vez y que se lanzaba al aire como los hilos de plata del otoño.

Además de a Gaston Gallimard he encontrado allí a Heller, a Wiemer, a la Doctoresse y al actor Marais, un Antinoo salido del pueblo. Después de la lectura de la comedia, conversación con Cocteau; entre otras divertidas anécdotas ha contado la siguiente:

En una obra de teatro salían de unas cestas unas manos humanas pintadas que figuraban serpientes. Se simulaba golpearlas con bastones y ocurrió que una de las «serpientes» recibió un buen palo, y entonces se oyó un *merde* gritado por el comparsa desde debajo del escenario.

En el restaurante Drouant, cerca de la Ópera. Uno de mis viejos defectos es que casi nunca coinciden los días en que amo especialmente a mis prójimos con los días en que soy también capaz de dárselo a entender. A veces se apodera de mí, precisamente cuando me siento muy atraído por alguien, el espíritu de contradicción.

Por la noche sueños — se me revelaba de un modo muy hondo el sentido de las cámaras. Estas comunicaban por puertas con la habitación donde yo dormía — estaban allí la cámara de la madre, la de la esposa, la de la hermana, la del hermano, la del padre, la de la amante; había en el silencioso actuar de esos aposentos, en su gran cercanía y en su gran aislamiento, un rasgo misterioso, tan solemne como terrible.

«... entonces entraba la madre.»

París, 2 de febrero de 1942

Por la noche cena en el Ritz con el escultor Breker, que me ha invitado, y con su esposa, una griega inteligente, bohemia. De primer plato, sardinas, que Madame Breker se comía sin dejar rastro:

—*J'adore les têtes.*

También estaba allí Nebel, de nuevo con su peculiar serenidad parnasiana. Tiene un modo delicado de aludir a las cosas que le agradan, es como si levantara con una sonrisa un velo que tapase maravillas.

Ha dicho que la crueldad moderna es única porque no cree en lo que de indestructible hay en el ser humano; de ahí que quiera extinguirlo y aniquilarlo completamente, para siempre, al contrario de lo que pensaba, por ejemplo, la Inquisición.

Por cierto que el caso de Nebel no ha traído consecuencias demasiado graves, ha sido trasladado a Étampes.

París, 3 de febrero de 1942

Por la mañana ha venido Jessen a mi despacho del Hotel Majestic. Al verlo he recordado las buenas, o, por mejor decir, exactas profecías que le oí hace un año, cuando casi nadie pensaba en la posibilidad de una guerra con Rusia. Aquí se ve la importancia que tiene una cabeza clara, imperturbable, conocedora de la lógica inmanente a las cosas. Eso es algo que se nota también en su exterior. En sus ojos, y especialmente en su frente, reposa implacable la fuerza simultáneamente racional e ideal del espíritu. Hombres como él y como Popitz, que también estuvo presente en aquella ocasión, son tardíos retoños que el idealismo alemán echa en este desierto de hoy.

Nuevas predicciones. Hemos hablado de la fosilización que puede notarse desde comienzos de este año. Yo suelo percibir eso con mucha claridad, es como si llevase dentro un contador que midiese las corrientes y contracorrientes.

Luego Valentiner, uno de los hijos del comandante de submarinos y viejo vikingo. Es cabo y ocupa aquí un modesto puesto de intérprete entre los aviadores, pero la mayor parte de su tiempo lo pasa con libros y amigos en un estudio que ha alquilado en una mansarda en el Quai Voltaire. Me ha invitado a que vaya a su estudio. He tenido la sensación de que este encuentro es uno de esos que inauguran unas relaciones largas. La osadía espiritual que se le veía en el modo de

entrar en la habitación ha sido algo que me ha gustado.

Calefactores en la sala de calderas; detrás de las válvulas se acumula allí una presión de muchos millones de atmósferas. Los manómetros van subiendo lentamente y sobrepasan la última raya roja. Se hace un silencio total. De vez en cuando brilla por detrás de los cristales blindados un resplandor de llamas.

París, 4 de febrero de 1942

Acabado: *La Faustin,* de Edmond de Goncourt. En la tienda de Berès compré hace algunas semanas un ejemplar de este libro en el que aparece la firma de su autor.

Durante la lectura notaba un ligero malestar cada vez que tropezaba con hechos que ya me eran conocidos por los diarios de los Goncourt. Esas cosas disgustan en una obra de composición, donde la experiencia de la vida debe resultar irreconocible, debe estar fundida a gran profundidad. De lo contrario nos hacen recordar aquellos cuadros donde el trabajo pegado interrumpe el trabajo pintado.

Sobre el contacto entre el autor y el lector: la invitación que Edmond de Goncourt hace en el prólogo de esta obra a sus lectoras, pidiéndoles que le envíen *documents humaines,* detalles ocultos de la vida de las mujeres, cuyo conocimiento le resulta valioso a él en cuanto artista, es una inconveniencia y sobrepasa los límites que le están trazados a un libro.

En *La Faustin* hay poca composición y los personajes entran en escena no cuando son necesarios, sino cuando el autor los necesita. También está enormemente avanzada la *faisandage,* la putrefacción, y eso es algo que puede soportarse únicamente en aquellas descripciones donde es la fuerza lo que sigue guiando la pluma.

París, 5 de febrero de 1942

De Überlingen han llegado nuevas poesías de Friedrich Georg. *Zelina,* donde vuelvo a encontrar su viejo amor por las acróbatas y por las muchachas de circo; *Pavos reales,* que ya conocía y en la que el sol golpea con fuerza, como si lo hiciera con piedras preciosas; y *El reloj de sol.* Hasta después de los cuarenta no sale a la luz lo que en el varón es propiamente varonil.

París, 6 de febrero de 1942

Por la mañana sueños de un estanque o de una laguna rodeada de piedras; me encontraba de pie a sus orillas para observar animales acuáticos. Allí se sumergían aves y emergían peces. Yo espiaba a una cerceta perlada de gris que nadaba sobre el fondo rocoso remando. Y unos peces de color verde piedra subían del fondo como si soñasen, primero aparecían como sombras y luego de un modo cada vez más claro. Todo eso lo veía desde unos montículos planos que sobresalían a medias del agua y que por dos veces cedían bajo mi peso: me había colocado encima de unas tortugas.

París, 6 de febrero de 1942

Por la mañana en el despacho de Speidel. En el antedespacho había mucha gente a causa de las firmas del domingo. Acababa de regresar del cuartel general y me ha enseñado las notas que había tomado. Modifican mi opinión de que las tendencias de aniquilación, los afanes de fusilar, exterminar, hacer morir de hambre, brotan de corrientes nihilistas generales de nuestro tiempo. Eso también ocurre, naturalmente, pero detrás de los bancos de arenques aparecen como batidores los tiburones.

No cabe duda de que hay personas singulares que son responsables de la sangre de millones. Y esas personas salen a derramar sangre como tigres. Dejando completamente aparte los instintos de populacho que abrigan, en ellas está muy desarrollada una voluntad satánica, un frío goce de ver perecer a seres humanos e incluso tal vez a la humanidad. Un profundo sufrimiento parece apoderarse de esas personas, un disgusto aullador, cuando notan que una fuerza quiere impedir que devoren a tantos seres humanos como desean. Se ve a esas personas lanzarse a la matanza también en los casos en que ello parece cuestionable e incluso en los casos en que va en contra de su propia seguridad. Lo que Jodl ha dicho en el cuartel general sobre los propósitos de Kniébolo es algo espantoso.

También es preciso saber que muchos franceses aprueban esos planes y están ansiosos de prestar servicios de verdugos. Solo aquí, en esta casa, hay fuerzas capaces de evitar, o al menos de retrasar, la unión de esa gente; pero eso hay que hacerlo desde luego ocultando completamente el juego. Es importante sobre todo el evitar toda apariencia de humanitarismo.

Por la tarde, en el X-Royal, té con la Doctoresse. Luego en el estudio de Valentiner en el Quai Voltaire. Un vetusto ascensor que era elevado por un sistema de palas y que emitía ruidos quejumbrosos nos

ha tenido en vilo mientras subíamos. En la mansarda hemos encontrado algunas habitacioncillas con viejos muebles; sobre las mesas y los sillones había libros desparramados. El dueño de aquello nos ha recibido vestido descuidadamente con ropa de paisano. Así que su tiempo se lo permite, se recluye en esta celda y al cambiar de ropa cambia también de existencia, pues deja pasar las horas leyendo, o meditando, o en compañía de amigos. El modo como lo consigue atestigua libertad y fantasía. Aquí Cocteau se ha sentido llevado a recordar los tiempos que pasó de manera similar durante la Primera Guerra Mundial. En aquel pequeño nido hemos tenido unas conversaciones que no han salido nada mal y entretanto contemplábamos, por encima de los viejos tejados, Saint-Germain-des-Prés.

París, 10 de febrero de 1942

Cenado en casa de los Nostitz, en la Place du Palais-Bourbon. Entre los invitados me ha llamado la atención el joven conde Keyserling, aunque en toda la velada no ha dicho ni una sola palabra. Yacía extendido como un gato en el sillón, con un aire a medias de persona que sufre y a medias de persona que está entregada a sueños agradables. Incluso en las esferas más intelectuales las viejas estirpes conservan todavía seguridad, elegancia vital.

París, 12 de febrero de 1942

Al mediodía paseo por la Avenue des Ternes. Un primer destello primaveral animaba hoy el aire, después de las inclementes semanas que hemos pasado, mientras todavía permanecía en las calles la nieve negra, endurecida por las pisadas. Yo también me sentía nervioso, excitado y caprichoso; suele ocurrirme al comienzo de la primavera.

Sobre la catástrofe en la vida humana: esa pesada rueda que nos tritura, ese disparo del asesino, o también del imprudente, que nos alcanza. Dentro de nosotros ha ido acumulándose desde mucho antes la materia inflamable y ahora alguien acerca desde fuera la mecha. La explosión viene de nuestro interior.

Mis muchas heridas en la Primera Guerra Mundial están relacionadas con eso. Correspondían al espíritu fogoso que me animaba y que se creaba válvulas de escape, pues era demasiado poderoso para mi cuerpo.[1] También corresponden a eso las peleas salvajes, las violentas disputas por asuntos de amor y de juego, cosas todas ellas que traen consigo lesiones y a menudo el suicidio. La vida

se lanza de un salto a la boca del cañón de la pistola.

París, 13 de febrero de 1942

En el Raphael. El comandante Von Voss, en el que se transparenta, como una vena de plata, un trozo del siglo XV. En la corriente de su sangre lleva todavía algo de *Minnesänger,* algo de la antigua fuerza mágica, libre y ligera, que era propia de este. Aquí se reúnen siempre excelentes compañeros. De manera directa aprende uno historia en esos encuentros.

París, 15 de febrero de 1942

He ido a visitar a la Doctoresse, que guarda cama por culpa de un lumbago. Conversación sobre el cuerpo humano y luego, en especial, sobre su anatomía. Ha dicho que en los primeros tiempos, cuando volvía a casa después de haber pasado muchas horas en la sala de disección contemplando carne humana y el intenso color rojo que esta tiene, a menudo la asaltaba una súbita hambre canina.

París, 16 de febrero de 1942

Andrómeda. Con esas hijas de rey ocurre lo mismo que con los pueblos germánicos; antes de que el cristianismo pudiera ahondar en ellos fue preciso quebrarlos. No pueden amar sino después de haber sido entregados al dragón que está en el abismo.

El amor a una mujer determinada es un amor doble, pues por un lado se dirige a lo que ella tiene en común con todos los otros millones de mujeres, y por otro a lo que la distingue de todas las demás y pertenece a ella sola. Qué raro es que en el ejemplar individual coincidan perfectamente ambas cosas — la copa y el vino.

París, 17 de febrero de 1942

Cena en el restaurante Calvet, en compañía de Cocteau, Wiemer y Poupet, quien me ha dado para mi colección un autógrafo de Proust. A este propósito Cocteau estuvo hablando de sus relaciones con Proust. Este no permitía jamás que se limpiase el polvo de sus habitaciones; la pelusa cubría los muebles «como chinchilla». Cuando alguien entraba en la casa, el ama de llaves le preguntaba si traía flores, si se había perfumado o si había estado en compañía de una mujer perfumada. A Proust se lo encontraba casi siempre en la cama, pero vestido, y con guantes amarillos, pues quería evitar morderse las uñas. Daba mucho dinero para que no trabajaran los artesanos que

tenían sus talleres en el edificio donde vivía, pues le molestaba el ruido que producían. No estaba permitido abrir en ningún momento una ventana; la mesilla de noche se hallaba cubierta de medicamentos, inhaladores y pulverizadores. Su refinamiento no carecía de rasgos macabros; así, en una ocasión fue a ver a un carnicero e hizo que este le mostrase «cómo se mata una ternera».

Sobre el mal estilo. Donde más visible aparece es en los asuntos morales; por ejemplo, cuando un escribiente cualquiera pretende justificar crímenes tales como los fusilamientos de rehenes. Eso es algo mucho peor, algo que ofende la vista más que todas las infracciones de las reglas estéticas.

En lo más hondo el estilo se basa precisamente en la justicia. Solo el hombre justo es capaz también de saber cómo hay que sopesar la palabra, cómo hay que sopesar la frase. Por esta razón a las mejores plumas no se las verá nunca al servicio de la mala causa.

París, 18 de febrero de 1942

Visita del caballero Von Schramm, que ha llegado del frente oriental. La muerte masiva en aquellas bolsas terribles despierta la nostalgia de la vieja muerte — la muerte que no equivale a ese perecer pisoteado. Schramm ha expresado a este propósito su parecer de que no a todo el mundo le toca quedar encerrado en esos anillos mortales, de igual manera que no todo el mundo entraba en los molinos de huesos de Manchester, y que tal cosa se debía puramente al destino. A la postre lo decisivo continúa siendo si uno muere en esos sitios como un ser humano. Con sus propias fuerzas se crea entonces su lecho y su altar. En tales lugares están haciéndose realidad muchas de las cosas que aparecían en nuestros sueños más sombríos, están convirtiéndose en realidad histórica muchas cosas que se veían venir desde hace mucho tiempo, desde hace más de setenta años.

París, 22 de febrero de 1942

Por la tarde en el estudio de Claus Valentiner en el Quai Voltaire. Allí he encontrado también a Nebel, el *outcast of the islands,* el desterrado de las islas, que mañana parte para una de ellas, como en los tiempos de los césares romanos. Luego he ido a despedirme de Wiemer, que también se marcha. Allí me ha entregado Madeleine Boudot, secretaria de Gallimard, las galeradas de la traducción, hecha por Henri Thomas, de *En los acantilados de mármol.*

En el Raphael un acceso de tristeza ha vuelto a despertarme. Son cosas que vienen como la lluvia o la nieve. Se me ha hecho clara la distancia enorme que a los seres humanos nos separa, una distancia que cabe medir precisamente si pensamos en las personas que nos son más queridas, que más cerca nos quedan. Estamos separados unos de otros, igual que las estrellas, por profundidades infinitas. Pero las cosas serán diferentes después de la muerte. Lo hermoso de la muerte es eso, que al extinguir la luz corporal elimina también esa distancia. Estaremos en el cielo.

Un pensamiento que me hace bien en esos momentos: quizá Perpetua está pensando en ti cabalmente ahora.

El combate de la vida, la carga de la individualidad. Frente a eso, lo indiferenciado, con sus remolinos cada vez más hondos. En los instantes del abrazo amoroso nos sumergimos en esos remolinos, nos hundimos en estratos donde reposan las raíces del Árbol de la Vida. También hay una voluptuosidad ligera, fugaz, tan volátil como la materia inflamable. Y, por encima de eso, el matrimonio — «seréis una sola carne». El sacramento del matrimonio: ya no llevamos más que la mitad de la carga. Finalmente la muerte: ella derriba las paredes que separan a los individuos. La muerte será el instante en que se nos otorgará el don supremo, *Evangelio de San Mateo,* XXII, 30. Solo más allá de la muerte, solo más allá del tiempo han atado su nudo místico todos nuestros vínculos auténticos. Cuando la luz se extinga nos convertiremos en videntes.

Los libros. Es hermoso encontrar en ellos pensamientos, palabras, frases, que nos hacen presentir que el relato conduce, como un sendero trazado con arte, a través de vastos bosques que el lector no conoce. Es llevado así por territorios cuyos límites le quedan ocultos, y solo de vez en cuando llega hasta él, como un soplo perfumado, la noticia de que allí hay grandes riquezas. El autor ha de parecerse a alguien que reparte regalos sacándolos de tesoros ilimitados; y mientras distribuye moneda corriente, con ella entremezcla de vez en cuando también otras monedas que tienen un cuño extraño — doblones en los que se distinguen las armas de reinos no explorados. La frase de Kipling: «Pero esto es otra historia», debe figurar en el texto, figurar de un modo más sutil todavía.

París, 23 de febrero de 1942

Por la tarde en el Palais Talleyrand, a tomar el té con el

comandante en jefe, el general Otto von Stülpnagel, que nos deja.

Es notable la mezcla de delicadeza, gracia, *souplesse,* que en él se da y que hace pensar en el primer bailarín de una corte, con rasgos leñosos y melancólicos. Emplea giros de cortesía española, lleva altas botas de charol y, en el uniforme, botones de oro.

Me ha hecho llamar por el asunto de los rehenes, pues está muy interesado en que se haga una descripción exacta de los hechos, para tiempos futuros. Esa cuestión es también, en efecto, el motivo por el que ahora se va. En una situación como la suya lo único que resulta visible desde fuera es el gran poder, el poder del procónsul, pero no la historia secreta de las peleas e intrigas que ocurren en el interior del palacio. Esa historia está llena de la lucha contra nuestra embajada y contra el partido nazi en Francia, los cuales ganan lentamente terreno, sin que el mando supremo apoye al general. El desarrollo y las peripecias de esa lucha, de la cual forma parte también la pugna por la cabeza de los rehenes, es lo que yo describo por orden de Speidel en las actas secretas.

El general ha tocado en primer lugar los aspectos humanos, demasiado humanos, del caso. Podía notarse que estas cosas le han atacado los nervios y lo han trastornado en los cimientos. Luego ha entrado en los motivos tácticos de su oposición. Ha dicho que es necesario actuar con moderación, aunque solo sea con vistas al potencial de producción. Las entregas de las industrias mejorarían en la medida en que aquí las cosas marchasen bien. Y esto, ha dicho, es de suma importancia, dado el desarrollo inesperado de la campaña en el Este. Además, el influjo alemán sobre Europa tendría que perdurar más allá de los tiempos en que estemos presentes con las bayonetas. Él se ha atenido a la razón, ha añadido — de ninguna manera puede hablarse de debilidad, que es lo que le reprocha el mando político. Como a muchos viejos soldados de carrera, lo que a él más lo hiere es el reproche de debilidad, de «canguelo».

Teniendo en cuenta la gran superioridad de sus adversarios, seguramente a él le ha parecido que el repliegue al punto de vista táctico era el único posible. Por ello, ha dicho, ha intentado subrayar ante todo que el mejor regalo que puede hacerse a la *résistance* son las medidas colectivas de represión. De ahí también que aparezca con tanta frecuencia en sus mensajes telefónicos urgentes al mando supremo esta frase: «Las represalias consiguen lo contrario de lo que se proponen». Pues un terrorista puede desencadenar con un solo disparo de pistola enormes remolinos de odio. Así es como se ha llegado a la paradójica solución de silenciar, en los informes al mando

supremo, la mayor parte de los atentados.

En estos generales se revela la impotencia total de la burguesía y de la aristocracia. Tienen vista suficiente para darse cuenta de cómo marchan las cosas, pero les faltan medios y fuerza para oponerse a espíritus que no conocen otros argumentos que la violencia. Los nuevos señores utilizan a la burguesía y a la aristocracia como guardas rurales. ¿Qué ocurrirá cuando se derrumben también estos últimos pilares? Por todos los países se extenderá entonces el terror plúmbeo, horroroso, en el estilo de la checa.

También hay siempre en tales situaciones un aspecto que está por encima de los tiempos. Ese aspecto es aquí el del procónsul, en el que ya se encontró Pilato. Con una rabia horrible el *demos* exige al procónsul la sangre de inocentes y aclama a los criminales. Y desde la lejanía amenaza el rayo del *imperator,* a quien se rinden honores divinos. Mantener la dignidad senatorial resulta entonces difícil — o bien se pronuncia la condena lavándose las manos, o se desaparece, como en este caso, para ir a desempeñar en un bloque de casas de Berlín el puesto de encargado de la defensa antiaérea.

Muerte. Siempre aparecen unos pocos que son demasiado nobles para la vida. Buscan lo blanco, la soledad. La nobleza de ánimo de seres que se lavan con luz la suciedad es algo que a menudo resalta de un modo muy bello en la máscara mortuoria.

Lo que yo amo en el ser humano es su esencia más allá de la muerte, es su comunión con ella. El amor aquí no es más que un pálido reflejo.

Was hier wir sind,

kann dort ein Gott ergänzen

[Lo que somos aquí,

puede allí completarlo un dios]

¿Cómo ha llegado Poncio Pilato al Credo?

Habría que preguntárselo a los coptos, pues ellos lo veneran como mártir.

Por la noche sueños de bastiones rocosos que yo escalaba. Tan débiles eran sus cimientos que mi peso hacía que se tambaleasen, y cada uno de mis movimientos iba acompañado de la amenaza de caídas monstruosas.

Así que sentía que ya no era posible mantener el equilibrio, realizaba un esfuerzo, como si abriese los ojos, e interrumpía el curso del sueño. Me comportaba como alguien que estuviera proyectando una película en la que él mismo actuase; yo cortaba la corriente cuando se aproximaban las catástrofes.

En este aspecto he aprendido muchas cosas, cosas de las que debe sacarse provecho para la vida diaria. Somos nosotros quienes nos soñamos el mundo, y, si es necesario, hemos de soñarlo de un modo más intenso todavía. Lo que en realidad resultó decisivo para estos años fue ya mi comportamiento en aquel sueño en el que, durante la travesía a Rodas, se me apareció Kniébolo y midió su voluntad con la mía.

Averiguar cómo se coordina eso en el tiempo con la noche que pasé en casa de Gerstberger en Ermatingen. Entonces se abrió durante un segundo el Vesubio; de manera intuitiva conocí que las fuerzas históricas no bastaban para dar un giro favorable a las cosas. Los perros ladraban en torno a la casa. Inmediatamente antes tuvo que producirse la visita nocturna de Trott en la viña. «Esa gente se propone atacar al dragón y aguardan de ti la legitimación.» De día se forman nubes alrededor del terrible macizo.

París, 24 de febrero de 1942

Cena en la casa de Fabre-Luce en la Avenue Foch. Allí he encontrado a dos catedráticos de filosofía, hermanos, y a un tal señor Rouvier.

Nuestro anfitrión ha estado hablando de un conocido suyo que odiaba a los curas y que con frecuencia, cuando volvía a casa, juntaba las manos y rezaba:

—Te doy gracias, Dios mío, te doy gracias por no haber permitido que sea creyente.

En una ocasión Fabre-Luce se hallaba en un bosque de la Alta Baviera sentado en un banco y contemplaba las montañas; entonces cayó de un árbol una serpiente, al lado de donde él estaba. Se fue de allí, dijo, pues el paisaje ya no le gustaba.

—Il y a des choses qui rompent le charme.

Hemos cenado en su habitación de trabajo, que está revestida de madera hasta media altura. En una de las paredes está fijado un gran mapamundi. Completamente blanco, como si fuera *terra incognita*; los únicos puntos que están coloreados son los lugares que su propietario ha visto.

París, 28 de febrero de 1942

Cartas. Mi madre me escribe de Oberstdorf que la palabrita *Nichts* [nada] la pone de mal humor; dice que comienza a aparecer relacionada con más cosas cada vez. Así, por ejemplo, en carteles callejeros: *Das Volk ist alles — du bist nichts* [el pueblo lo es todo — tú no eres nada]. Tendríamos, pues, un todo compuesto de ceros. Y desde luego es esa la impresión que a menudo se tiene. Cada vez resulta más transparente el juego de los nihilistas. La enorme puesta los obliga a descubrir sus cartas y con frecuencia renuncian a dar justificaciones.

Otte me comunica que en Hamburgo piensan hacer maculatura con los restos que allí quedan todavía de la edición del libro de Kubin *La otra parte.* Pero lo único que con eso lograrían sería destruir papel, de igual modo que en el ser humano lo único que alcanzan a destruir es la carne.

Finalmente, una carta de Henri Thomas; trata sobre todo de la traducción al francés de algunos nombres de lugares y personas que aparecen en *En los acantilados de mármol* y que poseen una significación bastante secreta. Así, *Fillerhorn,* que deriva del verbo hoy desaparecido *fillen,* cuyo significado es *schinden,* desollar. Para traducir ese término ha escogido la expresión *Corne aux Tanneurs;* dice que el gremio de los *tanneurs* [curtidores] es uno de los más antiguos y que su mención evoca, además de algo infame, una atmósfera tétrica y medieval. *Köppelsbleck,* o, mejor, *Köppelesbleck,* es un lugar donde se blanquean los cráneos — para traducir esto propone la expresión *rouissage* [enriamiento, meter en el agua por algunos días el lino o el cáñamo para que se macere]. Aquí he utilizado el nombre de una campiña de Goslar. En Alemania la gente ha derivado de *Köppelesbleck* la palabra *Göbbelesbleck.* Para traducir *Pulverkopf* [cabeza de pólvora] se proponía emplear *hauteflamme* o *brusqueflamme;* a mi parecer, sin embargo, en ninguna de esas dos palabras resuena con suficiente claridad la ironía que hay en *Pulverkopf;* es una réplica al viejo artillero que se jactaba de tener en reserva, para combatir el cristianismo, un cañón del que ni siquiera el nombre se conoce todavía. De ahí que yo propusiera llamarlo *le vieux pétardier;* a

Thomas, sin embargo, esa expresión le ha parecido demasiado tosca. Así que ha aconsejado llamarlo *boutefeu,* que, además de «botafuego» en el sentido de varilla en cuyo extremo se ponía la mecha para prender fuego desde cierta distancia a las piezas de artillería, puede significar también «incendiario» — según Thomas, esa palabra ha adquirido, al envejecer, un cierto acento irónico. *Soit.*

Tengo la impresión de que Thomas ha sabido emplear en su traducción una cierta astucia y que sabe caminar como un cazador o un trampero por las pistas del idioma. Para traducir se necesita *passion.*

París, 1 de marzo de 1942

Acabado: Frédéric Bouyer: *La Guyane française,* relato de un viaje emprendido por el autor en los años 1862-1863. Buena descripción de las tierras pantanosas, con el inventario de sus plantas, animales y hombres. Los indígenas conocían ya por entonces una especie de vacuna contra las mordeduras de las serpientes. Un joven que había sido inmunizado con ella encontró al abrir una tumba una grácil víbora roja y, sin hacer caso de las advertencias, se la enrolló al cuello como un collar; la víbora lo mordió y el joven murió enseguida. En cambio, otra persona que también había sido vacunada contra las mordeduras de serpiente permitía, si se le daba dinero, que una víbora lanceolada lo mordiese; también dejaba siempre sueltas unas cuantas en su casa, con lo cual se ahorraba cerraduras y cerrojos, pues todo el mundo evitaba de buena gana aquel lugar.

París, 2 de marzo de 1942

Visita de Grüninger, que ha regresado del Este. Allí ha estado al mando de una batería. De sus *capriccios:*

La 281.ª División, que fue enviada al frente con escasa ropa de invierno y que enseguida quedó casi aniquilada por el frío, recibió el nombre de «división del asma».

En un combate cuerpo a cuerpo un cabo alemán mató a un comisario ruso en un cruce de trincheras; el cadáver del comisario quedó allí de pie y se congeló. El citado cabo tenía que servir a menudo de guía por la posición a oficiales extranjeros y solía llevarlos al cruce donde estaba el comisario, como un escultor que enseñase su trabajo.

Un coronel ruso fue hecho prisionero con los restos de su regimiento, el cual había estado cercado durante varias semanas.

Preguntado de dónde había sacado comida para la tropa, contestó que se habían alimentado de cadáveres. Cuando se lo reprocharon, agregó que él había comido únicamente los hígados.

París, 3 de marzo de 1942

Hoy ha sido el primer día de primavera después de este tétrico invierno. Una cierta alegría y una cierta jovialidad animaban a las grandes masas que caminaban por los Champs-Élysées. El sonido de las numerosas palas que rompían la negra costra de hielo de las calles provocaba un sentimiento agradable, casi como si fueran campanas de Pascua.

En la librería que hay en el número 8 de la Rue de Castiglione he comprado un mamotreto en tres volúmenes del que me prometo muchas horas placenteras en las noches de invierno que en el futuro pase en el páramo de Luneburgo — una historia de los naufragios, las invernadas, los abandonos de marineros, las robinsonadas, los incendios, las hambres y demás infortunios que acontecen en el mar, obra editada por Cuchet, Rue et Maison Serpente, en el año tercero de la República. Un sello indica que uno de los anteriores propietarios de este libro fue un convento de jesuitas.

En esa gran partida de ajedrez que son las relaciones entre los sexos es cierto que las mujeres no tienen siempre la intención de permitir que se llegue a los últimos movimientos, pero sí saben apreciar que la tendencia a llegar a ellos otorgue una agudeza y una finura ocultas ya a los primeros movimientos. Es la sal de la coquetería.

Cenado en el restaurante Ramponneau con Abt, que fue sargento aspirante a oficial al mismo tiempo que Friedrich Georg. Acabada la cena llegó del exterior un ruido que me pareció una explosión; de ahí que apuntase el minuto en que se oyó. Más tarde se dejaron oír otras sacudidas y sacamos la conclusión de que sería una de esas tormentas de primavera que aquí no son raras por estas fechas. Cuando Abt preguntó al camarero si ya llovía, este respondió con una sonrisa discreta:

—Los señores clientes piensan que es una tormenta, yo creería más bien que son bombas.

Al escuchar aquello nos decidimos a salir a la calle y una vez fuera oímos que, efectivamente, estaba actuando la artillería

antiaérea. También había, suspendidas sobre el mar de edificios, bengalas de color amarillo naranja lanzadas por los ingleses. De vez en cuando pasaban rápidamente sobre los tejados, como murciélagos, los bombarderos.

El tiroteo duró bastante tiempo, incluso después de que me metiera en la cama. Allí leí el artículo de Du Bos sobre los Goncourt y un capítulo del Libro de Samuel. El fuego era el decorado que ponía el tiempo.

París, 4 de marzo de 1942

El ataque de anoche, que estuvo dirigido especialmente contra las fábricas Renault, ha costado hasta la tarde de hoy quinientos muertos, casi todos obreros. Diez soldados alemanes fueron alcanzados mortalmente y en los hospitales militares hay todavía más de mil heridos. Aunque han quedado destruidas grandes fábricas y doscientas viviendas, el bombardeo, visto desde nuestro barrio, parecía más bien una iluminación teatral en una función de sombras chinescas.

París, 5 de marzo de 1942

Un pollito que me había enviado desde Saint-Michel la buena de la señora Richardet me lo cené ayer en compañía de la Doctoresse, a quien luego consulté, pues empezaba a notar un fuerte resfriado. Más tarde, en el Raphael, me bebí un vaso de ron caliente y durante la mayor parte de la noche estuve despierto, en un estado semifebril. Estas horas no son horas perdidas; antes por el contrario, tengo la impresión de que, al subir la temperatura, también se teje con más rapidez, con más vehemencia, la tela de la vida y del espíritu, y de que uno *sube,* como agua que desborda de los diques.

Para mí las noches de fiebre son siempre noches de fecundidad. Incluso sospecharía que poseen un carácter de metamorfosis; además de separar la enfermedad y la salud, separan también épocas espirituales, igual que una fiesta divide dos estaciones del año.

A última hora de la tarde he ido a hacer una visita a Valentiner en su estudio del Quai Voltaire. Valentiner había descubierto en una librería un hermoso ejemplar de Tocqueville, que me ha dado; también me ha regalado los *Contes noirs,* de Saint-Albin. Luego han llegado Heller, Rantzau, Drescher; con ellos, charla sobre Tocqueville.

A naturalezas delicadas como Rantzau se les escucha la opinión de que en tiempos peligrosos como estos el mando corresponde a tipos brutales y voluntariosos y que hay que dejárselo a ellos. *Après on*

verra. Es el punto de vista de viajeros que han ido a parar a una guarida de forajidos y abrigan la esperanza de que, mientras ellos mismos pernoctan en el piso de arriba, los del piso de abajo se maten a golpes entre sí. No siempre salen bien tales cálculos.

París, 6 de marzo de 1942

Almorzado en el restaurante Prunier con Mossakowski, antiguo colaborador de Cellaris. Si he de dar crédito a lo que me ha dicho, hay en los grandes desolladeros que se han construido en los países de las fronteras orientales ciertos matarifes que han matado con sus propias manos a un número de seres humanos igual al de habitantes de una ciudad de mediano tamaño. Tales noticias borran los colores de todo un día. Uno quisiera cerrar los ojos ante ellas, pero es importante contemplarlas con la mirada del médico que examina una herida. Son síntomas del monstruoso foco morboso que hay que curar — y que yo creo que es curable. Si no tuviera *esa* confianza, inmediatamente me iría *ad patres.* Desde luego es un foco que está localizado en un estrato mucho más hondo que el de lo político. Aquí la infamia ha invadido todo.

Cenado en el Raphael con Weinstock y con Grüninger; este último rebosaba de *capriccios* del Este. Quizá nazca algún día, para grabar estos desastres de la guerra, un nuevo Goya que conozca la gama que confina con el cero absoluto.

En un bosque unos heridos rusos habían estado gritando horas enteras en demanda de auxilio; cuando por fin se acercaron unos soldados alemanes para socorrerlos, los rusos sacaron las pistolas y dispararon contra ellos. Es un signo de que los combates han desembocado en lo zoológico. El animal que yace herido en el suelo comienza a morder cuando alguien lo toca.

En las pistas yacen cadáveres por encima de los cuales han pasado millares de carros blindados; al final han quedado tan aplastados que parecen láminas. La marcha continúa por encima de ellos; se asemejan a calcomanías o a siluetas que se reflejasen en la profundidad resplandeciente, helada, de la carretera.

Grüninger es un precursor representativo de un tipo humano que está «más allá de todo»: es ya capaz de resistir en gran medida el dolor y al mismo tiempo dispone de una muy sutil capacidad de percepción. Una combinación paradójica. Pero probablemente es en ella en la que se basa la evolución en general; esta pasa por un entramado de cruces.

En nuestra mesa se hallaba un comandante que antes de la Primera Guerra Mundial había vivido mucho tiempo en Moscú y que estuvo hablándonos de excursiones en trineo, pieles caras, diferentes clases de caviar y festines asiáticos. Es algo que ya hoy suena a país de sueño, a reino de hadas lleno de lujos, algo así como la Persia medieval. El comandante contó que uno de aquellos ricos comerciantes hizo servir el champán en orinales de plata, pero que mandó retirarlos inmediatamente al ver la cara de asco que ponía su invitado. Un ejemplo de esa mezcla de finura y grosería que seguramente no habrá cambiado mucho.

Continuado la lectura del Libro de Samuel. La rivalidad entre Saúl y David es el prototipo de todas las colisiones entre el poder nuevo y el poder legítimo. Aquí no hay compromiso que valga.

París, 8 de marzo de 1942

En el correo una carta de Friedrich Georg, quien, entre otras cosas, me cuenta que ha hecho una visita a los Straub en Nussdorf — en aquella casa por delante de la cual pasamos en otro tiempo tantas veces en nuestros paseos por el Bosque de Birnau. También escribe acerca de la luz que hay en aquella vivienda; según él tiene algo de floral, «como si en el aire se formaran figuras de flores de colores sumamente claros».

Después de almorzar he ido con Weinstock al estudio de un escultor joven, Gebhardt, del que podría decirse que es casi un emigrado y que aquí es favorecido en secreto por gente de la casa. Mientras íbamos caminando hacia el estudio de Gebhardt hemos estado analizando con todo detalle la situación, como tantas otras veces. Parece que los tres comandantes en jefe del Oeste están de acuerdo y que se quiere aguardar todavía a ver el resultado de la ofensiva de primavera. Mientras teníamos esa conversación hemos pasado junto al catafalco levantado en la Place de la Concorde en honor de las víctimas del bombardeo inglés. Los parisinos desfilaban por delante de él en masas compactas.

En el estudio de Gebhardt hemos encontrado a la princesa Bariatinski. Examen de las esculturas; me ha parecido especialmente lograda la cabeza del joven Drescher. Hablando de Claus Valentiner, ha dicho la princesa:

—Es como una abeja, todo lo que liba lo sublima en miel.

Luego ha venido a recogerme la Doctoresse y la he acompañado a dar un paseo por los barrios de los anticuarios; cada vez me hacen soñar con más fuerza, puramente por la radiación que emana de la sustancia histórica acumulada en esas tiendas.

Por la noche he soñado con diversos animales, entre otros con una salamandra que tenía la cabeza de color azul y el vientre de color blanco y que estaba moteada de manchas azules y amarillas. Lo exquisito de los colores estaba en que la materia viva los penetraba, parecían un cuero fino y húmedo — la materia viva se fusionaba con los colores de un modo maravillosamente fresco y delicado. Aquel azul pizarroso y aquel blanco un poco amarillento del fondo superaban todo lo imaginable. Los colores pueden brillar con tal resplandor únicamente cuando la vida participa en ellos; se asemejan a llamas en las que se quema el amor.

Cuando me desperté estuve pensando en mi viejo plan de la *teoria dei colori,* en la cual trataré el color como una función de la superficie.

En los seres humanos amo lo más lejano y seguramente también lo mejor — y quizá a eso se debe la frialdad que perciben en mí.

La vida es únicamente la orla de la Vida, es tan solo un campo de batalla donde se combate por la Vida. Es una fortificación avanzada, cuya forma sigue descuidadamente las dimensiones de la fortaleza a la que nos replegamos al morir.

La meta de la vida consiste en adquirir una idea de lo que es la Vida. Es cierto que esto no produce ningún cambio en lo Absoluto, tal como piensan los sacerdotes, pero sí es algo que ayuda en el tránsito.

Las puestas que en este juego queremos ganar con nuestras fichas son enormes, son horrorosamente altas. Nos parecemos a niños que quieren ganar judías en el juego y no saben que en cada una de esas judías están encerradas las posibilidades de mayos milagrosos y de flores prodigiosas.

París, 9 de marzo de 1942

Por la noche en la Comédie-Française con la Doctoresse, que me había invitado. *Les femmes savantes.* Continúa habiendo islas donde es posible atracar la nave. En el *foyer* el Voltaire sentado de Houdon — rasgos seniles y rasgos infantiles se unen en él de una manera prodigiosa. También es muy bella la facilidad con que la jovialidad

espiritual triunfa de la gravedad de los años.

París, 10 de marzo de 1942

Es preciso que el *opus* alcance un nivel en el que se torne superfino — por cuanto transparenta eternidad.

A medida que el *opus* se acerca a la belleza más alta, a la verdad más honda, va ganando también rango invisible; y el pensamiento de que perecerá en cuanto obra de arte, en sus símbolos fugaces, es un pensamiento que causa cada vez menos dolor.

Lo mismo cabe decir de la vida en general. Es preciso que en ella alcancemos un nivel en el que sea posible realizar de un modo fácil, osmótico, el tránsito — un nivel en el que la vida *merezca* la muerte.

A última hora de la tarde con el nuevo comandante en jefe, Heinrich von Stülpnagel, en el salón redondo. Hemos hablado de botánica y de historia bizantina, de la que sabe mucho. «Andrónico» es hoy, en efecto, un nombre que está a la orden del día. Ha dicho que esos conocimientos, y también otras muchas cosas, los debe a su salud a menudo precaria, por cuanto en los hospitales militares se aburría y eso lo indujo a completar con estudios propios la escasa formación cultural que había recibido en la academia militar. En contraste con su predecesor y primo, tiene indiscutiblemente *désinvolture* y, por encima de eso, un porte principesco. También se gana a la gente con su modo de sonreír. Esto es algo que se nota incluso en el personal de servicio; por ejemplo, en el modo como este sirve a la mesa.

París, 11 de marzo de 1942

Por la mañana me ha visitado Carlo Schmid, con quien hace años pasé toda una noche en Tubinga bebiendo y que ahora se encuentra en Lille, en el Estado Mayor del comandante en jefe de Bélgica. Hemos hablado de su traducción de Baudelaire, de la cual me ha leído la de *Les phares.*

Luego, de la situación. Su parecer es que hoy no se trata tanto de una pugna *entre* seres humanos cuanto de una pugna *por* los seres humanos — puede materialmente verse cómo estos son cogidos y llevados al lado bueno o al lado malo.

Después de almorzar, en la editorial Gallimard. Allí charla sobre *Sur les falaises de marbre* con el patrón de la casa, con Stameroff, su director, y con Madeleine Boudot-Lamotte. Gallimard despierta la

impresión de esa fuerza espiritual que distingue al buen editor y que es a la vez inteligencia y capacidad de mando. También ha de haber en él algo de jardinero.

Continuado la lectura del Libro de Samuel. Con David entra en la Ley algo nuevo — un rasgo de elegancia. Se ve cómo cambia la Ley cuando el ser humano, aunque no toque nada en ella, la sirve de modo diferente. Sigue habiendo procesiones, pero ahora son bailadas.

Baal — con estos dioses vecinos Jehová seguramente tenía que ser terrible. Habría que lograr una imagen de ellos que permitiera verlos también mucho después de que sus altares fuesen derribados — verlos incluso hoy. Pues no son únicamente piedras miliares en la ruta de la humanidad. Dostoievski vio a Baal en las estaciones londinenses.

Cuando llegue la paz pienso ordenar la lectura de la Biblia de acuerdo con un plan nuevo, cimentado en la teología.

París, 12 de marzo de 1942

Se dice que desde que se esteriliza y mata a los locos se ha multiplicado el número de niños que nacen ya con enfermedades mentales. De igual modo, con la supresión de los mendigos se ha vuelto universal la pobreza, y el diezmar a los judíos ha traído consigo la difusión de los atributos judíos en el mundo entero, en el cual están propagándose rasgos propios del Antiguo Testamento. La exterminación no borra los arquetipos; antes por el contrario, los libera.

Parece que la pobreza, la enfermedad y todos los males descansan en seres humanos muy determinados, que, cual si fueran pilares, los soportan, y esos seres humanos son los más débiles de este mundo. De ahí que se asemejen a los niños, a los que también hay que proteger de un modo especial. Con la destrucción de esos pilares todo el peso recae sobre la bóveda. Su derrumbamiento aplasta luego a los malos administradores.

Fiestas de lémures, con asesinatos de hombres, de niños, de mujeres. Se entierra el horrible botín. Pero luego llegan otros lémures a desenterrarlos; con un placer atroz filman la caza descuartizada y casi putrefacta. Luego se proyectan unos a otros las películas.

Qué extraño ajetreo hay junto a la carroña.

París, 14 de marzo de 1942

Tristitia. Por la tarde paseo con Charmille, por la Avenue du Maine hasta la Rue Maison-Dieu. Regreso pasando por el cementerio de Montparnasse. Aquí hemos tropezado con las tumbas de Dumont D'Urville y del aviador Pégoud.

Después de tomar un plato de sopa, a la Comédie-Française. *Le misanthrope.* En el entreacto he vuelto a hacer una visita al Voltaire de Houdon. La mezcla de maldad e infantilismo se me ha aparecido esta vez con especial evidencia.

Una peluquera con la que la Doctoresse comentaba el bombardeo le dijo:

—Yo no tengo miedo. Los muertos lo pasan mejor que nosotros.

—Eso no lo sabe usted.

—Claro que sí. Lo deduzco de que ninguno ha regresado todavía.

París, 15 de marzo de 1942

Paseo con Armand por el Bois, con un sol hermoso. He estado aguardándolo debajo del Arco del Triunfo, cerca de la tumba, que estaba rodeada de narcisos amarillos y de anémonas violetas en cuyos cálices se sumergían las abejas. Pensamiento: ¿es que vivirán, en este mar de piedra, únicamente de flores cortadas?

Con frecuencia veo ahora al ser humano como un varón de dolores que es empujado contra los dientes y rodillos de una máquina; esta va rompiéndole costilla tras costilla, miembro tras miembro, mientras que, en cuanto Hombre, no puede morir y quizá incluso gane.

París, 16 de marzo de 1942

A última hora de la tarde ha venido a mi despacho el coronel Speidel; me ha traído un artículo que Sternberger ha escrito sobre mí en la *Frankfurter Zeitung.* También me ha dejado echar un vistazo a las órdenes recibidas. El giro de Diablo a Satanás es cada vez más claro en Kniébolo.

Lo milagroso, el movimiento más íntimo de los átomos, gira en cada piedra, en cada miga de pan, en cada pedazo de papel. La

materia entera está viva y cuando las cosas se nos aparecen descoloridas es que no las captamos en el auténtico rango de su sustancia. Únicamente vemos sombras de lo Absoluto, de la Luz indivisa.

París, 28 de marzo de 1942

Cenado con Madame Gould en el Hotel Bristol, acompañados de Heller y de Jouhandeau, cuyas *Croniques maritales* leí hace años.

Alarma aérea. Mientras los aviones dejaban oír su zumbido y los estampidos de los cañones hacían temblar a la ciudad, nosotros bebíamos champán de 1911 sentados alrededor de la lámpara. Éramos pequeños, como hormigas. Hablamos de la muerte. Madame Gould hizo algunas buenas observaciones sobre este asunto — por ejemplo, que la vivencia de la muerte es una de las poquísimas que no pueden sernos arrebatadas por nadie, más aún, que con mucha frecuencia es precisamente quien más trata de perjudicarnos el que más nos enriquece con ella. Podrá el destino privarnos de todos los grandes encuentros — nunca del encuentro con la muerte.

El principio básico de toda conducta política correcta, dijo, es el siguiente: «No tener miedo». Una tarde, en un país tropical, vio una mariposa que, a la luz de la lámpara del jardín, se posó en el dorso de un geco. Según ella, aquello era el símbolo de una augusta seguridad.

Luego hablamos de Mirbeau. He tenido la impresión de que este paisaje de horrores atrae a Madame Gould — seguramente ejerce sobre ella ese encanto que aún permanece activo una vez que se han agotado todos los goces procurados por el lujo.

Jouhandeau, con el que estuve charlando primero acerca de Bernanos y de Malraux, y luego sobre el paisaje de la guerra civil en general, opinó que nada permite comprender tan bien ese paisaje como la biografía de Cicerón. Me ha despertado las ganas de volver a ocuparme de aquellos tiempos.

Las imágenes que emergen dentro de nosotros. Con bastante frecuencia me veo ahora al borde del Bosque de Überlingen durante un solitario atardecer brumoso, o al comienzo de la primavera en Stralau, o de muchacho en Braunschweig mirando fijamente el dibujo de la tapicería de la pared. Tengo el sentimiento de que entonces se tomaron decisiones significativas, mientras que lo único que yo hacía era soñar o reflexionar.

Quizá es así como percibimos a veces, lejos de toda actividad, algunos compases de la melodía de la vida. Esos compases aparecen únicamente en los silencios. En ellos vislumbramos luego la composición, el todo que subyace como fundamento a nuestra existencia. De ahí la fortaleza del recuerdo.

También me parece que el todo de nuestra vida no llega a nosotros de manera consecutiva, sino más bien como en un juego de puzle, en el que captamos un poco de sentido unas veces en un sitio y otras veces en otro. Ciertos caprichos de los niños son seniles y, por su lado, ciertas formas tardías de vida enlazan directamente, sin eslabones intermedios, con la infancia.

Quizá el momento en que nuestro signo zodiacal actúa con máxima fuerza es cuando en los sueños nos encontramos con nosotros mismos en cámaras silenciosas — nada entra allí; pero nosotros sí entramos en una casa nueva.

París, 30 de marzo de 1942

Claus Valentiner ha regresado de Berlín. Ha estado contando crímenes perpetrados por un tipo horroroso, antiguo profesor de dibujo, que se jactaba de que en Lituania y en otros territorios fronterizos había estado al frente de un comando asesino que había degollado a un sinnúmero de seres humanos. Tras haber reunido a las víctimas, el comando les ordenaba primero que cavasen fosas comunes y luego que se tendiesen en ellas; entonces las mataba a tiros desde arriba, por capas sucesivas. Antes robaba a sus víctimas todo lo que les quedaba, los harapos que llevaban puestos, incluso la camisa.

Estampas grotescas de la hambruna que reina en Atenas. En los momentos culminantes de un gran concierto de obras de Wagner los trombones no sonaron porque los debilitados músicos no tenían resuello suficiente para soplar.

París, 4 de abril de 1942

Paseo por los jardines de los Campos Elíseos, en los que un primer aroma balsámico de flores y de verdor joven penetraba la oscuridad. Eran sobre todo las yemas de los castaños las que exhalaban aquel perfume.

Por la tarde, para distraerme un poco, en el estudio de Valentiner. En el patio del edificio está el antiguo *atelier* de Ingres, y junto a él, un fresno alto, esbelto, que se alza hacia la luz como desde un pozo de mina.

Claus me ha contado que en una ocasión su padre, el viejo vikingo, le prometió quinientos marcos si le procuraba la alegría de un nieto; con una hermosa francesa que vivía en casa de ellos.

París, 5 de abril de 1942

Con Heller y con Podewils en el estudio de Valentiner, donde hemos encontrado también a Rantzau. Conversación acerca de si acabará este otoño la guerra, como opinan muchos augures. A última hora de la tarde cruzó sobre las altas cimas de la ciudad una tormenta de primavera, con pedrisco; luego se alzó por encima de los viejos tejados y campanarios un doble arcoíris, sobre un fondo gris azulado.

Por la noche, o más bien al amanecer, se oyeron los estampidos de un intenso bombardeo. En el desayuno me he enterado de que el ataque ha causado un gran número de incendios, entre otros el de la fábrica de caucho de Asnières.

París, 6 de abril de 1942

Conversación con Kossmann, el nuevo jefe del Estado Mayor. Me ha proporcionado detalles espantosos de lo que está sucediendo en el frente oriental en los bosques de lémures. Ahora nos encontramos de lleno en la bestialidad predicha por Grillparzer.

París, 7 de abril de 1942

En el Quai Voltaire despedida de la camarilla parisina. Estaban allí Drieu La Rochelle, Cocteau, Wiemer, Heller, Drescher, Rantzau, la princesa Bariatinski, dos alféreces alemanes y un joven guerrero francés que se distinguió en la última campaña. Madeleine Boudot-Lamotte lucía un sombrero de plumas de gallo de color negro-rojo-negro; parecía una mauritana. Poupet, a quien me hubiera gustado volver a ver, se encuentra enfermo, por desgracia.

Los numerosos y muy diferentes brazos del río de mi vida que desembocan en esta ciudad como en una pila se me hacen claros también en las personas.

París, 8 de abril de 1942

Cenado en el restaurante Lapeyrouse con Epting y con Gros-Meunier, cuyo rostro ha adquirido un carácter demoníaco más acentuado todavía. Ese rostro ha perdido la serenidad y ha dejado paso a la oscura luminosidad de Lucifer. Gros-Meunier nos ha explicado que pronto habrá de correr sangre en Francia y que eso será

como una sangría que fortalece al paciente. Ha dicho que hay que investigar con cuidado a qué personas habrá de afectar esa operación; por lo que a él respecta, dijo, tiene completamente claro quiénes vienen al caso. También yo he tenido, desde luego, esa misma impresión.

Luego ha hablado de Japón, del que ha dicho que es el auténtico vencedor en esta guerra.

Mannheim, 9 de abril de 1942

A las siete de mañana partida de la Gare de l'Est. Rehm me ha llevado al tren. El cielo tenía un frescor azul; me ha llamado especialmente la atención el juego mágico de los colores en el agua de los ríos y canales. He creído divisar tonalidades que ningún pintor ha visto todavía. Las superficies de las aguas, azules, verdes y grises, tenían el brillo de piedras claras, frías, el color era más que color: era sello e imagen concentrada de esa profundidad misteriosa que se hace visible en el juego y contrajuego de la superficie.

Después de Coolus un halcón de color tostado claro, que se posó en un zarzal. Campos llenos de altas campanas de cristal, dentro de las cuales se cultivan melones y pepinos — retortas para la más delicada de las fermentaciones en el reino de la alquimia de los huertos.

Antes de Thiaucourt leído un poco, a la luz del sol, en *Les faux monnayeurs.* Cuando el sol desapareció detrás de un monte, las letras comenzaron a brillar con una fosforescencia intensamente verde.

Al atardecer en Mannheim, donde Speidel me ha recogido en la estación; estaba invitado a su casa. Su hijito Hans — un artista en su manera de estar alegre. Tales niños atraen como imanes el cariño, los regalos. Además, una hijita, muy delicada. Cuando por la noche ha habido un bombardeo, al día siguiente se niega a comer. ¿Quién conoce la carga que gravita sobre las espaldas de las mujeres?

Kirchhorst, 10 de abril de 1942

Por la mañana los Speidel me llevaron al tren. La subversión social, que borra irresistiblemente las diferencias, es algo que se ve de un modo muy claro en el trato recíproco de las personas en los trenes, pero sobre todo en las actitudes de los camareros en los vagones restaurantes o en los hoteles. Es algo que se nota especialmente cuando se viene de Francia.

A última hora del día en Hannover. Perpetua me ha recogido con

el coche en la estación.

Kirchhorst, 22 de abril de 1942

Con los niños en el pantano. El pequeño llamó a la salamandra, que veía por primera vez, «lagarto de agua»; esto me ha alegrado más que si la hubiese llamado por su nombre correcto; pues con ello ha mostrado poseer ese don de discernimiento que ha de hallarse en la base de todo conocimiento, como el oro ha de estar en la base de los billetes de banco.

Kirchhorst, 24 de abril de 1942

Fragmento de un gran debate desarrollado en sueños y anotado en el momento de despertarme a las seis de la mañana:

Yo: —Lo mejor es que vuelva a mi viejo asunto, la fisiología comparada de los peces.

Perpetua: —Si los resultados en ese campo son favorables se pone de tan buen humor que inspira miedo incluso a sus amigos.

Yo: —Eso me indica que el futuro será terrible.

Había en el suelo unos peces pálidos, en forma de disco lunar; a uno de ellos le tocaba el cuello con mi dedo índice para examinar una glándula que al tacto era como una pequeña protuberancia.

Kirchhorst, 9 de mayo de 1942

En el pantano. Por primera vez oía este año cantar al cuclillo, ese gritador mántico, mientras llevaba conmigo dinero en abundancia. En cambio, el jamón no solo está ya empezado, sino casi acabado. Esto indica muy bien la situación de las cosas este año.

Junto a una turbera he tomado un baño de sol. El color de los viejos taludes de la turbera, cortados con pala, va desde un negro graso hasta un tierno pardo dorado. Sobre la superficie misma del agua se extiende una cinta de musgo y, encima de ella, la planta llamada rocío de sol, que parece un bordado rojo. Todo está coordinado de una manera bella y necesaria. Esto es solo uno de los innumerables aspectos, es solo una de las innumerables incisiones posibles a través de la armonía del mundo. Hemos de traspasar con la mirada las formaciones para ver la fuerza conformadora.

Sobre la turba húmeda, atravesada por vetas rojas, con qué

solemnidad caminan los pies; se posan sobre capas de pura materia viva, más preciosas que el oro. El pantano es paisaje primordial y por tanto alberga en sí tanto salud como libertad; con qué magnificencia he sentido esto en las soledades nórdicas.

En el correo una carta de Valentiner en la que me comunica que Gallimard está imprimiendo la segunda edición de *Sur les falaises de marbre*. También me habla de una visita hecha por el *outcast of the islands* al estudio del Quai Voltaire.

Lectura: las novelas cortas de Tolstói. Entre ellas, las *Anotaciones de un marcador*. Hacer que una vida noble en el fondo, que se desperdicia de vil manera, sea recogida y contemplada en el diario de un criado como en un espejo de poco precio constituye una jugada narrativa excelente. Entre los desconchados se intuye la imagen trágica y auténtica.

Por desgracia no he encontrado en esta edición mi pieza favorita: *La muerte de Iván Ilich*.

Kirchhorst, 12 de mayo de 1942

En bicicleta al peluquero. En la peluquería, charla sobre los prisioneros rusos que han sido enviados de los campos a trabajar en esta zona.

—Qué gentuza debe de haber entre ellos. Quitan la comida a los perros y la devoran.

Transcrito literalmente.

Kirchhorst, 17 de mayo de 1942

La señora Luckow me ha traído una carta de Grüninger; lamenta en ella que se haya disuelto la artúrica Tabla Redonda que se reunía en el Hotel George V. Además, los habituales *capriccios*.

Los soldados mandados por él rechazaron en una ocasión una patrulla rusa de reconocimiento y luego descubrieron entre los muertos una muchacha de diecisiete años que había combatido fanáticamente. Nadie supo explicar cómo ocurrió, pero lo cierto es que a la mañana siguiente el cadáver yacía desnudo en la nieve. Y como el invierno es un escultor brillante, que conserva rígidas y al mismo tiempo frescas las formas, la tropa tuvo ocasión de admirar durante mucho tiempo el hermoso cuerpo. Más tarde aquel punto de apoyo fue replegado; entonces se presentaban con frecuencia voluntarios para

realizar patrullas, con el fin de poder volver a disfrutar así de la visión de aquella figura magnífica.

Se avecina la partida de Kirchhorst. He vuelto a acostumbrarme a la casa y a mi cuarto de trabajo, y también al jardín, cuyos bancales dejo bien labrados. Perpetua opina que en el otoño volveré a estar instalado en esta casa parroquial. Bien, ya se verá — cómo me gustaría vivir aquí a su lado, envejeciendo poco a poco. También es grande mi anhelo de volver al trabajo.

Por cierto que, para expresar la notable relación que se da entre mí y los lémures, ha dicho que yo estoy «en otra corriente».

Kirchhorst, 18 de mayo de 1942

Astor, el perro, a quien he tratado muy mal porque no hacía más que correr por los bancales. Ahora se me acerca moviendo el rabo, mientras estoy sentado bajo las viejas hayas, y me mira — no con una mirada de reproche, sino más bien con una mirada interrogadora, pensativa:

—¿Por qué eres así?

Y en mi interior oigo, como un eco:

—Sí, ¿por qué eres así?

Lectura: James Riley: *Le naufrage du brigantin américain Le Commerce.* Editado por Le Normant, París, 1818. Algunos náufragos son asesinados y otros despojados de sus ropas por unos nómadas bestiales que luego los arrastran, entre sufrimientos espantosos, a través de los desiertos de Mauritania. En estos emergen de la arena ciudades muertas, como huesos puestos al sol, que recuerdan las visiones del emir Musa — aún se ve la brecha en el muro y, delante de él, las abandonadas máquinas de asedio, tal como se ve el cuchillo junto al plato lleno de conchas de ostras. Un encuentro que Poe podría haber descrito acontece en una lisa pared rocosa que se alza abrupta desde el mar hasta las nubes. En ella está tallado un sendero de apenas un palmo de ancho; antes de empezar a recorrer aquel camino espantoso la gente suele dar gritos desde lo alto de una especie de púlpito que hay en la roca, para asegurarse de que nadie viene en dirección contraria. En una ocasión dejó de hacerlo una pequeña caravana de judíos que pretendía llegar a sus lugares de descanso antes de que cayese la noche, y el destino dispuso que al mismo

tiempo marchase en sentido contrario una tropa de moros que también había creído que estaba libre el camino. Los dos grupos se encontraron en el centro de aquel espantoso abismo, donde resultaba imposible volver atrás. Tras largas e inútiles discusiones fueron arrojándose los unos sobre los otros, por orden, y el que caía arrastraba siempre consigo, al precipitarse, a quien lo había tirado.

La actitud de Riley y también su destino muestran el poder que sigue poseyendo la fe, aunque sea una fe racional. En medio de terribles sufrimientos la confianza se vuelve hacia Dios y hacia su guía como hacia el eficiente sistema de curvas de una matemática suprema, la más elevada de todas. Para un ser inteligente como Riley es Dios la Inteligencia suprema, inmanente al cosmos. El ser humano recibe una corroboración tanto más sólida cuanto más lógico sea su pensamiento. Esto recuerda los «batallones más fuertes» de que hablaba el viejo Fritz.

París, 20 de mayo de 1942

A las once de la noche acudió Scholz a recogerme con su automóvil para llevarme al tren que me devolverá a París. En la oscuridad Perpetua continuó haciéndome señas de despedida, para lo cual trazaba círculos con la linterna de bolsillo.

Durante el viaje lectura de una historia del escándalo del canal de Panamá, luego de una biografía de Kraatz, entomólogo de Berlín, y por fin de una colección de cartas escritas por autores de la Antigüedad; las que más me han interesado han sido las de Plinio. Cuando alzaba los ojos del libro cogía al vuelo, de la agricultura de los campos y jardines, algunos recursos nuevos para aplicarlos a mi huerto de Kirchhorst.

Aunque el tren llegó con retraso, en París estaban aguardándome en la estación Rehm y Valentiner. Con Valentiner fui todavía a pie a su estudio para contemplar desde allí, mientras tomaba una taza de té, los viejos tejados, que, tras la tormenta que había habido, resaltaban con una claridad húmeda.

París, 21 de mayo de 1942

Entre las cartas que he encontrado aquí había una de Grüninger con nuevos *capriccios*. Mientras la leía he vuelto a meditar sobre este espíritu y sobre su capacidad para captar el despliegue geométrico del poder. Quizá estos tipos humanos son desconocidos todavía en otros pueblos, aunque ya Dostoievski los previó. Si comparamos el

bolchevismo con los personajes más recios de las novelas de este autor, vemos que lo que aquel ha hecho ha sido desviarse hacia lo más simple y barato.

Es cierto que las únicas naturalezas que saben hacer frente a la terrible rebelión del populacho que está arrasando el mundo son aquellas que conocen el fondo de poder sobre el que se halla erigido el mundo y que vienen «de arriba». Esas naturalezas van haciendo compañía como serpientes al tropel de ratas que quiere roer todo. Allí donde otras personas retroceden, ellas se sienten atraídas; con calma, con una serenidad luciferina se acercan a las espantosas fiestas mediante las cuales pretenden los lémures propagar el terror, y se mezclan en el fuego. También son personas amigas de las Musas, como lo fue Sila. Esa es la sustancia que Piotr Stepánovitch intuye que hay en Stavroguin.

En la secreta lucha por el poder que se libra en esta plaza ha sido Grüninger quien, si no ha impedido, sí ha retrasado en un año los intentos de Kniébolo de implantarse aquí con sus órganos. Como Stavroguin, estas naturalezas fracasan luego, al chocar con el hecho de que la descomposición ha afectado también a la muy pequeña capa de jefes que sería necesaria para cubrir las operaciones — y que en este caso son los generales.

París, 22 de mayo de 1942

Por la tarde, acompañado de Poupet, a quien he encontrado muy delicado de salud, en la editorial Plon, en la Rue Garancière. Poupet ha dicho que la dedicatoria más bella leída por él en un libro es esta: «A Victor Hugo, Charles Baudelaire». Es cierto, pues ninguna invención alcanza la profundidad de la sustancia. Hacerse un nombre significa, en este sentido, otorgar sustancia a ese nombre dando el máximo peso a cada una de sus letras.

Lo mismo cabe afirmar del lenguaje en general. «Más luz» es algo que todo el mundo puede decir, pero solo en Goethe se muestra la inmensa riqueza que en esas dos palabras está escondida. El poeta hace así ofrendas sacándolas del lenguaje, lo mismo que hace el sacerdote con el vino — por todos los demás y conjuntamente con ellos.

Por la noche en el Raphael lectura de *Routes et jardins,* mientras bebía un fuerte *grog.* Encuentro que la traducción de Betz ha pulido un poco el texto, pero se lee con fluidez.

París, 23 de mayo de 1942

Cuando mi situación me provoca dificultades con otros, especialmente en el Hotel Majestic, tengo a menudo este sentimiento: «No estás aquí en vano; ya sabrá el destino desatar el nudo que ha anudado; por ello, pasa por encima de las preocupaciones. Míralas como si fuesen fantasmas».

Más tarde esos pensamientos me parecen casi inadmisibles. Es cierto que, frente a los peligros de los sueños, uno confía en que el despertar los reduzca a humo — durante el día, sin embargo, no es lícito calar demasiado bien el juego. Hay que tomarlo en serio, pues de lo contrario hasta los niños le ganan a uno la partida. Es preciso, mal que bien, soñar el mismo sueño que sueñan los demás.

Alguna vez nos asombrará el que los vivos no nos vean, igual que hoy nos extraña el que no llegue a nosotros ningún destello del mundo de los espíritus. Quizá esas dos realidades se hallan muy próximas la una de la otra, pero tienen una óptica diferente, como la cara opaca y la cara brillante del azogue en un espejo. Llega un día en que se da la vuelta al espejo y se tapa con un crespón su cara plateada. Entonces alcanzamos la Noche, en la cual penetramos durante nuestras noches únicamente con las antenas.

París, 24 de mayo de 1942

Por la tarde en el Quai Voltaire. La visión de los viejos tejados relaja de un modo milagroso el espíritu. Este se demora en ellos, lejos del tiempo atomizado. Además de a Valentiner he encontrado allí a Rantzau, a Madeleine Boudot-Lamotte, a Jean Cocteau y al actor Marais.

Conversación sobre plantas; de Cocteau he aprendido en ella el bello nombre francés que se da a la planta que en alemán se llama *Zittergras* [tembladora, o grama de amor]: *désespoir des peintres.*

París, 30 de mayo de 1942

Desde las dos hasta las cuatro de la madrugada han estado los ingleses sobrevolando la ciudad y arrojando bombas en el recodo del Sena. Me he despertado de unos sueños de islas, jardines, animales, y luego he estado medio adormilado; de vez en cuando tenía un sobresalto, cuando alguno de los aeroplanos se acercaba en medio del fuego. Aun estando dormido, permanecía, sin embargo, dentro de los acontecimientos y vigilaba el peligro. Uno llega casi a pensar que en el sueño es él quien gobierna los acontecimientos.

El choque seco de la metralla en las calles vacías — como el de meteoritos en un paisaje lunar.

Por la tarde en Bagatelle, donde he estado admirando una gama de variedades de clemátides cuyas estrellas azules y grises plata trazaban un dibujo en la pared. Las rosas estaban ya en floración. Me ha llamado especialmente la atención una Mevrouw van Rossem. El capullo, todavía cerrado, era en su base de un intenso color amarillo de rosa de té y desde allí enviaba unas venas inflamadas hacia la punta, la cual era de un color rojo melocotón y estaba cubierta de rocío. Esto hacía que el capullo se asemejase a un seno delicadamente abombado al que hiciera palpitar un vino rojo. Su perfume era suave y fuerte.

París, 1 de junio de 1942

Paseo vespertino hasta la Place des Ternes, con su reloj junto a la farmacia. Hoy me muevo aquí entre oficiales igual que en otros tiempos me movía entre zoólogos en el acuario napolitano. Percibimos dos aspectos completamente distintos de una misma cosa.

En el estudio de Valentiner a última hora de la tarde; allí he encontrado a Henri Thomas, a quien veía por primera vez.

París, 2 de junio de 1942

Kossmann, el nuevo jefe del Estado Mayor, me ha contado que hace algún tiempo se suicidó nuestro viejo camarada N.: en el puesto de tiro desde donde controlaba los disparos volvió de repente hacia sí la pistola con que apuntaba y apretó el gatillo.

Han pasado más de diez años de mi último encuentro con N., pero ya entonces me llamó la atención su crispación, su disonancia interna, su ética forzada. El suicidio va preparándose en esas naturalezas como la rotura en las cuerdas demasiado tensas.

París, 3 de junio de 1942

En el Bois de Vincennes. Allí he estado recordando mis paseos y congojas del año pasado y he visitado también a mi antigua portera de la casa situada enfrente del Fuerte. Con estas gentes sencillas se habla como con niños, sin que surjan pliegues entre las palabras y su sentido. También resulta favorable en estos tiempos que corren el tener entre ellas una pequeña clientela. Hay situaciones en que pueden prestar más ayuda que los ricos y poderosos.

París, 4 de junio de 1942

Por la mañana se ha presentado en mi despacho Carlo Schmid, que venía de Bélgica. Hemos estado charlando primero de su traducción de *Les fleurs du mal,* luego del mundo en su jerarquía erótica, y por fin de los cazadores de sueños; así llama él a una clase de personas que interceptan, como si fueran pantallas parabólicas, los sueños de los demás y los hacen realidad en sus vidas. Pueden dar más elevación a esos sueños y pueden también degradarlos.

En el momento en que se marchaba ha mencionado a un hijo suyo de catorce años que escribe cartas sobre las diferencias de estilo en frases de Tolstói y de Dostoievski y que es un magnífico dibujante. Al oírle decir esas cosas me ha asombrado el hecho de que, aunque en nuestros encuentros hemos tocado múltiples asuntos, haya sido esta la primera vez en que el padre ha hablado de una relación tan importante en su vida.

París, 5 de junio de 1942

A primera hora de la mañana ha venido Rehm a despedirse; iba vestido con el traje de marcha. Desde el comienzo de esta guerra me ha hecho compañía como ordenanza y es esa una convivencia en la que perdura algo de la vieja relación entre caballero y escudero; de

ahí que me cueste separarme de él. A última hora de la tarde en el estudio de Valentiner, donde el tiempo ha transcurrido casi sin darnos cuenta, sin causar dolor, mientras contemplábamos los viejos tejados y torres.

En el correo carta de una Comtesse de Cargouët; respira audacia espiritual. En ella me dice: «Mi familia vive desde hace cinco siglos en la misma casa. Mis antepasados fueron corsarios de la flota real y luego, durante la Revolución francesa, famosos *chouans* [insurrectos del Oeste de Francia]. Así es que seguimos siendo bastante salvajes».

Luego me pregunta que por qué yo subrayo que las mujeres están tornándose más inteligentes — según ella, en Francia las mujeres han sido siempre más intuitivas y de comprensión más rápida que los varones. Muchos de estos, dice, parecen hablar y pensar de manera inteligente, lo cual se debe seguramente a la gimnasia espiritual, pero muy pocos actúan y viven de un modo realmente inteligente.

Perpetua me escribe que el jardín marcha muy bien; ha metido en el sobre una flor de corazón de María, recogida del bancal donde crece esa planta. En su carta encuentro la bella frase de que uno jamás se acostumbra a la pérdida de la libertad. Esa es la característica fundamental por la que cabe distinguir a los libres de los esclavos. Los más entienden por libertad nuevas formas de esclavitud.

París, 6 de junio de 1942

La cuestión que teníamos que resolver en la Primera Guerra Mundial era esta: si era más fuerte el ser humano o si lo era la máquina.

Entretanto las cosas han avanzado mucho; de lo que hoy se trata es de si el dominio del mundo corresponderá a los seres humanos o corresponderá a los autómatas. Este modo de plantear el problema supone unas fisuras diferentes de aquellas, toscas, que hacen que el mundo aparezca escindido en naciones y en grupos de naciones. Aquí cada uno ocupa su puesto en el combate. Y así ocurre que espiritualmente no podemos dar un asentimiento pleno a ninguna de las partes; lo único que hay es un acercamiento tosco y pequeño. Ante todo es preciso que combatamos dentro de nuestro propio pecho aquellas cosas que quieren endurecerse, metalizarse, petrificarse.

Sobre las marionetas y los autómatas — el descenso a esos niveles va precedido de una pérdida. En el cuento *El corazón de cristal* se

expone de un modo muy bello ese endurecimiento.

El vicio convertido en hábito es lo que conduce al automatismo — qué horrible es este en las putas viejas, transformadas en puras máquinas de placer. Una impresión parecida producen los avaros viejos. Han apegado su corazón a la materia y viven en el metal. Ese cambio va precedido a veces de una decisión especial: el ser humano renuncia a su salvación. También ese cambio universal que nos amenaza y que lleva al automatismo ha de tener en su base un vicio general — deber de los teólogos sería averiguar eso, pero precisamente teólogos es lo que nos falta.

La imagen de uno de esos superhombres, cuando, con el bazo perforado por las balas y las heridas llenas de crin, se retuercen sobre los destrozados cojines de su coche. Esta noticia ilumina de súbito, como una lúgubre hoguera en señal de regocijo, el infierno creado por él. Si alguien quiere jugar a ser terrible, ha de ser inasequible a las heridas e insensible al dolor; de lo contrario se convierte en algo escandaloso cuando llega la hora de la aniquilación.[2]

París, 7 de junio de 1942

Almuerzo en Maxim's, invitado por los Morand. Entre otros asuntos, charla sobre novelas norteamericanas e inglesas, como *Moby Dick* y *Huracán en Jamaica;* este último libro lo leí en Steglitz hace años con una tensión penosa, como alguien que estuviese contemplando cómo se da a unos niños navajas de afeitar para que jueguen con ellas. Luego, sobre Barba Azul y sobre Landru; aquí, en un barrio de la periferia de París, degolló Landru a diecisiete mujeres. Por fin a un empleado del ferrocarril le llamó la atención el hecho de que aquel hombre sacase siempre tan solo *un* billete de vuelta. La señora Morand ha contado que ella vivía cerca de la casa de Landru. Después del proceso un pequeño hostelero compró la casa de los crímenes y le puso el nombre de *Au grillon du foyer*.

En la Rue Royale me he encontrado por vez primera en mi vida con la estrella amarilla; la llevaban tres muchachas que han pasado a mi lado cogidas del brazo. Esas insignias se repartieron ayer; por cierto que quienes las recibieron hubieron de entregar a cambio un cupón de su cartilla de racionamiento de ropa. Por la tarde he visto varias veces la estrella. Considero esto como un dato que deja una marca también en mi historia personal. El ver esas cosas no deja de reobrar sobre uno — así, inmediatamente me sentí incómodo de llevar puesto el uniforme.

París, 9 de junio de 1942

Quizá lo menos prodigioso en el cosmos es aquello que con más fuerza asombra al espíritu. Así, el que haya un mundo o haya miles de millones de mundos es algo que no introduce ninguna diferencia en lo prodigioso.

París, 14 de junio de 1942

Por la tarde en Bagatelle. Charmille me ha contado allí que en estos días han sido detenidos estudiantes universitarios que se habían prendido en el cuerpo estrellas amarillas con letreros como «idealista» y otros parecidos, y habían acudido a pasear por los Champs-Élysées haciendo ostentación de ellas.

Son gente que todavía no sabe que los tiempos de la discusión ya han pasado. Además, presuponen en el adversario sentido del humor. Y así se asemejan a niños que, agitando banderitas, van a bañarse en aguas donde nadan tiburones. Se hacen más reconocibles.

París, 18 de junio de 1942

Lectura: *Le martyrologe de l'Église du Japon,* por el *abbé* Profillet, París, 1895.

En ese libro el ejemplo de una respuesta que sobrepuja la amenaza: en el mes de diciembre de 1625 Monica Naisen compareció, con su marido y sus hijitas, ante un tribunal acusada de haber dado asilo al padre jesuita Jean-Baptiste Zola. Los jueces la amenazaron con despojarla de los vestidos y dejarla desnuda; ella misma se quitó entonces el cinturón y exclamó:

—Ninguna violencia me hará renegar de Cristo; antes de hacerlo, yo misma me arrancaría no solo los vestidos, sino también la piel.

Por la tarde en casa de la Comtesse de Cargouët. Conversación sobre el desenlace de esta guerra; ella apuesta por los alemanes. Luego, sobre la sociedad inglesa y sobre Churchill, con el que ha estado algunas veces. Según ella, el whisky conserva a Churchill igual que el aguardiente conserva ciertas clases de ciruelas.

París, 22 de junio de 1942

Al mediodía en la tienda de Berès, donde he adquirido *Mon journal,* de Léon Bloy. Es discutible el lema que ha puesto debajo del título: *Le temps est un chien qui ne mord que les pauvres,* pues el tiempo

muerde a todo el mundo. En contraste con el espacio, que es aristocrático, el tiempo es el principio democrático. De ahí que sea imposible tomarlo en arriendo y que nadie agregue un solo segundo a su vida.

Luego he hojeado una edición de los epigramas y las poesías de Johann Christoph Friedrich Haug, Berlín, editorial Unger, 1805. No me ha parecido mal la sentencia que precede a los epigramas: *In brevitate labor* [es difícil ser breve], aunque solo sea porque ella misma da un ejemplo vivo de lo que dice, como ha de hacer el buen pedagogo. No era nada pequeño el precio de los dos volúmenes, pero los he adquirido a causa del epigrama sobre el puente, que fue el primero que me vino a los ojos:

Die Brücke hier, wie künstlich, stark und hoch!

Nur Wasser mangelt noch.

[Este puente de aquí, ¡qué artístico, recio y alto!

Lo único que falta todavía es el agua].

París, 24 de junio de 1942

Por la tarde en Bagatelle. Cuando tratamos largo tiempo a un ser humano llegamos a conocer también su historia, que va componiéndose piedrecita a piedrecita gracias a sus charlas y relatos. Compartimos muchos secretos con él solo. Nos familiarizamos con él.

Lectura: las *Memorias* de Alejandro Dumas y *Les jeunes filles* de Montherlant. Para no olvidar los pasajes que nos llaman la atención en la lectura encuentro que lo más útil es subrayarlos y luego anotar al final del libro la página, con una palabra que indique el asunto. Para esto se podría pegar allí un papel que llevase el nombre del propietario, así como el exlibris. De este modo se evitan muchas buscas inútiles.

París, 27 de junio de 1942

Por la tarde en la tienda de Gruel, para informarme sobre el estuche para mis diarios. Allí he estado sopesando en mi mano una pequeña calavera artísticamente tallada en madera de boj; es una pieza de la época de Enrique IV. Una mitad de la cara se halla revestida todavía de piel, mientras que la otra figura el hueso; una serpiente sale arrastrándose de la cuenca del ojo. Wiemer y Madeleine

Boudot-Lamotte, que se habían parado casualmente delante del escaparate, me han sorprendido contemplando aquella pieza. Cuanto más grande es una ciudad, tanto más divertidos y significativos nos parecen esos encuentros.

Luego en el estudio de Valentiner, que me ha traído de Berlín saludos de Carl Schmitt; del estudio de Valentiner he ido a casa de Florence Henri, la fotógrafa, que vive en la Rue Saint-Romain en el último piso de un edificio; allí cultiva en la azotea un hermoso jardín. Me ha pedido que le recortase las tomateras, y el olor de sus rizadas hojas que mis manos desprendían luego ha despertado en mí la nostalgia de Kirchhorst.

París, 29 de junio de 1942

Ayer domingo, excursión a Saint-Rémy-les-Chevreuse. Por la noche sueños, de los que me ha quedado el recuerdo de un vetusto bastión. Yo estaba allí con Perpetua y veíamos cómo una víbora de color pálido salía arrastrándose de una cavidad de los ruinosos muros. El animal era del mismo color que la luz de la luna y tenía en la parte de la nuca una mancha pilosa de forma ovalada, dividida en el centro por una raya. La veíamos trepar lentamente por el bastión entre las ramas podridas de unos arbustos de avellano, hasta que desaparecía en un agujero en forma de cofre, formado por la caída de una aspillera.

En aquella aparición tenía que haber todavía otra circunstancia que nos extrañaba de un modo especial — creo que era que conocíamos de mucho tiempo atrás aquel muro y en ningún momento habíamos visto en él el menor rastro de aquella habitante suya. De todos modos, el bastión y el muro habían sido considerados desde siempre como misteriosos.

Por la mañana este sueño casi se había desvanecido, habíase vuelto traslúcido como la piel de la serpiente, y fue al mediodía cuando tornó a brillar de súbito.

La mancha de pelo había de ser vista seguramente como un signo de soberanía, algo así como la corona, o, al menos, como un rasgo humano. Sin embargo, causaba un efecto repulsivo, pues en general lo humano degrada más bien al animal.

La palabra alemana *Truhe* [cofre] viene de *truhen* [confiar]. Véase también el término *Hüstrue* con el significado de *Gattin* [esposa],

Hausfrau [mujer de la casa], que he leído en lápidas funerarias de zonas nórdicas. Está asimismo *Trude* con el significado de *Hexe* [bruja] — aquí lo recóndito, lo oculto, adquiere el mal sentido. También pertenece a esta misma familia el verbo *trudeln* [volar en remolino], que se usa para indicar el modo como viajan las brujas por el aire.

Me llega la noticia de que mi hijo pequeño, el gorrioncillo, se encuentra ya mejor. En los últimos días me habían tenido muy preocupado los informes sobre su fiebre, su tos, su delgadez. En el fondo al hombre de hoy le faltan, pese a su radio y a sus telegramas, medios para intervenir eficazmente desde lejos en casos como este. Es probable que en ciertos sueños consigamos más que lo que consigue toda la energía técnica.

A mediodía ha llegado una segunda carta de Perpetua; está escrita el 26 de junio y en ella me dice que la noche de ese día cayeron nueve bombas sobre Kirchhorst; fueron a explotar en el prado que queda detrás de la casa del panadero Kähne y allí decapitaron a varias vacas. Perpetua dudaba si bajar con el niño al sótano o quedarse arriba en la habitación, y eligió esto último; sacar al niño de la cama le pareció demasiado arriesgado.

París, 1 de julio de 1942

La proximidad de los lémures y de sus sombrías fiestas despierta la nostalgia de aquellos archipiélagos y aquellas estrellas fijas cuya vastedad se desvela, una vez atravesados los acantilados y desfiladeros de la muerte, al hombre llamado a ello. Sentimos que allí estamos en nuestra casa y que aquí nos encontramos en tierra extranjera.

París, 2 de julio de 1942

Maggi Grüninger me ha traído una carta de Friedrich Georg por la que veo que ahora se encuentra más animado, lo cual me alegra mucho.

Lectura: Montherlant: *Les jeunes filles,* uno de los libros que me ha enviado la condesa Cargouët y que me recuerda *Les liaisons dangereuses.* Ciertos aspectos de la caza mayor están bien logrados, sobre todo la frialdad de la observación en medio de la fascinación. Uno de los signos característicos de nuestro tiempo es la perfecta compenetración de la inocencia y la consciencia, así como la formación de moléculas compuestas de esos dos elementos. La mezcla sale bien raras veces, pues, si la Naturaleza no junta de un modo

especial las dos partes, se aniquilan la una a la otra.

El libro habla de una amiga que al beber agua de un manantial se traga un huevo de serpiente. Años más tarde la radiografía muestra en el interior de la muchacha un cuerpo de serpiente. También aquí aparecen entrecruzadas las imágenes de un mundo muy primitivo y de un mundo muy consciente.

Además, las *Memorias* de Alejandro Dumas, que los conocedores prefieren a sus novelas; yo, sin embargo, no he conseguido leer más que una parte muy pequeña, y eso que a mí no me gusta dejar de lado, sin leerlo completo, un libro que haya empezado. Lo irritante de tales textos es que su autor no reacciona a las impresiones sutiles y ligeras — percibe únicamente las estridentes, que además acentúa. Uno se pasea así a través de sus libros como a través de prados donde se alzasen flores de tamaño gigantesco, pero faltasen la hierba y el musgo.

Marea alta y marea baja. Cuando respiramos, dormimos, soñamos, se hace visible la zona de las mareas, con sus algas marinas y con sus conchas, estrellas y frutos de mar entre cantos rodados multicolores. Luego llega el espíritu, como un veloz pájaro blanco de patas rojas, y se lleva en el pico la presa.

La nostalgia de la muerte puede llegar a ser salvaje, voluptuosa, como la nostalgia del fresco en las orillas del mar verde claro.

París, 4 de julio de 1942

Cenado en la Tour d’Argent, la Torre de Plata, donde ya Enrique IV comía empanadas de garza y desde donde se divisa el Sena y sus islas como desde el *diningroom* de un gran avión. A la luz vespertina la superficie del agua se cubría de un hálito nacarado. Era muy bella la diferencia de tonalidad cromática entre un sauce llorón y su sombra reflejada en el agua — el verde plateado de las hojas, sumido en una silenciosa contemplación de sí mismo, se tornaba un poco más oscuro en las ondas del río.

Se tiene la impresión de que las personas que aquí banquetean comiendo lenguado y los famosos patos ven a sus pies con una complacencia maligna, cual si fueran esas figuras que hay en lo alto de las torres, el gris mar de tejados bajo los cuales se ganan su vida los hambrientos. En estos tiempos el comer, el comer bien y mucho, proporciona un sentimiento de poder.

París, 5 de julio de 1942

En el correo, entre otras cartas, una de Clemens Podewils; me escribe desde Járkov y me cuenta de los rusos cosas diferentes de las que suelen oírse. Me habla, por ejemplo, de la inaccesibilidad de las mujeres rusas, incluso de las más sencillas. Según él, el bolchevismo apenas ha corroído la fuerza popular, y eso solo en la superficie.

Ciertos sueños no es posible anotarlos. Nos llevan a tiempos anteriores a la Vieja Alianza y ponen al descubierto la salvaje materia primordial de la humanidad. Es preciso callar lo que en ellos se ha visto.

Los recuerdos tienen rasgos de causalidad invertida. El mundo, en cuanto efecto, va creciendo como un árbol con millares de ramas; por el contrario, en cuanto recuerdo, desciende a las raíces. En mis recuerdos tengo a menudo la impresión de estar recogiendo algas marinas — una mata que se ha hecho visible en un punto y que lentamente voy sacando a la luz con sus ramificaciones.

El pasado y el futuro se cruzan en lo inextenso como en el cuello de un reloj de arena — ha de haber un punto tal que, vistos desde él, aparezcan como un objeto y su imagen reflejada en un espejo. A ese punto es al que se refieren, en lo ético, la culpa y la expiación, y en lo lógico, la férrea ley de la causalidad. El hombre amigo de las Musas vislumbra en el conflicto la unidad, la íntima identidad del mundo, y su ministerio consiste en proclamarla en el poema. En eso se lo reconoce:

O Fittiche gib uns, treuesten Sinns

Hinüberzugehen und wieder zukehren

[Oh, dadnos alas para que fidelísimamente

vayamos al otro lado y luego regresemos]

París, 7 de julio de 1942

Lectura: Léon Bloy: *Mon journal.* Lo leo en un ejemplar encuadernado en piel de color violeta, que resulta agradable al tacto. Este espíritu tiene algo de espeso, de concentrado, como una sopa de peces y crustáceos extinguidos a la que una prolongada cocción

hubiera apelmazado. Es bueno leer esta prosa cuando uno se ha estragado el gusto con platos demasiado flojos. Por cierto que esta vez me ha llamado la atención la relación, o, por mejor decir, la correspondencia que se da entre Bloy y Hamann — esa correspondencia estriba en la tendencia a lo absoluto. Una comparación entre estos dos autores sería un estudio excelente.

Dos veces menciona Bloy que personas fallecidas lo han despertado durante la noche; una vez llaman a su puerta, la otra oye sus nombres. Entonces Bloy se levanta y reza por su salvación. Tal vez vivimos, también hoy, gracias no solo a las fuerzas de oraciones pasadas, sino también de oraciones futuras, que serán rezadas después de que hayamos fallecido.

Donde más fuerte es este espíritu es en su relación con la muerte — estoy pensando en un bello pasaje de otro de sus libros, donde dice que el morir significa para nosotros apenas un cambio mayor que el que para un bello mueble significa el que le limpien el polvo.

Su panfletismo salvaje es, sin embargo, algo que repele; por ejemplo, cuando de ciertas personas dice que apenas son dignas de vaciar los orinales de los hospitales o de rascar la costra que se ha pegado al suelo de las letrinas de un cuartel prusiano de infantería. Bloy alcanza niveles de odio que se truecan de repente en voluptuosidad. Así, cuando habla de un exclérigo que en un artículo de periódico insinúa que en otro tiempo, cuando llevaba sotana, impresionaba a las mujeres y que, si hubiera querido, le hubiera resultado fácil hacerlas caer.

París, 8 de julio de 1942

Almorzado con Grüninger y con su joven esposa en el restaurante Prunier. Grüninger estaba rebosante de nuevos *capriccios* y me ha enseñado fotografías tomadas en Rusia; me ha conmovido una en la que se ve a una joven rusa que ha sido herida en combate y está tendida en un puesto de socorro. El médico militar le ha levantado la falda para ponerle una inyección en la nalga. La muchacha está llorando, pero no por los dolores que siente, sino porque se halla rodeada de soldados que la miran como un animal cogido en la red.

A última hora de la tarde he leído la poesía de Friedrich Georg sobre los pedernales azules, un canto de la Edad de Piedra.

París, 9 de julio de 1942

Si cierro los ojos diviso a veces un paisaje oscuro donde hay

piedras, acantilados y montañas al borde de la infinitud. En el fondo, junto a la orilla de un mar de color negro, me reconozco a mí mismo, una minúscula figurilla dibujada con tiza. Ese es mi puesto avanzado, muy cerca de la nada — allá abajo, junto al abismo, combato por mí.

La flor del tilo en estos días — me parece que nunca antes la he olido con tanta fuerza y de un modo tan íntimo.

De la traducción de Baudelaire hecha por Carlo Schmid he leído el poema *Los gatos;* me ha parecido especialmente lograda la traducción de la segunda estrofa:

Nach Wissen gierig und nach tiefen Lüsten,

Sind ihnen lieb das Schweigen und die Nacht;

Zu Rennern hätte Hades sie gemacht,

Wenn sie der Knechtschaft sich zu beugen wüssten.

Amis de la science et de la volupté,

Ils cherchent le silence et l'horreur des ténèbres;

L'Erèbe les eût pris pour ses coursiers funèbres,

S'ils pouvaient au servage incliner leur fierté.

Las dos últimas estrofas de este poema describen bellamente no solo la superioridad de los gatos sobre los perros, sino también la superioridad en general de la quietud sobre el movimiento.

París, 11 de julio de 1942

Por la tarde en el estudio de Valentiner; allí he encontrado a Henri Thomas, que iba acompañado de su esposa. Lo que en Thomas llama la atención es esa conjunción de juventud, pobreza y dignidad que, cuando va acompañada de penetración espiritual, confiere al juicio un carácter insobornable. Su esposa, que sigue viviendo en casa de sus padres, es de una gracia enorme. Lo he visto claramente cuando me ha dicho:

—Usted quiere encontrar en el lenguaje una expresión que describa los objetos con mayor claridad que la realidad misma. También yo quisiera intentar eso en el teatro, pero con el cuerpo entero, y no solo con la cabeza.

He animado a Thomas a que fomente el talento de su mujer, pero me ha dicho que eso es difícil y que, en el fondo, el ser humano se encuentra completamente solo cuando se trata de hacer realidad las dotes que posee.

—Pero el apoyo de los demás puede resultarle útil.

—Yo creo más bien que es el talento mismo el que se crea el apoyo.

Sobre Montherlant, a quien comparé con una bala de cañón, dijo Thomas:

—Sí, pero no penetra muy hondo en las cosas.

Los viejos tejados eran, una vez más, magníficos — con frecuencia tengo la sensación de que solo la presión del tiempo hace que cristalice la belleza. Es preciso que diariamente me diga que la señal de partida puede llegar a cualquier hora, la señal de esa partida en la que me llevaré conmigo, como Bías, mis cosas y dejaré todo lo demás — incluso la piel, si fuera necesario.

Luego en casa de Charmille; cenado con ella y contemplado su calendario.

París, 12 de julio de 1942

Con una mujer en una tienda donde era posible comprar serpientes comestibles. El vendedor abría una caja e introducía la mano descuidadamente en ella; luego enseñaba a los clientes los animales, que tenía agarrados por la parte central del cuerpo. Antes de entregarlos al comprador les colocaba encima un pequeño bozal, del cual sobresalían temblorosos, parecidos a antenas, los cuernecillos de las víboras. Por un ejemplar de mediano tamaño pagábamos doce o catorce marcos.

Una vez despierto estuve rompiéndome la cabeza tratando de averiguar quién era aquella mujer. Tales figuras nos resultan vagamente familiares; a menudo son varios los seres que en ellas se amalgaman bajo un solo velo, así la hermana, la madre y la esposa — la materia primordial de la feminidad. En ese tejido ciego tenemos un sentimiento de nosotros mismos, pero no un conocimiento.

Por la tarde en el estudio de Valentiner — antes de subir a él estuve revolviendo libros en los puestos de los muelles. Me llevé la

Doctrina moriendi, que fue compuesta en el siglo XIV por Jean Gerson, canciller de la Iglesia de París, según reza una anotación manuscrita. Otra anotación, esta de mano de Baluze, el bibliotecario de Colbert, prueba que este ejemplar estuvo en la Biblioteca Colbertina.

Luego con la Doctoresse en el Louvre para ver esculturas. Hemos cenado juntos y charlado alegremente.

París, 14 de julio de 1942

Habría que tener una provisión de buenos libros impresos en papel de periódico, para leerlos en el baño o en los viajes y luego tirarlos.

División del tiempo en Kirchhorst. Tendría que dedicar dos horas de la tarde a «rebobinar» — a revisar y ordenar los libros, los recortes, los manuscritos, los diarios, la correspondencia. *Cura posterior.*

París, 16 de julio de 1942

Ante mis ojos, encima de la mesa, cinco gladiolos en un jarrón — tres de ellos son blancos, uno es rojo claro y el quinto es rojo salmón. Los gladiolos tienden a colores que poseen un carácter destilado; tras la luminosidad de sus puras tintas abstractas desaparece casi del todo la materia viva de la flor. De ahí también un sentimiento de vaciedad y aburrimiento que es difícil evitar cuando contemplamos estas flores, igual que cuando miramos estampados puros, demasiados puros. Pero los gladiolos suscitan también, especialmente en sus variedades blancas, cuestiones teológicas.

Durante el descanso del mediodía en la tienda de Berès; allí he estado revolviendo libros. He adquirido la *Monographie du thé,* de J.G. Houssaye, París, 1843, que contiene unos hermosos grabados; por desgracia la encuadernación está un poco estropeada por los gusanos. Luego, *La ville et la république de Venise,* de Saint-Didier, editado en París por De Luyne el año 1660. Encuadernación muy bella, indestructible, toda en pergamino, con los ángulos reforzados y ligaduras de pergamino. Por fin, Lautréamont: *Préface à un livre futur,* aparecido en 1932, también en la gran urbe de los libros, París.

Por el camino me ha asaltado una especie de ardiente deseo de escribir algo, una cosa, aunque solo sea dos o tres relatos breves. He pensado en el naufragio de Riley y luego en la historia del limpiabotas de Rodas, que me da vueltas en la cabeza desde hace tiempo.

París, 18 de julio de 1942

Sueños de arquitectura, en los cuales veía viejos edificios góticos. Se alzaban en jardines abandonados; nadie captaba su sentido en medio de aquellas soledades. A mí, sin embargo, me parecían, de una manera secreta, más bellos todavía; en aquellos edificios se distinguía esa impronta que es peculiar también de las plantas y de los animales — la naturaleza superior. Pensamiento: los constructores habían agregado a los edificios aquella impronta para Dios.

Por la tarde en casa de la fotógrafa Florence Henri. Antes he estado revolviendo libros en el puesto de la esquina. Allí he adquirido, entre otros, *Les amours de Charles de Gonzague,* de Giulio Capoceda, impreso en Colonia en 1666. En su interior un viejo exlibris: *Per ardua gradior;* lo apruebo escribiendo en la página de enfrente mi *Tempestatibus maturesco.*

Ayer fueron detenidos aquí judíos, para deportarlos — lo primero que se hizo fue separarlos de sus hijos, de manera que se oían en las calles los lamentos. En ningún momento me es lícito olvidar que estoy rodeado de infortunados, de seres que sufren en lo más hondo. Si lo olvidase, qué hombre, qué oficial sería yo. El uniforme obliga a prestar ayuda siempre que ello sea posible. Uno tiene desde luego la impresión de que para hacerlo ha de enfrentarse a millones, igual que Don Quijote.

París, 19 de julio de 1942

Por la tarde en el cementerio del Père-Lachaise. Con Charmille he estado allí vagando de un lado para otro entre los monumentos funerarios. En los laberintos de la ciudad de los muertos hemos tropezado de vez en cuando, sin buscarlos, con nombres célebres. Hemos encontrado así la lápida del general Wimpffen, adornada con una espada en torno a la cual se enrolla una banderola con esta inscripción: «Sedan?». El signo de interrogación grabado en lápidas de sepulturas era algo nuevo para mí. Luego Oscar Wilde, a quien una rica lectora ha erigido un monumento funerario de mal gusto — al genio que le da sombra se lo ve flotar eternamente atormentado bajo el peso de unas alas de varias toneladas. Junto a un sendero musgoso que está cubierto por una verde bóveda de árboles y que desciende hacia el valle como calle del olvido se encuentra, entre monumentos derruidos, la tumba de Cherubini; está coronada por una urna a cuyo pie se enrosca una víbora. Junto a ella la tumba de Chopin, con un medallón de mármol de forma ovalada.

Este cementerio es bello sobre todo en aquellas partes que están como ruinosas. A veces brillan de repente, en lápidas volcadas, unas

palabras de consuelo, así: *obitus vitae otium est.* He pensado en las legiones que aquí reposan. No hay espacio suficiente para acoger sus ejércitos, que crecen continuamente; es preciso recurrir a un principio diferente. Todos esos ejércitos caben en una avellana.

Pero lo más maravilloso del mundo es ese contacto que se establece entre el oscuro cetro y un ser que desaparece al ser tocado por él. Es algo que no admite parangón con el nacimiento, el cual no es sino el brote de una vida que ya nos es conocida. La vida está en la muerte como una pequeña isla verde en el oscuro mar. La ciencia verdadera consiste en sondear ese mar, aunque solo sea en los bordes y en los sitios donde rompen las mareas; nada más que banalidades son la física y la técnica cuando se las compara con esa ciencia.

Regresado a la ciudad por vías recónditas. El genio alado de la Bastilla, con su antorcha y con los eslabones de la cadena rota que tiene en sus manos, despierta en mí, cada vez que vuelvo a verlo, una sensación siempre más intensa de un poder sumamente peligroso, cuyas acciones llegan muy lejos. Ese genio produce una impresión de gran velocidad y a la vez de gran quietud. Vemos exaltado allí el genio del progreso, en el cual alienta ya el triunfo de incendios futuros. Para erigir ese genio de la Bastilla se unieron el espíritu del populacho y el espíritu mercantil, y, de igual manera, en él están emparejadas la violencia de las Furias y la sagacidad de Mercurio. Esa figura ha dejado de ser un símbolo; es un auténtico ídolo, rodeado de esa atmósfera cargadísima que tales columnas de bronce han irradiado a su alrededor desde antiguo.

París, 22 de julio de 1942

Acabado: Lautréamont: *Préface à un livre futur.* Habré de leer, para corroborar la impresión que me ha causado este autor, sus obras completas, que están reunidas en un solo volumen. Este prefacio anticipa una forma de nuevo optimismo, una forma también sin Dios, como la del progreso, pero que se distingue de esta porque en ella no se habla desde una visión utópica de la perfección, sino desde la consciencia de la perfección. Eso otorga a sus palabras una especie de metalicidad, la pompa y la seguridad propias de la técnica. Impera aquí un estilo sin dolor, como el que habría, por ejemplo, en un barco bello y rápido, vacío de seres humanos, al que moviese no la electricidad, sino la consciencia. La duda queda eliminada, como queda eliminada la resistencia del aire — la verdad y la bondad residen en los materiales y se hacen luego visibles en la construcción.

Ese temple de ánimo destaca de un modo cada vez más nítido en

nuestra época; tempranamente lo hace, por ejemplo, en Chirico, en cuyos cuadros las ciudades están muertas y los seres humanos se hallan forjados con piezas de armadura. La técnica de las máquinas comporta ese optimismo y no puede prescindir de él. Resuena todavía en la voz del locutor que anuncia que ha quedado reducida a escombros y cenizas una capital.

París, 22 de julio de 1942

Por la tarde en el estudio de Picasso. Vive en un espacioso edificio cuyos pisos están convertidos en depósitos y almacenes. La casa, en la Rue des Grands-Augustins, es mencionada en las novelas de Balzac; a ella fue también adonde llevaron a Ravaillac después de que cometiera su atentado. En una de las esquinas hay una estrecha escalera de caracol por la que se sube; los escalones son de piedra y de vieja madera de encina. En una estrecha puerta está fijada una hoja de papel donde se halla escrita con lápiz azul esta única palabra: *Ici.* Llamé al timbre y me abrió un hombre de baja estatura vestido con una sencilla blusa de trabajo. Picasso mismo. Ya me había encontrado fugazmente con él en otra ocasión y volví a tener la impresión de estar viendo a un mago — una impresión que la primera vez fue reforzada por una pequeña gorra verde y puntiaguda que llevaba.

Aparte de una pequeña vivienda y de unos trasteros, la casa consta de dos amplias estancias que son como graneros; al parecer utiliza la de abajo para sus trabajos de escultura y la de arriba para pintar. El suelo es de ladrillos hexagonales, como las celdillas de un panal; las paredes, pintadas de amarillo, están reforzadas con oscuras vigas de encina. También por el techo corren unos oscuros armazones de madera de encina. Estos aposentos me han parecido muy apropiados para el trabajo; tienen la gravidez propia de los viejos desvanes, donde el tiempo queda estancado.

Primero estuvimos viendo abajo viejos papeles y luego subimos al piso de arriba. Entre los cuadros que allí había me han gustado sobre todo dos sencillos retratos de mujer y luego, de modo especial, una playa; cuanto más se la contemplaba, más parecía florecer con tonos rojos y amarillos. Mientras mirábamos ese cuadro estuvimos charlando sobre el pintar y el escribir de memoria. A este propósito Picasso quiso saber cuál era el paisaje real que había que buscar en *En los acantilados de mármol.*

Otras obras, como una serie de cabezas asimétricas, me han parecido monstruosas. Sin embargo, cuando a un talento tan extraordinario como el de Picasso se lo ve dedicarse a tales asuntos

años y decenios, es preciso concederle la correspondencia objetiva, aun cuando escape a nuestra percepción. En el fondo se trata de cosas no vistas todavía, no nacidas todavía, y de experimentos de naturaleza alquímica; algunas veces surgió en la conversación, por cierto, la palabra «retorta». Nunca antes había sentido con tanta intensidad y con una claridad tan angustiosa que el *homunculus* es algo más que una invención ociosa. La imagen del ser humano es pre-vista mágicamente y son pocos los que sospechan la terrible profundidad de la decisión tomada por el pintor.

Más de una vez intenté llevar a Picasso a hablar de ese asunto, pero siempre lo eludió; quizá lo hizo a propósito:

—Hay químicos que se pasan toda la vida investigando los elementos ocultos en un pedacito de azúcar. De igual manera quisiera yo saber qué es el color.

Sobre el influjo ejercido por sus obras:

—Mis cuadros causarían el mismo efecto si, una vez acabados, los envolviese y sellase, sin mostrarlos. Se trata de manifestaciones de índole directa.

Sobre la guerra:

—Nosotros dos, aquí sentados, negociaríamos la paz esta misma tarde. Al atardecer la gente podría encender las luces.

París, 23 de julio de 1942

Comenzado a leer el Libro de Ester, donde aún aparece en todo su esplendor el viejo y fastuoso mundo de Heródoto — eso ocurre ya en el primer capítulo, donde se habla del banquete de varios meses de duración celebrado en Susa, en el palacio asiático de Asuero, el cual gobierna sobre ciento veintisiete reinos que van de la India a Etiopía. Quien comparece ante Asuero sin haber sido convocado debe morir, a menos que el rey extienda su cetro de oro hacia él, como hace con Ester. Los únicos que han perdurado hasta hoy de ese terrible reino de fábula son los judíos — la serpiente de la antigua vida, que se ha vuelto de bronce. Esto es algo que he visto a veces con toda claridad — así, contemplando en una ocasión a un judío polaco en la Estación de Silesia, de Berlín. Pensé: «Así fue seguramente como estuviste en otro tiempo bajo la puerta de Ishtar en Babilonia».

Me llegan cada vez más cartas que me hablan de lectores míos

caídos en el frente y que me escriben sus familiares. A menudo tengo la impresión de que entran en mi habitación personas difuntas — voces de mis lectores *in tenebris*.

Visita de mi cuñado Kurt, de cuya figura tomé prestados algunos rasgos para el personaje de Biedenhorn que aparece en *En los acantilados de mármol*. De él cabría decir que es una especie de Falstaff en el que se emparejan la buena vida y la consciencia del poder. Viene del Este, donde manda una compañía de blindados. Lleva en el bolsillo el sello oficial y así puede extender a placer salvoconductos, billetes de ferrocarril, cupones de alimentos y todo lo que le apetece. De esa manera puede tumbarse en compartimientos reservados de los trenes, junto con su «valija diplomática», llena de cosas que ha ido robando acá y allá y que hace vigilar por el revisor. Cuando en los hoteles la gente no acude a atenderlo con bastante rapidez, exige con voz de trueno habitación, servicio, vino, de modo que los hoteleros le piden disculpas con voz temblorosa. Si quiere entrar en un lugar cerrado, como hoy en la cantina de la Escuela Militar, no procura lograrlo con astucia, sino que lo primero que hace es revistar la guardia para comprobar las cosas criticables, y luego hace que pongan a su disposición hombres para acarrear las mercancías que compra. Todo esto le proporciona luego materia de burla, mientras bebe.

He tenido una larga conversación con él en el Raphael — en primer lugar, porque su charla posee una fuerza ciertamente cínica, pero elemental, y, en segundo lugar, porque es significativo como tipo humano. También me parece que intuye por sí mismo nuestra relación. El que la injusticia de este mundo siga ofendiéndome, él lo considera como algo que forma parte de mi viejo estilo, como una de mis manías. Nunca se acabará con la injusticia. Y aquí descubro en él un rasgo delicado: la solicitud del fuerte por el débil que yo soy para él. Esa solicitud es específica: no la sentiría si me encontrase a su lado disparando tiros o atacando a uno de los poderosos, cosa que, en efecto, no le es desconocida, como viejo miembro que es de los cuerpos francos. En cambio, le daría pena verme caer por «bondad de ánimo». Políticamente sus ideas son las mismas que rigen en las manadas de los grandes animales — es preciso evitar a los jefes de la manada e intentar esquilar en un lugar tranquilo el corderito que a uno le ha tocado en suerte, en tanto aquellos sean poderosos.

Mientras charlábamos agradablemente sobre el discurrir de las cosas en nuestro tiempo me preguntaba si no será siempre preferible un hombre como Kurt a esos oficiales que se atienen rígidamente a la obediencia mientras el honor se va al diablo. Al podrido idealismo,

que prosigue su camino como si todo estuviese en orden, se contrapone el lansquenete como auténtico tipo humano — y uno tiene la sensación de que este, el lansquenete, ha existido, existe y existirá en todos los lugares y en todos los tiempos y que no tiene nada que ver con aquellos cadáveres vivientes. Cuando crece el peligro, el lansquenete se siente más a gusto y se hace más necesario.

París, 24 de julio de 1942

Las hermosas imágenes que aparecen ante los ojos cerrados cuando uno está medio dormido. Así, hoy, un ágata de color amarillo miel, jaspeado de musgos de color pardo sepia. Pasa lentamente ante mis ojos como una flor que cayera al abismo.

Esas flores rojas que a veces se ven en ventanas tras las cuales quedan habitaciones oscuras. Se asemejan a acumuladores de luz; la luz del sol hace que desprendan chispas.

París, 25 de julio de 1942

La azucena atigrada que está delante de mis ojos encima de la mesa. Mientras la contemplo, sus seis pétalos y sus seis estambres caen a la vez, como un traje de gala que le fuera arrancado implacablemente; lo único que queda es el pistilo seco con los seis ovarios. En ese instante distingo con toda claridad el poder que quiebra de ese modo la flor. Oh, recoged los frutos, pues así es como las Parcas cortan los hilos.

Por la tarde en el Quartier Latin; allí he estado admirando en una librería una edición de Saint-Simon en veinte volúmenes, monumento de pasión historiográfica. Esa obra es uno de los puntos donde cristaliza la modernidad.

Té en casa de la Doctoresse. Luego hemos ido a pie al estudio de Valentiner, que nos había invitado a cenar; allí estaba también, además de él, Des Closais. Conversaciones sobre Picasso y sobre Léon Bloy. De este último ha contado Des Closais una anécdota que voy a recoger aquí, aunque no la creo cierta; lo hago porque permite formarse una idea del odio profundísimo, y seguramente no inmerecido, que los literatos sienten por Léon Bloy:

«De acuerdo con su costumbre, Bloy pidió dinero en una ocasión también a Paul Bourget, quien se lo negó; entonces Bloy lo ofendió públicamente. Al cabo de algún tiempo Bourget recibió una nueva nota de Bloy en la que le rogaba que le prestase inmediatamente

quinientos francos, ya que su padre había fallecido. Bourget se mete el dinero en el bolsillo y se encamina a Montmartre, donde Bloy vivía en uno de los hoteles de mala nota que allí hay. De la habitación ocupada por Bloy, hasta cuya puerta ha llevado a Bourget el portero, sale música; Bourget llama y le abre Bloy en persona, que está desnudo; en la habitación se ven mujeres desnudas y, encima de una mesa, embutidos y vino. Bloy, cínico, invita a Bourget a entrar y este acepta. Lo primero que hace es poner el dinero sobre la repisa de la chimenea. Luego mira en redondo y dice:

»—Pero señor Bloy, ¿no me había escrito usted que su padre había fallecido?

»Bloy responde:

»—¿Es que es usted un prestamista?

»A continuación abre la puerta que da a la habitación contigua; en ella está tendido sobre la cama el cadáver de su padre».

Lo que hace especialmente sospechosa esta historia es el lugar, que no es propiamente uno de esos donde muere la gente. De todos modos, es notable el hecho de que en los numerosos diarios de Bloy, que contienen abundantísimas y detalladas descripciones de su familia, no se hable apenas de su padre.

A Bloy le preguntaron en el lecho de muerte qué sentía ante esta:

—*Une inmense curiosité.*

Muy bella respuesta. En general Bloy desarma a la gente con sus poderosos ataques por adelantado.

Luego hemos estado hablando sobre celebridades. La condesa Noailles al mariscal Joffre, a quien había invitado a su casa:

—Antes de la batalla del Marne, ¡cómo se habrá aburrido la gente!

El portero de Valentiner servía a la mesa y, cada vez que traía un plato, chocaba los talones. Hizo la Primera Guerra Mundial como *nettoyeur* en una unidad de asalto; un alemán le arrancó de un mordisco el dedo pulgar en un combate cuerpo a cuerpo. Prohíbe a su mujer que llame *boches* a los alemanes.

—Yo sí tengo derecho a llamarlos *boches*, porque he luchado

contra ellos.

París, 26 de julio de 1942

Por la tarde en el cementerio de Montparnasse. Tras una larga búsqueda encontré la tumba de Baudelaire, con su alta estela adornada por un murciélago que tiene unas gigantescas alas nocturnas.

En medio de las ruinosas sepulturas he pasado largo tiempo delante de la lápida de Napoléon Charles Louis Roussell, fallecido «como artista» el 27 de febrero de 1854 a la edad de diecinueve años y medio. Sobre la losa mandada poner por sus amigos yacía una copa caída de su pedestal y recubierta de musgo; este parecía salir de la copa como una verde corriente de vida.

El misterio que en el mar de tumbas rodea estas sepulturas de desconocidos es algo que me conmueve siempre. Se asemejan a huellas en la arena que pronto borrará el viento.

En el Raphael he leído: Heinrich Hansjakob: *Der Theodor*. Parece que ahora está completamente exhausto ese don narrativo que brota del pueblo. Al faltar él falta también el mantillo de la literatura, falta la musgosa flora que crece junto a las raíces y los troncos y falta en general la jerarquía de los afanes descriptivos. También comienza entonces a secarse el follaje de la parte alta del árbol.

Por la noche soñaba con una hermosa serpiente; su coraza era de un resplandeciente azul acero y tenía pliegues laberínticos como los que vemos en los huesos de los melocotones. Era tan grande que apenas lograba abarcar su cuello; me veía obligado a llevarla largo tiempo, pues por ninguna parte se encontraba una jaula.

Pensamiento: me gustaría construir un hermoso jardín para este animal, pero ¿cómo hacerlo de manera que no tenga que exigir dinero a quienes quieran visitarlo?

París, 27 de julio de 1942

El correo me ha traído una sorpresa: las galeradas de *Los dioses griegos* de Friedrich Georg, que editará Klostermann. Aunque por las conversaciones que tuvimos en Überlingen conocía ya las imágenes y los pensamientos de esta obra, me han causado ahora una gran impresión al leerlos. Es muy hermosa la manera como aquí entran en contacto lo viejo y lo nuevo — cosas antiquísimas son cogidas por el

asidero de nuestro tiempo. Se siente muy bien que los alemanes han ido acercándose paso a paso a esas cosas durante largo tiempo y que ellas, por su lado, han salido por sí mismas al encuentro de los alemanes. El mundo y la tierra de los mitos están siempre presentes; se asemejan a las grandes riquezas que los dioses nos ocultan — caminamos como mendigos en medio de una riqueza que es inagotable. Pero los poetas la amonedan para nosotros.

París, 28 de julio de 1942

El desventurado farmacéutico de la esquina, al que le han arrebatado su esposa, que será deportada. Estas naturalezas bondadosas no piensan en defenderse con las armas y ni siquiera con argumentos. Aunque luego se maten, no eligen la suerte de los hombres libres, los cuales se repliegan a su último bastión, sino que buscan la noche como los niños miedosos buscan a su madre. Es horroroso el grado a que ha llegado la ceguera incluso de hombres jóvenes frente al sufrimiento de los indefensos; les falta el sentido para percibirlo. Se han vuelto demasiado débiles para una vida caballeresca y han perdido también hasta ese simple decoro que prohíbe maltratar a los débiles. Al contrario, ven en ello incluso su gloria.

Inmediatamente después de escribir, antes de almorzar, las líneas anteriores, fui a hacer una visita al bueno del *potard* [boticario], para hacerle entrega de una receta que me ha dado la Doctoresse. Mientras la preparaba me ha regalado una pastillita de jabón, como si hubiera intuido que poco antes había estado pensando en él con buenos deseos. En ningún momento me es lícito olvidar que estoy rodeado de personas que sufren. Eso es algo mucho más importante que toda la gloria de las armas y que toda la gloria del espíritu, y que el huero aplauso de la juventud a la que le gustan esas cosas.

Luego en la Rue du Faubourg-Saint-Honoré, en la tienda del anticuario cojo; allí he estado mirando el *Viaje por el Nilo,* ilustrado hacia 1870 por Carl Werner. La contemplación de imágenes me hace bien, especialmente cuando estoy de mal temple.

París, 2 de agosto de 1942

Por la tarde en el cementerio del Père-Lachaise. En plena ciudad, y cerca de los superpoblados barrios que rodean la Bastilla, es posible gozar allí de uno de los paseos más tranquilos que existen. Junto a un musgoso sendero bordeado de tumbas he tropezado allí, a la sombra de fresnos y acacias, con un obelisco erigido en memoria del gran entomólogo Latreille. Encima del nombre está tallado en la piedra un

escarabajo, y debajo, un gusano de seda; el escarabajo alza su bola como un disco solar. He dejado una flor sobre esta tumba; al cortarla ha caído de su cáliz a mi mano, como recompensa, un pequeño gorgojo que faltaba en mi colección.

Un viejo cementerio como este se asemeja a una cantera; muchas generaciones han contribuido a su abundancia y variedad de piedras. Mirando varias clases de granito y de pórfido se me ha ocurrido pensar que el pulimento encarna en el mundo de las piedras lo que la flor encarna entre las plantas o la librea nupcial entre los animales. El pulimento ofrece el lugar donde se hacen visibles a los ojos la suntuosidad y el orden que se esconden en el interior de la materia. Y, a la inversa, en las flores aparece la metalicidad.

Al atardecer suena una campana que invita a la gente a abandonar el cementerio. Se ve a los visitantes dirigirse hacia la salida solos o en pequeños grupos. Sus pasos son más rápidos que cuando paseaban entre las tumbas; parece que el pensamiento de quedar encerrados en estos laberintos de muertos despierta en ellos un oscuro desasosiego.

En estas grandes necrópolis la cultura se hace visible como unidad, se hace visible en ese su poder sosegado, que está allende las luchas. Los muertos han regresado a su fondo materno y ahora son inatacables; los hombres, en vez de seguir combatiéndose unos a otros, se suman. Vemos aquí lo que en los pueblos es indeteriorable, y que es como el espacio que queda detrás del escenario — pero mientras que en este los actores vuelven a convertirse en seres humanos, en el cementerio se reconvierten en espíritu. Los poderosos muertos — ¿cómo ha podido perderse ese conocimiento?

He regresado por la Rue de la Roquette, hasta la cual llegan de vez en cuando las radiaciones del furioso demonio de la Bastilla.

En mi habitación del Raphael he encontrado a una señorita llamada Vilma Sturm, que había ido a visitarme como si yo fuera un augur. Luego he leído un poco en Renan y otro poco en la biografía de la familia Brontë, y, finalmente, en el Libro de Job; en su capítulo vigésimo octavo se encuentra insinuada la enorme distancia que separa al ser humano de la sabiduría:

«El Abismo y la Muerte se dicen entre sí: con nuestros oídos hemos oído hablar de ella».

París, 3 de agosto de 1942

Acabado: Renán: *La vida de Jesús;* además: Robert de Traz: *La famille Brontë.*

Las Brontë son importantes porque en ellas parece actuar una especie de inteligencia diferente de la que actúa en los seres humanos en general — una inteligencia que afluye indiferenciada y que es como una corriente eléctrica. Podría pensarse así que el saber es conducido por la tierra y por el tronco del árbol hasta que toca el nido y la joven pollada que hay en él. De ese modo podrían estar dotados de saber los cuerpos celestes.

Lo extraordinario que aparece en las Brontë permite adivinar que eso es la regla en otras profundidades, en otros astros. Extraordinarios en este sentido son los sueños premonitorios, la segunda visión, el don de la profecía. Así como hay colores que quedan allende la escala visible, así existe también una oscura corriente del saber que raras veces se individualiza. La armonía de los círculos vitales, su sutil concordancia, se basa en el influjo invisible de esa corriente.

París, 4 de agosto de 1942

Por la mañana me ha visitado en mi despacho del Hotel Majestic un tal señor Sommer, que me ha traído saludos de Federici. Hemos estado hablando de China, donde nació y que conoce bien. Luego, de Japón — su padre quería hacerse unos pantalones de polo y se los encargó a un sastre japonés; como muestra le proporcionó unos pantalones comprados en Inglaterra y le dijo que podía descoserlos; los pantalones encargados debían ser exactamente iguales que la muestra. El día de la entrega llegó el sastre japonés con los seis pantalones encargados, que se parecían a la muestra como la imagen que aparece en un espejo se asemeja al objeto allí reflejado — no faltaban ni los dos remiendos ni tampoco las arrugas en la parte de atrás de la rodilla.

París, 5 de agosto de 1942

Me escribe Perpetua que en la tarde del 2 de agosto cayeron sobre Hannover algunas bombas que se llevaron por delante un buen número de personas. En el momento en que comenzaba el fuego oyó decir a Schüddekopf, el enterrador, que se hallaba en el cementerio:

—Mirad eso, ¡ahora vienen incluso en pleno día!

En la casa parroquial está preparada una maleta con un poco de ropa blanca y los manuscritos.

Cena en casa de los Morand. Morand no ha estado, pues hoy mismo lo han nombrado ministro. Ha sido representado por su esposa; también he visto allí al nuevo prefecto de policía y a la princesa Murat. Con el prefecto he estado hablando sobre las actividades de los bajos fondos en la Rue de Lappe; no le ha hecho ninguna gracia oírme decir que suelo pasear por allí.

París, 6 de agosto de 1942

Tallemant des Réaux: sus *Historiettes,* que estoy leyendo ahora, son superiores en solidez y en carnosidad a las historias de Saint-Simon. Ofrecen una zoología social, por así decirlo.

Así, ayer me hizo reír una anécdota que allí se cuenta del Marquis de Roquelaure. Expresa muy bien esa comicidad que surge cuando las pretensiones sociales aspiran a estar por encima de las relaciones basadas en la Naturaleza y en el arte.

En un baile Madame Aubert coge de la mano a Roquelaure; este tira de la manga a su preceptor y le pregunta si puede bailar con aquella burguesa. Sobre esto se compuso la siguiente copla:

Roquelaure est un danseur d’importance;

Mais

S’il ne connoist pas l’alliance

Il ne dansera jamais.

[Roquelaure es un bailarín importante;

Pero,

Si no conoce a sus parientes,

Nunca bailará.]

París, 8 de agosto de 1942

A última hora de la tarde en el estudio de Valentiner; allí he visto, además de a Des Closais, a un joven aviador que está al mando de una compañía blindada en las islas. Mientras charlábamos fue haciéndose de noche; los murciélagos revoloteaban alrededor de los viejos aguijones de los edificios; los vencejos se recogían en sus nidos. Una ciudad como esta tiene también su lado animal, como un arrecife de

coral.

Regreso con Des Closais hasta la Étoile. Hemos estado charlando sobre los obeliscos que se alzan en las grandes plazas como centros mágicos, como símbolos del ser espiritual erecto. En ellos adquiere sentido el mundo de la piedra; a veces creo ver chisporroteos en su punta. Es muy bello cuando la punta brilla con un color diferente del resto, con un color rojo tal vez, o cuando sobre ella cae un rayo perdido de luz. Pero la visión de los obeliscos causa también espanto — en ellos vislumbramos la vida de ciudades desiertas, una vida en la que la sombra de los obeliscos va contando las horas como si fuera la aguja de un reloj.

Luego hemos hablado sobre Boecio y, en este contexto, sobre los peligros que amenazan a nuestro tiempo, unos peligros que, sin embargo, no necesitan apartar a la persona singular de su modo habitual de vivir — la calma en medio de la catarata. Des Closais ha observado a este propósito que eso presupone que se esté relacionado a la vez con una zona inmóvil. Así, cuando él era niño, le tenía mucho miedo a las tormentas, pero lo vencía pensando que por encima de las nubes brillaba inalterable el cielo azul.

El terrible H. Le hicieron observar que en el campo de trabajos forzados dirigido por él morían diariamente entre seis y diez personas por falta de comidas y de medicamentos, y que era preciso poner remedio a aquello. He aquí lo que respondió:

—Que agranden el cementerio.

París, 9 de agosto de 1942

¿No habremos asentido a nuestro destino en algún punto decisivo de nuestra preexistencia? Quizá lo hemos elegido entre una multitud de trajes, como antes de un baile de máscaras. Pero la luz que alumbraba la antecámara donde realizamos apresuradamente nuestra elección era diferente: hacía que la tela brillase con el sentido auténtico del juego de la vida, y quizá nos pareció más apetecible el raído vestido de un mendigo que no un traje de rey.

En *Le diable amoureux,* que estoy leyendo ahora, el pasaje más significativo es aquel donde Biondetta explica que lo que gobierna el mundo, desde los movimientos de los astros hasta las nimiedades de las loterías, no es el azar, sino un sistema de necesidades bien

equilibradas. Según ella, en el universo los acontecimientos se configuran de acuerdo con una ley numérica secreta, y eso es lo que hace que se pueda calcular el futuro.

Una vez que ha dicho lo anterior, Biondetta da a Alvarez algunas indicaciones que le permiten a este ganar en el juego del faraón. Alvarez no acepta el dinero de Biondetta, pero, en cambio, no considera prohibida esa ayuda.

Es un rasgo muy fino, pues donde lo demoníaco alcanza sus mejores resultados, en los cuales se borra toda huella del origen, es efectivamente en la cábala. Así, de innumerables series de cifras, o de sus combinaciones, podrían salir también, mediante un cálculo automático, nombres sagrados o el texto del padrenuestro o pasajes de la Biblia. Sin embargo, lo único que los textos así obtenidos tendrían en común con los originales serían las letras, mas no el sentido ni la fuerza salvífica.

El hecho de que Alvarez, aunque no se dé cuenta de la relación que en ello hay, reaccione de tal manera que se aburra del juego tras ganar algunas partidas, es un hermoso rasgo, indicativo de que su naturaleza es sana en el fondo.

De hecho el no conocer el futuro es privilegio del ser humano; es uno de los diamantes en la diadema del libre albedrío que lleva puesta. Si perdiera ese privilegio, se tornaría un autómata en un mundo de autómatas.

París, 10 de agosto de 1942

Por la noche sueños de trincheras de la Primera Guerra Mundial. Me encontraba en un abrigo, pero esta vez estaban allí dentro también los niños, a los que enseñaba libros ilustrados. Luego yo salía afuera y me tumbaba en el interior de un embudo abierto por una granada. Los proyectiles habían cernido finamente la tierra. Yo frotaba entre mis manos aquella tierra blanda y al hacerlo reconocía la materia de la que venimos y a la que regresamos. Casi no la distinguía ni de mi cuerpo ni de mis manos. Estaba echado allí como una momia en medio de sustancia de momias.

París, 11 de agosto de 1942

Carta de Schlichter, con fotos de cuadros y dibujos suyos, nuevos y excelentes. Aguardo cosas magníficas sobre todo de sus ilustraciones para *Las mil y una noches.*

París, 12 de agosto de 1942

En compañía de mi hermano Friedrich Georg me encontraba en lo alto de un acantilado rocoso al borde de un desierto y desde allí, procurando hacer puntería, tirábamos piedras a un pedacito de sustancia del tamaño de una concha de caracol, que relucía con el color del lapislázuli. Entretanto charlábamos sobre la distancia desde la que convenía tirar las piedras, pues aquella materia era muy explosiva. Resulta notable que, en los sueños, los encuentros con mi hermano se desarrollen en el terreno de la realidad física, y en la vigilia, en cambio, nuestras conversaciones versen sobre asuntos relacionados con las Musas.

Luego descendíamos del acantilado con el fin de recoger insectos en la húmeda linde, que estaba cubierta de rocío; eran unos insectos diferentes de todas las especies conocidas por mí. Yo deliberaba incluso conmigo mismo sobre si llevármelos o dejarlos, pues no me hacía ninguna gracia coleccionarlos, dado que se atenían tan poco a las leyes intrínsecas de su especie. De esa manera mi comportamiento frente al Demiurgo se parecía al de un niño: «Ya no juego más contigo».

Por la tarde en el parque de Bagatelle a contemplar las hermosas plantas, entre ellas el *Dolichos,* una trepadora que produce unas vainas anchas y magníficas, de color violeta-púrpura. Es una planta que no se luce en la flor, sino en el fruto.

Luego el jazmín de Virginia, con sus flores grandes y hendidas, que se alzan estirándose cual trompetas incandescentes, una decoración apropiada para entradas a jardines de *Las mil y una noches.* Clemátides — las *Anthomyidae* o «moscas de las flores», de colores atigrados, zumbaban casi inmóviles por encima de los cálices, con temblores espasmódicos.

Descanso en la Gruta. En el agua sucia y verdosa sobre la que se alza la Gruta nadaba el gran carpín, con su dorso cubierto de escamas oscuras. En lo hondo se deslizaba como una sombra, pero luego, mientras ascendía lentamente, su brillo iba aumentando, hasta que, en el momento de chocar contra la superficie, su color era como el del hierro al rojo vivo.

Seguramente influido por esto he soñado por la noche con un exlibris que yo poseía: figuraba un pez espada que emergía grácil, japonés, con un perfil de oro viejo, de un fondo de color negro mate.

Al despertarme me sentí tan feliz por la visión de aquella estampa que me hice el propósito de mandar que me la grabasen; luego, con la luz del día, su encanto fue difuminándose. La alegría que experimentamos en los sueños se parece a la que experimentamos de niños. Una vez despiertos, en pocos minutos crecemos hasta hacernos hombres.

París, 13 de agosto de 1942

Acabado: *Essai de critique indirecte,* de Jean Cocteau. En este libro se encuentra el sueño premonitorio que el propio autor me contó ya una vez en el restaurante Calvet. Por lo que a mí respecta, soy incapaz de recordar tales sueños; en cambio me ocurre con frecuencia que las vivencias reales me aparecen como si las hubiese soñado en otro tiempo. Hemos tenido ya experiencia de ellas en su máxima hondura, en su Idea platónica — esto es mucho más importante que el que se cumplan a la letra. Así es como deberíamos explorar también la muerte, familiarizarnos con ella.

De las buenas observaciones que en este libro aparecen anoto la siguiente: *Surnaturel hier, naturel demain* [sobrenatural ayer, natural mañana]. Es cierto, puesto que las leyes naturales, a cuya constancia atribuye tanta importancia Renan, se adaptarán siempre. Las leyes naturales se parecen a música de acompañamiento; es probable que esa música enmudezca así que se tornan importantes las cosas. En el Ser no hay leyes.

Esto mismo podría expresarse con más cautela diciendo que las leyes naturales son las leyes que nosotros percibimos. En todos aquellos puntos donde pasamos a la decisión dejamos de percibirlas.

La técnica se ha hecho ahora realidad de una manera tan profunda que será preciso contar con su perduración aun después de que haya quedado roto el predominio de los técnicos y de sus ideas directrices. Sobre todo, en su construcción está integrada una horrorosa cantidad de víctimas. Y así la técnica perdurará igual que perduró la Antigua Ley después de Cristo — como uno de nuestros recuerdos, con la sustancia humana que está coordinada con él. La auténtica cuestión es esta: si con la técnica perdemos la libertad. Es probable que lo que de ella se derive sea una forma nueva de esclavitud. Esa esclavitud podrá ir acompañada de comodidades, podrá ir acompañada incluso de posesión de poder; las cadenas perdurarán, sin embargo. Los libres, por el contrario, se reconocerán entre sí y serán reconocidos por un brillo nuevo de que estarán rodeados. Tal vez sean grupos muy reducidos los que cultiven la

libertad, y probablemente no sin sacrificios; pero la ganancia espiritual compensará varias veces tales sacrificios.

Las flores, los pájaros, las piedras preciosas, las cosas de colores brillantes y perfumes aromáticos. Su visión inspira nostalgia de su país natal.

París, 16 de agosto de 1942

Sábado y domingo en Vaux-les-Cernay, cerca de Rambouillet, invitado por el comandante en jefe, que utiliza como residencia de verano esta antigua abadía. La estancia en este lugar tiene la ventaja de que uno no ve lémures y puede hacer y decir lo que considere justo. Los boscosos alrededores son húmedos y aun pantanosos, cual corresponde a la regla de los cistercienses, los cuales construían sus edificios como los castores. Vi la losa sepulcral, venerable en su sencillez, de Teobaldo, un antiguo abad al que se conoce con el nombre de Saint-Thibaut de Marly.

Lectura allí: *Un puesto avanzado del progreso,* de Joseph Conrad, narración en la que se describe de manera excelente el paso del optimismo propio de la civilización a la completa bestialidad. Dos cursis caballeretes llegan al Congo a hacer dinero y adoptan allí hábitos canibalescos. Es el mismo proceso que Burckhardt denomina, en un contexto más amplio, «putrefacción rápida». Tanto Burckhardt como Conrad oyeron la obertura de nuestra época. Lo que este último ve con mayor acuidad que Kipling es la constancia anglosajona en ambientes que comienzan a deteriorarse. En nuestro mundo esa constancia es un rasgo asombroso e imprevisto, que más bien hubiéramos pronosticado a los prusianos. Pero la diferencia está en que los ingleses son capaces de digerir una cantidad significativamente mayor de anarquía. Si un inglés y un prusiano regentasen cada uno una fonda en un barrio degradado, al prusiano le gustaría que en cada una de las habitaciones se observasen las normas. Con ello mantendría efectivamente un cierto barniz de orden, mas por debajo de ese barniz estaría el nihilismo devorando el edificio entero. El inglés permitiría al principio el desorden creciente, continuaría tranquilamente sirviendo bebidas y cobrándolas; finalmente, cuando fuese demasiado el alboroto, se iría con una parte de los clientes al piso de arriba y molería a palos a los demás.

Desde el punto de vista de la caracterología el inglés tiene sobre el prusiano la ventaja del flemático sobre el sanguíneo; y, desde el punto de vista práctico, la ventaja del hombre de mar sobre el de

tierra. A eso se añade algo que con frecuencia se ha señalado: que en el inglés predomina, sobre la herencia germánica común, la herencia normanda, la cual es más favorable a la formación de una capa dirigente. En cualquier caso, con estos primos nuestros es mejor estar espalda contra espalda, o bien hombro con hombro, como ocurrió en la Belle-Alliance, que no estar enfrentados. Lo primero fue también, en efecto, lo que siempre intentó la política prusiana, la cual fue buena mientras estuvo dirigida por los terratenientes y no por los elegidos de la democracia plebiscitaria. Cuando la población aumenta y tiene su centro de gravedad en las grandes ciudades, la influencia del suelo mengua, como es natural; por el contrario, la influencia del mar se acrecienta. Es una diferencia importante. En el almuerzo estuvimos hablando de estas cosas y luego comentamos la situación en general.

Después en el bosque con Schnath, director de los archivos de Hannover. Cuando el cuidado y el conocimiento de cosas antiguas y raras coinciden con una naturaleza bajosajona traen a la memoria artes de ahumar o un mundo de imágenes conservado en pantanos y turberas con olor a quemado y a tierra. La tradición establece lazos con los demonios del paisaje, se convierte en una especie de visión de espectros. En esa penumbra penetra luego con sus rayos, de un modo curioso, el acontecimiento histórico claro, tal, por ejemplo, la batalla del Bosque de Teutoburgo. Eso es algo que, si no fuera por las fuentes extranjeras, se habría entretejido hace ya mucho tiempo con el mito. Así es como brilla en el Museo de Hannover el tesoro de plata de Hildesheim en medio de los utensilios de la civilización de la turba. Pero esto es algo que a mí me gusta; en ello se apunta la superioridad de las Nornas sobre la historia que ha adquirido forma. Los colores del hilo podrán ser muy variados y numerosos, pero quienes tejen y cortan el hilo son *ellas;* más tarde el diseño va difuminándose en la corriente de los tiempos y lo único que queda es la materia del tejido — las cosas antiguas, grises y archiconocidas que nos son comunes a todos.

El general estuvo hablando de las ciudades rusas y dijo que para mí sería importante conocerlas, sobre todo con vistas a ciertas correcciones en la «figura del trabajador». Le repliqué que ya hacía tiempo que yo mismo me había prescrito como penitencia el hacer una visita a Nueva York, pero que también estaría de acuerdo con que se me enviase una temporada al frente oriental.

París, 17 de agosto de 1942

Por la tarde en el Bois, luego tomado el té con Madame Morand en su jardín; la punta de la torre Eiffel mira desde arriba, por encima

de los altísimos árboles, las losas de mármol de ese jardín. Se encontraban allí Heller, Valentiner, Rantzau y la Marquise de Polignac; con esta última estuve intercambiando recuerdos de las catacumbas de los capuchinos de Palermo. Dijo que la vista de aquel tétrico desfile de muertos era algo que despertaba una loca ansia de vivir y que, al salir de allí, se sentía la tentación de lanzarse al cuello, para darle un abrazo, de la primera persona que pasase. Tal vez por eso en tiempos antiguos se consideraba como un afrodisíaco la momia.

Capriccio: ¿seguirán transmitiendo alimento a nuestros días esas antiquísimas artes de conservación, se podría dar un banquete con pan fabricado con trigo procedente de las pirámides de Egipto y con un caldo del buey Apis? En ese caso podríamos extraer de las necrópolis carbón de carne, igual que de las minas sacamos carbón vegetal. Pero sería un alimento mediocre, de igual manera que el carbón es un combustible mediocre.

París, 18 de agosto de 1942

Por la mañana destruido papeles, entre otros el esquema estructurado de *La paz,* que puse por escrito el invierno pasado.

Luego charla con Carlo Schmid, que entró en mi despacho y volvió a contarme cosas de su hijo; también estuvo hablándome de sueños y de su traducción de Baudelaire, que ya está terminada.

En una papelería de la Avenue de Wagram compré una agenda; yo iba de uniforme. Una muchacha joven que allí trabajaba de dependienta me llamó la atención por la expresión de su rostro: noté claramente que me contemplaba con un odio extraordinario. Sus claros ojos azules, cuyas pupilas se habían contraído hasta quedar reducidas a un punto, hundíanse sin disimulo en mis ojos con una especie de voluptuosidad — con la misma voluptuosidad tal vez con que el escorpión clava el aguijón en su presa. Tuve el sentimiento de que entre los seres humanos no se daban tales cosas desde hacía mucho tiempo. Lo único que por tales puentes de rayos puede llegarnos es la aniquilación y la muerte. También notamos que desde allí podría saltar a nosotros el germen de una enfermedad o bien una chispa que difícilmente seríamos capaces de apagar en nuestro interior, y ello solo sobreponiéndonos a nosotros mismos.

París, 19 de agosto de 1942

Almuerzo en el Hotel Ritz con Wiemer, que en los próximos días quiere ir a Marsella a hacer una visita a Poupet y a Hercule. Análisis

de la situación. *«Nous après le deluge.»*

Luego en casa de Charmille a tomar el té. Más tarde hemos cenado en la Rue de Duras y a continuación hemos ido a pie por la Rue du Faubourg-Saint-Honoré hasta la Place de l'Étoile. En ese trayecto, durante el cual oíamos de vez en cuando cantar a los grillos en las tahonas, conversaciones de índole general sobre asuntos del pasado.

Lectura: *Lucinde,* de Schlegel; me ha dejado la impresión de que el Romanticismo podría haber llegado aquí a una especie de praxis vital, la que Gentz y Varnhagen hicieron realidad con mal estilo y solo en algunos aspectos. No se va más allá de los presentimientos y las vagas reminiscencias. Tal vez salga de ahí alguna vez una melodía. En ese caso el Romanticismo constituiría un intrincado preludio de realizaciones selectas o refinadas de la cultura tardía. Todavía hoy notamos, en efecto, el empeño que en apoderarse de individuos de talento pone el Romanticismo, cual si fuese un espíritu que actuase en forma de fantasma y demandase encarnarse, hacerse carne y sangre. Tales individuos pueden luego trasponer al tono romántico cualquier cosa, como hizo Luis III de Baviera con el Versalles de Luis XIV o como hizo Wagner con el mundo de los dioses nórdicos. La llave romántica entra en la cerradura de noventa y nueve cámaras del tesoro; en la centésima acechan la Locura y la Muerte.

París, 26 de agosto de 1942

Me escribe Friedrich Georg que en el último ataque aéreo a Hamburgo se ha fundido en el fuego el plomo de la composición tipográfica de la segunda versión de *Las ilusiones de la técnica.*

A última hora de la tarde fui a buscar a la Doctoresse para dar con ella un paseo por los viejos barrios a la luz de la luna. Cerca del monumento a Enrique IV bajamos hacia el Square du Vert Galant, desde donde veíamos las luces de las cocinas de los barcos; olía allí a agua putrefacta. Conversaciones sobre las poesías de Platen, cuya belleza comparó ella con el yerto brillo de la luz de la luna, una luz de segunda mano. El eros, dijo, brilla en esas poesías con una luz refleja.

A veces me resulta difícil distinguir mi existencia consciente de mi existencia inconsciente — quiero decir: distinguir aquella parte de la vida que va urdiendo su tejido en los sueños de aquella otra que lo hace a la luz del día. Algo muy parecido me ocurre con la invención de imágenes y figuras — en mi trabajo de autor no son pocas las cosas que se me cuajan en carne y sangre y luego continúan viviendo.

Así podría desaparecer el ser humano en la imagen que él mismo ha forjado como mago. Pero lo que ha de ocurrir es lo contrario: las imágenes han de alzar al ser humano hasta la luz, entonces pueden desprenderse de él como se desprenden del fruto los pétalos.

Nosotros estamos a punto de ejecutar exactamente el movimiento inverso del que ejecutaron los románticos; en los sitios donde ellos se sumergieron, en esos mismos sitios estamos emergiendo nosotros a la superficie. Esta óptica nueva, más clara, resulta todavía dolorosa, es todavía insólita.

Les tape-durs. Tal es el sobrenombre que a sí mismo se dieron los *septembriseurs.* Hay en esa expresión una delicadeza terrible, algo del maligno juego de niños a que juega el mundo.

París, 28 de agosto de 1942

Aún no han llegado noticias de mi viaje a los territorios del Este. A mediodía conversación con Weinstock sobre Platón y sobre el modo como está volviéndose actual. Es algo que a mí me resulta evidente, en especial después de la lectura de *Los dioses griegos* de Friedrich Georg.

Por la tarde acudió a visitarme a mi despacho del Majestic un tal

señor S., propietario de fábricas de máquinas eléctricas. Fue a preguntarme «si el hombre moral está hoy dispuesto a intervenir en la realidad y si tal cosa tiene probabilidades de éxito» — estuvimos charlando largo rato sobre esa cuestión y entre otros personajes sacamos a colación a Nietzsche, Burckhardt y Stavroguin.

Mi visitante parecía estar animado de un cierto moralismo técnico-práctico o también de ese utopismo que llevó, por ejemplo, a los padres de la Compañía de Jesús a encargar la construcción de la cúpula de la iglesia de San Miguel de Múnich — una racionalidad con fundamento. A este propósito me ha venido también a la memoria la obra edificante *The Economy of Human Life,* que tanto se leía ciento cincuenta años atrás.

Es bueno que en un encuentro abstracto como el referido esté visible y tangible el mundo concreto — como una gran máquina de la que la acción de la charla toca acá un pistón y allá un volante.

Podemos ir a visitar a una persona con el propósito de mostrarnos ese día especialmente cordiales, especialmente afectuosos con ella. Pero eso no nos protege de desafinamientos — el que las cuerdas suenen acordadas es algo que no depende de la voluntad. A mí me sucede eso no pocas veces en reencuentros de los que he estado alegrándome mucho tiempo — parecen reencuentros helados, y solo al cabo de días y de semanas se restablece la verdadera armonía.

Por la noche sueños de nubes — eran parecidas a bandas de nieve compacta con ribetes de tierra, como los tienen las bolas que los niños hacen rodar por el suelo cuando empieza el deshielo.

París, 29 de agosto de 1942

Por la tarde visitado a Le Moult, en el sexto piso de un edificio de la Rue Duméril, con el fin de ver insectos. Me abrió la puerta un señor grueso, con barba blanca, de unos sesenta años, debilitado por las prolongadas estancias en zonas tropicales, y luego me dejó solo un instante en una gran habitación cuyas paredes estaban completamente revestidas de cajas de mariposas, como lo está de libros una biblioteca. Vi allí un acuario; también, desde lo alto de una estantería bajó volando hasta mí una tórtola de Indias, inclinó repetidas veces la cabeza mientras arrullaba y de un salto se posó en el dedo índice de mi mano. Luego vino Le Moult y estuvo enseñándome magníficas mariposas de las islas Salomón y de otros archipiélagos del mundo. Otra vez volvía a ver allí con claridad lo extraño que resulta el andar

afanándose en acopiar centenares de miles de pequeñas momias de colores — hay en ello, entre otras cosas, un rasgo egipcio. Estas artes causan un efecto de especial fragilidad en el mundo de la aniquilación. Una sola de esas cajitas representa a menudo el resultado de un trabajo sutilísimo de muchos años. De ahí que Le Moult me expusiese también con mucha prolijidad sus preocupadas consideraciones sobre un proyectil de la defensa antiaérea que recientemente había ido a caer cerca de su casa.

Por la noche soñé con una ascensión a una montaña — en un pequeño regato atrapaba un pez de color verde que tenía siete pares de ojos; los de delante eran azules y los de detrás, de un color turbio y aún seguían plegados como en los embriones. A medida que yo iba ascendiendo hacia las cumbres heladas el pez dejaba de moverse y se me congelaba en la mano. Luego yo entraba en una capilla de montaña.

París, 30 de agosto de 1942

Por la tarde con Charmille en Bagatelle. Había allí una lantana amarilla con un botón rojo en el centro. La flor es como de terciopelo y desprende asimismo un delicado olor a terciopelo. Esa flor atrae a las mariposas, especialmente al *Macroglossum stellatarum,* llamado vulgarmente «cola de pichón», el cual se queda parado delante de ella con las alas extendidas mientras introduce su trompa en los multicolores cacillos. Esas mismas mariposas, pero de color violeta, las vi en otro tiempo en las Azores, y siempre se apodera de mí un sentimiento de añoranza cuando, al contemplarlas, he de pensar en aquellas Hespérides. En las Azores y en las Canarias y en los montes de Río de Janeiro he tenido horas que me han hecho ver que necesariamente tuvo que existir un Paraíso — horas de una belleza solitaria, horas llenas a menudo de majestuosidad; hasta el sol brillaba de una manera diferente, más divina. De todos los males del mundo, el único que en tales horas subsistía era este: que pasaba el tiempo.

París, 31 de agosto de 1942

Por la tarde en la tienda de Gonod, una librería de viejo que he descubierto hace poco en la Rue de Miromesnil. Una nueva librería de viejo es como una afición nueva. Me ha complacido especialmente un gabinete cuadrado que estaba completamente tapizado de libros. He comprado las *Memoires* del barón Grimm, las cuales serán siempre, junto a sus cartas, un bocado exquisito para los entendidos — los dos volúmenes de que constan llevan el exlibris de un tal barón de Crisenoy, que reza así: *Je regarde et je garde* — orgullosa frase.

También he adquirido una detallada descripción del naufragio del velero americano *La Sophie,* París, 1821. Y, por fin, *L'art du duel,* de Tavernier, con una dedicatoria autógrafa del autor a A. Gerschell, al que llama «rey de los fotógrafos».

El simple andar revolviendo en estos objetos es ya instructivo; el espíritu coge al vuelo muchos nombres y fechas que, ciertamente, la acción del tiempo erosiona luego, pero que siempre dejan una especie de humus en el que crecen muchas cosas, como, por ejemplo, un conocimiento difuso, a menudo superior al conocimiento exacto, y un tino para captar las fronteras y transiciones de las creaciones espirituales. De ahí que ninguno de mis muchos paseos por los muelles del Sena sea tiempo perdido — de modo muy parecido, el encanto de la caza está en la persecución del animal, no en la pieza cobrada.

París, 1 de septiembre de 1942

El primero de septiembre — a lo largo de los muelles del Sena se extiende ya un dibujo de hojas de chopo, hojas amarillentas, recortadas en forma de corazón. Entramos hoy en el cuarto año de guerra.

A última hora de la tarde en el estudio de Valentiner, para ver subir la noche por sobre los tejados. Las golondrinas y los vencejos están yéndose ya. Luego con Charmille en las Tullerías; sentados en un banco, mientras en el cielo brillaba magnífico el Carro, hemos estado conversando sobre la flor de cáliz de oro, la flor de la imaginación.

Lectura: Paul Morand: *Vie de Maupassant.* Estos libros son como ramos de flores en los que van entretejidas arañas multicolores y cabezas de serpientes. Por cierto que uno no debiera escribir la biografía de una persona a la que apenas ama.

París, 2 de septiembre de 1942

Por la tarde en Bagatelle. Las hojas comienzan ya a ponerse amarillas y los áster empiezan a florecer. Conversación confidencial en el Pavillon.

Por la noche dormí mal. Cuando esto ocurre tenemos unos sueños en los que, en vez de imágenes, son pensamientos lo único que adquiere forma: no penetramos en las bóvedas más hondas de la impronta — no llegamos a las soluciones.

París, 8 de septiembre de 1942

A última hora de la tarde en el estudio de Valentiner, donde se encontraba Henry de Montherlant, y también Nebel, que venía de las islas. Nebel estuvo hablando de una profecía del siglo XVI que anunciaba la destrucción de Colonia para estas fechas. Dijo que se había cumplido literalmente, también en lo que respecta al lugar, pues lo único que ha quedado demolido ha sido el centro de la ciudad, el cual coincide con la superficie que en aquella época tenía Colonia. Luego hablamos sobre el americanismo, que es fomentado cada vez más por la destrucción de las viejas ciudades.

Sobre De Quincey, del que Nebel se ha traído una edición inglesa que me ha hecho la boca agua. Sobre las corridas de toros, para ver las cuales se escapó Montherlant de su casa cuando era niño. Sobre el duque de Saint-Simon y sobre las *Memorias* de Prini Visconti acerca de la corte de Luis XIV. Montherlant contó la anécdota del conde de Guiche que él descubrió en esas *Memorias* y que ha relatado en uno de sus libros.

París, 9 de septiembre de 1942

Almuerzo en casa de los Morand, donde, además de a ellos, he visto también a Benoist-Méchin. Conversaciones sobre Maupassant, con motivo de su biografía escrita por Morand, quien dijo que se encuentra en posesión de un gran número de cartas desconocidas de este autor. Luego sobre D'Annunzio al que Benoist-Méchin acudió a visitar en una ocasión a su isla. D'Annunzio, tras pronunciar breves brindis dedicados a las diversas naciones, mandaba que los cañones de su barquito de guerra disparasen salvas en honor de ellas. Al final, tras una frase especialmente cordial dedicada a Francia, el humo de la pólvora se concentró formando un anillo que lentamente fue elevándose por los aires. Entonces D'Annunzio le dijo a su huésped:

—¿Cree usted ahora que soy un poeta?

Benoist-Méchin estuvo hablando luego sobre el reclutamiento de los seiscientos cincuenta mil trabajadores que Alemania reclama de Francia y sobre las posibilidades y los inconvenientes de esto. Entre los últimos citó también el aumento del peligro de catástrofe que para Centroeuropa comporta tal acumulación de individuos desarraigados por razones puramente técnicas, acumulación que también para Francia resulta peligrosa, aunque solo sea por motivos de vecindad.

Este ministro da la impresión de una inteligencia precisa. Su error consiste en haber escogido el mal camino en la encrucijada. Ahora se lo ve avanzar por un sendero que se hace cada vez más angosto e

intransitable. En ese sendero se ve obligado a incrementar el movimiento, mientras que los resultados conseguidos son cada vez menores. De esta manera se gastan las energías; estas llevan a dar pasos desesperados y, finalmente, a la caída. Europa se parece a una mujer hermosa a la que no han faltado pretendientes, pero que aún aguarda la llegada del apropiado.

Luego en el parque de Bagatelle con Charmille, a la que encontré en las cercanías de la torre Eiffel. Los áster están comenzando a echar hermosas flores, especialmente uno que tiene en sus matas miríadas de capullos de color gris pálido, de un tamaño no mucho mayor que una cabeza de alfiler. Hace con ello honor a su nombre, como si reflejase el firmamento en el microcosmos.

París, 10 de septiembre de 1942

Cenado con Humm en el Ritz, en compañía del corresponsal de la *Kölner Zeitung,* Mariaux, y de su esposa. Mariaux contó que en las turbulencias de esta guerra el fuego le ha destruido todos sus apuntes y manuscritos, resultado de un trabajo de treinta años, y comparó acertadamente el estado anímico en que desde entonces se mueve con el estado de Peter Schlemihl, el hombre que perdió su sombra.

Las desventuras de Mariaux me han hecho pensar si no debería yo publicar varios de mis inéditos —por ejemplo, mis diarios de viaje— antes de lo que había planeado. El imprimirlos representa desde luego una seguridad contra ese tipo de pérdidas.

De los escollos encontrados en el avance de mi pensamiento el del solipsismo ha llegado a ser especialmente fuerte en estos años. Esto guarda relación no solo con el aislamiento, sino también con la tentación de despreciar a los seres humanos, una tentación que nunca combatiremos bastante en nosotros. Uno se siente cada vez más extranjero entre estas muchedumbres que han renunciado al libre albedrío y tiene a veces la sensación de que no existen en absoluto o de que son únicamente fantasmas que vemos a nuestro alrededor, en ambientes medio demoníacos medio mecánicos.

Solipsismo activo: en él somos nosotros los que soñamos el mundo. En la muerte nos soñamos sanos; si soñásemos con más intensidad, seríamos inmortales. Esto resulta seductor. Pero siempre hay que pensar en los peligros que todavía vio Ruysbroeck l'Admirable y que describe en su *Espejo de la salud eterna* con estas palabras: «Encontramos aún otras personas, malas y diabólicas, que dicen que

son Dios: que sus manos han hecho el Cielo y la Tierra y que son ellas quienes los conservan, junto con todas las cosas que existen».

Son tentaciones que asaltan a los hombres en el espacio donde actúa la decisión teológica, espacio que era visible en la Tebaida. En comparación con él, qué diminuto aparece todo el mundo técnico.

París, 13 de septiembre de 1942

Paseo dominical hasta Saint-Rémy-les-Chevreuse. Allí suelo almorzar placenteramente en el Auberge de l'Yvette; luego subo monte arriba hasta llegar a un gran parque que su propietario ha abandonado. Un buen cigarro puro para el inválido que hace las veces de portero del parque abre las puertas de este jardín en estado salvaje. Me paro a descansar en una cuesta solitaria, cubierta de bajas matas de castaño; desde allí se tiene una vista de verdes abetos y encinas en la parte de abajo. Los grajos y los picos carpinteros revolotean entre ellos de un lado para otro. Muy rápidamente pasa la tarde, dedicada a descansar y a meditar.

París, 14 de septiembre de 1942

El enigma de la vida — en su presencia el espíritu se pone a trabajar como si tuviese que abrir una cerradura de combinación.

Lo inaudito de este trabajo: que el contenido de la caja fuerte varía según cuáles sean los métodos utilizados para abrirla. Si se fuerza la cerradura, el contenido se evapora.

Doucement! Cuanto mayor sea la delicadeza con que probemos a encontrar la combinación, tanto más sorprendentes serán las combinaciones que se nos presenten y tanto más sencillas se volverán. A la postre empezamos a vislumbrar que es nuestro propio pecho, lo que estamos abriendo, que somos nosotros mismos lo que estamos abriendo, y que los enigmas del mundo son una imagen refleja del enigma de la vida. Y entonces hace irrupción una superabundancia cósmica.

París, 15 de septiembre de 1942

Lectura: continuado la de la Biblia, a la lectura regular de la cual vengo dedicándome desde hace un año. De los salmos me ha llamado hoy especialmente la atención el 139, el cual expone la física divina. De esta cabe decir que es una física monista, por cuanto es un único tronco el que sustenta el ramaje de los contrarios. Dios está presente hasta en las profundidades del infierno, para él las tinieblas brillan

igual que la luz. Dios penetra la materia, ve los huesos del ser humano mientras están formándose en el seno materno y conoce el futuro del hombre.

Este salmo se diferencia de los demás por el hecho de resultar enteramente comprensible para nuestro pensamiento; comparado con otros, como, por ejemplo, el poderoso salmo 90, el salmo 139 es más moderno, en el mismo sentido en que es más moderno Tucídides que Heródoto. Comparado con los viejos cantos del destino, está hecho de la más excelsa sustancia espiritual. Los versículos 19-22 desmerecen, y, si no me engaño, necesariamente son de otro autor. En cambio es muy bello el versículo 14, donde el ser humano da gracias a Dios por haber hecho de él una criatura maravillosa. Resulta evidente que solo como relación entre seres maravillosos cabe imaginar la piedad. Los animales ensalzan a Dios con sus juegos, con la magnificencia de sus colores; al ser humano se le ha otorgado además la palabra.

Por otro lado, leído *Quitt,* un relato de Fontane. Mientras lo leía me vino a la cabeza una vez más el pensamiento de que una capacidad narrativa grande perjudica ligeramente al autor, ya que el fino plancton del espíritu no se desarrolla bien en su rápida corriente. La razón de tal cosa está en que el talento narrativo es en sus orígenes un talento retórico y por ese motivo no se amolda bien a la pluma — la arrastra con demasiada rapidez. Es cierto que casi siempre el talento narrativo delata salud, pero justo por ello va fácilmente emparejado con un optimismo que explora de un modo demasiado superficial las personas y las cosas. Pero cuando, en el nivel más alto, la fuerza poética y la fuerza narrativa se igualan, lo que entonces se crea es algo incomparable, como ocurre en Homero. En los aedos, los cantores épicos de la Grecia antigua, esas dos fuerzas no estaban, desde luego, escindidas y la fábula nacía ya revestida de plumaje. Esto presupone la poesía como lengua materna del género humano, en el sentido en que lo entendía Hamann.

Por fin, Maurice de Guérin. Es un autor de primer rango en no pocas de sus intuiciones, por ejemplo en la que dice que la lengua no se limita a comunicar sentimientos y sensaciones, sino que ella misma posee un cuerpo vivo, sensibilísimo, el cual ansía configuración hasta en la última de sus sílabas. Dado que Guérin dispone de ese libre soplo que transforma el barro en carne y sangre, su lenguaje está llamado como ningún otro a dibujar y descubrir un mundo animado de panteísmo.

Me ha sorprendido, en la anotación escrita por Guérin en su diario el 8 de febrero de 1833, en la cual habla de varios poetas alemanes, que no mencione a Novalis, quien tiene, sin embargo, mucho parecido con él tanto en su vida como en su obra.

París, 16 de septiembre de 1942

La tarde de hoy miércoles, en el Jardín d'Acclimatation. De las mermadas existencias de la faisanería me ha llamado la atención una pareja de gallinas de Sumatra — negras, con intensos reflejos verdes, que se ponen magníficamente de relieve a la luz del sol. El macho es un animal robusto; las plumas de su cola, que forman largas incurvaciones, no se alzan en forma de hoz, como ocurre en nuestros gallos, sino que se asemejan, a la manera oriental, a la cola de un vestido. Es un ornato que resalta especialmente cuando el animal se estira, es algo que se parece a una cascada de color verde metálico.

¿Por qué es especialmente vivo nuestro arrobo cuando algo archiconocido, cual lo es nuestro buen gallo doméstico, aparece con una figura inesperada — con una figura que ha adquirido su forma en islas situadas allende los mares navegados de antiguo? Esto es algo que a mí me impresiona con tal fuerza que hay ocasiones en que están a punto de saltárseme las lágrimas. Pienso que lo que en un instante como ese se nos desvela es la inaudita densidad de la sustancia, la densidad que es propia de las imágenes familiares. Un ser como ese parece estar cargado de gérmenes de vida hasta en la última de sus células; y, floreciendo esplendorosamente en las regiones tropicales, despliega desde sí la sobreabundancia. Lo que en esos juegos mágicos se nos hace visible es lo Uno, la Imagen primordial. Su visión produce también un sentimiento de vértigo; desde la irisada aura de las cualidades nos precipitamos en la sustancia. La jerarquía de los arcoíris — cabe pensar que también el mundo ha sido creado en su conjunto a semejanza de la Imagen primordial, la cual se diversifica en miríadas de sistemas solares.

En esto es también en lo que reside el encanto de una colección, y no en que esté completa. De lo que se trata es de alcanzar en la pluralidad unos puntos de vista que se hallen ordenados en torno al centro de la energía creadora. Este es asimismo el sentido de los jardines y este, en fin, el sentido del camino de la vida en general.

Después tomado el té a la sombra de los árboles del Pavillon d'Armenonville, a la orilla del minúsculo estanque de igual nombre. Los blandos golpes de las aletas de los peces o la caída de una castaña madura trazaban sobre la superficie del estanque unas ondas

concéntricas que, al cortarse, creaban una delicada rejilla en la cual quedaba prendido de un modo magnífico el verde de los árboles. La malla de la rejilla parecía hacerse más fina en las orillas, de manera que las hojas de una gran catalpa, o, por su nombre vulgar, «árbol de las candelas», hojas que en el centro del estanque relucían formando círculos y óvalos, luego en la orilla se fundían en bandas verdes que se hundían en las profundidades ondeando cual banderas.

Pensamiento: «Así es como habría que presentar los tonos nuevos, de un modo didáctico, en la imagen refleja que va aneja a la imagen familiar. Aquí ejerce luego su imperio, en un campo limitado, la ley más libre». Ahora bien, ¿no es eso lo que de hecho ocurre? Lo nuevo actúa siempre de esa manera: al principio se adhiere como delicada contradicción, como sombra de posibilidad, a lo que está vigente. Luego penetra en lo real. Esto es algo que sin duda habrá de notarse también en la historia de la pintura — va creciendo hacia arriba desde sombras, desde espejos, desde la penumbra, desde la oscuridad. Por cierto que algo parecido ocurre en la historia en general. Lo nuevo se aposenta primero, durante largo tiempo, en reflexiones y en fabulosos confines; actúa en juegos espirituales, en utopías, en filosofemas, en teorías — y lentamente va invadiendo luego lo real, infiltrándose en ello inicialmente por osmosis. Las barcas que traen las figuras del destino llegan a la hora del crepúsculo y atracan en un lugar apartado.

No olvidar: los dos martines pescadores que aquí, al borde de la gran ciudad, andan revoloteando por encima de los almohadones formados por las lentejas de agua. Han hecho su nido en el pequeño afluente que alimenta el minúsculo estanque. A mí me parece que el más bello giro del vuelo de esta bestezuela, que se parece a un joyel, es aquel en que muestra las plumas de su cola — su dorso de color lapislázuli refulge entonces de pronto como si estuviera hecho de polvo, de polvo de turquesa.

París, 17 de septiembre de 1942

Lectura: *Pots cassés,* de Harold Begbie. En este libro, traducido del inglés, se describen las peripecias vitales de toda una serie de proletarios londinenses que, tras haber caído corporal, espiritual y éticamente en el fango más bajo, fueron luego convertidos. El libro hace ver con claridad a qué grado de alejamiento de sus auténticas tareas ha llegado una institución como la Iglesia anglicana y cómo esa Iglesia ha acabado perdiendo aun la pura técnica de los procedimientos salvíficos. En el espantoso remolino provocado por el naufragio son menester pilotos que conozcan el modo propio de ser de los elementos dentro de los cuales se esfuerza por respirar quien está a

punto de ahogarse. En este punto podemos aprender de las sectas, sobre todo del Ejército de Salvación, del que me estará permitido decir que representa la más reciente de nuestras grandes órdenes. De igual manera que los benedictinos construían sus edificios en lo alto de los montes y los cistercienses lo hacían en zonas pantanosas, así el Ejército de Salvación ha escogido como campo de acción propio las grandes ciudades, cuyos desolados desiertos han modelado su regla y su táctica.

El trabajo de los hombres y mujeres del Ejército de Salvación ha instituido ya un enorme tesoro de bondad; pero tal trabajo resulta aún más importante, por encima de eso, por lo que tiene de pionero. Quienes abren la brecha para que por ella se lance el gran ataque son los zapadores; pues de igual manera es también la salvación y conversión de la persona singular lo que precede a la ofensiva salvífica sobre las grandes muchedumbres, las cuales llevan asimismo una vida que transcurre sin participación ninguna en la naturaleza interior. Esas muchedumbres, sin embargo, están ansiosas de ella, y también hoy basta un pedacito de pan espiritual para proporcionarles un alimento más sabroso que el que puede darles cualquier economía.

Hablando de detalles, un pasaje de este libro que me ha gustado mucho es el que habla del alcohol. En él se explica con citas bastante largas, pero que por desgracia no vienen documentadas, que la fuerza de atracción, a menudo imposible de resistir, del alcohol no está en el goce físico que proporciona, sino en su fuerza mística. De ahí que el desgraciado bebedor se refugie en el alcohol no porque sea un depravado, sino porque está hambriento de poder espiritual. Al pobre, al inculto, la bebida le otorga lo mismo que a otros les es proporcionado por la música y por los libros: el regalo de una realidad elevada. Hay muchos seres humanos para quienes la reducida zona en que son hechos partícipes de un soplo de lo Ilimitado se encuentra junto a la borrachera. De ahí que estén también muy equivocados quienes pretenden combatir el alcoholismo como si fuera una especie de glotonería referida a los líquidos.

En este libro se dice asimismo que el éter y el protóxido de nitrógeno son llaves que dan acceso a intuiciones místicas. Esas materias, se agrega, permiten echar un vistazo a una verdad más honda, la cual va revelándose de abismo en abismo. Esto que aquí se dice es completamente cierto y se halla descrito también en la pequeña obra de Maupassant acerca del éter que yo traduje al alemán hace ya muchos años. El autor añade luego que tienen que existir necesariamente muchos estados de consciencia, y no uno solo, y que tales estados se encuentran, por así decirlo, separados por membranas

— membranas que nosotros atravesamos en la embriaguez.

Un pensamiento muy parecido a este era el que yo perseguía cuando me dediqué a estudiar las distintas especies de embriaguez. Yo me imaginaba la consciencia normal como un disco fijado horizontalmente a un eje. Las distintas embriagueces modifican, según cuál sea la droga utilizada, el ángulo de ese disco y, al modificar el ángulo, modifican el horizonte y también los signos que de repente brillan en él. El giro completo encierra la suma de esas modificaciones y, con ello, el universo espiritual, la figura esférica. Una vez que he navegado todos los mares de la embriaguez y he reposado en todas sus islas y he estado en todos sus golfos, archipiélagos y ciudades encantadas, una vez que he hecho eso he conseguido el gran periplo, he dado la vuelta a la Tierra en mil noches — me he movido alrededor del ecuador de mi consciencia. Esta es la gran gira, este es el vuelo al cosmos espiritual, vuelo en el que ha desaparecido ya sin dejar rastro un número enorme de aventureros.

París, 18 de septiembre de 1942

Por la tarde, sentado en un banco de la Place de l’Étoile, dado de comer a las palomas; eran tan confiadas que posaban en mi mano sus patitas de un color rojo como el coral. La visión del cuello de las palomas me lleva a los tiempos de mi infancia. Nada me parecía entonces tan prodigioso como ese juego de colores verdes, dorados y violetas al que se prestan las minúsculas plumas cuando una paloma picotea los granos en el suelo o un palomo anda fanfarroneando delante de su hembra mientras arrulla. El modesto color gris alcanza en esos reflejos tornasolados su nivel superior, opalino, hace arder, a la luz del sol, aquello que está oculto en sus profundidades.

Luego, por la Rue du Faubourg-Saint-Honoré, acompañado de Charmille, que me animaba a hacerlo, he adquirido un librito de bolsillo que se hallaba expuesto en el escaparate de una librería de viejo y que, a lo que parece, está traducido del manuscrito de un viejo brahmán. Bastó efectivamente una rápida ojeada para advertir que se trataba de un buen hallazgo. Me he llevado también la *Histoire générale des larrons,* de D’Aubricourt, en la *editio princeps* de 1623.

Luego, en la Place du Tertre, hemos estado sentados un rato en el jardín de la Mère Catherine y a continuación, siguiendo un camino en espiral, hemos dado la vuelta al Sacré-Cœur. Esta ciudad se ha convertido para mí en una segunda patria espiritual, está transformándose cada vez más en la síntesis de lo que me resulta querido y apreciado en una vieja cultura.

París, 21 de septiembre de 1942

Es posible advertir en niños de tres años toda la dignidad de la persona moral, ligada a la jovialidad en una unidad que luego termina por perderse.

Por la tarde en Vincennes, donde he ido a visitar, para un asunto especial, a mi antigua portera. Nuestros conocidos se parecen a hilos multicolores que el Destino ha depositado en nuestras manos. Nosotros los unimos y trenzamos y aparecen así diseños cuyo valor y orden determinan el grado de armonía que nos está otorgado. No todo el mundo sabe administrar ese capital.

París, 23 de septiembre de 1942

Paseo con Charmille por el Bosque de Vincennes. Hemos estado charlando sobre el desenlace de estos años y sobre los remolinos que vemos acercarse. Hacía un tiempo lluvioso, los húmedos caminos estaban sembrados de castañas relucientes.

Por la noche soñado con soldados en compañía de los cuales me encontraba. Llevaban en el pecho una pequeña condecoración redonda, concedida por haber fusilado a heridos. De lo que decían en su charla deducía yo que tales condecoraciones las otorgaba un comité internacional y tenían validez internacional, algo así como la Cruz Roja:

—Correctísimo; ese es el único punto en que seguís estando de acuerdo.

París, 24 de septiembre de 1942

Poupet y Heller me han visitado en el Hotel Raphael. Conversación sobre las *Memorias* de Caillaux, que acaban de aparecer en la editorial Plon. Poupet ha contado que hace poco vio en una cena a Madame Caillaux, la cual mató a tiros en 1914 al periodista Calmette. Se presentó en aquella cena con unos largos guantes de color rojo que le llegaban hasta el codo.

Charlado también del encanto de objetos que durante largos años han estado impregnándose de aroma, como, por ejemplo, los morteros, las correas de masajes, los molinillos de especias, o asimismo edificios enteros, como las farmacias antiguas o como los almacenes de tabaco que yo vi en Bahía.

París, 25 de septiembre de 1942

Lectura de documentos y de informes de la época sobre algunos acontecimientos de la Revolución francesa. La suerte de la familia real me pone tan triste, me abre unas perspectivas tan desalentadoras sobre la ignominia del género humano como si estuviera viendo a bandadas de ratas poner cerco a víctimas indefensas y, al final, lanzarse sobre ellas.

Por la tarde se ha presentado Claus Valentiner en mi despacho del Majestic y me ha regalado la edición de las obras de Vico preparada por Michelet hacia 1835.

París, 27 de septiembre de 1942

Paseo dominical, con lluvia, por el Bosque de Vincennes. Hemos dado la vuelta al Lac des Minimes, con sus islas, y luego hemos estado contemplando, en el límite del bosque, a los jugadores de petanca; su despreocupada calma me produjo un gran deleite ya cuando los vi en otro tiempo en compañía de Höll. Las personas que allí están son hombres de edad comprendida entre los cuarenta y los sesenta años y en su mayoría son sin duda pequeños funcionarios y comerciantes. En una pista de cemento lanzan bolas de metal, que llenan aproximadamente la mano abierta, contra otra bola más pequeña, del tamaño de una mandarina, a la cual golpean siguiendo dos trazados. La impresión que se saca viéndolos es que el hundimiento de imperios, el fracaso de campañas militares son cosas que allí se perciben solo de una manera vaga. De ahí que resulte reconfortante el contemplar esas pistas, es como acercarse a filósofos.

Luego en los establos de un pequeño circo; delante de ellos hemos visto a un factótum maquillado que pasaba a toda prisa el cepillo a tres elefantes, preparándolos para la función. La lluvia goteaba de la lona y formaba en sus bordes unos oscuros charcos de los que uno de los elefantes pescaba astutamente con su trompa la paja cortada arrastrada hasta allí por el viento; hacía bolitas con la paja y luego se las introducía satisfecho en su boca. Tras haber dado fin a la limpieza de los animales el factótum los forzó a evacuar; para ello hizo restallar el látigo mientras gritaba: «Chi-chi-chi». Aquellos buenos animales separaron las patas traseras y dejaron caer enormes cantidades de orina y excrementos.

Era evidente que el factótum tenía miedo de no acabar su limpieza antes del comienzo de la función; esto incrementaba todavía más la comicidad de lo que estaba haciendo. En general la comicidad

de una tarea tan absurda como esta de hacer que unos elefantes defequen es algo que aumenta a la par de la seriedad con que se ejecuta. En eso consiste también la auténtica comicidad de Don Quijote, comicidad que en él se triplica por el hecho de que también el narrador parece tomar en serio las aventuras.

París, 29 de septiembre de 1942

Noche en vela, repleta de una actividad febril. Las horas se pasaron volando, sin embargo; lo que en noches como esta hacemos no es dormir, sino resbalar sobre la superficie del sueño como sobre una oscura capa de hielo.

Volvía a recorrer paso a paso, siguiendo mi costumbre, algunas caminatas realizadas por mí en tiempos pasados. Luego desembarcaba en una isla y abría la puerta a los recuerdos. Así, esta vez volvía a subir a las montañas de Las Palmas. También ahora, igual que entonces, lloviznaba, del cielo caía un agua densa, cálida, y yo veía la planta del hinojo en un frescor maravilloso — la savia verde circulaba por sus delicadísimos tejidos como por venas de color esmeralda. Lo más íntimo de la planta quedaba al descubierto. Tal vez los instantes supremos en este mundo, instantes que nos otorgan más dones que los que otorga el abrazo de mujeres hermosas, eran aquellos en los que me inclinaba sobre aquel milagro de vida. En aquel momento tenía dificultades para respirar, pues sobre mí se abalanzaba una ola que se erguía de un mar azul. La estrellita de una flor no es menos digna de veneración que el firmamento entero.

Pensamiento: es cierto que con el cuerpo dormimos todas las noches en el mismo sitio, pero con el espíritu lo hacemos en una espesura diferente, estamos emboscados en un lugar distinto. Y así ocurre a menudo que nos hallamos en lugares siniestros, en hondonadas desiertas, infinitamente lejos de nuestra meta. De ahí también la fatiga, inexplicable con frecuencia, que sentimos después de haber dormido profundamente.

Perpetua me escribe que en el último ataque aéreo a Múnich ha quedado destruido también el estudio de Rodolphe. Por fortuna no guardaba allí ninguno de sus cuadros. Sin embargo, si hubiera desaparecido el retrato mío para el cual posé en Überlingen, no lo habría sentido mucho.

Por la mañana llegó Ziegler, que me trajo noticias del ataque

aéreo a Hamburgo. Los ingleses han arrojado bombas incendiarias atadas en manojos de setenta piezas; para intimidar a los hombres de la defensa antiaérea cuando acudiesen a apagar el fuego, una de cada diez bombas llevaba una carga explosiva de efecto retardado. En el momento en que las llamas aniquilaban su imprenta eran más de ciento quince los incendios que causaban estragos en la ciudad.

A última hora de la tarde escuchado una conferencia; la ha pronunciado uno de los pequeños mauritanos, el cual ha disertado, con una cierta complacencia cínica, sobre la técnica de influir en las masas mediante la propaganda. No cabe duda de que este tipo humano es nuevo, lo es al menos con relación al siglo XIX. El adelanto que esas gentes indudablemente llevan es de naturaleza enteramente negativa y consiste en que arrojaron antes que la mayoría de los demás el bagaje moral e introdujeron en la política las leyes de la técnica mecánica. Pero ese adelanto será superado — y no, ciertamente, por el hombre moral, el cual necesariamente es inferior a tales gentes en lo que respecta al empleo sin freno alguno de la fuerza bruta, sino que lo será por sus iguales, que habrán aprendido de ellos la lección. Acabará llegando un día en que incluso el más lerdo se dirá: «Si a ese le gusta andar haciendo burla de todo, ¿por qué continúa exigiendo que a él se lo respete?».

De ahí que sea un error aguardar que la religión y la religiosidad vayan a restablecer el orden. Las cosas zoológicas se producen, antes por el contrario, en el plano zoológico y las cosas demoníacas, en el demoníaco — es decir, el pulpo gigante atrapa al tiburón y Belcebú, al Diablo.

París, 30 de septiembre de 1942

Corrección de pruebas de mis *Cartas de Noruega*. Mientras lo hacía he sentido reparos a propósito de una expresión que en ellas empleo: *geschmolzene Bleiflüsse* [ríos derretidos de plomo]. Sin duda son escrúpulos injustificados, pues los ríos pueden estar también helados, congelados.

Por cierto que el fallo que aquí noto es un fallo que se debe a la lengua, a uno de los huecos que existen en su mosaico. La lengua carece de un sustantivo propio para expresar el concepto «río helado».

La parte inferior de muchos animales que viven pegados al suelo, como los peces planos, los turbelarios, las serpientes, es incolora —

ahorrativa pintora es la Naturaleza.

Por la tarde en la Biblioteca Nacional. Sala de catálogos — con frecuencia he deseado poseer mamotretos en los que poder encontrar la referencia de todos los libros impresos; aquí me percato, sin embargo, de que hay instrumentos auxiliares cuya posesión no está al alcance de la persona singular, por muy rica que sea. Esos instrumentos están hechos a la medida del Gran Hombre, es decir: del Estado. Por ejemplo, este sistema de catálogos — en presencia de él tiene uno la impresión de hallarse ante una máquina espiritual proyectada por un intelecto metódico.

En aquella sala mantuve una conversación con el Dr. Fuchs, que está trabajando en un catálogo general de las bibliotecas alemanas; con él creará una obra capital de la laboriosidad de abeja del ser humano. El gran trabajo de recolección y control está, según parece, en sus comienzos; nos encontramos aquí en presencia de una nueva *chinoiserie,* de un mandarinismo que carece ciertamente de fuerza creadora, pero que sabe manejar limpiamente los ideogramas ya acuñados. De ello cabe esperar, en el terreno de la museística, el advenimiento de una ciencia más rigurosa, más modesta, pero al mismo tiempo más placentera; comparada con ella, la ciencia del siglo XIX posee rasgos anárquicos. Tal ciencia estará unida por muchos de sus hilos con el siglo XVIII, con Linneo, con los enciclopedistas y con el racionalismo teológico. Se vivirá mejor con esos espíritus, serán más controlables. En el mundo de la aniquilación son ellos los conservadores. Son inminentes nuevas pirámides y nuevas catacumbas, una actividad subterránea, como en un hormiguero. De igual manera que en tiempos de los faraones se quería sustraer de la caducidad al soberano y a toda su familia, así también se quiere hoy sustraer de la caducidad el material metódicamente ordenado del espíritu cognoscente, incluidas sus más pequeñas fruslerías.

Luego en la sala de los manuscritos, en la cual estaban expuestas cosas magníficas, como el Evangeliario de Carlomagno, la Biblia de Carlos el Calvo y el Libro de Horas del duque de Berry, cuyo calendario se hallaba abierto por las páginas correspondientes a los meses de agosto y septiembre. Aquella sala parecía un relicario, en su atmósfera luminosa vibraban las partículas solares, entrar en ella era como entrar en un cuadro de Memling. El orden museístico alcanza su forma suprema cuando las piezas seleccionadas llevan adherido, a la vez, un carácter de reliquias — la presencia de poderes ancestrales realza su precioso valor. Un nuevo clero tendría que venir a ocupar aquí el puesto de custodio, por mucho que tal cosa vaya a

contracorriente del desarrollo histórico. Ello tendría que ir ciertamente precedido de una nueva sensibilidad. Pero de un Estado que hace vigilar por policías la Tumba del Soldado Desconocido no cabe aguardar nada de eso.

Entre las obras de música, la partitura de la ópera *Pelléas et Mélisande,* de Debussy; aquella partitura tenía un toque de exactitud grandiosa — guardaba semejanzas con el plano de una central de distribución eléctrica; las notas estaban dispuestas en fila cual pequeños aisladores de vidrio a lo largo de un tendido eléctrico.

Cenado en la Rôtisserie Nique, de la Avenue de Wagram, con Ziegler, cuyas visitas a París me alegran siempre, y con Heller. Charlamos sobre la situación; hace ya diez años que somos de la misma opinión en este punto. Luego sobre conocidos, entre otros sobre Gerhard, cuya esposa es eso que ahora se llama «judía cuarterona», es decir, que tiene una cuarta parte de sangre judía. Por ese motivo los otros vecinos del bloque donde vive la han excluido del uso del refugio antiaéreo. Es difícil admitir que los catedráticos de instituto hamburgueses que en aquel edificio habitan tengan tan finamente desarrollado el sentido de la pureza de sangre — lo que sí poseen, en cambio, es un olfato siniestramente preciso para olerse quién puede servirles de cabeza de turco.

A altas horas de la noche estaba leyendo todavía en el *Eclesiastés;* luego dormí poco y mal, cosa que viene ocurriéndome con frecuencia en los últimos tiempos. El dormir es el principio opuesto a la voluntad, de ahí que, cuanto más intentemos forzar el dormir, más nos desvelemos. El pensamiento, en cambio, recorre la misma senda que la voluntad. Podemos así pensar todas aquellas cosas en que queremos pensar; en cambio, no podemos expulsar del pensamiento ni una sola cosa en la que no queremos pensar. Recuerdo a este propósito el cuento del labrador al que prometen un tesoro, pero con la condición de que no piense en un oso mientras lo desentierra. El chiste tiene más profundidad de la que aparenta; señala el camino que conduce a los tesoros de la Tierra.

París, 2 de octubre de 1942

Me dice Perpetua en una carta que el final de este siglo será tal vez más horroroso que su comienzo y que su parte central. Yo no lo creería; he pensado muchas veces que este siglo se parecerá al Heracles que en la cuna aplastaba serpientes. En lo que sí está muy acertada, en cambio, es en decir que en estos tiempos resulta necesario desarrollar virtudes propias de lagarto; es preciso saber

descubrir y aprovechar los pocos lugares soleados que existen. También a la guerra cabe aplicar eso; no nos es lícito andar siempre pensando infructuosamente en cuándo acabará. Es esa una fecha que no depende de nosotros. En cambio, brindar alegría a los demás y a nosotros mismos, aun en medio de las tormentas, eso sí estamos en condiciones de efectuarlo. Cuando lo hacemos tenemos en la mano una puntita de la paz.

Perpetua me dice también en su carta que desde hace algún tiempo no se sabe nada del padre del Astrologus. Se sospecha que lo han asesinado, para robarle la ropa, prisioneros rusos. Esto me trae a la memoria la horrible suerte que le cupo al viejo Kügelgen. Por cierto que hace ya muchos años que preví el resurgimiento de las bandas de ladrones, si bien no vislumbraba el *modo* como la Historia materializaría eso — lo deduje sencillamente de ciertos síntomas negativos, uno de los cuales era, por ejemplo, la enorme prepotencia que iba adquiriendo la injusticia, su estatalización.

A última hora de la tarde me reuní con la Doctoresse en la Place des Ternes para tomar la infusión de verbena que me ha recetado. Desde que me hallo descontento con mi estado de salud ocurre que esta hora es también hora de consulta.

En la cama estuve leyendo primero en el *Diario* de Léon Bloy y luego en el *Eclesiastés.* Resulta sorprendente que figure en la Escritura, y además como uno de sus libros auténticos, un documento como este, lleno de escepticismo por todas partes; es algo que solo puede comprenderse si se ve la Escritura como un paisaje, como un fragmento de la Creación en el cual se complementan y atemperan las diversas partes. En este sentido ascendemos aquí a aquellas alturas en las que hace su nido la vieja águila real de corona blanca; el aire se ha enrarecido y la Tierra muestra su armazón. No hay nadie cuya vista sea más aguda que la de este rey sabio, pero Job penetra más hondo. Puesto que ha sido arado por el dolor, a Job le nacen frutos aun en su vejez.

El autor del *Eclesiastés* considera que también el dolor es vanidad. Evitó así la vida del rey Lear y disfrutó de la de Fausto en su vejez. Transformó países en jardines llenos de flores, plantó bosques y viñedos y vivió en sus palacios de recreo rodeado de muchedumbres de esclavas y cantantes. Pero todas esas cosas fueron solo vanidad; y verlas así resulta más horrible que verlas como el velo de Maya.

Hay en cada vida un cierto número de cosas que el ser humano no

confía ni aun a la persona con la que tiene máxima intimidad. Esas cosas guardan semejanza con las chinas que se encuentran en la molleja de las gallinas; ni siquiera la simpatía es capaz de digerirlas. Lo que el ser humano preserva con tanta ansiedad es lo mejor y lo peor de sí. Aunque mediante la confesión se quite de encima el peso de lo malo, lo mejor de sí lo reserva únicamente para Dios. Las cosas nobles, buenas, santas que en nosotros hay, quedan lejos de la esfera social; esas cosas no son comunicables.

Por cierto que las mujeres son mucho más secretas que los varones en este aspecto, con frecuencia son verdaderas tumbas de amores pretéritos; ¿es que hay alguna mujer de la que sepa todo su esposo o su amante, ni siquiera cuando la tiene fuertemente agarrada en sus brazos? A todo el que ha vuelto a encontrarse al cabo de años con una antigua amante suya le ha causado espanto esa maestría en el manejo del silencio. Son en verdad las mujeres hijas de la Tierra. En su pecho albergan ciencias terribles y solitarias, como la de la paternidad. En plena época burguesa subsisten ahí abismos propios de Medea. Un ejemplo: la estampa de la mujer que durante años contempla cómo su marido acaricia a un niño que no es suyo.

«Dos personas que se aman tendrían que decirse todo la una a la otra» — sí, ¿pero serán bastante fuertes como para soportarlo?

»No hay duda de que me gustaría confesarme a ti, pero tengo miedo de que me escuches como sacerdote en tu propia causa, y no con sabiduría, como representante de Dios. Tengo miedo de que te conviertas en mi juez.»

La significación enorme, también salutífera, de la oración consiste en que abre por un instante los pliegues del corazón, haciéndolos accesibles a la luz. Sobre todo en nuestras latitudes nórdicas es la oración lo que proporciona al ser humano la única puerta que conduce a la verdad, a la sinceridad total, sin reservas. Sin la oración le resulta imposible al ser humano no tener dobleces, no albergar cámaras oscuras, incluso en sus relaciones con los seres más próximos y queridos — la educación lo haría callar donde no le impusiera silencio la prudencia.

Sobre las consonantes negativas, peyorativas, especialmente la *n* y la *p*. *Pes, peius, pied, petit, pire.* La *p* se usa también como sonido puramente despectivo. El pie como símbolo de lo inferior, como mano degradada. Después de la guerra me gustaría trabajar sobre estas relaciones, en especial sobre el modo como se refleja en el lenguaje el

cuerpo humano. Para ello sería conveniente, desde luego, que volviese a habitar en la misma casa que Friedrich Georg, pues la conversación aclara muchas cosas.

París, 3 de octubre de 1942

Por la tarde en la librería del Palais Royal, donde adquirí la edición de Crébillon impresa por Didot en 1812. Su encuadernación de vitela verde pone de manifiesto la gran fuerza estilística que aún poseía el Imperio — claro es que seguía disponiendo del linaje de artesanos del *ancien régime,* y esto es más importante que el estilo, es cosa de la sustancia. Francia disfruta todavía hoy de la ventaja de una tradición que ha ido pasando de mano en mano a los herederos; seguramente conservará esa ventaja también en lo futuro, gracias a su política, que a grandes rasgos puede considerarse sensata. Porque, ¿qué es lo que ahora importa en este país? Que no sean destruidos sus viejos nidos, sus ciudades, sobre cuyas ruinas se alzarían filiales de Chicago, que es lo que ocurrirá en Alemania. Los dos bandos beligerantes están empeñados en pasar al activo el gran capital que todavía dormita aquí y en llevarlo al mundo del fuego; quien mantiene equilibrada la balanza es un pequeño grupo de personas. El que esto se haya conseguido hasta ahora es algo que causa asombro, por cuanto va a contracorriente de la burda política que hoy en día se practica.

He tomado la decisión de no borrar en lo sucesivo las anotaciones escritas por los libreros relativas a estado de conservación, láminas, valor de las ediciones y cosas similares, que suelen encontrarse en las guardas de los libros — esas anotaciones añaden una nota más a eso que Feltesse denomina «la autenticidad del libro». En el exlibris anoto la fecha y el lugar en que he adquirido la obra, o el nombre de la persona que me la ha regalado, y a veces otras circunstancias especiales.

Comido en casa de la Doctoresse. He estado observándola mientras preparaba la comida. Hay en su manera de hacerlo un toque de *femme savante*, sobre todo en lo que respecta a la distribución del tiempo y a la sucesión de las distintas operaciones y medidas. El acto de cocinar adquiere así visos de un proceso pensado en todos sus detalles, de un experimento químico. Por cierto que el adquirir nuevos alimentos se ha convertido ya en una hazaña, pues en las tiendas no queda casi nada y el hambre va extendiéndose.

Lectura: Conan Doyle. Llegamos a una edad en que nos aburren

aun las buenas novelas policíacas. Empieza a menguar nuestro sentido para el cambio caleidoscópico de los hechos; nos resultan demasiado conocidos los elementos.

Esto es aplicable también a la vida — llega un momento en que dominamos los hechos, en que estamos hartos de ellos. «Setenta son los años de la vida del hombre...» — a lo que podría añadirse: y bastan. Quien, llegado a esa edad, no ha aprendido lo necesario para pasar a un curso superior, tiene que comenzar otra vez desde el principio, tiene que repetir.

De ahí el toque de infantilismo que aparece en los ancianos fallidos, en todos esos viejos verdes, avaros, crueles y mezquinos. El desorden ha alcanzado tal preponderancia que se ha perdido el conocimiento de lo que es una vejez lograda, la cual tiene unos signos, también externos, muy precisos.

París, 4 de octubre de 1942

Excursión a Saint Rémy-les-Chevreuse. Después de almorzar hemos estado dando vueltas por los bosques. La humedad que en ellos reina hace que broten ya las setas, cuyos sombreros brillan de súbito en el musgo, entre las telas de araña perladas de rocío. He visto un «pedo de lobo» redondo que tenía en el casquete unos largos pinchos — es el erizo de esta extraña tropa.

En lo alto de un gran castaño estaba balanceándose una ardilla; su color rojo chamuscado resultaba muy bello contra el verde húmedo de las hojas. Tiraba al suelo relucientes castañas, para el invierno; también nosotros hemos tomado parte en su recolección.

Muy melancólico, pues estoy cada vez más descontento de mi estado de salud. Desde hace semanas vengo adelgazando mucho. A menudo me harto y me gustaría tratar mi cuerpo como si fuera un amotinado, pero es mejor abrir los oídos y escuchar qué es lo que quiere.

Por la noche he seguido leyendo *La porte des humbles,* de Léon Bloy; leer a este autor me causa siempre satisfacción, a pesar de sus insultos maníacos e indiscriminados contra todo lo que es germánico. Así, a Bloy le gustaría borrar del mapa a Londres con una sola granada, y Dinamarca se le aparece como una especie de sucia Sodoma. Pero creo que ya he aprendido a aceptar a los seres humanos en su espíritu, aunque en su voluntad sean distintos de mí, y a verlos en su Figura, la cual reposa allende las fronteras y las oposiciones.

Continuado la lectura de *El cantar de los cantares.*

París, 5 de octubre de 1942

Por la tarde hojeado el *Pyrrus* de Crébillon. Parece imposible de superar la manera como aquí está franqueado el lenguaje; son tan perfectas su tersura y su redondez que físicamente es imposible llevarlas más lejos. Para lograr nuevas sonoridades, colores nuevos, sería preciso forzar más todavía las palabras, recurrir a métodos químicos. Tendría que añadirse *décadence.*

Es bella la gracilidad con que van sucediéndose unos a otros los versos y tienden sin esfuerzo hacia la rima — aquí es en la poesía donde con más naturalidad, donde con menos artificiosidad juega la lengua. La abundancia de vocablos de una sola sílaba, que le otorga un ritmo dactílico, contribuye también sin duda a volverla tan flexible.

La nuit est plus claire que le fond de mon cœur

A última hora de la tarde en el Quai Voltaire, donde he encontrado a los hermanos Valentiner y a Poupet. Una niebla de color gris plata envolvía los edificios, y por encima de ellos las nubes eran de un gris azulado, con una orla gris que indicaba el crepúsculo. Algunos matices de color quedaban absorbidos; los claros muros de Saint-Germain-des-Prés parecían borrados y lo único que brillaba era el techo oscuro del campanario.

La piedra clara con que aquí están construidos muchos de los edificios, puentes, adoquinados y muelles exhibe con extraordinaria frecuencia la réplica en hueco de una delgada concha en espiral. Siempre que mis ojos tropiezan con ella, siento alegría: es uno de los animales secretos del escudo de armas de esta ciudad, uno de los ornamentos del microcosmos que es esta ciudad.

París, 6 de octubre de 1942

Acabado: *La porte des humbles,* de Léon Bloy. En esta obra se nota que el viejo león se ha vuelto más manso; un mosto tan fuerte como este necesita setenta años para eliminar las heces.

La lectura de este libro me ha procurado goces numerosos, especialmente en los descansos del mediodía. El verdadero encanto de los diarios no está en las noticias extravagantes e insólitas. Mucho más difícil resulta describir el simple decurso de la existencia cotidiana, la regla fija que la vida ha llegado a adquirir. Todo esto se halla

bellamente conseguido en esta obra; participamos con el autor en el discurrir de sus días. De este modo vuelven los años idos a colmarnos de regalos, de igual manera que más de un verano sigue calentándonos en la leña que arde en la chimenea.

En este libro se encuentran varias premoniciones, algunas de las cuales se refieren a la revolución rusa. Lo que de verdaderamente apocalíptico hay en nuestro tiempo proviene efectivamente de aquel lado. En una de las últimas frases del libro vuelve Bloy a mostrarse como el que siempre fue: «Yo aguardo a los cosacos y al Espíritu Santo». También se encuentra poco antes de su fallecimiento, en la anotación del 16 de octubre de 1917, una frase mántica: «Ya no tomo alimentos. He perdido el apetito. Sería necesario que todo cambiase en mí». Y eso fue lo que hizo luego la muerte. Una vez que esta hubo modelado sus rasgos, aparecieron «majestuosos, serenos, autoritarios».

La vida de Léon Bloy es un ejemplo de que no son los errores los que ponen en peligro nuestra soberanía en el momento de cruzar aquel último arco de triunfo a que se encamina anhelante nuestro espíritu. Podría ser, antes por el contrario, la ausencia de errores lo que se sintiese en ese momento como desnudez. Nos despojamos de nuestros errores como se despojaba Don Quijote de su armadura; y ese quitarnos la máscara va acompañado de alegría.

Por la tarde en la librería de viejo de Jean Bannier, en el número 8 de la Rue de Castiglione. De allí me he traído la *Roma subterranea,* de Aringhus, una obra que contiene muchas láminas e inscripciones del mundo de las catacumbas y que puede considerarse como el primer antecedente de la *Roma sotterranea* de Giovanni Battista de Rossi. La paz de tales criptas escondidas muy hondo en la roca, ese adormecimiento durante eones en el seno de la Tierra, adquiere en nuestras zonas de fuego y aniquilación un atractivo insólito.

Pero sobre todo he adquirido un bello ejemplar de *La Chine en miniature,* de Breton — una obra en torno a la cual he estado rondando furtivamente en varias ocasiones, como da vueltas el zorro alrededor del cebo antes de caer en la trampa. El precio quedaba muy por encima de mis posibilidades. Pero bien puede gastarse en libros lo que con libros se gana, aunque uno tiene siempre la sensación de estar reuniéndolos para el montón de escombros en que muy fácilmente puede transformarse la casa en que se encuentran. Pese a ello, enseguida me he puesto a hojear con gran placer los seis volúmenes de que consta; aunque han pasado ciento treinta años desde que se publicó esta obra, las miniaturas siguen brillando con colores

bellísimos. En aquella época los desiertos y los mares separaban los países como lo hace el espacio celeste, y de ahí que la vida de esos reinos extraños se nos aparezca a menudo en las imágenes como si se desarrollara en otro astro.

A propósito de las perversiones: en las personas que se dan jabón en demasía y se untan con aceites exageradamente, de que escriben los autores, hay un atavismo que se remonta a tiempos muy lejanos: actúa en eso el recuerdo de los tiempos en que la piel entera era todavía una mucosa. La mucosa es la forma primitiva de la piel, herencia de las cunas marinas y de los orígenes neptunianos. En la mucosa el tacto aspira a sentir esferas semejantes a aquellas de que el color rojo hace partícipes a los ojos. Los tipos que aquí se encuentran son, empero, otros que los sanguíneo-solares — las figuras que aquí aparecen son, en efecto, figuras linfáticas, figuras dotadas de escaso pigmento y que sienten predilección por los baños de vapor, los salones de peluquería, los espejos, el mundo lunar y el de las cavernas. De entre las enfermedades se observarán en tales personas ante todo trastornos de la sangre y propensión a eccemas y picores. En estos tipos aparecen de un modo muy pronunciado una limpieza grande, que con frecuencia resulta maníaca, y también a veces el albinismo, así como el miedo a los microbios y el horror a las serpientes.

Las perversiones no son propiamente aberraciones — son elementos puestos en libertad, elementos que en todos nosotros están presentes y activos, pero que de ordinario se hallan sujetos. En los sueños ascienden a menudo de sus simas. Cuanto mayor es la profundidad a que se encuentran encerradas esas cosas bajo nuestros cimientos, tanto más vivas son la extrañeza y la indignación cuando la Naturaleza, cual si fuera un alquimista, las presenta y hace visibles en su pureza. Entonces sale de su agujero la serpiente. Tomemos el caso del terrible nerviosismo que se apodera de una ciudad de millones de habitantes cuando se enfrenta a un asesinato cometido por un sádico. Todos perciben el chirrido de los cerrojos en su propio mundo subterráneo.

De ahí que den que pensar las aberraciones de ciertos médicos que intentan sustraer el asesino al juez alegando que es un enfermo. Cabría defender eso si no se tratase, en el fondo, de la enfermedad de todos nosotros, una enfermedad que se manifiesta en el asesino y que es curada en nosotros por el hierro. Igual que se hacía en los antiguos sacrificios humanos, se empareda al asesino debajo de los pilares que sustentan el puente de la comunidad. De lo que se trata no es tanto de aquel infeliz cuanto de millones de hermanos suyos.

París, 7 de octubre de 1942

Dormido mal. Una agitación tenue, pero extraña, me desveló a temprana hora de la mañana. Se tiene la impresión de que el cuerpo quiere decir algo, de que quiere hablar con nosotros; pero, dada la vida artificiosa que llevamos, apenas entendemos las frases y palabras que pronuncia, de igual modo que tampoco entendemos apenas las frases y palabras que nos dice un antiguo arrendatario rural que en nuestra casa de la ciudad nos entretiene hablándonos de romerías, de mieses, de malas cosechas. Así como a este lo despachamos dándole dinero, así hacemos callar al cuerpo dándole pastillas. En ambos casos: regreso a tierra — es decir, a la Tierra, a los elementos.

En los periódicos: «Un libro que ha alcanzado una tirada de un millón de ejemplares es, en todo caso, algo insólito..., un acontecimiento desacostumbrado en el mundo del espíritu. Nos percatamos de que en él está actuando una necesidad profunda. El éxito de *El mito* es una de las señales en que cabe leer la voluntad oculta de una edad venidera». Esto es lo que dice el sabio Kastor en el *Völkischer Beobachter* del 7 de octubre de 1942 a propósito de *El mito del siglo XX,* de Rosenberg, la más banal colección de lugares comunes copiados a toda prisa que cabe imaginar. En ese mismo periódico ese mismo Kastor empleaba hace ahora unos diez años el siguiente argumento: «¿Pero es que el señor Spengler no ha leído los periódicos?». O sea, un filósofo que remite a otro filósofo a los periódicos como fuente de conocimiento, y eso en Alemania, y, además, *expressis verbis* — tal cosa es sin duda algo que nunca se había dicho antes tan a las claras. Y, atención, el tal Kastor es tenido por el primero en su especialidad y por el superfilósofo de la concepción heroica de la vida y cosas parecidas. Esto, como pequeño ejemplo de la atmósfera en que estamos viviendo.

Por cierto que este Kastor pertenece a un tipo determinado, el de los cerdos que descubren las trufas con su olfato, un tipo que encontraremos en todas las revoluciones. Sus toscos correligionarios son incapaces de detectar a los adversarios exquisitos y por ello se sirven de inteligencias corruptas de rango superior para que con su hocico desentierren y saquen a la luz a esos adversarios y para que en lo posible los ataquen de tal manera que la policía tenga un pretexto para intervenir. Cada vez que yo notaba que Kastor se ocupaba de mí, me preparaba para un registro domiciliario. También contra Spengler llamó Kastor a la policía, y hay gente enterada que asegura que lo tiene sobre su conciencia.

París, 8 de octubre de 1942

A última hora de la tarde en la tienda de Berès. He comprado el viejo *Malleus maleficarum* de Sprenger, en la edición veneciana de 1574 — tal adquisición me habría causado un deleite más vivo hace veinte años, cuando, a la vez que me ocupaba en investigar las distintas clases de embriaguez, estudiaba también el mundo de la magia y de los demonios.

París, 9 de octubre de 1942

Por la tarde paseo a caballo por el Bois de Boulogne, donde las hojas de los árboles están tiñéndose de varios colores. Por lo que me ha dicho el coronel Kossmann, parece que en estos días va en serio lo de mi traslado temporal a Rusia; han llegado las órdenes preparatorias. Tal vez resulte saludable este corte, una vez que mi vida aquí ha adquirido una forma nueva. Mientras estaba sopesando esa idea, he tirado del lavabo un vaso, que al caer al suelo se ha hecho añicos. Voy a intentar que me asignen a Rehm para que me acompañe.

París, 11 de octubre de 1942

Domingo. Por la tarde he ido a la Rue de Bellechasse. Acaso por última vez he cruzado el umbral que da paso a aquella escalera, en cuya caja de color amatista noto siempre una especie de ahogo, cual si me hallara ante grandes misterios. Al atravesar el umbral he visto que también su piedra contiene muestras del pequeño caracol cuya visión me ha deleitado con tanta frecuencia en esta ciudad.

París, 12 de octubre de 1942

Dormido muy mal, lo que hay que atribuir sin duda a la enfermedad. Pero lo que no puedo hacer es darme de baja por enfermo en el preciso momento en que voy a emprender viaje a Rusia. En mi vida he tenido ya varias veces esas coincidencias; uno se encuentra entonces en una situación forzada.

En el correo una carta de Umm-el-Banine, autora tártara que me envía su novela *Nami*. Mientras hojeo el libro cae al suelo un hermoso muguete prensado. De su tallo de color gris oscuro salen diez campánulas amarillas que parecen estar recortadas en recio y viejo papel de cartas.

Suresnes, 13 de octubre de 1942

Otra noche en que he dormido mal; por la mañana he ido a que

me viese el comandante médico, el cual me ha aconsejado una corta permanencia en el hospital militar de Suresnes, que acabará antes de que arribe la orden de partida. No hace mucho que he llegado aquí. Paso el tiempo en parte echado en la cama y leyendo, en parte mirando por la ventana, que ofrece una vista del Mont Valérien. Casi toda la vegetación que lo recubre está todavía verde, pero acá y allá aparecen también manchas amarillas y otras que van del rojo cobrizo al rojo de fuego. El Fuerte, el viejo *Bullerjan* [El Buey Alborotador], como lo llamaban los soldados alemanes de la guerra de 1870, está envuelto hasta arriba en una vegetación verde.

Por cierto que de las imágenes vistas en el sueño de la última noche sigo acordándome de la siguiente: me hallaba de pie con mi padre en la sala de estar de nuestra casa, también estaban allí otros hermanos y hermanas; uno de ellos pataleaba en el cesto de la ropa. Yo quería hacer una observación sobre aquello y me dirigía en varias ocasiones a mi padre, pero este, adrede, aparentaba no oírla. Por fin conseguía introducirla en la conversación.

—Mamá y tú no habéis conseguido en ninguno de nosotros la combinación óptima. Lo deduzco de las virtudes que veo en el conjunto de nosotros, pero que no se hallan reunidas todas en ninguno.

El viejo sopesaba durante algunos segundos mis palabras; sus ojos de químico miraban al vacío. Luego encendía con sequedad:

—Pues es posible que en eso tengas razón.

Y otras cosas por el estilo, que me hubiera gustado apuntar. Pero temía desvelarme demasiado si encendía la luz.

Melancolía maligna. Ayer regresó Rehm de su permiso, así es que no me faltará quien me haga los recados.

Suresnes, 14 de octubre de 1942

A última hora de la tarde ha venido a visitarme la Doctoresse, que me ha traído unas zinnias encarnadas. No cesó de importunarme hasta que acudí a consultar al comandante médico. También ha celebrado una consulta con el médico jefe de este hospital.

Más cosas a propósito del sueño de ayer: mi escrito sobre la muerte tendría quizá que comenzar con un capítulo que subrayase la naturaleza fortuita de nuestra vida individual. No existiríamos si

nuestro padre se hubiera casado con otra mujer o si nuestra madre se hubiera casado con otro hombre. Aun supuesta la existencia de ese matrimonio, hemos sido escogidos de entre millones de gérmenes. Somos, pues, unas combinaciones fugaces de lo Absoluto — nos parecemos a números de lotería que salen premiados; y los premios que con letras del destino están escritos en los números nos son pagados con billetes terrenales, como los talentos de que habla la parábola y que debemos hacer fructificar.

De esto cabría inferir que, en cuanto individuos, somos imperfectos y que ni nos es adecuada ni nos resulta soportable la eternidad. Antes por el contrario, es preciso que cambiemos regresando a lo Absoluto, y esa es precisamente la posibilidad que la muerte nos ofrece. La muerte tiene una forma externa y una forma interna; a veces esta última se hace también visible en el difunto, en su fisonomía. La muerte posee un *mysterium* propio, que es de más peso que el *mysterium* del amor. Llevados de la mano de la muerte nos convertimos en mistos, en iniciados en los Misterios. La sonrisa de la sorpresa es espiritual, pero sus rayos se reflejan también en el mundo de los cuerpos, en las facciones del rostro del moribundo.

También, sobre esto, los apuntes que tengo tomados acerca de la rueda de la fortuna y acerca de la esfera numerada.

Lectura: Paul Bourget: *Voyageuses,* un ramillete de novelas cortas; con ellas el autor se presenta de tal manera que no anima a repetir. A través de la gruesa piel de lo convencional se araña apenas el fruto de lo auténticamente humano.

Luego he seguido hojeando las miniaturas chinas, de las que me ha llamado la atención la descripción de un vendedor de serpientes. En el fondo de una cesta hay un cazo lleno de sopa de víbora, y encima de él, una vasija que contiene serpientes vivas. Igual que en las viejas oficinas de fármacos de Occidente, también aquí se atribuye una especial virtud curativa al disfrute de esa comida en caso de peligro de muerte. La serpiente, animal de tierra y de la Tierra, es un gran medicamento.

Una vez más he visto mencionados en esta obra los diarios del emperador Kang-Hi, cosa que me ha ocurrido ya varias veces en el curso de mis lecturas de estos últimos años; son unos diarios que desde hace mucho tiempo anhelo conocer. La fuerza de atracción de una razón como esa sigue operando por encima de los imperios y de los siglos.

También he continuado la lectura del Libro de Isaías, el aedo en la catástrofe, sobre la cual «susurra como un arpa su corazón». Un buen vidente también para nuestro tiempo.

Mi tendencia a alejarme de una persona cuando siento amor por ella — es como si su imagen se hubiera desarrollado dentro de mí con tanta fuerza que ya no se compadeciese con su cercanía corporal.

El varón que mata a su amada escoge el camino inverso — para poseerla del todo, borra su retrato. Quizá los inmortales se conducen de esa manera con nosotros.

La muerte en común es siempre un acto lleno de significado — en *Axel,* de Villiers de l'Isle-Adam, está descrita de un modo muy bello. En esto Kleist se parece a alguien que tiene prisa; se lleva consigo a la primera persona que encuentra.

«Hoy estarás conmigo en el Paraíso.» Esto vale también para el mal ladrón — solo que no está permitido decirlo en voz alta.

Suresnes, 15 de octubre de 1942

Mala noche. Soñado con médicos a los que había consultado en mi vida; también con un médico imaginario cuya sala de consulta me resultaba especialmente familiar. Tras despertarme he necesitado mucho tiempo para separar de la realidad aquella apariencia; tal vez el carácter preciso de este sueño se debiera al recuerdo de visiones oníricas anteriores.

Por la mañana muy deprimido, pero lleno de fuerza espiritual; esto lo he notado en la curvatura de bóveda con que se ofrecían a mis ojos los árboles verdes y amarillos del jardín.

Luego continuado la lectura del Libro de Isaías; Isaías es un profeta que vive esplendorosamente en estampas de aniquilación. Su visión básica es la visión de la destrucción del mundo histórico, de las viejas ciudades, de los viñedos y campos de labor, y el triunfo de lo elemental; en lo último hay una recuperación y una preparación para la construcción nueva e indestructible en el espíritu divino. Eso que los seres humanos y los imperios parecen ser aquí en ocasiones a los ojos interiores, eso lo serán realmente alguna vez.

Cabría ver ese mundo de imágenes como una especie de cultivo por amelgas trienales: cultivo terrenal, barbecho, fruto espiritual. La parte central del tríptico, la época yerma, es de una belleza peculiar,

está pintada por un experto en desiertos floridos y en selvas llenas de gérmenes de vida. A ese campo ha aplicado Dios su jalón.

Me he pesado y he visto que he adelgazado mucho. Sin embargo, la balanza con que hoy por la mañana he pesado mi peso espiritual ha sido la estampa de los árboles. No es la primera vez que coinciden en mi vida la marea baja del cuerpo y la marea alta de las imágenes —como si la enfermedad hiciera visibles ciertas cosas que de ordinario permanecen ocultas.

Por la tarde visita de Valentiner y de la Docteresse. Esta ha colocado encima de mi mesa una cattleya de color violeta; su labio inferior es rizado y su cáliz, de color amarillo vainilla. Resulta curiosa la manera como, cuando realiza su trabajo en mi habitación, la pequeña enfermera de Holstein, que ve con agrado que yo lea la Biblia, evita con un rodeo esa flor, como si fuera un insecto que diera que pensar.

Suresnes, 16 de octubre de 1942

Otra noche agitada, atribulada. En uno de los sueños me hallaba en compañía de Friedrich Georg dentro de una habitación que tenía el suelo de porcelana blanca. Las paredes estaban recubiertas de ladrillos de vidrio; había en aquella habitación también unos recipientes cilíndricos, hechos unos de cristal y otros de arcilla; su forma y su tamaño eran parecidos a los de nuestros calentadores de baños.

Allí nos entregábamos mi hermano y yo a un juego consistente en tirar bolas de cristal, que eran del tamaño del *Symphoricarpus albus,* la «baya de nieve». Pero solo una bola de cada diez tenía la misma blancura que el fruto de esa planta; las demás eran incoloras y resultaban invisibles cuando iban volando por el aire. Al dar en el suelo producían un ruido seco; luego, al rebotar en las paredes y en los recipientes, formaban con sus ángulos y sus rectas unas figuras matemáticas. La trayectoria de las bolas invisibles nos producía un deleite imaginario, en tanto que las bolas blancas se parecían a hilos conductores cuya red otorgaba una ligadura sensible a aquel juego demasiado espiritual, demasiado abstracto.

Pensamiento: aquella era sin duda una de las celdas interiores, ingrávidas, del monasterio del mundo del trabajo.

Continuado la lectura del Libro de Isaías; además, los aforismos

de Lichtenberg y los *Parerga,* de Schopenhauer, dos confortadores antiguos, garantizados, en tiempos de miseria. He realizado esas lecturas caminando de un lado para otro en mi habitación; de mi boca pendía la sonda que me han introducido en el estómago.

El juicio de Lichtenberg sobre Jean Paul: «Llegará a ser grande cuando comience otra vez desde el principio».

Aunque, referido al individuo, este juicio presupone algo imposible, apunta, sin embargo, a la fuerza espermática, productora de retoños, que hay en la prosa de Jean Paul. En no pocas de las narraciones de Stifter brotan esos retoños. Siempre he lamentado que Hebbel no pudiera «comenzar otra vez desde el principio», sobre todo para que elevase sus diarios a una potencia superior.

Decimos: «Esto es tan claro como que dos y dos son cuatro». Pero no: «… como que uno es igual a uno».

La primera fórmula resulta desde luego más evidente; el escollo del principio de identidad se encuentra ya a sus espaldas.

Contra el reproche de que no siga utilizando ciertas expresiones que yo mismo acuñé hace años y que luego se han vuelto corrientes; por ejemplo, la palabra *total:*

«En tiempos de inflación se retira de la circulación el oro».

De una carta mía a Grüninger, al cual le hacen gracia estas réplicas.

Suresnes, 18 de octubre de 1942

Domingo. Por la mañana se encontraba envuelta en niebla la punta de la torre Eiffel.

De Friedrich Georg me llegó ayer una carta en la que habla sobre todo de su lectura del Libro de Isaías; por lo que en ella dice veo que comenzó a leerlo casi al mismo tiempo que yo. Así es como se tienden entre nosotros no pocos hilos invisibles.

Visita de Charmille, que me ha traído flores. ¿Qué es lo que en ella me atrae tanto? Probablemente la naturaleza de niña que en ella he descubierto. Tropezamos con personas que despiertan en nosotros la necesidad de colmarlas de regalos — ese es el motivo por el que lamento no haber sido bendecido con bienes terrenales.

Hasta última hora de la tarde no se dejó ver el Sacré-Cœur; unas veces refulgía desde lo alto de su colina y otras aparecía borroso, envuelto en una bruma de color violeta. Ese edificio tiene en sí algo de fantasmagórico: su magia reside en esa distancia en que el ser humano lo ve como símbolo de lo milagroso que dentro de él mismo está vivo.

Suresnes, 20 de octubre de 1942

Por la noche acosos violentos: *la frousse*. Luego vienen los balances: desde Carlomagno hasta Carlos V; desde la Reforma hasta los disturbios que siguieron a la Primera Guerra Mundial.

Estaba pescando con caña a orillas del mar y capturaba con ella una tortuga de gran tamaño; una vez que la había sacado a tierra, se me escapaba y se ocultaba con rapidez debajo del suelo. Mientras la perseguía, no solo ocurría que yo me lesionaba con el anzuelo, sino que, además, de la tortuga venían arrastrándose hacia mí una especie de repugnantes bichos marinos, los cuales corrían sobre mi cuerpo con sus muchas patas. Era la primera vez en que se me aparecía la tortuga como una figura del sueño, y enseguida lo ha hecho de un modo muy lleno de significado.

Al mediodía me han dado de alta; en mi cartilla militar han puesto «Gastritis catarral». La Doctoresse, que había temido algo peor, se ha alegrado de que el diagnóstico fuera ese y ha vuelto a hablar con el médico jefe, al que conoce de la clínica de Bergmann. Ha venido Rehm a recogerme y me ha llevado al Hotel Majestic, para hacer allí los preparativos del viaje.

París, 21 de octubre de 1942

He leído las actas del proceso contra Damiens en un volumen que se publicó ya en 1757; el atentado había ocurrido en enero de ese año. El resumen histórico que hace las veces de introducción del libro contiene también la descripción exacta de su espantosa ejecución.

El comportamiento de Luis XV durante la agresión a su persona fue regio; señaló al autor, al que reconoció porque era el único que llevaba cubierta la cabeza, ordenó que lo arrestasen y prohibió que se le causase ningún daño.

Cenado en la Rôtisserie Nique; allí he jugado luego al billar americano.

París, 22 de octubre de 1942

Mala noche. *La frousse.* Dado que ahora me resulta imposible darme de baja por enfermedad, he ido a consultar a un médico francés que vive en la Rue Newton. Con sus palabras de aliento este médico me ha sido muy útil — mucho más que los médicos del hospital militar con todos sus aparatos. Cuando se enteró de que estoy a punto de salir para Rusia no quiso aceptar ninguna clase de honorarios. He hablado por teléfono con el caballero Von Schramm.

Por la tarde en la tienda de Morin, para revolver por última vez en los libros; he pasado allí una hora deliciosa en su pequeña librería de viejo. Mientras revolvía libros he descubierto el escrito de Magius que venía buscando desde hace mucho tiempo, *De tintinnabulis,* encuadernado con otro tratado, *De equuleo.* Luego *De secretis*, de Weckerus, que es una verdadera mina. El *Viaje a España*, de Swinburne, encuadernado en tafilete rojo. Finalmente, entre otras cosas, el proceso contra Carlos I de Inglaterra, en el que estuve hojeando la descripción de su ejecución; en ella se condujo el rey con mucha dignidad, pero como si estuviera por encima de las preocupaciones materiales, tal el pasajero de un barco que de pie en la escalerilla se despide de sus amigos y de su séquito antes de emprender la travesía.

Me faltará el mundo de los libros; en él he pasado horas preciosas, oasis en el mundo de la aniquilación. La caminata por las dos orillas del Sena es así algo perfecto en su género; el tiempo transcurre sin fatiga. Difícilmente cabría imaginar mejor ese paseo; si los libros fueran gratis, tal caminata no sería, ni de lejos, lo muy bella que es. También el agua del río contribuye a ello.

Cenado en la Rôtisserie Nique; allí, conversación sobre el pequeño Alcor, el jinete que cabalga en la lanza del carro. Mientras hablábamos, una breve alarma, con algunos disparos en la oscuridad. He vuelto a jugar al billar americano, de pie ante aquellos laberintos en que el recorrido de la bola de níquel va encendiendo lámparas eléctricas y sumando números. Es la vieja partida del destino, solo que aquí aparece vestida con un ropaje técnico.

París, 23 de octubre de 1942

Me he despedido de Kossmann y del comandante en jefe, el cual me ha dicho que siempre me tendrá reservada en su Estado Mayor una pequeña celda, como la que tuvo Lutero en la Wartburg. He encontrado más amables a todos; tal vez esto fuera tan solo un reflejo de mi propia moral, que ha mejorado. «El mundo es opinión», dice Marco Aurelio. El general es una de esas personas que han entrado en

mi vida como un regalo inesperado, en el momento en que me resultaba difícil respirar. Ha permitido que se difundieran aquí libros míos que ya no pueden ser impresos en la patria, y sin duda es mucho lo que aguarda de mí.

He dedicado la mañana a hacer entrega a Neuhaus de los asuntos corrientes; las demás cosas las he guardado en la caja fuerte, cuya llave me llevo.

También en son de despedida he estado en una iglesia: Saint-Pierre de Chaillot. Tomé como una buena señal la circunstancia de que la escalinata del templo estuviera cubierta con una alfombra de color rojo y el gran portal se hallara adornado con cortinajes. Pero estaba cerrado, y tuve que entrar por una puerta lateral. Al salir lo encontré abierto; lo crucé distraído y, una vez fuera, vi que estaba adornado y dispuesto de aquella manera para recibir un cadáver. El carácter laberíntico de esta figura me puso de buen humor; en ella encontré una ironía que era superior a la socrática. *Rebus,* «con las cosas» — esa podría ser una divisa para un escudo de armas.

Una vez más en la Rue du Faubourg-Saint-Honoré; cuando se camina por ella, se camina sobre muestras de alfombra del pasado. También he estado en la Rue de Castiglione, donde he comprado un sello de anillo, en recuerdo de esta jornada.

Resulta extraña la frecuencia con que en mis paseos se me aparece, desde que soñé con ella, la imagen de la tortuga. Estamos rodeados por la totalidad de los signos, pero los ojos eligen siempre muy pocos tan solo.

Despedida de Charmille en la Rôtisserie Nique, en las proximidades de la Place des Ternes. Alarma; por suerte duró poco, pues de lo contrario habría perdido el tren de Berlín.

Kirchhorst, 24 de octubre de 1942

Cruzado Colonia al mediodía; desde el vagón restaurante he visto sus barrios destruidos. En su aniquilación las casas aisladas y las hileras de edificios irradiaban una sombría grandeza de palacios. Uno se desliza junto a esas cosas como si pasara junto a un mundo extraño, más frío: ahí es donde tiene su residencia la Muerte.

También Düsseldorf ofrecía un aspecto triste. Las ruinas recientes y los muchos parches rojos que aparecían en los tejados indicaban que allí había llovido fuego. También este es otro de los escalones que llevan al americanismo; en lugar de nuestras antiguas cunas tendremos esas ciudades que idean los ingenieros. Pero tal vez en las ruinas pasten rebaños de ovejas, como se ve en antiguas estampas del Foro de Roma.

A última hora de la tarde me recogió Perpetua en la estación. Scholz ha estado ahorrando gasolina durante mucho tiempo para poder hacer este viaje. A Rehm lo he enviado a Magdeburgo, para que pase allí los días de permiso con su mujer.

Kirchhorst, 2 de noviembre de 1942

En Kirchhorst, donde me siento menos inclinado a escribir anotaciones. Lo que aquí hago es recargar las pilas; tal vez sea eso lo mejor que de un lugar pueda decirse.

Una vez llegado a Kirchhorst he notado que los libros, las cartas, las colecciones me causaban fastidio por su abundancia. Enseguida exigían que me ocupara de ellos; esto me ha hecho ver con claridad, sencillamente por el cansancio que me embargaba, que todas las cosas viven y dependen del interés, de la responsabilidad espiritual y física que por ellas se siente. *Poseemos* gracias a una virtud especial, a una especie de fuerza magnética. La riqueza es, en este sentido, no solo un don, sino que es también una dote, un talento, que se corresponde con el círculo a que nosotros podemos *llegar*. Es decisivo el hecho de que la mayoría de la gente sea interiormente incapaz de riqueza, incapaz incluso de una posesión muy modesta. Si, pese a todo, a esa gente le cae desde fuera riqueza, vuelve a escapársele de las manos y no deja rastro. O tal vez le trae incluso desgracia. De ahí que resulte insustituible la riqueza antigua; en ella se transmite por herencia al hijo y al nieto no solo el don, sino la dote, el talento de llevarla y utilizarla con libertad.

Dieta, también de las cosas y de los bienes que atraemos hacia nosotros. De lo contrario, en vez de facilitarnos el camino de nuestra vida, lo que ocurre es que recae sobre nosotros el papel de guardianes, de criados, de custodios.

El tiempo es otoñal; en ocasiones es gris, luego vuelve a brillar el sol. El claro color amarillo oro de los chopos que se levantan al borde de la carretera que lleva a Neuwarmbüchen armoniza bellamente con el cielo azul pálido que recubre con su bóveda nuestro modesto paisaje.

Kirchhorst, 5 de noviembre de 1942

Por la noche sueños de antiquísimos sistemas de cavernas en Creta; en ellos pululaban soldados como hormigas. Una carga explosiva acababa de llevarse por delante a millares de ellos. Hasta el momento de despertar no caí en la cuenta de que Creta es la isla del

Laberinto.

Día de niebla. Sobre la col rizada de color rojo fuego se había depositado en densas orlas el rocío; recordaba aquellas burbujas plateadas con que el aire deposita perlas sobre las algas marinas de color rojo oscuro que hay en las profundidades marinas. Brockes fue el primero en ver esto — su *opus* contiene muchas pruebas del modo en que de la gravedad barroca va alzándose una nueva consciencia de la Naturaleza; a veces ambas cosas son casi indiscernibles: los tiempos se entretejen así como se entretejen los colores en el cuello de las palomas, en la materia que cambia de reflejos.

Pensamiento: la Naturaleza ha olvidado los animales del hidrógeno, unos animales más ligeros que el aire, los cuales flotarían en la atmósfera como lo hacen las ballenas sobre las olas. Al pasar enseguida a la solución del vuelo, que es una solución más elegante, nos ha dejado a deber los auténticos gigantes.

A propósito de la costumbre de tocar madera cuando queremos conjurar un mal augurio. Es probable que tenga un origen episódico; sin embargo, tales usos suelen propagarse tan solo cuando les es inmanente también una fuerza simbólica. Esta podría consistir, en este caso, en el carácter orgánico de la madera; al tocarla tocamos algo que ha ido creciendo de manera viva. Trasladado esto al destino, a lo que nosotros queremos referirnos es al tiempo de la vida y a su disposición, que se contraponen al mecanismo muerto de los segundos, al *tempus mortuum.*

El vaso que se rompe, y que es símbolo de suerte, podría interpretarse por analogía con lo anterior: rotura de la forma mecánica y liberación del contenido viviente.

Kirchhorst, 6 de noviembre de 1942

Friedrich Georg me escribe desde Überlingen una carta en que me habla de azucenas y del *Eremurus,* del cual ha plantado dos bulbos en el jardín de Leisnig. Con gran alegría me entero de que ha terminado no solo una nueva colección de poemas, sino también un segundo escrito de asunto mitológico, *Los titanes,* y de que trabaja bien. A veces, en horas alegres, siento frente al destino no solo la gratitud del ser humano que ha sacado un premio en la lotería, sino que siento también asombro, el asombro de que me haya caído además un segundo premio de igual cuantía que el primero, el premio de nuestra hermandad.

A última hora de la tarde, con niebla y llovizna, a través de los campos solitarios, en los que brillaban débilmente a lo lejos borrosos grupos de árboles, y, entre ellos, las viejas granjas, las grises arcas con su cargamento de hombres y animales.

Acabado: Louis Thomas: *Le Général de Galliffet,* en un ejemplar que está enriquecido con un autógrafo de su autor y otro del propio general. Galliffet ofrece un ejemplo modélico del temperamento sanguíneo, el que cuadra a un buen soldado de caballería y, en especial, a un jefe de húsares — el temperamento de alguien que ha de moverse y tomar decisiones con más rapidez, con más ligereza, con más ímpetu que los demás. El optimismo propio del sanguíneo se lanza con viveza hacia sus objetivos, unos objetivos, ciertamente, que en la mayoría de los casos se hallan en el primer plano, en un círculo reducido de visión. De ahí que también el *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo, envíe por delante a esos caracteres cuando es preciso realizar una acometida rápida — eso es lo que hizo con Galliffet en Sedán y también durante las rebeliones. Galliffet es típico también en lo que respecta a la brutalidad moderna, al redescubrimiento de las condiciones zoológicas. México le ofreció en esto una escuela preparatoria.

Mientras leía este libro me ha venido a las mientes un plan que tengo ya de antiguo: la descripción de la figura en la cual el orden va sumergiéndose de izquierda a derecha en el derecho que es propio de la Naturaleza, primero con el ala tribunicia y luego con el ala senatorial, con Mario y Sila, con Marat y Galliffet. Quisiera atreverme alguna vez a escribir una breve tipología de la historia — a describir las piedrecitas que se mueven en el caleidoscopio.

¿Qué le faltó a Galliffet para llegar a convertirse en un Sila, qué lo diferenciaba de un Boulanger?

Proseguido con Chamfort, al cual leo en pequeñas dosis; sus máximas son más agudas y más difíciles de digerir que las de Rivarol.

Por la mañana recogido zanahorias, apios y rábanos colorados; he llevado la cosecha al sótano. Cuando realizamos ese trabajo en la Tierra sentimos cómo retorna a nosotros la salud.

Kirchhorst, 9 de noviembre de 1942

Por la mañana sueños de ataques aéreos en tiempos futuros. En medio del fuego iba volando por encima de una población un grupo compacto de aviones del tamaño de la torre Eiffel; junto a ellos se

alzaba una construcción parecida a la torre de una estación de radio, en cuya plataforma se hallaba de pie, envuelto en un largo capote, un observador. De vez en cuando tomaba notas y luego las arrojaba en cartuchos de humo.

Por la tarde el entierro de la anciana señora Colshorn. Me ha llamado la atención, como me ocurre siempre en tales ocasiones, el grupo de entre cinco y siete hombres de mediana edad vestidos con levita y chistera: son los *paitres* de Kirchhorst. Dado que el ayuntamiento no posee coche fúnebre, son los vecinos los que llevan a hombros el ataúd al cementerio. Esto se anuncia con la siguiente frase: *Jur Vadder mot mit an'n Sarg faten* [es preciso que tu padre ayude a llevar el ataúd],

A última hora del día visita de nuestros vecinos; pero en el preciso momento en que comenzaba a animarse la conversación han sonado en Hannover las sirenas de alarma. Concentración en la habitación de abajo, con abrigos y maletas, como en el camarote de un barco que corre peligro de naufragio. El comportamiento de la gente durante estos ataques ha cambiado; en él se refleja la mayor proximidad de la catástrofe.

Por la ventana veía yo los proyectiles rojos y de varios colores que desde la Bult, la llanura cercana a Hannover, eran lanzados contra la capa de nubes; también veía el convulso fogonazo de los disparos y las llamas de los incendios en la ciudad. Nuestra casa tembló en sus cimientos varias veces, aunque las bombas caían a gran distancia de aquí. La cercanía de los niños otorga a estos acontecimientos un rasgo más opresivo, más sofocante.

Kirchhorst, 10 de noviembre de 1942

Por lo que se oye decir, el ataque de ayer fue realizado únicamente por unos quince aviones. Mucho más que esto me preocupa a mí el desembarco de los norteamericanos en el norte de África. El tipo de interés por la historia contemporánea que observo en mí es el propio de una persona que se ve envuelta no tanto en una guerra mundial cuanto en una guerra civil mundial. Por ello me encuentro involucrado en unos conflictos que son del todo diferentes de los conflictos de los Estados nacionales que luchan entre sí. Estos últimos tienen que ser cursados de manera accesoria.

Berlín, 12 de noviembre de 1942

Por la mañana, partida, acompañado de mi madre y de Perpetua.

Le he mostrado a mi hijo pequeño, en son de despedida, un hermoso pato que cerca de la parada estaba nadando con gran contento en un charco. En ningún otro momento de mi vida he emprendido un viaje de este modo, sin tener ninguna idea ni de cómo transcurrirá ni de cuáles serán las posibilidades de sacar fruto de él; me parezco a un pescador que en un día de invierno echa su red en unas aguas turbias.

Durante el viaje estudios fisonómicos. El fino, casi imperceptible rasgo de experiencia que he visto rodear las comisuras de los labios de una chica joven. Así es como deja señalados sus arañazos el placer, cual si lo hiciera con diamantes.

A última hora de la tarde en Dahlem; nos hospedamos en casa de Carl Schmitt.

Berlín, 13 de noviembre de 1942

Viernes, 13 de noviembre. Por si fuera poco, la primera nieve del año. Por la mañana paseo con Carl Schmitt por Grunewald.

Berlín, 15 de noviembre de 1942

Lectura de la revista *Zalmoxis,* que toma su nombre de un Heracles escita mencionado por Heródoto. En ella he leído dos artículos, uno sobre los usos que es preciso observar en la extracción y consumo de la raíz de mandrágora, y otro titulado *«Symbolisme aquatique»,* el cual comenta las relaciones que existen entre la Luna, las mujeres y el mar. Ambos artículos son de Mircea Eliade, el director de la revista, sobre el cual me ha dado informes detallados Carl Schmitt, así como también sobre su maestro, René Guénon. Resultan instructivas las relaciones etimológicas entre las conchas y las partes genitales femeninas, tal como aparecen en la palabra latina *conca* y en la danesa *kudefisk,* que significa «concha», donde *kude* es sinónimo de *vulva.*

El plan que se perfila en esta revista es prometedor; se intenta en ella, en vez de la escritura lógica, una escritura de imágenes, una escritura figurada. Esto produce una impresión de caviar, de huevas de peces. Hay fertilidad en cada una de las frases.

También me ha regalado Carl Schmitt un libro de De Gubernatis, *La mytologie des plantes.* Su autor era hace sesenta años catedrático de sánscrito y de mitología en Florencia.

A última hora de la tarde paseo por Dahlem, que estaba a oscuras; durante él hemos estado hablando sobre las «consignas para cada día»

de los Hermanos Moravos, sobre los cuartetos, las poesías de cuatro versos, escritos por Nostradamus, sobre Isaías y sobre las profecías en general. Que las profecías se cumplan y que lo hagan en espacios de tiempo muy distintos, esa es la señal en que se reconoce la auténtica virtud profética de las visiones. Aquello que el vidente ha contemplado en los elementos se repite como en un caleidoscopio en el correr de los tiempos. La mirada del vidente no se posa en la historia, sino en la sustancia, no en el futuro, sino en la ley. De ahí que se considere con razón el mero conocimiento de hechos y de conjuntos de hechos futuros como señal de una inteligencia enfermiza y de una magia inferior.

Más tarde hemos ido todavía a hacer una visita a Popitz; en casa de este he encontrado también a Sauerbruch, el cirujano. Conversación sobre la diferencia entre la autoridad militar y la autoridad médica; ambas se conjuntan más o menos en el médico militar que está de servicio y dan ocasión también a conflictos. Después, sobre la gran edición de clásicos antiguos que pretende llevar a cabo el ministro.

Sauerbruch se marchó pronto, para ir a visitar a un teniente al que un proyectil ruso ha destrozado la pelvis. Dijo que poco es lo que aquí puede hacer el arte; en el mejor de los casos, los trozos volverán a pegarse, como los pedazos de una vasija de barro.

«Pero una visita en medio de la crisis podría quizá tener repercusiones favorables sobre el paciente.»

Lötzen, 17 de noviembre de 1942

Ayer, a las nueve de la noche, partida en tren desde la Estación de Silesia, a la cual me acompañó Perpetua. En la sala de espera estuvimos todavía sentados un rato. Junto al vagón, mi hermano Physicus y también Rehm, al que he tenido que dejar aquí. Poco después de la partida me quedé profundamente dormido y no desperté hasta bien entrada la mañana, en Masuria. He encontrado en esta zona un algo de corzo, un toque modesto y misterioso, con la parda piel de su tierra y los serenos ojos de sus lagos.

Durante el día, en los campamentos situados en los bosques que rodean a Angerburg y a Lötzen; en ellos he estado procurándome salvoconductos y pasajes para el viaje. Ahora me encuentro en Lötzen, en una habitación bastante descuidada de un hotel.

Lötzen, 18 de noviembre de 1942

Me he quedado en Lötzen, pues estaban ocupadas todas las plazas del avión que salía para Kiev. Con motivo de un accidente aéreo ocurrido hace tres días y que fue provocado por el hielo, han reducido el número de plazas.

Por la mañana en el desnudo cementerio; por la tarde en el museo, que, más que eso, es decir, un edificio dedicado a las Musas, es un Heroon, un edificio consagrado a los héroes; en efecto, en él están reunidos sobre todo recuerdos de los combates que se libraron en Prusia oriental en 1914. Me ha resultado desagradable la estancia allí; todas esas cosas son todavía demasiado recientes, están dentro de nuestro tiempo. El cuerpo de aquella guerra no se ha reducido aún a podre. A ello se añade la espectral resurrección de muchas de las cosas que allí aparecieron. Fantasmas en los cementerios.

Lötzen, 19 de noviembre de 1942

Por la mañana en el aeródromo; pero otra vez han vuelto a suprimir un cierto número de plazas, por causa del tiempo que hace. También mañana habré de quedarme aquí.

Antes de almorzar di un corto paseo por los campos; durante él estuve observando dos cogujadas delante de un granero abandonado.

Pensamiento: en los viajes tendríamos que estar igual de bien abrigados que lo están esos pájaros por su plumaje. Con mucha frecuencia he sentido envidia de ellos, al verlos posados, cada uno en su rama, en el bosque nevado; solitarios, pero no abandonados. De igual manera que a ellos se les ha dado el plumaje, así se nos ha dado a nosotros nuestra aura espiritual, la cual nos protege de la pérdida del calor. El ser humano afianza y conserva esa aura mediante las oraciones; ya por ese solo motivo son estas para él de un valor inapreciable.

Por la tarde el coronel Dietrichsdorf me ha conducido a Widminnen, donde estábamos invitados por un camarada que posee una finca en aquel lugar. Ya era casi de noche; había allí un tranquilo lago que, hacia el lado por donde se pone el sol, estaba envuelto en unos vapores de color gris y violeta, y, hacia la parte por donde sale, mostraba una delicada superficie, un espejo de frío color verde. Abedules jóvenes bordeaban el lago; sus blancos troncos refulgían sobre el fondo gris suave de la espesura que los rodeaba.

Café y montañas de pasteles nos dieron la bienvenida en Widminnen. Luego estuvimos bebiendo un licor denominado

Bärenfang [atrapaososos], que es una mezcla de miel y alcohol. Según dicen, la miel atrae al goloso, al cual luego el alcohol deja atontado. Durante la cena hicieron aparición las salchichas, las pechugas y los muslos de ganso cocidos. A ello se agregaba la charla, que también estaba dedicada en su mayor parte a las buenas cosas comestibles. En estas provincias del Este la vida gira más lenta, más pesada, más soñolienta; en ellas son más cómodos los goces. Estamos acercándonos a las zonas de los osos.

Nuestro anfitrión era un gran cazador; de los animales disecados que había en su cuarto me ha llamado la atención un grajo de los pinos, que yo no había visto nunca antes; un pájaro de color gris, con manchas claras y un ribete claro en la cola, colores apropiados para moverse en la luz crepuscular de los bosques de abeto nórdicos.

Lötzen, 20 de noviembre de 1942

Por la mañana paseo alrededor de la fortaleza de Boyen; sus dentadas fortificaciones están rodeadas por una corona formada por un ralo bosque de abedules y alisos; en las desnudas copas de los árboles revoloteaban bandadas de cornejas cenicientas. Durante ese paseo he subido a la colina que queda a orillas del lago; en su cima hay un gran crucifijo de hierro, levantado en memoria de Bruno von Querfurt, un misionero que murió martirizado en estas tierras el 9 de marzo de 1009.

Lectura: continuado con el Libro de Jeremías. He hojeado además un poco *La mort et ses problèmes,* de Henri Bon. En este libro he encontrado citada la tétrica opinión de Parménides, el cual atribuye capacidad perceptiva a los cadáveres; según Parménides, estos siguen teniendo sensibilidad para el silencio, el frío, la oscuridad. Al leer aquello se me vino a la cabeza el modo inquietante como vi que se transformaban, durante nuestro avance a través de Francia, las caras de los caballos caídos.

A última hora de la tarde, ya oscuro, de nuevo a orillas del lago; a través de las nubes brillaba la luna. Me he sentido interiormente más fuerte y con ello, al mismo tiempo, más curioso de saber cómo transcurrirá este viaje.

Kiev, 21 de noviembre de 1942

Despegue del avión a las nueve; había bancos de nubes a baja altura y nevaba ligeramente. Una vez más he vuelto a ver, ahora desde lo alto, los lagos que rodean a Lötzen, con sus orlas de abedules y de

pálidos cañaverales. Luego campos; estaban cubiertos por una delgada capa de nieve, de manera que bajo aquel manto se divisaba el color pardo de la tierra y el verde de los sembrados. Más tarde aparecieron bosques de pinos y amarillentas zonas pantanosas; en estas últimas se veía un trenzado de venas de agua que brillaban azules en la escarcha; también se veía la negra tierra grasa de las turberas. Entremedias, en grandes extensiones, o en islotes de un color pardo verdoso, las tierras cultivadas, con poblaciones concentradas o bien extendidas en fila a lo largo de las carreteras. Las barracas o establos se hallaban como dormidos; pero las huellas de pisadas en la nieve, dispuestas en forma radial a su alrededor, delataban que sus habitantes habían ido ya a recoger heno, paja o provisiones a los henares, pajares o silos.

Sobre el mediodía se espesaron las nubes y el avión volaba a poca distancia del suelo. Me había adormilado un poco cuando un cambio de postura hizo que me despertase; en aquel momento vi salir del capó del motor una larga llama de color encarnado pálido. Al mismo tiempo el avión picaba hacia el suelo, pero no, como yo creía, porque se hubiera incendiado un carburador, sino porque habíamos llegado a Kiev. Al ver aquella llama el asombro y el espanto fundiéronse en una especie de atención petrificada. Algo conocido de antiguo se despierta entonces en nosotros.

Después del aterrizaje estuve hablando con el piloto sobre el accidente aéreo ocurrido una semana antes en aquella misma pista. El avión quedó completamente quemado; los cadáveres de los pasajeros aparecieron apretujados contra la puerta, que se había cerrado herméticamente.

En Kiev me han dado alojamiento en el Palace-Hotel. A pesar de que en los lavabos faltan las toallas, en el despacho la tinta, en las escaleras algunos peldaños de mármol, se dice que es el mejor hotel que existe en la Rusia ocupada. Tampoco salía agua de los grifos, ni caliente ni fría, por muchas vueltas que se les diese. Lo mismo ocurría con los sifones de los retretes. De ahí que la fetidez inundase completamente aquel Palace-Hotel.

He aprovechado la hora que quedaba antes de que cayera la noche para dar un paseo por las calles de esta ciudad; al cabo de ese tiempo he vuelto de buena gana al hotel. De igual manera que existen en la Tierra países encantados, así llegamos a conocer otros en los que ha triunfado el desencantamiento y no ha dejado tras de sí el menor rastro de lo maravilloso.

Rostov, 22 de noviembre de 1942

Anoche compartí la habitación con un joven capitán de artillería, el cual, cuando comenzó a apretar el frío, me cubrió con su capote a pesar de mis protestas. Al despertarme vi que él se había contentado con una delgada manta. También ahuyentó a una rata de gran tamaño que se había colado por una de las grietas de las paredes del hotel y lanzado a comer de mis escasas provisiones.

Me despertaron muy de madrugada. Despegue del avión hacia las seis, con un tiempo brumoso. El vuelo nos llevó sobre los gigantescos campos cerealistas de Ucrania; en algunos sitios seguían amarilleando los rastrojos, pero en la mayor parte brillaba ya la tierra, fresca y oscura. Pocos árboles; en cambio, con frecuencia, gargantas de varios ramales, profundamente excavadas por el agua. Su visión hacía pensar que la tierra de buena calidad penetra hasta una profundidad enorme y que solo está cultivada su capa superficial, delgadísima.

Hacia las nueve en Stálino y una hora más tarde en Rostov. Aquí el tiempo se volvió tan inseguro que el piloto pensó que lo prudente era llevar todavía el correo hasta Voroshílovsk, pero dejar aquí a los pasajeros, con tanto mayor motivo cuanto que se había formado ya una espesa costra de hielo en el fuselaje del aparato.

Tomé la decisión de continuar por tren, al día siguiente, mi viaje a Voroshílovsk y me alojé en el Hogar del Oficial. Así es como llaman aquí a uno de tantos edificios abandonados, en cuyas habitaciones hay filas de colchonetas de paja tendidas en el suelo y cuyos pasillos huelen que apestan.

Paseo por la ciudad; se repitieron aquí las mismas imágenes de desencantamiento. En Río de Janeiro o en Las Palmas o en otras muchas riberas marinas mis paseos se asemejaban a melodías bien compuestas; aquí, en cambio, las disonancias penetraban en el ánimo y lo ofendían. Vi a unos cuantos niños andrajosos que estaban jugando; su juego consistía en deslizarse por una pista de hielo. Aquello me causó el mismo asombro que causaría a alguien el ver en el Hades una luz de color.

La única mercancía que está a la venta son las negras pipas de girasol, que las mujeres exponen sobre unos cestos planos en los umbrales de los calcinados edificios. En las copas de los árboles de las avenidas, en medio de las concurridas calles, me llamaron la atención colonias de nidos de cornejas.

Por desgracia no he venido bien equipado; no me imaginaba que cosas tan vulgares como los espejos de bolsillo, las navajas, el hilo de

coser, las cuerdas, fueran aquí objetos preciosos. Por fortuna tropiezo una y otra vez con personas que me prestan ayuda. No raras veces son lectores míos; considero que su ayuda es uno de los capitales que poseo.

Rostov, 23 de noviembre de 1942

Por la mañana en el Hogar del Soldado, donde he conseguido que me dieran un plato de sopa.

Cambiado dinero; los billetes rusos llevan todavía la efigie de Lenin. Para calcular el cambio la empleada se servía de un ábaco de toscas bolas, que con gran agilidad hacía saltar de un lado para otro. Según me dicen, estas máquinas de aquí no son como las que usan nuestros niños; quien sabe manejarlas obtiene el resultado antes que si utilizase lápiz y papel.

Por la tarde en uno de los pocos cafés a los que les está permitido vender géneros libremente; un trocito de pastel cuesta en ellos dos marcos, y un huevo, tres. Uno se entristece también al ver a los seres humanos que aguardan adormilados; es como si estuvieran en salas de espera de estaciones antes de emprender un viaje hacia un destino horrible. Y los que están aquí sentados son todavía unos privilegiados.

Una vez más observaciones callejeras; y, de nuevo, la impresión del Oriente desencantado. Los ojos han de habituarse a las cosas más desagradables que cabe imaginar, no encuentran ningún oasis, ningún sitio en que reposar. Las únicas cosas que están en buen estado son las técnicas — los ferrocarriles, los automóviles, los aviones, los altavoces, y, desde luego, también todo aquello que forma parte del mundo de las armas. Falta completamente, en cambio, lo relacionado con la esfera de lo orgánico, faltan los alimentos, los vestidos, el calor, la luz. Y faltan asimismo, en mayor medida todavía, los niveles superiores de la vida, la alegría, la felicidad, el buen humor, la benevolencia, la generosidad, el arte. Y esto ocurre en uno de los suelos más ricos que hay en la Tierra.

Parece que se repite una y otra vez la historia de la Torre de Babel. Pero aquí no se ve ya la Torre en el momento en que estaba siendo construida, sino después de que se derrumbase, después de la confusión de las lenguas. En la construcción de estas obras racionales va siempre incluida, empotrada, su horrorosa destrucción. Son de una frialdad que atrae el fuego, igual que el hierro atrae el rayo.

Los huecos de las ventanas de los incendiados palacios del trabajo

y de las oficinas están calcinados con un color rojo en su parte superior, allí donde los atravesó la pura llama; a ambos lados se dibujan las negras alas del humo. Los techos están hundidos; de las desnudas paredes cuelgan radiadores de calefacción. De los sótanos asoma una maraña de retorcidas varas de hierro, y en los montículos de ceniza escarban en busca de restos de madera unos desharrapados niños armados con pinchos. Se camina por un mundo de escombros en el que las ratas están como en su casa.

En lo que se refiere a la industria, lo único que se ve, además de las vendedoras de pipas de girasol, son chiquillos con cepillos de limpiar el calzado o muchachos que se han construido con sus propias manos unos carritos para acarrear el equipaje a los soldados. Prefieren que se les pague con pan o con cigarrillos en vez de con dinero.

La vestimenta roza el disfraz; parece que los seres humanos se colocan encima de su cuerpo todas las prendas que poseen y que no se las quitan ni para dormir. Los abrigos que se ven son raros; abundan, en cambio, unas grandes blusas acolchadas que, ciertamente, en la mayoría de los casos se caen a pedazos, como todo lo demás. Las cabezas van cubiertas por unas gorras con orejeras o con alas enguatadas; también se ve con frecuencia la gorra soviética, cuya tela de color pardo arenoso forma en lo alto del cráneo una especie de punta parecida a la de los cascos. Casi todas estas personas, y especialmente las mujeres, llevan sacos a la espalda; su aspecto suscita la impresión de una existencia apesadumbrada, agobiada bajo el peso de muchas cargas. Sus movimientos son rápidos, agitados, pero no tienen una finalidad visible; se parecen a los de un hormiguero en el que alguien hubiera hurgado.

En medio de eso aparecen muchos uniformes, también húngaros y rumanos, y otros que yo no había visto nunca, como los de los voluntarios ucranianos o los del servicio local de seguridad. Al caer la noche se oyen disparos en los desolados terrenos cercanos a la estación donde antes se alzaban fábricas.

Por la tarde fueron retenidos unos soldados con permiso que estaban aguardando sus trenes para marchar a sus hogares y se los reenvió al frente, en unidades formadas a toda prisa. Se dice que los rusos han roto nuestras líneas al norte de Stalingrado.

Voroshílovsk, 24 de noviembre de 1942

A última hora de la tarde proseguí mi viaje; primero fui hasta Kropotkin, adonde llegamos hacia las cuatro de la madrugada. Allí

estuve durmiendo encima del mostrador de la sala de espera hasta que salió el tren que iba a Voroshílovsk. En apenas dos días me he habituado a la existencia en compartimientos atestados de gente, en salas frías, sin agua, sin servicio, sin comida caliente. Pero veo a otros a los que las cosas les van peor que a mí; por ejemplo, los rusos, que viajan de pie, expuestos al aire helado, en vagones de mercancías desprovistos de techo o en los simples estribos.

La ruta cruza la fértil estepa bañada por el río Kubán. Los campos están segados, pero en la mayoría de ellos no se ha vuelto a sembrar. Su extensión es enorme, la vista no alcanza a descubrir sus límites. En la llanura sin árboles de esta estepa álzase acá y allá un grupo de silos, depósitos o graneros en los que brillan montañas de grano dorado o pardo, como una potencia superior a la que se hubiera elevado la buena tierra merced a su fertilidad. Aún resultan visibles las huellas del cultivo del trigo, del maíz, del ricino, del girasol y del tabaco. Las orillas del terraplén del ferrocarril están cubiertas de una reseca y parda vegetación de cardos y de otras compuestas; también se encuentra una planta que se parece a un equiseto o «cola de caballo», pero que tiene la forma y las dimensiones de un pequeño abeto. Me ha recordado aquellas flores de té japonesas que, cuando yo era niño, diluía en agua caliente; y también ahora intenté adivinar muchas de las variedades de aquella flora haciéndolas florecer en mi imaginación.

Ya había caído la noche cuando llegamos a Voroshílovsk. Me alojo en la sede de la GPU, la policía política soviética, un edificio de dimensiones gigantescas, como todo lo que forma parte de la policía y de las prisiones; aquí me han asignado un pequeño cuarto que contiene una silla, una mesa y una cama; pero lo más importante es que están intactos los cristales de la ventana. También he encontrado un pedazo de espejo roto y así he podido afeitarme. Después de las experiencias de estos últimos días me doy cuenta del valor que es inmanente a tales cosas.

Voroshílovsk, 25 de noviembre de 1942

El tiempo es lluvioso; las calles están cubiertas de barro. De modo que provisionalmente quedaré inmovilizado aquí. Algunas calles que he recorrido me han causado una impresión más grata que todas las demás cosas vistas hasta ahora. Sobre todo, los edificios del tiempo de los zares irradian todavía un poco de calor, mientras que los enormes bloques construidos por los soviéticos aplastan la tierra en un amplio círculo a su alrededor.

Por la tarde he subido a la colina en que se alza el templo ortodoxo, un edificio bizantino toscamente construido, que tiene ya medio derruida la cúpula de su torre. Por lo general, en los edificios antiguos se transparenta el elemento bárbaro, el cual produce, sin embargo, un efecto más agradable que la nulidad abstracta de la nueva arquitectura. Aquí cabe decir con Gautier: *La barbarie vaut mieux que la platitude,* donde la mejor traducción de *platitude* sería *nihilismo.*

Acabada la comida se presentó en la mesa el teniente general Von Kleist, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos. Ya lo conocía de mis años de Hannover. Conversación sobre el general francés Giraud, que ahora tiene el mando en Túnez. Parece que inmediatamente después de su fuga dijo Hitler que todavía eran de aguardar cosas desagradables de ese hombre.

Las voces de las mujeres, y en especial las de las muchachas, no son melodiosas, pero suenan agradables. En esas voces hay escondidas fuerza y jovialidad; uno cree estar escuchando la vibración de una cuerda profunda de la vida. A lo que parece, los cambios habidos en las construcciones y en los esquemas resbalan sobre estas naturalezas sin llegar a producir excoriaciones en ellas. Esto mismo fue lo que me sorprendió también en los negros suramericanos: su alegría profunda, intacta todavía después de generaciones de esclavitud. Por cierto que el capitán médico Von Grävenitz me ha contado que en los reconocimientos médicos se descubre que la gran mayoría de las muchachas de aquí son vírgenes. Eso es algo que es visible también en sus fisonomías, y resulta difícil decir si donde puede leerse tal cosa es en sus frentes o en sus ojos — es el fulgor plateado de la pureza, que baña su rostro. Su luz no tiene el brillo propio de la virtud activa, sino que es más bien una luz refleja, como la de la luna. Justo por ello se adivina cuál es el sol que produce tal luz serena.

Voroshílovsk, 26 de noviembre de 1942

Grandes nevadas, con fuertes vientos. Para llegar a tener una visión de conjunto de la población he intentado, como primera medida, subir a la torre de la iglesia, pero me he encontrado con que los peldaños de la parte superior de la escalera estaban casi carbonizados. Por ello me he limitado a echar una mirada en redondo desde media altura y luego me he dirigido a un bosque no muy espeso que había descubierto de ese modo. Por desgracia resultaba imposible caminar por él, así es que hube de contentarme con el goce que me produjo la visión de una bandada de pájaros que se escurría ágilmente a través de los arbustos y los setos. Aquellos animales tenían un

aspecto semejante al de nuestro carbonero común, pero me parecieron de mayor tamaño y de colores más vivos.

En el almuerzo he visto al comandante Von Oppen, que es hijo del que fue jefe de mi regimiento en la Primera Guerra Mundial. Entre otras cosas hemos hablado de la poesía *Der Taurus* [El Tauro], dedicada por Friedrich Georg a la memoria de su padre, el cual reposa en aquel lugar.1

Por la tarde vacunación contra el tifus petequial. La vacunación no deja de ser un acto notable; a mí antes me gustaba compararla con el bautismo, pero su analogía más exacta en el mundo eclesiástico es tal vez la comunión. En ella nos aprovechamos de la experiencia viva que otros han ido acumulando para nosotros: con sus sacrificios, con su enfermedad, dejándose morder por serpientes. La linfa del cordero que ha padecido por nosotros. Los milagros están prefigurados y contenidos en la materia — son su realización suprema.

A última hora de la tarde el teniente coronel Schuchardt ha estado explicándome sobre un mapa la situación creada en estos días por la brecha que los rusos han abierto en el Grupo de Ejércitos vecino al nuestro. El golpe ha destruido en primer lugar los sectores del frente ocupados por los rumanos y ha conducido luego al cerco del VI Ejército. Es preciso avituallar por vía aérea esa bolsa hasta que se pueda tender por tierra un puente hacia ella. La vida en esas zonas cercadas por la aniquilación plantea exigencias extremas; en su modo de estar amenazada, la vida en ellas se asemeja a la vida en las ciudades antiguas sitiadas, en las que no cabía aguardar gracia ninguna. Esto mismo es cierto también en el plano moral; durante semanas y meses se ve a la Muerte acercarse desde lejos. Muchas cosas quedan reducidas así a su justa proporción, pues las estructuras que se han dado los Estados muestran aquí su otra cara.

Voroshílovsk, 27 de noviembre de 1942

Por la mañana en el museo municipal, que fue fundado ya en tiempo de los zares; contiene principalmente una colección de zoología, la cual ha quedado deteriorada por el paso de los años. Así he visto allí unas serpientes descoloridas por el sol que se enrollaban en torno a unas ramas cual si fuesen fantasmas blancos y escamosos; también he visto otras serpientes encerradas en vasos, las cuales, por haberse evaporado el alcohol que antes había en ellos, se han secado y convertido en momias. Pero era visible que, en otro tiempo, todas aquellas cosas fueron colocadas con cariño en sus sitios. El experto nota eso en pequeños detalles; un librito que me saltó a la vista, *Acta*

Societatis Entomologicae Stauropolitanae, 1926, indicaba que en aquella ciudad habían existido grupos de aficionados locales. El nombre antiguo de Voroshílovsk es Stávropol.

De los animales disecados me llamaron la atención dos que eran bicéfalos — una cabra y un ternero. En la cabra la malformación había dado como resultado una especie de cabeza de Jano; en el ternero, en cambio, habíanse formado dos hocicos, pero únicamente tres ojos; el sobrante estaba situado en la frente, como el de Polifemo. Esta fusión de elementos no dejaba de tener una cierta elegancia estética; daba la impresión de ser una combinación bien meditada, la impresión no tanto de una criatura zoológica cuanto de una mitológica.

Por cierto que sería una hermosa tarea, tanto para los estudiosos de las ciencias naturales como para los estudiosos de las ciencias del espíritu, el trabajar sobre el «bicefalismo». Sin duda se llegaría aquí a la conclusión de que ese fenómeno está coordinado con las esferas inferiores de la vida, con aquellas que confinan o bien con el reino de lo vegetal o bien con el reino de lo demoníaco. Las ventajas que cabría imaginar en el bicefalismo, como, por ejemplo, una especial espiritualidad estereoscópica o la posibilidad de mantener diálogos de un género inaudito consigo mismo, nos han sido proporcionadas a los humanos, de un modo más simple y más genial, por la conformación bilateral de nuestro cerebro. Los hermanos siameses no son seres que estén aliados, sino seres que se hallan encadenados el uno al otro.

A pesar de la hora aún temprana vi en el museo un cierto número de visitantes que, de pie ante las vitrinas, las miraban con atención. Estuve observando, por ejemplo, a dos mujeres; iban vestidas con ropas de campesinas y conversaban entre ellas acerca de los objetos que allí había; algunos de estos parecían divertirlas mucho, como una concha de color rosa que estaba armada de unas largas púas, igual que los erizos.

A última hora de la tarde, cenado con el subjefe de Estado Mayor encargado de la intendencia, el teniente coronel Merck, un hombre que se distingue por esa inteligencia precisa, objetiva, que es peculiar de estos organizadores de los avituallamientos. Servían a la mesa con mucha gracia dos muchachas coreanas que eran hermanas. Conversación con el capitán Dietloff, el cual estuvo aquí al frente de una gran hacienda agrícola antes de la guerra; hablamos de los cultivos y de las cosechas que son posibles en estas tierras. Es enorme su fertilidad; pero esta se extiende también a las plagas, como ocurre siempre en estos casos. Hay vientos helados que en pocos minutos destruyen los cereales cuando están en plena floración; y hay también

el hongo llamado «roya del grano», que durante la cosecha levanta unas nubes de polvo tan espesas que ciegan a los caballos; y hay además legiones de langostas, y de escarabajos sanjuaneros, y de cardos cuyo tallo llega a alcanzar el grosor del brazo de un hombre. Especialmente temido es también un arbusto espinoso que, cuando ha crecido, se cierra formando una bola; una vez que se ha podrido la raíz, esa bola va rodando por los campos, empujada por los vientos del otoño, y esparce de esa manera sus semillas.

Voroshílovsk, 29 de noviembre de 1942

Por la mañana en el mercado, un mercado grande, lleno de gente, pero con muy poco género. Los precios son los propios de los tiempos de escasez extrema. Tres marcos he pagado por una pequeña bobina de hilo, la misma que en Francia veía ofrecida, no hace aún tanto tiempo, por unos pocos céntimos. Alrededor de un mendigo que estaba cantando y al que habían vendado poco antes el muñón de su brazo se agolpaban los oyentes; a lo que parecía, lo que escuchaban con tanto interés no era tanto la música cuanto la letra, que iba explayándose con lentitud. Un cuadro homérico.

Luego pasó un entierro por delante de donde yo estaba. Lo precedían dos mujeres, portadoras de una cruz de madera con una corona enrollada a ella; venían luego otras cuatro mujeres, las cuales llevaban a hombros la tapa del ataúd, como si fuese una barca adornada de flores. El ataúd propiamente dicho lo portaban cuatro hombres jóvenes que sostenían unos lienzos; en él yacía la difunta, una mujer de unos treinta y seis años, de cabellos oscuros y rasgos faciales muy pronunciados. La cabeza reposaba sobre flores, y junto a sus pies, en la parte delantera, estaba un libro negro. Ya en la isla de Rodas tropecé en una ocasión con esta costumbre de la Iglesia ortodoxa de exponer por última vez el ser humano a la luz; es una costumbre que me agrada; es como si la persona estuviera todavía consciente y, antes de descender a las tinieblas, quisiera despedirse.

En estos días me ha venido otra vez a la cabeza el plan de un nuevo trabajo: *El sendero de Masirah.* El narrador, Othfried, comienza su relato en el instante en que acaba de cruzar el gran desierto y descubre señales de la proximidad de la costa. Aparecen primero plantas halófilas, así como langostas y serpientes — un mundo vegetal y animal que parece brotado de la seca arena. Luego vienen zarzas en flor y, finalmente, palmeras y vestigios de antiguos asentamientos humanos. Pero es una región desolada y muerta; de vez en cuando el camino pasa junto a ciudades destruidas; hay brechas en sus muros y

delante de estos se alzan en la arena grandes máquinas de asedio.

Othfried está en posesión de un mapa dibujado por Fortunio; ese mapa describe, a medias con palabras en él escritas y a medias con jeroglíficos topográficos, la ruta que conduce a Gadamar, donde Fortunio ha encontrado una mina de piedras preciosas. El estudio de aquel mapa resulta dificultoso — y así, Othfried hubiera preferido tomar la vía marítima, pero se vio obligado a viajar siguiendo la senda que se le había prescrito, ya que cada indicación estaba ligada a la siguiente como lo está un eslabón a otro en una cadena. Al parecer, lo que Fortunio proponía al propietario del mapa era una tarea, la coronación de la cual es el hallazgo del tesoro. Las figuras de la tarea son al principio aventuras, pero luego se refieren a las dotes espirituales y acaban transformándose en exámenes éticos.

Othfried, que noche tras noche desdobla aquel extraño mapa como quien extiende el fuelle de un acordeón, habría abandonado muy pronto su empresa si no fuera porque continuamente le daba nuevos ánimos la contemplación de una piedra preciosa, un ópalo, que Fortunio le había entregado como muestra; aquel ópalo tenía la forma y el tamaño de un huevo de oca y poseía una profundidad mágica, como de nubes de colores. En él se veían, cuando se lo contemplaba largo tiempo, unos juegos mágicos, así como imágenes del futuro y del pasado. La mina de piedras preciosas proviene de los tiempos fabulosos de la Tierra, da un último testimonio de la hoy desaparecida sobreabundancia que hubo en la Edad de Oro.

El sendero de Masirah, que Othfried ha de atravesar junto con quienes lo acompañan, se alza a una horrorosa altura sobre los rompientes de la costa y representa una de las figuras éticas. Su historia, su topografía. Tallado en la lisa roca, es tan angosto y abrupto que no ofrece espacio más que justamente para el pie de un solo hombre o la pezuña de un solo mulo. No resulta visible en su totalidad; y, para que no se encuentren en él frente a frente las caravanas que viajen en sentido contrario, hay en cada uno de sus extremos una especie de púlpito desde el cual la gente anuncia a gritos su propósito de atravesarlo. Othfried omite aquel aviso; también lo omite, por desgracia, un grupo de judíos de Ophir, que vienen de la otra parte. Los dos grupos se encuentran con sus mulos sobre el abismo en el lugar más estrecho, más horrible. La mera idea de dar la vuelta pone espanto en el corazón. ¿Cómo se soluciona el conflicto, que amenaza con tener como fin la caída al abismo de uno de los dos grupos o incluso de los dos?

Al meditar sobre este asunto mientras iba caminando por el

mercado me pareció que era una pena recortar de él un único episodio; sería apropiado para hacer una descripción del camino de la vida en general. El mapa tendría entonces que reflejar el destino, el cual estaría escrito en él como lo está en las rayas de la mano. La mina de piedras preciosas es la ciudad eterna descrita por san Juan en el *Apocalipsis;* ella es la meta que sirve de premio al camino. De este modo se podrían introducir muchas cosas en este asunto.

No cabe duda de que esta inspiración me asalta en el instante menos apropiado de todos, y hoy he dejado de lado la primera página que había escrito. Acaso lleguen alguna vez tiempos mejores, más libres, para esto.

Voroshílovsk, 30 de noviembre de 1942

En el cementerio, el más abandonado que yo haya visto nunca en mi vida. Ocupa una superficie rectangular y está cerrado por un muro semiderruido. Llamativa la ausencia de nombres; no se ven apenas inscripciones ni en las losas cubiertas de musgo ni tampoco en las cruces de san Andrés erosionadas por el tiempo; esas cruces están talladas en una blanca piedra caliza de color pardo dorado. En una de aquellas cruces, es verdad, creí poder descifrar la palabra *patera,* escrita en caracteres griegos; me hizo pensar en Kubin y en Perla, su ciudad de sueños; muchas eran las cosas que aquí me recordaban esa ciudad.

Sobre las tumbas han crecido espesos matorrales; también proliferan por todas partes los cardos y los lampazos. En medio de todo aquello han sido excavadas nuevas fosas, en forma aparentemente caprichosa, las cuales no están señaladas por ninguna cruz, ni de madera ni de piedra. Solo huesos viejos blanquean sobre el removido terreno. Por allí estaban desparramadas, como en un puzle, vértebras, costillas, tibias; también vi una verdosa calavera infantil que yacía junto al muro.

El regreso, por los deteriorados barrios de las afueras. En la arquitectura de los edificios, en el perfil de los rostros, en innumerables detalles, casi siempre imponderables, captan los sentidos un eco de Asia, un atisbo asiático. Esto lo percibí de manera especial al ver cómo cruzaba sus manos sobre el vientre un chiquillo, con una postura peculiar. Tales cosas residen en los elementos, cual una irradiación sutil que llega de allende lo visible. El tercer ojo, ese ojo parietal cuya huella parecen haber encontrado los doctos, era quizá el ojo destinado a ver las Protoimágenes, las imágenes primordiales; en aquellos tiempos los hombres veían las tierras, los animales, las

fuentes y los árboles como Figuras, de igual manera que hoy los ven como superficies y cuerpos.

Voroshílovsk, 1 de diciembre de 1942

Visita al Instituto de la Peste, que trabaja con científicos y empleados rusos. El riquísimo suelo de esta tierra es también un Eldorado para epidemias y enfermedades tales como la fiebre ucraniana, la disentería, el tifus, la difteria y una especie de ictericia epidémica cuyo virus no se ha encontrado todavía. Se dice que la peste retorna cada diez años; hizo acto de presencia en 1912, en 1922 y en 1932; según eso, este año sería el momento de que volviera a presentarse. Se propaga a través de las caravanas que llegan de la zona de Astracán. Va precedida de muertes masivas de roedores, que la anuncian. Cuando esto ocurre, el Instituto envía una expedición compuesta de zoólogos, bacteriólogos y recolectores para que la investiguen con más detenimiento. El avance de la epidemia es observado y combatido por un cordón de estaciones secundarias llamadas «granjas de la peste». Se pone especial cuidado en exterminar a las ratas; para llevar a cabo esa tarea existen unos cazadores especializados, los «desratizadores», que están presentes en todas las granjas colectivas, los *koljozi.*

Conversación con el director científico del Instituto, el profesor Hach, con el que me he sentido a gusto. Esta relación de hombre a hombre, que un francés calificaría de *humana,* tiene en el caso de los rusos una coloración diferente, una coloración elemental; procede de aguas más profundas. La amabilidad, que en Francia es producto de un esfuerzo refinado, de una actividad psíquica, aquí descansa más bien en la lasitud; posee un toque más femenil, pero también más oscuro, más amoral.

Al profesor Hach lo han castigado con esa forma suavizada de destierro que se denomina «menos seis», esto es, no le está permitido residir en ninguna de las seis ciudades más importantes del país.

Dado que en el Instituto de la Peste se obtienen también grandes cantidades de suero para vacunas, fue puesto bajo protección inmediatamente después de que llegasen aquí las tropas alemanas. Para que se aprovisionase de víveres le fue asignada una granja colectiva, un *koljoz,* en el cual el Estado ruso empleaba y alimentaba hasta aquel momento a ochocientos enfermos mentales. El servicio de seguridad los mató, con el fin de dejar así libre la finca para el Instituto. En ese rasgo se delata la tendencia del técnico a sustituir la moral por la higiene, de igual modo que sustituye la verdad por la

propaganda.

Voroshílovsk, 2 de diciembre de 1942

El hálito del mundo de los desolladores resulta a veces tan perceptible que mata completamente las ganas de trabajar, de modelar imágenes y pensamientos. Las malas acciones tienen un carácter sofocante, deprimente; la campiña humana se torna inhóspita, como si en ella se ocultase carroña. En la vecindad del crimen las cosas pierden su magia, su olor y sabor. El espíritu se fatiga con las tareas que se había propuesto y que lo ocupaban y reconfortaban. Mas es precisamente contra eso contra lo que hay que luchar. Los colores de las flores que brotan en la mortífera cresta no deben palidecer para nuestros ojos ni aun cuando se hallen a un palmo del abismo. Esa es la situación que yo describo en mi libro *En los acantilados de mármol.*

Voroshílovsk, 4 de diciembre de 1942

Tiempo brumoso; a última hora de la tarde aclaró al punto de que era posible adivinar, más bien que ver realmente, las estrellas a través de un velo.

Las pipas de girasol que aquí están a la venta en todas partes. Son de color negro, con una fina raya blanca. Se ve a personas de todas las edades, tanto viejas como jóvenes, mordisquearlas sin cesar; para ello se las introducen con un rápido movimiento en la boca y las cascan ágilmente. Escupen luego la cáscara y devoran la pequeña semilla. Esto parece ser, por un lado, un pasatiempo, como el fumar, pero, por otro lado, una especie de alimentación homeopática. También se asevera que son esas pipas las que proporcionan a las mujeres de aquí los firmes pechos que poseen. Se camine por donde se camine, el suelo está siempre cubierto de cáscaras de pipas de girasol arrastradas por el viento; uno parece estar siguiendo la pista de animales roedores.

En mi trato con los seres humanos observo que el dirigirme a los niveles medios, ya sea de la inteligencia o ya sea del carácter, no se me da bien; en cambio, no me produce casi ninguna dificultad el relacionarme con naturalezas muy simples ni tampoco con las muy desarrolladas. Me parezco así a un pianista que tocase únicamente las teclas extremas de su instrumento y que, en cuanto a las demás, hubiera de arreglárselas de cualquier manera. O bien campesinos y pescadores, o bien personas de primerísima calidad. Las relaciones usuales consisten en una dificultosa traducción a lo cotidiano, en un andar hurgando en los bolsillos en busca de calderilla. Con frecuencia

tengo la impresión de estar moviéndome en un mundo para el cual no estoy suficientemente equipado.

Voroshílovsk, 6 de diciembre de 1942

Domingo; tiempo glacial y despejado. También, cubierto el suelo de una delgada capa de nieve. Por la mañana fui a pasear por el bosque y al mirar aquel tenue manto de nieve pura me acordé del curioso verso que en otro tiempo murmuró Perpetua en nuestra mansarda de Leipzig, en el momento de despertarse:

Es schneet der Wind das Ärgste zu...

[El viento cubre de nieve las peores cosas...]

En aquella época vivíamos en un estudio. A través del techo de cristal veíamos por la noche el girar de las estrellas, y, en invierno, el suave caer de los copos de nieve.

Los cuadros ofrecidos por el bosque han sido un poco más alegres que los de la ciudad. Me crucé allí con unas campesinas que portaban unas pértigas largas, curvas, al extremo de las cuales se bamboleaban cubos de agua o pequeños fardos. También da alegría el contemplar los yugos que llevan los caballitos *panje;* cuando estos se ponen a trotar, los yugos saltan y bailotean sobre sus cuellos. Todas estas cosas traían a la memoria tiempos antiguos, la antigua abundancia. Uno siente lo que la abstracción ha arrebatado a este suelo y siente también cómo podría volver a florecer bajo el sol de un poder que fuera benevolente y paternal. Sobre todo cuando oigo hablar a la gente de aquí, con unas vocales en las que resuena una alegría profunda, una risa suave, me acuerdo de los días de invierno en que por debajo del hielo y de la nieve se oye murmurar a los manantiales.

Terminado: el Libro de Jeremías, cuya lectura comencé en Suresnes el 18 de octubre. Mi viaje va atravesando el Libro de los Libros y el mundo móvil proporciona los ejemplos.

Las visiones de Jeremías no resisten la comparación con las de Isaías, el cual es incomparablemente superior a aquel en fuerza. Isaías describe el destino del universo, mientras que Jeremías es el profeta de las coyunturas políticas. En cuanto tal, desempeña una función importante; es el vidente que tiene el encargo de serlo, es el instrumento más fino de la inspiración nacional. En Jeremías están todavía unidas, indivisas, las fuerzas propias del sacerdote, del profeta

y del estadista. En la derrota no ve la catástrofe cósmica, la cual provoca espanto, pero también placer, sino que ve el fracaso político, el naufragio del Estado, consecuencia del apartarse del orden divino.

La situación a que Jeremías se ve confrontado es la situación de amenaza procedente de Nabucodonosor, cuyo poder sabe él apreciar de manera diferente y más exacta que el rey. Es en esa situación en la que aconseja a Selecías, pero sin éxito. A nosotros nos faltan ojos para ver las dificultades que encierra su ministerio, pues se nos han vuelto extrañas las teocracias. Para poder apreciar esas dificultades habría que comparar el cometido de Jeremías con el de un vidente agraciado con el don de la profecía y empleado en la Corte prusiana, el cual, hacia 1805, conociese de antemano no solo el desenlace de 1806, sino también el de 1812, y, provisto de ese saber, hubiese aconsejado al rey que combatiese a Napoleón. En casos como ese se tiene en contra no solo al grupo partidario de la guerra, sino también al populacho. De ahí que nunca se valorará bastante la audacia con que actuó Jeremías; esa audacia tiene como presupuesto que no existía la menor duda acerca del hecho de su conexión con Dios. Eso era lo que le proporcionaba su seguridad.

Voroshílovsk, 7 de diciembre de 1942

Ayer fue para mí un día significativo: tuve un atisbo de lo que significa: «Eso eres tú». Desde hace años, desde Suramérica, no me había sobrevenido un influjo como ese.

¿Habrá acaso influencias geográficas, o, mejor dicho, geománticas, sobre el carácter? Quiero decir: ¿habrá influencias de ese tipo no solo sobre las costumbres, cosa que ya vieron Pascal y Stendhal, sino también sobre nuestro fondo esencial? Si así fuera, podríamos experimentar en otras latitudes primero una disolución y luego una recristalización. Tal cosa sería la correspondencia de las transformaciones corporales: primero somos recibidos con fiebres y luego nos cae en suerte una salud nueva. Ciudadanos del mundo, cosmopolitas en el sentido más alto de la palabra lo seríamos si lo que a nosotros nos modelase y formase fuese el globo terráqueo en su totalidad. Ese es el estado al que son elevados desde sus naciones los dominadores del mundo; la leyenda de la procreación cósmica de Alejandro Magno roza eso. Un rayo cae sobre su madre, sobre el seno de la Tierra. Los grandes poetas, como Dante en sus peregrinaciones y Goethe en su *Diván de Oriente y Occidente*, aluden a eso en el plano del espíritu. También lo hacen las religiones universales, con la excepción del islam que está demasiado ligado a un determinado clima. El sueño de san Pedro con los animales — el hecho de comerlos simboliza la

incorporación de reinos y países de este mundo.

Por la noche brillaban las estrellas, fulgían las grandes constelaciones con una luz que yo solo he visto en el sur. Ese sentimiento de frialdad enorme que nos sobrecoge ante tal espectáculo, ¿habrá sido ya perceptible en otros tiempos? Hasta ahora, donde más claramente lo he encontrado descrito ha sido en algunos versos de Friedrich Georg.

En el sueño estaba atareado con muchos asuntos; pero lo único que de él me ha quedado ha sido la imagen que precedió al despertar: un automóvil cuyo capó llevaba como mascota un pequeño gorgojo, el *Curculio nucum* o gorgojo de la nuez. El animal tenía allí el tamaño de un cordero y brillaba transparente a la luz del sol, como si fuera un asta del color de la madera del cerezo, veteado de rojo. El estallido de siete bombas que un aviador ruso lanzó a la hora del alba me despertó en el instante en que estaba admirando aquella figura.

También la mañana fue resplandeciente, ninguna nubecilla empañaba el azul espacio celeste. Subí al campanario de la iglesia; sobre su basamento cuadrado se alza una torreta octogonal y, sobre esta, una bola aplastada de forma de cebolla. Por vez primera abarqué con la mirada la población en su conjunto, con sus dilatadísimos barrios rectangulares de casas bajas, de las cuales sobresalen acá y allá algunos edificios gigantescos de nueva construcción: cuarteles o sedes de la policía. Para poder construir tales bloques fue preciso, pues, hacer morir a millones de seres humanos.

Inmediatamente delante de las puertas de la ciudad parecía alzarse el monte Elbrús, con su doble cima y sus laderas nevadas, las cuales brillaban a la luz de la mañana como si fueran de plata; y, sin embargo, ese monte se encuentra a varias jornadas de marcha de aquí. A su lado parecía minúscula la doble cadena del Cáucaso, en la cual se eleva. Hacía ya mucho tiempo que la Tierra no me hablaba con un cuadro como ese, obra de las manos, trabajo de Dios; hoy ha vuelto a hacerlo.

En el camino de vuelta a casa pasé junto a un grupo de prisioneros que, vigilados por unos centinelas, estaban trabajando en la carretera. Los prisioneros habían extendido sus abrigos al borde del camino y quienes por allí pasaban depositaban a veces sobre ellos una limosnita. Vi allí billetes de banco, rebanadas de pan, cebollas y uno de esos tomates que en estas tierras se ponen en vinagre cuando aún están verdes. Ha sido el primer rasgo humano que me ha saltado a los ojos en este paisaje, si prescindo de algunos juegos infantiles y de la

hermosa camaradería mutua de los soldados alemanes. Pero aquí cooperaban todas las partes, los habitantes como donantes, los prisioneros como pobres, y los centinelas permitiendo la limosna.

Kropotkin, 9 de diciembre de 1942

Ayer por la noche, partida hacia el XVII Ejército con el tren correo; resultó ser un automóvil colocado sobre las vías del tren, que remolcaba un vagón de mercancías. Tras un breve recorrido nos quedamos parados sobre los raíles una buena parte de la noche, bajo una tempestad de nieve. Logramos reunir un poco de leña, y así estuvo calentándonos durante una o dos horas una pequeña estufa.

Por la mañana, llegada a Kropotkin; aquí he pasado el día entero aguardando el tren que debía llevarme a Beloréchenskaya. En el vestíbulo de la estación, grande y desnudo, estaban aguardando con impaciencia, igual que yo, muchos centenares de soldados. Permanecían de pie, reunidos en grupos silenciosos, o bien estaban sentados en sus equipajes. A ciertas horas se agolpaban delante de unas ventanillas en las que se repartía café o sopa. En aquella elevada sala se notaba la cercanía de las enormes fuerzas constrictivas que impelen a los seres humanos, pero que aún no se revelan a sus ojos: el titánico poder helado. De ahí la impresión de que la voluntad está solicitada en todas sus fibras, mientras que la inteligencia permanece ociosa. Si se consiguiera tener una intuición pura de esto, en el cuadro de un pintor, por ejemplo, sería sin duda una gran distensión, un alivio. Pero tal cosa resulta imposible, como imposible resulta también el que ya en esta fase interprete los acontecimientos un gran historiador, o, mejor todavía, una novela. Pues ni siquiera se conocen los nombres de los poderes que están contendiendo entre sí.

Pensamiento al ver aquello: «No es posible restaurar la libertad en el sentido en que se la entendió en el siglo XIX, que es lo que muchos siguen soñando; la libertad ha de elevarse a la altura nueva y helada del proceso histórico y aun subir más arriba todavía: como un águila que sobrevuela las almenas que emergen del caos. También la libertad habrá de pasar por el dolor. Es preciso volver a merecerla».

Beloréchenskaya, 10 de diciembre de 1942

Partí de Kropotkin con quince horas de retraso, si bien es verdad que en estos lugares la palabra «retraso» pierde su significado. Es preciso instalarse de un salto en el estado vegetante, en el cual se cesa de sentir impaciencia.

Como llovía a cántaros, me permití dedicar un rato a la lectura en el compartimiento, a la luz de una vela. También con respecto a mis lecturas vivo ahora *à la fortune du pot* [a lo que salga], por cuanto me trago muchas cosas que en otras circunstancias me resultarían indigestas. Por ejemplo, en este caso, *Abu Telfan,* de Raabe, obra que me traje de Voroshílovsk y que ya oí ensalzar a mi abuelo, el maestro de escuela, sin que me entrasen especiales ganas de leerla. Las florituras retóricas que una y otra vez se repiten en esta prosa se parecen a aquellos adornos dorados, imitados del rococó, que se ven en los muebles de madera de nogal construidos por la misma época en que se escribió tal novela. Un ejemplo:

«Los álamos vuelven a mostrar que están en condiciones de proyectar una sombra muy larga».

Otro:

«La niebla blanca, que por desgracia ya utilizó líricamente el honesto *Mensajero de Wandsbeck,* se hacía notar igualmente en los prados».

Esta ironía provinciana es uno de los síntomas del siglo XIX; hay autores que parecen atacados de una sarna crónica. Pero en estos años nuestros no son únicamente seres humanos los que están cayendo, también están cayendo libros; se vuelven amarillos, como hojas bajo la escarcha, y llegará un día en que la gente se percatará de que se han hundido silenciosamente literaturas enteras.

He llegado a Beloréchenskaya a primeras horas de la mañana. Mientras aguardaba en el enfangado andén me puse a estudiar las constelaciones, que brillaban con un fulgor magnífico. Resulta extraño el hecho de que las estrellas cautiven nuestro espíritu de una manera nueva en el momento en que nos aproximamos al reino de los dolores. Es en este sentido en el que las menciona también Boecio en el último poema, el más bello, de su libro.

En la cama que me habían reservado encontré a dos conductores; su vehículo había quedado hundido en el fango. La barraca constaba de una sola habitación, dividida en dos partes por una gran estufa situada en el centro; en las otras dos camas que allí había dormían la dueña de la casa y una amiga suya. Una de ellas se pasó a la cama de la otra y yo ocupé el lecho caliente que de este modo quedó libre.

Almorzado con el comandante en jefe, el teniente general Ruoff, al que transmití los saludos de su predecesor, Heinrich von Stülpnagel.

Conversación sobre las posiciones que ocupan nuestras tropas. Durante el primer invierno ruso fue el frío la mayor amenaza; ahora lo es la humedad, al menos en este sector del frente. La humedad desmoraliza más que el frío. Las tropas están instaladas en bosques húmedos, metidas casi siempre en simples agujeros abiertos en la tierra, pues el avance se detuvo hace solo tres semanas. La única protección de que disponen los soldados es la lona de tienda de campaña. Las crecidas han arrastrado los puentes de arroyos y ríos, de manera que está bloqueado el suministro de vituallas. Ni siquiera los aviadores pueden lanzar nada en aquellos bosques envueltos en nieblas. Las fatigas alcanzan así su límite extremo, aquel en que los hombres mueren de agotamiento.

Por la tarde he asistido al interrogatorio de un alférez ruso de diecinueve años que había caído prisionero. Tenía un rostro no acabado todavía de formar, un poco como de muchacha; lo cubría una suave pelusilla aún no afeitada nunca. El muchacho llevaba en la cabeza una gorra de piel de oveja y en la mano tenía un largo bastón de madera. Hijo de campesinos, había estado luego en una escuela de ingenieros; antes de ser hecho prisionero se hallaba al mando de una compañía de lanzagranadas. La impresión general que causaba —la de un campesino que se hubiese convertido en un mecánico— concordaba con las palabras que decía. Su manera de mover las manos era grave, como si estuviera sopesando las cosas; uno podía imaginar que aquellas manos no habían olvidado aún el trabajo de la madera, aunque ya se hubieran habituado al hierro.

Conversación con el oficial que lo interrogó, un hombre del Báltico; comparó a Rusia con un vaso de leche al que se le hubiera quitado la delgada capa de nata. Aún no se había formado otra, o bien la nueva no tenía buen sabor. Una imagen muy expresiva. Pero lo que cabría preguntarse es cuánta materia dulce está todavía sutilmente distribuida en la leche. En tiempos tranquilos podría volver a formar nata. Con otras palabras: ¿ha penetrado la cruel incisión de la abstracción técnica hasta lo más íntimo de la persona singular, hasta el fondo de donde brota el fruto? Yo me inclinaría a negarlo, basándome para ello en la mera impresión que me producen la voz y la fisonomía de las personas.

Recaída. Notable el hecho de que, en el instante en que me percataba de ella, se desprendiese del techo un pesado trozo, el cual dejaba allí un hueco cuya silueta era como la de la isla de Sicilia.

Beloréchenskaya, 11 de diciembre de 1942

Como durante la noche había helado, me fue posible darme una vuelta por la población; ayer encontré intransitables sus caminos llenos de fango. Ahora estaban cubiertos de hielo resplandeciente, parecían grandes estanques de aldea. Las casas de aquí son pequeñas, tienen una sola planta y las techumbres son o de cañas o de tejas o de planchas de latón de color minio. En los techos que son de paja las capas inferiores están formadas de tallos duros; las superiores, en cambio, de follaje. Esto les da el aspecto de cabezas que llevasen puesto un capirote amarillo. Curiosa resulta una especie de baldaquino o dosel que adorna la entrada de los edificios más notables y que cubre las escaleras de esas entradas, en parte para protegerlas de la lluvia y en parte también para realzar su prestancia. Sin duda eso es algo que de la vida en las tiendas ha pasado al estilo arquitectónico. En muchos aspectos la decoración de esos pasillos cubiertos con chapas de cinc a manera de tejado recuerda los flecos y las borlas.

En el interior de estas barracas no es raro ver plantas que aman el calor, como ficus de gran tamaño o limoneros de los que se recogen frutos. Con sus grandes estufas las pequeñas habitaciones parecen invernaderos. En los jardines y al borde de las anchas calles hay muchísimos chopos; su paniculado ramaje parece transfigurado a la luz del sol.

Un pequeño cementerio militar que he visitado da cobijo, además de a los aviadores que fueron derribados sobre esta población, a los soldados que fallecen en un hospital de campaña que aquí funciona. Habían sido abiertas en el cementerio unas treinta sepulturas, cada una de las cuales estaba adornada con una cruz; también habían sido excavadas unas cuantas fosas más, como reserva, cosa que es rechazada como un sacrilegio por el maestro Antonio en el drama de Hebbel *María Magdalena.*

Fuera de la ciudad, a orillas del río, el Bélaya. Bajaba crecido, formando remolinos, y las aguas tenían un color gris sucio. A lo largo de sus riberas se extiende una posición de campaña, con obstáculos y hoyos de tiradores; en ellos estaban trabajando unas cuantas mujeres bajo la vigilancia de zapadores. En un camino en hondonada había un caballo muerto; de su esqueleto había sido arrancada la totalidad de la carne, hasta la última fibra. Desde aquí no presenta mal aspecto la ciudad, con sus barracas de madera y sus tejados cubiertos de musgo; aún se siente la atmósfera de cosa viva que le proporcionan el trabajo de las manos y el deterioro orgánico causado por el paso del tiempo, una atmósfera en la cual se puede vivir.

Luego en casa de mi anfitriona, la señora Vala; Vala es un

diminutivo de Valentina. El marido está ausente desde el comienzo de la guerra, se halla en el frente en una unidad química. Con ella estaba una amiga suya de dieciséis años, Victoria, hija de un médico; habla un poco de alemán, ha leído a Schiller, al cual venera, como casi todos sus compatriotas; lo tiene por el prototipo del poeta. «¡Oh, Schiller, *prima*!», dice. Quiere marcharse ahora a Alemania, donde está contratada para trabajar. Estudia bachillerato, todas sus compañeras de curso mayores de dieciséis años han sido movilizadas como partisanas. Ha estado hablándome de una amiga suya de catorce años que fue fusilada cerca del río; traspuso el acontecimiento a una esfera diferente de la sentimental, pero no más dura que ella. Esto me causó una impresión profunda.

A última hora de la tarde charla con el comandante K., principalmente sobre los partisanos; la tarea de dar con ellos y combatirlos es de su incumbencia. Ya entre las tropas regulares es inmisericorde la lucha. Los soldados hacen todo lo posible por no caer en manos del enemigo; eso es lo que explica también la tenacidad con que resisten las tropas cercadas. Se han encontrado órdenes rusas que fijan una recompensa por cada prisionero vivo que se aporte; el servicio de información los necesita para interrogarlos. Otras disposiciones regulan que los prisioneros deben ser llevados en primer lugar a las autoridades militares y solo más tarde a las políticas, es decir, se fija el orden en que se ha de exprimir el limón.

Los adversarios no aguardan clemencia el uno del otro y la propaganda los reafirma en esa opinión. Así, el invierno pasado un trineo lleno de oficiales rusos heridos fue a parar por error a las posiciones alemanas. En el instante en que sus ocupantes se dieron cuenta de ello hicieron estallar granadas de mano entre sus propios cuerpos. De todos modos, también se hacen prisioneros, bien para disponer de mano de obra o bien para atraer a desertores. Pero los partisanos están al margen del derecho de guerra, si es que puede seguir hablándose de tal cosa. Como si fueran manadas de lobos, se los cerca en sus bosques con el fin de exterminarlos. Aquí he oído cosas que pertenecen ya al reino de la zoología.

Mientras volvía hacia la casa donde me alojo estuve reflexionando sobre estas cuestiones. En estos ámbitos se hace realidad un pensamiento que yo desarrollé hace tiempo en varios sentidos — el pensamiento de que, donde todo está permitido, el resultado es primero la anarquía y luego un orden más estricto. Quien mata porque sí a su adversario, que no aguarde clemencia; ello hace que se formen reglas de combate nuevas, más duras.

Todo esto me parece atrayente en el plano teórico, pero en el práctico somos ineluctablemente conducidos al instante en que es preciso alzar la mano contra seres indefensos. Esto solo es posible hacerlo a sangre fría en los combates contra animales o en las guerras libradas entre ateos. Entonces la Cruz Roja no es ya otra cosa que un blanco especialmente visible.

Siempre habrá así zonas en las que no es lícito que sea el adversario el que dicte la ley. La guerra no es un pastel que los bandos opuestos se reparten íntegramente entre sí; siempre queda un trozo que es común. Es la porción divina, que está sustraída a la contienda y que sustrae el combate a la bestialidad pura y a la fuerza bruta demoníaca. Ya Homero conoció y respetó esa porción. Al hombre fuerte de verdad, al hombre que está destinado a dominar, se lo reconoce siempre en que no aparece puramente como enemigo, como alguien que odia; se siente responsable también del adversario. Que uno tiene más fuerza que los otros es algo que se muestra en niveles más altos que los de la violencia física, la cual a los únicos que convence es a los individuos subalternos.

Maikop, 12 de diciembre de 1942

La conversación de ayer me hace ver que no llegaré a hacerme una idea completa, un inventario exacto, de lo que aquí está ocurriendo; hay demasiados sitios que son tabú para mí. Entre ellos están todos los lugares donde se maltrata a seres indefensos y también todos aquellos en que se intenta actuar mediante represalias y medidas colectivas. Por lo demás, no abrigo ninguna esperanza de que en esto se produzcan cambios. Son cosas que forman parte del estilo propio de este tiempo y eso es algo que se ve ya en la avidez con que en todas partes recurre la gente a las mismas cosas. Los adversarios se copian los unos a los otros.

¿No sería tal vez bueno, a pesar de todo, que yo hiciera una visita a esos lugares de horror, como testigo, para ver y conservar de qué especie son los criminales y las víctimas? Con sus noticias de la casa de los muertos causó Dostoievski un efecto enorme. Sí, pero él no estuvo allí por libre voluntad, sino en condición de preso.

También a la visión le están trazados límites. Además, para poder entrar en tales lugares sería preciso haber recibido órdenes mayores que las que nuestro tiempo confiere, entendida aquí la palabra «órdenes» en su sentido eclesiástico.

La partida para Maikop, que estaba prevista para por la mañana, se retrasó hasta que se hizo de noche. Una vez más me invitó a comer el comandante en jefe, quien hizo lo mismo también con un pequeño general sajón cuyo coche había quedado atrapado aquí en el barro. Este último estuvo hablando de las dificultades que había encontrado en Járkov. Según dijo, al comienzo se le morían de hambre setenta y cinco personas cada día, pero consiguió rebajar la cifra a veinticinco. Cuando hablaba de las medidas policiales lo hacía como lo haría un guardabosque. Dijo, por ejemplo:

—Considero enteramente errada la opinión de que no se debe liquidar a los chavales de trece y catorce años que son capturados con las bandas de partisanos. Quien ha crecido así, igual que la mala hierba, sin padre ni madre, no tiene enmienda. En esos casos es la bala lo único correcto. Por lo demás, también los rusos los tratan del mismo modo.

Contó, para aportar un ejemplo, el caso de un sargento que, por compasión, dio cobijo para pasar la noche a dos niños, uno de nueve años y otro de doce; a la mañana siguiente lo encontraron con el cuello cortado.

Despedida de la señora Vala; no he vivido mal en la habitacioncita de su casa, con la gran estufa; era un ambiente agradable, un ambiente de sopa de col, por así decirlo. Hay en la ruta de nuestra vida estaciones extrañas.

En Maikop me invitó a cenar el comandante encargado del avituallamiento de la tropa. Alojamiento en una casa donde la única luz que había era una lamparilla que ardía delante de un icono. Pero el comandante me envió una vela de color amarillo miel que desprendía un precioso aroma.

Kurinski, 13 de diciembre de 1942

Muy de madrugada emprendí el viaje hacia Kurinski. Poco después de Maikop la carretera se internó en las montañas. Al borde de los bosques, carteles: «Atención. Peligro de bandas de partisanos. Llevar preparadas las armas de guerra».

Las zonas boscosas están protegidas contra los rusos por unas posiciones muy débiles, de poca profundidad, que en muchos casos no son sino simples apostamientos aislados; en los grandes espacios que quedan detrás las tropas usan únicamente las carreteras. Están amenazadas no solo por partisanos, o «bandidos», como dice la

variante alemana de su nombre, sino también por patrullas de reconocimiento y por destacamentos de las fuerzas regulares; así, hace muy poco fue lanzada una carga explosiva contra el automóvil en que viajaba un general de división.

El suelo estaba duro a causa de la helada, de modo que el automóvil subía fácilmente montaña arriba. Iba siguiendo la carretera que lleva a Tuapsé, la cual se ha hecho famosa por el ataque llevado a cabo por los regimientos de cazadores alemanes y por la defensa ofrecida por los rusos. Ya habían despejado de obstáculos la ruta; lo único que de vez en cuando se veía en las laderas de los montes eran máquinas pesadas, como apisonadoras y tractores. En la espesura yacía en el suelo un caballo congelado; solo le habían cortado la carne de la parte de arriba, de modo que, con su caja torácica al descubierto y con sus rígidas entrañas de color rojo y azul, parecía un corte transversal de un atlas de anatomía.

El bosque era espeso, con mucha maleza; masas de encinas jóvenes, no podadas, se extendían, cual los sucesivos telones de un decorado, hasta donde alcanzaba la vista, hasta allí donde las crestas y las cimas blancas de la alta montaña reemplazaban a los montes azules. Intercalados entre las encinas había a veces grupos de árboles más viejos, de los cuales salían volando pájaros carpinteros que se dedicaban allí a picotear la madera podrida. En los troncos cubiertos de nieve brillaba unas veces acá y otras veces allá su pecho, que era de un chillón color rojo frambuesa.

En Kurinski me dicen que las alturas de esta zona están cubiertas en parte de maleza y en parte de renuevos — es decir, de esas ramas que brotan de los tocones. A lo que parece, han vuelto a ser repobladas en su mayor parte bajo el dominio ruso, pues los circasianos que aquí habitaban antes las habían talado, como pastores que eran. Los únicos ejemplares respetados por los circasianos eran algunos árboles viejísimos y gigantescos, que por tal motivo se llaman «encinas circasianas». En otros lugares de estas inmensas florestas, en las cuales aún habitan osos, quedan algunas pequeñas manchas de árboles más viejos todavía. Aun así, una fuerza primordial le es inmanente a este mar boscoso — los ojos notan que se encuentran frente a algo primicial, frente a algo virgen, no hollado por las muchedumbres de los viajeros.

En Jadýzhenskaya la crecida de las aguas había derribado un puente. Unos zapadores nos transportaron en lanchas neumáticas a la otra orilla de la impetuosa corriente de aquel río: el Pshish. A mi lado iba un joven soldado de infantería; estaba sentado en cuclillas sobre su

petate. Dijo:

—La última vez que estuve en un chisme como este un disparo certero dio en él de lleno y lo partió en dos trozos; a consecuencia del impacto murieron cuatro camaradas. Solo yo y otro logramos salir con vida. Eso ocurrió en el río Loira.

Sin duda esta guerra proporcionará así a varias generaciones materia de relatos que contar a los hijos y a los nietos. Y siempre se le oirá decir al narrador que, en esta espantosa lotería, a él le tocó un número premiado. Bien es verdad que los únicos que cuentan las cosas son quienes sobreviven; ellos son también quienes escriben la historia.

En Kurinski, población que se halla completamente arrasada, me presenté al general De Angelis, un austríaco, que está al mando del 44.º cuerpo de cazadores. Estuvo señalándome en el mapa las posiciones. El avance por la carretera que lleva de Maikop a Tuapsé había causado muchas bajas, pues los rusos se habían hecho fuertes en los vastos y espesos bosques y se habían defendido con tenaz habilidad. Y así ha ocurrido, para decirlo con palabras de Clausewitz, que la ofensiva culminó poco antes de la divisoria de las aguas y se estancó delante de los objetivos estratégicos. En una situación como esta las adversidades crecen a cada paso. Tras enconados combates cuerpo a cuerpo librados entre la maleza del sotobosque, unas lluvias torrenciales destruyeron los puentes e hicieron intransitables las carreteras. Ahora, desde hace semanas, las tropas se encuentran metidas dentro de húmedos agujeros; el frío y la humedad las debilitan, y se hallan asimismo expuestas al fuego de la artillería y a ataques frecuentes.

Por la tarde he estado en la montaña cubierta de bosques que domina a Kurinski. El sotobosque es de rododendros, que muestran ya sus capullos de color verde amarillento. He vuelto por el angosto valle de un torrente que corre por un cauce formado de marga verde. Los habitantes de Kurinski pasaron aquí, metidos en pequeñas cuevas, los días que duraron los combates; aún eran visibles los restos y las huellas de aquellos improvisados campamentos.

Kurinski, 14 de diciembre de 1942

Noche clara, estrellada. La pasé en la desnuda habitación de una barraca de cosacos; el único mueble que allí había para dormir era un somier metálico. Por suerte se hallaba todavía en buen estado de funcionamiento la gran estufa hecha de ladrillos, de manera que durante las primeras horas estuvo proporcionando un buen fuego.

Antes de quedarme dormido escuché un rato el grillo que se escondía en aquella estufa; su voz era potente y melodiosa y se parecía más a un campanilleo que al chirrido característico de los grillos. Por la mañana se dejó sentir bien el frío. Se oía a los aviadores rusos dar vueltas por encima del valle y arrojar a lo lejos bombas una detrás de otra; en los intervalos resonaban los estampidos rápidos, afanosos, de la defensa antiaérea.

Por la mañana me eché al camino en compañía del teniente Strubelt para ir a dar un vistazo, ya que el tiempo estaba despejado, a los terrenos que quedan a ambos lados de la carretera que conduce a Tuapsé. Viajamos en su automóvil, que mostraba en la parte trasera de la carrocería una serie de agujeros de bala, secuelas de un ataque de partisanos.

El valle del Pshish, por el que además de la carretera que nosotros seguíamos corre una línea ferroviaria, producía la impresión de un infierno de fango. El nivel de las aguas, que pocos días antes era todavía muy alto, había vuelto ya a bajar tanto que entre los remolinos brillaban largos bancos de guijarros. En los lugares donde el valle se ensanchaba se había aprovechado todo el espacio disponible para instalar en él posiciones artilleras, puestos de mando, hospitales de sangre y depósitos de municiones. En aquella zona las ruedas de los vehículos habían machacado la carretera hasta el punto de convertirla en una especie de papilla pegajosa de color gris amarillento que parecía no tener fondo. De aquella papilla sobresalían restos de caballos y carros. Un poco más arriba, en la pendiente, habían sido instaladas hileras de tiendas y barracas. A su alrededor flotaba en el aire un humo azulado; delante de las puertas había prisioneros rusos o turcomanos partiendo leña. El conjunto daba la impresión de una caravana que hubiera alzado sus tiendas a orillas de un ancho río de barro pegajoso y a la que la naturaleza de esta materia hubiese contagiado tanto el color mate que mostraba como también una vida soñolienta, cansina. En medio de todo aquello brillaban de súbito rayos ígneos — la artillería estaba disparando contra una posición ocupada por un batallón en la cual se habían infiltrado por la mañana los rusos.

Columnas de animales exhaustos y filas de porteadores de rostro asiático caminaban a paso lento por aquel lodazal. Estaban allí representados sobre todo los armenios, de ojos oscuros y penetrantes, nariz grande y curvada, tez aceitunada, a menudo picada de viruelas. Entre ellos se veían también los tipos mongólicos de los turcomanos, de cabellos negros y lisos; y asimismo hacían aparición de vez en cuando las figuras hermosas, de elevada estatura, de las estirpes

caucasianas, como los grunisios y los georgianos. Algunos de ellos se arrastraban de un modo tan indolente que se les podía ver el estado de mortal agotamiento en que se encontraban. Strubelt me contó, en efecto, que no son pocos los que se dejan caer en los agujeros del terreno para morir allí como animales.

Dejamos el valle y continuamos ascendiendo lentamente, adentrándonos cada vez más en el bosque invernal. De manera fugaz se hacían visibles altas cumbres que brillaban por breves instantes. Algunas de ellas se encontraban en manos de los rusos. Estos podían vernos, por tanto, pero aquí los adversarios ahorran la munición, que es preciso llevar penosamente hasta los cañones a través del barro. Por un momento apareció un avión; viró rápidamente al surgir a su lado dos nubecillas de humo gris. En el momento de girar su panza brilló con un fulgor plateado, como el vientre de una trucha que tuviese dos puntos rojos: la estrella soviética.

En el paso de Yelizavetpol hicimos alto junto a un pequeño cementerio, o, por mejor decir, un grupo de tumbas; una de ellas, de un soldado de la defensa antiaérea, la habían rodeado sus camaradas con una orla de estrechos cartuchos amarillos. Estaban dispuestos como esos culos de botella que en nuestros jardines vemos bordear los bancales. A su lado las sepulturas de tres zapadores estaban cariñosa pero fugazmente circundadas de hojas de encina puestas unas al lado de otras. En la tumba de un porteador turcomano había una estela funeraria de madera que tenía una inscripción extraña, tal vez un versículo del Corán.

Comenzamos a subir la vertiente norte de la montaña. Cubría el suelo una ligera capa de nieve que había empezado a derretirse, pero que por la noche había vuelto a helarse. Esta recristalización había provocado la aparición en ella de un dibujo de anchas agujas que tenían un brillo azulado. Después de estar subiendo durante tres cuartos de hora llegamos a la cima; desde ella se extendía la vista a lo lejos sobre un mar de bosques montañosos. Los más próximos tenían una tonalidad verdosa parecida a la del musgo, que se debía a que los líquenes cubrían su desnudo ramaje; luego las cadenas de montañas azules se hacían cada vez más oscuras, y detrás de ellas volvía de nuevo a surgir la cordillera nevada, con sus flancos de color claro y sus crestas bien marcadas. Frente a nosotros se alzaba el Indiuk, con su larga cima que termina bruscamente en dos picos; al lado del Indiuk había un monte redondeado como una cúpula, y detrás de él asomaba un cono blanco. En nuestro flanco derecho se veía el Saray Gora, en cuya cumbre está instalado un observador ruso. Por ello, cuando quisimos desdoblar nuestros mapas, que eran blancos, nos

retiramos, ocultándonos entre la maleza.

Habíamos alcanzado la cresta de la montaña por el lugar desde donde un alférez de artillería estaba dirigiendo el fuego de las piezas contra el sitio en que se habían infiltrado los rusos por la mañana. Muy por debajo de donde estábamos, allá en las espesuras del bosque, se oía el sordo estruendo de los obuses al disparar; luego ascendían verticalmente las granadas y pasaban por encima de nosotros con un chirriante silbido que lentamente se perdía a lo lejos; por fin resonaba en los verdes barrancos el golpe apagado y apenas perceptible de los impactos. Sobre el abetal se formaban entonces unas nubecillas blancas que permanecían largo tiempo en aquel aire húmedo.

Estuvimos contemplando un rato aquel trabajo que se desarrollaba en espacios tan vastos. Después yo me adentré por la vertiente sur, que estaba oculta a la vista por la densidad de los árboles. Como en un hermoso día de primavera, el sol le calentaba la espalda, una espalda salpicada de manchas de follaje descolorido. Mientras que la cara norte estaba cubierta de hayas, musgosas por la acción de las lluvias y llenas de unos hongos negros en forma de hoz, en esta cara sur predominaba la encina. También verdeaban allí algunas plantas, como unas grandes matas de eléboro, al lado de delicados ciclámenes con manchas blancas sobre un fondo de color violeta.

En aquel lugar me sentía como en mi patria; tenía la impresión de haber estado ya muchas veces en aquellas laderas cubiertas de encinas. El Cáucaso no es solo un antiguo bastión que atesora pueblos, lenguas, razas; también encierra, cual un relicario, plantas, animales y paisajes de amplios territorios de Europa y Asia. En las montañas se despiertan los recuerdos; el sentido de la Tierra aparece más cerca, de igual modo que afloran con mayor libertad los minerales y las piedras preciosas, y es aquí donde tienen su origen las aguas.

Kurinski, 16 de diciembre de 1942

En compañía del teniente Häussler, recorrido la posición instalada encima de Shaumián. Al principio fuimos con el general Vogel hasta el puesto de mando del 228.º regimiento; trepamos por un barranco estrecho y empinado que las aguas del deshielo habían cavado en el suelo del bosque. A ambos lados había barracas que parecían nidos de golondrinas; estaban pegadas al barro y lo único que de este sobresalía era la pared frontal. El interior de las barracas era angosto y estaba sucio, pero las estufas construidas con ladrillos irradiaban un buen calor. No es ciertamente madera lo que falta en este mar de bosques.

Luego continuamos subiendo a través del bosque, un bosque espeso, aunque sin hojas, y seguimos un sendero difícil de caminar que habían abierto en el pardusco lodo las pisadas de las bestias de carga y de los hombres que las conducen. Sobre aquel sendero habían caído poco antes unas granadas; un proyectil certero había matado a uno de los animales, un gracioso caballito de pelo oscuro, que ahora estaba allí tirado en el barro. Sangre de color oscuro se había deslizado en los agujeros producidos en el amarillento fango por las pezuñas de las bestias y aún no se había mezclado con el agua que allí había.

Los árboles, encinas en su mayoría, estaban casi enteramente cubiertos de un musgo verdoso, *Peltigera canina* o «hepática terrestre»; de sus ramas pendían asimismo líquenes en largas barbas de color verde plateado, que daban al bosque un aire de algo blando que estuviera meciéndose. A la luz del sol invernal volaban de tronco en tronco los pájaros carpinteros y los ágiles trepadores azules, y el arrendajo común escapaba graznando. Este último pájaro, en su variedad caucasiana, la cual se distingue por tener negro el píleo, daba animación al bosque. Sin embargo, volví a tener la sensación de que el *Zeitgeist*, el Espíritu del Tiempo, intenta borrar en nosotros todas las cosas bellas; las percibimos como a través de rejas, como desde las ventanas de una cárcel.

Siguiendo las señales marcadas en los árboles subimos hasta una posición instalada en la altura, que sobresalía cual una nariz. Aquella posición no estaba separada de la tierra de nadie ni por una alambrada ni por una trinchera continua; lo único que allí se veía era un grupo de toperas desperdigadas por el bosque. Cada uno de aquellos montículos escondía un pequeño abrigo — un hoyo excavado en el suelo, cubierto con un techo de troncos de árboles, encima del cual se había echado tierra. Algunos de los agujeros estaban tapados también con una lona de tienda de campaña, mísera protección contra la lluvia.

El jefe de la compañía, un joven tirolés natural de Kufstein, nos enseñó sus dominios. Muy cerca de allí, en la pendiente opuesta, se habían fortificado los rusos; por una leve diferencia de color reconocimos en el brillo verde pardusco de la parte de abajo del bosque uno de sus blocaos. Como para confirmarlo, desde allí dispararon con gran estrépito una ráfaga contra nosotros. Los únicos proyectiles que nosotros oíamos eran los que rebotaban en el ramaje de los árboles produciendo una especie de gorjeo. Una de las balas arrancó el punto de mira de un fusil ametrallador.

De un salto nos metimos en los abrigos y dejamos que pasase por encima de nosotros aquella tormenta. En situaciones como esta lo que ahora me llama la atención es su carácter medio cómico medio fastidioso. Ciertamente queda ya a mis espaldas la edad, o, por mejor decir, el estado en que uno encuentra atractivas estas cosas e incluso se esfuerza inmediatamente en sobrepasarlas.

Para fumigar nuestro abrigo los rusos habían arrastrado hasta allá arriba un cañón antitanque. Ya nos habían causado varias bajas sus pequeños proyectiles, los cuales no estallan hasta que no se encuentran en el interior de los blancos. Numerosos árboles tronchados a media altura daban testimonio de la potencia de tiro de aquella pieza.

La atmósfera era pesada, melancólica, húmeda. Los hombres estaban casi todos durmiendo, tras haber pasado en vela la noche anterior; algunos centinelas vigilaban con atención el bosque. Otros hombres limpiaban sus armas de la reciente herrumbre encarnada que en ellas se había formado. Un pequeño soldado natural de Turingia se había enjabonado de pies a cabeza y dejaba que sobre su cuerpo derramase lentamente agua caliente un camarada, el cual iba sacándola de una marmita.

Estuve charlando con aquellos hombres, idos a parar a este lugar tan lejano, al fin del mundo. Han participado en los duros combates ofensivos y poco a poco han ido abriéndose paso en estas montañas para acabar enterrándose aquí, una vez que decreció el ímpetu del ataque. Hace ya mucho tiempo que se hallan en la primera línea de fuego y resisten aquí sin que nadie venga a relevarlos. Las heridas, las balas mortales, las enfermedades provocadas por el agotamiento y la humedad van reduciendo día a día su número, que ya desde el principio era pequeño. Llevan así una vida en los confines del ser.

En la bajada a Shaumián volvimos a pasar junto al caballo que habíamos visto por la mañana; entretanto le habían arrancado toda la carne, solo habían dejado los huesos y las vísceras peores. De esa tarea se ocupan los soldados turcomanos, grandes comedores de carne de caballo; en la posición eran visibles sus rostros amarillos, inclinados sobre latas llenas de hirviente estofado de carne.

Los proyectiles caídos sobre Shaumián han causado en él grandes destrozos; diariamente es bombardeado por la artillería. Basta una granada certera para echar por tierra, cual si fueran castillos de naipes, las barracas, de tal manera que es posible estudiar su construcción: cuatro paredes, cuyos ligeros tabiques están enlucidos con una mezcla de barro y boñigas de vaca, y un techo cubierto de tablillas delgadas como hojas de árbol. De los escombros de las barracas sobresalen dos piezas de su mobiliario: la gran estufa de piedra y el somier metálico de la cama.

La parada de los automóviles está en Shaumián. Los heridos son bajados hasta aquí desde las montañas a hombros de porteadores. Un cementerio, muchas de cuyas cruces han sido ya derribadas por los disparos, muestra que esta primera estación aduanera exige ya su impuesto de muertos.

En el hospital de sangre, una barraca reconstruida, encontramos al Dr. Fuchs, que estaba ejerciendo sus funciones; en ellas se unen el servicio del médico y el servicio del soldado. Nos invitó amablemente a comer. Aquel puesto de socorro no lleva ninguna señal que lo identifique: la Cruz Roja carece aquí de valor. Ayer mismo cayó una granada en la casa de al lado y causó graves heridas a un camillero.

Cuando se reaviva el combate los heridos acuden en tropel, y entonces es mucho el trabajo que hay. Los enfermos dejan los bosques una vez que se ha hecho de noche y a menudo llegan hasta aquí en un estado de agotamiento extremo, incluso los hay que mueren por el camino. Así, aquella misma mañana el médico había oído que alguien exclamaba fuera:

— ¡Por favor, por favor, ayudadme!

Al salir encontró, caído de bruces en el barro, a un soldado que ya no tenía fuerzas ni para despegarse de él.

Acabada la comida, nuestro anfitrión nos ofreció, con la taza de té, un pedazo de pastel de Navidad que le había enviado su esposa. Luego nos despedimos de aquel tranquilo dispensador de auxilios;

incluso allí se encontraba rodeada su morada de ese halo espiritual que casi nunca se pierde donde habitan naturalezas de esta especie.

Para la mitología. El secreto de la *Odisea* y de su influencia está en que ofrece una parábola del camino de la vida. Detrás de la imagen de Escila y Caribdis se esconde una protofigura. El ser humano sobre el que pesa la cólera de los dioses se mueve entre dos peligros, cada uno de los cuales intenta sobrepasar en horror al otro. Así, en las batallas de cerco el ser humano se encuentra entre la muerte en combate y la muerte en cautiverio. Ve que su vida depende de aquel estrecho y espantoso desfiladero que queda entre esas dos clases de muerte.

Si alguna vez un gran poeta de nuestro tiempo quisiera expresar bien el anhelo de reposo que siente el ser humano arrojado a los límites de la aniquilación, tendría que continuar la *Odisea* con un nuevo poema épico o con un idilio titulado: *Ulises en casa de Penélope.*

Kurinski, 18 de diciembre de 1942

Excursión al Saray Gora, una montaña cuya cima está en manos rusas. «Saray», palabra de origen tártaro, significa «granero», y «Gora» es, en ruso, «montaña».

Esta explicación me la dio un joven intérprete que Häussler se llevó para que portase la metralleta, pues los partisanos recorren esta zona. El intérprete es un ruso-alemán descendiente de emigrantes suabos. Sus padres eran unos ricos agricultores que vivían en Crimea, cerca de Yevpatoria; por su condición de *kulaks,* de terratenientes acomodados, fueron deportados más tarde a Omsk, en Siberia, y se vieron obligados a abandonar a su hijo, que tenía ocho años. Desde 1936 no se ha vuelto a oír hablar de ellos.

Ascendimos por un espeso bosque, mixto de encinas jóvenes, álamos temblones y hayas. A veces atravesábamos matorrales cuyo ramaje era de un rojo luminoso y un verde resplandeciente, también cruzábamos en ocasiones pequeñas ciénagas con altos juncos de los que pendía la guata gris. En el camino se nos agregó un suboficial que llevaba un hacha en la mano; estaba buscando un árbol de Navidad.

Dos horas duró la ascensión y al cabo de ellas llegamos a la cresta, detrás de la cual se extendía un cinturón de blocaos. Los centinelas estaban apostados un poco más arriba, con el fin de poder observar la pendiente del otro lado. Recorrimos la línea de los

centinelas, que tenía muchos huecos. En el flanco derecho se abría una ancha brecha, luego venía un batallón de turcomanos. En aquel sitio se nos adelantó el suboficial del hacha; una hora después regresó con un hermoso abeto cuyas agujas estaban ornadas en su cara inferior por unas claras líneas de resina.

Nos paramos con el jefe de la compañía, quien nos condujo todavía a un punto elevado en el que dos semanas antes habían conseguido infiltrarse los rusos. En aquella acción habían abatido a toda la guarnición. La altura se hallaba coronada de cruces en torno a las cuales estaban plantados eléboros negros, llamados también «rosas de Navidad». Desde allí se divisaba la cumbre, un pico desnudo, con casamatas en una espesura cercana. Justo en aquel momento caía en sus proximidades con gran estruendo un grupo de granadas. Asustaron a una enorme águila que alzó el vuelo y se puso a girar silenciosamente por encima de las columnas de humo.

Luego descendimos; durante la bajada estuvo Häussler contándome detalles de un fusilamiento de partisanos. Yo oía al intérprete reír detrás de nosotros y por ese motivo lo miré con atención. Me pareció que en él resultaban ya visibles aquella pergaminosidad de la piel y aquella fijeza de la mirada que he creído observar en quienes tienden a esos derramamientos de sangre. El hábito automático de matar provoca en la fisonomía de las personas las mismas devastaciones que la sexualidad practicada automáticamente.

Tomado el té con el general Vogler, quien me proporcionó una escolta para regresar a Kurinski, ya que la víspera, tras la puesta del sol, dos enlaces habían caído en una emboscada; los mataron a tiros y luego los despojaron hasta de la camisa.

Navaginski, 19 de diciembre de 1942

A mediodía, salida hacia el puesto de mando de la 97.º división. Su jefe, el general Rupp, estaba aguardándome junto al destruido puente del río Pshish. Atravesamos la amarillenta corriente por un pontón construido con balsas neumáticas. Para llegar al cuartel general del Estado Mayor hubimos de cruzar un empinado monte, pues el túnel que lo atravesaba había quedado inutilizado por una carga explosiva.

Fuimos abriéndonos paso primero a través de espesos matorrales, después caminamos sobre rocas entre las cuales había desplegado sus largas hojas carnosas la *Phyllitis scolopendrium,* la «lengua de ciervo».

En aquel estrecho sendero nos cruzamos con centenares de porteadores rusos y asiáticos, que iban cargados con provisiones, material y munición. En la pendiente del otro lado había en el suelo un muerto; estaba caído de bruces, tenía unos largos cabellos negros y se hallaba cubierto de barro desde la cabeza hasta los pies, que habían sido despojados de sus botas. Apenas se distinguía del fango. El general se inclinó sobre él; luego continuó su camino sin decir palabra. Nunca había visto yo un muerto frente al cual estuviera tan fuera de lugar cualquier observación que pudiera imaginarse. Despojos arrojados a las orillas del mar de la insensibilidad.

En el valle volvimos a toparnos con el río Pshish. También allí una carga explosiva había destruido el elevado puente del ferrocarril. La riada había arrastrado maderos que habían ido acumulándose contra él, hasta que al fin la poderosa construcción fue llevada valle abajo. Del armazón del puente colgaban árboles, vehículos, armones de artillería, y de las ramas de una encina pendía, suspendido de las bridas, un caballo muerto; en la proximidad de aquellas masas titánicas parecía minúsculo cual un gato ahogado.

El Estado Mayor está instalado en la casa del guardavías. Me senté al lado del general, que es una persona amable, tímida, un poco melancólica. Yo tuve la impresión de que sus oficiales lo querían, a pesar de las muchas rarezas de su carácter. De igual manera que en *Almas muertas* Chíchikov va peregrinando de propietario rural en propietario rural, así voy yo peregrinando de general en general y observo también su transformación en trabajadores. Es preciso abandonar la esperanza de que de esta capa puedan surgir figuras de rasgos silánicos o al menos napoleónicos. Son especialistas en el campo de la técnica del mando y cada uno de ellos es sustituible e intercambiable, como lo es cualquiera que trabaje en una máquina.

Por la noche, en el blocao del oficial de enlace. Las rendijas de los anchos tablones de encina de que está construido se encuentran tapadas con musgo. Tres camastros, una mesa de mapas y una mesa de trabajo. Dos teléfonos, que suenan con breves intervalos. De fuera llega el ruido de una molturación incesante: hombres y animales chapotean en el barro. Junto a la estufa se halla en cuclillas un prisionero ruso, un «Iván»; cuando disminuye el fuego, echa leña.

Navaginski, 20 de diciembre de 1942

Subida, con el comandante Weihrauter, a un puesto de observación instalado en lo alto del valle. En medio de un vapor húmedo fuimos atravesando corredores formados por robustas hayas

recubiertas de negros hongos yesqueros. Entre las hayas se alzaban también encinas y perales silvestres de rugosos troncos gris claro. La ruta estaba señalizada por marcas hechas en los árboles; en el graso barro del camino nuestras pisadas dejaban al descubierto los aplanados bulbos de los ciclámenes.

Una vez que llegamos a la meta, una barraca oculta bajo ramas cortadas, encendimos un pequeño fuego y enfocamos nuestros anteojos hacia la zona boscosa. En sus valles serpenteaban nieblas densas, perezosas; ciertamente dificultaban la visión, pero a cambio daban plasticidad a las articulaciones del paisaje, como en un mapa en relieve. El campo de visión quedaba cerrado por las altas crestas de la divisoria de las aguas. También hoy estaba bombardeando la artillería la posición situada al pie del Indiuk; este se erguía a nuestra derecha, con sus dos picos y su empinada cima. A la izquierda quedaba el Semashó, el pico más alto, desde cuya cumbre se divisa el mar Negro. Aquel pico había estado ya en manos alemanas, pero había sido abandonado porque resultaba muy difícil avituallarlo. Los accesos a aquellas cumbres quedan pronto orlados de cadáveres de porteadores y de bestias de carga.

En una desnuda planicie cubierta de nieve descubrieron de pronto los prismáticos un pequeño grupo de rusos que parecían estar allí errando sin plan ninguno, unas veces iban para un lado y otras para otro, como si fueran hormigas. Por vez primera veía yo allí seres humanos como por un telescopio enfocado a la Luna, aunque luchase contra esa impresión.

Pensamiento: «Durante la Primera Guerra Mundial se habría ordenado disparar contra ellos».

Navaginski, 21 de diciembre de 1942

Salida de madrugada, en compañía de Nawe-Stier, por la ruta del valle del río Pshish. Los árboles de las zonas altas estaban cubiertos de escarcha; visto desde muy lejos, su ramaje se destacaba, como si estuviese rociado de polvo de plata, de la vegetación más oscura del sotobosque. Qué extraño resulta que una pequeña desviación de la posición habitual, una diferencia de pocos grados, baste para producir tales encantamientos. Hay en eso algo que infunde esperanzas para el vivir y también para el morir.

Nos detuvimos en el puesto de mando del capitán Mergener, quien se halla al frente de un pelotón de combate. Su puesto en la primera línea de fuego resultó ser un edificio blanco que se alzaba

solitario, como la casa de un guardabosque, en un calvero cubierto de barro. En medio de aquella desolada zona recubierta de desechos bélicos llamaba la atención un grupo de tumbas muy limpias, que justo en aquel momento estaban siendo adornadas, para la fiesta de Navidad, con hojas de acebo y de muérdago. La casa de labor ocupada por el capitán tenía un cerco de profundos embudos abiertos por las granadas, pero sus ocupantes aún no habían salido de ellos; la diferencia entre las habitaciones calientes y el inhóspito barro resulta demasiado grande.

El pelotón de combate mandado por aquel capitán de veintiséis años era una formación en que se combinaban un batallón de zapadores, un escuadrón de ciclistas y algunas otras unidades. Tras beber una taza de café subimos hasta la posición defendida por el batallón de zapadores. Allí encontré que las condiciones eran un poco mejores que en otros sectores. Así, delante de los apostaderos situados al borde de la escarpada pendiente corría entre los árboles una modesta alambrada y delante de esta se había colocado un triple cordón de minas.

La colocación de minas, sobre todo durante la noche, es una tarea peligrosa. Con el fin de volver a encontrarlas se las entierra de acuerdo con un plan determinado. Es preciso esconderlas bien, pues a veces ha ocurrido que los rusos las han desenterrado y las han instalado luego delante de sus propias posiciones.

Aquí se utiliza sobre todo la mina que salta; al ser tocada se eleva en el aire hasta la altura de un hombre y allí estalla. La explosión se produce bien por tirón, cuando el pie de alguien se queda enganchado en un alambre, o bien por contacto, para lo cual la mina está provista de tres hilos de alambre que sobresalen del suelo parecidos a antenas. La gente cruza con grandes precauciones el campo minado, sobre todo de noche, pero a menudo ocurren desgracias.

Así, hace poco un brigada aspirante a oficial estaba examinando en este lugar las minas; lo acompañaban un suboficial y un cabo. No perdían de vista el alambre tensor, pero no advirtieron que el hielo lo había soldado a un terrón de tierra, el cual tiró del alambre cuando el brigada lo pisó. El suboficial lanzó un grito:

—¡Que eso de ahí está echando humo!

Se tiró al suelo y de ese modo se salvó, pero sus dos acompañantes quedaron destrozados por la explosión. Antes de que la mina salte produce durante algunos segundos un ligero silbido y

entonces hay tiempo todavía de tirarse al suelo. A veces son liebres o zorros los que provocan la explosión. Hace algunas semanas voló allí por los aires un gran ciervo que durante bastante tiempo había estado bramando en el valle entre las posiciones.

El capitán Abt, con el que comenté estas cosas, había pisado recientemente una mina y al instante se arrojó al suelo. No fue alcanzado. El capitán agregó:

—... porque no había sido colocada de acuerdo con mis instrucciones.

A un viejo prusiano le hubiera hecho gracia esta última observación.

Como digo, aquella posición era algo mejor que las otras que yo había visto; pese a ello, su guarnición estaba muy agotada. Los hombres se alojan por grupos de tres en una galería subterránea a la que está agregado un pequeño puesto de combate. Uno de los hombres monta la guardia; añádanse a esto los diversos servicios: el traer comida, el cavar trincheras, el colocar minas, el limpiar las armas, el talar árboles. Y todo ello sin que desde finales de octubre haya venido nadie a relevarlos, en una posición muy castigada por la artillería y cuya construcción fue precedida de duros combates.

Que la posición era muy castigada por el fuego se veía perfectamente en el bosque. En él se abrían muchos embudos, algunos recientes; el fondo de los embudos parecía recién engrasado y en sus bordes había tierra resquebrajada. Aún estaba aferrado a ellos un vapor sofocante. También se hallaban desmochadas las copas de los árboles. Como los rusos no economizan sus granadas, siempre es alcanzado algún que otro centinela.

Visita al capitán Sperling, comandante del batallón, en su abrigo, el cual tiene un revestimiento de estacas de encina. Unos troncos sin desbastar sostienen la techumbre. Dos camastros; en las paredes, repisas, y sobre estas, latas de conserva, marmitas, fusiles, mantas, anteojos. El capitán, cansado, sin afeitar, como quien ha pasado sin dormir la noche, y no solo la última. Había estado saltando de árbol en árbol en el bosque, un bosque tenebroso, goteante, en espera de un ataque, mientras el «órgano de Stalin» levantaba surtidores de tierra y abatía con estruendo las copas de los árboles. Un muerto y un herido. Y así noche tras noche. También nuestra propia artillería había dejado caer algunos proyectiles en las traseras de su posición, situada en la falda del monte.

—Así que no se nos puede decir que no avancemos. Si el proyectil estalla en los árboles, nada tengo que objetar.

Es la antigua y clásica disputa entre la artillería y la infantería.

—Los hombres ya ni siquiera sueltan tacos. Se vuelven apáticos. Esto me preocupa.

El capitán habla de su techo de troncos, capaz de resistir el impacto de las minas, pero que no aguantará las granadas de grueso calibre. Bajas:

—Ha habido días en que no hemos tenido ninguna.

Enfermedades: reumatismo, ictericia, nefritis; esta última produce hinchazón de los miembros. Los hombres mueren camino de los puestos de socorro.

Todas estas conversaciones las oí ya en la Primera Guerra Mundial; pero entretanto el sufrimiento se ha vuelto más sordo, más necesario, es la regla más bien que la excepción. Nos encontramos aquí en uno de esos enormes molinos de huesos que no se conocieron hasta después del sitio de Sebastopol y de la guerra ruso-japonesa. Para que surjan tales cosas es preciso que la técnica, el mundo de los autómatas, se combine con la Tierra y con la capacidad de sufrimiento que esta tiene. Comparados con esto, Verdún, el Somme, Flandes son meros episodios; y es imposible que este mundo de imágenes se dé en otros elementos, como, por ejemplo, en una batalla aérea y naval. Desde el punto de vista de la historia de las ideas esta Segunda Guerra Mundial es completamente distinta de la Primera; es probable que constituya el más grande debate sobre el libre albedrío que ha habido desde las guerras libradas por los griegos contra los persas. Y, una vez más, el verdadero trazado de los frentes es completamente distinto del que aparenta ser en los mapas. La Primera Guerra Mundial la perdieron los alemanes con los rusos, y puede ser que la Segunda la pierdan con los franceses.

Descenso sobre las doce del día. Con el fin de cobrarse alguna víctima entre los mozos de cocina la artillería había empezado a bombardear los barrancos con granadas de grueso calibre, las cuales intranquilizaban a Sperling con vistas a su abrigo. Ciertamente producían tal estruendo que parecía que las montañas se derrumbasen.

Regreso por el valle del Pshish. A orillas del río una figura de barro — un ruso muerto, caído de bruces sobre el suelo, con el rostro

apoyado en el brazo derecho cual si estuviera durmiendo. Vi su nuca negra, su mano negra. El cadáver estaba tan hinchado que su embarrada ropa se hallaba estirada al máximo; parecía la piel de una foca o de un gran pez. Allí estaba tendido, como un gato ahogado arrastrado por las aguas. Un verdadero escándalo. En los Urales, en Moscú o en Siberia su mujer y sus hijos pasarán años aguardándolo. A propósito de esto conversación sobre «el» tema; nuevamente ha vuelto a asombrarme la apatía general, incluso de las personas cultas. El ser humano tiene la sensación de estar metido dentro de una gran máquina en la cual la única participación es la participación pasiva.

A última hora de la tarde leí en el comunicado de los ejércitos la extraña frase en que se habla del peligro de una amenaza por los flancos. Seguramente alude al peligro que corre Rostov, pues no cabe duda de que es en esa ciudad donde está el objetivo estratégico de los ataques rusos. Así es que uno se enfrenta siempre a la perspectiva de verse envuelto en catástrofes multitudinarias, como el pez que forma parte de un banco para atrapar el cual se ha tendido la red a gran distancia. Pero de nosotros depende el que suframos también la muerte multitudinaria, la muerte en la que lo que rige es el miedo.

Kurinski, 22 de diciembre de 1942

Por la mañana regreso a Kurinski. De nuevo he vuelto a pasar junto al puente del ferrocarril que fue arrastrado por las aguas; aún seguía allí, minúsculo, el caballo muerto, colgado de uno de los árboles que engalanan como ramos de flores el puente.

Justo en aquel instante cedió la tabla del centro de un nuevo puente hecho con maderos por encima del cual estaban pasando unos armones de artillería, y uno de los caballos del convoy se precipitó cabeza abajo por el agujero; empezó a balancearse, colgado de los arreos, sobre las espumeantes ondas. Sus ollares se hundían en el agua al principio por breves instantes, luego en intervalos cada vez más cortos, mientras en la parte de arriba se agitaban desconcertados los conductores. Entonces un suboficial saltó de la orilla al puente con la bayoneta desenvainada y cortó las correas; el animal se precipitó en las aguas y se salvó a nado. Un soplo de inquietud, de algo irregular, flotaba en aquel sitio — la atmósfera propia de los desfiladeros angostos.

Una vez más he cruzado por arriba el monte atravesado por el túnel. Omar, un buen hombre, natural de Azerbaiyán, que durante estos días ha estado cuidando de mí, me seguía llevando mis cosas. Aún continuaba tirado allá en el fango el porteador muerto, aunque a

diario pasaban a su lado muchos centenares de personas. La exposición de cadáveres forma sin duda parte del sistema — no me refiero al de los seres humanos, sino al del demonio que en estos lugares domina. Es algo que mantiene bien sujetas las riendas.

Un poco más arriba vi otros dos muertos; uno de ellos estaba despojado de sus ropas, conservaba únicamente los pantalones. Yacía en el lecho de un torrente y de las aguas sobresalía su robusta caja torácica, que la helada había puesto de color azul. Tenía el brazo derecho, como si durmiese, debajo de la nuca, en la cual se divisaba una herida sanguinolenta. También al otro cadáver, según todos los indicios, habían tratado de robarle la camisa, pero no lo habían conseguido. Sin embargo, estaba enrollada hasta muy arriba, de modo que cerca del corazón quedaba al descubierto un pálido agujerito de entrada de una bala. A su lado pasaban apresuradamente, con pesadas mochilas a la espalda, cazadores de montaña, así como filas de porteadores cargados con tablas, rollos de alambre, víveres, municiones. Hacía mucho tiempo que ninguno de ellos se afeitaba y estaban además cubiertos de costras de barro; exhalaban ese tufo peculiar de las personas que durante semanas no han tenido trato ni con el agua ni con el jabón. Su mirada rozaba apenas a los muertos, pero sus cuerpos se encogían asustados cuando en el fondo del valle resonaba como el golpe de una gran caldera el disparo de un mortero de grueso calibre. Entre los hombres caminaban bestias de carga que se habían revolcado en el barro; parecían grandes ratas con el pelo pegado con cola.

Cruzado el río Pshish con el teleférico. Desde aquella altura, suspendido sobre la corriente con los pies encima de una estrecha tabla, agarrado con las dos manos a un cable, abarco con la mirada el paisaje cual si fuera un cuadro, en uno de esos instantes que nos conducen a mayores profundidades que todos los estudios. Las cortas olas de abajo toman un aspecto rígido, inmóvil e intemporal; parecen escamas del cuerpo de una serpiente que fueran de color blanco en los bordes. Estoy suspendido junto a uno de los altos pilares del puente, un pilar que ha quedado intacto y que se parece a una torre rota con ventanas románicas. Por una de aquellas rendijas asoma, como uno de esos seres humanos que en los cuadros del Bosco miran desde huevos vacíos y desde máquinas extrañas, un oficial y grita unas cifras a los sirvientes de un cañón de grueso calibre. Se ve a los artilleros agruparse allá abajo alrededor de un monstruo gris; luego retroceden unos pasos y se tapan los oídos, mientras un ígneo rayo rojo cruza el aire como una llama. Inmediatamente después vuelve a salir de los muros la cabeza que grita cifras. Hombres heridos, con vendas resplandecientes, son transportados en balsas al otro lado del río y

luego son llevados en camillas hasta las ambulancias, que en gran número se hallan allí paradas. Las cruces rojas están camufladas. Parecidos a hormigas, centenares y millares de porteadores llevan hacia la primera línea, en largas filas, tablas y alambradas. Melodías de canciones navideñas llenan entretanto con voz sobrehumana aquella inmensa caldera: el altavoz de una compañía de propaganda está tocando *Stille Nacht, heilige Nacht* [Noche de paz, noche santa]. Y al mismo tiempo se oyen una y otra vez los pesados golpes de mortero, cuyos ecos se expanden por las montañas.

Kurinski, 23 de diciembre de 1942

A última hora de la tarde el primer envío postal, traído de Maikop por De Marteau. Un paquetito con pasteles de Navidad, el pan de fiesta que Perpetua ha preparado con las avellanas del jardín de la casa parroquial. Además, cartas de ella, de mi madre, de Carl Schmitt. Este último escribe sobre el nihilismo, al que, tras haber pasado revista a los cuatro elementos, coordina con el Fuego. Según Schmitt, el nihilismo es el impulso a hacerse incinerar en crematorios. De la ceniza, dice, surge el ave Fénix, es decir, un reino del Aire.

Carl Schmitt es uno de los pocos que intentan enfocar el proceso con categorías que no sean de corto aliento, que no sean completamente asmáticas, como sí lo son las categorías nacionales, las sociales, las económicas. La ceguera crece con la Ilustración; el ser humano se mueve en un laberinto de luz. Ya no conoce el poder de las tinieblas. ¿Quién es capaz de ver, por ejemplo, la grandeza que para ser disfrutada requiere espectáculos como aquel al que yo asistí ayer junto a mi teleférico: la grandeza que está sentada solemnemente en su trono en medio de tales espectáculos? Es evidente que en alguna parte se saca de esos infiernos un goce profundo.

Lectura: *Der Werwolf* [El hombre lobo], de Löns, una obra que no había vuelto a leer desde niño. La encontré aquí en la biblioteca de un fortín. A pesar de la manía de enrudecer todas las cosas, a pesar de parecerse a un grabado en madera, corre a través del relato, sin embargo, un flujo de viejas leyendas, de viejo *nomos.* Pero sin duda no soy imparcial, pues la acción ocurre muy cerca de Kirchhorst, propiamente en sus alrededores.

Luego continuado el Libro de Ezequiel. En la visión con cuya descripción comienza el libro se esconde una mirada al interior de la estructura del mundo. Es algo que sobrepasa los pensamientos más audaces, las obras de arte más excelsas. Penetramos aquí en el círculo propio de concepciones inmediatas, un círculo que es descrito en

éxtasis. Aquí se revela el esplendor irisado del mundo y de sus sobremundos — en un modelo palpable.

Kurinski, 24 de diciembre de 1942

Por la noche sueños; tenía una larga conversación con Friedrich Georg, a quien introducía en París, y con otras personas. Una de ellas, un pequeño sajón, decía:

—Los seres humanos poseen todas las disposiciones para llevar una vida feliz; pero no hacen uso de ellas.

Después del desayuno paseo por el valle del Pshish para entregarme brevemente a la caza sutil. Tales ocupaciones sirven también para mantener la dignidad, como símbolo de mi mundo de libre albedrío.

Por la tarde celebración de la Navidad; en ella estuvimos acordándonos del VI Ejército. Si sucumbiera al cerco en que se encuentra, se tambalearía toda esta parte sur del frente; esto correspondería exactamente a lo que la primavera pasada me predijo Speidel como consecuencia probable de una ofensiva en el Cáucaso. Speidel opinaba que tal ofensiva llevaría a abrir el paraguas, es decir, a establecer grandes frentes con accesos estrechos.

A última hora de la tarde nos reunimos para cenar en la pequeña habitación que el capitán Dix se ha hecho arreglar en la antigua casa de baños de esta población. Alrededor de la mesa de fumar están colocados unos sillones de cuero sacados de un autobús; como lámpara cuelga del techo la rueda de madera de varios quintales de peso de un cañón ruso. De la pared de la gran estufa llega de cuando en cuando el canto de un grillo, un canto delicado y soñador. Hubo ganso asado, regado con el dulce vino espumoso del mar Negro.

Me fui pronto de allí con el fin de dedicarme en mi barraca de cosacos al estudio de las muchas cartas que De Marteau me ha traído durante esta festividad. Lo más importante, las cuatro cartas de Perpetua. Friedrich Georg me cuenta cosas de un viaje que ha efectuado a Friburgo y de sus conversaciones con los catedráticos de universidad que allí «observan el correr del tiempo, encerrados en sus celdas de eremita alemánicas». Grunert escribe sobre el *Eremurus* y sobre azucenas y anuncia el envío de unas especies de ajo que dan hermosas flores. En su carta se encuentra también una nota marginal sobre el Magister y sobre un encuentro que tuvo con él en una taberna de Londres poco antes de que estallase la guerra. Claus Valentiner

habla en su carta del círculo de amigos de París. Dos cartas de desconocidos me llaman la atención sobre dos autores; una, sobre sir Thomas Browne, que vivió de 1605 a 1681; y otra, sobre Justus Marckord y sus *Oraciones de un incrédulo.* Por la fotocopia de un testamento me entero de que otro desconocido que a veces me escribía y que acaba de caer en el frente me ha nombrado heredero de su legado literario. También es notable la comunicación de un tal Dr. Blum, de Mönchengladbach, a propósito de un pasaje que ha leído en *Jardines y carreteras.* En la descripción de Domrémy hago mención de la tumba de un alférez de nombre Reiners, el cual cayó muerto allí en combate el día 26 de junio de 1940. Por esta carta me entero de que este joven oficial era un genio de la jardinería, un amoroso cultivador de frutas exquisitas y de flores, entre las cuales prefería la amarilis. Superó a los jardineros holandeses, pues a menudo consiguió en un solo pedúnculo ocho flores gigantes que iban del blanco más puro al rojo oscuro más profundo; sobre todas sus flores llevaba un diario. Blum opina que no es casual el que yo levantase un monumento a esta rara persona y estoy de acuerdo con él. Además cartas de Speidel, de Stapel, de Höll, de Grüninger, de Freyhold; este último me anuncia el envío de un salmón desde las costas de Finlandia. Es notable la manera como continúa funcionando en medio de la aniquilación el juego de hilos de la vida. Si no funcionase ya el correo, habría que confiar estas cosas al éter.

Kurinski, 25 de diciembre de 1942

Por la mañana en la misa celebrada por un joven capellán católico que actuó de un modo magnífico. Luego comunión de manos del capellán protestante, un suboficial también joven, que la distribuyó con gran dignidad.

A continuación en la hondonada del Pshish, para la caza sutil. En un tocón podrido un nido de *Diaperis boleti* de patas encarnadas — es la variedad caucasiana. El estudio de los insectos ha devorado mucho tiempo en mi vida — pero es preciso ver esa ocupación como un palenque en el cual se entrena uno en las más finas artes de la diferenciación. Tales artes permiten echar una mirada al interior de los rasgos más delicados de los paisajes. Al cabo de cuarenta años lee uno textos en los élitros como un chino que conoce cien mil ideogramas. Ejércitos de maestrillos y de pedantes han ideado el sistema en un trabajo que pronto hará doscientos años que empezó.

Por la tarde con el teniente Strubelt, uno de los inteligentes discípulos de Hielscher, en la garganta del Mírnaya. En nuestra conversación, que trató de la situación de VI Ejército, se me hizo clara

una circunstancia de la cual no había sido yo consciente de un modo tan nítido hasta ese momento: cada uno de nosotros es refundido en esos cercos, aunque no esté corporalmente presente en ellos. No hay neutralidad frente a eso.

Estuvimos errando entre la niebla a través de masas de encinas y perales silvestres, árboles que pueblan densamente las cimas poco elevadas. En una ladera tropezamos con un grupo de tumbas; entre ellas estaba la de Herbert Gógol, quien cayó allí en combate el 4 de octubre de 1942; era cabo de zapadores. Al contemplar aquellas cruces en el bosque virgen envuelto en nieblas húmedas y entretejido de pardos líquenes se apoderó de mí una gran aflicción ante tanto abandono.

Pensamiento: estos se han acurrucado aquí, como niños en el malvado bosque encantado.

Apsherónskaya, 27 de diciembre de 1942

Por dos, tres días en Apsherónskaya para tomar un baño y hacer que me reparen la ropa; ha quedado muy estropeada a consecuencia de mis caminatas por los montes.

Esta población está llena de tropas de los servicios de intendencia y avituallamiento; también hay en ella hospitales militares, rodeados de una corona de cementerios que aumentan con gran rapidez. Muchos de los aquí enterrados tienen que haber sucumbido a epidemias; es algo que deduzco del simple hecho de que no sean raros en las cruces los nombres de médicos.

A última hora de la tarde me puse a contestar las cartas. Puse fin a mi trabajo en el momento en que comenzó a sonar al lado un altavoz. Desde los días en que Lutero arrojó su tintero contra un moscardón se ha vuelto cada vez más desvergonzada esta clase de molestias. A mi parecer forman acústicamente figuras semejantes a la que ópticamente se encuentran en los grandes cuadros del Bosco, Brueghel, Cranach, que representan tentaciones de santos — descarados sonidos del mundo subterráneo, estridencias demoníacas que irrumpen en el trabajo espiritual cual risotadas de faunos que vigilan un paisaje desde las rocas o cual el loco regocijo que sube a la superficie desde las cavernas de los duendes. Tampoco está permitido desconectar los altavoces — sería un sacrilegio.

Apsherónskaya, 28 de diciembre de 1942

Atravesando un largo, estrecho puente colgante que se

columpiaba sobre dos cables parecidos a lianas he pasado a la otra orilla del río Pshish. Aquí la corriente es ya más ancha que arriba en las montañas; las aguas, de un hermoso color verde metálico, discurren por un lecho de pizarra oscura con estratificaciones verticales.

En la otra orilla se extienden bosques de una vegetación espléndida. Tropecé allí con un gris poblado de casas de madera; de sus techumbres hechas de podridas ripias salía humo; a pesar del frío estaban trajinando delante de las casuchas unas mujeres en unos pequeños hogares instalados al aire libre. Aquel poblado causaba un efecto medieval, era un mundo de madera y barro que parecía recién sacado de la tierra por unas excavaciones. Luego venían las máquinas, que aquí desempeñan el mismo papel que al hombre blanco le tocó representar en América. Vi así una herrería alrededor de la cual estaba talado el bosque en una gran extensión. Ante tales espectáculos los ojos captan con claridad ese carácter devorador y consumidor que Friedrich Georg ha descrito en *Las ilusiones de la técnica.* Las máquinas funcionan mientras se les ofrecen riquezas naturales; luego dejan debilitado el suelo, lo dejan estéril para siempre. Faltan aquí espíritus de la estirpe del viejo Marwitz, espíritus que se cuiden de que a la Tierra se le tome solo de los incrementos, no del capital.

Kutaísi, 29 de diciembre de 1942

Por la noche sueños. Entre otras cosas, hojeaba una historia de esta guerra que estaba ordenada por materias. Había un apartado titulado «Declaraciones de guerra» y veía que en él se trataban muchas clases de ellas — desde la simple agresión hasta la observación de significativas ceremonias.

Partí de Apsherónskaya por la mañana; primero fui hasta la estación de Muk y luego, atravesando Asfalti y Kurá-Zizé, hasta Kutaísi. Desde Kurá-Zizé utilicé un camión, ya que las profundas roderas de la carretera hacían que no pudiesen transitar por ella los automóviles ligeros. Había helado, pero la presión de las ruedas ocasionaba que muy pronto volviera a derretirse la capa superficial de hielo, de manera que la ruta se parecía a un pan untado de mantequilla. A ello se agregaban las cuestas, los baches, los cruces con otros coches; en todas esas ocasiones era preciso empujar el vehículo a través del sucio barro. El conductor era un suabo de Esslingen, un hombre de temperamento colérico que se tomaba muy a pecho aquellas contrariedades. Decía en su dialecto:

—*Wemmer do e Gfühl hot für en Wage, do könnt mer heulen* [Si le

tienes cariño al coche, es como para ponerse a gritar].

De vez en cuando, cuando eran especialmente violentas las sacudidas, le decía a aquel monstruo del tamaño de un mamut:

—*Arm's Wägele* [Pobre cochecito].

El camino estaba rodeado de bosques; algunas zonas se hallaban asfixiadas por los líquenes que en largos tejidos verdes colgaban de las ramas. Pasaba junto a torres de sondeo dinamitadas y junto a las aniquiladas instalaciones de los campos petrolíferos. Ya se veían algunos hombres aislados que erraban cual hormigas de un lado para otro entre los escombros.

Kutaísi, 30 de diciembre de 1942

Esta población se parece a un agujero lleno de fango en el cual unos senderos de troncos enlazan entre sí algunos puntos — por ejemplo, el cuartel general, los hospitales militares, las oficinas de la intendencia. Fuera de tales senderos carecen casi de perspectivas de éxito todas las tentativas de caminar. De ahí que no sean raros los casos de muerte por agotamiento.

La ola de fango penetra también en los edificios. Por la mañana estuve en un hospital militar que se alza en medio de un lodazal de color pardo amarillento. En el momento en que entraba en él me crucé con unos hombres que sacaban el ataúd de un teniente; había sucumbido el día anterior a la sexta de las heridas sufridas por él en esta guerra. Ya en Polonia había perdido un ojo.

En circunstancias tales es preciso intentar asegurar al menos las tres condiciones mínimas del bienestar: ambiente cálido, ambiente seco, abundancia de comida. Esto se había logrado bien allí; dentro de sus caldeados compartimientos se veía a los enfermos reunidos en grupos apáticos, con aire ausente. Predominaban las enfermedades causadas por resfriados, y ello en sus formas más graves, como las nefritis y las pulmonías. También se veían esas congelaciones que aparecen aquí, aun con temperaturas sobre cero, por culpa del frío debido a las evaporaciones, ya que los hombres están continuamente calados. La impresión que se saca es que a estas guarniciones les han extraído hasta las últimas fuerzas. De ahí que a los cuerpos les falten completamente las reservas; y así puede causar la muerte una simple herida superficial, ya que la fuerza curativa no basta para sanar ni siquiera esa clase de heridas. También hay simples diarreas con resultado de muerte.

En esta población quedan todavía numerosas minas y causan desgracias. Así, hace pocos días fue encontrado junto a la carretera un ruso que tenía arrancadas las piernas. Se descubrió que en los bolsillos llevaba cartuchos detonadores y por ello fue fusilado en el acto — sin duda con esa mezcla de humanidad y bestialidad que corresponde a la reducción de la capacidad moral de discernimiento. El reino de la muerte se convierte en un trastero; en él se depositan, para no verlas nunca más, aquellas cosas que parecen incómodas, que parecen difíciles. Pero tal vez se cometa un error al obrar así.

Kutaísi, 31 de diciembre de 1942

Por la noche sueños. Asistía a la conversación que se desarrollaba entre una dama vestida con traje de montar y un señor de mediana edad; en unas ocasiones era yo el que llevaba la conversación, haciendo unas veces de uno de los interlocutores y otras veces del otro, y en otras ocasiones me limitaba a escuchar lo que ellos decían: me individualizaba en el diálogo. En aquello se revelaba muy bien el abismo que separa al hombre que actúa del hombre que contempla: el proceso, cuya unidad me resultaba del todo clara cuando me reducía a mirar, adoptaba un carácter dialéctico cuando tomaba la palabra. Aquel cuadro es también indicativo de mi situación en general.

Por la mañana visité al señor Maiweg, que en Shirókaya Balka está al frente de una unidad de la «brigada de aceites minerales». Así es como se denomina una agrupación medio militar medio técnica cuya tarea consiste en inspeccionar, defender y volver a poner en explotación los campos petrolíferos conquistados. «Shirókaya Balka», que significa «desfiladero ancho», es un lugar del que se extraían considerables cantidades de petróleo. Antes de retirarse los rusos destruyeron de un modo extraordinariamente metódico todas las máquinas de bombeo y todas las instalaciones. En las perforaciones vertieron cemento mezclado con trozos de hierro, espirales, tornillos y viejas perforadoras. También soterraron piezas de hierro en forma de hongo que se abren cuando se intenta perforarlas y extraerlas y arrastran consigo el vástago de la perforadora.

Tras estar largo rato conversando el señor Maiweg y yo montamos a caballo y recorrimos la zona. Con sus torres de sondeo derribadas y sus salas de calderas voladas, aquello guardaba parecido con esas cajas para hierros viejos que se ven en las cerrajerías. Por todas partes había, confusamente mezclados, trozos de hierro oxidados, retorcidos, rotos, y entre ellos se alzaban máquinas, calderas, depósitos, también ellos dinamitados. Empezar a poner orden en aquel caos era sin duda

algo que desanimaba a cualquiera. Acá y allá se veía a un hombre solitario o a un grupo de hombres vagar de un lado para otro por el terreno, que parecía un juego de puzle con sus piezas desparramadas por todos sitios. También abrían allí sus fauces, sobre todo en las proximidades de las torres de sondeo, embudos recientes producidos por minas. El espectáculo de destacamentos buscadores de minas que iban pinchando cuidadosamente el terreno con unas afiladas horquillas de hierro despertaba la opresiva sensación que se apodera de uno cuando no puede ya fiarse de la tierra que pisa. Yo tenía debajo de mí, sin embargo, al bueno del caballo, que se interponía entre mi cuerpo y el suelo.

En el almuerzo bebimos vino del Cáucaso y hablamos del gran tema de la duración de la guerra. Maiweg, que ha vivido en Texas diez años trabajando como ingeniero del petróleo, sostuvo la opinión de que la guerra contra Rusia conducirá a un *limes* y de que también la guerra contra Norteamérica llevará a un punto muerto, lo cual irá a costa del imperio inglés y del imperio francés.

Yo repliqué que precisamente la violencia de la guerra hablaba en contra de tal opinión. Desde luego un desenlace indeciso sería también lo peor que cabe imaginar. El muy difundido pronóstico de la duración indefinida de la guerra se basa en lo esencial en una carencia de fantasía: ese pronóstico es el propio de las personas que no ven ninguna salida.

Detalle: los rusos que para sus trabajos de reconstrucción había seleccionado Maiweg en todos los campos de prisioneros, especialistas en perforación, geólogos, trabajadores del petróleo residentes en esta zona, fueron requisados en una estación por una tropa combatiente para que prestasen servicios como porteadores. Eran quinientos hombres, de los cuales perecieron trescientos cincuenta al borde de los caminos. De los restantes, ciento veinte murieron de agotamiento una vez que regresaron, así es que quedaron únicamente treinta.

A última hora de la tarde celebración de la Noche Vieja en el cuartel general. Allí volví a ver que en estos años no es posible la pura alegría de las fiestas. Así, el general Müller estuvo contando detalles de las horrorosas infamias cometidas por el servicio de seguridad tras la conquista de Kiev. También volvieron a ser mencionados los túneles de gases donde penetran trenes cargados de judíos. Son rumores y como tales los anoto; pero es seguro que están ocurriendo matanzas en gran escala. Al oír aquellas cosas pensé en la mujer del bueno del *potard,* el boticario de París, por la que entonces se sentía tan angustiado. Cuando uno ha echado una mirada a tales destinos

singulares y luego sospecha las cifras de crímenes que están cometiéndose en las barracas de los desolladores, se le abre la perspectiva de una potenciación del sufrimiento ante la cual se le cae el alma a los pies. Entonces se apodera de mí un asco de los uniformes, de las charreteras, de las condecoraciones, de las armas, cosas todas ellas cuyo brillo he amado tanto. La vieja caballería ha muerto; quienes hoy conducen la guerra son los técnicos. Así pues, el ser humano ha alcanzado aquel nivel descrito por Dostoievski en el personaje de Raskólnikov. En ese nivel el hombre ve a sus semejantes como sabandijas. Mas justo de eso ha de guardarse si no quiere caer él mismo en la esfera de los insectos. Del ser humano y de sus víctimas vale el antiguo, tremendo dicho: «Tú eres eso».

Después me fui afuera, donde brillaban las estrellas y relampagueaban en el cielo los proyectiles. Los signos y señales eternos — la Osa Mayor, Orión, Vega, las Pléyades, la Vía Láctea; ante ese esplendor, ¿qué somos nosotros los humanos y qué son nuestros años terrenales? ¿Qué son nuestros fugaces tormentos? A medianoche, entre el ruido de los bebedores, me acordé vivamente de mis seres queridos y tuve la sensación de que también sus saludos llegaban hasta mí.

1943

Apsherónskaya, 1 de enero de 1943

Sueños mánticos de Año Nuevo — me encontraba en una gran casa de huéspedes y hablaba de las maletas de los viajeros con el portero, quien llevaba en su uniforme llaves bordadas con hilo de plata. El portero decía que, incluso en situaciones de gran desconcierto, los viajeros se separan muy a disgusto de sus equipajes — estos significan para ellos algo más que el envoltorio de sus pertenencias, dentro de las maletas está la continuación del viaje, así como el prestigio y el crédito. El equipaje, decía el portero, es como el barco, que es lo último que se deja en la estacada cuando se realiza un viaje por mar, más aún, es como la propia piel. De manera oscura entreveía yo que aquella casa de huéspedes era el mundo y que la maleta era la vida.

Para que pudiese tirar con arco, tallaba yo para Alexander, mi hijo menor, del brote de un rosal una flecha que llevaba en la punta un capullo encarnado.

Me levanté temprano para regresar a Apsherónskaya. El sol brillaba magnífico en las montañas, cuyos bosques alentaban ya en los colores violetas propios de la época que precede a la primavera. También yo estaba de buen humor, como un gladiador que de nuevo sale al circo. En este primer día del año se realizan con más cariño las pequeñas ocupaciones cotidianas — el lavarse, el afeitarse, el desayunar, el escribir anotaciones en el diario: actos simbólicos que uno celebra con la solemnidad propia de un rito.

Tres buenos propósitos. Primero: «vivir con mesura», pues casi todas las dificultades de mi vida han estribado en violaciones de la mesura.

Segundo: «Mantener siempre abiertos los ojos para los desdichados». Al ser humano le es innata la tendencia a no percibir la auténtica desgracia, más aún, aparta sus ojos de ella. La compasión llega siempre retrasada.

Finalmente quiero desterrar de mí el preocuparme por la salvación individual en el remolino de las catástrofes que son posibles. Comportarse con dignidad es más importante. Pues no conseguimos seguridad para nosotros más que en puntos superficiales de un todo que nos queda oculto y es precisamente la escapatoria que ideamos la que puede acarrearnos la muerte.

La carretera no se encontraba en unas condiciones tan insondables como a la ida, también es cierto que conté aproximadamente quinientas personas que estaban trabajando en ella. Otras quinientas llevaban hacia el frente vituallas, en coches o en caballos. En tales estampas se refleja la fuerza de gravitación que poseen los grandes espacios. En estos alcanzan un peso de Atlas incluso montañas aisladas, como el Semashó. También me vino a la mente el magnífico pronóstico de Spengler.

Una vez que llegué a Apsherónskaya lo primero que hice fue almorzar en compañía de Massenbach, y luego salimos a dar un paseo por el bosque. En el horizonte refulgían las blancas montañas. Estuvimos hablando de los crímenes de este tiempo. Se hallaba presente una tercera persona que los consideraba inevitables. Decía que la matanza de la burguesía rusa en 1917 y el exterminio de millones de personas en las mazmorras eran cosas que habían causado un terror pánico a los pequeño-burgueses alemanes, y que estos se habían convertido en unos seres terribles. Así, añadió, habían venido de la derecha aquellas cosas que del lado de la izquierda amenazaban con ser más espantosas todavía.

En tales conversaciones se pone en claro hasta qué profundidad ha calado ya la técnica en el mundo moral. El ser humano se siente dentro de una gran máquina de la que no hay escapatoria. En tales sitios se ve al miedo dominar por doquier, tanto en los oscurecimientos de las ciudades como en las grotescas manías de andar con disimulos y en la omnipotente desconfianza. Siempre que dos personas se encuentran se resultan sospechosas la una a la otra — es algo que comienza ya con el saludo.

Maikop, 2 de enero de 1943

Durante la noche cayeron sobre Apsherónskaya unas cincuenta bombas. Por la mañana salí para Maikop. La ruta pasaba junto a tropas que habían sido relevadas y que iban tirando de carruajes medievales. En general uno se siente inclinado a recordar, más bien que la guerra anterior, la Guerra de los Treinta Años; y a recordar esa guerra inducen no solo las formas externas, sino también las cuestiones religiosas que claramente transparecen.

El tiempo era suave y despejado. Por la mañana fui a un «parque cultural» donde estaban desmoronándose las figuras de yeso de algunos superhombres modernos; después me dirigí a las escarpadas

orillas del río Bélaya. Por la tarde me recibió el general Konrad, comandante del frente del Cáucaso. Me mostró el gran mapa de operaciones y dijo que estaba en preparación la retirada. Los golpes asestados al VI Ejército afectan a todo el flanco sur. Opinaba que en el último año nuestras fuerzas habían sido despilfarradas por gente que entendería de cualquier cosa menos de la conducción de la guerra. Había sido especialmente obra de simples aficionados el haber descuidado la formación de centros de gravedad; Clausewitz, dijo, estaría revolviéndose en su tumba. Aquellos aficionados se dejaban arrastrar por cualquier deseo, por cualquier idea fugaz, y los objetivos de la propaganda desplazaban a los de la estrategia. Añadió que se podía atacar el Cáucaso, Egipto, Leningrado, Stalingrado, pero no hacer todo al mismo tiempo y estar además ocupado con otros planes secundarios.

Teberdá, 3 de enero de 1943

En el momento en que yo llegaba al aeródromo, a las ocho de la mañana, aterrizaba en él un avión alemán de reconocimiento. En el transcurso de su ronda matutina por encima de Tuby había sido alcanzado en el ala izquierda por un proyectil de la defensa antiaérea; podía verse en aquella ala un agujero del tamaño de una sandía. Luego se habían lanzado sobre él cuatro cazas. Al elevarse bruscamente el aparato, el propio tirador de a bordo disparó una ráfaga de veinte balas que fueron a dar en el timón de profundidad. Durante el combate que vino a continuación, el impacto de un proyectil disparado por un cañón de a bordo hizo añicos el timón lateral derecho, y más de treinta balas habían atravesado el aparato. La capa de pintura gris había saltado y el metal mostraba unos surcos plateados. También el depósito de gasolina tenía varios orificios.

El piloto, un teniente, pálido, agotado, que aspiraba con avidez el humo de un cigarrillo tras otro, explicó el combate que acababa de librar. Los agujeros del depósito de gasolina se cierran automáticamente con una membrana de caucho. Conversación sobre el saltar del aparato en caso de incendio. Dijo:

—Sobre territorio ruso, imposible. Da igual pegarse un tiro en la cabeza allá arriba que pegárselo mientras se va descendiendo con el paracaídas.

Luego monté en el Fieseler Storch, la «cigüeña de Fieseler», un pequeño avión de turismo de dos plazas, una para el piloto y otra para un pasajero. Mientras ascendíamos quedó al descubierto la estructura de la población: cuadriláteros regulares de edificios con un jardín en

el interior. Fuimos planeando lentamente sobre el terreno y yo me deleité observando las aves; por ejemplo, los gansos, que corrían en fila, o las gallinas, que aleteaban buscando la sombra de los setos y vallados, tal como suelen hacer cuando aparece una cigüeña de verdad. También iban volando delante de nosotros unas aves rapaces con alas de gavilán; nubes de patos y de pinzones resplandecían por encima de los campos sembrados de girasoles.

Mientras miraba aquellas cosas pensaba en una conversación que mantuve con mi padre hacia el año 1911. El asunto de la charla era si algún día el ser humano volante por los aires nos causaría tan escaso asombro como el que nos causa una bandada de grullas. En aquella época yo tenía un sentido romántico futurista, orientado hacia el porvenir, cual si estuviéramos aproximándonos a tiempos de saurios. Es un rasgo que he perdido. La óptica en medio de la catarata es diferente de la óptica con que avanzamos hacia ella. Pero todas las cosas están en correspondencia con nuestros deseos, con nuestro gran anhelo; pagamos con el peso completo.

Desde el aeródromo de Cherkessk el viaje continuó en automóvil, valle arriba del río Kubán; ese valle es uno de los circos grandes y solemnes que se encuentran antes de llegar a la cordillera. Las aguas verdes y gélidas arrastraban bloques de hielo. Limitaban aquel extenso circo unas onduladas cimas grises que acababan abruptamente al borde del valle; los acantilados blancos tenían paredes lisas o llenas de estrías perpendiculares, las cuales alternaban con formaciones parecidas a órganos o con hermosos plegamientos. Venían luego cañones de pétreas paredes de color gris rojizo o rosado con estratificaciones horizontales, de manera que uno tenía la impresión de deslizarse junto a un muro construido por titanes. Abajo el ancho cauce del río, con blancos cantos rodados.

En Jumarinski y en otros lugares el centro de la población era siempre una pequeña mezquita de madera con la Media Luna en lo alto. Pastores a caballo iban caminando detrás de rebaños de ovejas o de vacas. Otros bajaban de los bosques conduciendo asnos cargados de leña. Llevaban puesta la *burka,* el rígido manto de piel prensada de oveja que es peculiar de los nativos de Karadshayá.

Poco a poco iban aproximándose las montañas; adelantaban portones de dientes agudos a través de los cuales caía la mirada sobre los blanquiazules gigantes de la cordillera. En Mikoyan-Shashar, sede gubernativa que parecía sacada del suelo por arte de magia, el camino se desvía hacia el valle del río Teberdá. La ciudad de Teberdá, que es un sanatorio para enfermos de pulmón, tiene ese aire acogedor, ese

aire de prosperidad que más bien se buscaría en los valles del Harz o de los Alpes tiroleses.

Al coronel Von Le Suire, que manda aquí un pelotón de combate formado por cazadores de montaña, lo conozco desde los tiempos del ejército de los cien mil hombres. Me saludó cordialmente en el círculo de su pequeña Plana Mayor — las altas montañas nos ponen de buen humor, es algo que he experimentado ya varias veces; otorgan mayor ligereza y libertad a nuestra sangre, hacen más franco y leal el trato con los camaradas.

Sobre el diario: las anotaciones cortas, pequeñas, son a menudo secas, como té en hojas; la acción de pasarlas a limpio es el agua caliente que deberá extraerles el aroma.

Teberdá, 4 de enero de 1943

Continuado el viaje, valle arriba del río Teberdá, hasta el puesto de mando del capitán Schmidt, quien con una tropa de cazadores de alta montaña cierra allá arriba dos pasos. Me serví de la motocicleta de cadenas, un vehículo apto para remontar pendientes imposibles de subir de otro modo.

El estrecho sendero iba ascendiendo entre coníferas gigantescas y peñascales cubiertos de musgo. Un arroyuelo se deslizaba murmurante por el sendero, oculto bajo congeladas campanillas de las nieves que el hielo había hinchado. A la derecha corría, dividido en varios brazos, entre pálidos montones de cantos rodados, el río Teberdá; luego venía el Amanaos, que se alimenta de los glaciares. Me encontraba de buen humor, en una especie de embriaguez de las cimas.

Muy arriba, en el circo del Amanaus, se hallan los edificios de madera de una escuela de escaladores y de un sanatorio. Allí me recibió el capitán Schmidt en su puesto de mando, por encima del cual se alzan los gigantes de hielo: a la izquierda quedan primero el macizo del Dombai Ulgen, luego la afilada aguja del Karadshayá, el Bélaya Kaya oriental y occidental, y en medio de ellos el extraño pico del Sofrudshú. En el inmenso glaciar del Amanaus, con sus superficies de hielo verdoso, sus grietas profundas, sus aristas refulgentes, están apostados los centinelas que guardan los pasos; para llegar a sus barracas de hielo y de nieve han de realizar todavía una ascensión que lleva siete horas. El camino discurre entre despeñaderos, aludes, precipicios horroríficos. Schmidt me contó que, sin embargo, los peligros de la guerra impiden ver los peligros de la escalada; en las

ascensiones difíciles se piensa sobre todo en el enemigo. Justo en aquel instante le llegó a Schmidt un mensaje: unas patrullas rusas de reconocimiento se habían atrincherado allá arriba en unos agujeros hechos en la nieve y estaba librándose un combate a tiros. Esos agujeros abiertos en la nieve se tapizan con un periódico y se calientan con una vela: ese es todo el confort que en ellos hay.

Yo pensaba quedarme en aquellas alturas todo el tiempo que me fuera posible y subir de vez en cuando al mundo de los glaciares. Me sentía allí como en mi propia casa y tenía la impresión de que en aquellos montes sigue estando vivo uno de los grandes manantíos del mundo, algo que también Tolstói sintió con gran intensidad. Sin embargo, mientras estaba tratando con Schmidt de los pormenores de mi permanencia allí, llegó de Teberdá un mensaje radiado: decía que se había hecho preciso replegarse sin demora. Esto quiere decir sin duda que en Stalingrado la situación ha empeorado todavía más. También las condiciones atmosféricas, que desde hacía varias semanas venían siendo buenas allí, se tornaron amenazadoras de repente — se veía el aire cálido del mar Negro colarse en torbellinos y tolvaneras por los pasos, y vapores bamboleantes adherirse a las cumbres de los picos. Desde el circo giré los ojos una vez más para echar una mirada a aquellos gigantes — a sus crestas, a sus pináculos, a sus precipicios. Pensamientos altísimos, audacísimos, unidos a todos los lóbregos horrores del poder. En tales lugares se pone de manifiesto el plan del mundo.

También en Teberdá encontré sobresaltado a todo el mundo. En el flanco izquierdo el I Ejército blindado está evacuando sus posiciones; el movimiento abarca el frente del Alto Cáucaso. En el plazo de pocos días serán abandonadas posiciones cuya conquista costó más sangre y más fatigas que las que un cerebro es capaz de concebir. A consecuencia de las prisas quedarán aquí muchas cosas. El coronel tiene orden de volar las municiones y destruir las provisiones; también se quitan de las tumbas las cruces y se borran las huellas. Por cierto que el coronel se tomaba las cosas con filosofía. Decía, por ejemplo:

—Pues ya me gustaría a mí saber quién va a pellizcarle el trasero dentro de una semana a la Anastasia.

La frase se refería a una de las dos muchachas que estaban sirviendo a la mesa. Por cierto que ambas lloraban y dijeron que los rusos les cortarían el pescuezo. Al oír aquello el coronel ordenó que se les reservara una plaza en el convoy.

Teberdá, 5 de enero de 1943

Aunque caía una ligera llovizna, por la mañana volví al valle del Pshish. Quién sabe cuándo volverán a posarse en estos bosques los ojos de un alemán. Me temo que después de la guerra se cerrarán herméticamente grandes partes de nuestro planeta.

Lo que sobre todo deseaba era recrearme una vez más todavía con la visión de los viejos árboles; el que se extingan en la Tierra es, de todas las malas señales, la que más da que pensar. Pues los viejos árboles son los símbolos más poderosos no solo de la fuerza intacta de la Tierra, sino también de ese espíritu de los antepasados que perdura en la madera de las cunas, de los lechos, de los ataúdes. En los árboles viejos habita como en relicarios una vida bendecida, que el ser humano pierde cuando caen al suelo.

Pero allí los viejos árboles seguían aún en pie: recios abetos a cuyos troncos se ceñían cual una tupida vestimenta las ramas, hayas de plateado brillo, rugosas encinas de selvas primitivas, el gris peral silvestre. Me despedí de aquellos gigantes como Gulliver antes de partir hacia el país de los enanos, entre los cuales las cosas enormes surgen por construcción, no por libre crecimiento. Todas estas cosas se me mostraron tan fugazmente como en un sueño, como los prodigios navideños que uno ve de niño por el ojo de la cerradura — pero que, sin embargo, permanecen en la memoria como regla para medir todo. Para no capitular a la ligera es menester saber cuáles son las cosas que el mundo ofrece.

Voroshílovsk, 6 de enero de 1943

Levantado temprano para emprender el viaje a Voroshílovsk. Caía una fuerte nevada y ello hizo que no pudiera ver mucho del valle del Teberdá ni, luego, del valle del Kubán. Pensamientos y fantasías ligeros, libres, llenos de fuerza espiritual. Lo atribuyo al aire de las montañas y a la fuerza de néctar que encierra la miel, el antiguo manjar no solo de los dioses, sino también de los eremitas y solitarios, y del que principalmente he estado alimentándome estos días. Si uno tuviera siempre miel en cantidades suficientes, y además pan blanco y vino tinto, abriría las alas espirituales como una mariposa.

La carretera estaba atestada de columnas que iban replegándose. Entre ellas cabalgaban naturales de Karadshayá envueltos en sus mantos negros; conducían ganado o se desviaban por los valles transversales. Esas gentes se encuentran en mala situación, pues acogieron como liberadores a los alemanes, y, si no acompañan a las tropas en su retirada, necesariamente habrán de refugiarse en las inaccesibles montañas para escapar a la matanza. Lo terrible es, en

efecto, el flujo y reflujo de los poderes, el cual exige un tributo siempre mayor de sangre, lo terrible está en que sean tan cortas las ondas de los errores.

Después de Cherkessk la carretera desaparecía completamente en la nieve y discurría entre tronchos de maíz y matas resecas de girasol. Después parecieron borrarse lentamente también esas señales y el conductor estuvo siguiendo largo rato las huellas de unas ruedas, que era lo único que allí se veía. Aquellas huellas nos condujeron únicamente, sin embargo, a un gran pajar en torno al cual trazaban un círculo y desembocaban luego en sí mismas. Fue preciso, pues, volver atrás. Una segunda tentativa de encontrar el camino acabó junto al curso de un río que atravesaba negro el desierto de nieve. En aquel momento empezaba a oscurecer y del suelo estaban alzándose también nieblas.

Finalmente llegamos a un granero en el cual había unos hombres dedicados al trabajo de trillar; un muchacho fue enseñándonos el camino al tiempo que galopaba a nuestro lado en su caballo. No quiso subir al coche, era evidente que tenía miedo de que no lo dejásemos libre de nuevo. Una vez que tornamos a encontrarnos sobre las huellas dejadas por los vehículos fuimos a parar a una cuesta cubierta de un barro fino, gris y resbaladizo como la mantequilla de cacao. Intentamos empujar el coche; las ruedas giraban, pero no avanzaban, y de los pies a la cabeza nos salpicaron de un barro pegajoso. Unos campesinos que estaban trabajando allí cerca acudieron amablemente en nuestra ayuda; agarraron el coche como si fueran osos y al apoyarse en él para empujarlo rompieron con sus anchas espaldas los cristales.

Luego intentamos rodear aquel sitio y el resultado fue que el coche cayó en un agujero de lodo tras romper la nevada capa de hielo que lo cubría. Yo veía cómo el coche iba hundiéndose más y más, cuando pasó por allí un carrero que desenganchó sus caballos y con una soga nos sacó del apuro. El viaje prosiguió luego a través de la noche, en medio de una tempestad de nieve que nos envolvía en los torbellinos de millares de copos; los copos se balanceaban incandescentes a la luz de los faros y luego se extinguían, como si se derritiesen en su interior. Llegada a hora tardía a Voroshílovsk.

Aquellas correrías sin rumbo me han proporcionado una idea del ímpetu con que la estepa ataca al espíritu. La contradicción que ese ataque suscita se deja sentir cual un malestar sordo, paralizante, como no lo había notado yo nunca en el mar.

Voroshílovsk, 7 de enero de 1943

En el Estado Mayor la moral era más baja que entre la tropa; sin duda se debe a que en él se tiene una visión de la situación en su totalidad. Los cercos provocan un estado de ánimo no conocido en guerras anteriores de nuestra historia — ese agarrotamiento que corresponde a la aproximación al punto cero absoluto.

Tal cosa no puede deberse a los hechos como tales, por muy espantosa que sea la perspectiva de sucumbir en el hielo y la nieve en medio de aplastadas multitudes de cadáveres y moribundos. Se trata, antes bien, del estado de ánimo propio de seres humanos que creen que la aniquilación es completa.

En un gran Estado Mayor se oye el roce producido por la red que va cerrándose; casi a diario se ve que una de sus mallas ha enganchado algo. Es en esos sitios donde resulta posible estudiar los temperamentos, en semanas en que va anunciándose poco a poco el pánico, como en el mar unas corrientes suaves anuncian la marea invisible, pero ya próxima. En esa fase los seres humanos se apartan los unos de los otros; se vuelven taciturnos, meditabundos, como en la pubertad. Pero en los más débiles se hace ya visible lo que cabe aguardar. Son los puntos de resistencia mínima, como ese pequeño teniente que era presa de un ataque de llanto en el momento en que yo entraba en su despacho a buscarlo.

También la población está inquieta; en el mercado hacen aparición las mercancías acaparadas, el valor de los billetes de banco sube. Los campesinos, que se ven obligados a quedarse aquí, buscan los billetes rusos; los habitantes de las ciudades, una parte de los cuales quiere acompañar a los alemanes en la retirada, buscan los billetes alemanes. Se oye decir que cosas parecidas han ocurrido ya en el sector del I Ejército blindado, y también que quienes se echaron al camino con la mujer y los hijos quedaron descolgados al segundo o tercer día y ahora su situación es peor aún que antes, ya que esa tentativa de huida sellará su destino.

Naturalmente los rusos están intentando ahora volar los puentes y las vías férreas y a ese fin dedican numerosas patrullas de sabotaje, que en parte se infiltran por las brechas del frente y en parte saltan en paracaídas. El jefe de los servicios de contraespionaje de este Grupo de Ejércitos me ha contado algunos detalles de una de esas patrullas, compuesta de seis miembros, tres hombres y tres mujeres. De los hombres, dos eran oficiales del Ejército Rojo y el tercero era un radiotelegrafista; de las mujeres, una era radiotelegrafista, la segunda

exploradora y encargada de las vituallas, y la tercera, enfermera. Los seis fueron hechos prisioneros mientras pasaban la noche en un pajar. No habían podido llevar a cabo su objetivo, que era el volar puentes, ya que el paracaídas en el que iban los explosivos había caído en un pueblo. Las mujeres, estudiantes de bachillerato, habían servido primero en el Ejército Rojo y luego fueron enviadas a realizar un cursillo de sabotaje. Un buen día aquellas seis personas tuvieron que prepararse para partir; las montaron en un avión y las lanzaron detrás de las líneas alemanas, sin que nadie les hubiera dicho cuál era su cometido. El equipo consistía en metralletas, también la enfermera portaba una, así como en un radiotransmisor, conservas, dinamita y un botiquín.

Rasgo humano: en el momento de la detención una de las muchachas se abalanzó sobre el médico ruso que acompañaba al alcalde y a los soldados alemanes, trató de abrazarlo y lo llamó «padre». Luego se echó a llorar y dijo que aquel hombre tenía el mismísimo aspecto que su padre.

Los viejos nihilistas de 1905 celebran su resurrección en estas personas, aunque desde luego las circunstancias han cambiado. Los medios de que se valen, las misiones que quieren cumplir, su estilo de vida siguen siendo los mismos. Solo que ahora es el Estado el que proporciona la dinamita.

Voroshílovsk, 8 de enero de 1943

A primera hora de la mañana en el mercado, donde había muchísima gente. La situación incita a vender, ya que resulta más fácil llevarse dinero que mercancías. Ahora la comida es muy abundante; se derrochan las existencias. He visto soldados que chamuscaban gansos en los jardines; en la mesa se apilaban montones de carne de cerdo. Vislumbré el remolino de terror que anuncia la aproximación de columnas de ejércitos orientales.

A mediodía en el despacho del comandante en jefe, el teniente general Von Kleist; lo encontré delante del mapa, con aire preocupado. Bella la manera como pasé así del trajín del mercado al centro de las cosas. La perspectiva de los generales está enormemente simplificada, pero al mismo tiempo posee una altura demoníaca. Los destinos singulares desaparecen de la vista, pero espiritualmente están presentes, se suman a la atmósfera, cuya presión es enorme.

En el antedespacho me entregó un telegrama el oficial de transmisiones; mi padre está grave. Al mismo tiempo está corriendo el

rumor de que el ferrocarril de Rostov se halla cortado. Por casualidad tropecé con el teniente coronel Krause, con el que me unen tratos anteriores, especialmente desde las jornadas clandestinas celebradas en Eichhof. Krause estaba aguardando un avión de Berlín y me lo ofreció para el regreso. Mientras estaba hablando con él de esto, el jefe de personal del comandante en jefe me hizo llegar el recado de que hay reservada una plaza para mí en el avión correo que mañana a primera hora despega de Armavir. Dentro de dos horas sale un automóvil para esa ciudad.

Kiev, 9 de enero de 1943

Durante el viaje nocturno estuve pensando vivamente en mi padre. La última vez que lo vi fue en 1940, cuando pasé unos días de descanso en Leisnig después de la campaña de Francia. Pero he hablado con él por teléfono varias veces. En el cansancio de las primeras horas de la madrugada vi brillar sus ojos en el oscuro cielo, unos ojos grandes y de un azul más profundo, más vivo que nunca antes — los ojos que en el fondo le corresponden. Los veía posados cariñosamente sobre mí. Alguna vez me gustaría describir a mi padre como una madre que poseyese una inteligencia varonil — con un sentido más hondo de la justicia.

Llegué a Armavir a las dos de la madrugada y allí me adormilé un poco encima de las sacas llenas de correspondencia. Unos funcionarios soñolientos se dedicaban a ordenar las cartas y paquetes mientras sobre la población caían bombas. En medio de aquella duermevela intranquila me apesadumbraba el carácter nocturno de la guerra, uno de cuyos sufrimientos es, en efecto, el insomnio, todas esas interminables noches pasadas en vela en el frente, en la patria, en los servicios de la retaguardia.

Despegué a las seis de la mañana en un aparato pintado de laca verde; su nombre era *Globetrotter* y lo pilotaba un príncipe de Coburgo-Gotha. Dos horas más tarde sobrevolábamos el Don, que estaba helado; su color era verde, pero en aquellos sitios donde se hallaban rotos los bloques de hielo aparecía blanco. En las carreteras se veían grandes columnas en reflujo. Aterrizamos brevemente en Rostov en un aeródromo en el que unos escuadrones de bombarderos estaban cargando proyectiles enormes.

En Kiev me alojé en el viejo hotel, que esta vez me pareció muy confortable. Vemos las cosas de un modo relativo. Compartí mi habitación con un oficial de la Primera Guerra Mundial que venía de la bolsa de Stalingrado. Parece que allí los aeródromos se hallan ya

bajo el fuego directo de los cañones rusos. Están llenos de aviones destrozados. Los hombres encerrados en un gran campo de prisioneros que también quedó incluido en el cerco vivieron al principio de carne de caballo, se alimentaron luego de manera canibalesca y al final murieron de hambre. La gente sale de los cercos con quemaduras, con cicatrices — tal vez con estigmas de una gloria futura.

Lötzen, 10 de enero de 1943

Llegué a Lötzen al mediodía e inmediatamente pedí que me pusieran por teléfono con Kirchhorst y con Leisnig. Por boca de Perpetua he sabido, a las siete de la tarde, que mi buen padre ha muerto, cosa que yo había presentido ya con toda claridad. Será enterrado en Leisnig el miércoles próximo; llegaré, pues, todavía a tiempo, lo cual me tranquiliza mucho.

He estado meditando largo tiempo sobre mi padre, sobre su destino, su carácter, su humanidad, igual que lo había hecho muchas veces en los últimos días.

En el coche cama, 11 de enero de 1943

Resuelto diversos asuntos en Lötzen, donde hacía un frío espantoso. A última hora de la tarde salí para Berlín. En el tren el coronel Rathke, jefe del Departamento del Ejército de Tierra en el Ministerio de la Guerra. Conversación sobre la situación en Rostov, que él considera reparable. Luego hablamos sobre la guerra en general. Después de los tres primeros juicios de valor reconocemos a quien pertenece al otro campo; entonces nos replegamos a los lugares comunes de la cortesía.

Kirchhorst, 21 de enero de 1943

Mirada atrás. Durante el viaje a Leisnig, el 13 de este mes, me llamaron la atención los rostros de las personas que viajaban conmigo en el tren — rostros macilentos, hinchados de manera artificial; aquella carne era una seductora incitación a las enfermedades malignas, devastadoras. Casi todas las personas iban dormidas, en un estado de agotamiento extremo.

El «saludo alemán»: el símbolo más fuerte de la coacción espontánea o de la espontaneidad coaccionada. La persona singular lo hace cuando entra en el compartimiento o cuando sale de él, es decir, cuando resulta visible como individuo. Pero no responde a ese saludo cuando se halla en grupo, sumergida en el anonimato. En un viaje como ese se ofrecen abundantes ocasiones de estudiar los

refinamientos de que es capaz la tiranía.

En Leisnig acudí enseguida al cementerio, tras haber saludado brevemente a mis hermanos; en el cementerio me entregó la llave de la capilla mortuoria la *Heimbürgin,* la «amortajadora». Estaba ya oscureciendo cuando abrí la puerta. En el ataúd abierto, colocado sobre un alto catafalco, vestido de frac, mi padre, en una gran lejanía, solemne. Me acerqué lentamente, encendí las velas a derecha e izquierda de su cabeza. Largo tiempo estuve mirando su cara, que se me había vuelto muy extraña. Especialmente la parte de abajo, el mentón, el labio inferior, pertenecían a otra persona, a un desconocido. Di unos pasos hacia atrás por su lado izquierdo y contemplé su frente y su mejilla, en la cual era visible todavía como una raya roja la bien conocida cicatriz causada por un sable; entonces conseguí restablecer el contacto — vi a mi padre como lo había visto innumerables veces después de comer, sentado en su butacón y charlando. Alegría de encontrarlo todavía antes de que me lo ocultase la tierra. Pensamiento: «¿Estará dándose cuenta ahora de esta visita mía?». Toqué su brazo, que había adelgazado mucho, toqué su fría mano; como para descongelarla, una lágrima cayó sobre ella. ¿Qué significado tiene ese silencio enorme que rodea a los muertos?

Luego volví a casa y, mientras charlábamos sobre él, tomamos el té en el viejo, familiar comedor. Cayó enfermo el primer día de las fiestas de Navidad, permaneció algunos días sentado en el sofá y luego se metió en cama. Al poco tiempo dijo:

— Ahora tendréis que ver cómo os las arregláis vosotros solos.

Su estado empeoró con rapidez, de manera que el médico mandó llevarlo al hospital; allí se diagnosticó que padecía pulmonía doble.

Friedrich Georg tenía la impresión de que, en el hospital, nuestro padre fue ocupándose cada vez más en sí mismo y no encontraba ya tiempo para ver a quienes lo visitaban. Las dos últimas frases que le oyó fueron: «Vamos, sentaos» y «Agua». El viernes por la tarde lo vio todavía. Según las declaraciones de la enfermera, habría muerto por la noche, a la una de la madrugada del sábado. Esa sería más o menos la misma hora en la que yo vi brillar sus ojos mientras viajaba en coche hacia Armavir. También me ha afectado mucho el descubrir, hojeando mis diarios, que hace exactamente un año me desperté muy triste a esa hora porque había estado soñando con su muerte.

Ha fallecido a los setenta y cuatro años y, por tanto, ha vivido diez años más que su padre y diez años menos que su madre. Esto

viene a confirmar una vez más mi parecer de que uno de los métodos de calcular la edad probable en que alguien morirá consiste en sacar la media de los años vividos por sus dos progenitores, suponiendo que su fallecimiento haya ocurrido en circunstancias normales.

Por la noche dormí en su habitación, en la que, con una iluminación íntima, le gustaba leer o jugar al ajedrez en la cama. Aún estaban en la mesilla de noche los libros con que se había ocupado en los últimos días — la *Historia de los griegos,* de Jäger, así como obras sobre el modo de descifrar jeroglíficos y revistas de ajedrez. Allí me sentí muy cerca de él y experimenté un vivo dolor al contemplar su bien ordenada intimidad doméstica, con sus bibliotecas, sus laboratorios, sus telescopios, sus aparatos — en los últimos días de su vida había hecho instalar en una buhardilla especial una gran máquina electrostática de influencia dotada de un tubo de rayos X. La casa es nuestro vestido, es una ampliación de nuestra esencia que ordenamos a nuestro alrededor. Cuando fallecemos, también su forma se pierde pronto — de igual manera que también pierde su forma el cuerpo. Pero en aquella habitación todas las cosas se hallaban frescas aún y cada objeto parecía estar dejado allí de su mano un instante antes.

Al día siguiente se celebró el entierro, en el cual participó únicamente la familia, tal como había sido su deseo. Volvimos a estrechar su mano — «¡Qué fría está!», dijo mi madre al cogerla.

Anoto que, una vez que regresé a casa, se apoderó de mí un contento casi irresistible. Es ese un antiquísimo rasgo humano en la sucesión de los misterios que se nos ha vuelto extraños.

El sábado me vine a Kirchhorst, para pasar aquí unos cuantos días. En el tren nos pidieron la documentación cuatro veces, una de ellas la policía de lo criminal.

Kirchhorst, 22 de enero de 1943

Me he enfrascado en los nuevos escritos de Friedrich Georg que estuvimos comentando durante nuestros paseos en Leisnig; por ejemplo, *Los titanes* y también *Viento del Oeste,* obra esta última en la que he encontrado varios poemas que no conocía, entre ellos *El martín pescador* y *Autorretrato.* En las poesías de Friedrich Georg sobre animales reinan una inteligencia y una calma mágicas, que difieren completamente del tratamiento impresionista que a tales seres dieron sus antecesores inmediatos. En esas poesías se pone de relieve en la lírica un contraste que en la pintura hace ya mucho tiempo que se

hizo visible.

En el correo una carta de Flor de Fuego, la cual me habla de un sueño que tuvo el día de Año Nuevo; en él oía el nombre de una ciudad llamada «Todos» o «Tosdo». El recuerdo de ese sueño la indujo a no tomar el 3 de enero cierto tren que iba a Hannover y que luego sufrió un accidente. Flor de Fuego interpreta la palabra *Tosdo* como *So Tod,* es decir, como «Así, la muerte».

Kirchhorst, 23 de enero de 1943

Lectura: *Les aventures de Lazarille de Tormes,* en la bella edición ilustrada por Ransonnette e impresa en París por Didot Jeune hacia 1801. El papel, la impresión, la encuadernación, los grabados, todo contribuye al goce del contenido.

Luego continuado las *Histoires désobligeantes,* de Léon Bloy. En este libro he encontrado la frase siguiente, perífrasis de uno de los pensamientos fundamentales de *En los acantilados de mármol:*

«... ya presentía yo que este mundo está hecho a la infame imagen de la barraca de los desolladores».

Ahora bien, eso significa también un quehacer.

Berlín, 24 de enero de 1943

Desde ayer me encuentro en Berlín para una breve visita; he vuelto a alojarme en casa de Carl Schmitt. Hoy he participado en la habitual ceremonia en el curso de la cual los caballeros de la orden *Pour le mérite* depositamos una corona en el monumento a Federico el Grande. He sentido muy claramente que era la última vez. Para comprender la situación en que me encuentro, lo único que necesito es invertir la bella frase de Murat: «Llevo puestas mis condecoraciones para que disparen contra mí». Mis condecoraciones siguen siendo un talismán.

Grandes destrucciones en Dahlem. En el último ataque aéreo fueron arrasados no solo muchos bloques de edificios, también fueron levantados por los aires los tejados de barrios enteros y quedaron rotos los cristales de millares de ventanas. La presión del aire tiene a menudo efectos sorprendentes; así, en un edificio cercano a la casa de Carl Schmitt la presión pasó por debajo de una puerta-balcón sin dañarla y en el interior de la habitación partió en dos el taburete de un piano.

Paseo por el oscuro parque. Conversación sobre la muerte de Albrecht Erich Günther; luego, sobre los sueños. Carl Schmitt, enredado durante un sueño en una conversación sobre asuntos de difícil comprensión a propósito de los cuales se admiraban, o se ponían en duda, sus muchos conocimientos, respondía:

—Bueno, ¿pero es que usted no sabe que yo soy Don Capisco?

Excelente frase que capta la peligrosidad y el aventurerismo y, al mismo tiempo, la bufonería que comporta un estado de inteligencia sutil.

Anteayer fue evacuado Trípoli.

Krichhorst, 9 de febrero de 1943

De nuevo en Kirchhorst, donde permaneceré con permiso hasta el 18 de este mes. Voy retrasado en mis anotaciones. Hace varias semanas que viene molestándome una ligera jaqueca, algo que en general me resulta casi desconocido. Esa jaqueca acompaña los grandes reajustes de los que de ningún modo puede librarse el espíritu, por muy solitaria que sea la vida que uno lleve. Pero su acción llega hasta el reino de los elementos y también hasta el centro del mundo moral. Es algo que, aun prescindiendo de los grandes golpes inesperados, afecta de manera puramente atmosférica.

Hoy he hecho la gran ronda, es decir, la caminata que recorre Stelle, Moormühle, Schillerslage, Oldhorst y Neuwarmbüchen; lleva tres horas, incluso andando a paso ligero.

A la derecha, en los campos, el cobertizo que lleva el rótulo *Burgdorfer Spargelplantagen* [Plantaciones burgdorfianas de espárragos]; ese letrero se ve desde muy lejos, como si fuera el titular de un periódico, de manera que a uno le pasa completamente inadvertido el edificio que detrás de él queda. Tales rótulos pueden cambiar a voluntad, hasta que la lluvia y el viento los borran; entonces vuelve a hacerse visible detrás de ellos el viejo, honesto cobertizo que los llevó en su grupa cual asno obediente. Así es como perduran en el correr del tiempo las dimensiones verdaderas.

Pensamientos sobre la relación entre la embriaguez y la producción artística. Aunque se excluyen al mismo tiempo, son dependientes la una de la otra como el descubrimiento y la descripción, como la exploración y la geografía. En la embriaguez el espíritu avanza cada vez más, de un modo siempre más aventurero, de un modo siempre más directo. Colecciona experiencias al borde de lo

Ilimitado. No hay poesía sin tal experiencia.

Por cierto que esa conmoción que acompaña a la concepción de las obras poéticas no hay que confundirla con la embriaguez — se asemeja al desplazamiento de las moléculas en los momentos que preceden inmediatamente a la cristalización. Así es como comienza también el amor, con una vibración — afinamos nuestras cuerdas para llegar a un acorde superior.

Mientras contemplaba Moormühle pensaba en Friedrich Georg y en la conversación que allí mismo tuvimos en 1939 acerca de *Las ilusiones de la técnica*. Dado que ese libro conjura el espíritu del sosiego, el que no apareciese entonces forma parte de su destino. Está en contradicción con las acciones.

Luego he estado meditando sobre Schopenhauer y su *Metafísica del amor sexual*. Está muy bien que Schopenhauer vea el imán del encuentro amoroso no en el individuo, sino en el hijo. Pero en el fondo también el hijo es únicamente un símbolo de la integración superior que acontece en el encuentro amoroso. En este sentido la penetración es, en cuanto signo, algo más significativo, más inmediato, y en *El banquete* Platón desvela los misterios mejor que Schopenhauer. En este último la biología ya enturbia las cosas. Williers de L'Isle-Adam penetra más hondo en el núcleo intemporal e incoloro de la llama amorosa. Con razón admiraba Weininger su *Axel*.

Finalmente he estado reflexionando sobre la anotación de ciertos datos de mi vida, lo he hecho en relación con los apuntes que escribí sobre mi buen padre. No pocas cosas que allí hay las siento como tabú; aún no he clarificado las oscuridades y los pasajes turbios. Lo que para esa clarificación se necesita no es, como pensaba Rousseau, sinceridad. No hay que despreciar, desde luego, la confesión sincera, pero lo que de verdad importa es que el autor adquiera frente a su imagen efímera la fuerza que lo declare libre. Lo logrará en la medida en que sobrepase, bien como poeta o bien como pensador, su propia e individual apariencia.

Al repetir la ronda a que antes me referí se podría tal vez entresacar de ella un paseo por el pantano que llevase de Schillerslage a Neuwarmbüchen.

Kirchhorst, 10 de febrero de 1943

Desayuno en compañía de la gorda Hanne y de Perpetua. Después leído cosas de Rimbaud, cuyo *Bateau ivre* es un último fanal no solo de

la poesía del siglo XIX, sino de la poesía copernicana. A partir de ese punto final toda poesía ha de estar referida ya a un cosmos nuevo, y da igual que la física haya descubierto ya ese cosmos o no lo haya descubierto todavía. En este sentido el terrible Isidor Ducasse es contemporáneo solo en apariencia; Ducasse es moderno. Han remitido ya las fiebres tropicales; ahora el viaje lleva a los mares helados.

Luego trabajado en la colección, especialmente en la ordenación del género *Galeruca,* cuyos representantes son muy numerosos en las húmedas tierras pantanosas de esta zona. Las especies emparentadas entre sí se encuentran casi siempre en los mismos espacios vitales, o, para decirlo con un término propio de cazadores, en el mismo coto de caza. Hay excepciones, sin embargo; un ejemplo es el *Scymnus,* un pequeño grupo del cual se alimenta, no de savias vegetales, sino de pulgones. Las teorías sobre esto parten o bien del medio o bien del carácter — pues esa es la cualidad que se encuentra en la base del *struggle for life.* Ambas teorías son unilaterales; los combates espirituales que a ese propósito se libran son semejantes a las disputas por la barba del emperador, o sea, por naderías. Todas esas teorías corresponden solo a ciertas partes, corresponden solo a ciertos estratos de la realidad. Es preciso ponerlas unas encima de otras como si fueran calcos; entonces es cuando a través de ellas se ve la multicolor carta de la Naturaleza. Claro está que para tal cosa se necesitan asimismo unos ojos nuevos; en mi *Carta siciliana al hombre de la Luna* he descrito ese proceso.

Por la tarde a la peluquería que hay en la cabeza de partido de este término municipal. El peluquero volvió a contar la historia de la maldad de los rusos que devoran la comida de los perros y añadió algunos pensamientos nuevos. Según él, no se puede dar a los rusos alubias para que las planten, pues inmediatamente se las tragan; también se zampan crudos los espárragos. Y, con todo, ese peluquero es un buenazo.

Kirchhorst, 13 de febrero de 1943

Lectura: *Almas muertas,* de Gógol, que hace mucho que no leía. Esta novela tendría aún más fuerza sin las reflexiones, sin esa consciencia, demasiadas veces exhibida por el autor, de que está pintando cuadros de género.

Por la mañana, como llovía y hacía viento, me quedé en la cama hasta muy tarde e incluso desayuné en ella. Allí estuve pensando en las armas de los hervíboros, armas que en muchas clases del mundo animal resultan muy sorprendentes. El carácter prolífero y vegetal de

tales armas, que lleva incluso a que se ramifiquen, como ocurre en los ciervos y en muchos insectos que se nutren de madera. También la muda de la cornamenta posee un rasgo vegetal; nada semejante a eso se encuentra en los depredadores. La índole defensiva de tales excrecencias es probablemente una cualidad secundaria, y eso es algo que puede inferirse del mero hecho de que casi siempre forman parte de los caracteres sexuales y de que se presentan también en especies que nunca las utilizan como armas; tal cosa ocurre en numerosos escarabajos que observamos en los excrementos y también en otros que podemos ver en la madera o en las basuras. En estos casos las protuberancias forman parte del *habitus* y modifican no solo las mandíbulas, sino también otras partes del esqueleto quitinoso. Da la impresión de que a esos vegetarianos les gusta parecer más feroces de lo que son.

El modo de ser de nuestra vida, nuestro ser-así, es nuestro arsenal, y de él nos crecen las armas cuando tenemos necesidad de ellas. Este pensamiento es importante de cara al esquematismo del *struggle for life.* Aquí rigen otros principios, como: «La sabiduría viene con el empleo».

Hay depredadores que tienen las maneras y el carácter de vegetarianos, así las ballenas, que comen su alimento como si pastasen.

Kirchhorst, 14 de febrero de 1943

Tiempo borrascoso y lluvioso. En mi habitación ha florecido completamente una ramita de ciruelo que traje del jardín para adelantar su floración. Su desnuda madera está sembrada de una multitud de estrellitas blancas.

Aumenta mi jaqueca, como si sobre mí pesase una nube.

Kirchhorst, 15 de febrero de 1943

Los rusos conquistaron Rostov ayer. En el correo una carta de la hermana de Edmond, que ya piensa en huir de Polonia. Le hemos ofrecido, a ella y a los niños, asilo en nuestra casa.

Luego una carta de Friedrich Georg desde Überlingen: «Puede ser que lleguemos a una situación tal que nuestros adversarios tengan que pensar por nosotros y que caigan en un profundo agujero negro si, para vengarse de nosotros, no lo hacen».

Kirchhorst, 17 de febrero de 1943

Tras varias jornadas de tiempo borrascoso y lluvioso hoy brilla esplendorosamente el sol. Por la mañana corté perejil fresco entre las matas de uva espina; era un perejil verde, musgoso, y tenía una costra de rocío congelado.

Los Goncourt escriben de Daumier que en su descripción del burgués alcanzó un grado de realidad que desemboca en lo fantástico. Es algo que puede observarse en todos aquellos sitios donde la realidad llega a su cúspide; las últimas pinceladas proporcionan entonces unas luces irreales.

Ayer conquistaron Járkov los rusos. Estamos aguardando a Fritzi Schultz, que con los niños ha huido de Aleksándrov, la ciudad donde venían residiendo desde hace más de cien años sus antepasados. Antes de irme pienso guardar todavía en lugar seguro una parte de mis manuscritos; a este respecto, además del peligro que representan los bombardeos y los incendios hay que tener en cuenta los saqueos y los registros domiciliarios. Cuando se piensa en lo muy difícil que resulta encontrar un escondite adecuado, causan asombro las cantidades de documentos antiguos que han llegado hasta nosotros a través de las mudanzas de los tiempos.

Notas

1. Ambas obras publicadas en 2018 por Tusquets Editores en el volumen 45/1 de la colección Tiempo de Memoria.

1. Véase luego, en la p. 117, la anotación del 29 de marzo de 1940, día en que Jünger cumplió 45 años. Lo primero que hizo al levantarse fue «leer delante de la ventana abierta el salmo 73». Los versículos 26 y 27 de ese salmo dicen: «Aunque se consuman mi espíritu y mi carne, Dios es la roca de mi espíritu, mi lote perpetuo. Sí, los que se alejan de ti se pierden, tú destruyes a los que te son infieles». En el fondo, una oración pidiendo la derrota del Tercer Reich. *(N. del T.)*

2. *Sic* en el texto alemán. El título de la traducción francesa fue *Jardins et routes* (París, Pión, 1942). Tal vez en 1948, fecha de la redacción de este prólogo, se habían invertido en la memoria del autor los conceptos «jardines» y «carreteras». *(N. del T.)*

1. *Perpetua:* nombre que Jünger da en sus diarios a su primera esposa, Gretha von Jeinsen (1906-1960), con la que contrajo matrimonio el 3 de agosto de 1925 en la iglesia de Santo Tomás de Leipzig. Louise es la criada de la familia. *(N. del T.)*

2. *Kniébolo:* nombre con que Jünger designa en sus diarios a Hitler. *(N. del T.)*

3. *Caza sutil:* en el lenguaje privado de Jünger, caza de animales pequeños, generalmente insectos, y, en especial, coleópteros. *(N. del T.)*

4. *El emperador Andrónico:* alusión secreta a Hitler. Jünger se imaginaba que el final de Hitler sería semejante al aquí descrito del emperador bizantino. *(N. del T.)*

5. *Lámpara de Nigromontanus:* en el capítulo XVI de *En los acantilados de mármol* se dice: «Para consolarnos, sin embargo, poseíamos el espejo de Nigromontanus, cuya contemplación nos serenaba siempre que embargaban nuestro ánimo tales sentimientos [los de ansiedad por la suerte de los manuscritos]. El espejo lo había heredado yo de mi viejo maestro, y sus propiedades eran tales que en un momento podía concentrar los rayos solares sobre un punto en el que inmediatamente se producía un gran fuego. Las cosas que, tocadas por aquel fuego, ardían, ingresaban en lo imperecedero». *(N. del T.)*

1. *Sic* en el original. El protagonista de *À vau-l'eau* lleva el nombre de Folantin.

2. El 28 de noviembre de 1941 estallaron en un restaurante de París dos bombas, que mataron a tres soldados alemanes e hirieron a otros dos. La represalia consistió en fusilar a noventa y cinco rehenes franceses y deportar a mil judíos y quinientos jóvenes comunistas franceses a Alemania. A esos crímenes está refiriéndose Jünger aquí. *(N. del T.)*

1. Ernst Jünger hace un recuento minucioso de las heridas que sufrió durante la Primera Guerra Mundial en las pp. 305-306 de su obra *Tempestades de acero* (Tusquets Editores, Colección Tiempo de Memoria, n.º 45/1). *(N. del T.)*

2. Los detalles aducidos aquí por Jünger corresponden exactamente a las heridas que por aquellas mismas fechas sufrió en un atentado realizado en Praga Reinhard Heydrich, el «protector de Bohemia y Moravia». El atentado ocurrió el 29 de mayo de 1942 y Heydrich falleció, a consecuencia de las lesiones sufridas, el 4 de junio. *(N. del T.)*

1. Sobre el coronel Von Oppen, jefe de Ernst Jünger en la Primera Guerra Mundial, puede verse el libro de este *Tempestades de acero,* p. 234 (Tusquets Editores, Colección, Tiempo de Memoria, n.º 45/1). *(N. del T.)*

Radiaciones I

Diarios de la Segunda Guerra Mundial (1939-1943)

Ernst Jünger

Título original: Strahlungen I

Table of Contents